



LOS
TRUMPER

MARY FERRE

UN LIBRO FAMILIAR
DE LOS TRUMPER

LOS
TRUMPER

MARY FERRE

DERECHOS DE COPYRIGHT (C) MaryFerre
MARY FERRE 978-1548787721

NOTA IMPORTANTE:

Para leer este libro es necesario haber leído los libros propios
de los protagonistas en el siguiente orden:

NEANDERTAL

NEANDERTAL CAVERNÍCOLA

NEANDERTAL ETERNO

MALDITAMENTE SEBAS

JODIDAMENTE SEBASTIAN

(Todos disponibles en amazon)

Información:

*Este libro no pertenece a la continuación de la Trilogía Neandertal,
ni prosigue las historias de los hermanos.

*Este libro contiene la vida cotidiana de los tres hombres
que encontraron a su compañera de vida.

Cien por cien familiar.

Cien por cien Trumper.

Agradecimientos:

Un libro escrito para todos los seguidores de la familia Trumper.

Son muchos los mensajes que recibo para que
retome la historia de estos singulares personajes.

Algunos os decantáis por Bastian, otros por Sebas, otros por Sebastian;
sin mencionar la insistencia en leer algo nuevo de los padres.

En este libro leeréis la vida cotidiana de tres matrimonios que prosiguen con sus vidas
felizmente. Os regalo un trocito de la actualidad Trumper.

Dedicado a cada uno de los que aman a estas familias.

Espero que os guste el broche de oro.

Un saludo enorme.

Mary.

SINOPSIS

Los miembros de la familia Trumper os relatarán en primera persona su convivencia diaria. Tanto Nancy, Bastian, Jocelyn, Sebas, Rachel y Sebastian permitirán que forméis parte de sus vidas en la actualidad y compartirán con vosotros sus pensamientos más íntimos.

Conoceréis a los más pequeños que volverán locos a sus padres y sus personalidades os atraerán tan pronto comencéis a leerles.

Un libro cien por cien familiar.

Un broche de oro único.

Un libro Trumper.

CONTENIDO

- 1. Una mañana cualquiera – Nancy
- 2. Una mañana diferente – Jocelyn
- 3. Una mañana de mierda – Rachel

- 4. Pitufa menopaúsica – Sebastian
- 5. Mi hijo Sebas – Sebas
- 6. Baby – Bastian
- 7. Me siento mal – Nancy
- 8. No quiero cambios – Jocelyn
- 9. Barbacoa familiar – Rachel
- 10. Mi esposa Rachel – Sebastian
- 11. Mi mejor amigo – Sebas
- 12. Internet – Bastian
- 13. Neandertal – Nancy
- 14. Desastre sin solución – Jocelyn
- 15. Agotada – Rachel
- 16. Me enfado – Sebastian
- 17. Son míos – Sebas
- 18. Mi pasado – Bastian
- 19. La noticia – Nancy
- 20. Una tarde intensa – Jocelyn
- 21. La fuerza de la naturaleza – Rachel
- 22. Jodida batita de flores – Sebastian
- 23. Sin descanso – Sebas
- 24. Nancy Trumper – Bastian
- Capítulo Extra

“Disfruta con la familia Trumper”

Buen viaje, nos vemos pronto.

Mary

Capítulo 1

UNA MAÑANA CUALQUIERA

NANCY

Bolsa número uno. Bolsa número dos. Bolsa número tres.

Zumo de manzana. Agua con semillas. Batido de chocolate.

Empanada de verduras. Zanahorias al vapor. Bocadillo relleno de carne con tomate.

Pieza de fruta. Barrita energética. Cinco porciones de bizcocho.

Chocolatina de almendras. Chocolatina baja en grasa. Diez chokolatinas extras.

Abro cada bolsa del almuerzo para comprobar que no me he olvidado del menú de hoy. Añado otra chokolatina por si pierden la suya, la comparten o tienen demasiada hambre. Mastico una barrita energética que saco del armario mientras cierro satisfecha las bolsas. Tres. Tres bolsas que podrían haber sido seis.

Acaricio mi vientre recordando a mis trillizos. Siempre que preparo el almuerzo a mis tres hijos pienso en ellos. Pero está bien, solo fue un aborto natural que no nos influyó en nuestras vidas tanto como pensaba. Excepto cuando hablamos de mi marido Bastian, él lo vivió de una manera diferente al resto de la humanidad.

Justo una semana después de que anunciáramos que estaba embarazada de tres pequeños bebés, una mañana me desperté sintiéndome realmente enferma y tras varias pruebas en las que predijeron un aborto espontáneo me enfrenté a uno de los peores momentos de mi vida. Por mis hijos, por mi marido y por mí. Mis trillizos salieron de mi cuerpo sin mi permiso, sin el permiso de nadie. Ellos decidieron no nacer y tampoco hice nada por retenerlos en mi interior. Bastian todavía no lo creía cuando exigió que me trasladasen a una unidad especializada en California. Él no era consciente aun de lo ocurrido, de que nuestros bebés se marcharon de nuestras vidas para siempre.

No tuve fuerzas para verles, pero mi marido sí que sostuvo el bote donde los metieron antes de que se lo llevaran. Todos vivimos unos días desagradables; yo debilitada por el aborto, mi suegra atacando a los médicos, mi madre regañando a mi padre porque no estaba bien, mis cuñados y mi suegro analizando lo que pasaba en mi familia, mis cuñadas sacando a mi suegra de la habitación... Y mis hijos se encontraban en casa con Lorain y les echaba mucho de menos.

El fatídico incidente natural que sufrió mi cuerpo no fue nada comparado con las semanas posteriores al suceso. Mi marido Bastian no lo superó. Todos los hicimos, todos en la familia lo hicimos de corazón y yo la primera restando importancia al aborto, pero mi hombre es un tanto especial y se volvió extremadamente sensible. Los médicos nos dijeron que era una mujer fértil, que casos como el nuestro sucedían a diario y que no nos desanimáramos; incluso un grupo de psicólogas nos recomendaron que me quedara embarazada de nuevo. Y lo intentamos, Bastian y yo lo estuvimos intentando durante un tiempo hasta que me di cuenta que él seguía entristecido.

Fotografió los botes donde metieron a nuestros bebés y se tatuó la imagen en su vientre. Mi marido se obsesionó de forma moderada con el tema de los abortos. Fue su talismán para no sentirse culpable por lo que sucedió. Trabajó a diario desde casa en nuevos proyectos de ayuda a familias que habían pasado por lo mismo que nosotros y nos esforzamos duro en equipo hasta el día en el que abrimos un hospital exclusivamente para las pérdidas como la nuestra. La mañana de la inauguración Bastian se levantó a las cinco, se marchó a hacer deporte y regresó cargado de energía. No hay día que no dedique tiempo a la gestión de ese hospital, es su refugio porque se siente en paz.

En la actualidad Bastian ya no se inculpa del aborto. Antes hablábamos más a menudo del suceso, pero con los años dejamos el tema y dimos por hecho que tanto los niños como nosotros estábamos viviendo otra etapa en nuestras vidas y no queríamos lamentarnos más. Mi marido se tranquilizó con el paso de las semanas, se metió de lleno en el hospital, se ocupó de los niños y de mí, y hasta dejó de insultar a las psicólogas. Le costó un tiempo más de recuperación y yo me alegré de tener de vuelta a mi neandertal.

Tengo el mejor marido del mundo entero. Mis cuñadas dicen lo mismo de los suyos, yo les sonrío y asiento como si me importaran sus afirmaciones... el mío es mejor que todos. Es un buen padre, un buen marido y un buen hombre. Mi Bastian ya no es un deportista mujeriego ni un empresario amargado, es una persona que vive por y para su familia; sus tres hijos y yo.

—¡MAMÁ! ¡MAMÁ!

—En la cocina.

Introduzco las bolsas en otras adaptadas para el almuerzo mientras oigo los gritos.

—¡MAMÁ! ¡MAMI!

—¡BASTIAN TRUMPER, TE ESTOY HABLANDO!

—¡MAMÁ!

Sí, en casa se grita cada día. El problema se inicia exclusivamente en mi marido, nuestros pequeños dejaron de ser pequeños y Bastian cree que todavía lo son. Nuestros hijos han crecido, y bastante.

—¡SE LO VOY A DECIR A MAMÁ! ¡MAMÁ!

—¡BASTIAN TRUMPER, NI UN PASO MÁS!

—¡MAMÁ!

Ruedo los ojos sonriendo por la rutina matinal que se repite a diario. Pongo las

bolsas del almuerzo en la isla de la cocina y decido salir antes de que mis hombres tengan otro intercambio de pareceres.

—¿Qué ocurre?

—¡MAMÁ!

Mi hijo salta el último escalón de la escalera central seguido por su padre. Si mi marido hubiera querido lo habría detenido, pero permite que tenga ventaja para que nuestro Bastian me alcance.

—¡MAMÁ!

—¡NANCY!

—Un poco de calma. ¿No es demasiado temprano para los gritos?

—No te metas, nena.

—¡MAMÁ, PAPÁ HA...!

—¡BASTIAN TRUMPER!

—¿Sabéis? No os daré mi atención hasta que no os tranquilicéis y...

—¡Papá lo ha vuelto a hacer! ¡Ha abierto todas mis cajas de videojuegos y quiere que tire mi favorito de todos los tiempos!

Me quedo embobada por un momento con mi hijo de once años. Él es una copia exacta de mi marido Bastian, una en miniatura aunque juzgar su estatura sería ir en mi contra. Casi es tan alto como yo, su pelo cae sobre su frente con la misma tonalidad de rubio que su padre, sus ojos cristalinos conquistarán a quienes los miren y su capacidad atlética no me sorprende dado que a veces hace deporte.

Levanta el brazo señalando a su padre y grita lo mucho que odia que toque sus juegos.

—¡ES NUEVO! ¡ME LO COMPRÓ TITO SEBASTIAN Y...!

—Espera, —pongo mis manos en sus hombros. Mi hijo me enfrenta con el ceño fruncido y su padre nos observa impaciente, —¿has dicho que te ha comprado el juego tu tío Sebastian?

—Sí, nos lo regaló a mí y a...

—Jovencito, —me cruzo de brazos alzando la barbilla —lo siento, pero esta vez no puedo hacer nada. Si tu tío ha comprado el videojuego no será apto para niños.

—Pero...

—¿Cuál es el límite de edad?

—Eso da igual porque...

—Bastian, —arrugo los labios fingiendo que me enfado con él —¿qué dijimos tu padre y yo? Sólo juegos de hasta once años.

—¡Pero si los que tengo son de niños pequeños! ¡Ya no soy un niño!

—Lo sabemos cariño, pero los que crean los videojuegos piensan en otro tipo de público. Haznos caso, el año que viene podrás comprarte otra categoría de...

—¡Joder!

—¡BASTIAN TRUMPER, LAS PALABROTAS!

El niño resopla indignado e igual que su padre. Ambos realizan los mismos gestos, lucen como almas gemelas aunque nuestro hijo esté atravesando una etapa en la que solamente quiere jugar en su sala de cine. Últimamente prefiere probar videojuegos de adultos y se enfada porque le quitamos aquellos que haya metido en casa sin consultarlo antes con nosotros.

Retengo en mi boca una carcajada que quiere salir por ver a mis hombres en tensión. Los dos esperan una resolución que venga de mi parte, como siempre, soy la mediadora en la familia y es raro el día que no tenga que poner orden entre mi marido y mis hijos.

—Ve a por el almuerzo. Se nos hace tarde.

—¿Y mi juego?

Mi marido, un metro noventa de hombre musculoso, sostiene el juego manteniendo su columna vertebral firme y gruñe como un neandertal. No he hecho contacto con sus ojos porque me convencerá de hasta provocar el mismísimo apocalipsis, pero esta vez no puedo ignorarle ni a él ni a nuestro hijo, estoy totalmente de su parte.

—El juego queda clausurado hasta los...

—Dieciocho —responde mi marido.

—¿Dieciocho? ¿Sebastian os ha comprado un juego para mayores de dieciocho? Le mato. Yo le mato. —Mi marido y mi hijo han sonreído al mismo tiempo. Saben cuántas ganas le tengo a mi cuñado desde que le conocí.

—Bastian, haz caso a tu madre y guárdate el almuerzo.

—Pero...

—Ya hablaremos más tarde sobre la edad permitida de tus videojuegos.

—¿Podemos extender la edad a los catorce años?

—Tu madre y yo hablaremos y te informaremos al respecto.

—¿Mami? —Ya está mirándome con esos ojos idénticos a su padre.

—Te informaremos —reitero las palabras de mi marido. ¡Este niño romperá corazones!

—Que sea rápido. ¿Mamá, dónde está mi mochila?

—Te la has dejado en la cocina. Guarda tu almuerzo y termina de beberte el batido.

—Y no juegues con tus ojitos, pequeño, la excusa de la miradita la inventé yo.

Mi marido lanza el juego hacia una mesa mientras intenta provocarme con su mirada, con su sonrisa, con sus armas de destrucción masculina. Él me acorrala aún en la

distancia, pero un sonido detiene cualquier atisbo sensual en el que nos habíamos introducido. Los tacones inician el proceso de aceleración en su corazón y sonrío porque le conozco más que a mi propia vida. Bastian conduce ligeramente su mano hacia el centro de su torso, le regaña en silencio para que no haga el ridículo justo cuando nuestra hija pone ambos pies en el suelo y pasa lentamente por su lado.

—Padre.

Nadine levanta la cabeza contoneando sus caderas naturalmente dirigiéndose hacia mí. Su padre ya se ha desconectado del mundo y solamente existe su hija y él. A sus doce años, nuestra hija presume de un cuerpo envidiable, es casi la más alta de sus hermanos y su cabello castaño ondea al viento como la sencillez con la que mueve su figura. Sus piernas son largas, sus ojos de color azul turquesa, y posee una belleza innata que nos está siendo un problema. Quizá más a su padre que a mí.

Se acerca a mi cara para darme un beso, frunce el ceño y me hace una señal que solo una madre y una hija entendería.

—¿Has hablado con él?

—Nadine, mi amor, tienes doce años.

—Casi trece. Soy mayor.

—Saluda a tu padre —le susurro.

—No hasta que cumplas tu promesa.

—Nadine, por el amor de Dios, no seas testaruda —la empujo sutilmente pero mi hija es extremadamente fuerte.

Se ha vestido con una falda que no aprueba su padre. Lo hace para fastidiarme, para hacer esa cosa de la presión madre e hija. Sus zapatos no tienen tacón, pero sí tres centímetros de más que suenan como si llevase unos verdaderamente altos. Esa es la impresión que tendrá ahora su padre, padre que está hiperventilando.

—¿Bastian?

—Ya está haciendo uno de sus numeritos.

Golpeo a mi hija en el brazo, le he hecho daño y me alegro.

—No hables así de tu padre.

—O se lo dices tú o se lo digo yo.

—Nadine —susurro ante la visión de mi marido que se descompone. El pobre se estará imaginando un millón de cosas en las que implica a su hija desnudándose para otros hombres.

—Papá, —se voltea afianzando su mochila que le cuelga en corto —no sé si mamá habrá hablado contigo o no... pero... pero...

—Nadine, no es el momento. Acaba de discutir con tu hermano y...

—Voy a hacerme un piercing en la nariz. Mi modelo favorita se ha hecho uno y ya sabes que sigo sus tendencias porque...

—No.

—¿No?

—No —Bastian parece recuperarse.

—Bueno, mamá también tendrá que decir algo, ¿no?

—Ella dirá lo que yo quiero que diga. Y la respuesta es no.

—¡Papá!

—Nadine, ven.

—Ni de coña.

—Ve con tu padre —la vuelvo a empujar pero la niña hace fuerza.

—¡Que no! ¡Exijo una reunión con tito Sebas! Él comprenderá mis peticiones y...

—Na.Di.Ne. Pon tu pequeño cuerpo de niña aquí.

—Pero papá...

—¿Quieres obedecerle?

—Mamá, sabes lo que hará y tú te pones de su parte.

—Tú lo has querido.

Bastian recorre la distancia que nos separa sacando de su bolsillo una cinta métrica para medir la falda. Yo suelto la carcajada antes de que Nadine me imite mientras Bastian extiende la cinta desde su cintura hasta su rodilla.

—Papá... no... basta... —Ella se agarra a mí como si fuese su salvadora.

—¡QUINCE CENTÍMETROS! ¡QUINCE!

—Mamá, haz algo. Me haces cosquillas. La falda me la regaló la abuela Margaret, le diré que me la quieres romper.

—¡Te he dicho que la ropa en esta familia la compro yo!

—Tengo tarjetas de crédito, puedo comprar lo que me apetezca.

—Son mis tarjetas, mi dinero, mi banco, mis tiendas, mi centro comercial... pero tú eres mi hija y todavía tienes doce años. ¡Vístete como tal!

—¡CASI TRECE! ¡MAMÁ, DI ALGO!

—No gritéis. ¿No os cansáis de hacer esto a diario?

Por supuesto que Nadine es otra copia de mi marido, y por supuesto que ama por encima de todas las cosas hacerle rabiar. Si Bastian le prohíbe algo ella le reta desobedeciéndole, si los dos están hablando de cualquier tema mi hija espera a que él termine para llevarle la contraria, si mi marido está de mal humor ahí está mi Nadine para potenciar su enfado. Ella mira por encima del hombro como Bastian, ella sabe que posee medio mundo y lo usa en contra de su padre para decirles a todos que es más importante que él. Ella es inteligente, directa, sincera, y quien no la conoce piensa que es un poco soberbia.

Pero todo lo contrario, mi hija solamente se divierte ya que conoce a su padre como la palma de su mano. Le evalúa acechándole como él hace y determina cómo le tratará. Bastian es su todo, le quiere más que a mí y lo tengo asumido desde que era niña y no se separaban. Ella quiere imponerse por encima de nosotros y yo me encuentro en medio puesto que soy más débil que mi marido. Me cuenta a mí primero sus cosas porque piensa que ablandeceré el corazón de su padre, y no es así, Bastian sigue siendo el eje central de esta familia y si él dice que no hay un piercing no habrá un piercing. ¿Un piercing? ¿Un piercing que le ha visto a su modelo favorita?

Nadine quiere ser modelo. Desde hace cuatro meses insiste en que lo será, no lo comparte con nosotros sino con el resto de la familia también. Dice con orgullo que será la más famosa, la más rica y la más guapa del mundo, a Bastian le daría otro infarto si viera la foto de su pequeña en esas pancartas de moda que hay colgadas por la ciudad. Sin duda, mi hija mediana es la más exigente y más Trumper de todos. Ahí no he tenido ninguna culpa, es una copia de mi marido y siempre me salgo con la mía cuando discutimos en privado los problemas de los niños.

Lidiar con Nadine es complicado, pero le dejo el cargo a su padre.

—Cámbiate inmediatamente.

Ella consigue hacerse con la cinta métrica y la lanza contra la pared.

—No, no hasta que me pidas perdón por irrumpir mi espacio privado y...

—¡Eres mi hija, irrumpo lo que me da la gana!

—Mamá, mira lo que me dice tu esposo.

Bastian abre los ojos retrocediendo.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te dirijas a él como si fuese un desconocido?

—Quiero reunirme con mi abogado Sebas, necesito determinar unas cuantas cosas que...

—¡Nadine, te soltaré una bofetada como sigas hablando así! —Anuncio sonriendo.

—¡Es que no pensáis en mí! Solamente soy la favorita de la abuela Margaret porque está convencida de que quiero más a la abuela Nadine por llevar su nombre. Hasta vosotros queréis más a mis hermanos que a mí.

A Bastian no le hace gracia, yo sonrío porque sé que Nadine miente para volver loco a su padre. Le encanta hacerle rabiar, es su hobby favorito.

—¿Y bien, discutiréis la posibilidad de hacerme un pequeño agujerito en mi nariz?

—Solo si la modelo que sigues se tira por un barranco, ahí, al vacío.

—¡Mamá, retíralo!

—¿Qué? Es que no es normal lo tuyo, cielo. Esa modelo no te representa. Tú serás la más mejor en el mundo de la moda. ¿Quieres copiar una tendencia o crear la tuya propia?

—Papá, dile a tu mujer que me está liando.

Mi marido prefiere mantenerse al margen, no dirá nada al respecto sobre su hija mediana siendo una supermodelo. Para él todo es lencería y posar desnuda.

—Recoge tu almuerzo, —miro el reloj que me regaló Bastian por nuestro aniversario, —y vigila que tu hermano no se coma las chocolatinas. Es hora de irnos.

—Pero, ¿habrá o no habrá charla sobre mi piercing?

—Lo decidiremos cuando saques mejores notas.

—No me gusta estudiar —resopla mientras mi marido se tensa.

—Si quieres conseguir tus caprichos tienes que ganártelos primero.

—Tito Sebastian dice que si fuera su hija me hubiera hecho el piercing.

—Tito Sebastian no pertenece a esta familia, y como te debes a esta familia porque tú nos perteneces a tu padre y a mí, harás lo que te digamos.

—No me caes bien.

Nadine se lanza contra su padre y le abraza. ¿Ahora yo soy la mala? Oh, claro que lo soy. ¿En qué momento me he visto sola en este cruce de palabras? Él le está besando la cabeza y a mí me regaña con la mirada. Ellos saben cómo tratarse el uno al otro. ¿Por qué me meten en este lío?

—Te compraré la línea de ropa que tanto querías —le susurra a Nadine.

—¿En serio?

—Sí, las líneas de ropa que quieras. Las enviaré a tu tienda ‘Nadine Trumper’. Llama a las dependientas y te dirán cuándo te llega el pedido.

—¡ERES EL MEJOR PADRE DEL MUNDO MUNDIAL! ¡MI FAVORITO! No amo ni a los titos, ni a los primos, ni a los abuelos... ni a nadie que no seas tú, papá. Te quiero, papi.

¿Cómo lo ha conseguido? ¿Cómo... qué... esto qué ha...? Mi marido sigue sosteniendo el cuerpo de nuestra hija, la mece, la besa y ella seguramente esté sonriendo por haberse salido con la suya. Al menos no es un piercing o un tatuaje, una línea de ropa es más considerable que las otras peticiones en las que implica agujerear su piel o marcharse de casa para refugiarse en otros miembros de la familia.

—Obedece a tu madre y ve a por tu almuerzo. Salimos en cinco minutos.

—Eres el mejor padre del mundo.

Nadine se estrella contra mi cuerpo abrazándome también fuertemente como a su padre. Él y yo nos miramos sonriendo. Sea como sea, hemos superado otro enfrentamiento con la más exigente de la familia, con la más Trumper, con la copia exacta del carácter de mi marido. Así es él, así me gana a mí cada vez que me abraza, me mira o me besa. Y lidiar con un Trumper no es nada difícil, tan solo tienes que dejarte llevar por los sentimientos que nacen en tu corazón y cuando menos te lo esperes ya habrán pasado dieciséis años.

—¡ME QUIERO MORIR! ¡ME QUIERO MORIR AHORA MISMO!

Bastian se desconecta nuevamente del mundo tras el llamamiento de la voz en grito de su hija. Abandona su estado de serenidad mientras corre hacia la tercera planta saltando enfurecido los escalones. Dejo a un lado a Nadine después de susurrarle que vaya a por su almuerzo y corro detrás de mi marido que avanza mucho más rápido que yo. Miro irritada el ascensor de casa que nunca nos ha funcionado, si estuviese activo ya hubiera alcanzado a mi marido, sin embargo, me veo obligada a sostenerme de la barandilla de la escalera enorme que me ayuda a impulsarme.

Con la lengua afuera, arrastro los pies por el pasillo hasta llegar a la habitación de mi hija mayor. Ahí está, sentada en su cama gigante con sus piernas cruzadas y mirando la pantalla del móvil.

De reojo observo que Bastian está paralizado lo suficientemente cerca, pero a su vez, lo suficientemente lejos para no estorbar a su hija. Es Dulce Bebé, Dulce Bebé, no es necesario decir más.

—¿Qué te pasa, cielo?

—Brandon Criff. ¡LE ODIO, LE ODIO! —Lloriquea sin lágrimas.

—¿Brandon qué?

—¡BRANDON CRIFF! ¡Ha modificado su estado público y ha escrito que nunca saldría con una chica que se llamara Dulce Bebé! ¡ME QUIERO MORIR!

—Ah, era eso.

—¡ES UN IDIOTA! ¡LE ODIO, LE ODIO A MUERTE! ¡Todos lo habrán leído y seré el hazmerreír de la ciudad! ¡DE TODA, MAMÁ! ¡Ya no quiero ir al instituto, no quiero vivir, no quiero salir de mi habitación!

—Cariño...

—¡NO MAMÁ, TODOS LOS CHICOS ME ODIARÁN!

De repente, Bastian cae medio recostado sobre la mesa central que hay en la habitación. Su mano derecha aprieta su pecho izquierdo, ha movido dos sillas y está... está decayendo muy lentamente con los ojos abiertos y pidiendo ayuda en silencio.

Mi marido está sufriendo un infarto.

—Bastian, Bastian. Oh Dios mío, Bastian respira, respira mi amor. ¿Qué te tengo dicho?

—No sabía que él...

—¡Dulce Bebé, las normas están para cumplirlas!

—Lo siento, yo no... ¿Papi?

Bastian desaparece de nuestra vista rápidamente. Ha salido sin pronunciar palabra porque seguramente su mente esté viajando a años luz de la realidad. Me ha dejado aquí con los brazos en alto y a Dulce Bebé a punto de levantarse para atenderle.

Conozco a mi marido, sé cómo piensa y qué pretender hacer.

Me centro plenamente en mi hija ladeando la cabeza. La observo discretamente de

arriba abajo. Ella es el polo opuesto a su hermana Nadine, y a diferencia de sus dos hermanos, es una copia exacta a mí en cada uno de los sentidos, tanto física como personalmente. Mi hija mayor Dulce Bebé está cerca de cumplir quince años, es unos centímetros más baja que Nadine y el color de sus ojos es más oscuro que los cristalinos de sus hermanos. Mis ojos son azules, mi pelo rubio, mis labios regordetes y no soy tan agraciada en altura... veo en mi hija Dulce Bebé a la Nancy adolescente del pasado. Físicamente es una mini yo capaz de sacar carácter cuando se da el caso.

Es la más sensata de toda la familia Trumper al completo. Saca matrículas de honor en el instituto porque le gusta estudiar y solemos recibir llamadas de sus profesoras para felicitarnos por ella. Es una chica de números como su padre, el año pasado mi marido compró los libros de su promoción para que se los estudie en sus ratos libres. Su meta en el futuro es ser una buena médica, encontrar la cura de las enfermedades y poder hacer feliz a familias. Ella se implica en las organizaciones benéficas, es responsable, buena, generosa, cariñosa y nunca nos pide nada. A veces hasta le obligamos a que utilice sus tarjetas de crédito porque no hay movimientos en sus cuentas bancarias.

Confiamos plenamente en nuestra hija. Es la mayor de todos los primos y de nuestra casa. Nos sentimos bendecidos por la bondad que emana de su ser.

Aunque me juegue la vida con este pensamiento, es la favorita de mi marido Bastian. Él lo niega porque ama a sus tres hijos por igual, incluso ama a los trillizos que no nacieron, pero sé que tiene un algo especial con su primogénita. Ella suspira más alto de lo habitual y su padre ya está llamando a un médico para que venga a comprobarla. Su primera menstruación nos pilló por sorpresa, Bastian quiso morirse y puso el mundo del revés. Todos los meses cuando mi hija sufre los dolores intensos de la menstruación, mi marido se pasa los cinco días durmiendo justo en la puerta de su habitación; por si escucha algo, por si ella le necesita, por si yo me olvido de darle la pastilla. Está cien por cien conectado a Dulce Bebé, y si con Nadine juega en ese role de padre e hija, con su primogénita siente todo lo contrario... siente que la pierde, que crece y que le abandonará.

La adolescencia de Dulce Bebé está siendo por el momento bastante tranquila. Sale todos los fines de semana con sus amigas, le permitimos el uso de internet no restringido, puede irse a dormir un poco más tarde que sus hermanos, permanece con los adultos de la familia más de lo que debería, se interesa en temas serios para la edad que tiene... y en definitiva es una niña que no nos da problemas.

Últimamente se está mezclando con una compañera de clase que no me gusta, no quiero decírselo a Bastian porque enloquecería, pero esa cría es una mala influencia para nuestra niña. Es hija de un matrimonio conocido por la alta sociedad, y odio tanto a la madre como a la hija.

—Amor...

—Mira, mira mamá. Lo ha cambiado. ¡Es un tonto! Ha publicado otro estado, ¿ausente, por qué está ausente?

Me arrodillo lentamente a sus pies para hablar con ella. Tal vez debería informarle que su nueva amiga la está desviando de su verdadera personalidad. Mi hija no estaba interesada en los chicos hasta que se acercó a esa cría, tampoco pensaba en saltarse las

clases o en quedarse por el centro a horas no permitidas los fines de semana. Su hora de llegada es indiscutible, a las seis de la tarde ya tiene que reunirse con nosotros.

—Dulce Bebé, atiéndeme. ¿Qué te tengo dicho sobre hablar de chicos cuando papá está cerca? Cualquier tema de chicos, a mamá primero.

—Lo siento, no me había dado cuenta. Estaba metida de lleno en una crisis, pero ya se me ha pasado.

—Es por tu amiga Lincy. Es ella la que te origina esas crisis inusuales en ti. Cariño, luego quiero que hablemos sobre tu nuevo enfoque en la vida con...

—¿Lincy? ¿Hablas de Lincy? Ya no me hablo con ella. Le dijo a Raben Hadson que yo no era la más guapa del instituto y que...

—Gracias a Dios, —suspiro aliviada —menos mal que ya no sales con esa niñata. Es una arpía.

—¿Te cae mal?

—Sí. ¿Te he contado cómo flirteaba su madre con tu padre cuando salíamos de fiesta? Es una garrapata. La alta sociedad no la aguanta, y que te hayas hecho amiga de su hija nos hubiera dado problemas. No lo he hablado con tu padre, pero estoy segura que también ha observado tu cambio repentino.

—Sigo siendo la misma.

—Cuando nos pediste que querías salir por la noche con Lincy no sabía si reír o llorar.

—Eso fue una vez, quería presentarme a su primo para...

—No, Dulce Bebé, no. Nunca más, ¿de acuerdo? Cuando seas un poquito más mayor te contaré con nombres y apellidos quienes son aquellos de la alta sociedad con los que no te debes juntar. Esa gente está esperando a que papá y yo nos divorciemos, a que nos suceda algo grave. Jugarán a lo que sea que jueguen con tal de vernos sufrir.

—No entiendo, si te caía mal, ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque tienes que aprender de tus propios errores, saber elegir quienes son los buenos y quienes son los malos.

—Tengo la elección en el culo.

—Habla bien, —sonrío acariciando su mejilla ardiente, —¿qué ha pasado con Brandon?

—Lo conocí en la heladería la semana pasada, hemos chateado durante dos días seguidos y entonces él ha puesto ese estado público. Todos lo han leído mamá.

—¿Quieres un as?

—Quiero un as —me responde como solo una Trumper respondería.

—Los Criff se han arruinado. Llevan cuatro meses llamando la atención para sacar dinero de la alta sociedad. Usarán a sus hijos, a sus conocidos y hasta sus trabajadores con tal de salvar todas las propiedades que poseen. Su hijo seguramente te haya...

—Utilizado.

—Exacto. No quería decírtelo porque tampoco se lo he comentado a papá. —Ella agacha la cabeza olvidándose del móvil, —eh, mi amor, no pasa nada. Estás descubriendo el mundo de los chicos y...

—Cuando llevas un apellido Trumper todo se complica.

—No tiene por qué, cielo. Encontrarás a un chico y cuando lo hagas sabrás que es él.

—Si tampoco me importan Brandon o Lincy, pero siento que se ríen de mí porque saco buenas notas.

—Ellos te tienen envidia porque haces lo correcto y no pueden ser como tú. Además, tú y yo haremos un trato, le diremos algo a tu padre para que saque del instituto a Lincy. Así nadie te molestará nunca más.

—¿Podría echar también a la profesora de literatura? —Le niego poniéndome en pie.

—Es hora de irnos, con un poco de suerte tu padre nos estará esperando en el coche...

—¿Y sin suerte?

—Él habrá incendiado medio instituto con todos los Brandon dentro.

Salimos abrazadas de su habitación, sostengo su mochila y veo la figura de mi hija mayor saltar por la escalera para recoger su almuerzo.

Es la mayor de la familia y la más cercana a la edad adulta. Mi marido y yo necesitamos ponernos de acuerdo cuando llegue la hora de contarle a Dulce Bebé toda nuestra historia, desde que nos conocimos hasta las personas que nos rodean en la alta sociedad. Ella se encontrará a un par de miles de arpías que le harán daño y mi marido no tendrá piedad con nadie que se atreva a fastidiar a su familia. Esa tal Lincy ha sido el comienzo de un apellido que ya le pesaba antes de nacer, y espero que mi hija sea lo suficientemente inteligente como para apartarse de esa chica.

Y de todos aquellos que intentarán hacerse su amiga, su novia, distraerle de sus estudios y ponerla en nuestra contra... porque si algo no ha cambiado en estos años es que los Trumper seguimos levantando mucha envidia entre otras familias que no han conseguido lo mismo que nosotros. Ya sean mis cuñados o mi marido y yo, la alta sociedad nos odia por ser felices.

—Genial, llegaremos tarde.

Dulce Bebé sale de la cocina con su almuerzo en la mano y lo guarda en su mochila. Mis otros dos hijos estaban peleándose cuando he llegado, siempre juegan a golpearse sin llegar a las manos.

—Chicos, ¿y papá?

—Se ha ido.

—¿A por el coche?

—No, ha dicho que nos llevarás al instituto.

Abro la puerta de casa perseguida por mis hijos que refunfuñan y busco con la mirada su coche favorito. No está, el rojo no está.

—Se ha marchado, mamá. Acéptalo. Vamos, he quedado con las chicas en la entrada y no quiero llegar tarde. ¡Siempre llegamos tarde!

—Nadine, hoy es el primer día en mucho tiempo que llegarías tarde.

—Y porque conduces tú —susurra mi hijo pequeño.

—Todos al coche blanco. Voy a buscar mi bolso, como no estéis sentados en dos minutos le diré a papá que este fin de semana nos quedamos en casa.

—¡Qué bien! —Grita Bastian con los brazos en alto.

—Sin electricidad, sin móvil, sin visitas, sin videojuegos y sin nada con qué distraeros.

Vuelvo a por mi bolso sonriendo por las quejas de mis hijos. Bastian esconde el juego por debajo de su chaqueta creyendo que no le he visto, Nadine le comenta algo a Dulce Bebé y casi me da un ataque, no son sus zapatos los que la hace ligeramente más alta que sus hermanos, ¡esta niña ha crecido mucho!

Cierro la puerta de casa voleando el bolso por encima de mi hombro y bloqueo el Paraíso Trumper usando la yema de mi dedo. Es el código de seguridad más efectivo que hemos tenido nunca.

—Chicos, no veo vuestros cinturones de seguridad. Y Bastian, el juego se queda conmigo si no quieres que tu padre se entere.

Giro la llave del coche mientras me pongo el cinturón cuando la puerta de al lado se abre rápidamente.

—¡No mamá, no es justo! ¿Por qué ella va delante y yo no?

—Dulce Bebé, atrás con tus hermanos.

—Ni pensarlo, siempre que se pegan acaban haciéndolo en mi cara. Yo me siento aquí.

—Si ella se sienta yo también —Nadine se estira entre los dos asientos delanteros, mi hijo la imita echándose encima de ella.

Todo se vuelve un caos de brazos, risas y exigencias.

Me ignoran. Los tres están jugando ajenos a que les estoy ordenando que se sienten en sus respectivos lugares. Nunca me hacen caso cuando se trata de su madre conduciendo, ni siquiera mi marido confía en mí. No es que lo haga mal, es que me he acomodado a que Bastian sea mi chofer particular y cuando cojo el volante me pongo realmente nerviosa porque estoy rodeada de Trumpers que esperan verme fracasar.

Yo puedo. Yo puedo con esto.

—Gracias chicos, le contaré a papá que tire absolutamente todos los videojuegos, que cancele los pedidos de las líneas de ropa y que no haya más salidas los fines de

semana.

—¡No lo harás! —La cabeza de Nadine asoma primero.

—Antes de que tú nacieras, tú, y tú también jovencito, mucho antes de que nacierais yo ya dominaba a vuestro padre con un chasquido de dedos. ¿Por qué sería diferente esta vez? Si es lo que queréis de todas formas, castigaros sin electricidad y con la compañía de vuestros padres.

—¡QUÉ ABURRIMIENTO! —Grita Bastian retrocediendo a su asiento.

—Lo dice para manipularte, idiota.

—¡Nadine, ese lenguaje!

Al menos he conseguido que estén abrochándose el cinturón, en silencio y ya cegados por sus móviles. Dulce Bebé es mayor y confiamos en lo que hace cuando se conecta, pero los más pequeños me preocupan porque aunque estos no tienen internet son Trumper y se las pueden ingeniar para conectarse. Mi cuñado Sebastian los controla desde un programa, ha enseñado a mi marido y navegan seguros, pero no sé, todavía tienen que hacer un millón de actividades más antes de obsesionarse con esos cacharros. Dulce Bebé lo necesita para hacer trabajos de clase y comunicarse con sus amigos, Nadine se pasa todo el día hablando con sus amigas y nuestro hijo lo usa para jugar con las aplicaciones.

Ya rodando por la ciudad, suspiro mirando por el espejo la cara de mis tres hijos. No sería tan mala idea pasar un fin de semana sin electricidad.

—Me duelen los oídos de escuchar vuestras voces. No tenéis límite. ¿Qué haces ahí atrás, Nadine?

—Jugar... ¿qué crees que hago si no tengo conexión? Dulce Bebé puede tenerla y yo no, ¡es injusto!

—Ya tendrás mi edad, enana.

—¡La tengo casi! ¡Díselo, mamá!

—El año que viene tendrás internet, Nadine. Y dejad siempre de competir. Tenéis edades diferentes y vuestro padre y yo os educamos en base a vuestras necesidades.

—¡Yo necesito internet!

—Nadine, hoy tienes más que ninguno aquí. Tu padre te ha comprado una línea nueva de ropa y la recibirás en tu tienda.

—Porque papá es el mejor padre del mundo.

Sonríe sintiéndome orgullosa de sus palabras y borro la sonrisa porque el agradecimiento va acompañado de algo a cambio. Nunca paro de recordármelo; es una Trumper como su padre.

En el último semáforo que antecede la carretera privada del instituto, recapacito sobre lo ocurrido con Dulce Bebé y cuando estoy a punto de asegurarme que no hablaré más con Lincy mi hijo asoma la cabeza pegándola a la mía.

—Mamá, ¿puedo ir a jugar a casa de tito Sebastian cuando terminen las clases?

—¿Hoy? Hoy es viernes, es noche en familia. ¿Por qué lo sabes? ¿Es que tienes internet en el móvil?

—Estás obsesionada con el internet en el móvil —susurra Nadine.

—Me he acordado de que el primo Sebastian no se ha pasado un juego y yo sí, porque yo soy el mejor, como tú mamá; eres la mejor madre del mundo.

Ya lo está haciendo otra vez. Pega sus ojos a los míos para que no pueda negarle nada. Es viernes, ya ha cumplido con sus obligaciones y ha aprobado un examen esta semana, si es lo que quiere no se lo impediré.

—De acuerdo, puedes ir.

—¡Increíble! El favorito de mamá —sonrío ante el comentario de Nadine.

—Vaya, creía que tú eras la favorita cuando tu padre y yo hablamos sobre llevarte a París.

—¡AWWWW! ¿PARÍS? ¿A LA SEMANA DE LA MODA DE PARIS?

Acelero mientras se pelea con su hermano para asomar la cabeza entre los dos asientos. He leído un poco la conversación de Dulce Bebé con su amiga, hablan de un examen de física y de momento apartaré el tema de esa Lincy. Confiaré en que ella tome una buena decisión, yo no quiero entrometerme en su vida, tan solo siento que debo guiarla cuando llevamos el peso de un apellido que es tan amado como odiado.

Detengo el coche despacio al aparcar en mi plaza delante de la entrada principal. Bastian es el primero en saltar sin decirme adiós.

—Ten un buen día cariño —se dirige corriendo hacia el lado oeste donde él estudia.

Dulce Bebé es la siguiente en marcharse, ella sí me da un beso y me agradece todo lo que he hecho. ¿Hecho? No sé qué he hecho exactamente pero la amo y la amaré hasta mi muerte.

Saco la llave del contacto con la cabeza de Nadine todavía asomando. La muy lista espera una confirmación, pero la ignoro bajando del coche y saludo a un par de madres que no me caen tan mal.

—Mamá, no quiero ir al instituto. ¡Quiero ir a la semana de la moda de París! ¡París!

—Para tu cumpleaños.

—¿En serio, mamá? —Le ayudo a que su mochila no le resbale por el hombro y bloqueo el coche. ¡Esta llave se me atasca!

—Tan en serio como que aprobarás los tres exámenes que tienes hasta la fecha. Luego ya lo discutiremos.

—Pero has dicho que lo has hablado con papá y que...

—Señora Trumper —saludo amablemente a una profesora que ha salido del centro.

—Enseguida entro a por él.

—No quisiera molestarla, Señora Trumper.

—Nadine, ve con tus amigas y atiende en clase. Si apruebas los exámenes te llevaremos a París. Será nuestra última palabra hasta la fecha. Ten un buen día.

—Te amo mamá, te amo mucho.

Ruedo los ojos viendo a mi hija trotar hacia sus amigas. Al menos, esperamos que el viaje a París incentive sus motivaciones con los estudios. Es una buena estudiante, lo que pasa es que nos han dicho que se distrae bastante cuando las profesoras explican la lección y luego no quiere estudiar para los exámenes porque su tío Sebastian dice que es millonaria. ¡Mataré a mi cuñado!

Caminando por el pasillo del instituto saludo a los amigos de mis hijas, mientras, todos le escuchamos como si rugiera un dinosaurio. Al llegar a él mis ojos se enfocan en varias madres y profesoras que están siendo firmemente acorraladas por Bastian.

—Cielo, amor.

—Nena, no te metas.

—Humillas a Dulce Bebé —la niña ni siquiera ha entrado todavía.

—Nena. No.Te.Metas.

Los comentarios de las mujeres no son nada comparados con las amenazas de mi marido, él les gritaba que su hija está siendo acosada por un tal Brandon y da la casualidad que su madre se halla presente entre la multitud. Buscaba algo parecido y mi marido se lo está ofreciendo en bandeja.

—¡Te denunciaré, seas Trumper o seas otro!

—Tranquila, Señora Criff, mi marido se encuentra un poco alterado.

—Usted no cambiará mi manera de pensar.

—¿Qué hace usted en el instituto? Nunca acompaña a su hijo a clase.

—¿Disculpe? —Todas las miradas se centran en nosotras, incluso Bastian se ha girado y se ha dado tregua.

—Que no es usual que usted acuda al instituto de su hijo.

—¡Tengo todo el derecho del mundo a venir al instituto en el que malgasto cuarenta mil dólares al mes!

—No me ha entendido, —sonríó acercándome —¿es que habéis planeado hacer daño a mi hija Dulce Bebé? Porque poseo pruebas que meterían a su hijo en una cárcel, y si mi cuñado Sebas está de buen humor tal vez le perdone la vida cuando cumpla la mayoría de edad y puede que no le mande a la silla eléctrica. ¡Qué es donde debería estar! Como le vuelva a ver a usted, a su amiga Lincy o a su hijo alrededor de mi niña os denunciaré yo a ustedes. ¡Y tu cabeza volará primero! ¡Gilipollas! ¡Busconas!

—Señora Trumper, no sé de qué me está hablando —la risilla de nervios no se le quitará en un año.

—Desaparezca de las instalaciones de mi familia y no piense en regresar. Como os habéis arruinado por avariciosos espero que el trimestre que viene no inscriba a su hijo en este instituto porque no querrás verme cuando...

Bastian me mueve elevándome por la cintura, ha avanzado unos pasos cargando conmigo en el aire y hemos dejado atrás el barullo que él había formado.

—No sabes lo cachondo que me pones cuando hablas en ese tono.

—¡Es una imbécil! ¿Sabes lo que ha pasado con...?

—Sshh, lo sé todo. ¿Por qué no volvemos a casa y continuamos con lo que hemos dejado en el amanecer?

—Bastian, no hables tan alto que...

—¡Qué asco! —Me había abrazado a mi marido pero Nadine nos ha pillado. Él persigue a su hija mientras saludo educadamente a sus amigas y todas desaparecen en el largo pasillo. Veo a mi marido bajar la falda de la niña que sonrío, consigue deshacerse de Bastian prometiéndole que si la llevamos a París se vestirá con pantalones para venir al instituto. Por el momento les basta a los dos.

Entrelazo los dedos con mi marido viendo a Dulce Bebé discutir la tabla de ciencias con sus amigas. Los niños se apartan de nuestro lado aunque yo intente desviarnos hacia el césped para que ellos puedan utilizar el camino de piedra, pero Bastian tira de mi mano.

—Eres un desagradecido.

—¿Yo? Es mi instituto como bien has dicho ahí adentro. Hago lo que quiero en todas mis propiedades, y fuera de estas... —sonrío besando la palma de mi mano.

—¿Cuándo les contaremos a los niños que las instalaciones del instituto y del colegio os pertenecen a ti y a tus hermanos?

—Cuanto más tiempo se los ocultemos mejor.

—Las niñas me preguntan por qué no tienen profesores. Todas son mujeres, Bastian.

—Quéjate a mis hermanos.

—Les pediré que contraten a hombres que... ¡BASTIAN, BASTIAN BÁJAME!

Mi marido me ha subido a su hombro izquierdo en el cual apoyo gran parte de mi cuerpo. Trotamos hacia mi coche mientras le suplico más calmada que me ponga en la superficie, pero él no tendrá piedad conmigo. Mi neandertal no obedece cuando se trata de nosotros dos pasando una mañana cualquiera en casa haciendo el amor.

Capítulo 2

UNA MAÑANA DIFERENTE

JOCELYN

Aliso mi falda de tubo negra sonriente frente al espejo. Acabo de pesarme, he perdido un par de kilos que se han esfumado de mi cuerpo y con los que no contaba; pensaba que nunca se irían ya que mi bajo trasero es un paraíso para albergar todo aquello que coma. Mi eterna dieta está proporcionándome buenos resultados.

Escondo la báscula en la caja fuerte de mi vestidor, aprieto mi dedo índice sobre el lector de la huella dactilar y coloco algunas cajas delante para evitar que mi marido la vea. Sebas es un ser muy inteligente, demasiado diría yo; ha manipulado cientos de veces las agujas, los números y la configuración de los programas de los aparatos que he ido comprando durante años. A su parecer, me subo en una báscula que tengo olvidada en nuestro aseo, mientras tanto, yo utilizo una en particular que compré con dinero en efectivo para no dejar constancia de la adquisición.

Cuelgo la bata de Sebas en el armario de su vestidor y me tomo unos segundos para oler a él, a su maravilloso perfume y a su maravilloso aroma corporal. Cuando se ducha me hipnotiza por el ambiente a gel, crema, aceite y espuma de afeitar que trae consigo, puedo considerarme fuera de batalla siempre que mi marido aparece recién aseado. Es mi momento favorito del día, esos veinte segundos en los que se detiene mi corazón porque su presencia eclipsa la luz de mi estrella. Él es mi estrella, él es mi Universo.

—¿Mamá?

Me subo de nuevo en los zapatos que había dejado en la entrada del vestidor, y contoneo mi cintura hasta la puerta de la habitación donde me espera mi hija Jocelyn. Cada mañana cierro con llave para que mi marido no vea cómo me peso en una báscula que está fuera de su alcance.

—Amor, ¿llevas mucho tiempo aquí?

—No, —sonríe escondiendo su cabeza —huh, papá... papá...

—¿Qué ha hecho ahora papá? Cielo, puedes contarme lo que te preocupa. Hablaré con él. Tenlo por seguro.

—En mi curso ya no estamos obligados a vestirnos con uniforme, huh, y... bueno...

—Cariño, suéltalo.

—Papá ha entrado en mi habitación, ha sacado el uniforme del año pasado de mi vestidor y me ha obligado a ponérmelo. Ni siquiera está lavado, huele mal y... y...

Mientras que mi hija se sonroja sintiéndose bastante avergonzada, yo me transformo en lo contrario a ella. Pienso detenidamente por un instante y la respuesta se clava rápidamente en mi mente. Sí, mi marido ha tomado una mala decisión sin mi consentimiento. El uniforme escolar ha sido una larga batalla que mis cuñadas y yo hemos ganado este año, finalmente conseguimos que nuestros maridos lo prohibieran.

—Elije la ropa que más te guste y baja a desayunar. Hablaré con papá, no te preocupes.

Se pone de puntillas para darme un beso en la cara, la abrazo fuertemente después de sus susurros reafirmando que soy la mejor madre del mundo y camina aligerada hacia el ala oeste de casa donde se encuentran las habitaciones de los niños.

Jocelyn, mi pequeña Jocelyn ya es una mujercita de diez años que crece bastante a diario. Aunque no sea físicamente idéntica a mí, puedo decir con orgullo que su personalidad de ángel es una copia de la mía. Ella es dulce, serena, risueña, insegura, delicada, frágil, tímida, humilde, vergonzosa y muy responsable. A veces, le puede el genio Trumper que se apodera de ella, pero siempre lo utiliza para defenderse de los juegos verbales de mi cuñado Sebastian. Jocelyn es una niña ejemplar que brilla con luz propia.

Su apariencia, cien por cien como la de mi marido, la hace inclusive más hermosa. Ella es la más alta de sus hermanos y sus piernas crecen tan rápido como su cuerpo; la pediatra ha dicho que entra en los cánones de la normalidad. Su pelo cae hasta la cintura, es de color avellana y se le rizan algunos mechones. Sus ojos cristalinos te miran y te han ganado, posee las dos típicas armas que podrá utilizar con quién desee. Mi hija ya es una personita que está abandonando la niñez para entrar en los años que le llevará a su padre a la tumba como no medie entre ellos.

Cojo el maletín comprobando las carpetas del caso en el que trabajo, tengo un juicio a las dos de la tarde y espero que mi marido sea lo suficientemente paciente como para esperarme sin entrar en la sala y dar el caso por finalizado.

Atravieso un pasillo largo iluminado por los tragaluces del techo y mis tacones ya pisan el suelo del epicentro donde nos reunimos cada mañana. Odio la cocina por muchas razones, sobre todo, porque aquí se manipula la comida y porque aquí se come. Obvio, Joce. No puedo culpar a mi familia de que este sea su lugar favorito puesto que es demasiado hermosa como para no usar cada rincón que la compone. Rodeada de ventanales que van desde el techo hasta el suelo, en el medio de la cocina hay una mesa redonda elegida exclusivamente por mi marido ya que prefiere vernos las caras con facilidad. En las paredes hay cuadros con dibujos de nuestros hijos, algunos toques de decoración y varias fotos de familia que he añadido últimamente. Tenemos una isla un tanto extraordinaria por su grandeza, por el color blanco impoluto a juego con los muebles y por el mármol que ha sido traído desde España. Un maravilloso espacio que redecoré

especialmente para no sentirme tentada por los alimentos.

Mi hijo mayor Sebas está sentado en su silla habitual, ellos no son estrictos para asignarse un asiento, pero a él le gusta desayunar frente a la pequeña televisión incrustada en la pared y así ver las primeras noticias del día. Embobado con la imagen de un accidente de tráfico, lleva a su boca la cuchara llena con fibra y azúcares... lo que ellos llaman cereales. Espero que no se haya cambiado de nuevo la leche, me gusta que beban la de soja porque... porque... por... porque los pobres tienen una madre problemática con la comida. Cuanto más sano coman mejor para mí y mi salud mental.

Viste con sus pantalones favoritos de pinza, color azul marino, y una camisa de cuadros a juego con la parte inferior. Su pelo corto, recién humedecido y peinado hacia un lado, nos deja a la vista un pequeño rizo que se le forma justo encima de su oreja izquierda; un rizo hermoso que también tenía mi padre. Cuando era pequeño el color de su pelo era más oscuro, ahora con once años mi hijo Sebas es exactamente igual a su padre. De ojos cristalinos, labios carnosos y pose de hombre poderoso, a mi niño solamente le han faltado unos quince centímetros más para ser el más alto de sus hermanos. Y de momento, Jocelyn le gana por esa diferencia.

Su personalidad varía según la gente que le rodea. Cuando está con sus primos es un niño rebelde, desobediente... y hasta nos saca la lengua. Sin embargo, cuando está en casa con todos nosotros se convierte en un ser completamente diferente; educado, apuesto, relajado, obediente, responsable e imita todo lo que hace su padre. Mi pequeño está dividido por dos polos opuestos, por el mío y por el de mi marido, supongo que ya tendrá tiempo para averiguar por quien de los dos se decanta; si por mi dulzura o por el carácter imperativo Trumper. Mis dos cuñadas piensan que mi hijo es como yo... luego le veo jugar con los suyos y mis pensamientos dudan. De todas formas no me obsesiono con el más despistado de la familia, si se decanta por la personalidad de su padre, su abuelo y sus tíos, le querré igual.

En la actualidad, solamente me toca lidiar con un Trumper que lidera esta familia. Él, mi marido Sebas.

Ahí está, de pie y de espalda a mí mientras bebe café en una taza que sus hijos compraron y pintaron para el día del padre. Con la otra mano voltea la siguiente página del periódico. Casi es hora de irnos y yo... y yo... huh... tengo estos... estos sentimientos de pasión desenfrenada en la que nos imagino haciendo el amor sobre la isla. Siento un cosquilleo que me paraliza. Esta misma mañana lo hemos hecho en nuestra ducha y ya quiero volver a repetir, siempre me quedo con ganas porque él es insaciable.

Su cabello castaño claro está perfectamente repeinado hacia atrás. Le ha dado por usar esa gomina que humedece sus cabellos hasta bien entrada la mañana, luego aparecerá en la tarde y los mechones caerán por su frente. Mantiene su cuerpo trabajado en el gimnasio, el color cristal de sus ojos y la sonrisa que provoca desmayos a media humanidad, incluida yo. Ha sido elegido el hombre más sensual del país por cuarto año consecutivo y ha logrado colgarse medallas por la labor que ejerce en su profesión. Los dos seguimos igual de enamorados, no, mucho más que los pasados dieciséis años. Él y yo nos amamos con locura, nos complementamos, nos entendemos y nos respetamos. Le necesito en mi vida para vivir, y mi marido siempre me repite que también me necesita en

la suya para seguir respirando. Somos muy felices. Muy pero que muy felices. Y juntos hemos formado la familia con la que hemos soñado.

Aunque no todo es perfecto entre nosotros. De vez en cuando me toca ser quien no quiero ser y sacar el genio Trumper. Imponerme a mi marido es algo que detesto, pero mi hija está muy por encima de nosotros dos.

—Se te va a enfriar el café —anuncia sin mover su cabeza. ¿Cómo sabe que estoy detrás?

Me olvido del maletín poniéndolo en el suelo, me acerco a mi marido y beso su hombro. No suelo maquillarme, pero la línea de pintalabios que ha sacado mi cuñada Rachel es increíble y no deja marcas. Ensuciar su traje es lo último que querría.

—La niña me ha dicho que...

—No discutiré sobre eso —disimula que lee. ¿Me ha gruñido? Sí, me ha gruñido.

—También es mi hija y...

—Jocelyn, reina, se te enfriará el café.

—Ya he desayunado.

—Un vaso de agua con limón y miel no es desayuno.

—Lo haré más tarde en el gimnasio. Ahora no quemaré calorías porque tengo trabajo que hacer en el despacho y...

—No te he preguntado por tu agenda. El café.

—Sebas —dejo de tocarle y capto su atención. Tenemos esa cosa extraña de la conexión, si no nos tocamos nos ponemos nerviosos. —¿Por qué le has dicho eso a la niña?

—Lo sabes. ¿A qué viene esto?

—¿El uniforme del año pasado?

—Es provisional. Esta misma mañana le compraré uno de su talla y...

—¡No se trata de su talla! —Me altero mirando hacia mi hijo Sebas que está pendiente de la televisión, —no se trata de su talla.

—No tengo nada más que decir.

—¿Vas a fingir que no ocurre nada?

—Jocelyn, reina, —se voltea ignorando la taza de café y el periódico, —mi hija no vestirá esa cosa que llamáis ropa.

—Es una niña.

—Una niña con pechos, Joce. ¡Pe.Chos!

—Huh... no estamos de acuerdo en esto, —me separo todavía más y cruzo mis brazos. Él no se pierde ninguno de mis movimientos. Le afecta. Le duele mi imposición.

—¿Quieres que vaya al colegio vestida con esa camisa de tirantes?

—Es primavera. ¿Prefieres un jersey de lana?

—Prefiero ropa adaptada a su edad.

—Es su camiseta favorita. Tiene dibujos de jirafas y de monos.

—¡Como los niños de su clase que la mirarán y... y a saber qué mierda pensarán! En ella mando yo. Digas lo que digas.

Estaba a punto de responder a mi testarudo esposo pero me he detenido porque mi hija ha entrado en la cocina. La ha atravesado andando ligeramente alejándose de nosotros, sin molestar y sin llamar la atención, se ha sentado junto con su hermano y está terminando de desayunar sus piezas de frutas cortadas. Vitaminas, las vitaminas son buenas para su crecimiento.

Sacudo la cabeza moviendo la de mi marido, le beso en los labios y hago el mismo truco que hacen mis cuñadas con sus maridos; levanto el dedo índice. Dicen que tiene un poder oculto que es completamente efectivo.

Sebas ha gruñido porque la niña se ha cambiado de ropa, para su suerte, no se ha vestido con la que eligió anoche; ha elegido pantalones cortos de pinza y una camisa holgada de vestir mucho más formal que la camiseta de dibujos. Me guiña un ojo retomando su posición. Esta vez ha ganado, pero no las tendrá todas con él, las temperaturas han subido y tendrá que aceptarnos sin ropa. Imponga las normas que imponga. Jocelyn también es mi hija y ella es la única que decidirá cómo vestirse.

Rebusco en el armario mi bote de semillas, quiero añadirlas a la botella de agua que tengo en el despacho pero me detengo porque la mano de mi hija pequeña presiona mi trasero.

—Mami, te has dejado el móvil en mi habitación.

—Ah, gracias tesoro —sí, puede que siga siendo un poco despistada. He usado la cámara para hacernos fotos y me he olvidado de coger este aparato.

—¿Cuándo nos vamos? Yo he terminado de desayunar y estoy lista.

—Tres minutos —anuncia a viva voz mi marido.

—Sebas, no grites. Es muy temprano para los gritos.

—Señora Trumper, ¿qué hace usted en el armario?

—Buscando mis semillas para... —me pongo de puntillas porque no las veo y caigo en la pregunta de mi marido —¿dónde la has puesto?

—Donde deberían estar, en la jaula del loro.

—¡Flippy!

Mi marido coge en brazos a nuestra hija pequeña para usarla como escudo. Él lo ha vuelto a hacer, ha escondido mi comida baja en grasa, en sabor, en hidratos y en todos los componentes que puedan hacerme engordar. La besa saliéndose con la suya por segunda vez esta mañana, por tercera vez, no hacíamos el amor en la ducha desde hace cuatro días.

Hoy es una mañana diferente.

Maggie tiene nueve años. Mis hijos se llevan apenas unos doce meses de diferencia entre los tres y con ella me planté, nos plantamos. Sebas quería tener más hijos para competir con su hermano Bastian, pero cuando mis cuñados perdieron a los trillizos mi marido se desanimó y él se hubiese odiado si hubiera pasado por lo mismo que ellos.

Nuestra hija Maggie es la auténtica reina de la casa, la consentida de papá. Es una copia a mi físico; piernas cortas, cuerpo pequeño, cabello largo oscuro, rostro delicado y apariencia muy tímida... pero no engaña a nadie porque posee la astucia de un Trumper. Ella es como su padre, su abuelo y sus tíos; siempre acechando, imponiéndose, manipulando, voceando y cambiando la forma de pensar de las personas. Es el ojito derecho de su abuela Margaret y utiliza esa unión para obtener todo lo que ella desee.

Sebas y yo discutimos a menudo por la actitud de nuestra hija. Es una niña muy buena, se porta bien, saca buenas notas y a veces tengo la sensación de que es muy parecida a su hermana Jocelyn pero... pero luego se transforma en una mimada. En una Trumper. Culpo absolutamente a mi marido, a mi suegra y a mi cuñado Sebastian. Los tres. Ellos, los tres están llevándose a mi hija a su terreno. Amo que la niña se sienta amada por sus tres favoritos de la familia, pero ellos, precisamente ellos no la están educando como deberían. Tiene que aprender los valores entre el bien y el mal, y con tanto mimo temo que mi hija elija un camino equivocado en la vida. Ella no se sentirá tan protegida para siempre y... ¿qué digo? Por supuesto que se sentirá protegida. La familia Trumper está muy unida, todos nosotros lo estamos, y si alguno dejamos este mundo para vivir en el firmamento ya se encargarán los que se queden aquí de cuidarla como merece.

—Joce, tienes más semillas en la mesa del comedor. Las he puesto allí.

—No llores, mamá.

—¡No estoy llorando! —Afirmo convencida. ¿Estaba llorando, quería llorar? La muerte de Sebas o la mía dejaría un vacío insustituible en los corazones de nuestros hijos. Yo no podría sobrevivir a respirar sin él y tampoco podría mirar desde las estrellas cómo rehace su vida con otra mujer. ¿Qué sería de los niños, qué mujer desconocida entraría en casa?

—Al suelo, Mags. Comunica a tus hermanos que nos vamos en un minuto. Quien no esté en la puerta del coche en sesenta segundos se quedará en casa, perderá un día de colegio y papá se enfadará mucho. Vamos.

Mi marido golpea el trasero de Maggie mientras brinca voceando. Sebas agarra mi mano sacándonos de la cocina, atravesamos el pasillo y nos detiene lo suficientemente lejos de los niños.

Estoy bien.

Estoy muy bien.

Que sea el aniversario de la muerte de mi abuela no me afecta en absoluto. De hecho, soy una Trumper, una mujer fuerte y puedo superar el recuerdo de las muertes que han marcado mi pasado. Amo a mi familia, amo la familia Trumper al completo que me acogió con los brazos en alto cuando decidí regresar para recuperar lo que fuese de Sebas y les agradezco que sean dulces conmigo pero... pero yo no tengo un padre o una madre como Nancy o una abuela muy anciana como Rachel. Solamente tengo a mi suegra, es lo

más parecido a una madre. La Señora Nadine Sullivan me odia porque rechazo sus pasteles y huh... no me queda otra, ¡los hidratos con huevo y mantequilla engordan!

—Reina, me encargaré del juicio por ti. Tómate un día libre de descanso.

—No, —sonríó sintiendo sus brazos alrededor de mi cintura —estoy preparada para ello. He trabajado mucho.

Ha gruñido. Mi marido gruñe cuando no digo lo que él quiere.

—Te sustituiré por una vez, Joce. Hazme caso.

—Hoy me estás provocando, Señor Trumper. Deja a Jocelyn que se vista como quiera, no mimes tanto a Maggie y... y no selecciones la ropa del niño. ¡Tiene once años! ¿Quieres que sea como tú a su temprana edad? No sabe lo que es vestirse con una camiseta de animalitos y los niños en el colegio se reirán de él porque tú no...

—¿Cuándo menstruas?

—Sebas, —relajo la tensión de mis hombros —tan solo... tan solo deja que sean niños y se diviertan.

—¿Me acusas de ser un mal padre?

—Te acuso de ser un padre estricto con determinadas personas, bueno, con tus dos hijos excepto con Maggie. Ella sí se puede poner falda.

—¡Lleva un pantalón debajo de su vestido!

—Huh... ¿lleva un pantalón y has enloquecido por una camisa de tirantes con animalitos?

—¡Esa camiseta no es infantil, estaría en la sección de adultos! ¡No me discutas, Joce, no daré mi brazo a torcer porque los pechos de Jocelyn serán tan enormes como los tuyos! ¿Es que no la ves?

—Sí, Sebas, y porque veo a mi hija te digo que se está desarrollando como una niña de...

—¡Tiene diez años! ¡MI HIJA TIENE DIEZ AÑOS!

¿No se suponía que la jodida era yo? Los papeles han cambiado y ahora acaricio a Sebas para demostrarle que entiendo su punto, pero también quiero que él entienda el mío. La niña es una niña, todavía demasiado cría como para brincar y jugar cuando quiera sin preocuparse por el tamaño de su pecho. He observado a mi Jocelyn, últimamente está creciendo de más, la hemos llevado a varios pediatras y todos nos dicen que es una niña sana y que no nos preocupemos. Si ella decide vivir con el tamaño de sus pechos lo aceptaremos, pero mientras tanto tenemos que estar unidos para que eso no le suponga un complejo.

Y hemos tenido esta misma conversación durante tres noches seguidas. Mi marido quiere proteger a sus hijos de toda la humanidad y a veces la mejor forma de que aprendan es aceptarse como son sin cargar con el apellido que cargan.

Él ha tratado con mujeres delgadas y... sí... se ha acostado con ellas y...

—¿Qué dices? —Sacudo la cabeza sonriendo, —¿qué estás diciendo sobre mí follando a mujeres delgadas?

Pensamiento en voz alta. Siempre me pasa lo mismo y siempre me pilla. ¿Por qué no me limitaré a mantener mi mente en blanco?

—Nada, no he dicho nada al respecto.

—¿Podemos irnos ya? —Maggie nos interrumpe.

Los dos miramos hacia nuestros hijos que están observándonos. Odio esto por encima de mi cuñado Sebastian, intentamos hablar en privado para que no nos vean discutir y esta mañana no hemos hecho un buen trabajo. Me centro en los ojos llorosos de Jocelyn, su pecho ha crecido mucho pero Sebas está haciendo de una virtud un defecto sobreprotegiéndola demasiado.

—Chicos, este fin de semana nos vamos de acampada —convoco la atención de todos.

—¿Podemos llevarnos a Flippy? —Maggie ya ha corrido para ser alzada por su padre.

—Por supuesto, ¿os apetece? Compraremos comida basura, inflaremos la balsa para bajar por el río bravo y pescaremos en...

—Yo no quiero que muera ningún animal —me interrumpe Jocelyn. Es vegetariana.

—Nada de pesca. Además, pasaremos cuarenta y ocho horas sin otro ruido que no sea el de los cantos de los pájaros, el agua del río o...

—¡Papá quemando las hamburguesas en la barbacoa!

—Sebas, hijo, ¿por qué dices eso? Esa barbacoa me la regaló el Señor Sullivan, no era lo suficientemente buena y...

—Papá, se te quemó toda la comida. No culpes al Señor Sullivan —añade Jocelyn.

—¡No digáis nada en contra de mi papi o se lo diré a la abuela!

Nos reímos porque Maggie ha empuñado sus bracitos para imponerse a sus hermanos. Es verdad que a mi marido se le quemaron todas las piezas que puso en la barbacoa, pero no puede culpar al Señor Sullivan por echar gasolina de más cuando la encendió.

—¡Todos al coche, coged vuestras mochilas, abrigos, chaquetas y lo que necesitéis!

Maggie salta de los brazos de su padre para entrar en competición con sus hermanos que ya corren hacia la salida. Mi marido me sigue en silencio hasta la cocina y choca con mi trasero.

—¿Perdonarás algún día a tu marido incapaz de aceptar que su hijita está creciendo?

—Tendré que azotarle para que recapacite, —me volteo mordiendo mi labio inferior —Sebas, nunca podrás ponerte en la piel de una mujer que tiene un pecho de... ¿Qué haces?

—Tocar lo que es mío.

Ha apretado gentilmente mi teta, mi pecho izquierdo, y ha sonreído. Es su particular vía de escape cuando no quiere que hablemos sobre nuestros hijos. Me distrae con sus manos, y yo lo dejo pasar por esta vez.

—¿Te hace ilusión que nos vayamos de acampada?

—Has tenido la mejor idea del mundo. Con el juicio del lunes me vendrá bien pasar unos días con mi adorada familia.

—¿Cómo se tomará tu madre que no vayamos a la barbacoa del domingo? Raras veces le hemos fallado.

—Somos sus favoritos, juguemos esa carta en nuestro favor.

—¡Sebas! —Me ha levantado para que estemos cara a cara y así besarme sensualmente.

—No soportaré pasar tantas horas sin ti. ¿Por qué no dictas sentencia rápido?

—¿En un homicidio? Aportarán un millón de pruebas. Creo que no acabaré hasta final de año.

—¡PAPÁ, MAMÁ!

Mi marido me besa una última vez antes de ponernos en marcha y dirigirnos hacia la voz chillona de nuestra hija pequeña.

—¿Por qué gritas tanto, Mags?

—¡Porque os estamos esperando!

A este tipo de exigencias me refiero cuando la niña pone sus manos en la cintura e intenta intimidarnos con su mirada. Pero su padre le mira con mucha más agresividad que yo.

—Tardaremos lo que tengamos que tardar. Si no te gusta te fastidias.

—Sebas, no le digas eso a la niña —le susurro siguiéndole hacia la puerta.

—Mami —oh, no, no puede hacerme esto. La niña es una copia exacta a mí, pero ella ha sacado el mismo color de ojos de sus hermanos, de su padre... y no me puedo resistir a su carita angelical.

—No te refugies en tu madre. Ya deberías estar subida en tu silla homologada.

—¡ESO ES PARA NIÑOS PEQUEÑOS! Tito Sebastian dice que...

—Por tu tío no paso, ni tu padre ni yo. Dejad de discutir que llegaremos tarde al colegio. Tengo trabajo que hacer antes del juicio.

Sebas se queda atrás activando el sistema de seguridad mientras yo siento a Maggie en su silla. No nos olvidamos de que tiene nueve años, pero es que Maggie es realmente pequeña, es tan distinta físicamente a su hermana Jocelyn que todo lo que crece la mayor le empequeñece a la más joven.

Mi hijo Sebas se abrocha su cinturón en el centro del asiento trasero, Jocelyn queda detrás de mí y ambos discuten algo de una asignatura especial que tienen en común. De especial tiene poco, los dueños del colegio/instituto son mis cuñados y mi marido, y se inventaron algo para que los primos pasen una hora en la misma clase todos los viernes del curso. Ninguna profesora quiere impartir la clase, y como Bastian está en el consejo escolar, decidió que todas rotarían. Sé cómo son los niños de mi familia y les puedo asegurar que con un poco de carácter los pequeños se pueden controlar perfectamente.

—¿Papá, me recogerás hoy para almorzar? —Pregunta Joce justo cuando entramos en la autovía.

—Tienes examen de matemáticas. ¿Lo dejamos para el lunes? Serás la única cita de mi agenda.

—Me sé el examen. Es fácil.

—Vale. No almuerces con tus compañeros, llámame en cuanto lo acabes y te recogeré.

—¡Privilegios, cómo comprendo a la prima Nadine!

—¡Si ayer hizo lo mismo contigo!

Le replico a mi hija Maggie que sonríe. Lo ha soltado para hacerme rabiar,  c mo puedo caer tan a menudo en sus trampas?

Tanto mi marido como yo sorprendemos a nuestros hijos cada semana. Algunas veces les sacamos para almorzar en familia, otras veces yo no puedo y mi marido elije solamente a uno, o él no puede y elijo yo. Los tres tienen las mismas oportunidades ya que ninguno puede repetir por separado. Es un juego al que nos gusta jugar para reforzar los lazos de nuestra familia. Ayer tuve una reunión muy importante y Sebas se llevó a Maggie durante el almuerzo, anteayer com  con mi hijo en su restaurante vegano favorito y se supone que hoy viernes le toca a Jocelyn, por eso le está preguntando.

— A qué hora nos iremos de acampada?

Sebas quiere responder al niño pero antes me ha mirado de reajo. El juicio ocupar  todo mi tiempo y... bueno, pensándolo bien, soy la jueza, puedo acabarlo a la hora que desee si entra en los límites de la ley.

—A las seis —digo.

— Segura?

—Segura. Como no tienes nada que hacer esta mañana podrías hacernos las maletas y...

—Reina, tengo que trabajar.

—Pero no en un juicio.

—Pero trabajo igualmente. Tengo que reunirme con...

—Huh...  qu  ha sido del ‘tómate un descanso’?

—T  deberías tomarte un descanso.

—T  también deberías tomarte uno. Trabajas demasiado.

—Así se ganan las medallas, mamá.

—Maggie,  por qué te metes donde no te llaman?  No tienes nada que repasar de camino al colegio? Fíjate en tus hermanos, ellos están leyendo el temario de hoy.

—Se lo dir  todito a la abuela Maggie,  ella es la única que me quiere!

— MARGARET TRUMPER!

— Padre?

Me río a carcajadas por el descarado innato de nuestra hija pequeña. Sebas me imita riendo, inclusive sus hermanos ríen, esta niña no tiene fondo. Si le replicas ella te contesta, si le dices la tontería más insignificante ella se sigue quedando con la última palabra. Esta niña nos trae locos a todos.

Hacemos el resto del recorrido en silencio mientras escuchamos atentamente las noticias locales que emiten en la radio. Sebas aparca quince minutos después en su plaza asignada por él mismo. Nuestra hija Jocelyn salta la primera despidiéndose de todos moviendo la mano, le sigue su hermano mayor que se queja por el sitio que le ha tocado ocupar esta semana en el asiento de atrás y logro alcanzarle para darle un beso en la

cabeza. Refunfuña regañándome pero ya no me importa, está en una edad en la que se avergüenza de que le vean con sus padres y nos tiene muy prohibido, casi al nivel de exigencia, que le abracemos cuando llegamos al colegio.

—Besa a tu madre y no te entretengas en el pasillo, derecha hacia tu clase. ¿Entendido?

Sebas le cuelga la mochila en sus hombros y Maggie se lanza contra mis piernas. No sé si le gustará o no, pero le inmovilizo la cabeza y la besuqueo. Subo, bajo y repito el mismo camino hasta la punta de su nariz.

—¡Qué asco! ¡Te pareces a la abuela Margaret!

Simulo que me ha hecho daño llevándome la mano a mi corazón y acto seguido golpeo su trasero. La niña cruza el césped brincando... por supuesto que ella no usa los caminos adaptados de piedra.

Mi marido se reúne a mi lado, me atrae hacia su cuerpo y vigilamos que nuestros hijos ya estén dentro de las inmediaciones del colegio. Está situado justo al lado del edificio del instituto, antiguamente un colegio, pero Bastian lo adaptó para los cursos de sus hijas. Actualmente este centro de estudio es el más cotizado del país así como el más extraño. Mis cuñados y mi marido cambian las normas según les convienen.

—Joce.

—Tranquilo amor, ya haremos las maletas cuando llegue a casa. Recoge a los niños y haz la compra porque no nos dará tiempo si...

—Sé qué día es hoy.

Sebas se posiciona frente a mí, los alrededores se vacían de niños que entran en clase.

—Vámonos, tenemos que trabajar. No quiero llegar tarde.

—Iremos al cementerio.

—No es necesario, —le contesto intentando evitar sus ojos determinantes. Pero él tiene el control de mi cabeza dado que me sujeta firmemente de la barbilla.

—Es necesario cuando mi esposa enloquece por algo que no ha superado.

—Estoy bien. Estoy muy bien.

—Te lo repites porque sabes perfectamente que te mientes. Joce, mírame. Así es. Te amo más de lo que un hombre pueda amar. Nuestros hijos y tú sois lo que más quiero en este mundo, si estás mal ten por seguro que todos sufriremos un efecto dominó y lloraremos junto a ti hasta que te desahogues. Iremos al cementerio antes de subir a la cabaña.

—Puede que tengas razón. Este tipo de pérdidas no se superan.

—Lo sé, mi reina, lo sé. ¿Por qué no quieres hablar de ellos? Los niños no conocen nada de sus abuelos ni de tu abuela. Tienen que saber de dónde proceden también, eres su cincuenta por ciento.

—Intentaré responder sin trabarme la próxima vez que pregunten. Pero, por favor, eso del cementerio dejémoslo para otro día. Los niños nos han visto discutir y no quiero traumatizarlos.

—Son niños. ¿Es que nunca has escuchado a tus padres discutir?

—No.

—Pues ya conoces a tus suegros y a tus cuñados. ¡Me he criado en una casa de locos y no tengo ningún trauma! Bueno, soportar a mi hermano Sebastian sí que lo es pero... —su broma no le ha servido de mucho porque me he despistado mirándole el grano que tiene bajo su labio inferior —Joce, se supone que soy tu esposo y deberías abrirme tu corazón. Me he enfadado un poco contigo cuando has susurrado que me acuesto con mujeres delgadas.

—Lo has hecho.

—¿Delgadas? Lo dudo. Mis amantes siempre han sido mujeres de verdad.

—¿Mujeres de verdad? Huh... no entremos en ese tema porque aunque no me apoyes con mi peso yo me siento muy bien con mi cuerpo y...

—¡Eres un saco de huesos!

—Sebas, por favor no... ¡Para! —Pone sus dedos en mi cintura para hacerme cosquillas y yo me escapo abriendo la puerta del coche que él cierra.

—Un saco de huesos que me follaría toda mi maldita vida.

—¡Habla bien! ¡Maggie te quiere imitar en todo y acabará hablando como tú!

—Al menos no será como mi hermano.

Mi marido me indica con la vista que mire detrás de mí. Bastian ha subido a Nancy sobre su hombro y ella se está quejando, me había parecido verla antes.

—¿Por qué es tan bruto con ella?

—Porque es su manera de ser, —mueve de nuevo mi cabeza para que le mire solamente a él —igual que tú tienes tu manera de ser y yo tengo la mía.

—Huh... ¿cuál es el punto ahora?

—Es importante comunicarnos, reina. Tienes que escucharme decir cosas que quizá no te gustarán al igual que yo tendré que escucharte decir sandeces que no me gustarán.

—¿Lo mío son sandeces?

—Los pechos de mis hijas no se tocan.

—Sebas...

—Jocelyn, con ella no, con mi niña no se juega.

—Le estás creando un trauma.

—Le estoy enseñando que el mundo es una mierda y está plagado de niños que le mirarán ahí abajo antes que a sus ojos.

—Tiene diez años, es pequeña para...

—Es íntima amiga de Dulce Bebé. El fin de semana salió con ella, con sus amigas. Ella se está dando cuenta que es una mujer.

—Diez años.

—Como si son cuarenta. Mira a mi hermano Sebastian, no ha crecido mentalmente y está estancando en la misma edad desde los quince.

—Comunicación, —beso sus labios —comunicación. Pero tienes que ser más dócil con la niña. Sé que es la primera y... huh...

—Seré dócil, lo prometo.

—¿En serio?

—¡BÁJAME BASTIAN!

—Te prometo que seré flexible con Jocelyn cuando llegue el momento. Mientras, como soy su padre y ella es mía, le diré qué ropa se pondrá y tú me querrás igual porque estoy siendo un marido perfecto al no obligarte a ir al cementerio.

—Lo del cementerio es otro tema que...

—Reina, —besa mi cabeza soltando el aire que contenía —hablaremos esta noche cuando lleguemos a la cabaña. Esos dos lo harán contra el coche y no quisiera que vieras desnudo a mi hermano. ¡BUSCAROS UN HOTEL!

—¡QUÉ TE JODAN, GILIPOLLAS!

—Me gustaría romperle la boca —abre la puerta del coche mientras besa ligeramente mi mano, —cómo me alegro de que seas mi esposa. Juro por mi familia que me hubiera suicidado si tengo que tratar con los capullos de mis hermanos.

—Sebas, —le impido que cierre la puerta y le sonrío —gracias por estar a mi lado cuando más te necesito. Soy complicada pero no tienes que demostrarme nada para saber que eres el mejor marido del mundo. Yo también te amo.

Capítulo 3

UNA MAÑANA DE MIERDA

RACHEL

¡HA PUESTO LA ROPA DE LA SECADORA ENCIMA DE NUESTRA CAMA! Es que me lo imagino, todo él cargando con nuestras prendas y lanzándolas aquí descuidadamente. Si fuese como cuarenta o cincuenta centímetros más alta golpearía su nuca hasta verle llorar. ¿Cómo se me ocurre decirle que se encargue de la colada? La ha voleado, se ha desentendido y se ha ido dejándola esparcida.

—¡Mamá! ¡MAMÁ! ¡ES... ES INDIGNANTE!

—¡En la habitación!

—¿EN CUÁL DE ELLAS?

¿Tiene que gritar? ¿Tenemos que gritar en esta casa todo el día?

—En la nuestra.

—¡Tú y yo no tenemos una habitación juntas!

Muerdo mis labios respirando profundamente retirándome de la cama repleta de ropa, y le indico a mi hija dónde estoy.

Apoyo mis codos en la barandilla observando cómo sus piernecitas suben las escaleras de dos en dos, quejándose a su vez por lo mismo de cada mañana de mierda. Mi hija Rachel de tan solo nueve añitos, de cabello largo rubio, ojos cristalinos y figura determinante, pisa firmemente el suelo de casa imitando cien por cien a su padre. Sí, mi pequeña es exactamente como él. En el hospital mis amigas dijeron que ella sí se parecería a mí ya que su carita era tan hermosa como la mía... mentira. Es la versión niña de Sebastian. Mi hija es la dueña de la casa, siempre bajo supervisión de mi marido. Ellos son un equipo al que no estoy invitada y pueden hacerme sentir tan mal como cualquier desconocido que empuñara un hacha contra mí. Amo a mi niña, pero su carácter se nos escapa de las manos y mi marido lo justifica reiterando su edad.

Por supuesto que entiendo perfectamente a mi cuñada Jocelyn, pasamos mucho tiempo en el móvil hablando de nuestras pequeñas que son primas y amigas íntimas. Rachel es diferente a su prima Maggie, al menos mi sobrina es obediente, educada y le gusta estudiar... mi hija es un demonio, ¡un bonito demonio que se deja influenciar por mi marido!

La familia al completo sabe que la pequeña Maggie es el ojito derecho de mi suegra, ellas cuando se juntan son un huracán en estado puro. Pero mi hija es el ojito derecho de mi suegro, es una niña caprichosa y consentida. ¿Por qué le dio cien dólares? ¿Para qué los quiere mi hija si su padre le ha comprado un tercio de la ciudad? Él hace movimientos de abuelo para acapararla.

Soy un cero a la izquierda con ellos dos. Mi suegro y mi hija Rachel forman un extraño e inusual equipo que no admite a nadie más; ni siquiera a mi sobrina Maggie que manipula a mi suegra. Esas niñas son indomables, caprichosas, prepotentes, exigentes e ¡idénticas a sus padres y tíos! Porque mi hija es como mi marido, mis cuñados y mi mismísimo suegro. ¡Mi suegro! Él posee la misma personalidad que su hijo Sebastian y su nieta Rachel.

—¡Mamá, se acabó!

Hago una mueca viendo a mi hija caminar hacia mí con el dedo índice en alto, ¿a quién le ha visto ese gesto? Seguramente a las mujeres Trumper que convivimos con nuestros maridos.

—Cielo...

—¡No, mamá! ¡Ni una excusa más! Me voy a municipal... a manicipar... a monecipar.

—¿A qué? —Me río de ella porque es tan guapa que me gustaría achucharla. No es fácil, mi niña es bastante arisca y no se deja tocar, sólo se lo permite a su padre y a su abuelo.

—¡Me voy a vivir con los titos Sebas y Jocelyn!

—Rachel.

—¡Emancipar! ¡Esa es la palabra que buscaba!

—¿Quién te la ha enseñado? ¡No me lo digas, tu padre!

—¡MI ABUELO!

—Pues dile a tu abuelo que se meta la palabra por el cu...

Cierro la boca porque no debo olvidar que Rachel es una niña y un demonio con piernas, pero no deja de ser una niña que ha tenido la desgracia de nacer y crecer rodeada de esta familia de locos. Los Trumper son una fuerza sobrehumana incapaz de ser tocada por nada más que sus propios egos. Y cuando convives con un Trumper, o te unes a él y te hace más fuerte, o agachas la cabeza y aceptas que él gana.

Pero con los niños es otra cosa. Las madres, como yo, tenemos tanto derecho a ejercer de madres como ellos de padres. ¡Patearé el trasero de mi suegro si no me gira la cara cuando coge a su nieta en brazos y desaparecen de mi vista rápidamente!

—Mi amor, mi vida, mi niñita bonita, tienes que...

—¡HARÉ LAS MALETAS Y ME IRÉ CON LOS TITOS! ¡Vivir en una casa honrada y con normas me será útil para mi educación!

—¿A quién escuchas decir esas cosas? Dime la inicial de...

—¡A todos los Trumper! ¡Ellos son los favoritos de todos! Tito Sebas es el mejor tito del mundo y tita Jocelyn la más mejor de todas, todas, todas, —no llores Rachel, no llores, tu hija es una niña muy inteligente y quiere tocarte el corazón para que reacciones en su contra y así tener un motivo para abandonar la casa... —¡Mamá, te estoy hablando!

—Te han ensuciado la camiseta. Cámbiatela, iré abajo y...

—¡Qué me voy, qué me voy de casa!

—¡PUES VETE! ¡VETE Y NO VUELVAS, NIÑA!

Me arrepiento de mis palabras tan pronto las escupo. Ya tiene lo que quería, sacarme de mis casillas y un enfrentamiento matutino. ¡No hay día que no se parezca al anterior! Ella sonrío porque se ha salido con la suya, como una buena Trumper, pero yo me mantengo en mis trece y se le borra la sonrisa. ¿Qué quería, verme llorar o que discuta con su padre? ¡No! Mucho antes de que la niña naciera ya discutía con su padre, ella no me provocará y... ¡Claro que discutiré con mi marido porque...! ¿Es eso una lágrima? ¿Mi hija está llorando?

—Rachel, mi amor, yo no quería...

—Se lo diré a mi abuelito —ya podrías decirle que venga todas las mañanas de mierda a poner un poco de orden en mi casa.

—¿Quieres que luego te lleve con tu abuelito?

—Él me recogerá del colegio. Es viernes, es nuestro día de recreativos.

Ruedo los ojos. Por supuesto que es viernes, y que todos los viernes se la lleva con él para reforzar su relación. Me había olvidado de que ya se ha acabado la semana. El fin

de semana es mejor, con los niños en casa y con Sebastian al mando, yo puedo escaparme con mis cuñadas o con mis amigos. Necesito desconectar de esta casa dirigida exclusivamente por mis hijos.

—Prepárate la ropa y quédate a dormir en casa de tus abuelos.

—¡TAMPOCO TE PASES! Pero... ¿puedo irme a dormir con la prima Maggie?
—No lo puedo creer, que mi hija no me haya exigido ni haya impuesto su propia ley me ha sorprendido.

—Sí. Tened una fiesta de pijamas o lo que sea que hagáis juntas.

Está a punto de soltar que soy la mejor madre. Pero no, su orgullo le impide ser una niña normal y se deja pisar por el ADN Trumper. No lo ha dicho. No lo ha jodidamente dicho. Se va directa a su habitación para preparar su habitual mochila donde mete su pijama, sus pertenencias y sus cosas de aseo.

Salto los tres kilómetros de escalones hasta la planta principal de casa y me dirijo apurada hacia la cocina mientras compruebo la hora en mi reloj. Es de diamantes, me lo regaló Sebastian en nuestro quinto o sexto aniversario de casados. Brilla tanto como el valor que posee. Hace tan solo tres cuartos de hora que me he despertado y ya estoy rozando el límite. Con medio cuerpo apoyado en el marco de la puerta, reparto la ansiedad por mi organismo y realizo más ejercicios de respiración. Me siento cansada, abrumada, alterada... ellos no son una familia normal. No son personas. Invito a todo aquel que no lo crea a que vea esta estampa matutina que se repite a diario.

Mi hijo mayor Sebastian de once años persigue a su padre en calzoncillos. El niño tiende a quitarse la ropa imitando a su padre desde pequeño y corre por toda la cocina empuñando una caja de cereales que esparce por todas partes. Está sonriendo, se está divirtiendo, el muy listo se lo está pasando en grande porque soy una, ¡jodida madre débil! Me mirará con sus ojitos cristal, se apartará los mechones de pelo rubio que caen por su frente y morderá su labio pidiéndome en silencio que limpie su parte. Y lo haré, ¡claro que lo haré! ¿Quién no perdonaría cada una de sus trastadas?

Dicen que es mi ojito derecho, pero yo amo a mis hijos por igual. Sebastian posee todos y cada uno de los genes Trumper, por su sangre corre la soberbia, prepotencia y liderazgo que les caracteriza; luego se comporta totalmente diferente cuando se rodea por gente mínimamente normal. Mi pequeño es un niño rebelde que se burla de todo, dice palabrotas, es un consentido y no obedece norma alguna excepto las que salen por la boca de mi marido. A mi hijo le tenemos que insistir para hacer esa cosa de la obediencia; término que mis hijos no conocen si no fuera por su padre. Se porta mal en el colegio aunque sus profesores dicen que saca sobresalientes y sus notas son las más altas de su clase. Es un pequeño demonio como mi marido, también es un niño que respeta a la familia, sabe convivir, es responsable ayudando en casa si obtiene algo a cambio, colabora con su prima Dulce Bebé en las organizaciones benéficas si hay niñas de por medio e imita de pies a cabeza a su padre.

En definitiva, padre e hijo son iguales. El niño es idéntico a su padre cuando tenía su edad y por eso lo dejo pasar, incluso sonrío por la pobre mujer que tenga que soportar a mi hijo en el futuro.

—¡GUERRA DE LECHE!

Ese ha sido mi marido Sebastian que es indudablemente el peor de todos los Trumper. Mi cuñado Bastian nunca me ha caído bien, el hombre intenta ser amable conmigo pero siempre me pone de escudo para atacar a su hermano pequeño. Nunca hemos congeniado del todo, hablamos y esas cosas, pero si tengo que elegir a un cuñado favorito elijo a Sebas.

Es el único Trumper que merece la pena porque ni siquiera mi marido se salva.

¿Cómo puedo salvar al hombre que no me hace feliz, y al mismo tiempo, me hace la más feliz? Lo que siento por mi marido es una contradicción constante. Es un hombre que vale millones; se ocupa de la familia, nos protege las veinticuatro horas al día, no nos prohíbe ni una cosa, le gusta reír, es divertido, risueño, sensual, atractivo... Sacudo la cabeza casi sonriendo, me había distraído con su trasero.

A Sebastian no le gusta vestirse, de hecho, sale a la calle en pijama y en casa se pone los calzoncillos por respeto a su hija. Cuando estamos solos todo cambia, son raras las veces que él tapa su desnudez. Ahora corre en ropa interior manchando la cocina de leche con chocolate, por supuesto que se está riendo, y por supuesto que lo limpiará todo con la lengua si es necesario. Sé que es él, mi marido inicia estas guerras de comida que acaban en un jodido desastre. ¡Esa es la educación que se vive en mi casa! Con Sebastian al mando todo se descontrola, él dice que soy la única capaz de controlarle y que si yo abro la boca se arrodilla y obedece... es muy gracioso, mi marido Sebastian es muy gracioso.

Es un mentiroso por decir a nuestra gente que tengo autoridad en mi familia. ¿El idiota se cree que si la tuviera se formarían estas guerras de comidas? Porque cuando no son las comidas son otras con repercusiones más importantes. Ya le he dicho cientos de veces que se vaya a vivir con su madre. Luego me arrepiento, cuando discutimos digo cosas que me hacen sentir mal, yo acabo por pedirle perdón, le ruego que no nos abandone y... y... sí, al final soy yo misma la que se arrodilla y... Él gana. Somos Trumper en potencia, es imposible destruirnos.

—¡LANZAMIENTO DE MERMELADA!

No, no por favor. La mermelada otra vez no. Los cuatro se están escudando detrás de las sillas que utilizan como fuerte.

Hace precisamente cuatro años que se me ocurrió proponerle algo a mi marido; quería tener otra niñita como Rachel. Verle mimoso con ella despertaba en mí un instinto maternal que no podía explicar. Me quedé embarazada tras un mes, con el aborto de Nancy me asusté pero al final lo conseguimos y en una revisión nos confirmaron que gestaba a dos bebés. Nueve meses después nacieron mis gemelos, mis dos pequeñas piezas que han salido del infierno como sus hermanos.

Ellos son como mi marido. Noventa y nueve por ciento ADN Trumper. Quiero creer en que cuando crezcan ellos se decantarán por su madre... no, esos niños son prolongaciones de su padre. Mis expectativas con tener otra niña que calmara un poco a mi marido se esfumaron tan pronto empezaron a hablar, a moverse, a correr por la casa desnudos y a imitar íntegramente a su padre y hermanos. Salvaré de momento a Rachel

porque es una niña mimada por su abuelo, pero cuando hablamos de mis cuatro homrecitos yo no pongo la mano en el fuego por ellos. Mi marido es el peor de todos, si él se comportara como su hermano Sebas; un hombre educado, sofisticado y con visión de futuro, mi familia sería menos efusiva con sus hábitos.

Si Sebastian no corriera por ahí en calzoncillos, sus tres hijos no le imitarían. Si se cortara el pelo de una vez, sus hijos no querrían tenerlo tan largo como él. Si fuese un hombre que se sentara a desayunar como cualquier humano, mis hijos estarían alimentados y no cargando con esos huesos. Sebastian conserva su musculatura porque es un prepotente y va al gimnasio, pero mis hijos son extremadamente delgados y cada domingo yo tengo que aguantar la bronca de mi suegra porque piensa que no me preocupo por alimentarles.

También añado que podría ser peor, mucho peor. Mi marido podría haberse acostado con medio país, mis hijos podrían haber asesinado a un inocente y yo podría haberme decantado por el alcohol y las drogas. Pero no es así. Nada de esto fue, es, ni será de esta forma porque a pesar de todo el estrés que conlleva ser parte de esta familia Trumper yo no los cambiaría por nada del mundo.

Con mis hijos y mi marido hasta el fin de mis días.

Tampoco es para tanto, efectos de los cambios hormonales, según Sebastian; menopausia. Me he habituado a convivir con mi familia a la que amo con toda mi alma. Sí, son diferentes a la familia de Jocelyn, por ejemplo, pero para mis ojos mis hijos son mucho mejores y mi marido lo es mucho más que el suyo.

Estoy profundamente enamorada de mi marido Sebastian. Desde que le vi en una foto con su hermano Bastian, él captó mi atención y robó mi corazón. Siento por él todo lo que una mujer pueda sentir. Es un hombre testarudo, exigente, imperativo, caprichoso, egocéntrico e irritable, pero me hace muy feliz. Muy, muy feliz. Trabajamos juntos en un edificio de setenta plantas. El despacho tiene un pequeño pasillo que atravesamos cuando no podemos lidiar con el trabajo y si muchas de mis amigas no soportarían pasar veinticuatro horas seguidas con sus maridos, yo sí, y no nos imaginaría de otra manera. Lo bueno de llevar alrededor de quince años juntos es que los dos nos conocemos muy bien, sabemos dónde están nuestros límites y qué hacer cuando el otro la cague. Nos solemos poner de acuerdo con respecto la educación de los niños, son pequeños y sé que quieren jugar, pero me ha prometido que cuando crezcan pondrá orden en sus vidas y nos obedecerán.

Mi marido es mi compañero de vida, mi media naranja, mi otra mitad. Es mi versión, un poco alterada genéticamente, en femenina. Aunque me queje de que es infantil, una parte erótica de mí lo ve realmente sexy; no querría en mi vida a un hombre serio, trajeado y malhumorado. Oh, acabo de describir a mi cuñado Bastian. Sebastian me trata como una reina, me ofrece todo lo que pido y suele asentir sin rechistar. Le basta una mirada como la mía y él ya sabe que algo no está yendo bien.

Justamente lo que nos sucede ahora mismo. Hemos hecho contacto con nuestros ojos y se habrá dado cuenta que no estoy de humor. Nada de nada. Cero. Nos tenemos que ir al colegio y los niños se han manchado de comida, están sin vestir, no habrán desayunado y querrían faltar al colegio para jugar todo el día con su padre. Porque con su

madre no, para ellos solamente existe mi marido. Aquí no pinto nada.

—¡Chicos, se aborta la misión! ¡ABORTAMOS LA MISIÓN! ¡Alerta, alerta!
¡Mamá no es feliz!

—Sebastian, —aprieto los dientes mientras le sonrío —mi amor.

—Pitufa, no es lo que parece. ¡Han empezado los niños!

—Da igual, eso ya no importa.

—¡Mamá, mamá, mami!

Mi hijo Sebastian salta los charcos del suelo para acercarse a mí. Realmente quiero poner distancia entre los dos pero jamás le negaré nada.

—Te doy cinco segundos antes de que te metas en la ducha.

—Papá me ha dicho que me llevará a la peluquería.

—¡Ya era hora! —Sonrío agradeciéndoselo a mi marido. No me molesta que sus cabellos cuelguen hasta su cuello, la realidad es que no se lo cuidan, lo llevan enredado y los cuatro se lo recogen en colas altas.

—Me ha dado permiso para que me haga una cresta, ¡y ahí no acaba todo, mamá!
¡Me deja tintármelo de rojo!

—Sebastian Trumper tercero, —quiero asesinar a mi marido pero me dirijo a mi hijo —tu pelo no se toca. Cuando cumplas dieciocho años podrás hacer lo que quieras con él y...

—¡Papá me ha dicho que tú también te cambiabas el color del pelo!

—Yo era adulta y...

—Pitufa, no pongas eso como excusa.

—Sebastian Trumper segundo.

—Oh, oh... papá tiene problemas.

—¿Problemas? Llévate a tus hermanos pequeños a la bañera. En diez minutos salimos al colegio. Diez minutos.

—Tengo cita en la peluquería.

—¿Cita? —Mi hijo mayor me está vacilando.

—Sí, en peluquerías Rachel Trumper —se está burlando, sí, definitivamente sí.

—Puedes tintártelo.

—¡Eres la mejor madre del mundo mundial!

—Cuando la mejor madre del mundo mundial se entierre bajo tierra.

—Ala... cómo te pasas —ese ha sido uno de mis gemelos. Seguramente ha oído algo a su padre y le habrá imitado.

—Sebastian, no estoy de broma.

—Vale, vale, pitufa no quiere bromas. ¡Tropa, ducha y ropa, en diez minutos nos vamos al colegio!

—Gracias cariño. Si tan solo no llegáramos los últimos por una vez en el curso sería muy feliz. Muy, pero que muy feliz.

—¿Y qué hay de mi cresta de color rojo?

—¡Largo!

Empujo a mi hijo por el pasillo. Lo bueno de vivir con una familia hiperactiva es que está prohibido comprar alfombras en casa, las ensuciarían. Mis gemelos no me obedecen a mí, sino a Sebastian, que ya ha dado una orden y pasan por mi lado rápidamente, no sin sacarme la lengua para demostrar que ellos mandan mucho más que yo.

Sus melenas también le llegan por el cuello. He intentado cortárselas un centenar de veces y siempre lloran llamando la atención de mi marido que se pone de su parte. Él al menos se echa mascarilla, se peina y se cuida... los niños no. Son todo enredos y aparentan ser unos guarros, y no lo son, mis hijos no lo son... ni su padre. He leído comentarios en mi página web, en blogs y en prensa; nos califican como la familia Trumper más asquerosa de todas. No me importa lo que digan de nosotros, de mis hijos sí, son menores y no quiero que los paparazzi les persigan hagan lo que hagan. Por mucho que todos luchemos contra eso, la prensa amarilla se multiplica con el paso de los años.

Sebastian susurra lo guapa que soy y lo sensual que se viste su pitufa; ropa que ha elegido él y que me he puesto porque... porque sí. Salta los mismos charcos que nuestros hijos mientras procura llegar a mí sin resbalarse.

—Diez minutos, Sebastian. Si no estás listo me voy con los niños.

—No sabes conducir el monovolumen.

—¿Un cochecito de nueve plazas? Bah, fácil. Te creía más listo, Trumper.

—Pitufa, pitufa, pitu... ¡mierda!

—Sebastian, ¿estás bien? —Se ha apoyado en una silla situada junto a la entrada, sino ya se habría resbalado. El muy idiota se hará daño como no se ponga al menos unas zapatillas para estar por casa.

—Lo limpiaré todo, te lo prometo.

—Que no te quepa duda, Señor Trumper. Quiero todo esto impecable para cuando regrese del trabajo. ¿Entendido?

—Mi esposa, mi bella esposa...

—No, no me... no me toques con esas manos manchadas de chocolate.

—Eso no lo decías anoche.

—¡Sebastian! —Chisteo, tenemos niños en casa y podrían oírle.

—Es verdad, pitufa. Te gusta ese gel de placer con sabor a chocolate y...

—¿Quieres callarte? Quédate esta mañana en casa y limpia. Ah, me enteraré si

vienen las empresas de limpieza. Tú lo manchas, tú lo limpias.

—¡Qué carácter, pitufa! Necesitas una buena sesión de porno duro.

—Necesito poder disfrutar de mi familia una mañana, una sola, —le miro directamente a sus ojos cristalinos —no me acuerdo de cómo se siente eso de sentarse junto a mi marido y mis cuatro hijos mientras desayunamos, almorzamos o cenamos en familia. Charlar, reforzar nuestro amor y pasar un rato agradable... aunque sean unos miserables cinco minutos. Pero en esta casa y con esta familia no puede ser, nunca puede ser.

—Vamos Rachel, ha sido una broma sin importancia.

—Broma que se repite continuamente. ¿Sabes lo que me ha dicho tu hija? Que quiere irse a vivir con sus titos Sebas y Jocelyn, por algo son los favoritos de todos, ¿no? Estamos haciendo todo mal como padres. Estaba dispuesta a hacer las maletas y de momento hoy dormiré en...

El muy idiota se está enfocando en mis pechos. Le da igual lo que hable porque mis dos tetas le son más importantes.

—Sebastian, ¡aquí arriba!

—Perdón, es que te han crecido, ¿realizas movimientos nuevos en el gimnasio o es cosa de la menopausia?

¡Yo le mato, yo le mato!

—Menopausia —le confirmo para su satisfacción.

—Bendita menopausia, entonces.

—¿Hasta dónde me has seguido?

—Todo, Rachel, todo. Puedo hacer de todo al mismo tiempo; escucharte e imaginar cómo rebotan esas dos mientras esté dándote por...

—¡Sebastian!

—Que sí, pitufa, que limpiaré la cocina.

—Y la casa.

—Y la casa.

—Y las habitaciones de juegos.

—Será lo primero que haga.

—Lo segundo, la cocina es más importante.

—La cocina es mucho más importante, cierto.

—Y hablarás con la niña para que no desee vivir bajo el techo de sus tíos.

—Espera, ¿qué?

—¿No me habías dicho que me habías seguido?

—Sí, pero si me pones tus enormes tetas delante de mí, perdóname pitufa que se me

vaya mi neurona hacia un mismo punto.

—La niña se quiere ir a vivir con tu hermano Sebas. Con esa familia que no es la nuestra.

—¿Por qué?

—Dímelo tú. Le habéis manchado la ropa por la estúpida guerra de comida y está cansada de vivir con vosotros cuatro. No somos una familia normal, Sebastian.

—¿Y la de mi hermano sí? ¡Son unos remilgados!

—Si les elige por algo será. También ha aprendido el significado de la palabra emancipar. La niña podría separarse de nosotros legalmente y...

—¡PITUFINA! ¡PITUFINA, BAJA!

—Sebastian, llegaremos tarde.

—¡PITUFINA TRAE TU CUERPO DE MUÑECA HASTA ABAJO!

—Sebastian, ¡no grites!

—¿QUÉ QUIERES PAPÁ? ¡YO YA ME HE DUCHADO!

—¡BAJA AQUÍ INMEDIATAMENTE!

—¿Mami? —Ahora quiere mi apoyo... ¡joder!... se lo daré porque es mi hija y me duele.

—Mi amor, papi quiere comentarte algo muy importante.

—¡Pero yo ya me he duchado y he preparado mi mochila!

—¡NO TE VEO MOVERTE! ¿EN QUÉ JODIDO IDIOMA QUIERES QUE HABLE?

—Cariño, baja un momento o tu padre me dejará sorda.

La niña usa el ascensor para presentarse en la primera planta. Es suyo, mi marido se lo construyó especialmente para ella y está decorado íntegramente por diamantes y detalles rosas. Cuando las puertas se abren me engancha del brazo de Sebastian, automáticamente mi mano se resbala por culpa de la leche, pero no logro captar su atención porque ya está acortando el paso que le acerca a nuestra hija.

—¿Qué me ha dicho tu madre de que te quieres ir a vivir con tus tíos?

Rachel agacha la cabeza. Ella tiene un poder sobrenatural si está protegida por su abuelo, en casa es una niña mucho más buena que sus hermanos. Odio ver a mi marido así, regañando a nuestros hijos y a su ojito derecho. Es necesario si queremos que se olvide de ese pensamiento.

—Te quiero, papi.

—¡No me vale tu amor! ¿También amas a tu tío Sebas más que a mí?

—No.

—¿Dónde jodidamente has aprendido la palabra emancipar?

—El abuelo me... ¿mami?

—Cielo, esto es serio, contesta a tu padre.

—El abuelo me dijo que podría irme de casa antes de cumplir la mayoría de edad si me... me emunici... manicip... emaninci...

—¡SI TE QUIERES IR DE ESTA CASA HAZLO YA!

—Sebastian... —mi hija está llorando y mi marido me ha prohibido que la abrace.

—¿Me has oído, pitufina?

—Todavía tengo otitis.

—¡ESA EXCUSA LA INVENTÉ YO CUANDO NO QUIERO OIR A TU MADRE!

—Sebastian... hay otras maneras de hablar con la niña.

—¡VEN AQUÍ! ¡YA!

—¿Vas a pegarme?

—¿CUÁNDO JODIDAMENTE EN EL MUNDO TE HE PEGADO YO?

—¡Mamá!

—Pelea, pelea, pelea —los niños están vistiéndose mientras ven la discusión que estamos teniendo aquí abajo y les señalo con el dedo.

—Coged vuestras mochilas.

—Están en el monovolumen.

—Pues al coche, que llegamos tarde.

—¡PITUFINA, AQUÍ!

—Sebastian, luego hablaremos con la niña. Llegarán los últimos al colegio para no variar.

—¡Pitufina!

Mi marido disminuye la potencia del tono de su voz para atraer a la niña. Ella anda muy lentamente acechándole como una buena Trumper, achica los ojos irguiendo su espalda y sonrío cuando su padre abre los brazos. Ella se ha lanzado olvidándose de lo que acaba de suceder.

—¿Es que no amas a tu padre?

—Sí.

—¿Y a tu madre?

—También.

—¿Y a tu hermanos?

—Ums... —se lo piensa pero los ama. Son inseparables, no se deja pisotear por ninguno.

—Si nos amas a todos, ¿por qué te quieres ir a vivir con tus tíos?

—Porque los abuelos dicen que...

—¡Los abuelos te deben importar una mierda! ¡Morirán, pitufina! ¡Morirán y no tendrás a nadie en tu vida! Solamente nos tendrás a nosotros, tu verdadera familia que te ama por encima del resto.

Si fuera un poquito más delicado la tendría en el bote. He de admitir que mi marido tiene razón. La única familia que le amaré por encima de todo es esta; sus padres y hermanos. Sí es verdad que todos somos muy amigos, estamos muy unidos y nos amamos mucho... pero ella debería ponernos a nosotros por encima del resto de la familia. Que mis suegros hagan jugadas para quedarse con Maggie y Rachel no se lo perdonaré. ¡Soy una Trumper!

—Entonces, ¿quieres o no quieres irte a vivir con tus tíos?

—No, yo quiero estar con vosotros.

—¿Sabes que tito Sebas es un estirado de mierda y que obliga a sus hijos a hacer deberes? Si no estudias para ser una jueza no te amaré. ¿Quieres ser una jueza?

—No, quiero ser tan guapa como mi mamá —me ha derretido el corazón.

—¿Y sabes también que tu tía Jocelyn come pienso para pájaros?

—Ums... ella no come como nosotros. Es verdad.

—Por las noches se viste con una capa negra y hace conjuros de brujería para que todo el chocolate del mundo desaparezca.

—¡No, no por favor!

—Sebastian, —aguanto una risa que estallará en breve y me agacho ahora que ha puesto a la niña en el suelo —cielo, que quieras vivir con otras personas que no seamos nosotros nos ha dolido mucho. Tu padre y yo estamos muy tristes desde que te has pronunciado. ¿Acaso no eres feliz en casa?

—Sí, mamá.

—¿No te hacemos feliz?

—Sí, pero el abuelo dice...

—¿Te he contado la historia de cuando tu abuelo no hablaba hasta el día que naciste? Él odiaba tener la casa llena de gente, hacer todos esos actos obligados familiares y ser el monigote de la abuela Margaret, pero el día que naciste el abuelo te cogió en brazos y en nueve años no se ha despegado de ti. Te leía cuentos, te mecía y se encargaba de que no te faltara nada. Que ames a tu abuelo es un regalo precioso y no deberías alejarle de tu vida, pero también tienes que saber que tanto tus padres como tus hermanos te queremos mucho más.

—Tus tíos, los remilgados, aman a sus hijos más que a ti. Si les pides algo no te lo darán y si quieres que te compren algo tampoco lo harán. —Sebastian la está provocando.

—Cielo, creo que ya ha entendido lo que queremos decirle. ¿A qué sí? Tu familia te

ama, y nosotros lo hacemos un infinito más. Si quieres irte con tus tíos vete, quédate con ellos y te aseguro que te apoyaremos en tu decisión. Si eso te sirve para darte cuenta que te necesitamos lo haremos por ti, todos haremos un esfuerzo por tu felicidad.

—Que yo no quiero irme con nadie, mamá —se abalanza sobre mí para abrazarme.

—Lo sé, mi vida, lo sé. Tu abuelo es muy listo porque te quiere para él solo. Y si sales de esta casa tendrá vía libre para que solamente le ames a él.

—También amo al abuelo, pero a vosotros infinitas veces más...

—Voy a matar a tu padre —le susurro a mi marido.

—¡Tropa, en marcha!

—Oh, no, no. Tú no sales así a la calle.

—¿Quién os llevará entonces? ¡No sabes conducir!

—¡Y una mier...!

Cierro la boca porque mis hijos tienden a ignorarme todo el tiempo, excepto cuando están al acecho esperando oírme decir una palabrota.

He perdido las batallas de subir a los gemelos en sus sillitas adaptadas, en cuanto ellos cumplieron cuatro años Sebastian los puso en los asientos del monovolumen. ¿Quién nos iba a decir que aquí encajaríamos todos? Nueve plazas de nave espacial. Los gemelos se sientan justo detrás de nosotros y en el fondo los mayores. Separamos a Sebastian de sus hermanos porque pueden abrir la boca del infierno dentro del coche si se lo proponen. Por eso, intentamos alejar lo máximo que podemos a los tres antes de que se golpeen y jueguen mientras su padre conduce.

¿Qué? No, él no saldrá en calzoncillos a la calle.

—¡Sebastian, tú no te subes al coche!

—¿Por qué no quieres que papi venga con nosotros? —Uno de mis gemelos ha ladeado la cabecita, me está mirando con esos ojitos cristalinos que me son irresistibles.

—Porque papá no tiene ropa. A la calle se sale con ropa, ¿entendido?

—¡No hay problema, tengo provisiones!

Mi marido saca de una bolsa que tenía escondida un pantalón gris de pijama, zapatillas de andar por casa y una camiseta blanca que tiene una mancha enorme de mostaza en el torso. Le doy por imposible. Mientras se viste, yo arreglo a mis hijos metiéndoles la camiseta dentro del pantalón. Ayer me olvidé el bolso en la oficina, si lo tuviera aquí les hubiera echado colonia y peinado, pero yo no dispongo de provisiones en el monovolumen como Sebastian.

Después de recogerles el pelo a los tres en una cola alta, compruebo que mi hija también va vestida y le doy beso porque la amo. La pobre no tiene culpa de nada, el único culpable de su indecisión es mi suegro.

—¡Tropa, qué vienen curvas!

—Que no se te ocurra correr con los niños en el...

Sebastian conduce como un loco que se cree el dueño de la ciudad... en parte lo es, junto a sus hermanos. Le propusieron como candidato para alcalde pero por supuesto que mis cuñados no lo permitieron. Todo el mundo conoce el lado profesional de Sebastian pero nadie sabe que anda corriendo por ahí sin ropa mientras hace el payaso constantemente. Él se conformó con ser la imagen turística de la ciudad, el muy prepotente se lanza besos en el aire cada vez que se ve en los carteles enormes que decoran el centro. Hay fotos suyas por todos los rincones.

Mi marido apaga el motor. El acceso de los vehículos solamente está permitido para las tres familias dueñas del colegio, y cómo no, el resto de los padres tienen que caminar lejos para alcanzar el parking público. Ellos ya sabían quiénes éramos cuando inscribieron a sus hijos aquí. Antes, el instituto era el colegio pero Bastian lo modificó porque sus hijas son mayores. El resto de los primos asisten al que hay al lado, pared con pared, y ese pequeño edificio es una locura porque ninguna profesora soporta a tanto Trumper.

Somos muy odiados por la gran mayoría del Universo. Nadie traga a los Trumper. Somos un poco... un poco extraños... pero buenas personas. Todos menos mi marido, que ya ha cogido a los gemelos y los ha lanzado contra el césped. ¡Los va a matar!

—¡SEBASTIAN!

—¡Ellos se están riendo, pitufa!

—¡Son niños, no juguetes!

—Yo también quiero, yo también.

Mi marido, en pijama, juega con los cuatro únicos niños del país que no están yendo a sus clases a primera hora. ¡Siempre llegamos tarde! ¡Siempre!

Jocelyn me saluda con la mano mientras su marido intenta no atropellar al mío que se ha puesto delante de su coche para impedirle que se vaya.

—¡ALGUNOS TRABAJAMOS!

—¡VETE A LA MIERDA, TRUMPER!

—¿TE QUITAS DE UNA MALDITA VEZ O TE QUITO YO?

—SOLAMENTE ME QUITARÉ, —¿por qué demonios gritan? —¡NIÑOS, VUESTRAS MANOS EN LAS OREJAS! ¡YA!

—Sebastian... ¿puedes por un maldito día ser un hombre?

—¡ME MOVERÉ CUANDO ME FOLLE A TU MUJER!

No. Sebastian no puede ser normal. Ha nacido genéticamente estropeado. Ama discutir y hacer rabiar a sus hermanos, y no hay ni un mísero instante en el que mi marido no se pronuncie en contra de mis cuñados usando a mis cuñadas. Sebastian me ama solamente a mí, dice que sus cuñadas son feas y que son su moneda para putear a sus hermanos mayores... por eso jamás me molesta cuando escupe gritando que se follará a Nancy o a Jocelyn. Es Sebastian, sólo hay uno como él y tenemos que dar las gracias a mis suegros que no se animaran a tener un cuarto hijo. No sabría qué sería de mi tercera cuñada, se moriría o se haría más fuerte como nosotras.

Sebas se ha bajado del coche para pegarle una paliza a su hermano pequeño. Mi cuñada Jocelyn me ayuda a redirigir a mis hijos en la dirección correcta, ellos quieren jugar con los dos pero no es hora de jugar, es hora de atender nuestras responsabilidades.

—Chicos, a clase... ¡hacedme caso de una jodida vez! ¡A clase!

—Yo me quiero quedar con papi.

—Yo también.

—Y yo.

—Ya habéis escuchado a vuestra madre, iros a clase. Vuestros primos os esperan.

—¡PREFIERO JUGAR CON MI PAPÁ!

Uno de mis gemelos le ha pegado una patada a Joce. Todos estamos acostumbrados, no hacen otra cosa aparte de no obedecer a nadie que no sea su padre.

—Recuérdame que soy feliz con mis tres hijos.

—Joce, eres muy feliz con tus tres hijos. Como quieras tener un cuarto yo misma meteré mi mano en tu... ¿todavía estáis aquí?

—Mira mamá. Papá le puede a tito Sebas.

—¡Por el amor de Dios! ¡SEBASTIAN TRUMPER! ¿Quieres que llame a tu madre?

—Sebas, tengo que repasar los papeles del juicio antes del mediodía.

Es imposible detener a los hermanos mientras se retuercen por el césped pegándose.

—¡EH VOSOTROS, LOS TARADOS! ¡AQUÍ ESTAMOS DANDO CLASE!

Lo han conseguido, han molestado a los niños. Dulce Bebé acaba de gritar a sus dos tíos y al menos esta vez no ha sido desde la puerta, sino desde la ventana de la segunda planta.

De repente, una enorme sombra oscurece los cuerpos de los hermanos que están peleando y los separa controlándoles a la vez. Bastian y Nancy estaban demasiado acaramelados contra su coche, no les he saludado porque son como dos pegatinas. Juraría que ambos deseaban terminar lo que habían comenzado.

Nancy se une a nosotras, nos saludamos con besos y también nos abrazamos aunque nos veamos todos los días. Uno de mis gemelos se ha dado media vuelta para propinarle una patada.

—¡VETE CON TUS HERMANOS! ¡YA!

—Ella me regañó, ¡tú no eres mi papi! —Le ha sacado el dedo corazón a mi cuñada.

—Ah, con que eres un pequeño Trumper rencoroso. ¡No deberías coger motos infantiles que no te pertenecen!

—¡Mi papá dice que puedo hacer lo que quiera porque el mundo es mío!

—Tu padre tiene el pene muy pequeño y...

—Nancy, —me quejo riéndome y Joce esconde una sonrisa —que tiene cuatro años.

—¡Entra en clase y no les levantes las faldas a las niñas!

—¡Mi papá dice que...!

—¡Mi papá dice! —Se burla de mi hijo y este se enfada refunfuñando como un Trumper. Al menos ya ha seguido a sus hermanos, cuando han visto a su tío Bastian entrar en acción han corrido como si huyeran de la propia muerte.

—Menudo problema tenemos ahí.

Seguimos a Jocelyn que se ha encaminado hacia su marido, Nancy y yo jugamos a chocar nuestros hombros mientras intercambiamos algunas palabras sobre mi línea de pintalabios. Ella tiene una de trajes de noche realmente preciosa y Jocelyn también tiene otra línea de bañadores y bikinis enfocada en las personas con sobrepeso.

—¿CRECERÉIS ALGÚN PUTO DÍA?

—La culpa ha sido de él, Bastian. Ha salido del coche y...

—¡HAS DICHO QUE TE QUIERES FOLLAR A MI MUJER!

—¿Podemos tener esta discusión lejos del centro escolar? —Como siempre, Jocelyn es la más sensata de los seis.

—¡CUANDO QUIERAS, JOCE, CUANDO QUIERAS FOLLAMOS!

Sebastian provoca nuevamente a su hermano Sebas y este le propina un rodillazo en todas sus partes bajas. Tengo que intervenir antes de que esta tontería me afecte a mí también.

—¡Os tengo dicho que si pegáis a Sebastian que sea de cintura para arriba!

—¿Qué? ¿Quieres que me peguen y salvar tu culo?

—¡Fuera! ¡Todo el mundo a hacer la mierda que haga en su vida! —Le levanto el dedo a mi marido —tú, llévame a la oficina que el móvil estará ardiendo. Y vosotros dos, nada de pegar en los penes ajenos si no queréis verme agresiva. Qué tengáis buen día. En marcha, Sebastian.

—Pitufa, me duelen los huevos. Me duelen mucho los huevos.

—Lo sé, ahora te daré un masaje.

Mi marido cojeaba apoyándose en mí, y en cuanto he dicho que le daré un masaje se le ha olvidado su malestar y ha sonreído corriendo hacia el monovolumen. Ha arrancado el motor, no ha esperado a que me abroche el cinturón y acaba de acelerar sin borrar la sonrisa de su hermosa cara.

—¡No te daré un masaje en los huevos, Sebastian!

—Como deseas, pitufa. Pero ya vendrás... aham, ya vendrás.

Se recoloca las gafas de sol mientras pone una de sus manos en mi muslo. Seré buena, le daré el placer de tocarme hasta llegar a la oficina. Y una vez allí, solo si estoy de

buen humor y no la caga, quizá tengamos un poco de diversión antes de ponerme a trabajar.

Capítulo 4

PITUFA MENOPAÚSICA

SEBASTIAN

¡ESE HIJO DE PUTA SE ESTÁ ACERCANDO DEMASIADO! ¡EL MUY CABRÓN!

Doy vueltas disimulando frente a los ventanales. Mi esposa está asistiendo a una reunión importante porque quiere sacar una línea de pintalabios nueva o algo parecido, renovar colores y relanzar la campaña de maquillaje. Para esto ha organizado este encuentro con las responsables de su equipo compuesto por mujeres, por mujeres menos por un listillo que se ha colado. ¿Qué jodidamente se piensa, que tocará lo que me pertenece? ¡ELLA ES MI ESPOSA! El hijo de puta me sonrío cuando pitufa no le ve. ¡Céntrate en la jodida pantalla!

Aflojo la corbata de mi cuello. ¡Me molesta este jodido traje! ¿Por qué tengo que salir a la calle vestido con ropa? Voy realmente cómodo en pijama. Si me pongo un traje es porque pitufa se transforma en una perra agresiva y es capaz de morder las vías sanguíneas de mi cuello. ¿Ha jodidamente sonreído a mi esposa? ¿Es que no hay nadie que vea lo mismo que yo? No, en la sala de juntas de reuniones no suele haber nadie fuera de la oficina a no ser que sea el dueño de la empresa y esa con vestidito ajustado sea mi mujer. ¡MI MUJER! Le cortaré los huevos... necesito llamar a mi hermano Sebas, él lo deportará del país si se lo pido.

Cuando mi hermano Bastian comenzó a ganar campeonatos de lucha me sentía un chico afortunado por tenerle en mi vida. Decía con orgullo que era el hermano menor del hombre más fuerte del planeta y él me ha jodidamente dado todo; una educación superior, una lista de chicas interminables, un dinero que multipliqué fácilmente y esas mierdas de mujeres que se suelen decir.

Pero llevar el apellido Trumper es jodidamente lo peor que puede pasarnos a todos. Tanto a mi pitufa, mis pitufines, mis padres, hermanos, cuñadas y sobrinos. Es una gran mierda tener que enfrentarnos a gente como ese gilipollas miserable. Los hombres apuestan para ganarse la atención de nuestras esposas, inventan de todo con tal de acercarse a ellas y demostrar que ellos nos las podrían quitar. Nuestras mujeres no son nosotros, ellas conservan su inocencia y no se han adaptado a convivir con Trumpers que odiamos al mundo ¡porque el jodido mundo también nos odia!

Ese hombre trajeado, de aspecto más que aceptable y que provoca las risillas de todas las mujeres que están reunidas con mi esposa... es uno de esos malnacidos que quiere putearme. Sí, tiene pinta de haber sido socio de alguno de mis clubs o de los clubs de mis hermanos porque él posee ese descaro para ganarse la atención de las putas. ¡Y mi mujer no es ninguna puta!

Le he calado en cuanto ha salido del ascensor portando una carpeta como si le interesasen la gama de pintalabios en los que mi esposa está trabajando. Hemos cruzado miradas por un par de minutos hasta que mi mujer me ha besado en los labios y se ha despedido de mí. Le prometí anoche que no irrumpiría en sus cosas porque esta reunión es muy importante para ella... estoy siendo un buen marido, ¡quiero arrancarle la cabeza a ese gilipollas!, y sin embargo paseo por el pasillo de una lado para otro sin hacer ruido.

Mi esposa me echará la bronca, ella no está capacitada para no admitir que yo tengo razón y que siempre la tendré cuando se trata de divisar a escoria humana como ese hijo de puta. ¿Qué jodidamente quiere, ganarse a mi pitufa, romper mi familia, que me divorcie? ¡Antes le arranco la cabeza, horneo su cerebro y luego me lo como! ¡CABRÓN! Rachel me ha mirado más de una vez haciéndome señales para que desaparezca, a su modo de parecer estoy aquí porque no puedo dejarla respirar ni en una reunión o tal vez pensará que quiero controlarla todo el santo día... ahí no se equivoca... pero no es la cuestión.

Si me mantengo observándola es para marcar territorio, para vigilar que ese cabronazo no se pase de listo ni intente nada con mi pitufa. ¿Una línea de cosméticos? ¿En serio? ¿Se dedica a eso este hombre sacado de una revista? ¡Pues no es más joven que yo! ¡Veo sus canas! ¡Joder, él no tiene canas, me lo estoy inventando!

Lo curioso es que soy demasiado permisivo con pitufa. ¡Tenemos dinero para comprar la línea de pintalabios de sus sueños! Si le hace ilusión los pintalabios juro por lo más sagrado de mi vida que le entregaré todos los que existan, si quiere otra gama se la consigo, se la compro, se la invento o lo que mi mujer pida. Pitufa habla y yo obedezco, es la norma de mi vida. Pero ahí estoy yo otra vez, siendo un marido perfecto mientras hago que pierda el tiempo trabajando en algo que podría obtener con un chasquido. Se empeña en trabajar y en hacer las cosas por ella misma... le apoyo, es mi esposa y permaneceré a su lado siempre, pero también podría ser más respetuosa con su marido y hacer buen uso de su apellido. Rachel es una Trumper, y como tal, su obligación debería ser como el de una jodida vaga y sentarse todo el día en el sillón de mi oficina. Quizá le pondría una cama, la desnudaría, ataría sus manos, luego sus pies...

El móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. Suelo llevar conmigo el familiar, el que uso para el trabajo se encuentra encima de la mesa del despacho.

—¡ES LA CUARTA VEZ QUE TE LLAMO!

—¡NO LO HE...! —Todos en la oficina me miran porque he gritado y saludo dándome la vuelta —madre, no lo he sentido en mi bolsillo.

—¡Ponlo en modo vibración!

—¡En modo avión te pondré yo a ti como no hables con tu marido! ¡No atiende ninguna de las llamadas que le hacemos mi esposa y yo!

—No sé de qué me hablas.

—El domingo nos ignoró, ¡se hizo el sueco!

—¿Qué expresión es esa? ¡Te has educado en los mejores colegios y ahora me vienes con este tipo de contestaciones!

—¡Joder, mamá! Que le dijo a pitufina que se fuera a vivir con tu hijo favorito.

—¡Yo no tengo un hijo favorito!

—Madre, le estoy escuchando gruñir detrás de ti. ¡Papá, sé que estás ahí, te prohibiré que veas a mi hija si me sale de los huevos!

—Sebastian, por favor... —me giro porque mi esposa se ha asomado desde la sala. Todos se fijan en mí y ella ya me mira con esos ojos de decepción... esos que se llenarán de lágrimas si no actúo rápido.

—Es mamá, ¿quieres saludarla? Madre, saluda a Rachel, está aquí.

—No me hagas esto —ha susurrado. Si digo algo romperá a llorar. Ama todo lo que hace por sí misma, ¡y juro que también amo sus logros! Pero no enloquecería si ese hijo de puta no estuviera dentro de una sala con una puerta cerrada. ¿Para qué la cierra? Esta planta está vacía.

—¿Qué te queda?

—Lo que me tenga que quedar —ha dado un portazo. Ella capta ahora la atención de las mujeres excepto la de ese, ¡hijo de puta que sonrío de medio lado! Cómo haga un movimiento le arranco el corazón. ¡La cabeza y el corazón!

—Hijo, hijo mío, ¿sigues ahí?

—Sigo, pero tengo que colgar porque tu nuera está un poco alterada. Ya sabes, por eso de la menopausia.

—¡Tú eres tonto, Sebastian, eres tonto!

—Dile a tu marido que como vuelva a decirle a mi hija que se vaya de nuestra casa será la última vez que nos vea.

—Pero...

—¡Tú también, madre!

—¡SEBASTIAN TRUMPER! ¿Qué le has dicho a tu nieta Rachel? —¡Jódete, papá!

—Cuelgo madre, te quiero.

Miento, escucho cómo regaña a padre hasta que corta la llamada. Si hay alguien a quién amo un poquito de más en la familia esa es madre. Sé que no las tengo todas conmigo porque su hijo favorito es mi hermano Sebas, su nuera favorita es Jocelyn y sus nietos favoritos son sus hijos... pero madre saca su genio Trumper y me encanta. Mis cuñadas deberían aprender de mi madre, y mi esposa también.

Especialmente mi esposa, que no es capaz de ver con sus propios ojos que un hombre, ¡un hombre!, está flirteando con ella. ¡A él le importa una mierda la línea de pintalabios! ¿Qué hará este gilipollas cuando en otoño se lance la línea de cosmética al completo, echarse los potingues en la cara?

¡LE ODIO! ¡ODIO A ESE HIJO DE PUTA!

Mi esposa ha dejado la lista de asistentes encima de la mesa de su oficina. Eso es, leeré su nombre, le investigaré y le diré a mis hermanos que hagan el trabajo sucio. ¡Yo no me moveré, qué lo hagan ellos que para eso uno es el más fuerte y el otro el más poderoso! Bueno, poderoso con eso de la ley... porque realmente pelea como una niña pequeña.

Saludo a mi secretaria, la anciana que declina mis ofertas de jubilación y los viajes que le organizo para que disfrute. Esta mujer me conoce desde hace más de veinte años y ella no se va. La he amenazado, Sebas mandó a un compañero del bufete para que firmara mierdas afirmando que no la obligaba a trabajar y han venido psicólogas de mierda para convencerla de que debería dejar su puesto. Pero soy todo lo que tiene después de haber perdido a su familia.

—Joven, yo no entraría en su oficina.

—¡Es mi mujer, hago lo que quiera con mi mujer!

—Fabián Hernández, Puerto Rico, cuarenta y cinco años. Divorciado, dos veces. No tiene hijos ni familiares que vivan en la ciudad. Trabaja a tiempo parcial en la empresa de cosmética que quiere comprar una gama a su esposa.

¿Si le pido que se case conmigo sería descortés?

—Te amo, te amo mucho.

—¡No seas nenaza y ponte a trabajar! Ese hombre destruirá tu matrimonio si no te pones a hacer algo con tu vida. Acércate, necesito medirte la espalda.

—¿Vas a regalarme un jersey?

—A ti no, no te lo mereces después de traerme a esos desgraciados que me quieren meter en una residencia.

—Eso es incierto.

—¡Pon tu culo aquí! Es el cumpleaños de Chad y quiero ser amable.

Chad es un viejo amigo que trabajaba conmigo. Le conozco desde el instituto, desde que nos follábamos a las mismas tías y desde que puse mi confianza en él. Creí conocerle porque el muy hijo de puta me robó doscientos millones de dólares, ahora vive en la cárcel de la ciudad y la única visita que recibe es la de mi secretaria.

—No cuentes conmigo.

—Joven, o te mido la jodida espalda o le diré a tu esposa que has investigado a Fabián.

—¡Pero si has sido tú!

¡Soy una nenaza, me quejo de mi hermano, pero yo lo soy más! Ruedo los ojos haciendo de modelo para esta mujer anciana que podría decirme de memoria las cuentas de inversión que regento en mis empresas. ¿Cómo lo hace? ¡Amo a esta mujer, amo a mi mujer, amo a todas las mujeres del mundo!

—Ya está, tenéis la misma medida aunque él haya perdido peso.

—¡Qué pena!

—Te lo dije, te dije que tu amigo te estaba robando y me trataste como a una vieja loca.

—Pitufa y yo ya teníamos pitufines... estaba demasiado centrado en mi familia. Lo siento si te supuso algún trauma. De todas formas, ¿qué haces visitándole?

—El juez Sebas Trumper ha nombrado a su familia personas no gratas en la ciudad. Si no le visito yo nadie lo hará.

—¡Tendría que permanecer solo! Sabes que hago una llamada y lo meten en aislamiento.

—Sabes que traes tu culo de nuevo aquí y te rompo la boca.

¡Qué genio! ¡Qué genio más insano!

Le sonrío lanzándole un beso en el aire. Esta mujer no ha reído nunca, me gusta que no se ría, eso significa que ha vivido demasiado tiempo rodeada de Trumpers. Ha acudido como una invitada más a nuestros actos familiares públicos, está viendo a mis hijos crecer y Rachel la ama porque le recuerda a su abuela.

—¡Sebastian Trumper!

Estaba cerrando la puerta de mi despacho cuando mi esposa ha aparecido por el pasillo de nuestro ascensor privado. ¡QUÉ BUENA ESTÁ! Sufro una enorme erección. ¡Pica, joder! Mi pitufa está cada día más apetecible y la quiero retener a mi lado tanto tiempo me permita porque no puedo dejar escapar a un bombón como ella. ¡Me la querrán quitar!

Anoche se acostó con la cabeza llena de tubitos que han rizado su pelo, pelo oscuro que le cae hasta la cintura; pero lleva extensiones, extensiones que parecen reales. Normalmente suele recogerse el pelo en una cola en alto y estirar la piel de su cara, últimamente se lo está rizando y sabe cuán cachondo me pone su pelo; me da igual el color porque con los años me he vuelto un poco menos exigente. Mi esposa sabe qué maquillaje usar para según qué ropa, y también sabe lo que sucede con mis erecciones.

Vivir con un Trumper le ha debido marcar porque apenas consigo llamar su atención con los niños. Temo que se haya aburrido de soportar los gritos, los juegos y el caos de nuestra casa. Rachel es la mejor madre del mundo y la mejor esposa que podría

tener, mis hermanos siempre me regañan advirtiéndome que ella me abandonará como no la trate mejor, pero es que la trato y trato a mi familia como se merecen; como reyes. Les doy todo cuanto tengo, y lo que no, llamo a mis hermanos y que hagan algo también. Amo jugar con mis hijos, amo que esos pequeños no crezcan tanto como mi sobrina Jocelyn y saquen tiempo para estar conmigo. ¿Qué ha sido de mi padre? ¡Ha quedado en el olvido! Mis hermanos y yo no le tratamos tanto como antes, y él tiene que sobornar a sus nietos para que vayan a verle.

Moriría si mis hijos me ignorasen como hago con padre. Yo les quiero conmigo aunque la educación sea lo último que se respire en casa; si quieren correr desnudos que lo hagan, si ellos desean empezar guerras de comidas que las empiecen... amo jugar con mis chavales y hacerles felices. Y la cago, la cago a menudo, por jugar con mis hombrecitos casi pierdo a mis chicas.

Ninguno seríamos nada si no estamos unidos. Cuando mi esposa me dijo que pitufina ya no quería vivir con nosotros se me paró el corazón, bueno, también influyeron las enormes tetas de Rachel, pero... pero quise morirme. Que elija antes a mi hermano Sebas que a mí me rompió el corazón, tuve que acostarme con mi esposa durante todo el fin de semana para sentirme algo mejor... y porque sus tetas últimamente están creciendo. Cosas de la menopausia.

Intenté hablar con padre pero no quiso descolgar el teléfono. Fingió que dormía cuando me presenté en su casa, luego amenacé a mi madre con que no iríamos a la tradicional barbacoa del domingo y pateó mi trasero. El domingo me ignoró, el muy cabrón evitó estar a solas con mi esposa y conmigo, y decidimos dejar las cosas como estaban puesto que pitufina no volvió a decir nada al respecto sobre emanciparse.

Perder a mi esposa, a mi hija, incluso a mis hijos... me mataría. Estaba haciendo algo mal y Rachel supo abrirme los ojos. Desde el viernes desayunamos, almorzamos y cenamos todos en familia.

Rachel ya ha cerrado la puerta del despacho por mí. Está acusándome con el dedo en alto y me premio porque estoy realizando un esfuerzo por no mirarle las tetas. ¡Soy un hombre de su culo, un hombre de culos! Pero el suyo se fue sin despedirse y desapareció los meses posteriores después de dar a luz a los gemelos. Cambió los ejercicios y ha potenciado más sus tetas que su trasero. ¡Quiero su culo de vuelta!

Discute conmigo por haberme quedado en el pasillo.

Siento que no debería hablar con ella, ni siquiera prestarle atención... necesito hacer algo antes de que le arranque el vestido, le rompa el sostén y ponga mi boca en sus pezones.

Saco el móvil de mi bolsillo y aprieto el icono de la llamada.

—¿ME ESTÁS IGNORANDO, SEBASTIAN? PORQUE TE JURO QUE...

—Un segundo, pitufa. Esta llamada es urgente.

—¡Me sale el nombre en la pantalla, POR ESO SÉ QUE ES MI HIJO!

—¿Madre?

—Este cacharro cada vez es más inteligente. Leo tu nombre, pero tenéis que ponerme las letras más grandes.

—Dile a papá que se ponga. Me ha bloqueado en su móvil y no puedo llamarle.

—¿HAS BLOQUEADO AL NIÑO EN TU MÓVIL?

—Madre, dale el tuyo.

—Toma, ahora te fastidias y aguantas la bronca de tu hijo pequeño.

—¿Padre? Padre, ¿estás ahí? Claro que estás, eres un Trumper y he salido de tus huev... Padre, quería decirte que te quiero. Aunque pasen los años siempre seguirás siendo el mejor del mundo y te agradezco todo lo que nos has dado, bueno, a ti y a Bastian que nos ha pagado todo.

—Sebastian...

—No, no digas nada, padre. Sé que la niña te ha utilizado para salirse con la suya. Acabo de descubrir que ha sido un plan macabro entre primas y Maggie y Rachel os usan porque saben que no les podemos regañar con vosotros protegiéndolas.

—Por fin te has dado cuenta, hijo.

—Sí, esas dos pequeñas diabólicas son unas manipuladoras. Lo de que te quiero podrías decírmelo tú también, ¿eh?, —mi esposa acaricia mi espalda —porque aunque yo haya formado una familia de locos y ellos sean mi prioridad, nunca me olvido de dónde vengo y que siempre he amado ser tu hijo.

—Cuelga ya.

—Sí, cuelgo porque esto se está poniendo serio.

—Mañana almorzaremos juntos.

—Vale, espero tu llamada. Por cierto, si cuentas esto a tus otros hijos lo negaré, lo negaré y luego me presentaré desnudo en tu casa cada domingo hasta...

Me ha... me ha colgado.

Para ser un buen padre primero debería aprender a ser un buen hijo. Por centrarme tanto en los míos me he olvidado de que padre no nos tiene cerca a ninguno de mis hermanos, ni a mí, y seguramente se sentirá solo. A partir de hoy quedaré más a menudo con él, le quiero, quiero a padre y él forma parte de nuestras vidas.

—Sebastian, te quiero tanto.

Mi esposa rodea sus piernas alrededor de mi cintura. ¡Por fin me he librado de una buena!

—Pitufa, di las palabras mágicas y te follo aquí mismo.

—Estoy enfadada contigo.

—¿Enfadada, qué he hecho yo?

—Me prometiste que...

—Esperaba un ramo de flores, —masajeo su trasero mientras restriego mi

entrepierna con su apertura, ¡malditos pantalones! ¿No llevaba un vestido? ¿Es un vestido pantalón? Esta moda actual no la comprendo.

—Sebastian, arriba, mírame. ¿Qué dices sobre un ramo de flores?

—Quería apoyarte en tu última reunión del proyecto y esperaba al hombre de las flores. Él no sabría llegar a la sala sin que nadie se lo indicara.

—Ah, ya veo, y por eso te has paseado de izquierda a derecha durante una hora mientras te imaginabas a Fabián muerto.

—¡RETIRA SU NOMBRE DE TUS LABIOS! —La siento en mi mesa porque ella me ha tocado los cojones, —¡si querías hacerme daño ya lo has hecho!

—¿Por nombrar a Fabián Hernández? Él es gay.

—Él se folla a las putas de mi club en Nueva York.

Sabía que la estaba cagando tan pronto ella ha humedecido sus ojos.

—¿Todavía lo mantienes abierto?

—El club está abierto pero yo no... ¡Pitufa, no saldrás de aquí hasta que...!

Me ha abofeteado la cara.

—Me prometiste que ya no formabas parte de eso, Sebastian. ¿Cómo puedes mentirme?

—¡Y no formo, joder! Pero el club sigue en activo, ya no obtengo... —ella me matará si lo desea —ya no obtenemos dinero de las ganancias.

—¿Por qué has dicho ‘mí’ club? A esta mierda me refería cuando te digo que solamente podría separarnos una cosa.

—Pe...

—¡Déjame sola, no quiero verte!

Abre la puerta marchándose, su poder bocal es más fuerte que mi poder físico.

Pitufa me ha pedido estar sola y yo obedezco porque soy su jodido dueño. Ha habido una confusión, no es mi club y no obtenemos ganancias. No es mi culpa si el que me lo compró continúa con la misma mierda que hay dentro. Tengo que llamar a Nueva York, les pedí que retiraran mi nombre de las publicidades y el cartel principal del club, como tuvieron problemas con algunos documentos no han podido cambiarlo... y me meterán en problemas con mi mujer. ¡Dejé el club cuando pitufa me dio un ultimátum y me confesó que estaba embarazada de mi hijo mayor!

Ella sabe lo mismo que yo, hasta el problema con mi nombre en los carteles del club.

—Joven, te necesito aquí.

—¡USA A OTRO COMO MODELO! ¡ESTOY OCUPADO!

—Pon tu culo fuera de tu despacho.

Aprieto los puños yendo hasta la anciana de mi secretaria que teje un jersey muy

feo. Es la única que presta atención a nuestras discusiones aunque mi puerta esté insonorizada, por eso del sexo duro que tenemos mi esposa y yo. Pero es inevitable que nos haya visto enfadados, o en este caso, a mi pitufa salir lloriqueando.

—No tengo nada que ver, por si te lo preguntabas.

—Agáchate un poco más. Y no me preguntaba nada, por si lo querías saber.

—¡Cerré el club hace más de once años! Sebastian no había nacido todavía.

—¿Por qué me lo dices a mí y no a ella?

—Porque es una menopaúsica de mierda. Se ciega cuando le nombro el club.

Ella me ha golpeado en la nuca como hace madre. Me giro de nuevo amenazándola con mis ojos. ¡Esta mujer no se acobarda ante nadie!

—Ha vuelto a la reunión. Deberías esperar media hora, es lo que le quedará.

—¿Te lo ha dicho?

—Rachel no ha parado de planear la reunión más importante del año. Toda la empresa ya sabe hasta el tiempo que se tomarían de descanso.

—Pues esperaré media jodida hora. ¿Contenta?

—A mí no tienes que contentarme, es a ella, joven.

—Podrías llamarme Sebastian, es mi nombre.

—Podría pero no quiero. Ponte a trabajar, esta empresa no se levanta sola.

¿Ella me ordena a mí, soy el dueño y me manda a trabajar? Sí, lo ha hecho, lo ha hecho y su mirada amenazante acojona más que la mía.

Me siento en el sillón de mi despacho tecleando el número de mi hermano. Espero que no esté ocupado porque le necesito de verdad.

—¡NO ECHES MÁS FOTOS AL CULO DE MI MUJER!

—Bastian, sabes tan bien como yo que hace once años me deshice del club. Del club que me regalaste. Sebas me hizo firmar mierdas para que pasara a ser propiedad del comprador que me recomendaste.

—Te lo diré solamente una vez, ¡no me metas en tus mierdas!

—Ha venido... no, se ha colado un tal Fabián Hernández en la reunión de mi esposa y es el único hombre allí. Le conozco del club y Rachel lo sabe. Se me ha escapado por error que es 'mí club' y no lo es.

—¿Para qué mierda me cuentas esto?

—Para que vigiles a tu esposa. No quiero que Nancy hable con Rachel sin hablar yo antes con mi mujer y si te dice algo métele la poll...

A mi familia le gusta colgarme. Le gusta mucho colgarme.

Tecleo a mi hermano Sebas antes de que lo haga Bastian. Ellos dos se pondrán de acuerdo e irán en mi contra. Los tres tenemos un infierno que nuestras esposas nos sigan

viendo como aquellos hijos de puta que éramos antes.

—Sebas.

—No tengo tiempo.

—Te resumo. Fabián Hernández era o es un cliente del club que tenía en Nueva York. Es el único cabrón que está en la reunión de mi esposa y...

—¿En la reunión sobre la línea de pintalabios?

—Sí. Rachel lo sabe ahora, se me ha escapado por error que es ‘mí club’ cuando tú mejor que nadie saque que no me pertenece desde hace años, tú y Bastian, que me recomendó al comprador. Necesito que revises los papeles que firmé y que compruebes si han cambiado la publicidad. ¡Como esos jodidos mierdas hayan seguido publicitando el club con mi nombre les sacaré hasta las entrañas! ¿Entendido?

—Te llamo en una hora. Te informaré en cuanto sepa algo.

—Espero tu llamada. Ese Fabián ha venido buscando problemas y juro por mis hijos que los tendrá.

—Tranquilízate, ata bien corto el cordón de tu esposa y espera mi llamada.

Por eso es mi hermano favorito. ¡Es el favorito de todos! Es sensato, el cabrón de Sebas piensa con todas las neuronas de su cabeza. Es el Trumper con más neuronas de la familia.

El móvil vibra en mis manos, leo en la pantalla ‘secretaría del colegio’ y sonrío.

—¿Papi?

—Pitufina, ¿qué haces llamando desde secretaria?

—Me he colado. No había nadie, —¡esa es mi chica! —¿papi?

—Cuéntame pequeña, pide por esa boquita que tu padre te lo dará.

—¿Me comprarás otro pony?

—¿Otro? Ya tienes tres. Contratar a otro cuidador no sería bueno para ellos porque... Sí, te compraré otro pony si es lo que deseas, hija.

—¡Gracias papi, eres el mejor padre del mundo! —¡Punto para mí y punto menos para mi hermano Sebas! —¿Podrías venir a recogerme? Me aburro.

—No sales hasta dentro de dos horas. Ah, papá y mamá están muy enfadados contigo. Lo hemos descubierto todo... ¡entrometer al abuelo en una cosa tan fea como emanciparte! ¿De qué libro de tus tíos habéis leído eso? Porque esas palabras solamente están en casa de tus tíos Sebas y Jocelyn.

—Fue una pequeña broma, papi.

—Cuando hagas una broma, aparte de echarle siempre la culpa a tu prima Maggie, piensa que la otra parte tiene que saber que es una broma. Casi matas de un infarto a tu madre, y yo te regañé de verdad.

—Lo siento, papi. Te he dibujado una rosa y le he puesto tu nombre.

¡ESTA NIÑA NUNCA SE IRÁ DE CASA PORQUE ES MÍA! ¡MI HIJA!

Se me acaba de parar el corazón. Amo cuando mi pequeña me dibuja. ¡Tengo un montón de archivadores con los dibujos de mis hijos! Los que no están dentro están colgados en nuestra habitación.

—Venga, vuelve a clase que papá tiene que trabajar.

—¿No vendrás a por mí?

—Vuestras cosas no se pagan solas.

—¿Ni aunque me duela la tripita?

—Eso no funcionará esta vez, ya caí y no volveré a caer.

—¡Eres un remilgado! —Culpa mía, la niña ha oído esa palabra en casa.

—Regresa a clase y pórtate bien. Te quiero, siempre serás la niña de mis ojos.

—Yo también te quiero, papá.

Cuelgo satisfecho, sonriente y feliz porque mi hija me ha dicho que me ama. Si pitufa no estuviera enfadada la llamaría ahora mismo para contárselo... pero como su menopausia la tiene alterada tengo que meditar seriamente mis pasos en ciertos días del mes.

Estoy deseando hacer las paces, hay algo excitante en discutir con pitufa porque al final los dos acabaremos follando durante horas.

Me espera una larga noche.

Capítulo 5

MI HIJO SEBAS

SEBAS

Fabián Hernández. Fabián maldito Hernández. ¿Quién será ese hombre? Acabo de colgar a mi hermano y no he podido ofrecerle una respuesta rápida porque ni siquiera me suena. Si ha venido a entrometerse en mi familia juro que lo meteré en una cárcel, me

gusta meter a la gente en la cárcel si intentan separar a cualquiera de los míos.

—¿Papi?

Sacudo la cabeza sonriendo. Raras veces sonrío, solamente cuando estoy con mi esposa y mis hijos. Si lo hago delante de mis hermanos ellos me harán preguntas, verán que soy igual de débiles que ellos y me acosarán. Ellos son una carga de mierda que no puedo ignorar, al menos puedo usar mi mirada fija y mi humor de perro... una dulce postura para alejarles de mí.

Arrastro mi sillón hacia atrás, me levanto y me quito la americana del traje, está llegando la época del año que más detesto, ¡el buen clima!, a mi mujer y a mis hijas les dará por vestirse con esa cosa que llaman ropa y a mí me matarán de un, ¡maldito infarto! Mi problema no nace con mis mujeres, mi problema nace ¡con los malditos hijos de puta que se atreven a mirar a mis mujeres! ¡MÍAS! Es mi esposa, y también mis dos hijas. Las niñas... bueno... con las niñas me es más fácil puesto que me ven como autoridad y puedo sentenciar a una muerte legal a aquellos que pongan sus ojos sobre mis hijas... pero con mi esposa... ¡ella me tiene atrapado por mis dos huevos! Jocelyn es demasiado independiente, autoritaria, perfeccionista, hermosa, ¡MÍA!, ah, y una jodida compradora compulsiva de vestiditos de primavera y verano.

—¿Papá?

—Lo siento, hijo. Estaba pensando en mis cosas.

Siento alivio cuando deslizo mis tirantes por los brazos, he desanudado mi corbata celeste y he desabrochado los dos botones superiores de mi camisa. Rodeo la mesa hasta sentarme en la silla libre que queda junto a mi hijo Sebas. Mío.

Acaricio su mejilla y me regala una maldita sonrisa que ha desactivado mi organismo. He dejado de respirar por unos miserables quince segundos conteniendo el aire en mis pulmones y ahora que recupero mi estado natural puedo sonreírle de vuelta. Solamente a él, a mi hijo Sebas.

Ama parecerse a mí, imitarme en todo. La mayoría de los días elije como vestimenta uno de los trajes con americana que le compramos para ocasiones especiales, le gusta ir bien vestido al colegio y simular que será un juez como sus padres. Últimamente se repeina su corta melena hacia un lado porque cada mañana entra en nuestro aseo, vierte un poco de gomina en sus dedos y desaparece sin más. Su madre y yo nos sonreímos siempre que irrumpe sin molestar. La culpa la tiene mi madre, ella me compró esa cosa que estoy empezando a amar demasiado. Madre ama comprarme mierdas como ropa interior o productos de belleza... luego se queja delante de todos y niega que sea su favorito. ¡Algo tendré cuando me trata como a su niño pequeño!

Tengo que detenerla porque madre se está volviendo una mujer bastante astuta. Más de lo que ya es.

Centro el doscientos por cien de mi atención en mi hijo Sebas que ha escondido su rostro de mí, ¡idéntico a mi esposa! Le sonrío nuevamente pero esta vez no soy correspondido, ¿en qué he fallado ahora?, ¿qué estoy haciendo para que mi hijo no me sonría? ¡Soy un mal padre! Toda la culpa es de mi hermano Sebastian, él... él manipula a todos los niños de la familia Trumper y es el favorito porque juegan con él, le entierran en

el jardín, corren en conjunto para pillarle o simplemente se lanzan en sus brazos. Le aman, Sebastian es el auténtico triunfador de la familia.

—¿Por dónde íbamos, campeón?

—Huh... ya... ya casi habíamos terminado.

—Siento la interrupción. Tu tío Sebastian necesitaba comentarme algo sobre trabajo.

—No importa, papi.

Papi. Papi. Ha detenido de nuevo el latido de mi corazón. Nunca me acostumbraré a que mis hijos me aclamen como su padre. Es el sentimiento más hermoso que mi esposa me vaya a dar en mi maldita vida. ¡Soy tan feliz por tenerles conmigo!

—¿Desearías contarme algo más?

—Eso es todo... por el momento.

—¿Por el momento? —Asiente, ya ha hablado demasiado para su corta edad. De hecho, ha irrumpido en mi despacho y ha hecho uso de sus genes Trumper para soltar lo que mi esposa y yo ya intuíamos. —¿Tienes alguna duda al respecto?

Ha hecho una mueca mientras ha elevado ligeramente su hombro derecho. Vuelvo a tocar su mejilla, quiero demostrarle que estaré a su lado para siempre, hasta que sea un ancianito y él me venga a visitar con su familia. No quiero separarme de mi hijo, de mis hijas, de mi esposa; ellos son lo que más amo de mi vida. Ha merecido la pena esa espera agonizante hasta que Joce decidió compartir la suya con la mía y de nuestro amor nacieron nuestros tres retoños que nunca conocerán cuán inmenso es el amor que sentimos por ellos.

—¿Se lo dirás a mamá?

—¿Quieres que lo haga yo o prefieres contárselo tú?

—¿Me seguirá queriendo? —Mi mirada le ha arrinconado. Que mi hijo Sebas dude del amor incondicional de su madre me molesta. Pero el niño ahora mismo podría soltar cualquier comentario de esa magnitud hiriente y yo se lo perdonaría. No, no se lo diré a su madre, ella enloquecería si supiera que ha dudado de su amor por un miserable segundo.

—¿Por qué has dudado del amor que siente tu madre?

—No me malinterpretes papá, pero... pero... no sé por qué lo he dicho. Estoy nervioso y me estás mirando tan así que...

—Tranquilo, hijo, es la mirada Trumper. Tú también la tienes.

—¿La tengo?

—La tienes. Te pareces mucho a tu madre y sabes cómo esconderte.

—Mamá dice que me parezco a ti.

—Todas las mujeres Trumper dicen que todos vosotros sois Trumper, y es incierto. Sabes cómo mirar, cómo caminar, cómo actuar, cómo hablar, cómo responder... sabes secretos ocultos que solamente conocen las mujeres Trumper.

Sonríe, él sonríe. Amaría que mi hijo abriera su corazón y que me deleitara con su dulce voz confesando su mayor secreto, otra vez. Mi esposa y yo ya lo sabíamos, le estábamos dando tiempo para que fuera el niño el que nos contara sus sentimientos. Joce llorará, yo ya he llorado de orgullo.

—Entonces, —juega con un bolígrafo que ha cogido de la mesa —¿no pasa nada con eso de que...?

—Dilo hijo, dilo y no lo susurres.

—De que...

—¿De qué? —Le animo porque se muere de vergüenza.

—De que me gusten los chicos.

Mi corazón lo ha hecho de nuevo; se ha paralizado y automáticamente yo sonrío. Mi hijo Sebas es capaz de dominar mi organismo como él desea.

Llevamos hablando por lo que parecen cinco horas, pero la verdad han sido solo un par de ellas. Me ha sido imposible localizar a mi esposa porque está en los juzgados en pleno juicio, le he dejado un mensaje y ella estará al caer. Sabe que puede paralizarlo cuando quiera, es uno de los trucos que aprendió de mí.

Fijo mis ojos en mis dedos que le acarician, amo verle sonreír. Le ha costado demasiado y por fin mi hijo nos ha confesado sus preferencias. Le gustan los chicos, mi hijo amará con toda su alma a un buen hombre y yo estaré ahí para verlo. Ahora solamente faltan mis hijas, que ellas amen a mujeres será el futuro más hermoso de nuestras vidas. No tendré que lidiar con mujeres endemoniadas que arruinen a mi hijo ni tampoco con hombres que les metan mano a mis niñas. Sí, ¡qué se fastidien mis hermanos! Mis hijos son como su madre, elegirán a sus compañeros de vida y serán los mejores que hayan podido poseer.

Me regaño por entrar siempre en competición con ellos. El peor es Bastian, a sus niñas le gustan los chicos y a su chico le gustan las niñas. Él quería meterlas en un convento y hacer a su hijo el más hijo de puta del mundo, ¡me río de ti, cabrón! Tus hijas no serán como las mías, ellas se dejarán amar por hombres que las arruinarán y tu hijo seguirá tus pasos porque será el mismo luchador cabrón que fuiste tú... ¿por qué siquiera pienso en esto? Él no me está oyendo.

—Así es, hijo. Habla de ello con tu habitual tono de voz. No tienes por qué esconderte.

—¿Puedo decirlo en el colegio?

—Por supuesto, los hombres aman a hombres y las mujeres aman a mujeres.

—¿Y si se ríen de mí? —¡Los mataré!

—No se reirán. ¿Te cuento un secreto? Tu amigo Adam, el niño de...

—La pajarita rosa.

—Sí él. Su padre está liado, perdón por la palabra, su padre está viéndose con un hombre.

—¿A su padre le gustan los chicos?

—Supongo, por supuesto. Pero él no es un niño valiente como tú. Él se esconde porque es un cobarde de mier... es un cobarde. Está haciendo daño a su familia ocultándoles sus gustos, se está privando de vivir con libertad por ser un hijo de... por ser un hombre de poca fe.

—Ah...

—No has entendido la moraleja, ¿verdad? —Niega con su cabecita, quisiera agarrarla con mis manos y besarle hasta que me escupa a la cara. Si por mí fuera estaría todo el día besando a mis hijos, abrazándoles, sosteniéndoles para que no se separen nunca de mí... —Lo que quiero que te grabes en tu memoria desde ya mismo, es que es muy importante que nunca, nunca en tu vida te ocultes de algo tan hermoso como amar a un hombre. En tu caso, ahora amarás a varios chicos que....

¡Que les cortaré los huevos como hagan daño a mi pequeño! ¡Van a tener que presentarse ante mí antes de poner las manos sobre mi hijo! ¿Qué mierda se creen, que es un juguete? ¿Ellos se piensan que pueden salir con mi hijo, follárselo y luego abandonarle por otros más sensuales?

¡Los mato! ¡Los mataré a todos!

—¿Papi?

—Perdón, estoy un poco alterado por...

—El buen clima. Se acerca la época del año en la que regañas a mamá y a mis hermanas por vestirse con ropa pornográfica.

¡Mataré a Sebastian por decir esa palabra en voz alta! ¡Los niños son como esponjas, son como Trumpers convirtiéndose en Trumpers malhablados! ¡No soportaré más broncas de todas las mujeres Trumper!

Somos hombres y somos mal hablados. ¡Malditamente esa es la única verdad!

—Apartemos, por el momento, eso de la primavera y el verano. Espero que este año estés de mi parte y no te vayas cuando argumente los motivos de llevar manga larga, vaqueros largos o camisetas sin escote. Los otros días... —me estoy yendo del tema, me estoy yendo porque las imagino con sus pantaloncitos cortos, sus camisetitas con un cinco por ciento de tela sobre sus cuerpos y con esos vestidos hechos por hombres, ¡que no tienen familia! ¿A quién se le ocurrió disminuir los tamaños con el cambio climático? Lo mataré, lo buscaré y luego lo mataré.

—¿Papá?

—Sebas, hijo, quiero que ante todo te sientas tú. Si deseas amar a un chico hazlo si eso te hace feliz. Tu madre, hermanas y yo te amaremos hagas lo que hagas. El resto de personas que te conocen también lo harán; tus abuelos, tus tíos, tus primos, tus amigos... ¡todos te amarán! Y si no lo hacen es porque no son buenas personas. ¿Entiendes, hijo?

—Entiendo papá. Pero...

—Cuéntamelo, cuéntamelo y yo te daré mi corazón en cada respuesta.

—Los primos se meterán conmigo.

—¿Bastian y Sebastian? Ellos no lo harán.

—¿Por qué?

—Porque te conocen, hijo. Te conocen y te aman.

—¿Si me conocen y me aman...?

—Si te conocen y te aman, te respetan. ¿Es esa la palabra que buscabas?

—Más o menos. Papá, yo no sé si deberíamos decírselo a la familia. Ni a nadie.

—Haremos lo que tú quieras que hagamos. Lo que sí necesito que me expliques es el por qué, hijo. ¿Por qué no quieres contarlo? Que te gusten los niños es tan hermoso como que no te gusten.

—Por los primos y los niños del colegio. Ya se meten con mi pelo y...

—¿QUIÉN SE HA METIDO CON TU PELO? —Carraspeo mi garganta, —¿quién se ha metido con tu pelo?

—Primo Sebastian.

—Pero si no compartís clase.

—En el recreo.

—Mírame a los ojos pequeño, mírame fijamente. ¿Precisamente tu primo Sebastian?

—Dice que me ha lamido una vaca.

—¡LA GOMINA ES CIEN POR CIEN NATURAL Y...! Lo siento por gritar, hijo. Él, él, precisamente él no debería meterse con tu pelo. ¿Sabes que se recoge el pelo porque está muy, muy, muy, muy sucio? Puedes contestarle que al menos la vaca te lo limpia con su saliva, pero a él le tendría que lamer toda una manada de rinocerontes por la mierda que acumula dentro y...

Sacudo la cabeza porque estoy hablando demasiado en voz alta.

—Sigue, será divertido.

—No, Sebas, tus primos y tú sois como hermanos. Cuando los hombres de la familia nos vayamos muriendo tendréis que ser los líderes del clan Trumper. ¿Por eso te da vergüenza? ¿Por tu primo Sebastian?

—Temo que me hagan la vida imposible. A veces... a veces cuando me dejas internet yo leo cosas de los homosexuales y...

—Hijo, leer las experiencias de otros no puede influenciarte en tu vida. Si otros humanos tienen problemas no significa que tú los tendrás —he cotilleado como un buen padre todo lo que ha visitado en internet. Estaba preparado para su confesión, mi hijo se ha descubierto a sus once años y ahora tiene miedo hasta de respirar.

Yo haré que eso no suceda así. Él tiene que sentirse libre, feliz, radiante... si mi sobrino se mete con su pelo es algo que ha escuchado de mi hermano pequeño. Le mataré

a él, sí, él será el primer Trumper en estrenar el panteón familiar.

Jocelyn ha salido del ascensor. Sus tacones, sus brinquitos, sus ruiditos... ella entrará en mi despacho pisando fuerte, luego retendrá el aire, sonreirá, se sonrojará y si Sebas no estuviera aquí la doblaría sobre mi mesa y le saludaría como un buen marido debería saludar a su esposa.

Ha abierto la puerta, lo ha hecho.

Contiene el aliento.

Sonríe.

Se sonroja.

Y... y esta vez no soy el dueño de su mirada que regala abiertamente a nuestro hijo.

La muy... la muy... ella... ¡sabe que lo odio! ¿Se ha cambiado? Sí, por supuesto que ella lo ha hecho. Hoy he llevado a los niños al colegio y Jocelyn se ha quedado en casa repasando un suceso importante de su juicio. Ha sido mucho más inteligente que yo, mucho más Trumper. Claro, mi esposa no saldría a la calle con su batita de seda, ¡malditamente no!, ha elegido uno de esos vestidos blancos que odio, ¡odio porque no le cubre lo suficiente! ¡Jocelyn se ha dejado en el coche su chaqueta! ¡Porque habrá salido a la calle con chaqueta, ¿no?! ¡Dios, detesto ese vestido que moldea la figura de mi mujer! ¡Su figura esquelética! ¡Jocelyn adelgaza a diario y lo hace para que la nombren por sexto año consecutivo como 'la mujer fitness del año'! ¡Fitness! He intentado cerrar esa editorial pero los malditos se defienden con buenos abogados, todo en su revista es ¡malditamente legal!

—Sebas, ¿qué te ocurre, estás enfermo, te duele la garganta, te has caído?

Jocelyn cierra la puerta de un golpe por manía, porque nos encontramos en nuestra planta privada del edificio en el que ambos trabajamos. Ha olvidado su maletín en el suelo, ¡eso sí que no se le olvida, su chaqueta al parecer no piensa lo mismo!

Me ha estampado su trasero en la cara interponiéndose entre nosotros dos, se ha agachado y acaricia la cara de nuestro hijo que se emboba con su mami.

Aquí no tengo nada que hacer. Él la quiere más que a mí, lo sé, lo sé y lo siento dentro de mi corazón. ¡Pero que luego no me regañe si mis hijas me prefieren a mí! ¡Yo no le digo nada! Si me vuelve a atacar gritándome que Maggie es mi consentida y Jocelyn es mi hija favorita yo tendré un problema con mi esposa. ¡Un problema grave!

—Mamá, papá te está oliendo el pelo.

Ella se voltea para apartarse ligeramente de mí. ¿Le estaba oliendo el pelo? He cometido un pequeño desliz delante de nuestro hijo. Amo olerle el pelo, cae ondeado hasta sus pechos que siguen igual de enormes. Mantenemos en secreto su operación de pecho, ella se operó en uno de nuestros viajes sin niños y yo estuve cuidando de mi esposa las veinticuatro horas del día. Joce tomó una decisión, y yo como un buen marido la apoyé. Primero se deshizo de algunos kilos de grasa que le molestaban y en la segunda operación le insertaron prótesis mamarias.

A mí no me importaba realmente, a ella sí, después de amamantar a Maggie se

acomplejó y yo me limité a asentir cada vez que mi mujer abría la boca. Era hermosa cuando la conocí, es hermosa en la actualidad y seguirá siendo hermosa en el futuro. Yo prefiero las curvas, los kilos de más, la grasa que se acumula en los muslos para apretarlos mientras me deslizo dentro... pero mi Joce se convirtió en una perfeccionista con eso de ejercitarse y hacer dieta. Mi esposa lo llama alimentarse correctamente, yo lo llamo comida de pájaros.

Malditamente es la verdad.

—¿Qué te duele, mi amor? ¿Te llevo al médico? ¿Necesitas algo?

—Te escribí mensajes, reina. El niño me llamó desde el colegio mientras estaba reunido y luego llamó a su chofer que le recogió para traerle aquí. He hablado con su profesora. Tuve que salir de la reunión antes de tiempo y conduje hasta el despacho.

—Lo siento mi vida, lo siento tanto. El juicio ocupa gran parte de mi mañana.

—No pasa nada, mamá. Papá no tardó mucho en llegar.

—¿Estás enfermo?

—Joce, el niño está bien —ella se mueve para mirarnos a los dos.

—¿Te has agobiado con el examen de matemáticas?

—Ya lo he aprobado, la profesora lo ha corregido porque he sido el primero en dárselo. Y me ha dicho que tengo matrícula de honor.

—Eso es lo que te diferencia de tus primos, Sebas. Ellos están en otras clases porque tú eres mucho más inteligente que ellos.

—¡Sebas, no le digas eso al niño! Así no fomentas su capacidad de relacionarse. Si Sebas se cree superior a los demás sin ganárselo puede que...

—¡Es superior a los demás!

Y no discutiré con mi esposa sobre esto. Me levanto volviendo a mi sillón de rey porque lo soy, soy el maldito rey de la ciudad y mis hijos son los malditos principitos que tendrán todo aquello que deseen porque he trabajado duro por y para ellos. Por y para mi familia. Suena muy egocéntrico, ¡qué les jodan a mis hermanos, soy un Trumper y digo la verdad! Si ellos se meten de nuevo conmigo me rebajaré a sus niveles de mierda cuando hablamos de la honestidad con la que tratamos a nuestra familia que...

—No sé lo que le pasa, mamá. Será la primavera.

—Eh, ¿qué susurráis ahí?

—Que estás hablando en voz alta, querido. Luego tendremos una conversación, maldito rey.

Mi esposa e hijo sonrían, tienen la misma sonrisa que derrite mi corazón. Yo también les imito porque culpo a mis hermanos de mis constantes paranoias. Ellos piensan que soy inferior a su amor incondicional por sus familias, piensan que sencillamente soy inferior porque me dejo manipular por mi esposa y madre. ¡Madre! Ella también es la culpable. Luego la llamaré, le diré que no deseo verla en casa cargada de compras de ropa interior para mí, ni todos esos productos para el cuidado corporal.

—Cielo, tu padre se altera...

—Sí, lo sé, con esa cosa de la primavera —su madre sonrío mientras apoya su trasero en la misma silla donde me había sentado yo. Ahí debería estar, ahí deberíamos estar si nuestro hijo Sebas no estuviera en mi despacho. Yo sentado, mi mujer cabalgándome...

—¿Estás bien? ¿Llamo al pediatra?

—No mamá, también te he llamado a ti antes de venir para... huh... hablar con vosotros.

Inhalo aire purificado y lleno mis pulmones. Mi hijo Sebas lo está haciendo malditamente bien. Es tímido, a veces saca su carácter Trumper, pero es exactamente como mi esposa Jocelyn.

Ella me mira, yo le asiento para confirmarle que lo sé y ladea la cabeza a su hijo favorito. Acaricia en profundidad su rostro. Se ha quedado sin palabras porque no tiene la capacidad suficiente para expresarse como yo. Se siente orgullosa de nosotros, se siente feliz por la familia que hemos creado y se siente malditamente atractiva desde que es mía. ¡Mía!

Sebas posee la personalidad de Joce pero es tan guapo como yo. Es como verme con once años, lo que sucede es que ahora me siento inclusive más orgulloso de él que de mí a esa edad.

—Siento el retraso. Ya te hemos explicado que cuando papá y yo nos encerramos en los juicios o duran cinco minutos u horas.

Eso es cierto. Y es una mierda, una mierda con fecha de caducidad.

—Sebas —le animo. Ha erguido su espalda e intenta copiarse de mí levantando la cabeza. Como su padre, como un Trumper.

—Mamá, me... huh... a mí me gustan los chicos.

—¿Te gustan? Eso es maravilloso, mi amor.

—De verdad que quería esperar a que vinieras pero no has contestado a papá y...

—Cielo, no pasa nada si se lo has contado a él primero. Has pensado también en mí y me enorgullezco de ti —Sebas se sonroja como su maldita madre.

—Hablábamos de la importancia de haber compartido con nosotros sus sentimientos. Ha prometido que hará aquello que le haga feliz. ¿A qué sí?

—Los niños se meterán conmigo.

—¿Quiénes? —¿Mi esposa ha fruncido el ceño? —¿Quiénes se meten contigo?

—Primo Sebastian dice que una vaca me ha lamido el pelo.

—¡Es que lucís como si os lo hubiera lamido! —Mi hijo sonrío, yo no tanto. —No me mires así, Sebas. Te he dicho cientos de veces que tu madre cruza los límites. Esa gomina os está perjudicando el pelo y...

—A mí me gusta —¡ese es mi campeón!

—A mí también.

—No es cien por cien natural y soy una experta en leer etiquetas de...

—Hijo, tapate los oídos, tu madre volverá a mencionar la comida para pájaros.

Adoro meterme con ella, sacarle de su zona de confort para retarle y que se sonroje. Amo a mi esposa, no hay nada en ella que no ame con todo mi corazón.

—Muy agradecidos, los dos.

—¿Podemos ir a almorzar? Tengo hambre.

—Sí Sebas, siempre que tu madre no elija su restaurante de pájaros favorito.

—Rey, —¿ha malditamente levantado su dedo índice? —no me provoques porque sabes que puedo contigo.

—Estoy deseando que puedas conmigo, reina.

—¿Podemos irnos ya? Me muero de hambre.

—Sí, espera. Antes de almorzar juntos quería preguntarte si necesitas preguntarnos algo. ¿O ya has hablado todo con tu padre?

—Huh... ¿retomamos la conversación para cuando vengáis a revisar mis deberes?

La noche es perfecta, sus hermanas dormirán en sus habitaciones y Joce y yo estaremos ahí para él, por si tiene dudas o quiere hacernos alguna pregunta.

—Me muero de ganas, cielo. Pero ya sabes que no hace falta que llegue la noche para que puedas abrirnos tu corazón. Siempre nos tendrás, sea la hora que sea o el día que sea.

—Vale... —mi hijo se ha sonrojado de más. Sí, ya ha hablado bastante por el momento. El pobre parecía un animalito arrinconado cuando he entrado en el despacho, la seguridad que le vigila exclusivamente a él me ha dicho que no ha hecho nada que no fuese sentarse en la silla y ensayar algo que ha susurrado.

Jocelyn se entretiene abrazando a su hijo mientras besa su cabeza. Mi hijo Sebas pretende ser un Trumper y nunca lo logra, es demasiado sensible y se deja mimar por su madre y por las mujeres Trumper de la familia.

Compruebo que las llaves, la cartera y el móvil familiar están dentro de los bolsillos de mi chaqueta. Veo a mi esposa e hijo salir abrazados del despacho, ella ha cogido su maletín y la muy despistada...

—Reina.

—¿Sí?

—¿Te has olvidado la americana de tu vestido en el coche o en casa?

—Sebas, está en mi coche. Las temperaturas todavía no son tan altas por las mañanas.

—¿Y si no son tan altas por qué sales a la calle así? Eh, tranquila Señora Trumper, es una pregunta.

Mi hijo se ha adelantado, está apretando su dedo índice sobre el lector de huellas dactilar de nuestro ascensor privado. Eché a su seguridad personal cuando me ocupé de mi hijo, no hay nadie en esta planta excepto nosotros tres.

Mi esposa me está hablando, seguramente echándome la bronca porque siempre digo algo sobre su vestimenta. Yo no le estoy prestando atención, mis ojos han bajado directamente a sus tetas. ¡Son enormes! ¿Puede cargar con esas? Además, nunca puedo ser del todo sincero, pero he de reconocer que su trasero ha crecido bastante. ¿Ha cambiado de entrenadora personal? Porque no es habitual en ella excederse concretamente en esa parte de su cuerpo y...

—¡Sebas! No estás escuchándome.

—Reina, lo estaba, ¿a qué sí, hijo? —Que se ponga de mi parte, que se ponga de mi parte.

—Papá, le estabas mirando las tetas.

—¡SEBAS!

—Jocelyn yo no... yo no... ¡malditamente hijo! ¿Cómo dices esa mentira sobre mí? —Le hago reír a carcajadas, necesitaba verle así.

—Ya hablaremos sobre esto, cada día te pareces más a tu hermano Sebastian.

Ese susurro ha sido bastante amenazador. La muy Trumper ha sonreído y se contonea en apenas unos pasos hasta llegar a nuestro hijo. El niño volverá al colegio, el niño volverá y yo le daré a mi esposa su merecido.

—Está sonando un teléfono —le había quitado el volumen al del trabajo. El familiar está vibrándome en el bolsillo desde hace cinco minutos.

—Esperadme, no bajéis sin mí. Sé quién es y no tardaré.

Ambos asienten mientras regreso a mi despacho, descuelgo el teléfono y estaba dispuesto a gritarle pero no quiero que mi esposa e hijo oigan cómo me convierto en un

Trumper.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba ocupado con mi hijo. Ahora salgo a almorzar con él, y con Jocelyn.

—¿NO HAS MOVIDO UN PUTO DEDO POR MI? ¡ESE FABIÁN ESTÁ MIRANDO A MI ESPOSA COMO SI LE PERTENECIERA!

—Sebastian, lo aniquilaremos después de comer, ahora me esperan.

—Es soltero, sin cargos, trabaja a tiempo parcial en una empresa de cosméticos y el muy hijo de puta es el típico que se metería en el club de Nueva York.

—¿A qué viene tanta alteración? El club ya no te pertenece, y hombres como esos los hay por toda la ciudad. Siempre al acecho para hacernos daño. ¡Acabará con todos, te lo prometo!

—Más te vale.

—Aham.

—Oye idiota, una última pregunta, no te ofendas. ¿Sabes si Joce pasa por esa cosa de las mujeres? Eso de la menopausia.

—¡Te arrancaré la cabeza, Trumper! ¡Te cortaré en pedazos!

—¡ES UNA JODIDA PREGUNTA SERIA!

—¡AQUÍ TIENES UNA MALDITA RESPUESTA SERIA! ¡QUÉ TE JODAN!

He colgado. He colgado a mi hermano pequeño porque ya no le amo. Lleva toda su vida metiéndose conmigo, pegándome, provocándome, distrayéndome, presionándome... Él quiere algo y tiene que obtenerlo al instante, ¡tengo una familia! Si tiene problemas con el tal Fabián que me deje en paz, ¡le ayudaré cuando me salga de los huevos!

Ya tengo algunas canas, ya las tengo, ¡¿CÓMO NO ME VAN A SALIR?! Me paso todo el maldito día pendiente de mi familia y cargando con las llamadas de mi hermano Sebastian, y de madre. ¡Porque madre es otra que me provoca!

—¿Papi, vienes? Mamá ha dicho que podemos comernos una pizza.

—He terminado la llamada, tu tío Sebastian quería...

—Cosas de trabajo, ¿no?

—Sí, —apoyo mi mano sobre su hombro y caminamos juntos hasta el ascensor donde nos espera Jocelyn, —no preguntes, reina, es tu cuñado.

—¿Qué quería Sebastian?

—Comentarme algo que luego te contaré.

—No te enfades, papá. No permitas que tito Sebastian juegue contigo.

El niño nos sonrío colocándose en la esquina del ascensor. Mi mujer suelta una carcajada y yo también me uno a ella.

Nadie me conoce mejor que mi familia, la mía, la que he formado con mi esposa

Jocelyn. Si los cuatro supieran que nuestras vidas están a punto de cambiar a mejor ellos me querrían un millón de veces más, y yo dormiría cada noche más satisfecho por todo el amor que me otorgan.

Capítulo 6

BABY

BASTIAN

Espero impaciente la llegada de mi hija Dulce Bebé, ella tiene una hora libre de estudio y me ha elegido a mí, ¡a mí! Llevo una mano a mi corazón para cerciorarme que todavía late, sí, todavía me está latiendo a pesar de que no puedo vacilar delante de nadie que mi hija mayor ha preferido pasar su hora libre conmigo, ¡con su padre!

Mi esposa Nancy está reunida en otro edificio que nos pertenece, está ultimando todos los detalles de su nueva colección. Más tarde iré a por ella, la pobre no sabe conducir, y revisaré los vestidos que sacaré para otoño.

Mientras tanto, cuento los minutos que tarda ese dichoso ascensor en traer a mi niña, a mi niña pequeña que sigue siendo pequeña ¡aunque mi familia diga lo contrario! Es mi Dulce Bebé, mía, solamente mía y para mí. Cuando he recibido la llamada de su seguridad me he alarmado y casi me había imaginado tumbado en la cama esperando la visita del doctor para confirmarme lo que supondría; un infarto. Pero segundos después mi hija, mi Dulce Bebé me estaba llamando y diciendo que había localizado a su chofer y que necesitaba verme. ¡A MÍ! ¡Me necesitaba sólo a mí! ¡A MÍ!

Siete segundos. Siete segundos y las puertas se abrirán. Ella no querrá... puede que... no, no, ella no querrá que me lance contra su cuerpo, la suba en mi hombro y la ponga a salvo en mi despacho donde yo pueda protegerle de los agentes infecciosos que puedan albergarse aquí. Ella lo verá de una manera muy distinta porque cuando yo hablo de protección, mi familia habla de obsesión compulsiva con todo aquello que hay alrededor de los míos. Mi mujer y mis hijos. No es mi culpa, no lo es, me declaro inocente... pretendo que no anden si puedo cargar con ellos y que no hagan nada porque aquí está su padre que trabaja por todos. ¡Por todos! Mi esposa... ella no piensa como yo, una verdadera lástima.

—Papá, hola.

Cierro los ojos, los aprieto y suelto el aire infectado de soledad de mis pulmones. Mi hija se ha plantado delante de mí, ¿HA CRECIDO?! ¿HA CRECIDO DESDE ESTA MAÑANA? Dulce Bebé, mi Dulce Bebé está sonriéndome, esperándome, ha... ha elegido la compañía de su padre ante cualquier otra compañía. ¡QUÉ SE JODA LA PUTA HUMANIDAD! ¡MI HIJA ME AMA!

—¿Papá, estás bien?

—Ahora sí.

He pasado trece largos minutos agonizando en lo alto de mi edificio, he salido a la azotea por si veía el coche de su chofer pero no veo una mierda de lejos sin mis gafas. Me sentía fatal porque mi hija no me ha dado la oportunidad de decirle que yo mismo conduciría hasta ella si es lo que quería, verme solamente a mí. Dulce Bebé ya había salido afuera, su coche le esperaba y a mí me ha tocado sufrir como cada puto día desde que conozco a mi esposa.

—¿Entramos en tu despacho?

—Por favor.

¿Por favor? ¿POR FAVOR? ¡Eso es lo que digo cuando trato con mis suegros! ¡Ellos son los únicos en mi familia que se merecen respeto porque mis padres y hermanos son totalmente diferentes a ellos! ¡No son educados, acosan, llaman todo el tiempo, despotrican por sus bocas y me ponen nervioso! ¡TODOS ME PONEN NERVIOSO! Menos mi familia, mi familia significa el Universo para mí. ¡ES MÍA, MÍ FAMILIA!

Miro a Dulce Bebé por la espalda. Ella me ha adelantado, cuando ha rozado su brazo con el mío he querido morirme, quizá permitir que mis rodillas se doblen y mi cuerpo flaquee. Ella tiene el pelo realmente largo, un problema y al mismo tiempo una ventaja; ¿problema?, que es la más guapa de todas las niñas de su edad, de todas, ¿ventaja?, que puede cubrir gran parte de su cuerpo. Huele a pureza, a flores, a ¡propiedad privada de su padre! Mi hija mayor es físicamente una copia de su madre, Nancy es la mujer más hermosa del mundo, por lo tanto, mi hija ha heredado todo de ella. De mis tres mujeres, Dulce Bebé es la que mejor se viste ya que le gusta llevar pantalones de pinza y camisa blanca, algunas veces elige un collar y otras un cinturón para cambiar... pero la mayoría de los días mi hija luce como una universitaria.

Dejo caer mi cuerpo en mi sillón, como ha querido. Imaginar a Dulce Bebé estudiando en la universidad me ha restado veinte años de vida. El día que... el día que empaquete cada una de sus cosas y se las lleve a una residencia estudiantil moriré. ¡ESE DÍA DESAPARECERÉ! No y no, yo no tendré fuerzas para verla crecer lejos de mí... La obsoleta de su madre me convencerá de que nuestra hija necesita hacer su vida en solitario y yo... yo no... no puedo.

—¿Papá, estás bien?

Lo que le salva a mi hija es su estatura. Al ser tan baja como su madre me da opciones a mí como padre; puedo idear en mi cabeza una historia paralela a la real en la que Dulce Bebé se ha quedado estancada en sus diez años. Sí, mi hija tiene diez años y no ¡CASI QUINCE! Quince es el número odiado por todo padre con dos ¡putos dedos de luces! Los quince años son lo peor que le puede ocurrir a un padre. Trato de no enloquecer cuando sale con sus amigas al cine, a la heladería o de compras... vale, no enloquezco porque no se aleja de las instalaciones Trumper y yo vacío el centro comercial para mi niña... pero los quince también me traen problemas que no estoy... no... no aceptaré... mi hija con chicos no lo aceptaré. ¡NUNCA!

—¿Llamo a mamá?

—No mi amor, no. Estoy... estoy bien.

—¿Te duele el corazón, sufres un infarto? Ya sabes lo que nos dijo el médico, tienes que calmarte. Papá, tienes que calmarte. ¿Es porque no has venido a por mí? ¿Ha hecho algo malo el niño? ¿Te ha llamado Nadine para exigirte que le lleves a la semana de la moda de París? Papá.

—Siéntate.

Hazlo en el sofá, cerca de mí. Hazlo antes de que me imagine a tu hermana desfilando en ropa interior ante la mirada OBSCENA de hombres. ¡Mi hija no será una modelo! Creo que no viviré lo suficiente como para verlo, no llegaré con vida como sigan

creciendo, alejándose de mí y haciendo esas cosas de independencia no-necesito-a-papá-nunca-más adolescente. ¿POR QUÉ CRECEN, POR QUÉ CRECEN MIS HIJOS?

—Me restan cincuenta minutos para hablar contigo.

¿Hablar? ¡Mi hija quiere hablar conmigo! ¿Es que no hay nadie aquí que presencie esto? ¿Alucino o es verdad que Dulce Bebé me haya elegido a mí?

—¿Ocurre algo, tienes problemas con tus tarjetas de crédito, quieres encerrarte en casa? Dime, dime hija porque me estás quitando la vida.

—Papá, no seas un dramático, —¡ELLA HA SONREIDO, HA SONREIDO! ¿Nadie está viendo lo mismo que yo? ¡Una sonrisa exclusivamente para mí porque es mía, mía! —He estado pensando en algo durante un tiempo...

¡UN CHICO! ¡ES UN CHICO! ¡ESTOY CONVENCIDO DE QUE ES UN CHICO!

Me hundo en el sillón de cuero que tengo en mi despacho. Un regalo de madre, un regalo que desearía tirar por la ventana porque mi hija quiere hablar de un chico. ¡Necesito a Nancy! Necesito a mi esposa. Mi hija me confesará algo y yo iré directo a un hospital. Si ha estado pensando es que ha meditado lo que quiere soltar por su boca, ¡boca que jamás en su vida será besada por chicos!

¡Mi hija está sufriendo esa edad! ¡Mi hija pasa por una etapa que me enterrará! Hace unos años hice una apuesta con mi hermano Sebas, apostamos que nuestro hermano Sebastian sería el primero en morir, ¡como las tetas de su mujer sigan creciendo él morirá primero!, pero me temo que... que... que los dos nos equivocamos porque el primero en morir seré yo cuando vea a mi Dulce Bebé salir con ¡UN DESGRACIADO!, que se crea con derecho a tocarla. ¡Moriré! Cedí cuando las mujeres Trumper se pusieron en nuestra contra para no hacer femenino el instituto, le di la razón a mi esposa cuando me echó una charla sobre mis hijas necesitando la compañía con moderación de chicos en sus grupos de amigos y también asentí sin abrir la boca el día que mis hijas trajeron a todos sus amigos, ¡incluidos chicos!, a casa a jugar.

Jugar. Sí, jugar. Jugar bajo mi supervisión. Tienen hinchables gigantes, un par de parques acuáticos en el jardín, la sala de recreativos, la bolera... nuestra casa se invade de críos que se divierten con mis hijos. Atraviesan una edad complicada en la que no quieren estar con Nancy y conmigo, y no me queda otra que comprarles lo que deseen para que no se alejen de nosotros, de mí.

—¿Has oído una miserable palabra de la que he dicho, papá?

—Lo siento mi amor. Lo siento. Me recuperaba.

—¿Recuperarte de qué? ¿Te ha vuelto a llamar tito Sebastian? No le cojas la llamada.

Tiene razón, mi hija de casi quince años tiene razón. Mi hermano pequeño ama verme así, perdido y sufriendo ataques de corazón. ¡Lo mataré! ¡Me enferma! ¡Él, mi esposa fuera de casa, mis hijas creciendo, mi hijo no necesítandome, mi madre siendo madre, mi padre siendo padre, mis hermanos, mis cuñadas, mis sobrinos! ¡TODO ESO ME ENFERMA!

—¿Quieres hablar también con tu madre o solamente conmigo? —Quiero recuperar todo lo que pueda de mi ego, es necesario ver cómo se mueven sus labios cuando solamente me elija a mí.

—Mamá me apoyará.

—Dulce Bebé, eso me ha dolido, —¡me ha hundido! —¿por qué crees que yo no lo haré?

—Porque eres papá, duh. Eres... pues... eres papá. No necesito explicarte más, ¿o sí?

¿QUÉ MIERDA HA SIDO ESE DUH? ¿DE QUIÉN LO HA APRENDIDO? ¿HA SIDO ESE HIJO DE PUTA DE NATHAN? ¿EL RUBIO DE SU CLASE QUE SE SIENTA JUNTO A MI HIJA?

¿SE CREE QUE NO LOS OBSERVO? ¡LO SÉ ABSOLUTAMENTE TODO!

Esa palabra es una atracción segura para los chicos. Duh. Duh. DUH.

Necesito a mi esposa, necesito a mi esposa o yo me muero.

—Repítemelo de nuevo, hija. Tu padre se hace viejo y...

—¿Otra vez con el trauma de tu edad? Bueno, no entraré en eso. Sabes que para mí serás el mejor padre del mundo porque me apoyarás en todas mis decisiones, ¿a qué sí?

—Siempre te apoyaré, hija. No tengas dudas al respecto.

—Por eso he decidido que voy a cambiarme el nombre.

¿QUÉ?

—No, lo siento Dulce Bebé pero tu madre y yo estaremos de acuerdo en que...

—¡Papá, ni siquiera has oído mis alegatos!

—Tu. Nombre. No. Se. Toca.

—No me gusta llamarme Dulce Bebé, se meten conmigo.

—¡Te han elegido por cuarto año consecutivo ‘adolescente del año’ y es precisamente por tu nombre, porque destacas entre todas las niñas del mundo!

¡Sebas tiene serios problemas con cerrar editoriales y es imposible no poder evitar ciertos nombramientos! Las mujeres de la familia se vuelven locas cuando son nombradas ‘mujeres del año’, nosotros no tanto. Pero desde hace cuatro años la prensa amarilla va detrás de Dulce Bebé y aunque ella no muestra interés en su fama, mi hija Nadine sí. Hasta me obliga a acompañarla a galas en Los Angeles, ama posar delante de las cámaras y ella ha ganado varios premios por ser como es.

¡Pero esa no es la cuestión! ¡El nombre no se toca!

—Dulce Bebé, yo...

—¡Llámame Baby! Es mi nuevo nombre a partir de ahora.

—¿Baby? ¿BABY? ¿Qué eres, una puta stripper que se restriega contra un palo de plata?

—¡Bastian Trumper!

Nancy acaba de entrar en mi despacho. Nos ha pillado por sorpresa. Estaba tan cegado en mi hija que ni siquiera he oído el ascensor. Ella deja sus cosas en la silla mientras me amenaza con los mismos ojos que me amenaza mi hija mayor.

Mi esposa sigue siendo igual de bondadosa, humilde, sonriente, dulce, descarada, fresca y buena mujer. No he hecho nada mejor en todos estos años que conocerla, conquistarla, cagarla, recuperarla, atarla a mí y hacerle cada día más feliz. Nancy es una mujer Trumper muy valiente, ha superado un aborto importante que me destrozó y ha liderado nuestra familia cuando yo era una mierda de hombre. Es la mejor persona que he conocido, conozco y conoceré. La señora es mi compañera de batalla, la única que sabe toda la mierda que he hecho en el pasado y la única que tiene mi corazón en sus manos, mi alma. Soy completamente suyo, puede hacer conmigo lo que más desee porque le pertenezco, siempre le perteneceré.

Su físico me está siendo un problema, ¿qué no me es un problema cuando convivo con mi esposa e hijas? Ellas son un poco frescas cuando hablamos de vestimenta, pero si todavía puedo imponer mi autoridad con mis hijas... con ella no puedo. Contra ella no puedo luchar porque es una Trumper, una buena Trumper. No se ha cortado su cabello desde hace años que acudió a los salones de belleza 'Rachel Trumper', las puntas rozan su trasero y lo mantiene en cascada desde la mitad de su cara hasta su cintura. Es la esposa con la que siempre soñé. Sus ojos siguen igual de redondos que me miran solamente a mí, ella no tiene arrugas y mantiene su peso delgaducho en los gimnasios 'Bastian Trumper'. Pero lo que más me gusta cuando hace deporte es que ella me espera a mí y lo hacemos juntos, solos, en casa, en nuestro gimnasio, cuando los niños están en el colegio, cuando nadie nos oye y podemos gemir en alto y...

La Señora Trumper me enterrará. Se ha vestido decentemente para la reunión, menos mal, porque no la hubiera dejado salir de casa si hubiera elegido un vestido apretado y corto para una charla en la sala de reuniones. Me hubiera inventado algo para hacerla cambiar de idea, al fin y al cabo soy su marido, sé cómo hacerlo para moderar sus aires de mujer fresca. ¡La primavera es un problema en mi casa cuando mis hijas y esposa quieren vestirse sin ropa!

—Bastian, ¿por qué le dices eso a la niña?

—He venido a contarle mis problemas y no ha servido para nada, ¡para nada!

—Dulce Bebé, —le levanto el dedo índice porque dicen que funciona —no manipules lo que acaba de suceder. Tu hija ha venido a decirme que quiere cambiarse de nombre, al parecer, le gusta más Baby.

—¿Baby? —Eso es, mi esposa se acerca más a mí que a ella. Significa que me apoya, hoy debo de ser el hombre más afortunado del mundo.

—Sí, Baby, tampoco es tan malo. Tengo un trauma con mi nombre.

—¡Es el más hermoso que hayamos podido elegir tu padre y yo, Dulce Bebé!

—Suena mal, mamá. Mal. Lo detesto. Necesito que me firméis unos documentos para que pueda llevarlos al juzgado y...

—Nena, esto se nos escapa de las manos —le susurro a mi esposa que se ha sentado justo como amo; en mi pierna.

Mi hija, en cambio, ha sacado los folios de su carpeta forrada con los actores juveniles del momento. ¡Esos no tienen nada que hacer con mi niña! Aunque se digan tonterías por las redes sociales no tendrán oportunidad de conocerla, ¡no mientras esté bajo mi techo o los del país!

—¿Te has informado al respecto?

—Sí, mirad, es un consentimiento de... ¿ni siquiera vais a leerlos? —La niña nos había extendido una carpeta y nosotros la hemos ignorado. Se ha quedado con ella en sus manos.

—Dulce Bebé noso...

—Baby, llamadme Baby.

—Tu padre y yo te apoyaremos, si decides cambiarte el nombre te apoyaremos porque te queremos ver feliz, —Nancy, ¿qué estás haciendo? —pero si quieres llamarte Baby estoy segura que cambiarás lo mejor de nuestra vida. Desafortunadamente, por un pequeño malentendido, el día que supe que tú crecías en mis entrañas estaba muy enfadada con tu padre. Él y yo no nos hablábamos, estuvimos separados durante un tiempo y pensaba que habíamos roto para siempre. Que jamás volveríamos a estar juntos. Tenerte en mi vientre fue lo único que me daba fuerzas para seguir adelante, tú eras la única razón de mi existencia, la que me levantaba de la cama y me arrodillaba en el inodoro porque me hacías vomitar. Sin ti yo jamás me hubiera atrevido a... a enfrentarme a tu padre y contárselo. Esas semanas me marcaron, y aunque no lo entiendas, el día que seas madre lo harás. Eras, eres y serás mi Dulce Bebé, tengas quince, veinte u ochenta años. Ahora si me disculpáis, necesito ir al aseo. Y no, si te preguntas si los firmaré no contéis conmigo para ello; acude a tus tíos Sebas y Jocelyn, te lo cambiarán enseguida en el juzgado.

Nancy abandona el despacho dejándonos a ambos muertos de miedo. Ha entrado en una profundidad intocable. A veces recordamos nuestro pasado, sobre todo cuando me convierto en un paranoico con mi edad y ella me recuerda lo felices que éramos en nuestros inicios. Jamás ha hablado de ciertas cosas, ni siquiera en navidades cuando nos sentamos los cinco alrededor del árbol principal y abrimos nuestros corazones. Siempre solemos dejar a los niños que hablen, los dos nos acurrucamos con una copa de vino en mano y nuestros hijos hablan... nunca lo hemos hecho nosotros, todavía no, esperamos a que sean mayores para contarles cómo nos conocimos y cómo empezó nuestra relación.

—¿Y nadie piensa en mí?

—Dulce Bebé, llevamos pensando en ti desde que te hicimos. ¿Por qué no piensas tú en tu madre? ¿Es que no te das cuenta que has herido sus sentimientos?

—Pero es que no...no me gusta, papá.

—Tú no eres así, —se me está escapando algo —¿qué te ha pasado?

—Nada, no quiero hablar de ello.

—Si no quieres hablar de ello es que hay algo de lo que hablar, ¿no?

—Tengo que regresar a clase.

—Dulce Bebé.

—Papá, no —en cuanto veo una lágrima rozar el rostro de mi hija salto de mi sillón y me arrodillo ante ella. Ver a mis hijas llorar me hunde, me pongo nervioso y no sé qué hacer. Sufro cuando sangran todos los meses, Dulce Bebé no tiene ni idea de cuánto me preocupa que crezca siendo feliz y ajena a todo el dolor que ni siquiera yo puedo remediar. ¡Buscaré una médica y la operarán! ¡Mi hija no sangrará más! Todavía no le toca, le faltan dos semanas, exactamente diez días para su siguiente menstruación. ¿Y si está ovulando? Leí en un libro dedicado a los padres con hijas adolescentes que también ovulan días después de la retirada de su menstruación.

Esta niña me va a matar, ¡me va a matar! ¡A la mierda la apuesta con mi hermano, que él apueste con Sebastian porque yo me muero, me muero!

—¿A qué viene ese cambio drástico con respecto a tu nombre?

—Una ex amiga dijo que mi nombre no era un nombre, y que era un objeto como si me llamara mesa, silla o armario.

¡Esa tal Lincy ha sido expulsada de su instituto! Mi hija ha tenido problemas con la niña y yo la he protegido como un buen padre. Luego mi esposa me comentó que la madre de la cría ha babeado conmigo y no he dudado en alejarlas. ¿Cómo sabe que flirtea? Yo solamente tengo ojos para mi esposa, soy un hombre honrado que no mira a otras mujeres. ¡Vomitaría!

—Cariño, tu nombre es original. Mamá y yo lo elegimos orgullosos porque eras, eres y serás nuestra Dulce Bebé.

—La he decepcionado.

—No cielo, se ha sentido mal al igual que yo cuando has soltado eso. ¿Te gustaría que tus hijos se cambiaran de nombre? —¡Ella no tendrá hijos, no tendrá sexo con hombres! ¡Ninguno tocará a mi niña!

—Me hicieron creer que... que no valgo nada.

—¿Por qué, por qué te dejas avasallar por Lincy?

—¿Cómo sabes que ha sido Lincy?

—Porque me preocupo por ti y porque sé quién te hace daño y quién no.

—Mamá también lo supo. Se mudó a otra ciudad, por eso no somos amigas, ella se fue y no nos hablamos.

—Entonces, ¿por qué mantienes sus palabras en tu mente? No permitas que nada ni nadie te atormente. Hoy has hecho una cosa hermosa, Dulce Bebé, acudir a mí para contarme lo que te sucede me ha alegrado el día.

—He acudido a ti primero porque eres el más difícil de convencer... —Se ha detenido el tiempo, el mundo ha dejado de girar... Ella ha sonreído, estirado sus brazos apoyándolos en mis hombros y ha... ha besado mi frente. Mi hija me ha besado, ¡a mí! ¡A

SU PADRE! —Gracias.

—Me parece que tu padre no se recuperará de esta.

Oigo a lo lejos la voz de mi mujer, me han ayudado a sentarme en el sofá. Mi hija, mi hija me ha dado un beso, ¿desde cuándo no me daba un beso? ¿Dos, tres, cuatro semanas? Ya es lo de menos porque mi Dulce Bebé me ha dado un beso. ¡Un beso!

—Mamá, perdona que...

—Me he puesto un poco dramática, es lo que tiene vivir con tu padre.

—Aunque... aunque ya no me hable con Lincy tengo dudas con mi nombre. Yo... no... es que...

—Tesoro, estoy convencida que cuando tu padre y yo te contemos nuestra historia amarás tu nombre más que a tu propia vida. Porque tú representas nuestro matrimonio, nuestro amor, la familia que hemos construido. El nombre no tendría significado si tú no estuvieras aquí con nosotros. Es una larga historia y cuando llegue el momento lo descubrirás. Vete a clase, ¿quieres que te acompañe al coche? He visto al chofer aparcado en tu plaza del parking.

Mi hija mira el reloj, coge sus cosas y se marcha seguida por su madre.

¿Hola? Ambas me abandonan en el olvido. He puesto una mano en el corazón porque no creo que esté latiendo. Siento que mi cuerpo se ha paralizado, me muero, me estoy muriendo.

Gracias al ruido de los tacones de mi esposa recupero el aliento, incluso disimulo que me encuentro bien después del beso que me ha dado Dulce Bebé. ¡Un beso, me ha dado un beso!

—Adolescencia —susurra mi mujer acercándose, encorva su hermoso cuerpo y me mira directamente a los ojos. —Hola Señor Trumper, le he echado de menos.

Aprieta sus labios contra los míos que se mueven por instituto. La mano que apretaba mi pecho izquierdo resbala hacia abajo y me dejo hipnotizar por la mujer de mi vida. El beso no ha durado una mierda, ¡quiero más, necesito más!, pero... ¡Dios!... Nancy se ha subido encima de mí como si quisiera cabalgarme, ¡tengo una erección, que empiece la fiesta! Sus piernas dobladas a cada lado de mi cuerpo, su pecho presionando el mío, mis manos en sus caderas... ¡quiero acostarme con mi esposa!

—¿Te has asegurado de que la niña se ha montado en ese ascensor?

—Sí, no ha querido que la acompañara —no estoy atendiendo a mi esposa, sus tetas y su cuerpo me es más importante ahora mismo. ¡Qué me jodan! ¡Qué me jodan bien jodido! Nancy me pone cachondo las veinticuatro horas del día.

—Bien, porque solamente ese ascensor puede interrumpirnos y nuestros hijos no estarían por la labor de poner sus huellas dactilares en el lector de huellas porque están estudiando.

Sueno como un perverso. ¿Cómo no desear a la mujer que me da besos cortos y acaricia mi pecho?

Oh. Oh. Oh.

¡Joder, tiene esa mirada...! ¡ESA MIRADA!

Ella quiere hablar. No estábamos pensando lo mismo. Siempre que me sonrío, acaricia mi pecho y muerde su labio me envía esos mensajes que me han costado años descifrar. Mi esposa es una provocadora nata, una mujer fresca y descarada que pretende matarme utilizando su más preciada sensualidad.

—¿Tiene algo que decirme, Señora Trumper?

—¿Hay alguien trabajando en la planta?

—No, solamente estamos tú y yo. No hay nadie ocupando tu despacho, ni seguridad, ni el conserje, ni el encargado de la limpieza... He estado solo desde que te has ido a la reunión, que por cierto, ¿cómo te ha ido?

—Bien, tenemos fecha para lanzar la colección de gala. Aprovechando que tenemos unas fiestas a las que... Oh Bastian, no pongas esa cara.

—Es que no me gusta asistir a fiestas. Hay hombres, hombres que te miran... además, la niña querrá venir con nosotros y...

—Dulce Bebé odia las fiestas como tú.

—Hablabas de Nadine, ella se enganchará a nosotros, se inventará algo para saltarse todas las vallas de seguridad y se colará en la fiesta.

—O le pondrá ojitos a su papá y papá le dirá que sí, como siempre pasa.

—Pero crecerá, crecerá y tendrá que vestirse con esos vestidos de gala que llevas tú.

—La nueva colección es preciosa, te encantará.

—Estoy convencido, —le aprieto el trasero y ella se muestra reacia porque sabe muy bien que haremos el amor como siga apretándole —aunque tengo que revisar los...

—¡No, prohibido! No revisarás los escotes, no revisarás nada porque la colección ya está terminada.

—Eso no es problema para mí, nena. Me colaré en 'Almacenes Nancy Trumper' y yo los veré. Ni siquiera tus trabajadores podrán apartarme de esos vestidos.

—Como te metas en mi trabajo te juro que...

—¿QUÉ? —Le he robado un beso y he mordido su labio.

—Me pondré un vestido muy, muy, muy corto para la reunión de la próxima semana. Es más, le diré a muchos hombres que acudan a mi llamada para... ¡BASTIAN, BASTIAN NO!

¡Mi esposa me ha obligado a voltearla en nuestro sofá! ¿Dónde está la cremallera? ¿Qué clase de ropa moderna usa mi Nancy? Ha ganado, mi esposa ha ganado por esta vez volteándose de nuevo mientras tira de mi corbata y se pega a mí.

—Siempre serás mío Señor Trumper. Aprovechando tu buen humor, y si te has olvidado de tu buen humor te recuerdo que Dulce Bebé te ha besado en la frente, quiero

decirte que...

—¿Sí? —Algo pasa, algo le pasa a mi mujer.

—Tenemos que hablar.

Tenemos. Que. Hablar.

Esas tres palabras las tenemos tatuadas mi hijo, mi padre, mis hermanos, mis sobrinos... y la mitad de la humanidad. La otra mitad es mucho más inteligente y prevé cuando una mujer quiere sentenciarte a muerte pronunciando tres palabras. Tenemos que hablar.

Tiemblo. Hace frío. Hace calor. Quiero saltar por la ventana. Necesito respirar. Nancy me está matando.

Rememoro rápidamente lo que haya podido decir o las acciones que haya podido hacer.

¡En todas ellas me veo culpable! No sé por qué pero ya siento que tengo que disculparme.

Nancy se ha levantado del sofá, me ha abandonado para verter agua en su vaso favorito y yo me he quedado aquí, sentado y tragando saliva mientras repaso lo que haya podido afectarle.

—Bastian, cambia esa cara, no es... no es nada malo.

—Ha sonado mal, nena.

—Quizá... quizá es importante y no deberíamos hablarlo en el despacho.

—Este edificio se compone de setenta y cinco plantas, todas ellas nos pertenecen. Las tres últimas están vacías y solamente pueden acceder a nosotros si apretamos el botón que tenemos debajo de nuestras mesas. Nadie aparecerá, tenemos la certeza asegurada de que estaremos bien hablando de aquello que te preocupa.

—No... no me... no me preocupa nada.

—Siéntate aquí, —golpeo el espacio vacío que hay a mi lado. Ella ha negado, también ha tragado saliva. —¿Qué te pasa, Nancy?

¡Estoy en serios problemas! ¡No veía así a mi mujer desde... desde... no me acuerdo, ella me vuelve loco y pierdo todo sentido humano! Mi esposa ha dejado el vaso de agua en la mesa y se ha sentado en el sillón, ha vuelto a levantarse y ahora medita en silencio.

¡Cómo alguien le haya hecho daño le mataré! ¡Le mataré con mis propias manos!

—¿Hablamos en casa?

—Como quieras —sonríe a mi esposa porque creo que lo necesita, y tengo esa sensación de que he empeorado las cosas.

—¿No tienes curiosidad por saber qué quiero decirte?

—Me matas por dentro, pero he aprendido a saber esperarte. Y eso haré. Darte el

tiempo y el espacio que necesites para que me cuentes lo que te perturba. No iré a tus almacenes para la revisión de tus trajes, bromeaba.

—Lo sé, mi neandertal. Es que llevo tiempo pensando en algo que dudo de... ¿Bastian?

—Sigo aquí.

—Gesticula al menos. Me asustas cuando te quedas ahí todo inerte.

¡Es que estoy muerto! ¡Y permaneceré muerto hasta que mi esposa me reanime!

—Nena, piensas demasiado como Dulce Bebé.

—Sí, me gusta meditar los temas importantes que... que podrían cambiar nuestro hábito de vida.

—¿Hábito de vida? ¿Finalmente aceptarás mi propuesta de marcharnos todos a vivir a las islas?

—No, no todavía. Nuestros hijos son pequeños y necesitan... ¡no hagas eso! ¡No mires a mis pechos!

—Es que son grandes.

—¡Son pequeños! Debí operarme como Jocelyn, ¿por qué se empeña en ocultarlo? Yo no lo haría, si me operara yo... ¿Bastian?

—Nancy.

—¿Lo suelto?

—Aham.

—¿Y si te da un infarto?

—Los de la ambulancia tendrían problemas en acceder a esta planta.

—Bastian no...

—Nena, suéltalo, así, sin más. Dulce Bebé es más valiente que tú. Ella lo ha soltado y yo he estado ahí para hablar con ella. ¿Qué te hace pensar que no sucederá lo mismo contigo?

—Quiero tener otro hijo.

—Serías la excepción, sí, —me levanto negando y vierto un dedo de alcohol en mi vaso. Me lo regaló mi padre cuando se fue de viaje con madre. Nos regaló uno a sus tres hijos. El tres es el número mágico. Tengo tres niños, perdí a otros tres que es un múltiplo de tres. El número tres es el número de la suerte. El tres de septiembre me convencí de que me había enamorado de mi Nancy. Mis hijas nacieron en los días que contiene el número tres; Dulce Bebé el día trece y Nadine el día veintitrés. Mi hijo lleva en su espalda el número tres cuando juega en el equipo de baloncesto, tiene tres videoconsolas, tres estanterías de juegos, tres formas de dividirlos, tres...

Trago el líquido ardiente que quema mi garganta y se posa en mi estómago.

—Bastian, olvida lo que he dicho.

—Nancy, la respuesta es y será, no.

—Bien, hablaremos luego en casa si quieres y...

—En casa no quiero tocar este tema —me enfrento a sus ojos decepcionados y me enfado todavía más conmigo mismo. ¡Estoy enfadado conmigo, no con ella! —Por favor, respeta esto. Respeta mi decisión.

—¿No vas a darme la oportunidad de expresarme?

—Tienes que trabajar en esa colección. Si tienes un hueco ayúdame a buscar los errores en los archivos que te comenté. Nos lo han devuelto y...

Mi esposa se ha colgado el bolso, ha esperado dos segundos a que las puertas del ascensor se abrieran y se ha ido sin mí, llorando, molesta, disgustada...

Un bebé, mi mujer quiere tener un bebé y eso no sucederá.

¡Jamás!

Capítulo 7

ME SIENTO MAL

NANCY

Bastian se ha dormido el primero. Los martes tiene entrenamiento de baloncesto hasta las siete y media de la tarde, le recogemos, cena algo ligero y suele caer pronto rendido en la cama. A nosotros nos encanta que el niño realice actividades extraescolares porque se distrae de todos los videojuegos, pero está perdiendo interés en el deporte y prefiere quedarse en casa en vez de sociabilizarse. Lo he hablado con mis cuñadas, Joce no ayuda nada ya que mi sobrino Sebas es un trocito de cielo y nunca ha sido alborotado, Rachel sin embargo me comenta que su hijo pasa por la misma etapa; las tres finalizamos cualquier conversación de la misma forma culpando a mi cuñado Sebastian.

He organizado su habitación mientras entrecerraba los ojos, no le ha dado tiempo a darme un beso de buenas noches y he aprovechado que no podía escapar de mí para lanzarme contra su rostro y marcar mi territorio como madre. Tendido es idéntico a mi marido; con su cabello rubio colgando por su frente, posición exigente aunque descuidada y respiración acelerada. Los dos se parecen más de lo que la gente ve, podría confundirles en cuanto el niño supere la altura de su padre. Si sigue creciendo tan rápido nos superará a todos.

Guardo en el cesto su ropa sudada del entrenamiento. La lavandería de los niños se halla en la segunda planta de nuestra casa, cada uno posee una lavadora distinta puesto que Nadine se negaba a que lavara sus prendas junto a las prendas de sus hermanos. Por eso, hace unos años mi marido hizo obras en casa y todos disponemos de una lavadora, inclusive yo, donde vierto en una especial las prendas delicadas que mi esposo me regala.

Compruebo que Nadine duerme como su hermano pequeño. Le prohibimos que utilice los dispositivos que tiene más tarde de las nueve, son casi las diez y la muy inteligente se acaba de dormir. Aún está caliente la batería de su móvil, menos mal que mi marido configuró todos los cacharros con acceso internet que se desconectan automáticamente a la misma hora. Son normas que cumplimos todos sin excesos, en esta casa es muy importante la comunicación verbal y los niños no pueden utilizarlos entre semana. El niño no se queja porque a él le gusta jugar con sus primos conectándose a la videoconsola; es para lo único que necesita conexión bajo supervisión. Cuando hablamos de esta pequeña que duerme a pierna suelta, todo se nos complica tanto a mi marido como a mí. Ella actualiza sus redes sociales siempre que tiene oportunidad, tenemos que controlarla más de lo usual porque su obsesión exigente por internet no tiene límite. Mi cuñado y mi marido tienen activadas restricciones especiales en sus dispositivos, por norma también le pedimos que nos muestre las fotos que publica. Mi Nadine posee el mismo ímpetu que su padre en todos los aspectos.

Cierro la puerta de su habitación después de haberle retirado los cacharros y me dispongo a visitar a Dulce Bebé. Los meto en una caja fuerte en el armario del pasillo, por seguridad sólo la utilizamos Bastian y yo, y se activa por huella dactilar.

Veo la luz encendida, una sombra moverse y a mi hija mayor retirando todos los cojines de su cama.

—¿Has terminado de estudiar?

—Sí, me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres un vaso de leche?

—Mamá, un vaso de leche no curará la presión por haber forzado la vista sobre las letras pequeñas.

—Cielo, un vaso de leche antes de dormir lo cura todo.

Me acerco a Dulce Bebé que refunfuña igual que su padre mientras palpo su rostro. Claro que ella no está enferma ni le ocurre nada malo, solamente sufre las consecuencias por estudiar después de cenar. Yo también fui estudiante y era la mejor hora para ponerse al día.

Mi niña es increíblemente hermosa. Es una estudiante muy buena, una niña responsable y una persona que todo el mundo debería tener en su vida. Se decanta más por la familia Sullivan por eso de que adora la tranquilidad, el silencio y la paciencia, pero no duda en sacar su carácter Trumper frente a quien sea si defiende algo en lo que cree. Le ayudo a arroparla, sí, Dulce Bebé es tan quejica como sus hermanos porque ya no quieren que sus padres les besen, les arropen o les digan cuanto les aman. Rueda los ojos propinándome manotazos que nunca llegan a tocar mi piel. Ambas nos reímos y consigo hacerme con el control de la situación.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—¿Sinceramente? No, por supuesto que no —he omitido la idea de sentarme en su cama y tener una de esas charlas entre madre e hija porque entre semana está demasiado cansada. Ella estudia durante toda la tarde y gran parte de la noche, a veces tenemos que obligarla a apagar la luz de su habitación para que se vaya a dormir. De lunes a jueves tiene que terminar a una hora establecida, de viernes a domingo puede hacer lo que quiera.

—¿Me alcanzas el móvil? Me lo he dejado en el escritorio.

—Dulce Bebé.

—Quiero comprobar el horario, no hay nadie conectado a estas horas, lo prometo.

Se lo doy aunque no me guste que juguete con el móvil antes de dormir. Ella apenas nos da problemas a su padre y a mí, confiamos en sus navegaciones por internet, en sus amigos y en lo que pueda hacer conectada hasta altas horas de la noche... pero no confiamos en páginas de internet que no sean para jóvenes de su edad. Dulce Bebé es la única que no tiene restricciones en internet, a sus hermanos les decimos que los tres deben cumplir las mismas normas cuando hablamos de conectarse. Bastian y yo decidimos que la niña se había ganado el privilegio por su personalidad y su estilo de vida en general, sabemos qué hace cuando está embobada con la pantalla.

Me despido dándole un beso en la frente y cierro la puerta de su habitación permitiendo que chatee con su mejor amiga.

Nadine iniciaría una guerra tecnológica implicando a todos los miembros de la

familia si ella supiera que Dulce Bebé obtiene un trato diferente acorde a su edad. No hay otro trato nada más que ese. Amamos a nuestros hijos por igual, a veces tenemos suerte de que se lleven apenas unos dos años de diferencia entre uno y otros para que observen en sus hermanos cómo cumplir ciertas normas. Mi marido y yo somos muy afortunados, nuestros hijos han crecido juntos y nos enorgullecemos de los tres. Sin excepciones.

Me encierro en mi vestidor por puro entretenimiento. Entre semana, Bastian y yo solemos pasar un rato a solas en nuestra sala de cine viendo alguna que otra película o simplemente esos programas de lucha que él ama tanto. Es nuestro momento del día en el que los niños ya se han dormido y ese momento en el que nos morimos por hacer el amor. Normalmente lo hacemos en el amanecer, a media mañana, si tenemos un hueco en el almuerzo, a media tarde un poco antes de recoger a los niños o nos escapamos si hemos pedido la cena y no tenemos que limpiar todos los trastos de la cocina. Me gusta la noche, me gusta mucho que mis hijos estén durmiendo y él y yo estemos en silencio disfrutando de nuestra compañía.

Es lo que usualmente haríamos una noche normal entre semana. Durante el fin de semana nos dejamos llevar por nuestros salones recreativos, bolera o chismes que compra Bastian y los niños para divertirnos en familia. Entonces, vemos las películas todos juntos, disfrutamos de las horas libres para pasarlo bien y nos unimos como buenos padres e hijos. Bueno, ese sería uno de mis sueños si no se quejaban tanto; Bastian porque quiere jugar a sus videojuegos todo el día, mi Nadine se pega a nosotros hasta que obtiene lo que buscaba y Dulce Bebé no es muy activa, ella prefiere leer un libro en solitario antes que pasar tiempo con nosotros. Pero su padre se enfada si no hacemos algo en conjunto. La mayoría de las veces nos vamos de viaje y les prohibimos que se lleven sus pertenencias electrónicas personales... luego nos encontramos con que ellos lo han comprado con sus tarjetas de crédito y regaño a Bastian por haberles dado tanto. Esos también son los momentos favoritos de mi vida; cuando mi marido es mi marido, cuando mi hija mayor es mi hija mayor, cuando mi hija Nadine es mi hija Nadine y cuando mi pequeño Bastian es mi pequeño Bastian. Así somos nosotros y nadie nos cambiará. Nos adaptamos cada uno a nuestras personalidades imperativas, y ahora Bastian y yo vivimos junto a nuestros hijos las diferentes etapas de sus edades.

Mis cuatro ángeles son lo más importante para mí. Ellos a veces actúan como auténticos neandertales pero no podría vivir sin ellos; sin mi marido y mis tres hijos. Aunque últimamente desee con todas mis fuerzas recordar la experiencia de un parto.

Bastian se ha negado, se ha negado y no le culpo por ello. Lo pasó verdaderamente mal el día que mis hijos nacieron sin haberse desarrollado primero. Él se torturó un infierno más de lo que verdaderamente sucedió; acepté que había sufrido un aborto natural y también acepté lo que nos recomendaron. No es que... no es que hayamos seguido eso de tener otro bebé para llenar el vacío que nos dejó. La psicóloga tan solo nos orientó pero Bastian ha nacido en otro planeta y él es bastante testarudo cuando se imagina que me perderá a mí y a todos los bebés que crezcan en mi interior.

Por aquel entonces nos dedicamos a criar a nuestros pequeños, a olvidar el tema mientras nos centrábamos en nuestra familia y trabajo. Nos limitamos a seguir viviendo felizmente en la burbuja que habíamos construido como pareja. Bastian y yo estamos obsesionados el uno con el otro, nos amamos incluso mucho más que cuando nos

conocimos y nos pasamos las veinticuatro horas del día juntos. A veces nos separamos por temas laborales o por atender a nuestros hijos, pero ninguno da un paso sin el otro. Él es el hombre que elegí para compartir mi vida. Bastian es un neandertal de raza, un hombre que habla y dictamina sentencia, pero también es un blando si se trata de su familia. Cuida a sus hijos desde el primer día que los puso en mi vientre, y él los seguirá cuidando aunque ellos se hagan mayores y formen sus propias familias. Con respecto a mí, jamás podría imaginarme que fuese tan perfecto, que todo nos esté yendo tan bien. Es cierto que Bastian es un hombre exigente, imperativo, testarudo, borde o gruñón... yo no le veo de tal forma; para mí es mi alma gemela que se complementa con la mía. Si mi marido se excede en su comportamiento neandertal le giro la cara y él no tarda ni cinco segundos en arrodillarse, besar mi piel y pedirme perdón. Cada uno tenemos nuestros defectos, y el mayor defecto de Bastian es haber convertido a una Sullivan en una Trumper.

Ahora pienso como una Trumper, actúo como una Trumper y necesito conseguir todo lo que me propongo como una verdadera Trumper.

Deseo con toda mi alma traer un bebé a esta familia. No por la cura moral definitiva que eliminaría los miedos de Bastian sino porque la llamada de la naturaleza me llama. Eso suena un poco ridículo pero me siento así y me siento mal. Nunca me olvidaré de mis tres hijos no natos, de mis tres fetos que extrajeron de mi ser en una intervención cien por cien natural. Solamente abrí mis piernas, una mujer me introdujo algo y dos de ellos nacieron por la propia presión. Yo no pude verles, no quise verles... pero mi marido sí lo hizo y cometió un grave error porque eso le cambió.

Se conformó con tres hijos sanos, y una esposa igual de sana. Era bastante divertido oírle decir cuántos hijos tendríamos en cada una de las habitaciones de esta casa, habitaciones que ya han sido ocupadas por nuestros tres hijos o quedadas en el olvido para meter trastos que ninguno necesitamos. Recuerdo cuando él anunciaba que sería un padre horrible con tal de protegernos a todos y él se ablandó. Se ablandó porque todavía le tortura la pérdida de sus otros tres hijos, y se culpa por ello. Ni los psicólogos ni yo pudimos hacerle entender que el aborto natural que sufrí no pudo salvarles. Bastian se encerró en sí mismo, superó el aborto y lo que ocurrió en aquellos dos días, pero semanas más tarde me confesó que nunca debió dejarme embarazada y que no contara con él si quisiera tener más bebés.

Me siento mal. Me siento mal por habérselo pedido sabiendo que aún se culpa del aborto. Han pasado casi diez años, en diez años hemos vivido millones de cosas que han debido curar la pérdida, ¿por qué fue tan rotundo la semana pasada? ¿Por qué evita hablar del tema, se encierra en el gimnasio de casa y ya no quiere pasar tiempo conmigo? He pasado una semana sola en mi soledad, no me apetece hacer nada que no sea hablar con Bastian. Los niños no saben nada de lo que nos pasa a su padre y a mí, ellos viven su vida ajenos a nuestro pequeño desencuentro. Ya no hacemos el amor como antes porque piensa que inventaré algo para quedarme embarazada, y si lo cree es que no me conoce; no haría nada parecido sin su apoyo. Puede que lo exagere como una buena Trumper pero... pero odio tenerle cerca y sentirle lejos. Me siento mal por todo esto, me siento mal, muy mal.

—Nancy, Nancy, ¿dónde estás?

—Vestidor —grito.

Bastian me está nombrando como todas las noches desde hace siete días. Mi marido vive con un miedo insistente en el que me imagina abandonándole sin más; me visualiza haciendo la maleta y conduciendo hasta Crest Hill. Se encontrará en estos instantes saltando los escalones de tres en tres, asfixiado y desesperado por reencontrarse conmigo.

Tanto nuestra habitación como espacios personales se hallan en la tercera y cuarta planta. Elegimos las más altas del Paraíso Trumper por privacidad. Cuando los niños crecieron, ellos se fueron alejando de nosotros porque querían tener sus propias habitaciones, baños, vestidores, lavandería, salones de juego... Apenas suben a nuestra habitación si no nos gritan antes por las escaleras o realmente sucede algo grave. Aquí arriba podemos hacer el amor sin prestar atención a nuestros hijos porque Bastian instaló un sistema de seguridad que nos alerta de si alguien está subiendo y también insonorizó gran parte de las habitaciones superiores.

Amo esta casa, mi hogar y la familia que vivimos aquí, pero esto sigue siendo demasiado grande para todos nosotros. A los niños les encanta la casa, mi marido no la cambiaría por nada en el mundo y yo tuve que aprender a amarla, a perder mis cosas y a organizar millones de otras tantas cosas que nunca aparecen en el lugar donde deberían aparecer.

—Nancy, —mi marido ha entrado en el vestidor y se ha apoyado en el marco — ¿por qué no me respondías?

—¿Por qué te escondes en el gimnasio y golpeas un saco en vez de estar aquí conmigo?

Conforme han pasado los años he aprendido muchos trucos que me ayudan a eliminar el mal humor de mi marido. Es un testarudo. Se machaca en el gimnasio porque no puede afrontar tener una conversación seria conmigo. Hay ciertos temas que tengo que tratar con mucho tacto, y Bastian no me permite expresarme como me gustaría.

Todavía recupera el aliento que respira exageradamente. Mi neandertal quiere llamar mi atención mientras que yo estoy sentada doblando ropa.

—Te he dicho que me acompañes, si no quieres ejercitarte podrías estar allí mirándome.

—Oh, ¿es así como solucionaremos nuestros problemas a partir de ahora; tu peleando y yo de brazos cruzados? Bastian, sabes que odio que te ausentes con esos enormes cascos y golpes un saco.

—También hago pesas.

Ruedo los ojos, está de espalda a mí y no me ha visto, pero seguro que me ha imaginado.

—¿Qué querías? Los niños están en sus cuevas respectivamente. Dulce Bebé ha acabado de estudiar y sus hermanos duermen desde hace una hora aproximadamente.

—No te he preguntado por ellos. Sé que duermen, por su bien, porque tienen normas y es su responsabilidad cumplirlas.

Se adentra en mi vestidor suspirando y refunfuñando porque no le hago caso.

Simulo que me importa más este pantalón que él, porque a veces se merece probar un poco de su medicina. Mi marido no tiene ni idea de lo mal que me siento por haberle hecho una proposición. Una, una y muy bonita.

—Nena.

—Nene.

—¡Nancy!

Alza sus brazos voleando los pantalones por encima de su cabeza, casi ha aplastado la mía cuando me ha ganado el espacio. Se ha hecho conmigo, una mujer débil que no es capaz de enfadarse con su marido, y sostiene sensualmente mis manos. Me ha cogido del brazo derecho, es su favorito porque me tatué en la muñeca cuatro corazones pequeños diseñados por cada uno de los miembros de mi familia; fue mi regalo de cumpleaños hace tres años. Lloré el día que mis hijos y mi marido diseñaron estos corazoncitos que permanecerán conmigo hasta después de mi muerte.

Bastian es el rey en crear estos tiernos instantes en los que se me olvida hasta respirar por la nariz. Es un gran experto, y yo una gran experta en no permitir que se salga con la suya y me achique usando sus ojos cristalinos.

—¿Me quiere llevar a la cama, Señor Trumper?

—Siempre —esa sonrisa de medio lado me ha creado serios problemas en mi entrepierna. Me he puesto mi habitual camisón de seda que diseñó mi cuñada Jocelyn especialmente para mí y para el uso visual de mi marido.

—Pues vamos a ello.

Me había levantado para hacerlo como en estos pasados siete días; rápido, sin hablarnos y enfadados. Pero Bastian ha hecho fuerza contra mí para que no me mueva de mi diván.

—¿Vamos a ello?

—¿No es lo que quieres?

—¡SÍ! Y no.

—Adelante, querido, grita si no te ha bastado la semana que llevas encerrado golpeando a los saquitos.

—Nancy, si buscas discutir conmigo te equivocas.

—Bastian, parece ser que tú lo pretendes.

—Nena, te prohíbo que sigas por ahí.

—Bien, oído. Métete en la ducha que tengo sueño.

Tenemos una norma como pareja que nos funciona perfectamente; ninguno de los dos nos metemos en la cama por separado. Nos sentimos realmente separados si alguno se duerme antes que otro. Por lo tanto, estemos enfadados, hayamos discutido o no, Bastian y yo deshacemos en pareja las coberturas externas del colchón; suele volearlo todo dibujando una sonrisa imborrable en mi rostro.

Amo a mi neandertal aunque esté actuando como un neandertal herido. Me rindo ante su dolor abrazándolo muy fuerte porque ni siquiera había pensado en irse de mi vestidor sin mí. Él no sabe expresarse tan bien como podría hacerlo otra persona, Bastian tiene un carácter peculiar cuando tocamos la fibra sensible de su corazón.

—Doy asco.

—Tu sudor me parece sexy.

—Entonces no me ducharé en la vida.

—Eh, —retiro mi cuerpo de él para mirarle y acariciarle —que te encuentre muy sexy en tu propio sudor no quiere decir que me guste tu mal olor.

—¡Yo no huelo mal! —Es cierto, no huele mal pero es mi excusa patética para advertirle que le quiero aquí... —eres una Trumper muy mala, nena.

—He aprendido del mejor.

En un movimiento veloz me ha voleado por encima de su cuerpo hasta hincarme sobre su erección. Nos separan unas braguitas del mismo color rosado que mi camisón de seda y su ropa de deporte, explícitamente, su pantalón que le cuelga hasta las rodillas. Cuando Bastian se mete en el gimnasio de casa nunca se pone ropa interior, siempre al acecho para buscar un momento libre de niños y hacer el amor donde podamos.

El ochenta por ciento de su adrenalina la descarga conmigo, dentro de mí.

—Así mucho mejor. Así es como solucionamos nuestros problemas.

—¿En mi vestidor? —Pregunto risueña porque detesto que esté tan serio.

—Sí, rodeada de toda tu ropa pornográfica.

—Señor Trumper, no pensaba yo que se sentiría usted bien entre tanto porno que rodea a su esposa.

—Nena, quiero hacerlo bien. No me obligues a ponerte sobre tus manos y rodillas y hacer las cosas como deberían ser.

—¿Con sexo?

—Efectivamente, Señora Trumper.

—Cuéntamelo, Bastian. Cuéntame sin rodeos qué te preocupa. Te echo mucho de menos, he pasado siete días sintiéndome mal. Todavía me siento mal.

—¿Por qué? —Mete detrás de mi oreja un mechón que siempre cae al centro de mi cara.

—Porque me haces sentir así, como si te hubiera pedido algo que no pudieras darme. No, no te... tranquilo... no te presionaré con eso. Ya lo he olvidado.

—¿Has olvidado que quieras tener otro bebé? ¿Mi esposa, mi esposa olvidándose de una petición tan meditada en solitario?

—¿Te ha molestado que lo haya decidido sin ti?

—Entre otras cosas, Nancy. Las formas no fueron las más correctas, siento darte la

razón, pero mi despacho no era el lugar idóneo para hablar sobre un tema tan importante como la vida de un bebé. Pensaba que querías pedirme permiso para hacer cualquier tontería con tus cuñadas y amigas, disfrutar de un fin de semana de chicas o algo parecido. Jamás hubiera puesto la mano en el fuego por una proposición tan descarada por tu parte.

—¿A qué vino tu negación instantánea? —Lo bueno de hablar con Bastian es que ambos nos acariciamos mientras nos miramos a los ojos. Sabemos cómo conectarnos como matrimonio cuando todo se pone feo entre nosotros.

—¿No te lo imaginas?

—Quiero que me lo digas tú, Bastian. Suéltalo sin sentirte mal por ello.

—Me juré ser fuerte por ellos tres.

—Cariño, si los niños te...

—Por los tres niños que perdimos, —agacha la cabeza pero yo se la sostengo para que no se pierda —ellos murieron y a nadie le importó.

—A mí me importó, yo los llevé en mi vientre. Pero tenía que ser fuerte por todos; por ti el primero, luego por nuestros hijos que eran muy pequeños, por mis padres, la familia Trumper y en último lugar por mí. También me marcó, Bastian. Por eso me apetece sentirme fértil, madre y mujer otra vez. Bastian, no te rías de mí.

—Eres fértil, madre y mujer, nena. Estás perdiendo facultades con eso de explicarte, ¿eh?

—Como me has ignorado durante...

—No te he ignorado.

—Lo has hecho. Ni siquiera me diste la oportunidad de planteármelo seriamente.

—Por favor, no me mientas en esto, ¿por qué quieres tener otro bebé?

—¿La llamada de la naturaleza? —No, eso no le ha convencido, —sinceramente no lo sé. Siento que me apetece vivir de nuevo la experiencia de tener a un bebé dentro de mí. Los niños se están haciendo mayores, me quedé con muchas ganas de ver nacer a los trillizos y quiero que un bebé nos multiplique la felicidad que experimentamos en casa, en esta familia. Fui una fresca descarada soltándotelo así sin más, también reconozco mi error, pero nunca conté contigo y con lo que sentiste cuando perdimos a los trillizos.

—Nena, tenías que habérmelo pedido en otro momento de nuestro matrimonio. Ahora me veré obligado a hacer el amor contigo desesperadamente hasta dejarte de nuevo embarazada.

Sonrío porque Bastian a veces sabe cómo redireccionar una conversación cuando esta se pone seria.

—Acabo de sentir en mi corazón la respuesta a mis preguntas, a tus preguntas; se lo debo a ellos.

—Definitivamente mi nena pierde facultades. ¿Me has mínimamente prestado atención?

—Sí, estamos hablando.

—He dicho que me veré obligado a hacer el amor contigo desesperadamente hasta dejarte de nuevo embarazada. Nena, quieres un bebé y yo te daré un bebé.

—Espera, ¿dónde está mi marido y qué has hecho con él?

—Ya hablaremos más detenidamente sobre su forma obsoleta de informarme su petición, Señora Trumper. Yo también siento que se lo debemos, que nos lo debemos a nosotros y que se lo debemos a los nuestros. Nos quedamos con ganas de tener más bebés, ¿quién soy yo para no traer más Trumper al mundo?

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, nena. He meditado mucho en el gimnasio, en el trabajo, en el desayuno, en la cena y a tu lado, Nancy, siempre a tu lado. La respuesta fue sí desde el momento que abriste tu boquita y lo soltaste sin pensar en mi corazón. ¡Casi me matas de un infarto! Pero he reflexionado como lo haría un buen Sullivan y me he dado cuenta que la idea nos haría muy feliz a todos nosotros.

—Oh Bastian, vamos... vamos a tener un bebé —me despego de su cuerpo levantándome y él me mira risueño. Mi marido está ahí sentado como si nada y yo aquí, intentando no saltar por el Paraíso Trumper gritando que seremos padres de nuevo. —Seremos padres, cielo, vamos a ser padres.

—Eso es.

—Yo también estoy muy enfadada por tu comportamiento esta semana y...

—Nena, ¿estás señalándome con el dedo índice?

—Yo inventé esto, no lo pongas como excusa porque... Bastian, mírame a los ojos.

—¡No me culpes, Señora Trumper! Yo no me paseo por ahí en ropa roba-corazones para darte un infarto.

—¡Siempre lo haces! Siempre te metes en esos trajes de tres piezas, te pones tus gafas de cristal, te vistes con esa ropa deportiva y con esos vaqueros rotos que me hacen babear, por no hablar de... Bastian, ¡Bastian!

—¡Te estoy escuchando!

—¿Puedes enfocar tus ojos en los míos? Mis tetas son pequeñas.

—Se te pondrán enormes, no necesitarás una operación.

—Sabes que eso está en nuestra lista de cosas pendientes para discutir. Algún día tendré que hacer uso de la cirugía estética para...

—¿Para qué? Yo te amo tal y como eres, —ha apoyado los codos en sus piernas —te amo con tus estrías blancas, con tus tres canas, con tu metro sesenta, con tus tetas caídas, con tu culo inexistente y con todo lo que representas como mujer.

—Tetas caídas, ¿eh?

—Señora Trumper, no vaya usted por ahí porque...

—También te amo tal y como eres, Bastian. No tienes por qué ir al a peluquería cada mes para darte esas mechas más rubias que las otras que tapen tus canas, y tampoco tienes por qué ir al gimnasio para parecer más joven, por no hablar de que usas más cremas para el cuerpo que yo y que no eres tan viejo como crees. ¿Hablamos de complejos?

—¡Yo no uso más cremas que tú! ¿Quieres que las contemos? Doña me he puesto una de día cuando es de noche.

—Bastian, —le lanzo el mismo pantalón que había voleado antes —retira eso último. Yo no me quejé porque me apliqué una crema de día cuando era de noche, me refería a la marca del bote ya que habían cambiado la etiqueta y... ¡Bastian!

—Te estoy mirando a los ojos.

—Estás bajando la vista hacia mis tetas.

—Es que ese camisón te transparenta los pezones.

Carga conmigo por la planta superior hasta nuestra habitación. He procurado no quejarme cuando me ha subido a uno de sus hombros, los niños podrían escucharnos y... ¡los niños!

—Bastian. Bastian, los niños.

He arrastrado mi trasero hasta el centro de la cama, mi marido ha arrastrado mi cuerpo de nuevo hasta el borde de la cama en el que se rodea con mis piernas. Ama tener el control cuando jugamos, ama verme así, a su disposición y a su merced.

—También se te transparenta esa braguita, nena.

—¿Y si ellos no nos apoyan? ¿Y si odian tener otro hermano? —Hinco los codos para ver su reacción. Me ignora, mi marido me ignora babeando con mi cuerpo mientras enloquezco con nuestros hijos, —¿llevarán bien eso de tener un nuevo hermanito o hermanita?

—O hermanitas y hermanitos. ¿Quién sabe, nena? Íbamos a tener trillizos, mi hermano ha tenido gemelos. Parece ser que algún gen Trumper es descendiente de familia numerosa.

—¿Crees que me quedaré embarazada de trillizos por segunda vez?

—Todo puede suceder, ¿no? Eso dependerá de la llamada de la naturaleza.

—No te rías de mí, bobo —me acorrala bajando la cabeza para besarme en los labios que le desean solo a él, —¿y qué me dices de los niños? ¿Qué puede ocurrir con ellos?

—Es o serán nuevos miembros en nuestra familia. Aprenderán a amarle por las buenas o por las malas.

—Espera, —se me hace difícil pensar cuando tengo sus labios pegados a mi cuello, —¿en serio te imaginas con dos o tres bebés?

—Me imagino haciéndote feliz con tu barriga embarazada de nueve meses. Esta vez verás lo que salga de entre tus piernas, Nancy. Te lo prometo. El embarazo no acabará en

semanas, te pasarás nueve meses gestando a nuestro bebé.

Su mirada cristalina me convence apoyándome antes del embarazo. Sabía que mi marido necesitaba reflexionar en solitario sobre una noticia de esta índole. Cuando nuestra hija mayor nos pidió permiso para que un chico de su clase viniera a casa y le ayudara con literatura, él hizo exactamente lo mismo que estos pasados días. Lo resolvimos como buenos padres asintiendo a su petición mientras que Bastian decidió no formar parte de la cita estudiantil. Eso es lo que nos dijo en principio; los chicos dejaron la puerta abierta, realmente estudiaron un par de horas y mi marido Bastian permaneció de pie junto a Dulce Bebé mientras los vigilaba. Llamé a todos los Trumper para que me ayudaran, mis cuñadas se morían de risa y mis cuñados me decían que él hacía lo correcto. Mi hija nunca ha vuelto a estudiar a solas con ningún chico.

—¿Nena?

—Pienso en cómo serías tú si tuviéramos otra niña.

—Mismas normas, mismo amor por ella. ¿Quieres hacer un bebé o hablar? Me muero de ganas por hacerte el amor.

—Quiero que veamos los videos que instalaste en la sala de parto, ¿podemos?

Bastian se da por vencido ya que sus lametones no estaban dando resultado. Quiero hacer el amor con él, y lo haremos, pero primero me apetece pasar tiempo con el hombre que reniega porque me haya arrodillado en la cama y tire de su brazo.

—¿Ver videos? ¿Ahora? Mañana madrugo.

—Mañana madrugaremos para hacer el amor.

—¿Tú no querías tener bebés? Tú quieres bebés, a mí me gusta hacer bebés, ¿qué hay de malo en ello? ¿Qué me estoy perdiendo?

Muerdo mi labio inferior, como mi marido no se decide a seguirme me cuelgo de él como llevo haciéndolo desde hace quince años. Rodeo mis piernas en su cintura, Bastian aprieta en mi trasero sus manos y yo me cuelgo de su cuello mientras beso los labios que solamente me besan a mí.

—Te pierdes que te haya echado de menos. Me muero de ganas porque hagamos el amor, pero también me muero de ganas por tocarte, por hablar, por abrazarte y por sentirte cerca de mi corazón.

—Nena, tú ya tienes todo eso aunque te obsesiones con la idea de habernos separado. No nos hemos separado. Hemos estado juntos como siempre.

—Has evitado hablar del tema.

—Porque te imaginaba muerta, muerta junto a nuestro futuro bebé. Te protegía del poder inmenso de mi espermatozoide, de las adversidades que puedas encontrarte cuando te fecunde.

—Bastian, no perderemos a nuestro siguiente hijo. No temas nada malo. Contrataremos a los mejores especialistas para que nos traten. Esta vez daré a luz a un bebé con vida. Juro que lo haré.

—Prométeme que no me abandonarás en este mundo, que no te morirás y me dejarás solo con cuatro hijos.

—Te lo prometo. ¿Hacemos a ese bebé? —Me restriego sensualmente sobre la humedad sudada de su cuerpo.

—Has conseguido convertirme en un hombre sentimental. Recuperemos los videos de los partos, los tengo guardados en la caja fuerte de mi despacho y tal vez allí empezaremos a formar a nuestro siguiente hijo.

—O hija —sonríó mordiéndole el labio inferior.

—Será un niño, él sabe que papá sufre del corazón. No podría amar a otra niña descarada con ideas propias que le lleven a alejarse de su padre. Nancy, mis hijas no me aman, ellas ya no me aman como antes.

—Vamos, muévete vaquero. Vayámonos al despacho para ver videos y hacer un bebé.

Capítulo 8

NO QUIERO CAMBIOS

JOCELYN

Multiplico la excitación de Sebas cuando visto con mis modelitos de gimnasio. Observo mi cuerpo en el espejo del aseo de mi despacho asintiendo a la figura hermosa que he trabajado durante años; prácticamente desde que nació Maggie. No hace menos de

cinco minutos que él se encontraba justo aquí detrás quejándose porque no aprobaba mi atuendo deportivo de color azul.

Hace cinco años abrí una cadena de gimnasios especial para personas con sobrepeso. Allí tenemos a los mejores especialistas, médicos y personal cualificado. Actualmente se encuentra al completo, tenemos una lista de espera de doscientas personas que quieren disfrutar de todas las instalaciones. El pasado año fue el negocio más solicitado por la ciudad e ingresé cantidades desorbitadas de dinero. Me planteo expandir la cadena como sugirió Bastian, tal vez me anime, pero tengo mucho trabajo por resolver y por estudiar antes de inmiscuirme en proyectos ajenos al juzgado que merecen la misma atención.

Odio ese tipo de reuniones, ‘reuniones Trumper’, como cariñosamente lo llama Sebastian. Nos reunimos todos a final de año; Bastian, Nancy, Sebastian, Rachel, Sebas y yo. Nosotros seis pasamos un día encerrados en una sala del edificio de Bastian. Aportamos documentos, facturas, historiales y un sinfín de mails imprimidos de nuestros directivos al cargo. Poseemos negocios que nos ofrecen grandes beneficios, beneficios superiores a las franquicias que no pertenecen a la familia. Por lo tanto, solemos hablar de negocios durante veinticuatro horas, y sé que mis dos gimnasios especializados en personas con sobrepeso han generado más ganancias que pérdidas. En segundo puesto, casi por un par de décimas de diferencia, le sigue el Centro Comercial de mi cuñado Bastian. En general, tanto la ciudad como el país cuando hablamos de negocios, tiene el sello Trumper marcado en cada rincón. Un imperio que mantenemos y expandimos por nuestros hijos.

Confirmando mi asistencia escribiendo un mensaje. Esta tarde he quedado con mis cuñadas y aprovecho para salir con ellas ahora que tengo un poco de tiempo libre hasta la próxima semana cuando el juicio se reanuda. Lo que más me gusta de mi trabajo es que dispongo de horas extras con las que no contaba cuando estudiaba o hacía mis prácticas con el equipo de Sebas. El luchó incluso más que yo en sacar adelante mi carrera, y aunque todavía me critican por haber llegado hasta aquí con su ayuda, todos los que nos conocen saben que es incierto. Me he ocupado de mis hijos, de mi marido, de mi nueva familia y de mi trabajo a tiempo completo, sobre todo cuando mis niños se llevan unos meses de diferencia. He hecho lo mejor que he podido, me he ganado mi puesto como otros en la profesión y si me respetan no es por mi profesión sino porque soy un miembro más de la familia Trumper.

Guardo el móvil en mi mochila de deporte pero acto seguido lo rebusco entre mis cosas. Vibra en mis manos y sonrío por el nombre que leo en la pantalla.

—¿Jocelyn?

—Trevor, hola. ¿Cómo estás?

—Entre la espada y la pared, o tal vez, entre una bala que irá directa a mi frente y una de esas metralletas que salen en las películas de acción. Justo en medio me encuentro yo.

—¿Qué ocurre, te has enfadado con tu esposa?

—No, todo nos va bien. Pero estoy muerto de miedo.

—¿Por qué? ¿Trabajas en algún caso en especial? Hace mucho que no te vemos por aquí.

—Te pondré al día más tarde. Necesito tu ayuda.

—Huh... —miro hacia la puerta por si debería salir o quedarme en mi despacho —claro, adelante, cuéntame tu problema.

—Seré directo. Mi hijo está chateando con Dulce Bebé y Bastian me matará.

En cuanto lo suelta se me escapa una carcajada sonora. Rápidamente me tapo la boca con la mano para valorar la gravedad del asunto que se diluye a una tontería por temor a mi cuñado.

—¿No es un poco mayor para eso? Quiero decir, la última vez que hablé con Nella contó algo sobre su hijo saliendo con una chica.

—Tiene novia, o tenía. No lo sé. ¡Es un universitario!

—Y mi sobrina, —sonríó disfrutando esto —menor de edad y tiene catorce años.

—¡Jocelyn, tienes que ayudarme! Nancy me colgó el teléfono cuando la llamé después de reírse. He redactado un informe que me excluye de cualquier acto que realice mi hijo. Es mayor de edad pero me salpicará a mí, Sebas me mandará a la cárcel y me culpará de un crimen. ¡No te rías!

—Perdón, perdón, huh... es que sueñas tan gracioso acobardándote por Bastian. Aunque no podría ayudarte puesto que mi sobrina es demasiado pequeña como para andar con tu hijo, tu hijo universitario. Has hecho bien en redactar ese informe.

—¡Jocelyn!

—Vale, vale, haré lo que pueda. Hablaré con Nancy y le preguntaré si la niña le ha dicho algo sobre tu hijo. Intentaremos que Bastian no sepa nada de esto.

—¡Eres la mejor Trumper! Si nadie te lo ha dicho, yo te lo digo, ¡eres la mejor!

—Y tu hijo irá a la misma celda que la tuya como no le echas una charla sobre lo horrible que sería que chateara con Dulce Bebé sin el consentimiento de sus padres.

—Lo tendré en cuenta. Está ilocalizable por los exámenes, ya sabes. Llámame cuando se decida el día de mi juicio final.

—Puede que sea la jueza de ese juicio y a lo mejor me pillas de buen humor, no te meteré en la cárcel.

—Gracias a Dios... —susurra.

—Pero a tu hijo sí. Dulce Bebé tiene catorce años, tu hijo muchos más, tantos que no es un niño pequeño. Yo misma le meteré entre rejas como sus intenciones con mi sobrina no sean las adecuadas. Espero que tan solo sea un rumor o una charla entre dos que terminó con un hasta nunca, porque seré una Trumper, Carter. Seré siempre una Trumper cuando se trate de proteger a los míos y tenga la ley de mi parte.

—A su merced, Señoría.

—Adiós fiscal, dile a Nella que me llame cuando pueda. Tengo que hablar con ella

sobre un tema importante, de chicas Trevor, suelta el aire de una vez.

—Es el efecto Trumper. Hasta que no zanje lo de mi hijo no seré el mismo.

—Pues deberías zanjarlo antes de que llegue a los oídos de Bastian, él es más inteligente que todos nosotros, tal vez... él... él podría estar escuchando esta llamada. Ya le conoces, por eso de sobreproteger a los suyos.

Trevor cuelga la llamada antes de que terminara mi alegato. Es divertido sentir el terror a mi cuñado Bastian, es un buen hombre de familia y confío en nuestra amistad. Ayudó mucho a Nancy cuando ella descubría a su marido, conoció a Nella y se enamoró de ella, también aceptó al hijo de esta dándole su apellido y extendieron la familia con la llegada de sus dos hijos. Es un amigo fiel de la familia Trumper, viven a un par de horas lejos de la ciudad, no hemos perdido el contacto desde hace años y su mujer forma parte de nuestro grupo íntimo de amigas. Bastian es el único que no comparte su tiempo con Trevor, permite que las familias lo mantengan pero él no quiere saber nada.

Mientras cierro la puerta sonrío por los gritos que se originan en el despacho más grande de la última planta. Olvido la bolsa de deporte soltándola y saludo al hombre sereno que lee el periódico sentado en un banco acolchado. Renovar la decoración aburrida de este edificio está entre mis planes de este año, quizá cuando termine el juicio de septiembre me ponga a ello. Será positivo, un incentivo bueno para mejorar nuestro ámbito de trabajo. El bufete lo agradecerá. Y es hora de subir sueldos, movilizar algunos puestos, añadir nuevos miembros a la plantilla y dar oportunidades a los de prácticas... Necesitaré hablarlo con mi marido, los dos atravesamos por una carrera profesional exitosa y estoy convencida que Sebas apoyará mis propuestas.

—¡Me cortarían TRES dedos de mis manos por mis TRES hijos! ¿ENTIENDES? ¡TRES!

Sebas asiente ignorando la bronca de su madre. Finge que le importa, finge que respeta su palabra y también finge que hará lo que desee. Hemos recibido la visita de mis suegros, esta vez un tanto distinta ya que ella ha entrado gritando desde que han salido del ascensor. He echado a mi marido del aseo de mi despacho para que la atendiera, ahora está sentado en su sillón siendo un buen hijo. Hace unos días la llamó para pedirle que no le comprara más ropa interior, ni más productos ni otras cosas que nos traía a diario. Agradezco lo que mi suegra hace por nosotros, pero Sebas y yo podemos ocuparnos de nuestra familia sin su ayuda explícita. Tiene más hijos más nueras, más nietos... somos sus favoritos porque ella se implica demasiado en los míos. Si tan solo fuera menos exigente, menos insistente y menos Trumper tendría muchos, pero que muchos menos disgustos.

Él ha desviado la mirada. Ella lo ha visto.

—¡Ah, y contigo quería hablar también!

—Y yo... —ahí está Margaret desafiándome con sus ojos. Lo ha aprendido de sus hijos.

—Estoy muy enfadada porque...

—¿Puedes hacernos de canguro esta noche? —Sonrío ladeando la cabeza, siempre

me ha funcionado para calmar su ansiedad —Sebas y yo saldremos a cenar. A los niños les encantaría que os quedarais en casa.

Es sencillamente fácil porque mi suegra asiente. La idea de Sebas era deshacerse de ella para que pudiéramos intimar en el aseo, pero tardaba y tengo que ir al gimnasio antes de comer con mi Joce. Hoy le toca conmigo, mi marido tiene una reunión al mediodía.

—¿A qué hora queréis que esté allí? —¿Ha elevado su cabeza? Sí, es su orgullo Trumper.

—Huh... a la hora de la cena. Los niños amarán cenar con sus abuelos. Si queréis podéis comprar alguna de esas cosas precocinadas que venden en los supermercados.

—¡Comida, se llama comida! Sebas, Jocelyn no está comiendo nada y ¡tú no haces nada!

—Madre, hago lo que puedo.

—¡Pues no lo suficiente! ¡Te vas a quedar en los huesos! ¿Quieres enfermarte? ¿Quieres que tus hijos se queden sin madre? ¡Con lo joven que eres!

—¡Padre, saca a tu esposa de mi despacho!

—¡A mí no me trates así, jovencito! ¡Pídeme perdón! —Me siento en el brazo del sillón frente a Sebas y junto a mi suegra que arde desquiciada. Su miedo a perdernos no desaparecerá nunca. La amamos, todos lo hacemos, pero debería tomarse unas vacaciones.

Mi suegro aparece al rescate, con periódico en mano y desinterés respirando por su rostro.

—Adiós, madre.

Mi marido le ha dado un beso en la cara, se ha guardado las manos dentro de los bolsillos y está de pie esperando a que mi suegra reciba otro beso de mí. Sonríe imitando a Sebas, le doy un beso en la cara y les acompaño hasta el ascensor mientras concretamos la hora en la que ellos vendrán a casa y nos harán de canguros. Es lo único que se me ha ocurrido para deshacernos de ella. Además, he ganado una velada romántica con Sebas, una noche libre de niños y unas horas extra con las que no contaba.

—Tenemos un plan —muerdo mi labio regresando al despacho.

—Parece ser que sí.

—¿Por qué no la has echado?

—Lo he intentado, reina. Pero ella solamente habla, y habla, y habla, y habla... y hasta he cerrado los ojos por el aburrimiento.

Nos imagino haciendo el amor encima de la mesa; sexo desenfrenado y apasionado hasta que volvamos a cumplir con nuestras obligaciones. Sería como mi plan perfecto si no fuese por Sebas, que se ha distraído de cómo arrastraba los pies acercándome y bajaba la cremallera de mi top deportivo. Ahora me hallo frente a su mesa valorando su estado anímico. Suele tomarse las visitas de su madre como una rutina, es raro que mi marido sufra consecuencias después de que ella se marche.

—Me ha llamado Trevor.

—¿Para cortejarte?

—Para pedirme auxilio. Su hijo está chateando con Dulce Bebé. Teme a Bastian.

—Debería.

—Sebas, no tenemos que meternos en eso.

—Él nos ha hecho participe. Como dictamina la ley, me veo obligado a comunicarle tal hecho a mi hermano Bastian. ¡Por el amor de Dios, Joce, ella es una niña y él un universitario! ¿Sabes que está penalizado con la pena de muerte si acosa a una menor que...?

—Conozco las leyes. También conozco a mi marido, ¿me lo devuelve, por favor? ¿Qué te pasa? Estás... huh... extraño.

—Tienes razón, reina —se restriega los ojos sin soltar una carpeta. Esa carpeta me resulta familiar, la he visto en el despacho de casa y creo recordar que la guarda en la caja de seguridad.

Decido sentarme en el sillón porque se ha escondido detrás de la mesa. Acomodado en su lugar, le sonrío sinceramente demostrándole que estoy a su lado.

Trabaja en un caso importante, se sentirá agobiado por ello. No es porque sea mi marido, pero Sebas es el mejor cuando hablamos de trabajo. Es un juez muy valorado y querido. Ha sido galardonado cientos de veces por sus labores contra la corrupción, le han colgado medallas por sus méritos, por ser un hombre honorable y por su implicación en cada caso. Él es la razón por la que soy jueza, desde que era joven mi marido ha sido mi inspiración y mi figura a seguir, mi sueño hecho realidad. Descubrí hace años que ninguno puede alcanzarle profesionalmente, que somos simples jueces, fiscales, abogados y personas que admiramos desde nuestras posiciones inferiores al señor más respetado del país.

Le admiro tanto como hombre que como juez. Es mi alma gemela, lo que más amo de mi mundo. Hemos tenido tres maravillosos niños y vivimos una vida jamás soñada. Si de la familia Trumper tiene que alzar la mano la mujer más feliz, esa soy yo. La alzo con orgullo. Yo no tengo que tratar con el carácter especial de Bastian ni soportar a Sebastian. Ambos aman a sus mujeres, ellas son felices y sus vidas son igual de perfectas que la mía... pero amar a un hombre como Sebas es sencillo. Amarle, respetarle y admirarle. Es un hombre noble, bueno y el mejor padre que mis hijos puedan tener.

—¿Reina?

—Sí, huh... ¿decías algo?

—¿En qué pensabas?

—En ti, en lo mucho que te admiro y te amo. Mucho más que mis cuñadas a mis cuñados.

—Quiero... quiero comentarte una cosa, Joce —ahora sostiene esa carpeta que golpea en la mesa y la observa intercambiando su mirada desde el cartón a mí.

—¿Necesitas ayuda con el caso?

—Necesito a mi esposa conmigo.

—Sebas, me... huh... me estás asustando.

—Es importante. Llevo dándole vueltas a esto un par de meses —se quería levantar pero he alzado la mano para que no lo hiciera. Le ha descolocado. Se imaginaba sentado a mi lado y confesándome aquello que le cuesta tanto expresar. No sobreviviría a una infidelidad. No es que haya tenido dudas al respecto pero... no hay nada más que verle. Sebas es un hombre guapo, un hombre deseado, con éxito. Si se ha divertido un rato con otra mujer que no sea yo me vería... no quiero ni pensarlo... me vería obligada a tirar por la borda todos estos años de matrimonio.

—¿Sobre qué has estado pensando?

—¿Te encuentras bien? ¿Has desayunado? ¡Jocelyn, prometiste que desayunarías! Odio salir de casa antes que tú.

—Sebas, no estás en condiciones de... de... ¿quieres contarme qué ocurre? Porque hemos pasado de hacer el amor en el aseo a estar sentada en tu despacho y tú a punto de confesar algo que seguramente no me vaya a gustar.

—Espera, ¿quién te ha dicho que no haremos el amor en el aseo? ¿Y por qué crees que no te gustará si todavía no me has escuchado?

—¿Será porque todavía no lo has soltado?

Deja caer la carpeta de nuevo toqueteándola mientras niega con la cabeza.

—Así no te contaré nada. Lo hablaremos en otro momento, vayamos a hacer el amor.

—¿Qué? —Respondo asombrada.

Soy más rápida que él, tan veloz que no le ha dado tiempo a evitar que coja la carpeta y la tenga en mi poder. Como haya guardado información sobre la mujer con la que se ha acostado le firmaré el divorcio ahora mismo.

La abro con cautela para encontrarme con otra subcarpeta en la que hay una foto a color de una casa. Es la fachada de una casa, por lo tanto, esto se trata de un caso. Se la devuelvo algo más tranquila y le sonrío porque él ha ganado. ¿Cómo podría pasar por mi cabeza que Sebas se haya acostado con otra? Bueno, no sería tan grave. A veces me regaña por eso, pero no tengo la culpa porque mi marido es un hombre guapo y yo una mujer delgada con problemas mentales de comida.

—¿Satisfecha? —Ha gruñido, me frunce el ceño.

—¿A qué viene tanto misterio? ¿Es información confidencial?

—Es información confidencial entre mi esposa y yo, —espero hasta que se lance y respire en condiciones —lo hablaremos en casa.

—Lo hablaremos ahora. ¿De qué se trata? ¿Es un caso?

—No.

—Tampoco necesitarías mi ayuda porque tú eres el mejor.

—Joce, por favor —vuelve a restregarse los ojos. Luce agotado.

—Cuéntamelo.

—He pensado en jubilarme. En que nos mudemos todos a una nueva casa en una isla.

—Bromeas, ¿verdad? —No, no bromea, me amenaza dulcemente con sus ojos cristalinos.

—¿Qué te parece?

—Una proposición de mal gusto, Sebas. ¿Cómo si quiera has pensado en algo como esto?

Alcanzo la carpeta mientras mi marido se enfurece. Echo un vistazo a sus anotaciones, en esas en las que ha estado trabajando durante, ¿cuánto ha dicho, dos, tres, cuatro meses? Sebas se encierra en el despacho de casa siempre que trabaja en casos de grandes magnitudes, nunca me hubiera imaginado que mi marido dedicara su tiempo a idear una nueva vida para nosotros.

Me deshago del cargo que conlleva la carpeta y analizo detenidamente en lo que yo haya podido fallar como mujer, esposa y madre. Qué le ha conducido a pensar en jubilarse ya que Sebas se encuentra en lo alto de la cumbre, siempre lo está. Ha debido ser por mis problemas con la alimentación, piensa que si me saca de la civilización comeré más y eso podría hacerme engordar. Adaptarme a otro tipo de agua, a otras frutas, a otra clase de comida...

—Joce, hablaremos luego. Piensa en lo que te he contado.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres hacernos esto? ¿Es que no eres feliz?

—Lo soy —frunce el ceño deshaciéndose de los tirantes. Cuando se los quita es porque se siente incómodo con una situación que cree no poder controlar. Él puede controlar, él es Sebas, mi marido. Es experto en el control y dominación.

—Tenemos muchos proyectos en los que trabajar, ¿no te hacen ilusión? ¿Quieres comprar otra casa en la playa? Lo haremos, Sebas. ¿Quieres jubilarte? Te apoyaré. ¿Quieres empezar una nueva vida? Estaré a tu lado, si me dejas, e igualmente seré tu mayor admiradora. Pero no pidas que lo dejemos todo y que nos vayamos a una isla —señalo la carpeta removiéndome en la silla.

—Te he aconsejado que pienses en ello.

—No creo que haya mucho más de lo que ya te haya respondido.

—Hablaremos en casa detenidamente.

Su reafirmación me intimida. Sebas tiene poder para llevarse a los niños, para dejarme en la ciudad sola si no apoyo su decisión de marcharnos todos juntos.

—¿Qué hay de mí? ¿Has pensado en mí?

—Lo hago, Jocelyn.

—¿Has pensado en las noches que me he pasado despierta cuidando a tres bebés mientras estudiaba? Por tocar algún tema ahora mismo, ¿has valorado cuánto me ha costado aprobar ese maldito examen para el estado? Soy jueza porque yo me lo he ganado, no me has regalado nada y ni siquiera eres lo suficientemente humano como para darte cuenta de ello.

—Por esto quería hablarlo en casa, —suspira negando —dame la oportunidad de contarte al detalle en lo que he estado pensando. Podrás seguir trabajando desde donde desees.

—¿Así de fácil? ¿He desperdiciado media vida estudiando para nada?

—Sé imparcial. Al menos hasta que no lo sepas todo.

—Cuéntamelo, —me abrocho hasta el cuello la chaqueta deportiva porque mi marido me hace sentir insegura —por no hablar de los niños. ¿Quieres cambiar sus vidas así de simple?

—Es una decisión que tomaremos en familia.

—Mi voto es negativo.

—Me he cansado de trabajar, Jocelyn. He dedicado un ochenta por ciento de mi vida a mi trabajo. He demostrado a la sociedad que siendo un hombre honrado, insistente y cumpliendo la ley podemos acabar con el mal que nos rodea. No quiero más medallas, noches de gala ni otras mierdas que van unidas a mi labor como profesional. Quiero retirarme ahora, antes de envejecer y que el médico me prohíba viajar o ver cómo mis hijos se van de casa. Me apetece mucho que todos nosotros cumplamos nuestros sueños en otra parte, alejados del ruido de la ciudad y de los altercados que conlleva vivir aquí. Joce, no se trata de ti o de mí, somos felices y nuestros hijos también lo son. Es más bien una necesidad siempre basándome en vuestras decisiones, en lo que vosotros decidáis al respecto.

—Sebas, tal vez no queramos lo mismo. Y sabes dónde nos deja eso como matrimonio.

—Jocelyn, no te hagas esto antes de escuchar todos los planes que he ideado para nuestra familia.

—Luego seguiremos hablando.

—Por eso no quería discutirlo aquí. Ahora te irás y me ignorarás hasta la noche.

Él no me ha mirado cuando ha intentado herirme con esa declaración. Yo tampoco le he mirado cuando he salido de su despacho, he cogido mi bolsa deportiva y he pulsado el botón del ascensor que desciende del bufete.

La ansiedad se apodera de mí tan pronto las puertas se abren y mis piernas se niegan a dar un paso. Lo hago a pesar de que me muero de miedo por la propuesta de Sebas, si le digo que sí yo perderé, y si le digo que no él perderá. Ambos perderemos en esto.

Cruzo el parking privado al que solamente podemos acceder nosotros dos, y

Sebastian, y me encierro en mi coche mientras apoyo la cabeza en el volante. No quiero cambiar, no quiero. Sebas se ha criado rodeado de una familia que le quiere, ha conseguido con esfuerzo todo lo que se ha propuesto profesionalmente y se ha acostado con todas las mujeres que ha querido. Para él es fácil deshacerse de todo esto porque siempre lo ha tenido, yo no. Mis padres murieron cuando era una niña y mi abuela lo hizo poco después, no tengo a nadie que no sea mi marido, mis hijos y su familia. Ellos son los que llenan mi corazón de alegría, los que me motivan día tras día. Yo no sonreiría tanto si no fuera tan amada por ellos.

Ya me estoy arrepintiendo, pero lo necesito. Lo necesito mucho.

Alargo la mano por debajo del asiento del conductor maniobrando unos segundos hasta que cojo la chocolatina de Maggie. Esta mañana he regañado a mi hija porque soy mala madre. Ella la ha robado del armario superior donde las escondemos y me ha desafiado después de que le haya ordenado que no se la comiera después de haber desayunado. No soy tan mala, solo que no me gusta que sufran desórdenes alimenticios como yo. Quiero que lleven una vida saludable y si por ellos fueran comerían porquerías todo el día.

Sería la primera que me comiera desde hace cinco navidades cuando la madre de Nancy me obligó a comerme sus dulces. Luego vomité, enfermé y entendieron de una vez por todas mi problema con la comida. Por supuesto que como cosas prohibidas, pero las cocino en casa y me aseguro de qué están compuestas.

Esta diablura que ya mastico en mi boca sabe de maravilla. Puros azúcares, edulcorantes, grasas, toxinas y un millón de mierdas más que se expandirán por mi organismo. Odiaría leer la etiqueta de esta miserable chocolatina, las etiquetas de este tipo de productos me llevarían a un hospital.

Reboto en mi asiento con la boca llena mientras le enseño el dedo medio a mi marido. Él ha tocado el cristal y quiere que le atienda, pero comerme esta chocolatina me entretiene.

—Joce, abre, por favor.

—Tengo prisa.

—¿Qué haces comiéndote la chocolatina de los niños?

—Tu hija Maggie se la quería comer después del desayuno —grito porque nos separa un cristal. Ahí está él otra vez pidiéndome que lo baje.

—Sabes que puedo sacarte del coche sin el más mínimo esfuerzo.

Le contesto metiéndome el resto de chocolatina en mi boca, masticando más rápido por si él entra de verdad y consigue lo que quiere. Necesito, aparte de haber comido una chocolatina, un poco de tiempo para asimilar que Sebas no es feliz.

Él no es feliz.

Aprieto el botón y el cristal desciende lentamente. Trago el último bocado de chocolate, mi mirada se pierde en un punto negro de la pared que hay frente a mí y mi marido introduce su brazo dentro del coche para abrirse la puerta.

—Reina —no intenta sacarme ni forzarme, sino llegar a mi corazón mientras lucha con su equilibrio en cuclillas.

—Nos iremos, —confieso apenada —nos iremos a donde tú quieras y seas feliz.

—No se trata de ser feliz. Soy feliz. Muy feliz, pero...

—¿Pero? —Ni los niños ni yo te somos suficiente para cambiar de idea.

—Me hago mayor, nos hacemos mayores y quiero disfrutar mi vida contigo. Por favor, si quieres luego seguimos hablando de esto. Todavía podemos ver crecer a nuestros hijos sin estar pendiente de nuestros trabajos. Podemos elegir un destino que se adecue a nuestras necesidades o si tus sueños son en esta ciudad, yo seré igual de feliz.

—¿Feliz? —Le reto con mi mirada —jamás hubieras llegado a una conclusión como esta si fueras realmente feliz. Es urgente que vaya al gimnasio, si me permites.

—¿Te vas? ¿No prefieres que nos reunamos en casa y valoremos lo de irnos a vivir fuera?

—No hay nada que valorar, Sebas. Ya has decidido por los cinco. Haz lo que tengas que hacer, nos mudaremos.

Se deja vender tras nuestro forcejeo cuando he cerrado la puerta. Ha rodeado el coche por la parte trasera y se ha metido dentro del ascensor.

Retengo mis lágrimas por las cámaras de seguridad. Mientras, sonrío sacando el coche de mi plaza y enciendo la radio que me acompañará a un lugar que me dará las respuestas que tanto me urgen. Odio el cementerio. Lo odio porque allí están enterradas las personas que he perdido y me odiaría si perdiera a mi marido de cualquiera de las maneras.

Capítulo 9

BARBACOA FAMILIAR

RACHEL

Cuando Nancy empezó a salir con Bastian después de superar sus crisis como pareja, ella me contaba que los domingos estaban destinados para comer con su familia. Mi cuñada babeaba por ver a su neandertal feliz y con los suyos, yo sonreía porque ya me estaba acostando con mi marido y porque envidiaba que nosotros no tuviéramos una relación tan estrecha como la de ellos. Sin embargo, si hace quince años me hubieran dicho que la familia se extendería hasta dieciocho miembros no lo hubiera creído. Dieciocho sin contar con los padres de Nancy ni con mi familia de Dakota.

Observo desde mi posición cómo mi familia adoptiva está entrando en cólera. He de decir que los niños son unos consentidos por sus abuelos paternos y que ellos mandan en su casa. No sirve de absolutamente nada cómo les eduquemos porque ellos se refugian siempre en los más mayores.

La más discreta, por edad, es Dulce Bebé que lee en solitario en el jardín. Su hermana no la imita puesto que está sentada encima de su padre, seguramente siendo la hija perfecta porque quiere ir a París. Nancy se acaba de hacer un bocadillo aprovechando que su hombre está centrado en las palabras de su pequeña. Los primos mayores juegan al balón, y aunque me falta uno de mis gemelos estoy segura que se encuentra enganchado con su abuelo en la barbacoa. Sí, mi suegra va dando viajes desde la cocina hasta el jardín donde estamos sentados debajo de esa enorme sombrilla que ha instalado mi suegro esta semana. Se supone que la estamos probando y por eso nos ha movido de la sombra asegurada para meternos debajo de ese chisme.

Las reinas de esta casa, Maggie y mi Rachel, juegan a molestar a los niños porque todos desean ocupar el mismo puesto en el jardín. Es lo suficientemente grande como para dividirse y hacerlo en grupos si quieren, pero esas dos tienen la protección de sus abuelos y lo utilizarán en contra de quienes sean. A mi Sebastian le parece divertido porque se ríe con los niños mientras se come otro filete. ¿Dónde lo mete? Yo tengo que ir al gimnasio para mantenerme en forma y mi marido posee un cuerpo de infarto sin hacer nada.

No todos los domingos tenemos ganas de venir a la barbacoa familiar, ni nos encontramos con ganas, ni nos apetece o simplemente nos salen otros planes. Pero mi suegra está en lo cierto, ya les dedicamos seis días a nuestras familias personales y si no fuera una obligación asistir cada domingo a la barbacoa no les visitaríamos. Entre los matrimonios solemos vernos a diario, mantenemos una relación estrecha, los primos son amigos íntimos además de familia y nosotros quedamos para cenar en parejas, pero nada se compara a la barbacoa que mi suegra planea con ilusión durante siete días para la familia al completo. Ella es feliz al igual que nosotros aunque nos quejemos.

Mis cuñados Sebas y Jocelyn han discutido. Le hemos preguntado en privado pero no nos dicen nada. Hemos sabido cuán grave es la situación cuando Joce se ha hecho un bocadillo y su marido no ha levantado la mirada de su plato.

Finalmente me llama, se ha retrasado diez minutos.

Margaret nos obliga a dejar nuestros móviles en un cesto que esconde en la cocina, le he dicho que espero una llamada importante sobre un asunto importante y me ha permitido cogerlo siempre y cuando nadie me vea.

—Hola, no tengo tiempo, escupe por tu boca.

—¿Cómo te has hecho con el móvil?

—Nicolai, soy una Trumper, tengo mis trucos. Cuéntame.

—Pues el cumpleaños se celebra definitivamente la noche del próximo viernes. Gracias por hablar con el encargado del local que me gusta y por contratar al DJ.

—Sebastian y yo te dijimos que era nuestro regalo de cumpleaños.

—¿Sebastian? No me hagas reír.

—Oye, mi marido me apoya en todo. Además, el habló con el DJ, así que se lo debes a él más que a mí. Por cierto, confírmame la hora porque tengo que organizarme con los niños.

—A partir de las doce, ¿no?

—Vale, perfecto para dejarme a mi marido y a mis hijos durmiendo.

—¿Él no vendrá al final? ¿Por qué odia mis fiestas de cumpleaños?

—Ya le conoces, es demasiado infantil como para salir con nosotros.

—Se presentará en la fiesta, te regañará por el vestido que lledes puesto y luego bailarás exclusivamente para él en alguna sala vip. ¿Me equivoco?

—¿Para qué preguntas? Has descrito exactamente lo que hará mi marido. El viernes a las doce, ¿correcto?

—Os espero. ¿Te encargas tú de decírselo a Nancy y Jocelyn?

—Eso está hecho, allí estaremos como cada año.

—Como cada año en el que no sirve de nada la seguridad que contrataré para que nadie se cuele y obtenga bebidas gratis porque tus cuñados, junto con tu marido, entrarán en el local y os volverán locas. ¿Me equivoco también o no? —Mi amigo se ríe a carcajadas porque sabe que es verdad. Ha visto con sus propios ojos demasiados actos sobreprotectores de nuestros maridos.

—No te rías tanto de los Trumper, en el fondo somos adorables.

—Ya, por eso me caéis bien. Pero solamente vosotras. Ellos no tanto.

—Viviremos con eso. Hasta el viernes, envíame un mensaje si hay algún cambio.

He tenido que pronunciar la última frase delante de mi suegra que ha extendido la mano y se ha llevado el móvil. Le he sacado la lengua, pero a su espalda, no soy tan valiente.

—¡NIÑO! —¡Me cago en su...! —¿Qué te he dicho de dar patadas?

—Le voy a decir a papá que has hablado con un hombre —¡este niño es un demonio! Uno que se mete en todo, salta encima de nuestra cama aunque estemos durmiendo y es una molestia cuando se aburre, ¡como su padre! Es un mini Sebastian, un salvaje que se ha quitado la ropa para ir en calzoncillos.

—¿Y tu ropa?

—Papá ha dicho que soy libre en casa de los abuelos.

—Yo también lo soy. Le he dicho a la abuela que me preste las tijeras y te cortaré el pelo antes de que sobrepase los hombros.

—¡PAPÁ! ¡MAMÁ HA HABLADO CON UN HOMBRE MISTERIOSO!

El niño desaparece gritando mientras subo la escalera.

Le señalo a mi suegra dónde voy y la observo en mi ascenso hasta perderla de vista. Entro en el aseo de la primera planta, por fin un poco de silencio. Es pequeño y mi

favorito para hacer mis necesidades.

—¡Sebastian!

—Pitufa, ¿qué haces? —Ha golpeado mi cabeza con la puerta. Estaba maniobrando en el retrete con una mano y con la otra procuraba no manchar mis pantalones. —Pitufa, ¿qué estás haciendo?

—¿Tú que crees en un baño? Déjame un segundo a solas, por favor. Estoy ocupada.

—¿Ocupada en qué?

—Con la copa.

—¿Qué copa?

—Con la copa menstrual —ruedo los ojos vaciándola en el retrete.

De repente, entra golpeándome la cabeza con la puerta y me empuja hasta quedarme en el retrete sentada. Él no es un nombre normal, Sebastian es un niño impaciente que sonrío desde su altura por haberse salido con la suya.

—Te veo apurada, pitufa. ¿Necesitas ayuda?

—Ya que lo mencionas, no. Muchas gracias, amor.

Con mi marido nunca hago el ridículo, nunca, ni aunque sostenga con una mano la copa y con la otra arrugue el papel higiénico que debería pasar por mi entrepierna. No dispongo de una privacidad que merezco como mujer, como humana. No, por supuesto que no, cuando me casé con él le ofrecí en bandeja mi vida al completo para que pudiera manejarla a su antojo. Eso es lo que le hago creer... es lo mejor, porque realmente desearía pegarle una patada entre sus piernas y repetir los golpes hasta que comprendiera dónde está el límite de su obsesión compulsiva conmigo.

Sí, una patada en los huevos es lo que necesita mi marido para poner fin a... Oh, aquí no, en casa de sus padres no. Se ha agachado, Sebastian se ha arrodillado delante de mí. ¿Es que no huele a sangre? ¡Es repugnante!

—Te noto un poco nerviosa, querida.

—Para nada, querido —odio su sonrisa. Miento, no la odio, odio que se ría justo ahora. ¿No podía esperarse cinco minutos más? —¿Le importaría al señor abandonar el aseo para que pueda terminar aquí? Vamos, si no es mucha molestia.

—Estar de rodillas frente a ti sabiendo que te has bajado las bragas... permíteme Señora Trumper, pero es mi lugar favorito en el mundo.

—¡Sebastian no seas guarro, tengo la regla!

—¿Todavía? ¿No estás menopaúsica? —Es su nueva palabra del momento, y como suele pasar, cuando se aburra se inventará otra. Esta especialmente duele. No porque lo diga, sino por el hecho de hacerme mayor y toda esa mierda. El único que lo tiene aceptado es Bastian, él fue el más listo mentalizándose sobre su edad mientras nosotros le decíamos que era muy pesado. Y ahora me veo aquí, siendo quince años menos atractiva para mi marido que sigue siendo uno de los Trumper más imponentes de los seis. Se conserva como un niño pequeño, ¿qué ha hecho, un pacto con el diablo para ser igual de

sexy?

—Por favor, vete.

—¿Irme? ¿Qué haría yo allí abajo sin mi pitufa?

—Por ejemplo, —le sonrío disimulando que no estoy enfadada —educar a los gemelos.

—¿Educarlos para?

—¡No te hagas el tonto! El niño me ha dado una patada en la pierna. No es la primera vez que lo hace y ya nos han llamado la atención por él.

—¿Y?

—¿Y? ¡Qué te vayas del aseo!

—Le pediré a Bastian esos libros sobre mujeres menopaúsicas, ¡estás de un humor!

No me frunza el ceño Señor Trumper, no lo... ¡joder! Se ha volteado para darme espacio y no ha bromeado. Mi marido es de esa clase de hombre que te arrastra hasta su terreno, lo hace con su sonrisa, su mirada, su encanto... y cuando te convence de que estás babeando solamente por él desaparece. Se esfuma dejando un vacío inexplicable en tu interior. Es exactamente cómo me siento en estos instantes, por un momento me había hecho a la idea de verle ayudarme con la copa como suele hacer todos los meses. Y ha decidido que no, ¿está obediéndome? Oh no, ni se le ocurra al señor obedecerme mientras juega con mis sentimientos.

Seríamos como uno de esos matrimonios aburridos que conocemos. Lo bueno de casarme con el amor de mi vida es que nosotros realmente llegamos a ser parte el uno del otro. Tanto mi marido como yo fuimos buenos amigos, hablamos, discutimos y malgastamos muchas horas de nuestra extraña relación en acostarnos como si fuera la última vez. Funcionó mientras fuimos un par de dos que se amaban con locura, y dejó de funcionar en cuanto vimos la cara a nuestro niño Sebastian. Ese día nos cambió, sobre todo a mí. Pero eso no significa que tuviera que cambiar a mi marido también puesto que prosiguió siendo un hombre con alma infantil.

Sebastian se comporta como un caballero según la situación que lo requiera. Siempre está a la altura de las circunstancias sin pedírselo cuando hablamos de nuestros negocios o de amigos con los que no tiene confianza. Mi marido es una pieza exclusiva de este mundo siendo el mejor compañero de vida y el mejor padre que nuestros hijos puedan tener, pero también es cierto que se siente extremadamente feliz siendo él mismo bajando la guardia de la personalidad Trumper.

Es un bromista por excelencia. Ama bromear constantemente con sus hermanos, con mis cuñadas, con sus padres, con los niños... es el favorito de la familia por excelencia. Sebastian se divierte haciendo gamberradas con los pequeños, cuando algo sucede le regañamos solamente a él porque estamos convencidos que ha sido el culpable. No obstante, en casa no iba a ser menos. Mi marido es la única y exclusiva autoridad, parece ser que no me he ganado el respeto ya que nuestros hijos acuden a él si se trata de incumplir alguna norma impuesta para su educación. Los niños hacen lo que quieren, Sebastian los excusa por la edad y yo no tengo nada que hacer. Ellos ganan, ellos cinco

unidos ganan... aunque a veces me basta una mirada a Sebastian y acaba con aquello que no me está gustando. Lo que les pasa a los míos es que les encantan hacerme rabiar.

Con mi marido ocurre una sola cosa, y es que debajo de esa capa irritable Trumper hay un hombre que ha nacido para amar tan profundamente como otro cualquiera. Es detallista, siempre se acuerda de nuestros aniversarios, me manda mensajitos todo el día, hace el desayuno para los dos y me lo lleva a la cama, se encarga de poner orden en casa, me ayuda en el trabajo, pasamos juntos veinticuatro horas al día y en estos quince años me ha repetido lo mucho que me quiere. Yo también le amo, estoy enamorada a pesar de que su filosofía de vida y su forma de actuar me pongan nerviosa.

Ambos hemos aprendido a conocer los límites del otro, a respetarnos, a confiar en nuestro amor y a amarnos en pareja aunque creamos que somos diferentes.

—Pitufa, ¿pitufa? ¿Te encuentras bien?

—¿Qué? Sí, sí —¿todavía sigo aquí sentada con la copa en la mano?

—¿Te lavo ese chisme?

—No, no hace falta, luego lo esterilizo y... Sebastian, Sebastian.

Mientras enjuaga la copa menstrual me limpio a espalda de él. Por supuesto que busca mi sonrisa a través del espejo y por supuesto que se lleva el dedo corazón como respuesta, ¿podría dejarme un poco de intimidad? Se arrodilla de nuevo frente a mí y forcejamos como dos idiotas enamorados hasta que consigo hacerme con la copa.

Ha gruñido refunfuñando en mi boca, le he esquivado pidiéndole que abandone el aseo y él ha hecho todo lo contrario; ayudarme en mi posición y en la colocación de la copa.

Cuando finalmente me levanto después de tirar de la cadena, enjabono mis manos bajo el grifo y vuelvo a tener algo de poder sobre el hombre que intenta meterme mano. Sus labios son dinamita para mis ojos, por eso los cierro, porque seguramente me convertiré en una mujer muy débil si los veo fijarse en mi piel.

—Sebastian... Sebastian para...

—Eso no lo decías esta mañana en la ducha.

—Te lo digo ahora.

—¿Por qué manchas todavía? ¿Quieres tener a pitu? Porque no me he puesto ropa interior y... Rachel, ¿ha sido ese un ronroneo?

—No —sonríó secándome las manos y poniendo distancia en este diminuto aseo.

—¿No quieres a pitu o no ha sido un ronroneo?

—Las dos cosas, no. Negativo. Con los gemelos nos hemos plantado y lo del ronroneo ha sido un pequeño desliz.

—¿Querías hacer guarradas en el cuarto de baño sin mí? ¿Estabas cachonda?

—¡Sebastian! Baja el volumen de tu voz, alguien podría oírnos.

—Sí, y me dejarías por los suelos porque MI MUJER desea toquetearse sin mí.

—Pero... yo... ¡que no pretendía masturbarme! ¡Estás manipulando!

—Lo sé, —sonríe —es que eres tan sensualmente apetecible que me pasaría media vida si al final consiguiera que te abrieras de piernas y...

—¡Silencio! —Llego hasta él de puntillas para taponarle la boca. Mi marido me muerde, me ha puesto la piel de gallina y lo ha visto. Está siendo una justa victoria merecida puesto que no me importaría entregarme a él. Pero no será en casa de sus padres. —Abre la puerta y salgamos. Tu madre podría venir en cualquier momento.

—Que venga y que mire. A lo mejor le gusta que su hijo pequeño esté haciendo un bebé. Ella nos cerrará la puerta, no nos molestará durante al menos nueve meses.

—¿De dónde has sacado la idea de que vamos a tener otro bebé?

—De tu menstruación. Esa cosa sangrienta se te irá para siempre y ya no tendremos más bebés.

—¿Qué? Estás confundido señor le-robo-libros-a-Bastian. El hecho de que ya no manche no significa que mi fertilidad se vaya a la mierda.

—Espera, ¿podremos tener bebés aunque seas menopaúsica?

—Exacto, una mujer es fértil hasta el día que muere. Ahí dentro seguirá funcionando todo y la respuesta es no. No hay posibilidad de que tú y yo hagamos a pitu.

—Pero querías otra niña.

—Y tuvimos dos niños, —sonríe por no golpearle en la entrepierna —dos criaturas como dos demonios, Sebastian. ¡Tenemos que hablar seriamente sobre ello!

—¿Podemos hacerlo desnudos? Imaginarte desnuda no es lo mismo que si te destapas. Te prestaría más atención si pudiera verte las tetas mientras me sueltas la charla de cuánta maldad albergan en los corazones de dos niños de cuatro años.

—Cuatro, cinco, seis... ¡y los que tengan! Esos niños no paran de dar patadas.

—Esos niños están jugando con sus hermanos y primos en el jardín. ¿A qué viene tanto odio? ¿Es porque te rompimos tu colección de muñecos? ¡Tienes una tienda manga en dieciséis ciudades! ¡Sé un poco más respetuosa con el cariño que querían demostrarte tus hijos cuando te robaron tus muñequitos!

Mi lema en la vida es sonreír. Sonríe cuando mi hijo mayor me dice que quiere una cresta de color rojo. Sonríe cuando mi hija me pide que se quiere ir a vivir con mis cuñados, siendo o no una mentira. Sonríe cuando mis gemelos corren desnudos por casa y agreden con las piernas a base de patadas. Sonríe cuando mi marido comienza una discusión en la que defiende a todo el mundo menos a mí.

Sonreír es un refuerzo que me enseñó Nancy cuando su marido le prohibía salir a la calle por si sus tetas llenas de leche se infectaban con los gérmenes. Ella me enseñó rápidamente que cualquier Trumper es manipulable siempre que su mujer sonría. Lo hago. Hago un esfuerzo muy grande en poner de mi parte.

—¿Salimos, querido?

—Pitufa quiere golpearme las pelotas, ¿a qué sí?

—Pitufa tiene hambre. ¿Me dejas salir o me mantendrás encerrada en el aseo?

—No me des ideas, —entrecierra los ojos pensando —desnudarte, atarte, darte de comer y cuidar de ti sabiendo que...

—Se terminaron las bromas —le empujo para que se mueva pero el metro noventa no está por la labor.

—¿Conmigo se terminan las bromas pero con Nicolai no? ¿A qué horas habéis quedado?

—El viernes a las doce.

—¡Qué susto! Menos mal. Te llevaré al almuerzo y te recogeré a la hora del té.

—Doce de la noche.

—No.

—Sebastian.

—No.

—¿Todos los años vamos a tener la misma discusión?

—¿Todos los años tienes que salir a la fiestecita de ese niño? ¡Por no hablar de esa cosa que tú llamas vestido!

—Este año será diferente. Llevaré pantalones, compraré un candado, te dejaré la llave y lo abrirás justo cuando me recojas, nos vayamos a casa y hagamos el amor durante toda la noche porque tu madre nos hará de canguro. ¿Qué te parece?

—Eso de hacer el amor durante toda la noche, ¿se aplica a toda la noche?

—Se aplica a la profunda madrugada cuando haya pasado un rato divertido con nuestros amigos. Además, ¿de qué te quejas? Siempre apareces. Seguramente, depende de hasta dónde me ayudes quedaré con las chicas para cenar. No te estoy pidiendo permiso, Sebastian. Nunca te lo pido pero me gustaría que respetases que el viernes no estaré en casa.

—Aham.

—¿Podemos salir ya del aseo o quieres seguir hablando?

—Venga, acaba por destrozarme el corazón. ¿También has quedado esta semana con ese Fabián?

—Te he dicho un millón de veces que no sé quién es Fabián. No trato con él, trato con su empresa.

—La empresa en la que trabaja temporalmente.

—Oye Sebastian, me estás enfadando. Yo no tengo la culpa de que sea un cliente de tu... —me ha fruncido el ceño —del club que era tuyo pero que ya no lo es.

—Mucho mejor. Jodidamente mucho mejor.

—Así que no enloquezcas. Tus celos no son sanos. Si ese tío hace algún movimiento, tú, mi marido, lo sabrás el primero. Te lo prometo.

—Sebas lo echará de la ciudad.

—¿Y dónde ves el problema?

—En que no abres los ojos. No te das cuenta quién te corteja y quién no.

—A mí nadie me corteja, Sebastian. ¡Salgo en la prensa amarilla todos los días! Creo que toda la sociedad mundial sabe con quién estoy casada. Soy una Trumper, soy una Trumper y eso es lo que les molesta a todos.

—¿Y si intentara quedar contigo a solas?

—Te llamaré. Le pasaré tu número de teléfono.

—Bueno, —me amenaza con un dedo —espero que sea así o sino me veré obligado a ser un hombre malo.

—¿Cómo de malo?

—Del tipo desnudarte, atarte y encerrarte hasta que los gemelos vayan a la universidad.

—Con la mierda de educación que le estás dando no llegarán ni al instituto.

—Pitufa, retira todo ese odio que expulsas por la boca. Los gemelos son niños traviosos y si escucharas a mi madre te dirá que yo era igual. Con la diferencia que tenía que soportar a esos hijos de puta que me trataban como una mierda.

—¿No crees que tus hermanos y tú sois mayorcitos para seguir molestándoos?

—Hasta que me muera, Rachel. Ellos pagarán lo que me hicieron cuando era pequeño.

—Sois peores que los niños.

Mi marido y yo salimos del aseo mientras me susurra las trastadas que sus dos hermanos mayores le hicieron cuando era un crío. Tonterías de niños pequeños que Sebastian utiliza como excusa para meterse con ellos. Son iguales, excepto Sebas que a veces se contiene, Bastian y mi hombre aman encararse hasta el punto de rozar sus narices.

Precisamente mi cuñado Bastian entra en casa seguido por una Nancy sonriente. Ambos están comportándose últimamente de un modo extraño, a ella la he notado diferente y mi cuñado luce especialmente alegre. Poseen un brillo mágico que solamente ellos entienden. Hace un par de noches nos pidieron que nos quedáramos con los niños, solemos decirnos dónde estamos cuando hacemos de canguros pero esa vez no fue así; Bastian arrancó el coche y mi cuñada bajó la escalera de casa rápidamente anunciando que los niños hacían deberes en sus habitaciones y añadió que no tardarían. De hecho apenas tardaron, le pregunté a Nancy y dijo que tuvieron que ir urgentemente a la oficina a por unos documentos importantes. Sebastian y yo no les creímos, a cambio por la mentira, ambos decidimos dejar a nuestros hijos con ellos y nos fuimos a cenar y a disfrutar de una velada romántica.

—¿Adónde vas, hermanito? ¿Te has tomado la pastillita?

—¡SEBASTIAN TRUMPER!

Se han pegado cuerpo a cuerpo, mi marido retando a su hermano y mi cuñado cayendo en sus tonterías. Nancy se distrae regañando a uno de mis gemelos que ha entrado precisamente en la casa para propinarle una patada.

—¿Te recomiendo una crema para las arrugas? Veo unos millones alrededor de tus ojos.

—Juro por mi familia que ganaré esa apuesta.

—No insistáis ni tú, ni Sebas. No estrenaré el panteón familiar.

—Eh vosotros, parad de hablar de muertes.

—¿Has escuchado a mi esposa? ¡No hagáis apuestas a mi espalda!

—¿Quién te ha dicho que es a tu espalda? ¡Lo sabes, imbécil!

—¿A quién has llamado imbécil, abuelo?

Bastian levanta el puño pero hay un poder más grande que dos hermanos Trumper, sí, la madre de un Trumper.

—¿ES QUE NO ME HABÉIS OÍDO? ¡AL JARDÍN TODO EL MUNDO! ¡YA!

—Madre, dile a tus hijos que no hagan apuestas sobre mí.

—¡Ha empezado él metiéndose con mis arrugas y me ha dicho abuelo!

—No olvides añadir eso de la pastillita, es normal que ya no se te levant...

—¡SILENCIO! Vosotras dos, afuera también.

—Margaret, ems, necesito ir al aseo.

—Ve tú sola, Nancy.

—¡Yo iré con mi mujer! ¡Me necesita!

—Tú te vas fuera con el resto de la familia. Vuestro padre ha hecho otra ronda de carne.

—Nancy, cuñada mía, ¿te comerás otro bocadillo? Tus tetas están engordando y...

Mi cuñada rueda los ojos, estira su brazo y me engancho sonriente porque los hermanos se están pegando para no variar. Permitimos que Margaret se haga con ellos mientras ambas nos preguntamos cómo siguen Sebas y Jocelyn. Se han aislado completamente de la familia, piensan que no nos daríamos cuenta pero la seriedad de ambos reina en la mesa. Él suele sentarse junto a su padre, casi liderando la mesa y Jocelyn es la tía favorita de la familia. Los niños acuden a ella para pedirle permiso siempre que quieren incumplir alguna norma, y Joce, toda calmada, dulce, adorable y sonriente les hace entender que deben obedecer a los adultos.

—Poned vuestros culos en asientos separados —ordena Margaret a sus hijos. Parecen niños, se retan con la mirada y casi nunca llegan a pegarse de verdad. Demuestran quién es el más fuerte estirando la ropa o rodando por el suelo.

Mi suegro ha puesto dos bandejas enormes de carne que acabarán en la barriga de

Nancy, luego se ejercitará con su marido en el gimnasio y seguirá igual de delgada. Yo no corro tanta suerte, voy haciéndome mayor e intento mezclar la carne vegana con la adobada y evitar el pan. El pan es mi mayor enemigo.

Sebastian se encarga de nuestros hijos mientras que yo me limito a preparar mi plato. Sí, cada Trumper se organiza en esta enorme mesa. Estoy sentada entre mi sobrina Nadine y ahora acaba de caer mi hija Rachel junto a mí. He alcanzado un plato limpio que pongo delante de ella y le voy partiendo la carne que va eligiendo, aunque normalmente come patatas fritas siempre se decanta por alguna que otra salchicha casera que cocina mi suegra.

Las pataditas debajo de la mesa llaman mi atención cuando dejo el cuchillo, acomodo a la niña y me giro completamente para enfrentarla.

—¿Necesitas algo, Nadine?

—Sshh, disimula. Tu hijo ha salido antes diciéndole a tito Sebastian que has hablado con un hombre por teléfono. ¿Cómo te has hecho con él?

—Esperaba una llamada importante y la abuela me ha dado permiso para coger el móvil.

—Eso es trampa, —susurramos disimulando —es injusto que tú puedas tenerlo y nadie en la familia no.

—Ha sido una ocasión especial. Te aconsejo que no intentes nada, tu padre y tu tío se han peleado y no es el momento.

—¿Peleado de verdad o de mentira?

—¿Cuándo se han peleado de verdad? Son como niños.

—Entonces tampoco estará tan enfadada.

Nadine es una Trumper, una buena Trumper que tiene razón. Si no se han peleado ella no se habrá enfadado tampoco. Mi sobrina necesita el móvil para vivir, sus padres controlan mucho su obsesión con estar conectada porque realmente es la única de la familia que ha conseguido un premio a la más seguida en las redes sociales. Casi sobrepasa los doscientos millones, es incluso más famosa que su padre y es seguida por algunos paparazzi cuando no conseguimos darles el suficiente dinero como para que nos dejen en paz. De momento no pueden hacer nada porque es menor de edad, pero en cuanto cumpla la mayoría la niña tendrá el mundo a sus pies ya que se ha ganado a sus seguidores por ser una Trumper de pura raza.

Sabe lo que quiere, cómo lo quiere y por qué lo quiere. Bastian babea con su hija mediana porque esta juega con el mismo argumento de siempre acusándole de que su hija favorita es su hermana y el favorito de su madre es el niño. No podía estar más equivocada. Esos dos matarían por igual por sus tres hijos, sin elecciones, simplemente ella no comprende que cada uno es tan diferente al otro que son tratados según sus necesidades. Como Nadine es experta en jugar con la mentalidad de cualquiera para hacerse con la suya, la tienen especialmente controlada, educan a la niña en base a su presente y futuro dado que pronto será el objetivo de demasiadas personas que la querrán usar. Es inteligente, creo que de esa familia es la que más, pero hoy en día sigue siendo una niña y piensa que tiene veinte años.

—Abuelita Margaret, abuelita Margaret —ya he resoplado, mucha suerte Nadine. Justo le decía que no era el momento.

—¿Abuelita, qué eres, una niña pequeña?

—¡Cállate enano!

—Nadine.

—Ha empezado él, papá. Claro, como aquí todo el mundo tiene un favorito y yo no soy la favorita de nadie. Menos mal que tengo a la abuelita Margaret, tú sí que me quieres, ¿a qué sí?

—¡Quiero a todos mis hijos, nueras y nietos por igual!

—Pero un poquito más a mí —la está arrinconando emocionalmente mientras el resto de la familia miramos cómo se desenvuelve este cruce de palabras.

—A ti por igual que a tus hermanos y primos.

—Ah, qué tonta he sido. Perdona. Pensaba otra cosa.

—¿Qué otra cosa? —Nos reímos porque Margaret ya ha caído y no se ha dado cuenta.

—Por un momento me sentí tu favorita porque tú sí eres mi abuela favorita. Pero no pasa nada, tengo otra abuela; mi abuela favorita Nadine. Oh, —esta niña finge muy bien —si las dos nos llamamos igual. Compartimos nombre. Gracias papá y mamá por nombrarme como mi otra abuela. Para ella seré la única porque solamente tiene tres nietos, yo me llamo igual... ya sabes.

—Madre, sé fuerte, no permitas que te manipule —mi Sebastian haciéndole la pelota a mi suegra que ha enmudecido.

—Margaret, parece mentira que no la conozcas.

—Ahí está mi madre defendiendo a su suegra antes que a mi abuela favorita y a su hija no tan favorita.

—Anda, cógelo y termina tu hamburguesa vegana.

—¿Puedo? —Nadine se levanta sonriendo.

—Si ella puede yo también quiero mi móvil —añade Dulce Bebé.

—¡Es injusto! Tú tienes línea de datos más tiempo que yo y a mí se me activa justamente a las dos. Los domingos a las dos de la tarde.

Nadine se disponía a recoger su móvil como cada domingo.

—Cuando comas —añade Bastian señalándole su asiento.

—Papá, ya he terminado. Las super modelos comen lo estrictamente necesario para...

—Y yo te estoy diciendo, estrictamente, que te sientes y acabes la comida que has puesto en el plato.

—Si fuera la favorita de mamá ella se la comería por mí, pero como no lo soy...

—¿Qué os pensáis? ¿Que como demasiado?

—Sí.

—Aham.

—Efectivamente.

Todos asentimos afirmando que es cierto. Mi cuñada Nancy es una mujer de comer, echa la culpa a los pasteles de su madre pero la verdad es que siempre ha sido la que más ha comido en la familia. Mi marido y ella.

—¿Abuelita favorita que no es mi otra abuelita Nadine, puedo ir a por mi móvil y acabar de comer en mi habitación?

—Anda, ve y haz lo que te haga feliz.

Cuando mi sobrina grita todos los niños también lo hacen y automáticamente se forma un descontrol porque vuelven a sus juegos. La única que se mantiene en silencio es Dulce Bebé que ha susurrado a su madre que le pase el móvil que guardaba en su bolsillo. Es a la única que se le permite porque es la mayor y más responsable, siempre lo esconde o está sola para utilizarlo sin que nadie lo sepa.

Los niños se han olvidado de almorzar mientras les vemos rodar por el jardín y recuperar las normas del juego al que estaban jugando.

—Pitufa, no podemos educar a nuestros hijos con mi madre delante.

—Ahí te doy la razón, querido. Ella es un poco blanda cuando se trata de sus nietos.

—Yo no soy blanda. Son niños, su obligación es jugar.

—¿Cómo puedes caer en la misma trampa cada domingo?

—No sé de qué me estás hablando.

Margaret me lanza una miga de pan que cuele en mi escote. Mi marido rompe a reír y mis cuñados también, se han unido a nosotros Sebas y Jocelyn que han relajado su tensión para ver cómo saco el pan de mi escote. Mi suegro es el único que no nos acompaña, le habré visto unas dos veces en mi vida sonreír y creo que las dos veces estaba soñando.

Las barbacoas en casa de los Trumper siempre son divertidas. Adoro los domingos.

Capítulo 10

MI ESPOSA RACHEL

SEBASTIAN

Pitufa me ha dado con la puerta en la nariz y compruebo que no me ha hecho sangre. Ella puede transformarse en un monstruo mutante cuando se enfada a niveles desorbitados, justo como ahora. La pobre está sufriendo un proceso largo, lento e interminable con la menopausia. Mi esposa necesita mi apoyo, me necesita y no pide ayuda porque sus intereses se centran en su egocentrismo absoluto. Un jodido hábito que ha aprendido de los Trumper.

—¿Pitufa? ¿Amorcito? ¿Tesoro? ¿Cariño mío? ¿Quién es la mujer más hermosa de este y de todos los mundos mundiales? Tú, mi amor. Solamente tú.

—¡QUIERO EL DIVORCIO!

—Esa no es la actitud, jovencita. La respuesta sería que yo también soy tu amorcito para el resto de tu vida.

—¡VETE!

—Sin ánimo de lucro, mi preciosa esposa, pero ya me encuentro en el otro lado. Tú estás dentro y yo fuera. Me repito, sin ánimo de lucro, ¿adónde deseas que me vaya?

—¡CON TU MADRE! ¡LLÉVATE A LOS NIÑOS Y OLVÍDAME!

—Pitufa, amor mío.

—¡QUÉ TE CALLES!

—¿Papi?

Separo mi cuerpo de la puerta en la que me apoyaba ante el nombramiento de uno de mis chicos. Mi hijo pequeño, vestido sólo con sus calzoncillos, chupaba una piruleta que ha dejado a medio olvidar en su mano. Rachel y yo procuramos discutir siempre fingiendo entre sonrisas o por la noche cuando nuestros retoños duermen. Pero lo de esta tarde se ha escapado de control, he ordenado a los niños que vean una película en el cine y uno de mis gemelos ha subido a la quinta planta donde se ha encerrado su madre.

—Campeón, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Y mi mami?

—Tu mami está ocupada en su vestidor.

—¿Por qué estás gritando, papi?

—Ven aquí, —me agacho admirando orgulloso al hombrecito que arrastra sus pies hasta mí y beso su cabeza —las mujeres pasan por diferentes etapas en su vida y...

—¡Sebastian, te estoy escuchando!

Pitufa para esto sí me escucha, para otras cosas se hace la despistada.

—Como decía, las mujeres son muy sensibles cuando cumplen ciertas edades y los papás tenemos que atenderlas especialmente.

De repente, mi esposa, toda ella con un albornoz rodeando su hermoso cuerpo, me mira y me quita años de vida. Ladea la cabeza acelerando el paso, coge al niño en brazos y se vuelve a encerrar en su vestidor.

—Te diré la verdad, hijo, ¡nunca te cases!

—Eh, eso ha dolido. Vamos Rachel, ¿no crees que estás exagerando?

—¿EXAGERANDO?

Mi mujer ha vuelto a abrir la puerta de su vestidor, esta vez me ha empujado hasta en tres ocasiones en las que he tenido que retroceder. Levanta su pierna para golpearme en la mía, ¿de dónde habrán visto eso lo gemelos? ¡Luego me culpa! Soporto la bronca de mi mujer ante esos ojos cristalinos divertidos de mi hijo que sonrío viendo a su mamá dominándome como quiere.

—Mamá y papá están jugando —procuro sonreír para que nuestro hijo no crezca

entre un padre y una madre que discuten por niñerías. Porque esto es una niñería.

—¡Vete con los niños y déjame en paz! —Se ha agachado para besotear a nuestro hijo, ¿a él sí y a mí no? ¡Me siento ignorado! —Mi amor, regresa con tus hermanos. Pediremos pizzas y luego podréis comer un poco de chocolate.

—¿CHOCOLATE? ¡Eres la mejor mamá del mundo!

El niño salta brincando yéndose hacia abajo mientras grita que cenarán pizza y que mamá les ha dejado comer chocolate. Una estrategia totalmente Trumper para alejar a mis pequeños de mí. Esta es pitufa, pitufa siendo idénticamente a mí cruzándose de brazos.

—Vete, ya has hecho suficiente.

—Rachel, no ha sido para tanto.

—¿Lanzar mis vestidos de noche a la piscina no ha sido para tanto?

—¿Cuántas veces no hemos hablado de prepararla dado las buenas temperaturas?

—¿Y eso te da derecho a estropear mi ropa?

—Te compraré más.

—¡Yo no quiero más, quiero conservar lo que es mío! Si querías que me quedara en casa esta noche tan solo tenías que habérmelo pedido.

—¡TE LO HE PEDIDO!

—¡Qué no me grites! ¿Me has pedido que me quede en casa o me has amenazado con que salga a la calle desnuda antes de ponerme un vestido para el cumpleaños? ¡QUE POR CIERTO TÚ ESTÁS INVITADO!

Puede que haya tenido un poco de culpa con eso de lanzar a la piscina sus trajes de noche. ¿Pero quién me comprende a mí? Pitufa no es una mujer como las demás, ella no es como todas sus amigas ni mucho menos como mis cuñadas. Rachel es un bombón en potencia, un cuerpo de espectáculo que los hombres olfatearán a distancia y harán movimientos ilegales sin preguntar. Sus labios exigen ser besados cada cierto tiempo, sus ojos te miran fijamente y provocan que te arrodilles, y su personalidad es como un imán que te arrastra a ella olvidando el uso de la razón. Cualquier humano que desee encontrar a una mujer increíble pondrá sus zarpas alrededor de mi pitufa, de MI ESPOSA.

—¿Dónde está la mujer con la que me casé? Ella hubiera elegido pasar una noche con su familia en vez de salir por ahí a...

—¡Cuidadito Trumper, cuidadito que duermes en el sofá!

—Si ese es mi castigo lo cumpliré encantado, —ahora sí, ahora viene lo mejor —pero no me culpes de protegerte de todos los hombres que pondrán un ojo sobre ti mientras tú sales a la calle metida en uno de esos trajes ¡que no te caben!

Ha abierto la boca. Me soltará una bofetada, me la merezco. Venga pitufa, hazlo antes de que te haga el amor contra la puerta con la que has golpeado mi nariz. Estoy esperando. Vamos, vamos Rachel.

NO. NO. NO. No lo hagas. No... sí, está humedeciendo sus ojos. Ha retrocedido

hasta su vestido y por primera vez todo se ha ralentizado en mi retina. Pitufa no ha reaccionado, espera, ¿cuándo dejó esto de ser divertido? Se supone que discutíamos, una discusión de dos y ya no es divertido cuando la otra parte no forma parte de la misma. Rachel no solamente se ha enfadado conmigo, sino que he logrado herirla y que esté llorando sentada en su diván donde justamente hicimos a mi pequeña pitufina.

—Rach, pitufa, te prometo que te compraré exactamente todo lo que se haya mojado. Lo verás mucho mejor mañana por la mañana cuando te levantes y compruebes que no ha sucedido nada.

—Esta noche dormiré en casa de morena —odio tanto a esa gemela como el odio que ella siente hacia mí. Me tiene completamente fichado, siempre está a la espera de nuestro divorcio y no me gusta que mi esposa ande con ella, se lo he comentado a mis hermanos y ellos me dijeron que no pueden hacer nada porque sus esposas también son amigas de esa jodida rata de cloaca.

—¿Por qué quieres dormir en otra casa que no sea la tuya?

—Porque necesito estar sola.

—¿Sin los niños?

—Sin los niños.

Resoplo mordiendo los dedos de mis manos mientras doy vueltas por el pasillo. Pienso en cómo puedo solucionar esto, ya no se trata de la acción en sí, se trata de mi esposa deseando irse fuera de su propia casa.

Nunca me han caído bien los amigos de mi mujer, pero al que más odio es a Nicolai. Es el típico amigo favorito de todas porque siempre abre su corazón contando lo mucho que desea el amor y lo mucho que fracasa en sus relaciones. Cuando quedan juntos ahí está él, muchas veces lleva a una mujer colgando de su brazo para que las mujeres vean que se esfuerza y a la semana siguiente ha terminado la relación. Nicolai es mi peor enemigo seguido de la gemela morena. Es la peor de todas las amigas de mi mujer, la peor de todas, incluso su hermana rubia es divertida.

Ella no lo es. Nunca ha sido mi favorita y nunca lo será.

Rubia está saliendo con Bibi. Ellas jugaban al principio y se lo tomaron como algo casual, pero nos sorprendieron a todos encontrándonos una invitación de boda a la que asistimos como padrinos del acto. Me sentí orgulloso de rubia, es risueña, coqueta y una mujer en quién confiar. Su hermana... su hermana es el mismísimo diablo. Por eso me molesta que Rachel nombre a los niños como un diablo porque la imagen que me viene a la mente es la imagen de morena. Ella es una mujer que malmete entre mi pitufa y yo, creía que sus bromas eran generalmente como las mías, inofensivas, y no son así. Morena dice lo que dice desde lo más profundo de su alma, esa desea que su mejor amiga se divorcie para recuperarla y llevarla de fiesta cada noche. Ver cómo arrastra a mi mujer hacia ella saca lo peor de mí, y es justamente lo que ha sucedido esta misma tarde.

Se suponía que mis padres se quedarían con los niños, que nosotros seis íbamos primero a cenar y luego a hacer acto de presencia en el cumpleaños de Nicolai. Todo estaba planeado, nos estaba yendo perfectamente bien hasta que Rachel ha recibido la

llamada de morena porque ella la necesitaba. Entonces pitufa ha cambiado los planes, ha dicho que se vestiría en casa ajena a la suya y que se reuniría con nosotros en el restaurante. ¿A qué mierda ha venido eso? ¿Qué es lo que intenta hacer esa mierda de tía? ¿Cuándo se dará cuenta mi esposa que nos están intentando separar? Claro, si fuera una tía buena la que me estuviera acosando YO sería el malo, pero como es tan solo morena tengo que aceptar a esa gilipollas malmetiéndose entre nosotros.

Rachel se hace la ofendida, pero quien verdaderamente se ha enfadado he sido yo. Le he dicho que no para protegerla de morena, si hubiera sido rubia u otra de sus amigas o cuñadas, yo lo hubiera aceptado porque no amo nada más en la vida de mi esposa que hacerla feliz y hacerla sonreír. Pero pitufa no ha puesto de su parte, hemos tenido un pequeño malentendido tan pronto ella ha dicho su última palabra y preparaba la pequeña maleta que usa siempre que salimos por una sola noche. Entonces he hecho lo que un buen marido haría, protegernos de aquellos quien nos quiera ver divorciados, y he voleado la mayoría de los trajes lanzándolos a la piscina.

Me preocupa sinceramente cómo haya podido afectarles el acto a los niños. Ellos estaban jugando en la sala recreativa ajenos a que su madre y yo discutíamos, pero cuando me han visto cargar con la ropa me han seguido y se han reído de lo que he hecho. Apenas les escuchaba, mi único objetivo era impedir que mi esposa se marchara con la garrapata de morena. ¿Y ahora me ha dicho que dormirá esta noche en su casa? La felicito, felicito a esa jodida mujer porque ya ha logrado lo que se había propuesto.

Cuando Rachel aparece en la sala de cine pausa la película y capta la atención de todos.

—Niños, mamá se va un poquito antes que papá. Los abuelos os irán recogiendo en gru...

—Papá ha dicho que se queda con nosotros. ¿Se puede venir prima Maggie a dormir?

—Rachel, dudo que papá permanezca en casa porque tenemos un cumpleaños.

—¿Podemos comer pizza y chocolate?

—Sí, es viernes, ¿por qué no? ¿Vais a venir a darme un beso u os tengo que chantajear?

—Chantajear —gritan mis hijos mientras me salgo de la sala de cine. Nos ha pausado la película y su intención era claramente interrumpirnos.

Quiero esconderme en otra habitación porque odio ver la marcha de Rachel. No importa a dónde vaya o con quién, la imagen de ella con una maleta y sin mí me entristece tanto que nadie me comprendería.

—Sebastian, —sigo subiendo la escalera aunque ella siga nombrándome — Sebastian. De acuerdo, ¿ahora soy yo la mala? Dile a tu madre que organice a las niñas que... ¡Increíble! ¿Me ignoras? Está bien, pues si vas a la fiesta no quiero mierdas y si te quedas en casa como un niño pequeño no me esperes despierta.

¡No soy un maldito niño pequeño! ¡Que tú seas tan ciega no significa que yo lo sea! Se ha ido, Rachel ha arrancado el coche y se ha ido. ¿Qué mierda haré esta noche?

Morena ha ganado. Ella se ha llevado a mi esposa, no he podido marcar territorio porque mi mujer la ha elegido por encima de mí, de su familia. ¿Dormir sin mí? Sería la primera vez en todos estos años. Nunca hemos dormido separados, ¿fuera de casa?, sí, pero juntos haciendo de canguros, en hoteles, en Dakota, de acampada o donde hayamos querido. Juntos para siempre y hasta que la muerte nos separe, o esa gemela disfrazada de humana.

—Papá, la abuela está al teléfono.

Palpo los bolsillos de mi pantalón de pijama creyendo que lo llevaba conmigo. Cuando yo estoy en casa me olvido de todo y me centro en mi familia, que son los únicos que me importan. Madre y padre se han dividido esta noche, han hecho un grupo de dos y se suponía que madre recogería a mi hija y padre a mis chicos. Se juntarán los primos en el Paraíso Trumper, a estas horas estarán dando viajes para reunirlos.

—¿Qué querías, madre? Volved a la sala, ¡Sebastian, no pegues a tu hermana!

—Ella me ha pegado antes.

—¡Silencio! ¿Madre?

—A este chisme se le ha bajado el volumen. He recogido a Maggie, a Jocelyn y ahora le toca a tu niña. ¿Está preparada? —Miro el reloj, han iniciado la recogida a la hora acordada. Yo miro a mi hija desde aquí fuera mientras la veo agredir a los gemelos. Es una niña muy mimada.

—Sí, supongo que sí. Su madre ha hecho la maleta para todos —es experta en hacer eso. Y la mejor en abandonar a su familia sin sentir remordimiento. Podría haberse esperado a que los niños se marcharan con sus abuelos, pero no, ella ha tenido que salir corriendo la primera para atender a su amiga.

—Hijo, ¿sigues ahí? Jocelyn, habla con tu tío que no escucho nada.

—¿Tito Sebastian?

—No hace falta que vengáis, me quedaré esta noche con los niños.

—Dice el tito que no vayamos porque se quedará con los primos.

—¡Pon el intermitente! ¿Es que no lees las pegatinas de ‘bebés a bordo’?

—Abuela, te ha dicho que eres una vieja.

—¿Me lo ha dicho? ¡SERÁ HIJO DE...!

—Eh, que os estoy oyendo. Juce, dile a la abuela que se ponga al móvil. Espero que no te haya dejado en el asiento delantero. Aunque seas alta no te da derecho a ocupar el asiento de los niños mayores.

—Tito, la abuela me ha sentado en una silla. Mi padre ha instalado las sillas para las tres.

—Muy bien hecho.

—¡Yo no soy una niña!

—Tienes diez años, ¡eres una niña!

—Abuela, ponte al teléfono con tu hijo NO favorito.

Arrugo la boca porque los rumores de que ellos son los favoritos corren como la pólvora. ¿Quién habrá tenido la culpa? Yo no. Yo digo la verdad, otros lo dudan o lo rumorean. Esa niña en un par de años será tan alta que golpeará mi nariz, y ella llegará a hacerme sangre, no como mi esposa. ¿Ah, tengo esposa? Como se ha ido de casa a lo mejor ya no quiere pertenecer a esta familia.

—Estoy en el semáforo, a cinco minutos.

—Si vivimos casi mansión contra mansión, ¿dónde habéis ido?

—¿A ti que te importa? ¡Cosas de chicas!

—¿Sin mi hija?

—¿Cómo que sin tu hija? ¿Es que acaso sabes adónde hemos ido?

—Pe...

—¿Qué estoy hablando yo, jovencito! Cuando tu madre habla tú te callas, ¿entendido?

—No hace falta que vengáis a recoger a mis hijos. Me quedaré con ellos.

—Como en cinco minutos no tenga a la niña esperando en la puerta te juro que te enteras de quién es tu madre.

—Hablo en serio, no estoy de humor. Rachel se ha ido y yo me quedaré con los niños.

—Cinco minutos. Corta, corta la llamada Jocelyn que no veo. ¡Qué ya arranco! ¡Sí, tengo los mismos ojos que tendrá tu put...!

—¡MADRE!

—Auh, tito Sebastian no grites.

—Espero que tu abuela no haya finalizado la frase.

—¿La frase de los tacos?

—Cuelga antes de que me enfade de verdad.

Si cuando decimos que madre no debería conducir es por algo. Tiene severos problemas de criterios en la carretera, podría ir de un extremo a otro de la calzada atropellando a todos que convencería al mundo de su total inocencia. Es una mala influencia al volante.

Bueno, se ve que hoy no tengo autoridad en mi familia y las mujeres mandan. Así que los niños se irán con sus primos, mi esposa dormirá fuera y yo me quedaré en casa solo porque sí.

He perdido el interés en salir a por mi esposa, de todas formas confío en ella y en mis dos hermanos que cuidarán de mi Rachel como buenos Trumper porque yo no estaré allí para verlo. Era divertido cuando la imaginaba saliendo de casa agarrada de mi mano, paseando enamorados hasta nuestro coche y yendo a una cena familiar adulta. Sin niños,

que es raro reunimos sin ellos porque siempre consiguen uno o dos engancharse a nosotros. Más tarde asistiríamos a la fiesta, nos tomaríamos unas copas que podría tomar en casa con mi mujer, tendría que aguantar ver a mi mujer bailar cuando podría bailar en casa y terminaríamos a las cuatro de la madrugada acaramelados en un rincón de la fiesta cuando podríamos intimar en casa. Así son los cumpleaños, las fiestas y las mierdas a las que nos invitan y que me veo obligado a asistir.

Para mí la felicidad al completo es quedarme en casa con mi esposa e hijos. Antes amaba ir de un lado para otro con todos ellos pero últimamente disfruto un millón de veces más con las edades de los niños. Lo pasamos bien en casa, los niños son felices y juraría que mi esposa lo es también, ¿lo será? Sí, lo será. Ella tiene que serlo, y si no lo es iremos en busca de nuestra pitu. Amamos a nuestros gemelos, pero ambos íbamos buscando una niña porque ella se empeñó en soñarme cargando con una niña bebé. Haré lo que sea, haré lo que esté en mis manos con tal de que Rachel no elija a los demás por encima de nuestra familia. Me rompe el corazón.

—La abuela, la abuela, la abuela.

Tecleo el código para abrir las compuertas. Le digo a mi hija Rachel que se porte bien mientras le ayudo con el abrigo. A los niños les recuerdo que se vistan porque mi padre vendrá enseguida. En cuanto pitufina abre la puerta se reúne con Maggie ignorando a su abuela y me percató que otro coche aparca detrás del primero; es padre con mi sobrino Sebas.

—Abuela —los gemelos acuden a la llamada de madre que les dice a todos que tiene unas bolsas de golosinas.

—Padre, ¿qué haces aquí? —¿Me ha gruñido? ¿Para qué pregunto? Mi padre tampoco se fía de mi madre y estoy seguro que la ha estado siguiendo.

Con la ayuda de mis padres organizamos a los niños dentro de los coches. Mi hermano se ha ocupado de poner sillas, Sebas es un poco exquisito cuando se trata de montar a los críos en las sillas. ¡Le voy a regalar una de esas sillas por Navidad!

De repente me veo como un jodido perdedor alzando la mano mientras me despido de los dos coches. Tecleo el código de seguridad cuando las luces se alejan de mi propiedad y todas las compuertas se bloquean.

Resoplo encaminándome hacia la sala de cine para apagar la pantalla. Odio sentirme solo, odio que mis hijos se hayan ido y odio que mi mujer me haya abandonado. Cuando Bastian pasó por una mala racha en su vida alegaba que la soledad le mataba y era su peor prisionera, pero al mismo tiempo decía que era necesaria para recuperarse de aquello que le estaba destruyendo. Él siempre ha sido un bestia que ha conseguido lo que se ha propuesto, fue el primero en la familia que tuvo los santos cojones de enfrentarse a nuestros padres y abandonar el domicilio familiar, y no sólo abandonar, dejarnos tirados para darse palizas en los callejones y cobrar por ello.

Se hizo con uno de esos agentes que le inscribía en pequeños campeonatos de lucha, mató a mamá de un disgusto pero había algo en mí que le admiraba como nunca he admirado a nadie. Jamás se lo contaré porque se reirá de mí. Nos ofreció todo lo que tenía, consiguió que Sebas se matriculase en la universidad de derecho más importante del país y

conmigo tenía una especial relación que acabó en cuanto se alejó.

Bastian cambió. Cuantos más campeonatos ganaba, menos familiar se convirtió y hasta se olvidó de quiénes estuvimos ahí para él. Trataba con nosotros, nos llamaba, estaba para todos y se preocupaba por madre, pero no era lo mismo. Leía en las noticias de prensa amarilla aquello que no quería leer; entre otras cosas que se follaba a las mujeres y las olvidaba. También que no acudía a sus entrenamientos y que si ganaba los campeonatos era porque lo había ganado el año anterior. Mi hermano nunca supo cuán consternados nos encontrábamos en la familia porque él solamente se preocupaba de su culo, conforme pasaban los años y yo crecía supe exactamente por la mala racha que pasó dado que se sintió una mierda en un mundo de gigantes.

Por eso conozco de primera mano el sentimiento de soledad, el sentimiento de no tener a nadie a tu lado que te golpee la espalda o te abrace cuando lo necesites. A alguien de verdad que te ame con locura por encima de un apellido o de los números en la cuenta bancaria. Encontré a mi esposa por rebote, porque era amiga de Nancy y porque ella me volvió loco. En cuanto la vi supe que iba a ser mía, que también tenía que trabajar duro para que viera que no soy como mis hermanos porque por supuesto soy mejor. Nos costaron discusiones, peleas y separaciones, pero finalmente la conseguí; primero la embaracé y luego la conseguí. O fue al revés. No lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es que ella necesitaba mi jodido sí para todo cuando ella ya lo tenía, sería su novio formal, su prometido, su marido y el padre de sus hijos. Pitufa era un poco exigente, tuve que rebajarme un poco para que comprendiera de una vez por todas que ella ya era mía.

Imagino a Bastian sentado en la cama como me encuentro yo. Viviendo aquella locura de vida rodeado de gente que sólo le admiraba por ser quién era. En mi caso es diferente porque es mi mujer abandonándome y mis hijos yéndose con sus primos, pero me siento igual, igual. Toda la tristeza me está machando ahora mismo. ¿Por qué todo se me tuerce a mí? Se suponía que mi hermano mayor tenía mala suerte con eso de las relaciones y Sebas lloraba la huida de Jocelyn, ¿por qué me ocurre esto si ya formé mi familia? ¿Discutirán ellos con sus esposas? ¿Se sentirán mal como yo? ¿Les harán caso o se mantendrán fieles a sus mujeres? ¿Qué jodidamente hago?

—Sebastian, descuelga el teléfono —esa es Rachel dándome órdenes a través del altavoz del teléfono de casa. Me levanto apretando el dedo en el sistema colgado de la pared y lo atrapo en mi mano derecha llevándolo a mi oreja.

—¿Sí?

—¿A qué hora vienes? —¿Está con morena o en el restaurante? Oigo voces.

—Mis padres se han llevado a los niños al Paraíso Trumper. No creo que vaya a la fiesta.

—¿Ni siquiera al restaurante?

—Tampoco.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

—Yo debería estar enfadada no tú. ¡Te has cargado mis vestidos!

—Te compraré más. Me dedicaré esta noche a sacarlos de la piscina y te los compraré. Si los encuentro, mañana a primera hora vendrá un camión y te repondré el vestidor. Te lo prometí.

Pitufa me ha colgado. Tengo un poco de culpa por eso de volear sus cosas, pero mi mujer tampoco está poniendo de su parte y yo también estoy enfadado con ella.

El timbre del teléfono suena de nuevo y veo la foto de mi hermano Bastian en la pantalla que instalé exclusivamente en mi casa, así vemos las caras de quienes nos llaman si alguna vez olvidamos el nombre. Un sistema que necesitamos porque nuestros hijos suelen mentirnos sobre quienes están al otro lado de la llamada.

—¿Te ha mandado Rachel?

—¿A ti qué mierda te pasa?

—Bastian, cuando tú te sentías solo antes de conocer a Nancy, ¿cómo hacías desaparecer ese dolor?

—Pegándome en la cara.

—Mentira.

—Es lo que te pasará como no muevas el culo y atiendas a tu mujer.

—¡Eres un desconsiderado! Ella ha decidido irse, no seré yo quien se lo impida.

—Rachel ha llamado a mi mujer, por lo que eso respecta, si es problema de mi mujer es mi problema. ¡Deja de lloriquear, llámala y sal de tu puñetera casa!

Me ha colgado. Mi hermano me ha colgado. ¿Es una nueva moda? Siempre me meto con ellos porque se lo merecen, pero normalmente tengo a las mujeres de mi parte porque aprecian mi encanto. ¿Por qué no me ha llamado Nancy? Ella sí me entendería. No, Jocelyn lo haría. Eso es.

Dejo de teclear en el cuarto número tan pronto me acuerdo de que se ha enfadado con mi hermano, la pobre ya tendrá suficiente con aguantarlo a él. ¿Por qué se habrán peleado? Nadie consigue que ellos abran la boca, ni siquiera nos hacemos una idea de lo que haya podido pasar. He amenazado a Sebas por si acaso, por si se ha atrevido a hacerla daño. Mi cuñada Jocelyn no es como Rachel o Nancy, ellas tienen un carácter Trumper indestructible, cuando se trata de mi Joce todo cambia porque nunca logrará ser una de nosotros. Es perfecta y bondadosa todos los días del año, las veinticuatro horas del día. ¡Nosotros no somos así!

Llamo a mi esposa. Se hace la ofendida poniéndome en espera y no conseguimos hablar hasta que... sí, parece que ha salido a la calle.

—¡Donde tengas cobertura, mujer! ¿Es que no estás con la endemoniada?

—Sebastian, ¿has salido de casa ya?

—No. Has mandado a Bastian en vez de a Nancy.

—Lo siento, no sabía que te llamaría él. Sebastian, cada minuto que pasa ya no estoy tan enfadada como esta tarde.

Elevo una ceja asintiendo porque por fin se ha dado cuenta. ¡Ya era hora!

—Aham.

—Me gustaría que arreglásemos esta pequeña discusión.

—Que ha acabado contigo yéndote de casa.

—Tenía prisa. Lo sabías.

—¿Por qué no te has ceñido al plan? Se suponía que era una noche de Trumbers adultos y sin niños.

—Más tarde te contaré. Ya he terminado en casa de morena, me dirijo hacia el restaurante y espero encontrarte allí. No me gustaría sujetarles las velas a mis cuñados. ¿Te veré allí?

¡TÚ NO SUJETAS LA VELA A NADIE PORQUE TIENES UN MARIDO!

¡SERÁ TESTARUDA!

—Sí, pitufa. Estaré listo en quince minutos.

—Cariño, espero que no todo lo hagamos en quince minutos.

¡Mi mujer es la única capaz de cambiarme de humor! Sonrío como un tonto enamorado, como cuando nos conocimos y ella evitaba mirarme a los ojos porque se ruborizaba.

—Te aseguro que necesitarás quince años, no quince minutos.

—Colgaré. Ya casi he llegado. No tardes, cariño. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Viajo veloz de un lado a otro; primero ducha, segundo ropa, tercero pelo, cuarto perfume y quinto llaves del coche.

Conecto el sistema de seguridad más efectivo del mundo. Cuatro únicos aparatos que han sido instalados en la casa de mis hermanos y mis padres. Los Sullivan declinaron la oferta y mi hermano Bastian les instaló otro menos agresivo.

Conduzco por la ciudad como me sale de los huevos porque me pertenece. Me gano algún que otro insulto ya que ellos no confían en sí mismos. Conduzco desde los quince y jamás en mi vida he tenido un accidente; ni mis hermanos ni yo. Si los demás conducen mal no es nuestro problema.

Hay seguridad en la calle del restaurante de Bastian, ha mandado que la cierren para que nadie nos interrumpa. Bien hecho, hermanito. Un hombre ha visto que mi coche favorito ruge y están cortando el cordón naranja que priva a los demás coches entrar en su propiedad. Propiedad Trumper.

Aparco en mitad de la calle porque esto pertenece a mi hermano y yo hago lo que quiero. Saludo a otro miembro de seguridad, este le comenta por el micrófono escondido que he llegado y seguramente ya puedan meterse la primera cucharada del menú que hayan pedido. ¡Me paso la vida esperándoles y ellos no pueden esperarme a mí!

Cuando abro las puertas los gritos al unísono me ensordecen y provocan que mi sonrisa se tatúe en mi cara para el resto de mi jodida vida. Mi familia se encuentra en este restaurante, mi familia al completo; hijos, hermanos, cuñadas, padres, sobrinos... liderados por una increíble y exuberante mujer que me recibe con un ramo de flores.

—¡Sorpresa, sorpresa, sorpresa! —Uno de mis gemelos salta de más y mi sobrina Nadine le regaña.

—¡Papá, me ha pegado una patada!

—¿Qué es esto, pitufa?

—Tu agente me llamó hace tres días para confirmar que mañana saldría publicada la lista de los ganadores al ‘mejor empresario del año’ y tú has sido el galardonado en primera posición.

A Rachel le cuesta anunciarme a qué se debe la fiesta porque los niños están desfasados. Me ha entregado el ramo de flores y ha apretado su cuerpo contra el mío. No pitufa, aquí no nos podemos permitir hacer el amor porque hay niños.

Han colgado una foto mía en el punto más alto del restaurante. La decoración de todo esto ha corrido al cargo de las niñas, demasiado rosa y demasiada florecita para un hombre como yo. Han cambiado a los niños de ropa, no, han cambiado a mis hijos de ropa porque ya he visto a los hijos de Sebas y Jocelyn vestidos como si asistieran a una boda. ¿Cómo han planeado todo esto?

Mis ojos se centran exclusivamente en mi esposa que todavía se restriega dulcemente en mi ropa. ¡Jodida ropa! Madre ha gritado que todo el mundo vaya tomando asiento porque vamos a cenar. Siento que me he enamorado un infierno más de mi esposa que insiste en manosearme gentilmente. ¡No hay nada de gentil en las manos de Rachel! ¡Ella me está provocando!

—Quería celebrarlo por todo lo alto para demostrarte cuán orgullosos nos sentimos de ti.

Echo un vistazo a mi familia. Los niños juegan en una parte del restaurante, las niñas más mayores hablan entre sí en una mesa habilitada para ellas y son atendidas las primeras por todos los camareros que le entregarán aquello que pidan. Saludo con una sonrisa a la madre de Nancy, ella habrá traído pasteles y sabe que me los comeré todos. Mi hermano Bastian ya ha cambiado, me encanta cuando sus suegros están alrededor ya que procura ser el hombre formal que nunca ha sido ni será. Es cosa de su suegro y él, nunca se han llevado bien pero al menos se soportan. Sebas y Jocelyn se sonríen, ellos han solucionado sus problemas, están haciéndose carantoñas y siendo interrumpidos por su hija Maggie. Están todos, todos menos la familia de Rachel.

Beso su cabeza suspirando por el dolor tan inmenso que vivirá conmigo cuando su abuela nos deje.

—¿Te apetece que mañana viajemos a Dakota? —Ella ha asentido emocionada, —nunca en mi vida podré ofrecerte lo suficiente para compensar todo lo que haces por mí.

—Sebastian.

—Sshh, aquí no podemos hacer el amor. Nos echarían en falta —escondo a mi esposa en mis brazos porque necesito intimidad mientras la beso y nos giro hasta darles la espalda. —Lo has hecho genial, pitufa. No he sospechado de nada.

—Es difícil sorprenderte.

—¿Hoy no era la fiesta de cumpleaños?

—Sí, la fiesta de cumpleaños se celebrará, pero nosotros celebraremos otra.

Cierro los ojos porque no me merezco a una mujer como Rachel. Ha planeado esta noche especial para mí y yo la he cagado desde el momento en el que me he dejado dominar por todos mis celos. Por no mencionar la tristeza que me ha abordado tras su marcha y esos pensamientos Trumper de sentir la soledad de un hogar vacío.

—Gracias, cariño. Ha sido una grata sorpresa.

—Tenía que hacerlo así. Me he vestido en el Paraíso Trumper y hemos organizado a toda la familia. Ha sido realmente divertido. Los niños han sido los últimos en venir al restaurante y no sabían que esta noche cenaríamos juntos.

—¿Ellos no sabían nada?

—No, necesitaba mantener la sorpresa.

—¿Quién ha decorado el restaurante? Creía que habían sido las niñas.

—Nos hemos encargado Nancy, Jocelyn y yo. ¿Es que no te gusta?

—¿Estar rodeado de florecitas rosas?

—¡Son las mismas flores que pusimos en nuestro centro de mesa cuando nos casamos en Tokio!

Amo ver a mi mujer indignarse. Ahora ella se está riendo porque sabe que bromeaba. No le diré que esta vez decía la verdad porque se merece el jodido mundo.

—Eres la mejor esposa que jamás vaya a tener. Aunque no esté de acuerdo con tu vestido.

—Es tu favorito.

—Porque es mi favorito debería verlo solamente yo —la retengo fuerte entre mis brazos.

—Querido, ¿quieres que hablemos sobre vestidos?

—Ops, no, no creo que sea un buen momento.

—Tenemos una conversación pendiente, Sebastian. Tienes que moderar tus acciones. Los vestidos son lo de menos, el motivo que te haya llevado a ello es lo importante.

—Lo siento, Rachel.

—Estás perdonado. ¿De verdad creerías que me iría sin ti o que dormiría en otra casa que no fuera la nuestra? ¿Que abandonaría a los niños, a mi marido y mi hogar por salir a cenar sin mi marido? ¡Lo de morena era una amenaza y no me has retenido!

—Porque no quiero que te sientas agobiada. Yo no soy como mis hermanos. Tú eres una mujer libre que puede hacer lo que desee sin cargar con su marido ni con sus hijos.

—¿Cuándo os he dejado?

—Nunca.

—¿Qué te hacía dudar en que esta vez cambiaría?

—¿Que me haya cargado tu colección de vestidos? —Hace un amago de fruncir el ceño pero lo soluciono besándole en los labios, —te compensaré. Lo prometo.

—Más te vale, porque he pensado en todo. Los niños siguen quedándose a dormir en casa de Nancy y Bastian, ellos dos se van a un hotel esta noche. La noche de Trumpers adultos sigue en pie, por separado cuando llegue la hora de dormir, pero en pie.

Por cosas como esta me casé con mi mujer. No porque haya organizado una noche para la celebración de mi galardón, sino porque siempre piensa en todos y eso la hace inclusive mucho más sexy.

Estoy tan orgulloso de Rachel que estoy a punto de mandarlo todo a la mierda. Deseo que su cuerpo se escurra por mis brazos mientras me la llevo a casa y arranco su vestido con la boca. Me muero por comenzar con la primera ronda de reconciliación pero madre ya nos está gritando para que nos sentemos y cenemos.

Será una noche interesante, una noche en la que solamente tendré ojos para la mujer que me ha robado el corazón.

Capítulo 11

MI MEJOR AMIGO

SEBAS

El campo verde se extiende a unos quinientos metros por delante de mí. Metido en uno de los habitáculos, flexiono las piernas colocando mis brazos y respiro hondo antes de reforzar mi postura e impulsarme para golpear la pelota que vuela alto. La veo caer rápidamente junto a las otras ochenta diminutas bolas que han sido lanzadas por mí.

Trago saliva preocupado, pensando, reflexionando, meditando... y palpo otra pelota que coloco en el punto exacto donde la necesito. Inspecciono el palo, vuelvo la vista abajo y arriba; sí, este me seguirá sirviendo. Carraspeo la garganta otra vez flexionando las piernas, mis brazos, y respiro hondo repitiendo el mismo golpe. Eso es, esto está mucho mejor. La pequeña pelota ha salido disparada de un modo correcto que se reúne con las otras veinte que se hallan cercanas al hoyo.

Nunca he sido de esos hombres que le apasionan el golf, ve campeonatos o se reúnen con otros para jugar. A veces vengo al campo de entrenamiento porque la naturaleza, el paisaje, la tranquilidad y el canto de los pájaros me ayudan a controlar mis pensamientos menos aptos para comunicarme.

Actualmente atravieso por una etapa totalmente diferente a la de mis hermanos y cuñadas. Ellos viven ajenos a mi concepto ideal de vida, y el haberme atrevido a comentárselo a Jocelyn no la excluye de ese grupo que convive en una sociedad adaptada a sus necesidades. La única y verdadera razón por la cual he dejado el trabajo en el despacho, he conducido hasta el campo y hago el idiota lanzando pelotitas, es porque me

estaba torturando con la idea de que mi mujer se niegue rotundamente a mi proposición.

Amo a Jocelyn, juro por mis tres hijos que amo a mi esposa más que a ninguna otra en mi vida, pero quizá no he tratado el tema como debería haberlo hecho. Mi comportamiento aquella mañana fue innecesario, ruin, distante, exigente e inoportuno... una conversación con un final inesperado para mí. Su reacción temerosa no estaba en mis planes; verla huir asustada lejos de mí y comerse una chocolatina encerrada en el coche me apretó el cinturón de verdad, y no en mi cintura, sino en el cuello.

Elegí un momento desafortunado. No contaba con la visita de madre, con sus gritos y que nos hubiera interrumpido en el aseo. Yo quería hacer el amor con mi esposa, tal vez llevarla a su restaurante vegetariano favorito y terminar la velada en casa, acurrucados en nuestro dormitorio mientras le explicara lentamente mis planes de futuro. Nuestros planes de futuro.

Todo se torció tan pronto me di cuenta que jugaba con la carpeta en mis manos mientras madre me echaba la bronca. Ella apareció, mi erección se disparó al verla vestida con su ropa de deporte y supo echar educadamente a madre del despacho sin crear conflictos. Cuando Jocelyn dijo que esa noche saldríamos a cenar supe que aquel día era el definitivo, que no ocultaría más a mi esposa los cambios que había ideado para nuestra familia. Sin embargo, me sentí cohibido y solté la escasa información a mi merced, mi esposa se asustó.

Aquella misma noche después de arropar a mi hija pequeña, vertí un poco de whisky en el vaso que me regaló mi padre y me dirigí a la sala donde mi esposa se retira a meditar. Se hallaba sentada en su sillón favorito frente a la chimenea, en la esquina tenemos un piano y había dejado encima la carpeta en la que tanto he trabajado. Algo en mi interior me inducía a no presionarla, a intentar razonar mis teorías echando marcha atrás y no tocar el tema de nuestra marcha, pero si conseguí conquistar su corazón sabía que podía conquistar mi proposición.

Me senté en otro sillón junto a ella, donde hemos pasado noches infinitas conversando de nuestras cosas, leyendo en silencio o solucionando los problemas del trabajo. Cada noche, entre semana, solemos acurrucarnos en el sofá que tenemos en la salita, frente a la chimenea y ambos pasamos uniéndonos aún más de lo que ya estamos. Mi estrella brilla en su mundo y mi mundo es ella, mi estrella. Y casi lo eché a perder porque odié verla en un sillón individual que usamos como mesa para dejar nuestras cosas.

En nuestra salita nocturna, nos imaginaba a ambos con una copa de vino en la mano, con ganas e ilusión para afrontar en pareja la conversación más importante de nuestras vidas. Dejé la carpeta en el suelo, entre nosotros, estaba dispuesto a usar todas las artimañas Trumper para mi reina... pero mi firmamento se derrumbó cuando ella me miró y me sonrió. Me descompuse, me llevé la mano al corazón y la miré fijamente devolviéndole el gesto.

Hablamos. Hablamos durante días hasta que el juicio se reinició. Al principio nos costó a los dos, nos costó llegar a un acuerdo y seguimos sin llegar a un acuerdo. Tanto mi esposa como yo nos estamos comunicando, dialogando, intercambiando ideas... Ya dormimos a horas menos inducidas a la madrugada, apenas discutimos y hemos creado juntos nuevas carpetas con nuevas ideas para la familia.

Jocelyn está siendo una esposa que no merezco, poniendo de su parte tal y como imaginé. Ella es la reina de la familia, utiliza todas las neuronas pensando en cada mínimo detalle, lo está haciendo increíblemente bien y la agónica espera antes de llegar juntos a la meta juega con mis capacidades intelectuales.

El dedo índice que agujerea mi espalda me desconcentra. Mis lanzamientos son pésimos si ella no se va.

—Tito Sebas, tito favorito Sebas.

—¿Todavía aquí?

—¿Todavía ignorándome?

—Sabes mi respuesta.

—Tú no sabes mi pregunta al completo —maldita Trumper.

—Dulce Bebé, vuelve a clase. Tienes catorce años y es tu única obligación.

—Necesito tu ayuda.

—Vete —flexiono las piernas, enderezo un poco mejor mis brazos y me dispongo a hacer un lanzamiento directo... pero el cuerpecito de mi sobrina mayor se interpone entre el campo y yo.

Dulce Bebé sonrío. Mi sobrina se sale con la suya puesto que ha interrumpido uno de mis mejores lanzamientos. Mi mente se había liberado y estaba convencido de que esta vez la pelota se colaría en el hoyo situado a unos quinientos metros. Ella no se ha ido, por supuesto que no, es una Trumper y bastante persistente cuando quiere conseguir algo que yo no le puedo ofrecer.

—Por fi. Por fi. Tito Sebas, eres el único capaz de convencer a mi padre.

—Apoyo a tu padre.

—¿Declinas mi propuesta?

—Caso cerrado. Vuelve a clase.

La aparto de mi vista colocándome de nuevo en mi posición y mi sobrina gruñe, es una de nosotros, una Trumper aunque sea una copia exacta de su madre y posea la bondad Sullivan. Sí, Dulce Bebé es quizá la más distinta de sus primos dado que sus movimientos delicados, serenos y perfectos han crecido con su habitual saber estar. No puedo creerme que pronto cumpla quince años, mi hermano está en serios problemas con su corazón si no encierra de una maldita vez a su hija antes de que algún desgraciado se atreva a tocarla. La niña es inteligente, junto a mi Jocelyn y mi hijo Sebas, los tres poseen esa capacidad de autocontrol para acabar con un Trumper sin un solo movimiento. Mi sobrina mira fijamente, razona, respira hondo y luego suelta una respuesta que te deja sin aliento como mis hijos. Mi esposa dice que se parecen a mí, físicamente sí, pero la personalidad humana ajena a un Trumper es como mi Joce.

Intentaba golpear algunas pelotas antes de recoger a mi hija Maggie para salir a almorzar y he perdido la concentración cuando la vocecita de mi sobrina gritaba mi nombre. Al principio he comprobado que mi móvil seguía conectado, nada grave sucedía,

la he visto brincar sonriente y ya sabía lo que quería. Antes de que la niña se acercara, he sido tajante y he dicho que no, que conmigo no contara. Dulce Bebé no se dará por vencida hasta que no consiga un apoyo Trumper que iguale a Bastian; Sebastian o yo. Acudirá a mi hermano pequeño, él será su última opción si aquí no logra su objetivo.

—Tito Sebas, por favor. Nunca te he pedido nada.

Relajo mi postura para centrarme en mi sobrina. Sostiene una carpeta forrada con actores que jamás conocerá, ya se encargará mi hermano, ella me mira con sus enormes ojos azules que desprenden inocencia. En su corta vida no ha cometido ninguna travesura, tampoco nos ha dado ningún problema o disgusto, y por supuesto nadie ha tenido que educarla porque salta a la vista que su bondad es más poderosa que su carácter Trumper. Es cierto, nunca me ha pedido nada y odio que no pida nada, mi sobrina abre la boca y yo le doy el maldito mundo como lo haría con cualquiera de mis hijos y sobrinos.

—¿Quieres que te explique de nuevo cómo funciona la ley?

—Mi profesora ha dicho que...

—Tu profesora ya está despedida.

—¿Qué? No, no hagáis eso, por favor. Tan solo insisto en algo que se ha comentado en la clase. Mis amigos también les han preguntado a sus padres. Muchos de ellos han dicho que sí. Y mi mejor amiga lo intentará este fin de semana con su padre, con la supervisión de su padre. Por favor, convence al mío. Te lo ruego.

He sido rápido. Un segundo más inyectado en esos ojos y le hubiera dicho que sí, es más, yo mismo hubiera ejercido de padre con Dulce Bebé dándole permiso para que se hiciera con el control sin mí. Confío ciegamente en mi sobrina, pero si me niego es por su bien, porque apoyo a mi hermano Bastian y mi cuñada Nancy.

—Lo siento, no puedo ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque es ilegal. Sea lo que sea que os hayan dicho, es ilegal.

Mi hermano Sebastian se encargó de concertar una charla informativa sobre la educación vial. El año que viene tendremos que añadir por ley la asignatura al curso de Dulce Bebé y todos los críos están emocionados por la noticia. Se nos ocurrió contratar a una mujer que orientara un poco a los chavales; contarles lo que ocurre en la carretera, la importancia de la seguridad y esas cosas que aprendes cuando asistes a clases. Sin embargo, esa maldita desconocida les ha dicho que pueden coger el coche siempre que estén acompañados de un adulto que haya superado los cinco años de antigüedad en su carnet de conducir. ¿Cinco años?

Dulce Bebé lleva unos días saltando de alegría imaginándose al volante. Cuando Bastian me lo contó tuvimos que acudir a urgencias para que le realizaran algunas pruebas en el corazón y le aconsejaron reposo. Mi hermano no sabe lo que es un reposo. Él zanjó el tema, su madre lo hizo también e incluso mi esposa a la que acudió también antes que a mí. Pretendía arrastrarla a su terreno, conseguir que Jocelyn dijera que estaba de acuerdo y meterla dentro de un vehículo, mi sobrina no fue consciente de que preguntó a una jueza. A una jueza muy atractiva.

Redacté un comunicado que envié a todas las comisarias. Retirada del carnet, más multa a todos los adultos que metan a menores dentro de un coche y les permitan conducir. ¿Quién se ha sacado una nueva ley de la manga? Esa desconocida se confundió, su explicación se manipuló y los chavales entendieron otro concepto totalmente erróneo. Ellos piensan que pueden conducir sin acudir a las clases previas al examen, que si sus papis o mamis van sentados en el asiento de al lado pueden hacer lo que quieran. ¡Es ilegal! Y mi sobrina debería saberlo ya a estas alturas. Entiendo que está creciendo, que su mentalidad tenga veinte años, pero todavía es pronto para que se siente delante de un volante y cargue con una responsabilidad tan grande como la de un vehículo.

Sus padres ya han hablado con Dulce Bebé. Nancy cree que los chicos están emocionados y que pronto se olvidarán de ello, Bastian quiere destruir todos los coches de la ciudad que sean una tentación para su niña. Pienso que mi cuñada está en lo cierto, de todas formas, Sebastian ya ha preparado otra charla con la intención de que vean las diapositivas reales de lo que sucede en las carreteras cuando una persona no posee el control del vehículo. Tenemos la certeza de que la efusividad de mi sobrina decaerá y comprenderá que es pequeña para conducir con un adulto o sin él.

—¡DULCE BEBÉ!

Había oído el motor de su coche. Reconozco los motores de los vehículos que usamos en la familia porque tengo una especie de don para ello. He resuelto cientos de casos por detalles tan mínimos como el motor de un coche, hace un rato me había percatado del coche que conduce el chofer de Dulce Bebé, es imposible no reconocerlo. Y también he reconocido el de mi hermano en cuanto ha frenado en mitad de la carretera, ha cruzado el edificio del club de golf y ha venido directo a la zona de entrenamiento donde me encuentro aquí solo. Ah, y mi sobrina que ladea la cabeza porque se siente decepcionada.

Le doy un beso en la cabeza y acaricio su rostro. Es una niña, siempre será una niña y no puede desear realizar actos de personas mayores. Seguramente habrá puesto sus esperanzas en mí, no puedo afirmar a su nefasta petición pero sí puedo ayudarle ahora que mi hermano acelera el paso por la pasarela de madera.

—¡DULCE BEBÉ!

—Bastian, calma. Está a salvo.

—¡A clase! Me ha llamado tu profesora. Te has saltado una clase.

Ella me había dicho que tenía hora de estudio.

—¿Cuántas veces no te has saltado tú una clase?

—Sebas, no estoy hablando contigo.

La niña rueda los ojos cuando mi hermano se reúne con nosotros dos. Aparentemente ella luce tranquila, interiormente mi sobrina quiere gritarnos y marcharse con orgullo como lo harían su madre y sus tías. Bastian ha salido corriendo del trabajo, lleva puestas sus gafas de lectura, se ha olvidado su americana y ajustarse la corbata. Si no supiera que su esposa está reunida con mi cuñada Rachel juraría que habrían echado un polvo.

—¿Qué profesora te ha llamado?

—La de matemáticas. Ha pasado lista y no estabas.

—Ah, ¿te ha comentado que he sacado matrícula de honor en el último examen? ¿Qué lo he calcado? —Mi hermano sonrío orgulloso, mi sobrina no, —porque antes de entrar en cólera podrías haberme llamado y consultado.

—Tienes prohibido salir de las instalaciones del instituto aunque sea tu hora libre.

—Necesitaba hablar con mi tío.

—Con el que podrías hablar cuando terminaras tus clases.

—Al igual que la opción de llamarme, preguntarme y comunicarte antes de enfurecerte y venir corriendo al campo de golf.

—Sé fuerte, no permitas que manipule el carácter Trumper que duerme en tu interior.

—¡Sebas, es mi hija!

—Estoy empezando a cansarme de las tonterías que os lleváis todos con ser un Trumper o un Sullivan.

—Vamos a clase —Bastian ha apoyado su mano sobre el hombro de Dulce Bebé pero ella le ha rechazado. Mi hermano va a llorar y mi sobrina se ha mosqueado. Dudo que sea porque él esté aquí. Supongo que son cosas de chicas o finalmente ha aceptado que jamás en su vida podrá hacerse con el volante de un coche mientras su padre y sus tíos estén vivos. Es tan buena que me apena no meterme entre ellos y poner un poco de orden.

Dulce Bebé se defiende muy bien, no necesita mi ayuda. Mi hermano toda la del mundo. Vemos a la niña caminar sola por la pasarela de madera y sé cómo se siente ahora mismo.

—Definitivamente, carácter Sullivan. No te preocupes.

—Me odia.

—¿Te odia? Digamos que ha conseguido darle la vuelta a todo. Se ha saltado la clase, ella ha salido del instituto y ha llamado a su chofer sin pedir permiso. Porque es Dulce Bebé, si fuera algún otro mini Trumper ya estaría castigado.

Nos retamos por unos segundos con la misma mirada cristalina que conservamos desde el día de nuestro nacimiento. Madre dijo que mis hermanos y yo abrimos los ojos de par en par, y que nunca cambió el color de nuestras perlas idénticas a padre.

Retiro la vista a Bastian para recuperar de una maldita vez la tranquilidad que echaba en falta.

—¿Qué ocurre, Sebas?

—Tu hija ha preguntado lo que ya predijimos. Primero ha acudido a Jocelyn y después ha acudido a mí.

—No, me refiero a tu esposa y a ti. ¿Qué mierda os pasa?

—Nada.

—O me prestas atención o te meto el palo por el culo.

Lo suelto porque este cabrón me lo meterá por el culo con tal de dar su punto. Bastian es el auténtico Trumper por excelencia, el cabeza de familia cuando padre muera y el que chasquea los dedos consiguiendo que el mundo se arrodille a sus pies. Suspiro sopesando que mi hermano es mi mejor amigo. Quiero a Sebastian, amo al enano aunque me ponga histérico o quiera jugar a pegarnos, pero por mi hermano mayor siento cosas diferentes y comienzo a plantearme si debería contarle lo que me abruma.

Bastian es una prolongación mía. Ambos nos miramos, nos asentimos y sabemos aquello que necesitamos sin pronunciar palabra. Es el mejor hombre que conoceré en mi vida, le quiero junto a mí hasta que sea un anciano y jamás lo cambiaría por otro que me ofrezca lo mismo que él. Nos hemos criado juntos, metiéndonos con Sebastian, disfrutando con los niños de la calle y siendo el apoyo moral el uno del otro. Cuando se empezó a alejar de mí supe que ninguno de los dos tomaríamos el mismo camino puesto que yo soy una nenaza golpeando en el gimnasio y él posee una fuerza indestructible. Poco a poco nos fuimos distanciando físicamente optando por carreras y vidas distintas, pero nunca hemos dejado de ser hermanos para lo bueno y lo malo.

Mi hermano es el hombre más valiente del maldito mundo. Fue una putada que la noche y las malas compañías lograran hacerse con su dinero, con su bondad y generosidad. Él decía que lo controlaba todo, que tan solo se acostaba con las mujeres y luego las dejaba, y que su dinero ya estaba a salvo de los ladrones que intentaban aprovecharse de él. Mientras estudiaba en una de las mejores universidades de derecho que pagó él, me convencía de que Bastian no mentía y que sus palabras eran ciertas. Pero no podía equivocarme menos.

Una mañana vi en las noticias que lo habían encontrado borracho en un club y que toda su carrera se estaba yendo a la mierda. Abandoné las clases durante dos meses hasta que conseguí que mi hermano retomara el rumbo de su vida y me encontré regentando eventualmente el club que le llevó a separarse de Nancy. Mi hermano estaba perdido, era joven, con dinero, con éxito y se sentía miserablemente como la mierda cuando se refugiaba entre cuatro paredes. Llamé al enano, entre Sebastian y yo logramos enderezarle, o al menos que tomara el control de su vida, y así sucedió ganando campeonatos mundiales seguidos.

Bastian maduró, maduró conmigo y con Sebastian, pero como yo ya había terminado los estudios y me centraba en acabar con el master pasé largas temporadas junto al hombre que me ha dado todo en la vida. Además de brindarme la oportunidad de estudiar, me compró viviendas, un par de clubs, coches, ropa, establecimientos... ¡todo! Abría mi boca y Bastian me ofrecía todo.

Hemos pasado años hablando de nuestras intimidades, compartiendo nuestras cosas y nos hemos abierto sentimentalmente para entender qué clase de mujeres buscábamos uno y otro. El día que le conté que me gustaban las mujeres de verdad, las que poseen la virtud de llevar en su cuerpo más kilos de los que soportan, pensé que Bastian se reiría, sin embargo, me prometió que encontraría a la mujer de mis sueños y que haría lo que fuese para mantenerla conmigo.

La conocí, me enamoré, la cagué y me abandonó. Entonces, supe cómo se había sentido durante esos años de sombría en el que Bastian iba de mujer en mujer, de club en club, de fiesta en fiesta y de ciudad en ciudad. Así me sentía yo. Me sentía como la mierda, como si flotara en un universo paralelo a este y Jocelyn no estuviera en ninguno. Él me devolvió con su presencia lo que yo le ofrecí con la mía cuando él me necesitaba.

Por eso hemos tenido una cierta conexión indestruible entre hermanos. En la actualidad, es el único al que llamo siempre que necesito hablar con alguien sobre mi esposa, mi familia o mis problemas. Joce lo hace con sus cuñadas, son íntimas amigas, yo lo hago con mi hermano Bastian y sé que mientras esté a mi lado todo se solucionará. Sebastian me daría una respuesta nada aceptable; desnúdate y acuéstate con tu mujer. Sin embargo, Bastian no, desde que conoció a su esposa y es padre su vida ha cambiado, y aunque siempre ha mantenido una perspectiva mucho más abierta que yo, es mi mejor amigo y sabe qué decir y qué hacer para que mis problemas se solucionen.

Pero me temo que esta vez no puedo contar con él. Todos en la familia saben que sucede algo en mi casa, con mi familia, entre mi esposa y yo... todavía es pronto para pronunciarnos al respecto. Presiento que falta mucho tiempo.

Bastian ha agarrado mi cuello retirándome del área de tiro. Acabo de sentir el poste en mi espalda porque he sido arrinconado por él. Odio cuando extiende el brazo, acaricia mi cuello y me mira directamente a los ojos idénticos a los míos que evito mirar. Es como si me plantara en un espejo para gritarme lo patético que me veo.

—¿Qué mierda has hecho? ¡Como hayas hecho algo muy malo acabaré contigo! ¿Te has acostado con otra? ¿Es eso?

—Apártate maldito imbécil —le doy un manotazo y huyo hasta pisar el césped del campo porque necesito respirar.

—Sebas, estás preocupándome.

—Pues no te cruces de brazos y lárgate. Tienes una familia a la que atender.

—Podría decir lo mismo.

—Me ocupo de mi familia —no hay nadie aquí. Este es mi club, los socios saben que si el jefe ocupa esta parte tienen que usar otras instalaciones.

—Escúpelo.

—No quiero.

Bastian está gruñendo, ha fruncido el ceño y apretado los puños mientras avanza despacio hasta llegar a mí. Lo tengo cara a cara. Soy ligeramente el más bajo de mis dos hermanos, pero no me acobarda no medir más de un metro noventa y quedarme solamente en el metro noventa.

—Es mejor para ti. Oriéntame, ¿te has peleado con Jocelyn?

—No. No y sí. Tratamos de debatir un tema muy importante para los dos.

—Debería partirte la cara de niño perfecto que tienes. ¡Me has dado un susto de muerte! Sabes que sufro infartos en el corazón.

—Lo sufres porque eres padre de dos hijas adolescentes.

—¡PRE-adolescentes! Hagamos un trato. Si tú me cuentas lo que te pasa yo te cuento una cosa que también necesito sacar.

—¿Te has decidido ya? Porque nuestras mujeres hablan y os sucedió algo que te tuvo en el maldito gimnasio encerrado en vez de atender a tu esposa.

—¡Siempre atiando a mi esposa!

—¿Por qué te encerraste en el gimnasio? ¿Por qué mandasteis a los niños a la barbacoa y no vinisteis? Dulce Bebé dijo que estabais actuando de un modo distinto. Serios, incoherentes e incluso demasiado permisivos.

—Esto no funciona como tú quieres. Funciona como yo quiero. Habla tú, te prometo que yo te lo contaré. Nadie lo sabría excepto tú. Serías el primero y espero que me guardes el secreto porque no querría partirme la cara.

—También serías tú el primero. No en partirme la cara, sino lo que estoy conversando en privado con mi mujer.

—¿De qué se trata? Una tercera opinión puede ayudar más que dos.

Bastian se cruza de brazos como si estuviera dispuesto a convencer a mi esposa de lo que deseo para mi familia. Podría ser, si Jocelyn y yo comentamos esto con mis hermanos y nuestras cuñadas nos ofrecerían otra perspectiva que tal vez no estemos valorando con precisión. Contar con el apoyo de todos nos sería de utilidad, el último empujón que nos metiera en nuestro jet y nos llevara a una isla desierta.

—Jocelyn y yo estamos barajando la posibilidad de marcharnos.

—¿Has montado todo esto por un viaje? No sé si partirme la cara o partirme en dos.

—De marcharnos para siempre. Abandonar nuestras vidas en la ciudad, instalarnos fuera en alguna isla y empezar una nueva vida alejada del caos.

—No.

—¿Qué?

—No, aquí nadie se mueve.

—¿Estás hablándome en serio? —Alzo la cabeza dispuesto a defender mi propuesta. Él es más fuerte, más grande, más intimidante, más exigente... me machacará y no me importaría. Si se niega su opinión me vale una maldita mierda.

—Sebas, marchaos cuando los niños tengan vacaciones y volved. Invito yo —se da media vuelta y cometo el error de golpear su espalda. ¡Este hombre no entiende de palabras, sino de la fuerza física que no poseo para enfrentarme a él! —¡No estoy para bromas! Es una decisión...

—Revocable. Tú no mandas en mi familia. Si mi esposa y yo decidimos marcharnos de la ciudad para siempre nos iremos sin remordimientos.

—Bien, lidia con madre.

—Bastian, hablo en serio. ¡Maldita seas! Me has pedido que te lo contara, ¿no?

—Pensaba que me soltarías alguna otra gilipollez, ¿no que me dejaras sin mi hermano, sin mi cuñada y sin tres de mis sobrinos! ¿De quién ha sido la idea? No me lo digas, tuya. Sólo a ti se te ocurriría imaginarte en bañador de flores y bebiendo una bebida tropical muy cara mientras tu mujer e hijos disfrutan bajo el sol.

—Precisamente así me imagino mi jubilación.

—¿Tu jubilación? —Está enloqueciendo, en cinco segundos dará golpes contra lo que sea y no seré yo. Por eso me escondo debajo de la sombra donde me ha arrinconado antes. Bastian me mira desde la lejanía negando, —eres muy joven para jubilarte.

—Puedo jubilarme cuando quiera.

—Tengo amigos jueces, me inventaré algo para impedírtelo.

—Tus amenazas me las paso por mi ropa interior. Ya deberías saberlo.

—¿Estás loco? ¡Joder! —Viene directo hacia mí y le encaro porque no me da miedo. Es mi hermano, mi mejor amigo y mi maldita prolongación, jamás me haría daño, —romperás toda la familia. Sebas, las mujeres se quedarán sin una de sus mejores amigas, los niños llorarán por perder a tres de sus primos y madre morirá, morirá sin ti. Por no hablar del vacío que dejarás en tu hermano mayor. Sebastian cogería él mismo el avión y te encontraría, pero yo no soy él, tengo una familia de la que ocuparme y me hundirá vivir el resto de mi vida sin ti.

—Bastian, métete en el mismo avión que el enano y venid a vernos cuando queráis. Aún es pronto, se lo propuse a Jocelyn y estamos hablando del tema. Queremos zanjarlo antes de que los niños acaben el curso para ir estudiando los centros educativos allá donde vayamos.

—¿Os vaís sin pensar en el resto de la familia?

—Pienso en mi familia. Tú piensas en la tuya y el enano en la suya. Bastian, dime que no es una idea tan mala. Estoy cansado de trabajar, de ocuparme de mis negocios, de teclear en el móvil y depender de los horarios. Necesito comenzar algo nuevo que me aporte aire puro dentro de mí, y pretendo que mi familia esté de acuerdo con mis deseos. Ya no tenemos veinte, treinta ni cuarenta años, no somos unos niños, Bastian. Quiero poder envejecer mirando el mismo sol que calienta en esta ciudad pero que se oculta entre los grandes edificios. Si te sirve, Jocelyn se ha negado.

—Entiéndela, es un cambio drástico.

—Dijo que no en cuanto se lo propuse. Ni siquiera leyó los dossieres que había planeado y había elegido para la familia. Ella alega que ha estudiado mucho para llegar a ser una gran jueza y no quiere sacar a los niños de su zona de confort. En la ciudad se siente feliz, segura, genial, y tiene todo lo que había soñado. Ha cambiado desde que se lo conté, estamos viviendo momentos duros y no nos ponemos de acuerdo, Bastian. Es una mierda.

—Ven aquí —permiso reforzar mi hombría con un breve aplastamiento contra su cuerpo. Me despego tan rápido como me reconforto, —Sebas Trumper, ya que has dado el paso definitivo ve a por ello. Nos mataréis a todos de un disgusto irre recuperable, pero si decidís marcharos a una isla desierta lejos de la ciudad, contad con mi apoyo.

Este hombre me ha dado nuevas esperanzas e ilusiones. Trago saliva sintiéndome mucho mejor que hace cinco minutos. Liberarme de la carga que llevo arrastrando durante meses me ha servido para respirar, respirar en alto y acudir a mi hermano Bastian cuando me agobie.

—Es lo que está sucediendo en mi matrimonio. No las tengo todas conmigo.

—Tomaros vuestro tiempo, acudid a nosotros en confianza si lo necesitáis. Si os largáis de la ciudad no significa que os perdamos para siempre. Hazle entender a Jocelyn que seremos una familia unida hasta que dejemos de respirar y que puede ejercer su profesión donde desee ya que nadie le ha regalado nada. Los niños se adaptarán a cualquier cambio, no os preocupéis por su educación porque haremos lo que esté en nuestras manos para poner el sello Trumper fuera del país.

—Gracias Bastian, necesitaba escuchar que no era una locura.

—Tenemos que darle más uso a los jets que nos regalé en nuestros cumpleaños. Conozco a uno que se sacará el carnet de piloto para transportar a su familia. Nuestro aeródromo abrirá a menudo sus puertas cuando volemós todos hacia vosotros. Somos una piña, Sebas, y estoy aquí para apoyarte en lo que decidas. ¿Vas a jubilarte?

—Lo tengo decidido, nos vayamos o no, firmaré los papeles y haré efectiva mi retirada de la profesión. Mi mujer ocupará mi puesto, esa mujer pisa fuerte en el juzgado y este septiembre iniciará ese juicio del que os hablamos.

—Esa no es una razón para no venir a la ciudad temporalmente y ocuparse de él.

—Trato de que comprenda esa misma teoría. Es tozuda, aprendió demasiado rápido de mí y ahora doy con mi propia personalidad cuando quiero imponerme a ella. Joce dice que moriría si tuviera que dejar a los niños y a mí en la isla mientras trabaja en el juicio.

—Posponer vuestra marcha. Aunque te jubiles, marcharos cuando ella termine con todos sus trabajos. Hacedlo bien, despacio, sin prisa.

—Hablamos de ello. De la fecha, de lo lejos que nos iríamos y de los niños. Pensamos en irnos definitivamente a la isla donde nos casamos, la que compraste y nos regalaste. Es perfecta para todos. Hay bungalós para cuando vengáis de visita o si queréis permanecer más tiempo con nosotros.

—Joder Sebas, —le miro porque ha girado la cabeza huyendo de mi palabra —se lo estás poniendo muy difícil a Jocelyn. Esa isla significa todo para ella.

—Porque lo sé, es una de nuestras posibilidades. Ya te mantendré informado al respecto. Hasta el momento avanzamos un paso y retrocedemos tres.

—Te aconsejo que le propongas hablar con sus cuñadas. Ellas tres se reunirán en secreto y serán todo sonrisitas, felicidad y palabritas. Abrirán una nueva perspectiva a Jocelyn, quizá ya esté sopesando una respuesta afirmativa y necesite el apoyo de terceras personas. Todo te saldrá bien, cuenta con ello.

—¿Qué es lo que querías contarme? ¿Por qué os enfadasteis vosotros?

—Nancy me propuso que tuviéramos un hijo. Ella soltó la noticia sin tacto y yo me hundí en la miseria por temor a que muriera ella o nuestro bebé.

—Bastian, eso es fantástico. Después del aborto os recomendaron intentarlo de nuevo. Es una iniciativa acertada, maravillosa, bienvenida.

—Como te ocurre a ti, hermano, todavía no las tengo todas conmigo. Hasta que mi mujer no esté a salvo con nuestro bebé respirando en sus brazos no podré dormir como antes. Cargo en mi interior con una responsabilidad inmensa, exponerse a un embarazo y que perdamos al bebé me destrozaría. Me asusta que alguno de los dos muera.

—Los abortos naturales suceden a diario. Nancy no es propensa a los abortos, fue un caso aislado. Lo que verdaderamente tenemos que averiguar son nuestros antepasados, porque ambos ibais a tener tres bebés y nuestro hermano ha tenido gemelos. El origen de los Trumper se haya en algún lugar enterrado.

—No ayudas.

—Vamos, Bastian, serás padre de nuevo —resopla refunfuñando y sonrío porque envidia su decisión. Ojala mi esposa estuviera dispuesta a tener otro bebé. Inducirla a un cambio radical en su cuerpo o verse con kilos de más trastornaría su felicidad. Yo también temo perder a Joce, pero mi hermano tiene que estar realmente acojonado. No sé qué le diría si se enfrentaran a otra pérdida. —Tú lo has dicho, todo nos saldrá bien.

—Sí, tiene que salirnos bien. ¿Te quedas?

—Recogeré mis cosas de inmediato. He quedado para almorzar con Maggie. La llevaré a su pizzería favorita.

—Pasadlo bien. Yo tengo que ocuparme de una pre-adolescente que quiere suicidarse al volante y de una esposa que me regañará por haberla hecho enfadar. Llámame luego si necesitas apoyo.

—Gracias por esto. Contar contigo es importante para mí.

—No me agradezcas nada y sé feliz donde quiera que vayas. Guarda toda tu fuerza moral para madre, ella es tu verdadero problema.

Bastian se va cruzando la pasarela en un estado anímico distinto a su temperamento usual. Soy consciente de que he tomado una decisión pensando en toda la familia al completo. Tenía la certeza de que mi hermano mayor me apoyaría y de que mi hermano pequeño subiría a todos los suyos en un avión y me seguiría para molestarme en mi retirada profesional. Pero no contaba con mi esposa, con la afinidad insólita que posee con mis cuñadas y con mi madre. En cuanto pise la isla se sentirá sola, ella no podría vivir con el sentimiento de haber perdido también a su familia. ¿Quién quería acompañar a un jubilado que lo único que pretende es tomar el sol todo el día? Sí, mi reina es joven, mi reina es una mujer que ha luchado mucho para conseguir su peso ideal y su estatus en la profesión. Es una madre excepcional y una esposa increíble que abandonaría su vida con tal de envejecer a mi lado.

Estoy atrapado en una indecisión constante. Pongo en la balanza las mismas teorías y en todas ellas me estrello. Jocelyn tiene la última palabra, tanto si decide que nos vayamos como lo contrario yo la seguiré amando. Seguiré siendo feliz porque ella y mis hijos me hacen feliz.

Pero todo depende de mi esposa.

Capítulo 12

INTERNET

BASTIAN

Vagamente rememoro aquel viejo recuerdo cuando madre nos sentó en el sofá de nuestra antigua casa y colocó a mi hermano Sebas encima de mis piernas. Padre, sentado a unos metros junto a nosotros, rodaba los ojos mientras era testigo de la emoción desbordada de su esposa. Mi hermano rodó de repente buscando su entretenimiento favorito del momento y las risas del bebé resonaron en la pequeña salita. Todo sucedía como un anuncio de televisión, excepto por aquel hombre que me había sacado de mi habitación y nos había obligado a protagonizar en familia el primer numerito ideado por madre.

Esa tarde, esa calurosa tarde de verano recibí una noticia que cambiaría nuestra existencia dado que padre y madre anunciaron la llegada de un nuevo miembro a la familia. Cuando madre brincó hacia el sofá donde nos encontrábamos mi hermano y yo, supe que no me sentía cómodo con el acto en sí por eso de compartir mis juguetes, mi habitación y mi intimidad puesto que mi hermano Sebas ya gateaba persiguiéndome. No me era una molestia, Sebas apenas lloriqueaba y se comportaba medianamente correcto cuando le regañaba sin que madre nos viera; era mi único mejor amigo y la cosa pegajosa que no se separaba de mí, pero el nacimiento de otro Trumper me ponía de mal humor.

Madre era dinamita en explosión continuamente. Ella hablaba de comprar vestiditos para la niña, de decorar la habitación con maripositas y esas idioteces cursis que solamente a madre se le ocurrían. Padre asentía, padre la miraba como yo miro a mi esposa desde que la conocí; mi mujer Nancy me confiesa que es una asesina en serie y seguramente yo le quitaría importancia a su doble vida. Así era padre con madre, ella era la viga que sostenía a la familia, y padre cegado por el amor, se dedicaba a hacerla feliz costase lo que le costase.

Ella quería una niña. Padre quería un niño. Sebas quería beber leche de madre. Yo quería ser hijo único. Los Trumper nos estábamos contradiciendo en algún punto y nadie se dio cuenta.

Rodaba un camión por el suelo frente a mi abuelo cuando madre y padre regresaron de su visita al médico. Sebas dormía en su cuna, padre y el abuelo se abrazaron sonrientes mientras mi madre me cogía en brazos y canturreaba meciéndome como un bebé que sería un buen hermano mayor de otro niño. Otro niño. Otro miserable niño. Repetí que jugaría con él, que compartiría mis juguetes, el espacio de mi habitación y mi cama con Sebas hasta que padre cobrara la paga extra que le prometieron en el trabajo. Ellos no tenían suficiente conmigo o con Sebas, no, mis padres tenían que buscar la niña.

Sebastian pesó cinco kilos al nacer. Su cabeza era enorme, su cuerpo demasiado enano, su rostro feo y sus ojos se cruzaban. Era un monstruo. Un monstruo. Cuando me llevaron a verle al hospital quise huir lejos de la habitación y abandonar a mi familia, pero mi hermano Sebas supo que sería un error ya que se enganchó a mi cuerpo como si no tuviera una madre. La misma que la mía, que sostenía en brazos a esa criatura maldita.

El enano se transformó. Pasaron unas semanas y el enano dejó de ser feo para convertirse en un mutante bastante agradable a la vista. Las amigas de mamá babeaban con él, su pelo rubio crecía mucho, sus ojos cristalinos dejaron de cruzarse entre sí y su rostro ya era redondo. Bebía de madre a todas horas porque el niño sólo se callaba si se enganchaba a las tetas, si el maldito no tragaba no se callaba. Nos hacía la vida imposible cuando padre no estaba en casa, cuando él regresaba del trabajo el muy cabrón se restregaba con padre y nos regañaba a todos porque decía que no le entendíamos.

Así fueron los primeros meses de Sebastian. El muy condenado, el muy maldito hijo de... apretaba las tetas de las amigas de madre simulando que quería amamantar. Cuando comenzó a dar sus primeros pasos nos pegaba a Sebas y a mí, me rompía los juguetes culpándonos y quería hacerse con el liderazgo de la familia.

Lo consiguió. Sebastian consiguió el poder de casa porque contaba con el apoyo de padre. Ha jugado con eso desde que tenía uso de razón, y aunque no lo tuviera, el enano se las apañaba muy bien para salir victorioso de todas las gamberradas que organizaba en nuestra contra. Sebas era un niño que conocía sus límites, se auto controlaba, ignoraba todo aquello que le suponía un sobreesfuerzo. Pero yo no, yo no podía permitir que el niño dorado me quitara el puesto y por eso amaba pegarle, torturarlo y dar mi punto en la habitación. Era el mayor y era mi trono.

Conforme crecíamos los tres como buenos hermanos, Sebas también supo defenderse y a mi hermano pequeño no le quedó otra que aceptar quiénes mandaban en la familia cuando padre y madre no podían atendernos las veinticuatro horas. Sebastian lo superó, se llevó varios golpes en las guerras de almohadas y no nos hizo ninguna jugada aquel día cuando rompimos todos sus juguetes favoritos. Yo mandaba, Sebas era educado en sus hazañas y el enano agachó la cabeza.

Lideré a esos dos fácilmente hasta que crecí y sufrí los cambios de la adolescencia. Poco a poco me fui separando de las dos únicas personas que han permanecido siempre a mi lado, en los buenos y en los malos momentos. Nancy es la única persona que sabe cuán horrible me sentí por abandonar a mis hermanos en casa, a mis padres. Sebas y Sebastian

son parte de mí, hemos compartido nuestras vidas hasta que comencé a conseguir mis sueños y actualmente debería de comunicarles lo mucho que aprecio su compañía.

Sebas nunca me ha pedido nada, nunca ha abierto esa boca para exigirme algo que él no pudiera lograr con sus manos. Era un niño tranquilo, fue un adolescente paciente y hoy en día es un hombre sofisticado que ha obtenido todo lo que se ha propuesto. Me sentí orgulloso de pagar sus estudios, sus masters, sus tesis, sus coches, sus apartamentos, sus tiendas y todo lo material que le regalé puesto que se merecía el mundo. A cambio, él tuvo que soportarme en mis peores momentos y me culpé por haberle hecho sufrir tanto como al resto de mi familia. Jamás se quejó o me echó en cara las malas decisiones que tomé, simplemente permaneció en silencio a mi lado y esperó a que yo mismo recapacitara.

Sebastian me pedía hasta el café aunque estuviéramos en continentes diferentes. El enano dejó de serlo el mismo día que creció unos milímetros más que yo y utilizó ese argumento para amenazarme con partirme la boca. Siempre le ha encantado bromear conmigo, con Sebas o con nuestros padres... pero si realmente pensaba que podría tumbar al campeón del mundo en lucha es que algo hicieron mal en su educación. Cuando Sebas entró en la universidad mis padres por fin se dejaron convencer y se mudaron a la mansión que les compré. Allí vivió Sebastian un par de años hasta que lo envié a la mejor universidad del país y salió de casa para convertirse en un hijo de puta. Se aprovechó de nuestro apellido, de mi fama, de mi dinero, de todas las tarjetas de crédito que le pagaba, de los regalos que le hacía y hasta se presentaba ante desconocidos como Bastian Trumper. El enano era un galán, un niño malcriado que se divirtió sin el más mínimo remordimiento. Lo peor no era su personalidad, lo peor fue que ni siquiera me sentí mal porque era mi hermano y se lo debía todo.

Sebastian ha nacido con un don infantil irrevocable pero ha estado a mi lado cuando le he necesitado y ha sabido comportarse correctamente sin que se lo pidiese. Mientras que Sebas se definía como un hombre aparentemente calmado, mi hermano pequeño se definía por lo opuesto a nosotros. Amo a mis hermanos por igual, asumí que ambos son distintos desde que nacieron y no podría elegir a ninguno como mi favorito porque son importantes en mi existencia. Quizá me decante ligeramente un poco más por Sebas ya que nuestros caracteres se asimilan; él es calma y yo soy fuerza, impulsividad y negación inmediata, pero siempre nos hemos complementado. Si hablo del enano tampoco me importaría afirmar que es una gran persona, un niño del que jamás me desprendería ¡aunque el cabrón me esté apuntando con el láser!

¡Es el único problema que tengo con mi hermano pequeño, es un niño, UN NIÑO! Ya no importa la edad que tengamos o si ambos hayamos formado nuestras propias familias, este niño no crecerá aunque hayan pasado ochenta años. Cuando estoy en silencio pienso en mandarle al ejército, comprarle una casa a mil metros por debajo del agua del mar y que no saliera de allí en su vida... luego pienso en la paliza que me daría madre y mis ideas se esfuman como el aire que él mismo respira.

Se está riendo, el enano se está burlando de mí. ¿No se cansa? ¿No se envía mensajes con su esposa y se ocupa de sus hijos? Él es una garrapata, una garrapata que tengo pegada al culo y no se despegará de mí hasta que uno de los dos nos enterremos en el panteón familiar. Ha hecho otra apuesta con Sebas, ¡en mi contra!, se han jugado medio

millón de dólares a que me muero antes. ¡Ha alegado que Dulce Bebé tendrá novio pronto y yo no lo superaré! ¡Dios! ¿Por qué no puedo sentirme mal con mi hermano pequeño? ¿Por qué lo sigo manteniendo en mi vida a pesar de que me toque los huevos?

Él es el puto rey de los Trumper. Él es el único capaz de dominar a madre, padre y a todas las mujeres de la familia. Es el tío divertido, el tío al que todos acuden y el tío simpático que no ha hecho ¡ni una mierda!, para merecerse todo lo que tiene. Es inteligente, se graduó con una de las mejores notas del país y me sentí orgulloso de saberlo, ¿cómo no iba a darle todo en la vida si ya había cumplido una de las normas que le impuse? Se tenía que graduar en la universidad y lo logró un año antes de lo previsto. Le dupliqué un millón más su paga hasta que inauguró su propia empresa, le pagué absolutamente todo lo que me pidió y también le salvé el culo cuando su egocentrismo le llevaba a encontrarse con hijos de puta.

Mis hermanos y yo somos socios en muchas empresas que formamos para incrementar las ganancias de nuestro legado. Los tres somos amigos, hermanos, familia... tenemos una clase de algoritmos visuales y gestuales que solamente nosotros tres entendemos. Pero esta vez no hablo de Sebas porque él ha sido más valiente eligiendo a su familia por encima de esta reunión que se nos está haciendo eterna. Mi hermano Sebastian se ha sentado liderando la mesa de mi empresa ya que se cree el mejor, ¡nadie le ha invitado!, ni siquiera tendría que estar aquí pero como se ha aburrido de ejercer de marido, de padre, de tío, de hijo y de cuñado... ¡viene a mí a tocarme los huevos!

Yo lidero la mesa porque es mi mesa, se supone que hay otras sillas que puede ocupar mi hermano pero él ha decidido dar su punto delante de la junta directiva que trabaja conmigo. Hay diez hombres en total en la sala de reuniones; cinco sentados a mi izquierda y otros cinco a mi derecha. Al fondo, un niño que ha subido las piernas encima de la mesa mientras juega con uno de esos láser que hemos prohibido a nuestros hijos.

Agacho la cabeza nuevamente porque me ha enfocado la corbata, es un regalo de Navidad que me compró mi suegra y la llevo con orgullo aunque sea la cosa más fea que he visto en mi vida. Pero soy un hombre honrado, de palabra, respetable... si tengo que ponerme esta cosa yo me la pondré porque sí.

Aprieto mis puños por no gritar a mi hermano Sebastian que aguanta sus carcajadas. A mi izquierda están las dos puertas de salida, puede salir por cualquiera de ellas cuando lo desee, a mi derecha se encuentran los ventanales que romperé con su cuerpo cuando lo lancé al vacío sin sentir pena. Él sobreviviría a una caída desde la planta cincuenta y tres. Él me saludaría desde la calzada y me enseñaría el dedo corazón. Se burlaría, se burlaría de su hermano mayor como ha hecho desde que el nació.

Uno de mis hombres está exponiendo un proyecto de mejora para la empresa. Permanece a mi derecha mostrando un panel mientras intenta captar mi atención, pero se nos ha hecho tarde y ahora solamente me imagino a mi hermano pequeño sangrando. Ha apuntado a otro de mis directivos con el láser y la mayoría sonrían. Nos hacen la pelota porque tenemos a media ciudad y a medio país queriendo trabajar en nuestras empresas, si cometen algún error correrían con la mala suerte de ser despedidos.

—Aaaawww. Aww. ¡AW!

El mundo deja de existir para mí ante los inminentes gritos. La reunión continúa

porque mi hermano así lo ha ordenado, se está riendo de mí, no, se está burlando de mí porque no podré volver en sí hasta que no sepa qué le ocurre a mi hija pequeña. Siento que el corazón ya no late como hace treinta segundos, disimulo antes mis hombres llevándome la mano al pecho mientras mi Nadine repite de nuevo los mismos ruiditos.

—Aww, awww. ¡NO ME LO PUEDO CREER!

Algo le sucede. Algo le sucede a mi niña. Algo le está pasando.

Soy incapaz de salir corriendo, derribar la puerta y cogerla en brazos para protegerla. Me está costando respirar, siento el sudor formarse en mi frente y ya no me vale apretar la silla en la que estoy sentado.

—¡PAPÁ! ¡PAPI!

¡Mi hija me necesita!

Cuando estoy despegando el culo del asiento ella se adelanta abriendo la puerta. Mi hija permanece inmóvil porque la atención de una pantalla luminosa es más interesante. Disimulo removiéndome como si no me importara que mi pequeña me haya aclamado. Todos miran a Nadine, me estoy poniendo nervioso, Sebastian lo sabe y se ríe.

—¡A mí, sólo a mí! ¡Aww!

¡Si quieren una escena tendrán una escena! ¿Por qué miran directamente a mi hija? ¿Ellos no tienen nada mejor que hacer? ¿Por qué se han callado todos excepto mi hermano?

Nadine no es consciente de que ha entrado en la sala de reuniones interrumpiéndonos. Se está concentrando en su móvil olvidándose de mí, de su padre, que ha hecho un esfuerzo enorme por atender esta reunión mientras ella ha elegido quedarse afuera esperándome.

¡Esperando a su padre! ¡A mí! El latir de mi corazón se vuelve a detener por un instante, mi niña ha saltado, ha dado una vuelta y ha ahogado una carcajada gruñendo al mismo tiempo.

—¡Hoy es el día más feliz de mi vida! Mira, papá. Mira.

Acelera sus piernecitas de niña pequeña introduciéndose finalmente en la sala. Deseo con toda mi alma levantarme para encontrarme con mi hija, cogerla en brazos y esconderla de estos hombres que la miran sonrientes como si tuvieran algún derecho. ¡Les quiero arrancar los ojos!

Huelo la colonia que reconocería entre un billón de niñas en el mundo porque ella es mía y me pertenece, ¡es propiedad privada! Cuando me planta el móvil en la cara mi hermano se ríe y también provoca las risas de algunos cabrones que serán despedidos el lunes a primera hora.

—¿Lo ves, papá? ¿Lo ves?

Uso gafas para leer, pero me dejará ciego como siga iluminándome con el brillo del móvil y no me sentiré culpable por ello. Porque mi hija ha venido a mí, porque mi hija me necesita y porque mi hija está conmigo. ¡Conmigo! ¡Podría pasar su tiempo con mi esposa y sus hermanos, pero ella me ha elegido a mí! ¡A MÍ!

—Nadine, no veo nada si...

—¡Garret Colt me ha seguido y me ha corazonado! ¡A mí, solamente a mí! Él no sigue a nadie desde hace un año y he sido la primera a la que ha seguido ¡Y no seguir por seguir! ¡Él ha tecleado con su dedito tres corazones! ¡TRES! ¡TRES! ¡Aww!

La información se dispersa en mi cerebro, entra como un rayo imponiéndose a cualquiera de mis otros pensamientos sobreprotectores con respecto a mi hija y se alzan en lo alto matando mis buenas intenciones. Subrayo las palabras clave que se resumen a un hombre corazonado a mi hija, y la ha seguido. Ese Garret la ha seguido. Ha seguido a mi hija. Tres veces, lo ha hecho tres veces y no le ha bastado con una.

—¡Es el amor de mi vida! ¡Aww, mira papá, mírale y dime que no estoy soñando!

¡Le miraré, le miraré y mi cara será lo último que vea cuando estruje su cuello mientras se muere!

Oculto mis sentimientos destructivos cogiendo las gafas de cristal porque por supuesto le veré la cara a ¡ese hijo de puta! Pero mi hija Nadine se separa sonriendo, teclea nuevamente y lo hace escondiéndose de mí. ¡La quiero encerrar dentro de una caja de cristal! ¡Nadie la mirará y nadie tendrá que ver lo hermosa que es mi hija pequeña! ¡Pe. Que. Ña!

Que sus piernas crezcan más que las de su hermana, que su cuerpecito ya no sea como el de una niña y que su larga melena acentúe sus facciones Trumper, ¡no le da el derecho a crecer ni a hacerse mayor! ¡Tiene doce años, doce años y ese Colt ya la está persiguiendo! ¿Por qué la ha corazonado? ¿Quién mierda se cree que es? Ya no importa, morirá, él ha cavado con su acto su propia tumba. ¡Él ha decidido que yo lo mate por PERSEGUIR a mi hija! ¡A mi pequeña! ¡A mi niña! Hace apenas unos años corría en mitad de la noche para dormirse en mi espalda y ahora es perseguida por HOMBRES que corazonan su corazón.

Siento los pinchazos. Siento que el lado izquierdo de mi cuerpo se paraliza. El infarto me gana.

—¿Papá?

—Dame tu móvil —logro pronunciar sin hacer una escenita. Seguramente este conjunto de hombres me conozcan lo suficiente como para saber que estoy realmente jodido. Mi niña me ha nombrado, ha querido entrar en mi despacho porque me necesita y ha terminado por soltarme que un hombre la ha seguido y la ha corazonado.

—¡Oh, no, no! Estoy cumpliendo las normas —frunce el ceño como una Trumper pero la niña posee el carácter de su madre. ¡Me tiene en sus manos haga lo que haga!

—Por favor, cariño. Déjame. Ahora que me he puesto las gafas podré verlo mejor.

—¡No te creo! —Mi corazón explota de dolor, —¡me lo quieres quitar porque son las seis y se me ha activado internet!

¡Acabaré con el internet en el mundo! ¡Destruye a la gente! ¡Me quita a mis hijos!

De lunes a viernes pierdo a mis pequeños, justamente a las seis de la tarde. Mientras que mi hija Dulce Bebé abarca una ampliación supervisada de conexión durante el día

porque es una niña buena y confiamos en ella, mis otros dos hijos esperan impacientes la hora mágica. Los tres tienen una única responsabilidad que cumplir con sus estudios, cuando terminan sus deberes pueden hacer el mundo suyo si lo desean, pero jamás aceptaré que se aíslen en sus espacios de ocio ignorando que su padre quiere pasar su vida junto a ellos. Mi pequeño hombrecito juega en línea con sus primos cada jodida tarde de su vida y mi Nadine es la reina de las redes sociales.

Ella es mi preocupación inmediata. Es la única de mis hijos a la que no controlo aunque mi esposa me consuele diciéndome que tan solo es una niña. ¡Exacto, una niña! ¡Una niña! Una con demasiada personalidad para la edad que tiene. Físico Trumper y carácter Sullivan, quizá no sea una Sullivan y también posea el carácter Trumper, ¡pero eso no importa ahora porque sueña con ser una super modelo! La profesión en sí me ahoga en el infierno. ¿Cómo se le puede pasar por la imaginación dejar los estudios para iniciar su carrera profesional? ¿Cómo mantiene todos esos ideales en su cabecita sin ceder ni un día? ¿Cómo pretende posar desnuda ante los ojos de desconocidos? Sí, mi hija está convencida de que será una super modelo y todavía no ha visto a su padre luchar en vivo. Ella verá cómo acabaré con las vidas de los HOMBRES, de esas ratas pervertidas que deseen fotografiar a mi niña en ropa interior. Por no imaginar a la niña desfilando en las pasarelas, viajando en jet privado y posando las veinticuatro horas del día tal y como hace a diario.

Mi esposa se burla de mí, piensa que es una niña con sueños y alega que todos los hemos tenido cuando éramos jóvenes. ¡A su edad pensaba en trabajar con padre para alimentar a toda mi familia! Ese era el único pensamiento que se me pasaba por la cabeza, ¡ayudar en casa! Esto se me escapa, mi Nadine se me va de las manos. Actualiza sus redes sociales bajo la aprobación de Nancy y mía, publica fotos suyas, de casa, de su ropa, de sus pertenencias, de la familia... mi niña es la reina de internet y millones de personas esperan sus publicaciones. ¿Quién en el puto mundo espera una publicación de una niña de doce años? ¡Doce! Que aparente veinte no quiere decir que tenga veinte años. Nadine me quita el sueño, Nadine me impide dormir con facilidad y si mi esposa y yo no estuviéramos intentando tener otro bebé, ¡la niña dormiría con sus padres como ha hecho hasta hace unos años! ¡Es una niña! ¡Una niña!

—Hermanito, ¿te ha dado un infarto o todavía soy medio millón de dólares más pobre?

Levanto la cabeza asesinando con mi mirada al enano que me enfoca con el láser. Nadine sonrío al escuchar su voz, estaba tan entusiasmada tecleando que se había olvidado de que su tío está en la sala.

—¡Tú! —Mi niña se voltea y los hombres se distraen leyendo documentos —¿no habrás sido tú?

—A mí no me mires, sobrinita favorita.

¡Lo dice para fastidiarme! ¡Quiere separarme de mis hijos!

De repente siento como el aire en mis pulmones se escapa por un pequeño agujero cuando mi niña se encamina hacia Sebastian y...

—¡NADINE! —Me levanto de la silla asustado.

—¡Mierda!

—¡Esa palabrota!

Se ha caído, se ha tropezado con un cable y yo he muerto durante tres segundos. Vuelvo a mi asiento mientras soy testigo de la complicidad entre mi Nadine y mi hermano pequeño. Ellos se llevan bien, ¡todos se llevan bien con Sebastian! Él convence siempre a mi niña con llevarla a las semanas de las modas, con conectarse a internet cada vez que vaya a su casa y hasta el muy cretino le ha prometido que su primer coche saldrá de su concesionario. ¡El hijo de puta lo hace para anularme! Mi esposa Nancy y yo trabajamos duro para educar a nuestros tres hijos que han nacido en una familia afortunada. Afortunada en dinero y en valores humanos, son millonarios y queremos que también sean millonarios en sus vidas. Además, soy el único que puede malcriar a mis hijos, ¡el único!

—Vaya chaval más guapo, ¿no?

—Aw, ¿a qué sí, Tito Sebastian?

¡YA ESTÁ BIEN! El enano me enfoca con el láser mientras que finge interesarse por ese maldito que ha seguido y ha corazonado a mi hija.

—Señores, la reunión ha finalizado —anuncio aniquilando a Sebastian con mis ojos.

—Señor Trumper, permíteme que...

—¡He dicho que todo el mundo a su casa! —Siempre me acuerdo de mi esposa cuando se me complica el trato con mis empleados. Ella ladearía la cabeza, sonreiría y me aconsejaría que sacase la humanidad que vive en mi interior. Por pensamientos como este en el que mi esposa se aparece en mi imaginación, y por desgracia no está desnuda, carraspeo la garganta e incluso yo sonrío. Sonrío por obligación. —Señores, tengo una cita importante a la que acudir, la reunión y las presentaciones de los proyectos se aplazan hasta nuevo aviso.

—¡Impugno tu decisión, hermanito!

—¡Yo no soy Sebas, y baja los pies de la mesa!

—Ya sé que no eres Sebas, él es mucho más joven que tú.

La junta directiva abandona la sala a su ritmo, Sebastian se salva precisamente por todos ellos, por los hombres que sonrían alejándose de nosotros. Él se mezcla entre la multitud con el dedo corazón en alto, ¡eso es, vete enano antes de que te aplaste en el suelo y te haga otra de tus cicatrices!

Guardo los documentos en el maletín con un ojo sobre mi niña pequeña que me abandona por un artefacto destructivo. Se ha sentado en un silla ajena y ya estoy chistándole para que se mueva. Ella no incumple las normas, está en lo cierto, este año le hemos dado una hora más de conexión porque es un año mayor. No quiero ni imaginarme cómo de solo me sentiré el año que viene cuando la línea de datos se conecte a las cinco de la tarde. El niño también crecerá un año y mi niña ya tendrá trece años. ¡Por no hablar de mi pequeña Dulce Bebé! ¡Todos mis hijos me abandonarán!

—Nadine, cielo, vámonos o llegaremos tarde.

—Garret no ha corazonado a nadie. De hecho, su última conexión fue hace cinco horas y se supone que está en Australia, por lo tanto, allí es de noche, ¿verdad, papá? ¿Qué hora es allí?

—Son las...

—Espera, que lo miro en internet.

Comunicación con mi Nadine. ¡Negativo! Ella no se emplea en conversar mientras ambos bajamos por el ascensor. Se ha apoyado en la pared trasteando el cacharro mientras que yo estoy a su lado intentando inventarme alguna excusa que me acerque a mi niña.

Nadine tendría que estar con el resto de la familia, habían quedado para merendar juntos o algo así. Hace media hora que no recibo notificaciones de mi esposa, actualizaciones de fotos de mi hija Dulce Bebé o mensajes informativos del equipo de seguridad que contraté para todos. Me felicito porque mi niña ha elegido a su padre por encima de los demás, cuando acabaron las clases mi esposa la acercó a la oficina y ha permanecido afuera haciendo sus deberes hasta, por supuesto, las seis de la tarde cuando se activa su línea de internet. ¡Mierda! Se activa su línea de internet fuera de casa y lejos de establecimientos que poseen internet las veinticuatro horas del día. ¡Como en mi oficina!

—Jovencita.

—Sshh, estoy concentrada, mantengo una conversación importante.

—¿Por qué no has ido a merendar con la familia?

—Porque eres el mejor papi del mundo —contesta desganada, obsesionada en la pantalla.

—Y porque hay internet en el edificio, ¿no es así?

—Llamaré a mi abogado como me acuses de usurpadora de internet.

—¡Nadine! —Pulso el botón rojo del ascensor parándonos y me encaro con mi pequeña, —sabes que está totalmente prohibido la conexión a internet antes de las seis.

—Corren rumores de que Dulce Bebé tiene internet, ¡es injusto!

—Se activa restando una hora por cada año que cumple, ¡haz las cuentas! Dame el móvil.

—No puedes acusarme sin pruebas.

—¡Nadine Trumper, dame el puñetero móvil!

—Llamaré a mamá. No, mucho peor, llamaré a la abuela.

Se lo quito porque la niña no podría mantenerlo con ella ni aunque lo protegiera a muerte. Pulso otra vez el botón que nos baja el resto del trayecto a mi parking privado. Se ha cruzado de brazos y está gruñendo, Nadine es una buena Trumper; inteligente, astuta y demasiado tonta si se creía que podía salirse con la suya.

—Espero que entiendas mi postura. Me has engañado.

—¡La conexión en tu edificio es una mierda!

—¡Las palabrotas!

—Aham...

—Nadine, si querías internet tan solo tenías que pedirlo —¿por qué me estoy sintiendo un hombre horrible mientras la regaña? ¡Para eso está mi esposa, yo soy el bueno en la familia!

—¿Hubieras dejado que me conectara?

—Nunca lo sabrás. Si lo hubiésemos mantenido en secreto por un día que adelantase las malditas conexiones de tus dispositivos no hubiera pasado nada. Pero has desafiado a tu padre.

—¡No seas dramático!

—No lo seré, hija, porque estás castigada.

—¿Qué? ¡Demuéstralo!

—Pequeña, controlo absolutamente todos los accesos que visitáis cuando os conectáis. Si quisiera podría darte ahora mismo la información de las páginas que has visitado.

—¡Pues también sabrás que necesitas mejorar la cobertura!

—Enfádate, cariño, enfádate todo lo que quieras que te has buscado el castigo tú solita.

—Hasta que mamá me deje el móvil. Sigo las normas, son las seis y veinte, es mi hora de conexión, —ha elevado una ceja como su madre —alegaré a mi favor que he acabado todos mis deberes y...

—Jovencita, que sonrías no te devolverá el trasto —la empujo para que salga de una vez del ascensor.

—¡Alegaré que he aprobado el DICHOSO examen!

—Ni un paso más, Nadine. Tu profesora no ha llamado para...

—Porque lo he hecho hoy. Lo ha corregido en clase. Todavía no es oficial pero ha dicho que por fin lo he aprobado. ¡Ya lo tenéis! Ahí va un examen de ciencias aprobado, ya puedo ser tan perfecta como vuestra hija favorita.

Acelera alejándose de mí. Sí, me siento totalmente como una mierda. Nadine ha cumplido con sus tres exámenes; primero aprobó el menos complicado, luego pasó por muy poco por ese segundo de literatura y me está confirmando que el más difícil para ella ha sido superado. Tengo que llamar a su profesora para que me confirme y... ¡No! No necesito una confirmación cuando mi hija me está contando que ha aprobado el examen.

Ha abierto la puerta opuesta a la del conductor, se ha sentado de brazos cruzados y la niña frunce el ceño como yo, pero arruga la boquita como su madre cuando se enfada conmigo. Hago un esfuerzo poniéndome en su situación.

—Está bien, admite que has incumplido las normas.

—Cuando admitas que Dulce Bebé es tu favorita —la niña sabe negociar como una

buena Trumper. Está mirando por la ventana ignorándome, la idea de sentirla tan lejos de mí me duele en el alma.

—Nadine.

—¿Aham?

—Tienes que controlar tu egocentrismo, hija. No todo en esta vida son las redes sociales y tu mundo a través de las pantallas.

—Respeto que me gusta. Yo respeto que te gusta acudir a esos campeonatos de lucha.

—Porque ha sido mi profesión.

—Pues la mía será mi imagen, papá, necesito el móvil para actualizarme o todo se irá a la mierda.

—¿Por qué dices eso? —Aprieto el volante por no matar a todo el mundo, ¡no saldremos del parking hasta que no arregle esto con mi hija!

—Lo digo porque en Los Angeles y en Nueva York viven las mejores modelos, mientras que yo vivo en esta ciudad de mierda.

—Nadine, esas modelos que tú sigues no han nacido precisamente en esas ciudades. Esas se han mudado allí para trabajar.

—Exacto, pero como todavía soy menor de edad no puedo mudarme allí, que es donde yo quiero estar. Mientras tanto solamente tengo internet para sobrevivir en mi profesión. El día que sea mayor podré hacer lo que quiera, sin vosotros, sin vuestro consentimiento y por fin seré libre de daros explicaciones.

¡Moriré antes de ver su partida!

Nadine se define por ratificar y defender sus ideales. No es la primera vez que discutimos sobre su futuro, sobre sus sueños y sobre sus creencias. La niña necesita descubrir el mundo sin nosotros; no sirve de nada que la llevemos de viaje, le demos lo que nos pida o permitamos que actualice sus redes sociales si realmente no lo disfruta. Somos sus padres, Nancy y yo creamos a este pequeño monstruo que mataría por alcanzar sus sueños, y me siento orgulloso, me siento un padre fabuloso porque eso significa que estamos criando a una niña con expectativas de futuro.

Mi pequeña no será la típica niñita de papá que gaste nuestra fortuna en tonterías por puro placer. Mi pequeña Nadine, con doce años, ya tiene un objetivo en la vida y está luchando fuerte por ello. Quizá estudie, sea la mejor en su profesión y se haga con una carrera ya que logrará todo aquello que se proponga. Posee carácter, carisma, actitud y el apoyo eterno de su padre. Me hubiera encantado que fuese una niña que viviera felizmente en el anonimato, pero si mi Nadine elige experimentar una profesión pública estaré a su lado. A su lado por el resto de su vida, justo allá por dónde pise ella. Es muy pequeña para que sepa verdaderamente qué clase de padre soy.

—Papá, ¿arrancas? Me hago pis.

—Abróchate el cinturón. Deberías estar subida en una silla.

—¡No soy una niña!

—Lo eres.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no lo soy!

—¡Que. Sí. Lo. Eres! ¡Y no me frunzas el ceño, eso lo inventé yo!

—¡Exijo una reunión Trumper!

—Exige lo que quieras, querida, yo mando en la familia y yo decido cuándo levantarte el castigo.

—¡No he incumplido las normas! ¡ESTÁN ROBANDOTE COBERTURA!

—¡No me grites! ¡Y explícame eso de la cobertura!

—A cambio quiero mi móvil.

—Estás castigada, —se retuerce en el asiento y sonrío enfrentándose de nuevo a mí —oh, tampoco te va a funcionar que llames a tus abuelos de Crest Hill.

—Le diré a mi abuelito que papá está siendo cruel. Cuentan las leyendas que guarda en el garaje un rifle por si algún día le haces daño a mamá.

—¡Prohibido nombrar a tu abuelo! ¡Los rumores son inciertos!

—¡Mamá me ha contado que al abuelo nunca le has caído bien!

—¡Tengo una relación excepcional con él!

—Hasta que su nieta favorita, nombrada como su esposa, le diga que papi me ha quitado el móvil porque he hecho una pequeña travesurita. ¡Una chiquitita! ¡Así de pequeña!

—¡Baja ese dedo, Nadine Trumper!

—¿Y bien, papá? ¿Hay trato o no? Porque llamaré a mi abuelito, le contaré que me habéis dejado sin móvil y... sí, le pediré que venga a recogerme. Quiero dormir en casa de los abuelos.

Nancy me advirtió sonriente que no fuese tan tonto de caer en sus trampas. Nuestra hija adora jugar con los sentimientos de la familia imponiéndose y manipulándolos a todos. Madre y mis suegros siempre son los primeros en ceder ante cualquier cosa que pida su niña, son débiles y ellos son las verdaderas marionetas de la niña.

Amo a mi pequeña Nadine porque en sus ojos veo al niño que un día fui. Es exacta a mí. A su edad ya exigía como ella, me imponía tanto como ella y manipulaba a todo el mundo como hace ella. Me divertía desobedeciendo a mis padres, madre no podía conmigo y padre era frágil cuando se trataba de sus hijos. Arrastraba a mis hermanos por el camino del mal, enseñé a Sebas a fumar y a Sebastian escaparse por la ventana. Yo era bastante exigente, un Trumper que nació con el poder debajo de sus brazos y con un carácter extremadamente insoportable. Contestaba a madre, hacía trastadas y me las

ingeniaba para que padre creyera que era un angelito.

Mi hija comparada conmigo no es más que una valiente que ha heredado cada gen que he puesto dentro de su cerebro. Sí, me siento ofendido por sus actos porque soy padre y me duele, pero si Nadine pretende dar un paso más que yo, mi niña no sabe que actualmente yo mismo le estoy esperando un paso más adelante. Siempre caminaré por delante de ella porque siempre le acompañaré allá por donde decida caminar.

Sin embargo, me toca luchar y ganar batallas mucho más complicadas que mi profesión. Enfrentarme a personitas con mi mismo carácter me está arruinando sentimentalmente, aunque conozca cada milímetro de la personalidad de mis hijos.

—¿Papá, hay trato o no?

—Recuérdame de qué hablábamos.

—De que tú me devuelves el móvil, no me castigas porque tu conexión gratis es una... es lenta, y aquí no ha pasado nada. Nos vamos a casa, cenamos con la familia y seré buena. Nunca volveré a mentirte.

¡Está haciéndolo de nuevo! ¿Es que nadie la ve?

—Te devuelvo el móvil, pero mañana te conectas dos horas más tarde.

—Papi, mañana es sábado. Es mi día libre con internet desde primera hora —canturrea, la quiero besar, abrazar y ¡meter en una caja para que nadie más la vea!

—Te devuelvo el móvil esta tarde, mañana tienes internet todo el día y el domingo dirás a toda la familia que te lo has olvidado en casa.

—¿Sin internet en casa de los abuelos? ¿Qué hago yo? ¡Me aburro!

—Tú decides qué hacer. Estás tomando una decisión adulta, hija.

—¿Y si se lo decimos a mamá?

—Mamá me apoyará.

—¿A la abuela Margaret?

—Soy su hijo, estoy por encima de ti.

—¿A los abuelos de Crest Hill?

—Son humildes, odian los móviles.

—¡Joder!

—¡El castigo te aumentará si sigues contestando! El tiempo es oro, decídetelo.

—¿Puedo publicar ahora mismo una foto contigo en el coche y despedirme de todos?

—Nadine, sabes que odio que me... —ha elegido, ha decidido. Mi hija ha negociado muy bien y no podría sentirme más orgulloso. Ella es consciente de que ha mentido, y yo he ganado una batalla sin la ayuda de mi esposa. Solo, ante mi mejor versión en miniatura, ¡en niña! —Sí, hagámonos una foto, publícala y despídete. Mañana a primera hora te devolveré el móvil.

—Gracias, papá.

¡DAME UN BESO! ¡LANZATE SOBRE MIS BRAZOS Y DAME UN BESO!

No, mi hija sonrío estirando su brazo para que le entregue el móvil. Cuando lo desbloquea lo primero que hace es pasar su brazo por mis hombros, unir su rostro al mío y fotografiarnos en el coche tal y como hemos quedado.

—Abróchate, nos vamos a casa —arranco observando la pantalla de reojo. Ha publicado la foto. Eso es, ahí estoy yo, marcando territorio para que todos sepan quién es su padre y lo que les hará a los hijos de puta que se atrevan a aprovecharse de mi pequeña.

—¿Papi?

—Dime. —¡El parking está a rebosar de coches de Sebastian! ¡No puedo conducir bien! ¿Es que no tiene suficientes parkings ya, o suficientes coches? ¡Este enano se ha propuesto joder mi existencia! ¡Le pienso dar una paliza!

—¿Puedo dormir esta noche en vuestra cama? ¿Te acuerdas cuando corría de madrugada y dormía en tu espalda porque pensaba que era el lugar más seguro del mundo? ¿Puedo dormir esta noche contigo?

—¡QUÉDATE EL PUÑETERO MÓVIL!

—Te quiero, papi —contesta sonriente porque sabe que se ha salido con la suya.

Hay un poder superior al mío propio; el de mi esposa e hijos. Ellos abren la boca y yo soy completamente suyo.

Capítulo 13

NEANDERTAL

NANCY

Cuando terminamos oficialmente la universidad, nos liberamos de las prácticas y por fin recogimos el diploma, nuestro tutor nos ofertó la posibilidad de proseguir trabajando durante el verano en cualquiera de los establecimientos expuestos en el tablón de anuncios. Mientras que la mayoría de mis compañeros se decantaron por permanecer en esas aburridas oficinas, legado Trumper seguramente, yo seleccioné un psiquiátrico ya que llamó mi atención. Una vieja amiga de mi curso eligió las oficinas de un cementerio y otro compañero decidió ocupar su mesa en lo alto de una torre en el aeropuerto.

Las semanas calurosas de verano se me hicieron amenas porque la gestión administrativa en un psiquiátrico dependía exclusivamente de los ingresos extras de pacientes cuando pasaba la primera quincena de cada mes. Me resultó fácil hacerme con las facturas, sueldos, archivos y el típico programa informático que estudié en mis años académicos. Yo, que criticaba a todos mis amigos por trabajar en la ciudad, cargué con mi decisión durante el verano hasta que comencé a dar vueltas por las instalaciones.

Al principio me imponía respeto eso de mantener contacto con algún paciente, pero dejó de preocuparme tan pronto comprendí que no debía acercarme a las zonas prohibidas. A veces me iba a la sala médica, otras tantas paseaba por las inmediaciones del psiquiátrico y me sentaba en el jardín para disfrutar de las vistas, y empecé a creerme que trabajar en las pequeñas oficinas de un psiquiátrico no había sido tan mala idea.

Me acomodé por experimentar una cierta libertad en mi primera experiencia laboral, tenía tanto tiempo libre que incluso conseguí un trabajo en un enorme edificio y soñaba con acabar el trabajo ligado a mi universidad. Para una chica nacida y criada en un pueblo sencillo, humilde y trabajador de la ciudad, era todo un logro y no podía estar más orgullosa de mí. Por lo tanto, mi confianza se disparó en los últimos días ya que ni siquiera me impliqué tanto en sentarme frente al ordenador viejo que me habían dejado por ser la becaria e hice esa cosa de interactuar con el personal del psiquiátrico.

Era una más. Ellos me hacían sentir una más aunque en mi mente ya me imaginaba en un gran despacho reinando esos edificios altos de la ciudad. Mis compañeros de la oficina no tenían demasiado trabajo y tampoco me requerían a todas horas, se turnaban para salir del centro y nos comunicábamos por notitas que pegábamos en las pantallas del ordenador. Me integré como una compañera más con otro tipo de trabajadores que verdaderamente hacían funcionar todo; desde cuidadores, pasando por los de cocina y mantenimiento, y llegando al personal médico del que yo huía personalmente por respeto. Había enfermeros divertidos, chicas simpáticas que me caían bien y gente agradable que me hicieron sentir parte del equipo.

Incluso recuerdo al director del centro, aunque posteriormente haya tenido mis roces con él por razones obvias ligadas a mi esposo, era un hombre agradable y fue el único que puso todo mi futuro en sus manos justamente en mi último día de trabajo en el psiquiátrico. Siempre estaré agradecida a su flamante idea de enviarme a un sector prohibido para el personal con el que era mi compañero favorito.

En una etapa de mi vida se me pasó por la cabeza que no hubiera conocido a Bastian si el director nunca me hubiera aconsejado que bajara con mi compañero a las inmediaciones oscuras en las que habitaban los pacientes más especiales. Justamente en una habitación olvidada de ese psiquiátrico permanecía temporalmente el campeón mundial de lucha más famoso del mundo. Fue el único deportista en hacerse con el campeonato mundial catorce veces seguidas, sin contar los miles de campeonatos que ganó durante años. Ese hombre es mi marido.

Todavía recuerdo con orgullo la fortaleza que me invadió cuando decidí abrir la puerta de su habitación. La verdadera culpa de que hoy en día sea una mujer felizmente casada fue del que fue mi amigo por aquel entonces. Si no se hubiera entretenido hablando por teléfono, yo nunca hubiera cometido la locura de interactuar con un paciente sin permiso. Pero sentí una fuerza que me atrajo a él, sentí que mis piernas anduvieron en su dirección y sentí que me robó el corazón independientemente de las razones por las cuales estuviera ingresado en un psiquiátrico.

Reconozco que me dejé llevar. Reconozco que adoraba cómo mi marido me perseguía sin conocerme y su forma de ser. Era peculiar, bruto, imperativo, obsesionado y tajante siempre que se trataba de mí. Aun así, aun llegando al corazón testarudo de Bastian, logró que me enamorara sin esfuerzo de él. Puede que me lanzara a una piscina llena de rosas en mi imaginación, puede que luego en vez de rosas hubiera espinas que me clavé una por una, puede que nuestra relación se complicó un poco entre nosotros... pero Bastian Trumper nació para ser mío y yo nacía para ser suya.

Aunque no pueda darle otro bebé.

Disimulo mirando por la ventana del coche mientras intento que los recuerdos de nuestro pasado no me atormenten. Tener a Dulce Bebé fue una bendición inesperada, vino cuando más la necesitábamos. Tampoco nos resultó difícil crear a Nadine puesto que Bastian quería darle un hermanito a su niña pequeña. Y cuando nos lanzamos a por el niño, nuestro hijo nació algunos meses después que Nadine. Pero mi marido prosiguió obsesionándose con la idea de llenar todas las habitaciones de nuestra casa. Su objetivo era tenerme embarazada para que no le abandonara y no me llevara a mis hijos, una

obsesión que todavía le tortura, por eso hice un último trato con él accediendo a que tuviéramos un cuarto bebé antes de plantarme para siempre. Amaba tener a nuestros bebés, sentirles en mi vientre y verlos nacer, pero también necesitaba un respiro como mujer y disfrutar de mi familia.

El día que la Doctora Weinn oyó tres latidos de corazón Bastian dejó de respirar durante unos minutos. Su cardiólogo se presentó en la clínica media hora después y repitió nuevamente que tenía que guardar reposo, tomarse las cosas con más calma y llevar una vida sana. Bastian le ignoró como de costumbre, a él le bastó apretar mi mano, fruncir el ceño e incorporarse para ser el mismo de siempre. Tras vaciar la sala de personas que trataban de introducirle una vía, llamó a la doctora y esta nos confirmó que gestaba a tres bebés. Tres bebés. Mi marido se recuperó al instante, sonriendo, incluso saltando e ideando cómo iba a repartir a todos los niños en casa para que durmieran cerca de nuestra habitación.

Sueños que permanecieron para nosotros dos hasta navidades, cuando anunciamos a toda la familia la esperada noticia. Esa noche Bastian se ganó todavía más mi corazón, incluso llegué a plantearme en ir a por el séptimo bebé, a por el octavo, a por el noveno... a por los bebés que él quisiera porque estaba completamente enamorada de un hombre delicado que cuidaba de mí y que amaba por encima de su propia vida a nuestros hijos. Era el marido con el que siempre soñé casarme, me di cuenta que todas nuestras discusiones habían merecido la pena si al final de este viaje ya éramos felices y estábamos formando una familia.

El aborto nos marcó, nos marcó de una manera sobrehumana e inexplicable y sentimos en pareja cómo el vacío se apoderaba de nosotros. Logré recuperarme por mis hijos, por mi marido y por nuestra familia... pero sabía que Bastian lo viviría expresamente en primera persona.

Ya está. No pasó nada. Creamos a nuestros bebés, los mantuve dentro de mí y se fueron. Viven en el cielo de los bebés, están sanos y salvos, y cuando muera me recibirán tras haberme añorado tanto como yo a ellos.

Nos recomendaron tener otro bebé, un cuarto bebé que nunca llegó porque mi marido no estaba por la labor. Hacíamos el amor, dejé los anticonceptivos y los recuperé tan pronto me di cuenta que Bastian y yo no nos encontrábamos en la misma página. Fueron semanas horribles para él, ya no sabía a quién acudir para pedir ayuda o qué hacer para hacerle entender que no fue el culpable. Su única preocupación era mantenernos junto a él, que nuestros hijos crecieran bajo su supervisión y que yo no me alejara demasiado. Creo que el aborto nos unió todavía más, creo que tanto nuestros hijos como yo fuimos la única medicina que le curó y creo que superó todo el sentimiento de pérdida porque abrió los ojos y vio la familia tan hermosa que habíamos formado juntos.

Sin embargo, deseo con toda mi alma tener un bebé. Hace unos meses sentí la llamada de la naturaleza. Fue una noche después de hacer el amor con mi marido cuando salí al balcón de la habitación y miré atentamente el cielo estrellado. Recordé lo felices que éramos mi marido y yo las primeras horas de Dulce Bebé en casa, cómo nos abrazamos tumbados en el jardín mientras nos susurrábamos lo mucho que nos amábamos. La llegada de Nadine tuvo a Bastian sin dormir durante semanas cuidando siempre de sus

dos hijas y de mí, cómo se sintió y cómo se completó como humano al tenernos junto a él. Y cuando ya estaba convencida de que quería tener un bebé sólo me bastó recordar la imagen de mi marido sosteniendo a nuestro hijo en brazos, lloraba y le repetía que era el niño más bonito del mundo. Era su primer hijo varón, su único hijo varón y por fin logramos agrandar nuestra familia con un niño.

Quería ser madre por cuarta vez, quería sentirme útil y quería bendecir a nuestra familia con la llegada de otro nuevo miembro. Nos lo merecíamos. Por eso, tras meditarlo en soledad, le confesé a mi marido mi sueño y aunque necesitó un poco más de tiempo, finalmente entendió lo maravilloso que sería tener un bebé.

Un bebé que no llega.

No puedo darle otro bebé.

Lo llevamos intentando demasiado para ser nosotros. Nuestros hijos se crearon sin ningún mínimo esfuerzo, decidíamos tener un hijo y me quedaba embarazada en apenas unas semanas. Era una mujer fértil y los soldaditos de mi marido entraban en mí dispuestos a fecundarme, pero supongo que de eso ya ha pasado bastante tiempo y ya no funciona tan bien como antes. Nuestra doctora nos ha dado los resultados de unas pruebas médicas y ambos nos encontramos en muy buenas condiciones. En mi interior todo funciona correctamente y los soldaditos de Bastian son sanos. ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué no me quedo embarazada?

Bastian conduce hacia el Centro Deportivo Trumper porque esta tarde juega nuestro hijo al baloncesto. Mi niño ya se encuentra allí porque mi marido lo ha llevado hace unas horas para que entrenase con sus compañeros, después, él ha regresado a casa y hemos esperado en nuestra habitación el resultado de una prueba de embarazo que ha dado negativo. Bastian se muestra positivo, sé que se inculpa porque piensa que es un hombre viejo, pero ya le conocí así y por eso no me preocupan sus comentarios autodestructivos, es la dichosa prueba de embarazo lo que me trastorna. ¿Por qué no da positivo? ¿Por qué no soy capaz de gestar a un bebé en mi barriga? ¿Y si ya no podemos tener más bebés? ¿Y si algo no funciona bien aunque la doctora nos diga todo lo contrario?

—Papá, quiero negociar contigo la posibilidad de un viaje con mi amiga.

—Siempre que sea tan lejos como el Centro Comercial Trumper, puedes ir con tu amiga.

—Papá, no estamos entendiéndonos —mi hija se adelanta asomando su cabeza entre los asientos delanteros. Bastian me ha agarrado nuevamente la mano, sabe lo mal que me siento por el resultado de la prueba y ha estado besándomela desde que hemos salido de casa y ha tomado el control del volante. —¿Puedo ir a Los Angeles con mi mejor amiga? Van sus padres.

Bastian ha subido el volumen de la radio para no atender a Nadine. Ella negocia bastante bien, mi marido me culpa porque dice que ha salido a mí cuando es todo lo contrario, mi niña es una Trumper de los pies a la cabeza. ¿Un viaje en mitad del curso? No, definitivamente no. La última vez que se fue de acampada con un matrimonio amigo nuestro y su hija, se escaparon en mitad de la noche para bañarse en el lago y Bastian todavía no duerme recordando la noticia cuando nos lo comunicaron. Nos dijeron que

fue una tontería, pero mi marido se imaginó sin hija y culpó a nuestros ex amigos de irresponsables. Apoyé a Bastian porque tenía razón, podría haberle pasado algo malo y nuestra seguridad se acomodó cuando se apagaron las luces. Nadine piensa que es una niña adulta y no podría estar más equivocada, sigue siendo una niña pequeña de doce años aunque sienta que ya es mayor.

Entromete el brazo entre nosotros para apagar la música. Luego gruñe, mira de uno a otro y carraspea la garganta.

—¿Es que ni siquiera vaís a hablarlo?

—Nena, ¿dejamos que la niña vaya a Los Angeles?

—Ni pensarlo.

—Ahí lo tienes. Ahora, vuelve a tu asiento y abróchate el cinturón.

—¿Por qué no?

—Porque no confiamos en ti. Porque no es la primera vez que te escapas en mitad de la noche para demostrar que nos desafías.

—¿Todavía estáis enfadados por lo del lago? ¡Eso fue hace mucho!

—Nadine, haz caso a tu padre y siéntate. El tráfico es peligroso.

—Si fuera vuestra hija favorita la que os lo pidiera hubierais dicho que sí. ¡A la primera!

—A mí no me metas. Ya cansas con el mismo discursito.

—¡Responderías igual que yo si estuvieras en mi lugar! ¡Remilgada!

Bastian sube el volumen de la música porque oír las discusiones de sus hijas le hace daño. Las niñas nunca discuten, ambas se llevan muy bien aunque la diferencia de sus personalidades y de sus edades les distancie a veces. Nadine presiona mucho a su hermana mayor porque sabe que dispone de nuestra confianza y de privilegios que ella no posee todavía. La menor es mucho más Trumper; tajante, exigente, imperativa... y la mayor siempre reacciona como una Sullivan; serena, agradable, sonriente... Pero ambas se quieren con locura, son mejores amigas, hablan de sus cosas en secreto, se mensajean, se unen en contra de sus primos y comparten un montón de sueños que harán realidad porque se lo merecen. Simplemente, les cuesta encajar sus caracteres en determinadas ocasiones, sobre todo cuando Nadine nos acusa a todos por tener un hijo o una hija favorita. Es su modo de dar su punto y captar la atención de la familia.

Mi marido ya las ha comprobado por el espejo. Ha refunfuñado, ha fruncido el ceño y por fin ha bajado el volumen de la música. Odia que las niñas se conecten a internet, para Bastian es su peor enemigo, uno con el que no puede luchar. Las dos están tecleando en sus móviles ajenas a nosotros dos que nos encontramos saliendo de un gran atasco.

—¿Estás bien? —Le susurro y se sorprende besándome de nuevo la mano.

—Me has quitado la pregunta de los labios. ¿Y tú?

—Sí, supongo que mejor.

—Pondré un bebé en tu barriga aunque nos cueste cincuenta años, ¿me has escuchado?

Sonrío por sus palabras. Su implicación significa mucho para mí.

—¿Estáis hablando de mi viaje? —Nadine nos sorprende interrumpiendo nuestro beso.

—No saldrás fuera de la ciudad sin la compañía de un Trumper.

—¡Bien! Se lo diré a tito Sebastian, él me...

—Suelta ese trasto inmediatamente, Nadine.

—¿Incumplo las normas? Son las siete de la tarde, ¡es mi tiempo para utilizar internet!

Trumper padre ha gruñido. Trumper hija ha gruñido.

Dulce Bebé se está agobiando, la miro por el espejo y ha resoplado.

—Cariño, ¿todo bien por ahí detrás? —Le pregunto en voz alta.

—Me estoy meando. ¿Cuánto falta?

—¡Aguanta, hija, estos ineptos de la carretera compraron su licencia en un comercio de comestibles! ¡No me dejan pasar!

—Tito Sebas debería inventarse una ley para que construyera un carril de uso exclusivo Trumper.

—¡Esa es mi chica!

—Te quiero, papi —Nadine ha besado a mi marido. En treinta segundos se derretirá y ella habrá conseguido su viaje a Los Angeles. Sabe cómo ganarse a su padre.

—Yo también te querré si nos llevas al pabellón.

Bastian frunce el ceño arrancando el motor tras la petición de Dulce Bebé. El motivo del atasco es el apagón de un semáforo, hay partido y el tráfico se multiplica en la carretera. Susurro a las niñas que se agarren mientras nos reímos. Nuestros guardaespaldas se quedan atrás puesto que mi marido conduce como un loco poniendo en riesgo nuestra propia seguridad. Mis cuñadas y yo aprendimos a vivir con el defecto Trumper, herencia familiar, en el que mis cuñados y mi marido son extremadamente irritables cuando se trata de nosotras conduciendo un coche. Tanto Bastian como sus hermanos se transforman en monstruos ante la posibilidad de vernos conducir a solas, y si lo hacemos, ellos mandan a sus hombres de seguridad para que nos abran paso en la carretera. Me he acostumbrado a no conducir, es incluso divertido tener un chofer particular o el hecho de llamar a mi marido para que venga a recogerme allá donde haya ido. Tampoco vamos a reconocer que los Trumpers conducen muy bien, eso engordaría sus egos y bastante tienen con saber que son buenos frente al volante.

Conforme mi marido frena el coche en nuestra plaza de parking privado, Dulce Bebé salta corriendo hacia los aseos. Sonrío porque Bastian se ha puesto nervioso, siempre lo hace si él no nos controla a todos, por eso la persigue acelerado mientras regaña a viva voz a los de seguridad que no se han percatado del rápido movimiento.

Nadine y yo caminamos abrazadas hacia el interior del recinto. Ella me susurra lo mucho que me ama y le tomo la palabra aunque esté trabajándose un viaje que nunca disfrutará. Niego su petición nuevamente y tras un berrinche de refunfuños idénticos a los de su padre, acelera el paso y entra en el pabellón antes que yo.

Mi hijo y mi sobrino Sebastian juegan en el mismo equipo de baloncesto. Les apuntamos hace cuatro años como entretenimiento y en la actualidad se ha convertido en una motivación de estudio para superarse en el colegio. Juegan un par de veces al mes en una liga comprada por mi marido y mi cuñado Sebastian, ellos tenían que meter las narices donde nadie les llamaban, pero así son mi familia. Lo importante es que los chicos se lo pasan bien, hacen nuevos amigos y al menos no están pegados a las pantallas de cine jugando a los videojuegos.

La pista está vacía y las gradas ocupadas por los familiares de los jugadores. Mi marido y mi cuñado controlan todo el aforo, si alguien no se encuentra anotado en la lista supervisada por personas a nuestro cargo no puede acceder al recinto. Son tres gradas, tres enormes gradas que se han llenado y que procuran no llamar la atención a la cuarta grada liderada por los Trumper.

No era necesario ocupar toda una grada para la familia, nosotros sumamos unos veinte si contamos con mis padres o incluso treinta si invitamos a nuestros amigos o a los amigos de los niños. Nunca coincidimos el mismo día puesto que los partidos entre semana son amistosos que no aportan nada a la liga claramente ganada por el equipo Trumper. Miro desde aquí abajo a mis cuñados y a mis sobrinos; Sebas y Jocelyn sentados más abajo, Rachel y Sebastian ocupando el alto de la grada, y los niños esparcidos por el gran espacio que nos brinda dar la nota.

Me da vergüenza, todavía no me acostumbro a manejar tantas miradas de madres con las que hablo normalmente cuando me paso por el instituto y el colegio. Quiero que todos nosotros estemos juntos, mezclados, sociabilizándonos, integrándonos con los demás... a mi marido le daría otro de sus infartos y mis cuñados apoyarían la decisión de su hermano. Los Trumper son tan celosos de sus propias familias que es complicado ser una persona normal cuando te rodeas de ellos.

Ocupo un lugar a un par de metros por encima de Sebas y Jocelyn. Ellos quedan a nuestra izquierda, todavía no me han visto porque mi cuñada tiene en sus brazos a mi sobrino Sebas y mi cuñado está hablando con su hija Jocelyn. Ambos están juntos, pero no revueltos, les queda un mundo más para debatirse su futuro. Aún no me lo creo, cuando Bastian me lo contó lloré y no paré de darle vueltas a la cabeza durante días; que mis cuñados abandonen la ciudad para irse a una isla rompería nuestra relación. No quiero que se vayan, espero que tomen la decisión que ellos consideren... pero no despediré a mis cuñados y a mis sobrinos en un aeropuerto. Les amo, les quiero en mi vida tanto como ellos me querrán en la suya. ¡Qué piensen también en mí y en mi familia! Bastian se quedaría sin su mejor amigo y yo perdería a parte de mi familia. Ellos no discuten, parecen hablarse y parece también que han superado sus diferencias. Es lo único que importa, que solucionen toda aquella amenaza que les suponga un inconveniente en la relación.

Tuerzo el cuello, también a mi izquierda, y dirijo mi vista unos metros más arriba.

Allí se encuentran la pareja del año según una publicación, este año espero que nos toque a mi marido y a mí, aunque pensamos que Sebastian ha comprado la editorial con tal de molestarnos a todos y salirse con la suya. Rachel regaña a su hija Rachel y Maggie, las dos están pegando a uno de los gemelos y la pobre Lidia con el fuerte carácter de esas dos... de esos cuatro diablos Trumper. Mi hija Nadine se ha lanzado sobre mi cuñado que le niega el viaje a Los Angeles y ella le recoloca la bufanda que tiene atada alrededor de su frente. Tiene que ser fuerte, no ceder antes su súplica, porque si alguien puede discutir con Bastian ese es su hermano pequeño.

—Mamá, mamá, —Dulce Bebé se desliza una fila más arriba —papá me ha acompañado hasta el baño y ha esperado afuera. Ni siquiera me ha dado privacidad para atender una llamada que esperaba.

Bastian aparece dando instrucciones a un miembro de nuestra seguridad. Mi hija continúa quejándose mientras que yo vacío mentalmente el pabellón y me quedo con la existencia de mi marido.

Mantiene su figura gigante porque ama ejercitarse, siempre le ha gustado ir al gimnasio y golpear sacos al igual que subirse en esas maquinitas de hombres poderosos. Con los años él no ha envejecido, se le han formado algunas arrugas alrededor de los ojos como a todos nosotros, pero conserva su rostro agresivo cargado de ansiedad que me enamoró. Sus pómulos son mucho más determinantes que hace dieciséis años, sus preocupaciones aumentaron y con ello sus ganas de meterse en un gimnasio y fortalecerse. Adoro que vaya a la peluquería a darse sus mechas ya que así disimula las pocas canas que le han salido, también adoro esos momentos en los que los dos nos extendemos nuestras cremas por nuestro cuerpo y adoro cada centímetro de mi marido. Físicamente es un tornado que jamás deja de girar sobre sí mismo, atento al acecho, controlando a su familia y dando más de sí de lo que debería. Sus tatuajes son parte de su vida, me gusta que no se haya borrado ninguno porque eso significa que está orgulloso de haber conseguido todas y cada una de sus metas. Lo que más me enamora cada día son sus ojos cristalinos, esos que sólo me miran a mí desde que nos vimos en la habitación de un psiquiátrico.

En cuanto a carácter, ahí está mi marido, gritando a dos hombres un poco más altos que él por haberse descuidado en la salida del coche de nuestra hija. Seguramente se la haya imaginado perdida en el pabellón que nos conocemos de memoria o secuestrada por gente extraña, como si no tuviéramos todos los datos de los asistentes que nos acompañan esta tarde. Su rutina consiste principalmente en cuidar de todos nosotros, cada amanecer Bastian se levanta para salir a correr por los alrededores de nuestro paraíso, cuando el sol aprieta entra en casa, comprueba a nuestros hijos, se ducha y se reúne con una mujer que le recibe desnuda. Hacemos el amor porque ambos nos deseamos incluso más que el primer día, esperamos a que los gritos de los niños nos ponga en pie y a raíz de ahí comienza una mañana que depende del humor íntegro de nuestros hijos.

Bastian y yo solemos preparar juntos el desayuno excepto si hemos hecho el amor dentro de la ducha, entonces, yo disfruto unos minutos a solas mientras mi marido se ocupa de todo. Si mis hijos están de buen humor los cinco pasamos un agradable tiempo en familia en los que mi Bastian y yo nos miramos desde la distancia, deseándonos, añorándonos, hablándonos con todas las expresiones de nuestro rostro. Si mis hijos están de mal humor, normalmente tratamos de ser buenos padres y esperamos a que solventen

sus problemas, si no sucede así, entonces Bastian se convierte en un neandertal y espera a que yo le apoye para acusarme de neandertal cavernícola.

Por lo general, como ya conocemos a nuestros tres retoños, nos resulta bastante fácil eso de la comunicación parental. Todos los días, a excepción de las reuniones o asuntos familiares, mi marido y yo llevamos a los niños al instituto. Solemos acompañar primero a nuestras hijas y luego a nuestro hijo, nunca puedo pisar el colegio del niño porque allí hay profesores que no son mujeres y Bastian se pone nervioso si me ve rodeada de hombres. Cuando nos aseguramos que los niños están bajo la supervisión de un colegio que pertenece a los Trumper, nos dirigimos al centro de la ciudad; a veces volvemos a desayunar, otras veces nos decantamos por un despacho o atendemos reuniones en hoteles, pero siempre vamos juntos de la mano porque no querríamos estar en otro lugar que no fuese junto al otro.

Casarme con Bastian ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida porque él hace que la mía sea totalmente distinta. La rutina con mi marido no existe una vez que nuestros hijos entran en sus respectivos centros de estudio. Lo que me tiene enamorada es que todos los días es un día diferente, siempre consigue sorprenderme y hacerme sentir la única en su vida. Cuando le tengo que dedicar tiempo a mi trabajo Bastian me envía flores, fotos subidas de tono o me viene a buscar sacándome de la oficina como un neandertal. Entonces, cambia mi mundo nuevamente; nos vamos a navegar, hacemos el amor en suites de lujo, conduce hasta las afueras para pasear en pareja por esos románticos bosques y conseguimos que nuestro matrimonio funcione porque nos contamos absolutamente todo.

Me gusta comunicarme con Bastian, él es mi mejor amigo y no solamente nos casamos por un hecho de posesión, sino porque realmente nos amamos. Jamás me hubiera imaginado que cumpliría todas las promesas que me susurró al oído hace dieciséis años, todavía no me creo que hayamos sobrevivido tanto tiempo juntos y no quisiera perderle. Cuando estamos separados por motivos familiares o de trabajo yo siento que mi otra mitad me ha abandonado, es una sensación inexplicable ya que hay que amar a un hombre como Bastian para comprenderme. Le quiero a mi lado las veinticuatro horas del día, le quiero junto a mí para siempre porque él es junto a mis hijos lo mejor de mi vida. Lo mejor.

—¿Nena? —Le había perdido de vista por un momento pero ya noto el calor de su pierna rozar la mía. En cuanto a vestimenta, bueno, es un Trumper, jamás estará de acuerdo en prendas que muestren más de lo que debería, aunque esta noche me he puesto una falda y he sentido su pasión recorrer las venas de mi cuerpo. Ha sido sólo un roce, un roce que me ha encendido.

Agarro la mano a mi marido mientras compruebo dónde está ahora Nadine, ha dejado por imposible a mi cuñado Sebastian y ahora mi cuñado Sebas la mece entre sus brazos. Él sonrío y la atiende aprovechando que mi sobrina Jocelyn se ha reunido con mi hija Dulce Bebé un par de metros por encima de Bastian y de mí.

—¿Nancy, comienzo a preocuparme o enloquezco más tarde?

Le beso en los labios acurrucándome con él.

—Estaba mirando a Nadine, me pregunto quién será su siguiente víctima.

A Bastian le duele ver a su hija encima de sus hermanos, que ella acuda a ellos si ninguno le damos lo que nos pide. Actitudes inofensivas de una niña que mata lentamente a mi marido. Él es muy posesivo cuando se trata de nosotros cuatro, si siente que le fallamos también lo hará su corazón e intento mantener vivo al hombre de mi vida.

Le beso en los labios disimulando porque medio pabellón tiene los ojos puestos en toda la familia.

—He pillado a Dulce Bebé hablando con un chico —susurra mientras enrolló mi brazo al suyo. Ha erguido la espalda, alzado su barbilla y gruñido aceptando mi brazo como su posesión más apreciada.

—Algo me ha comentado antes de fijarse nuevamente en la pantalla de su móvil. Seguirla hasta el baño ha estado mal, Bastian.

—No te he pedido tu opinión.

—Bobo —le golpeo porque me está sonriendo.

—Una niña de catorce años ti...

—Casi quince. Permíteme que te corrija.

—Catorce años. Una niña de catorce años tiene que pensar en estudiar y en permanecer cerca de su familia.

—Sus notas apenas bajan de matrícula de honor. Ha sacado tu inteligencia, genio. Ella es una chica muy buena, es nuestra obligación aflojar la cuerda que la mantiene cerca de nosotros.

—Nena, no quiero discutir, pero ya he cedido todo lo que un padre podría ceder. Sale los fines de semana con sus amigas, es lo máximo que cederé hasta que cumpla la mayoría de edad y como da la casualidad de que mi hermano puede cambiar la ley, veremos si no la cambia y la amplía.

—Bastian, solamente se va al centro comercial para tomarse un helado o hacer compras.

—Para eso nos tiene a nosotros, ¿qué hay de malo en tomarse un helado con sus padres o en ir de compras? ¡Ella tiene todo lo que quiere si chasquea los dedos!

—Es una adolescente.

—PRE adolescente. No te equivoques. Además, si ve a sus amigas todos los días, no sé a qué viene esa cosa de necesitar verlas también los fines de semana.

—¿Es que acaso tú no salías con catorce años?

—Sí, pero yo no era famoso ni salía en las revistas ni me nombraron adolescente del año. Jugaba con mis amigos en la calle y siempre cumplía mis obligaciones como hijo y hermano.

—Me encantas cuando te pones todo refunfuñón. Eres tan sexy.

—Señora Trumper, o aparta la mano de mi pierna o la embarazaré de nuevo en esta grada y me importará una santa mierda quiénes nos estén viendo.

—Papá, mamá. —Dulce Bebé ha bajado dos filas y se ha entrometido entre nosotros que ya nos separamos. —¿Puedo quedarme a dormir con los abuelos de Crest Hill este sábado? Van a la barbacoa de este domingo, así que me puedo venir con ellos.

—Vale —le digo sonriente. Bastian no está del todo convencido.

—¿Necesito aprobación doble o con una me basta?

—Tu padre no se opone a que te quedes a dormir en casa de los abuelos. No te preocupes.

—¿Has quedado con un chico? —La pregunta de mi marido enrojece a mi hija. Incluso a mí, no la esperábamos.

—Sabes que allí tengo amigos. Salgo con ellos siempre que voy de visita.

—Entonces no vas de visita. Ir de visita significa estar en casa de tus abuelos no salir por ahí con chicos.

—¡Mamá!

—Bastian, ¿qué te pasa? Cielo, es que tu padre se ha puesto un poco nervioso. Te ha visto hablar con un chico o cree haberte visto hablar con un chico.

—Hablo con chicos, —el cuerpo de Bastian se convierte en un trozo rígido de hielo —ya los conocéis.

—Puedes quedarte en Crest Hill. Es la excusa perfecta para que almorcemos mañana allí.

—Pero, ¿os iréis?

—Ve al grano Dulce Bebé —mi marido la ha enfrentado soltando mi brazo pero mi hija no ha cedido. Ha nacido para lidiar con un padre como él, está acostumbrada.

—No os quiero allí cuando atardezca y me vaya al parque con mis amigos.

—Tu visión de dormir en casa de tus abuelos se ha reducido a salir de noche con gente de un pueblo que te quiere por tu dinero.

—Son mis amigos. Mamá, di algo.

—Sigo diciéndote lo mismo, puedes quedarte allí. La próxima vez si quieres salir con tus amigos de Crest Hill preguntanos directamente. No podemos descifrarte, cariño.

—¿Me hubierais dejado si le digo a papá que quiero salir de noche con mis amigos?

—Siempre que estés en casa a las siete de la tarde.

—¡Mamá!

—Bastian, es primavera, anochece un par de horas después que en invierno.

—Ella quiere salir de noche, ¿o es que no le estás prestando atención?

—Mañana lo hablamos, Dulce Bebé.

—Pero, ¿preparo mis cosas o no?

—¿Qué cosas? —Le desafía mi marido.

—Mi pijama, mi ropa y mis cosas de aseo. ¿Le parece bien al señor?

—Vestirás con la misma ropa que llevarás en el almuerzo.

—Bastian...

—No nena, mi hija no se cambiará de ropa para salir con sus amigos de noche.

—Papi, te recuerdo que has comprado el parque donde nos sentamos a comer frutos secos y mis guardaespaldas te dan un parte cada cinco minutos.

—Dulce Bebé tiene razón —esta batalla se ha puesto a su favor.

—¿Os creéis que es normal todo esto? Nancy, la niña no saldrá por la noche. Que salga por la tarde, pero a las siete la quiero en casa de tus padres.

—Los rumores dicen que el abuelo duerme con un rifle debajo de la cama, a lo mejor este fin de semana lo saca de paseo —la niña se iba a voltear pero Bastian le ha agarrado del brazo.

—Esos rumores son falsos. Tu abuelo y yo nos apreciamos.

—Pero no os queréis.

—Bueno, se os está yendo de las manos. Dulce Bebé, ¿saldrás con tus mismos amigos de siempre?

—Sí, no tengo otros allí.

—Entonces puedes salir un rato. Pero avisa a los abuelos de donde estés a cada instante y a nosotros, estaremos preocupados por ti.

—Nancy.

—Bastian, conocemos a sus amigos de Crest Hill. No es la primera vez que sale con ellos.

—Mientras nosotros estábamos cerca donde pudiéramos controlar su posición.

—Tienes activado el GPS de mi móvil desde que me lo regalasteis, —añade la niña antes de acariciar su brazo —estaré bien, papá. Me gusta quedarme con los abuelos de Crest Hill y ver a mis amigos de allí. No les veo desde hace tiempo.

Ambas miramos dulcemente a Bastian que relaja la tensión de su cuerpo.

—Justamente ahora hablábamos de la indecencia que tienes en decantarte por tus amigos los fines de semana en vez de estar con tu familia y ahora quieres irte a dormir a Crest Hill.

—Papá, te prometo que no he quedado con ningún chico a solas. Son mis amigos, todos ellos en conjunto.

—Ellos no me gustan.

—No te gusta nadie que no sean mis primos.

—Llévate a tu hermana.

—¡No! Mamá, dile que no. No, yo no cargo con ella.

—A tu hermano.

—Papá, no. ¿Qué hay de malo en que salga? Siempre me has dejado salir. La gente de mi edad sale.

A Bastian le brillan los ojos. No hay ningún problema con que salga, el problema es que su niña está creciendo y a mi marido le quita un año de vida.

—¡NIÑO! —Grito a uno de los gemelos que me ha dado una patada. Sebastian se ríe y mi cuñada Rachel le regaña porque ha mandado al niño a pegarme. Bastian le está amenazando con la mirada, el crío le devuelve esa mirada cristalina atemorizante pero pierde la batalla yéndose.

—¡Encerraré a esos niños cuando mate a su padre!

—¿Te ha hecho daño, mamá?

—No, en absoluto. El niño nunca golpea dos veces en el mismo sitio.

—¿Por dónde íbamos?

—Dulce Bebé, ya te lo hemos dicho, puedes salir pero mantennos informados de donde te encuentras. Eres una niña famosa, la gente está ahí afuera esperando que te

quedes sola para ir a por ti y hacerte daño.

—Gracias Nancy, gracias por decir eso. ¡Yo no soy el malo!

—Nadie ha dicho que seas el malo. Es tu responsabilidad preocuparte por tu hija, y tú, es tu responsabilidad hacer caso a tus padres. La próxima vez te diremos que no como se te ocurra maquillar la pregunta. ¿Entendido?

—La próxima vez os preguntaré directamente si puedo salir con chicos de noche.

—¡NO! —Mi marido se lleva una mano al corazón.

—Era una broma, papá. Pero prometedme que no me regañaréis si salgo con otros amigos que no conozcáis.

—¡Tú me quieres matar!

—Dulce Bebé, hablaremos de tus amistades en otro momento. Confiamos en ti, en todo lo que hagas y en tus decisiones, pero no confiamos en los demás. Es nuestra obligación protegerte tanto como podamos. ¿Entiendes eso?

—Yo no quiero ser famosa. Odio ser famosa. Quiero ser normal, salir con mis amigos sin llevar seguridad o un GPS en el móvil.

—Somos Trumper, nos guste o no.

—¿Y si me cambiara de nombre y me llamara Baby? Nadie me reconocería.

Como Bastian y yo no le respondemos ella regresa a su asiento dos filas más arriba. Es la única de la familia junto con mi sobrina Jocelyn que no están llevando demasiado bien lo de ser una Trumper. Tanto mi marido como yo lo hemos hablado cientos de veces, él se arrepiente de haber ganado tantos campeonatos mundiales si eso le afecta lo más mínimo a su hija, pero luego le recuerdo que tenemos una vida maravillosa y se le pasa.

Es lo que intento pretender ahora mismo, que olvide este pequeño cruce de palabras con nuestra niña. Solemos comunicarnos con nuestros hijos, para nosotros es importante que todos ellos entiendan quiénes somos y qué somos en esta ciudad. En el país. En el mundo. Bastian es un hombre famoso, Sebas también lo es, Sebastian sale cada dos por tres en las revistas de esos empresarios más ricos. Y arrastran a sus familias sin quererlo, yo era consciente cuando conocí a mi marido y mis cuñadas aceptan la fama de sus maridos, pero Dulce Bebé y Jocelyn no están por la labor de ser personajes públicos una vez que alcancen la mayoría de edad y todavía no se dan cuenta que intentamos proteger precisamente eso; su intimidad.

—Ella me odia.

—Bastian, enloquece más tarde. Mira, ese niño de allí enfrente ha golpeado con el globo al niño que está sentado a su lado.

—Ella me odiará para siempre.

—Dulce Bebé está experimentando la libertad por primera vez. Saca buenas notas, es una niña responsable y nosotros lo estamos haciendo lo mejor que podemos. Está orgullosa de llevar su apellido, de ser tu hija y de ser parte de esta familia.

—No saldrá con chicos. Es mi última palabra aunque la tenga que encadenar en

casa.

—Conocemos a sus amigos de Crest Hill.

—La he pillado hablando con un chico.

—Es un poco complicado preguntarte directamente si puede salir con sus amigos, ¿no te ves? Eres un neandertal, Bastian. Te vuelves loco. Por eso tiene que suavizar el ambiente antes de hacernos la verdadera pregunta.

—La niña no saldrá por la noche.

—Hasta las nueve.

—No.

—Piénsalo.

—Nancy, no. Dulce Bebé es una niña. Si acusas a Nadine por pensar que es una adulta, tú deberías tener el mismo argumento cuando hablamos de Dulce Bebé.

—Con la diferencia de que una tiene doce años y otra casi quince.

—¡Catorce!

—¿Qué te pasa hoy? —Me desengancho de su brazo para rebuscar en mi bolso caramelos ya que me ayudan a controlar mi ansiedad. Con esto de quedarme embarazada necesito morder algo por no gritar.

—Nena, pasa que mi hija mayor quiere abandonarnos y tú se lo permites. Hace la maleta, se quiere ir a dormir fuera de casa, queda con sus amigos, decide salir por la noche... ¿qué será lo siguiente? ¿Un avión privado para que pueda volar lejos de nosotros? Pensé que me apoyarías en esto. ¿Me estás escuchando?

—Sí, Bastian, sí. No encuentro mis caramelos de fresa.

—Ella puede quedarse con sus abuelos, ella puede estar allí todo el tiempo que desee pero pregúntate por qué no quiere quedarse con nosotros. La niña me odia, Nancy, me odia.

—Toma un caramelo, mi amor, —se lo meto en la boca y frunce el ceño todavía más —ni tú ni yo podemos atar a nuestra hija con nosotros. ¿Cuántas veces no ha salido con sus amigos de Crest Hill por la tarde?

—Ya ha tenido suficiente, ¿por qué quiere más?

—Porque a su edad no quiere rodearse de adultos, necesita interactuar con gente de su edad. Bastian, hemos hablado de esto durante mucho tiempo. Cuantos más días pasen, Dulce Bebé irá creciendo al igual que nuestros hijos. Es ley de vida.

—¡Qué bien lo llevas!

—No me gire la cara, Señor Trumper. Míralo por el lado positivo, si tenemos otro bebé él o ella tendrá una gran diferencia de edad con sus hermanos y necesitará a su padre para jugar. O te necesitará las veinticuatro horas del día. Nuestros hijos serán mayores, sí, pero el bebé nunca se querrá apartar de nosotros porque nos lo llevaremos siempre.

—Sigue —oh, mi neandertal cede.

—Poseerá el Paraíso Trumper para él solo o para ella sola. Querrá amiguitos, pero no los necesitará porque su padre se lo dará todo. Es nuestra última oportunidad para ser padres.

—Tu discurso ha ido de mal en peor. Me sentiré viejo. Con hijos mayores y con un bebé que cuando crezca me llamará abuelo.

—No todo en la vida es la edad, Bastian, las personas enriquecen el alma y nuestra alma está completa.

—Señora Trumper, si no estuviera saliendo el equipo la embarazaría ahora mismo por ese último comentario.

—¿Es el comentario ganador?

—Es el comentario ganador —me aprieta contra su cuerpo para besarme la cabeza. —Mi hija no saldrá con chicos, ese también es mi comentario ganador. Es una decisión irrevocable.

—Confiemos en ella, por favor.

—Si vuelves a ponerme esos morritos nos vamos de aquí y pongo un bebé en tu vientre.

—Ojala fuera tan fácil, —me despego de su cuerpo aguantando mis lágrimas — ¡VAMOS TRUMPER!

—¡Rubia no postiza, iba a gritar yo!

—¡SÉ MÁS RÁPIDO, TRUMPER!

—¡Ha sido tu culo, me ha distraído!

—¡Mataré a Sebastian! ¡Lo mato!

Sonrío enseñándole el dedo corazón a mi cuñado mientras consigo que mi marido no salte y golpee a su hermano. Tienen una relación especial, todos nosotros tenemos una relación única. Me siento aplaudiendo a mi hijo y no puedo evitar mirar a mis cuñados Sebas y Jocelyn, no les quiero lejos de mí, quiero que se queden en la ciudad.

Capítulo 14

DESASTRE SIN SOLUCIÓN

JOCELYN

Es absurdo. Totalmente absurdo. Hemos retrocedido, ¿cuántos?, ¿veinte años? Resoplo y esta vez espero que haya movido algunos de los cabellos de mi marido que se encuentra sentado en el asiento delantero. Él tiene sobre sus piernas una especie de maletín secreto, de esos como los que utilizan en la CIA, lo ha enchufado y ni siquiera me apetece preguntarle si nos va bien o mal. ¿A quién le importa? Me quejo por estar encerrada en un coche, en el asiento trasero, justo detrás de mi marido que está trabajando en una misión secreta junto a su hermano, mi cuñado y más neandertal que nunca; Bastian.

Huh, tampoco es que... es que sea un neandertal las veinticuatro horas del día, pero ahora sí que lo es puesto que no apruebo lo que sucede aquí. Ha llevado sus ojos a unos prismáticos especiales con visión nocturna, incluso me ha ofrecido probarlos para que le regule la distancia mientras mi marido tecleaba en ese maletín. ¡No! ¡Esto va en contra de los derechos humanos!

—Señora Trumper, la oigo aunque no diga nada. Su aliento llega hasta mi cuello.

—¡Sois unos salvajes!

—Se llama protección, cuñada.

—¡No me hables, Bastian! ¡Nunca más!

La veo por el cristal. ¡Ha tardado cien años! O quizás ha sido mi percepción desde que Nancy se ha bajado del coche. Entra frotándose las manos y sonrío agarrándose al cabecero del asiento donde se halla su marido, sí, muy risueña pero se cruza con mi mirada inquisidora.

—Había una fila inmensa en el restaurante.

—Si hubieras dicho quién eres...

—Oh Bastian, me meaba y no podía articular palabra. Menos mal que unas cuatro chicas se han arrepentido —se frota las manos mientras intenta comunicarse conmigo sin abrir la boca.

Le he girado la cara. Estoy enfadada. Con ella no, por supuesto, con Sebas y con Bastian. Los hechos han surgido estratégicamente como un Trumper planearía y esporádicamente como la esposa de un Trumper nunca sospecharía. Hemos quedado las tres parejas para cenar, mis cuñados Sebastian y Rachel se han ido en cuanto han comido y

nosotros nos hemos quedado un rato más en el restaurante. De eso hace ya media hora. Bastian ha propuesto que fuésemos a un club situado en las afueras y no he visto ningún inconveniente. De hecho, me ha parecido buena idea, así me despejo unas horas de la dura presión que padezco en casa. A Sebas y a mí nos viene bien codearnos con otras personas.

Lo ocurrido en el coche hace unos minutos surgía como una noche cualquiera. Bastian al volante, mi marido a su lado, Nancy y yo detrás charlando de nuestras cosas. Íbamos distraídas hasta que Bastian ha frenado disimulando que no funcionaba el motor, ¡el muy inteligente nos ha mentido, lo acabo de descubrir! Mientras fingía toquetear los botones como un traidor nocturno, a mi cuñada le han entrado ganas de ir al baño y yo he declinado la oferta de acompañarla porque algo no estaba yendo bien aquí dentro. ¡Y no me he equivocado!

Bastian se ha bajado del coche un par de minutos para dar instrucciones a los miembros de seguridad que siempre vienen con nosotros, me ha parecido extraño, extremadamente inusual que mi cuñado no se pegara a su esposa. En ese paréntesis en el que mi marido y yo nos hemos quedado a solas, no nos hemos hablado, ni él a mí ni yo a él. No hemos querido hacerlo y ambos sabemos el por qué. Mi investigación personal proseguía tan pronto Bastian se ha sentado en su asiento y le ha hecho una señal a Sebas, ha sido entonces cuando mi marido ha sacado desde no sé dónde un maletín que ha abierto rápidamente.

Nos han traído con un objetivo y mi cuñada no ha estado aquí para presenciar la postura de los hermanos. Además, me ha dejado sola con dos Trumper, aguanto a uno porque le amo con toda mi alma, pero estar sola con dos de ellos es un suplicio para mí. Huh... no lo es, no lo es tanto... esta soy yo y mi enfado. Sólo eso.

—¿A qué viene tanto silencio? ¿Me he perdido algo? ¿Puedes arrancar ya el coche, cielo?

—Precisamente no querrás mandarlo al cielo —susurro y Sebas gruñe.

—¿Qué ocurre aquí?

—Nada nena, no ocurre nada.

—Siento si he tardado, pero es lo que tiene cuando mi marido obliga a seguridad entrar en el restaurante y comprobar que estoy a salvo.

—Eres una Trumper, es mi obligación.

—¿La próxima vez les dirás que lleven productos de limpieza de baño? Ese restaurante deja mucho que desear.

—No me des ideas, Nancy.

¡Ella no se está dando cuenta de nada! Se ha recostado reajustándose la chaqueta hermosa de la línea que ha sacado Rachel y prosigue haciéndome gestos con los ojos. Piensa que estoy en modo odio-a-todo-el-mundo por culpa de lo que sucede en mi familia. ¡No lo es! Huh... bueno, sí, en parte sí y en parte no. ¡Ese no es el problema ahora!

—Joce —susurra.

—¿Quieres hacerme el favor de mirar qué hacen esos dos con los que nos hemos

casado?

Bien, he conseguido que Sebas y Bastian me gruñan al mismo tiempo sin matarme antes.

Nancy sonrío asomando la cabeza entre los asientos delanteros, ella pregunta siendo más avispada que yo, que me he quedado en silencio, y recibe como respuesta un beso en la cara de su marido. ¡Genial! La atrae hacia su terreno. Ojalá mi marido me besara como él la besa a ella, hace unos días que ni siquiera nos acercamos si no es cuando nos chocamos mientras cocinamos la cena para los niños. Es raro que no se haya quejado de mi comida, me apetecía ir a por todas y saltarme mis pensamientos absurdos sobre la grasa en mi cuerpo y he cocinado guarrerías. Sin embargo, estos días incluso me he alimentado menos por el estado de nerviosismo con el que convivo.

—¿Qué es eso? ¿A qué jugáis?

—Trabajo, nena.

—¿A quién espiáis? Joce, ¿sabes algo?

—Nada. Ni quiero saber. —Sebas ha vuelto a gruñirme. Últimamente es lo que hace, sólo sabe comunicarse con ladridos y gruñidos.

—Bastian, baja esos prismáticos y atiéndeme. ¿Qué hacemos aquí?

—Ya terminamos.

—Vienen dos más —Sebas anuncia. Su voz ha enloquecido cada milímetro de mi cuerpo, ha estimulado mi entrepierna y la temperatura de mi piel ha aumentado. La excitación de su voz me conmueve.

—Los veo.

—¡Eh, Trumpers, atended aquí o tendremos problemas! ¿Qué hacemos? ¿Es algo ilegal?

—Nena, llevamos en el coche a dos jueces muy importantes. Permíteme que te corrija.

—Yo no bromeo, Bastian.

—Tranquila, nos vamos en cinco minutos. Te lo prometo.

—Promesas —susurro. Esta vez Sebas se gira apartando a Nancy y asoma su cabeza. He sufrido una amenaza en silencio. Discutimos porque según él le respondo con indirectas, no es verdad, huh... a veces sí. Pero porque el enfado habla por mí. Jamás se me ocurriría poner en peligro nuestra amistad, nuestro matrimonio, ni nuestra vida en común. Se ve que mi marido sí, a él no le importa nada de este mundo que no sea su propio trasero.

Nancy se retira por un momento para darme un beso en la cara que ya necesitaba. Ella y mi cuñada Rachel están siendo mis mayores apoyos desde que les contamos el magnífico plan de largarnos para siempre de la ciudad. Sebas lo explicó perfectamente, como el buen abogado y ex alcalde del distrito que es; enfatizó que la idea fue suya y que espera una respuesta sincera de su esposa, es decir, yo.

—Bastian, arranca el coche y vayámonos a casa. Se nos ha hecho tarde. —Nancy propone irnos porque la tensión entre mi marido y yo podría destruir hasta la relación más estable. Estoy cansada de sentirme así, cansada de seguir con las tiranteces que me separan cada día más de mi marido. Nadie lo sabe, nadie nos ha visto discutir ni alzarnos la voz, eso nos lo guardamos para nosotros dos.

—Ese es, ha llegado —le contesta mi cuñado. Sebas reactiva un sistema informático que llama mi atención. Quisiera estar agarrada del asiento delantero como mi cuñada, se oculta bajo la protección de su marido y aprieta su hombro demostrándole afecto. Yo me remuevo mirando por la ventana en la misma dirección que lo hace Bastian, todavía aquí, postrada detrás de Sebas que parece concentrarse en cualquier cosa menos en mí.

—¿Quién ha llegado, Bastian? Me da miedo.

—Miedo es lo que tendría que tener él, nena. No te preocupes.

—¿Estamos a salvo en el coche?

Sebas ha gruñido, ha gruñido a su cuñada. ¡Perfecto! Presume de ser un buen conversador y es incapaz de comunicarse con palabras. Nancy acaricia mi mano, me sonrío de vez en cuando ya que nos encontramos en una posición complicada puesto que nuestros maridos vigilan a un sospechoso.

Recuerdo cuando Sebas y yo hacíamos exactamente lo mismo, vigilar en la oscuridad las dobles vidas de ciertos hombres que resultaron imputados. Me excitaba tanto aprender de Sebas que supe al instante lo que trataba de enseñarme; en nuestra profesión tenemos que implicarnos íntegramente si queremos encerrar a los malos. Disfrutaba mucho con él, echo de menos esos tiempos, Maggie ya dormía durante toda la noche y mi suegra nos hacía encantada de canguro. Retomamos poco a poco nuestra vida social, tanto, que incluso salíamos a comernos una pizza y volvíamos a nuestra posición porque nos lo pasábamos bien. Era mi estrella, mi firmamento... Sebas era todo para mí, y lo sigue siendo.

El presente a veces aplasta los recuerdos del pasado. Es lo que me molesta, que no quiera ni conservar los bonitos momentos que hemos vivido en esta ciudad. Hace nueve años los dos nos encontrábamos en un coche besándonos, riéndonos, hablando, comiendo y disfrutando en el matrimonio mientras nos dedicábamos a resolver casos... y ahora eso forma parte de la historia. Se ha empeñado en que nos vayamos y al final lo conseguiremos. Odio sentirme así de mal por mí, por mis hijos y por mi marido incluso, pero no puedo remediarlo. Estar sentada aquí atrás justo detrás de mi marido y sentirle tan distante me mata. Además, nosotros hemos realizado este tipo de espionajes en pareja, solos, sin que nadie lo supiera... compartir con mis cuñados algunos de mis momentos favoritos del pasado afecta mi integridad humana.

Supongo que sigo siendo un desastre.

—¿Joce?

—¿Sí?

—¿Quieres que nos vayamos con los de seguridad?

—No.

—Bastian, no te lo estoy preguntando a ti.

—¿Mi nena está enfadada? —Mi cuñado no se separa de sus prismáticos. Mi marido y él siguen concentrados en un objetivo. Está oscuro afuera.

—Tu nena está muy enfadada. Aunque omita que te ves muy sexy colaborando con Sebas en un caso, no me agrada la idea de que nosotras estemos aquí. Por lo tanto, mi amado esposo, podría castigarte sin sexo esta misma noche.

—Si no hay sexo no hay bebé.

¡Lo que me faltaba! ¡Justo lo que me faltaba ahora!

Trago saliva escondiéndome en la oscuridad que me proporciona habernos parado junto a un árbol que tapa el alumbrado de una farola. Un bebé. Un bebé. Un maldito bebé. Es lo último que nos faltaba a Sebas y a mí. Aquella noche cuando quedamos los tres matrimonios para hacer eso de compartir su maravillosa idea de desaparecer en familia de la ciudad, Nancy y Bastian se unieron anunciando que llevan tiempo buscando un bebé. Un bebé.

Entre los abrazos y besos de nosotras, y los insultos entre los hermanos, mi cuñada fue la única que apreció la palidez de mi rostro. Sí, Rachel me preguntó rápidamente si me encontraba bien y yo tuve que mentirle asintiendo. ¿Por qué no iba a encontrarme bien? En una noche se habían cargado la mitad de mi vida. Primero mi marido comunicando su decisión, después mis cuñados anunciando que querían otro bebé y las noticias terminaron cuando Sebastian escupió que había comprado la revista que me nombró ‘mujer fitness del año’. Mi mundo se desbordó y nadie lo supo, excepto Rachel, que regañó a su marido susurrándole que se había equivocado ya que la broma era inoportuna.

Evito como puedo el tema del bebé, la palabra ‘bebé’ y todo lo relacionado a un bebé. No me he convertido en una mojigata que renuncia a ser madre otra vez, me gustan los bebés, amo a mis niños siendo bebés y a mis sobrinos siendo bebés, es el... huh... el... el hecho en sí de la palabra ‘bebé’, lo que representa en la familia. Mis hijos nacieron uno detrás de otro, todos se llevan muy pocos meses y Sebas me embarazó a la primera. Quería darle hijos, yo también lo anhelaba y nuestra familia se formó rápidamente. Pero estuve embarazada por mucho, me costó un infierno perder el peso que me persigue desde que era niña y ni siquiera mi marido entendió que después del nacimiento de Maggie no vendrían más.

No han venido más. No, nos plantamos con nuestra niña y aunque Sebas no estuvo muy de acuerdo conmigo aceptó mi decisión. Si por él fuera querría embarazarme cada año, tener un bebé en sus brazos y verlos crecer felizmente. Culpo a mi suegra, desde pequeños ha inculcado a sus hijos para que buscasen a una buena mujer y les diera nietos; ¡ella tiene diez, diez! Sebas ama los bebés, le gustan los niños, ha cuidado de su sobrina Dulce Bebé desde que nació y él se ofrecía de canguro cuando mis cuñados iban buscando a Nadine. Y ahora quieren tener otro, un bebé que se merecen después de sufrir las secuelas de un aborto y un bebé que mi marido querrá tener conmigo.

Sebas no me ha comentado nada al respecto. No ha intentado preguntarme sobre el tema ni hemos hablado de la noticia, ambos seguimos lidiando con la estúpida idea de

marcharnos de la ciudad para vivir solos en una isla desierta. Incluir a un bebé en nuestra familia sería una muy mala decisión por no atreverme a decir, fracaso. Mi marido lo vería como un remedio a nuestra pequeña crisis matrimonial y yo lo vería, entre otras cosas, como una venda en nuestros ojos por no saber solucionar nuestros problemas. Por discrepancias en nuestras decisiones. Él quiere que me quede embarazada, no hace falta que me lo pregunte, lo veo en sus ojos porque ha amado ser padre desde que tuvimos a Sebas y no se atreve a proponérmelo. Todavía estoy pensándome la última propuesta que ha descolocado mi vida.

Por nuestra situación matrimonial, emocional y actual, evito el tema del bebé. Mi marido se mantiene al margen, pero yo no puedo, las chicas hablan y me siento excluida de mis mejores amigas. Hace unos días pillé a Rachel y a Nancy hablando del bebé, se callaron cuando entré en la cafetería y cambiaron de tema. Sé que no quieren hacerme sentir mal porque saben que yo no estoy pasando por mi mejor momento con Sebas.

En serio, quisiera demostrarles a todos que no soy un desastre, que me muero por tener en mis brazos a un nuevo sobrino que nace de la mujer más increíble que conozco. Se merecen un bebé, un bebé que dará luz a sus vidas y que sanará de una vez por todas el dolor que arrastra mi cuñado con él. Me alegré, soy feliz, soy feliz por ellos, por mi familia y por todos los niños que vengan al mundo, amo a los niños tanto como mi marido, pero parece ser que no expreso lo que verdaderamente deseo.

Y mis inseguridades nacen con el distanciamiento de Sebas.

Olvidé lo que se sentía cuando una se distrae, ahora que he vuelto en sí mis cuñados nos deleitan con una fuerte discusión. Nancy está golpeando el cuello de Bastian mientras le grita y también tiene para mi marido que la esquiva amenazando a su hermano.

—¡Se lo diré, le diré la clase de padre que tiene!

—¡Nena, es por su seguridad!

—¿De veras piensas que vigilar a un niño de quince años es seguridad?

—¡Diecisiete! ¡Díselo, Sebas!

—Tiene diecisiete.

Mis inquietudes se disuelven uniéndome a Nancy a la que muevo, le arranco de las manos los prismáticos a mi cuñado y miro por las lentes a un chico que habla tranquilamente con otro chico en el parque. Pensé que espiábamos a alguien serio, a un sospechoso importante, no a un amigo de Dulce Bebé. Porque seguro que es amigo de mi sobrina mayor, espera, esto me suena. Bastian intenta quitarme los prismáticos, mi marido gruñe a su hermano y yo repaso la zona del parque donde nos encontramos.

—Crest Hill —susurro.

—¿QUÉ?

Nancy se hace con las gafas, ahora no me he quedado escondida ahí atrás, me he sentado en el borde del asiento agarrándome al asiento de Sebas. Conozco ese sistema, mi marido me lo enseñó hace años.

—Nena, dame los prismáticos. No te tortures.

—¡Vete a la mierda! ¿Me traes a Crest Hill y creías que no iba a saberlo? ¿Y por qué no me he dado cuenta? ¿Cuándo han abierto ese restaurante?

—Es porque está oscuro, Nancy.

—Y porque habéis mentido —añado a mi cuñado.

—Llévanos a casa, Bastian.

La petición de Sebas ha sonado ruda, autoritaria, seria. Mi marido quiere demostrar que él no pasa por su mejor momento comportándose como un hombre que no es, ni es rudo, ni serio, ni autoritario. Un poco, huh, un poco sí, pero no normalmente. Está enfadado conmigo, no, él no está enfadado conmigo, está decepcionado, indignado y cansado tanto como yo de esta situación en la que nos ha metido. Hace unas semanas éramos un matrimonio feliz, con una vida soñada y hecha realidad, y resultó ser una estafa porque mi marido no es feliz en la ciudad, ni trabajando ni conmigo. ¿Por qué siquiera me preguntó? ¿Por qué no estamos ya en la dichosa isla desierta? Si solo dejaremos atrás a la única familia que tengo, les cambiaremos la vida a nuestros hijos y de un chasquido abandonaré mi trabajo por el que he luchado día a día sin ayuda de nadie.

¡O salgo de aquí o reventaré!

No pensaba la repercusión que se formaría dentro del coche cuando he dado un portazo y una mirada ligera a todos. Sebas ha sido el primero en salir, corre detrás de mí nombrándome y me suplica que me detenga. Nancy regaña a Bastian persiguiéndome mientras que él se queja de su equipo de seguridad.

Que mi marido prosiga nombrándome no me preocupa, que mi cuñada grite a mi cuñado no me preocupa, que me haya torcido un tobillo por llevar estos tacones sí que me preocupa. No desearía sufrir un esguince por andar con estos zapatos rojos charol, regalo de Sebas. Por suerte está lo suficientemente cerca como para agarrarme ya que he tropezado dos veces.

—Jocelyn, ¡cuidado!

—Suéltame, Sebas.

—Las gafas tienen zoom, reina, esos chicos están al otro lado del río.

—Necesito asegurarme que se encuentra lo suficientemente lejos de esta familia.

Me deshago de su brazo de malas maneras. A él no le ha gustado porque me ha gruñido. Empiezo a acostumbrarme. Sin embargo, ver en su mirada cristalina la decepción que yo misma he puesto ahí me entristece.

—¡Bastian, no! ¡Me lo prometiste! Joce, ¿estás bien?

—Sí, estaba a punto de retorcerme en el suelo para comprobar que las piedras hacen todas sus funciones.

—Esos tacones matarían a cualquiera. Te tengo que dejar unos zapatos que he visto en la tienda de... ¡Bastian!

—Nancy, vámonos. ¿Cuándo demonios has aprendido a correr con esas botas de mierda? Siempre te transformas en una atleta si se trata de huir de mí.

—¡No te rías, Bastian! ¡No me hace gracia y se lo diré a la niña! ¡Espiar a sus amigos va en contra de tu propia hija!

Nancy le ha levantado el dedo índice, Bastian se ha quedado embobado, se lo ha mordido y acto seguido la ha cogido en brazos para colocarse a su esposa en uno de sus hombros. Ambos son mi inspiración en estos momentos, envidio sus risas, su conexión y su manera de solucionar los berrinches causados en su totalidad por mi cuñado.

El motor del coche envía un mensaje a mi organismo; quedarme a solas con mi marido no me asusta, me asusta lo que nos pueda suceder. Y no a nivel de seguridad, tenemos cómo volver a casa ya que nuestros guardaespaldas se encontrarán en la lejanía esperándonos. Sebas y yo nos hallamos bajo una farola, si he sentido algún impulso de correr hacia un chico y hablar con él se ha quedado en el camino porque ya ni pienso en ello. Necesitaba salir del coche, un minuto más dentro y hubiera cometido la locura de discutir en público por primera vez.

—¿Más tranquila?

—Sí, mucho más.

—¿Quieres que volvamos a casa?

—Sí, estaría bien —no quisiera hablar de nuestros temas en un parque perdido del pueblo de los padres de Nancy. Si tocara al timbre de los Sullivan ellos me acogerían, pero entrar en esa casa es enfrentarme a la tentación de los carbohidratos.

—Tenemos que llamar a un taxi. Mi hermano se ha llevado a todos con él.

—¿Qué?

—Se han ido los tres coches. Estarán discutiendo y Bastian no se ha dado cuenta que sus guardaespaldas los han seguido, y a nosotros nos han dejado sin coche.

—Huh, bien, entonces... llamemos a un taxi. ¿Llevas el móvil contigo? He olvidado traer mi bolso.

—Jocelyn, basta, —niega tragando saliva —no actúes como si fuésemos desconocidos. Eres mi esposa.

—Podría acusarte con la misma frase.

—Ese es tu gran problema, que piensas que todo lo que sale por mi boca es una acusación hacia ti.

—No, no lo pienso, Sebas —me cruzo de brazos retrocediendo un poco.

—¿Cuándo acabará esto? Porque quiero recuperar a mi mujer.

—¿Recuperar? Vivimos y trabajamos juntos. Huh, tenemos hijos también. Sebas, pienso como tú, quiero acabar con esto. Te dije que nos fuésemos a la isla.

—Te dije que me dieras una respuesta convincente. Sincera.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres que haga más? Si quieres que nos vayamos pues nos vamos.

—A ese tipo de respuestas me refería.

—Es porque no puedo justificar que desee irme.

—Pues ya está, nos quedamos.

—No, así no. Me odiaría si mi marido fuera infeliz.

En este punto nos encontramos. De este punto no salimos. Procuramos razonar nuestros argumentos pero no funciona. Cuando le digo que nos vayamos, él no lo toma en serio, cuando le digo que nos quedemos, él sigue sin tomarme en serio. Intento averiguar cómo acertar con él, cómo quiere la respuesta definitiva y cómo expresarme ya que usualmente mi garganta y mi voz me abandonan. Por lo tanto, llegamos a un punto en el que discutir nos resulta más fácil que no discutir.

Y odio discutir, lo odio con todas mis fuerzas. No soy una mujer temperamental que ama las discusiones, Sebas tampoco ama discutir, porque en su caso sí es un hombre temperamental. Hemos tratado el tema con cautela, hemos estudiado las posibilidades que nos ofrecen las islas y el lugar dónde a él le gustaría vivir, he dado lo mejor de mí, pero ya no soporto más alejarme del hombre al que amo con locura. Le quiero, quiero que sea feliz, y si eso conlleva abandonar todo en la ciudad lo haré con gusto.

Me siento en un banco mientras que mi marido se traga su orgullo escondiendo las manos dentro de los bolsillos de su pantalón. Esta noche se ha vestido con un traje que me excita, él lo sabe porque le queda ajustado y resalta su figura atlética. Yo he hecho lo que he podido con este vestido negro de la pasada colección de Nancy, me lo regaló en Navidad y es uno de mis cinco o seis favoritos. Tener cuñadas hermosas me ayuda a sentirme igual de bella que ellas.

—Vámonos, —levanto la cabeza y me niega nuevamente —¿por qué has empezado con esto?

—Porque realmente me gustaría, reina. Pero no te haría feliz.

—Tú tampoco serás feliz en la ciudad.

—Me acostumbraré. Me jubilaré y buscaré alguna distracción que ocupe mi cabeza.

—¿Así te imaginas los próximos meses? —Me incorporo de brazos cruzados, no puedo ni siquiera creerme lo que mi marido dice. Estoy soñando.

—Joce, —Sebas ha sacado uno de sus brazos para acariciar el mío y le he rechazado. No me gusta cómo estamos dirigiendo nuestras expectativas de futuro. —No dejaremos la ciudad, si no te ha hecho ilusión desde que te lo comenté, no te lo hará ahora. Mi intención era compartir contigo una idea que podría hacerse realidad, pero no tendremos una guerra en nuestra familia por una idiotez.

—Es mejor que nos divorciemos.

La propuesta me desafía, soy la primera sorprendida por haberlo pronunciado en voz alta.

—¿En serio? Porque te daré el dichoso divorcio si me lo pides.

¿Qué? No... no lo ha... él no lo ha negado, no ha hecho nada por salvar nuestra relación. Ha aceptado divorciarnos sin preguntar primero. Su respuesta me ha derrumbado, me he vuelto a sentar en el banco por no romper a llorar. Él, haciendo uso de

su altura y talante, se da media vuelta y alza el teléfono.

—¡No tengo ocho minutos, mi chofer tardaría menos! ¡Me da igual que no haya un taxi cercano en la zona! ¡Ese no es mi problema! ¡No os pago para nada! ¡Convocaré una reunión la semana que viene! ¡No estoy alterado! ¡Quiero un taxi en un minuto o despediré a la plantilla!

Genial, mi marido es ahora un monstruo insoportable. No pienso subirme en un taxi con él, caminaré al otro lado del río hasta llegar a la casa de los Sullivan. Me espera una noche llena de café con pasteles, azúcares, grasas... sí, así acabaré la noche después de que mi marido haya aceptado firmarme los papeles del divorcio.

Yo, pensando en él, en que tal vez estaría mejor sin mí, y él... que... que... ya no me ama lo suficiente.

—Jocelyn, ¡quieta!

—Necesito pasear.

—Iré contigo.

—¡Sola!

—No seré decente como me hagas correr detrás de ti.

—¡No espero que lo seas, Señor Trumper!

Pisa la misma grava que está destrozándome los pies y llega a mi brazo que retiene. Él ha inmovilizado mi otro brazo presionándose contra mí.

—He dicho que ya basta.

—Suéltame.

—No quiero. Vayamos a la acera, el taxi no tardará.

—Sebas, —forcejeo hasta que decide aflojar su fuerza y me libera —quiero dormir esta noche.

—Bien, volvamos a casa.

—Dormir sin ti, necesito pensar seriamente lo que ha sucedido entre nosotros dos.

—Reina, lo del divorcio no era cierto. Era una mentira, como la tuya.

—Divorciarme es la última cosa que haría en el mundo.

—Me has asustado, por un momento pensé que...

—Pero lo estoy empezando a meditar. Si ha salido por mi boca sin mi consentimiento es que tenía ese pensamiento retenido en mi mente. Sebas, es evidente que no estamos en el mismo punto. Te amo y tú me amas, y si no te convengo de que realmente quiero que nos vayamos nos perderemos. Ya no como... huh... como un matrimonio, perderé a mi mejor amigo y a mi alma gemela.

—La palabra divorcio ha sido idéntica a una puñalada en mi corazón. Me has cabreado, ¡y mucho! —Da un paso hacia mí y se detiene porque he retrocedido.

—Te imagino en una isla con los niños, sin mí. Hasta os puedo visualizar a los

cuatro divirtiéndolos todo el año mientras ignoráis que tenemos familia aquí y responsabilidades que pretendes abandonar.

—Hemos hablado de los colegios, hemos hablado del trabajo... no se acaba el mundo por mudarte a una isla, Jocelyn. Se acaba cuando te atreves a mencionar nuestro divorcio.

—Necesito pensar. Pasar una noche sola sin ti.

—No te lo permitiré, Jocelyn. Sabes que no lo haré.

—Entonces, ríndete de una maldita vez.

—Hacer a mi esposa una mujer infeliz nunca estará en mis planes de futuro. Vayámonos a la acera antes de seguir echándonos en cara lo felices o infelices que seríamos.

—¿Nos vamos a casa y se acabó? Sebas, no me gusta esto. Quiero ir a la isla. Te he dicho que nos larguemos cientos de veces, que a mí no me importa.

—Tu convicción no tiene credibilidad.

—¿Y qué? Es un esfuerzo que hago por ti, porque soy tu esposa y porque te amo. Cuando volví tú me esperaste, en las camas de otras, pero te rendiste a mí tan pronto nos vimos de nuevo y nunca olvidaré ese día, Sebas. Comprendí que no importa dónde estemos o quiénes nos rodeen porque lo importante es lo que sentimos... y lo que siento es que deseo envejecer contigo. Ya te lo dije en nuestra boda, en este mundo o en el firmamento el día que muera. Siempre te elijo a ti y deberías saberlo.

—Reina...

—Que me haya planteado hasta divorciarme de ti para contentarte me ha dolido, pero que tú lo hayas confirmado me ha hundido aún más. Eso significa que te guardas un pensamiento.

—Eso significa que me has tocado los huevos y no como me gusta que me los toques. Ya lo hemos solucionado, ambos hemos cometido el error de hablar de divorcio. Es un concepto del que me arrepentiré para el resto de mi vida. Olvídalo.

—¿Lo hubieses firmado?

—Ni en tus sueños.

—No me gusta discutir, Sebas. Odio discutir.

—Si mi esposa no me gruñera me abrazaría a ella, pero temo romperla.

—Es imposible que puedas romper a una estrella —sonríó restándole importancia a que las discusiones no son lo nuestro.

Sebas no se lo piensa cuando se trata de tocarme. No solamente me da un abrazo que me llena como mujer, sino que siento que nos recuperamos de una discusión que podría haber acabado en casa de los Sullivan comiendo pasteles a la una de la madrugada. Me rindo en sus brazos como mi marido en los míos, ambos temblamos por las emociones vividas en las últimas semanas. Cada minuto me convengo más de que no sería tan mala idea si nos fuésemos a vivir a una isla, de todas formas, tenemos jets para reunirnos con

toda la familia si los echamos mucho de menos.

En el momento que unimos nuestras frentes y nos besamos me olvido de mi enfado.

—Lo digo en serio, Sebas. Deseo que nos marchemos de la ciudad.

—Seguiremos hablando del tema con calma. Necesito asegurarme que ambos, tú y yo, los dos en conjunto, tomamos la decisión acertada. Puede que sea una locura o puede que no, eso no lo decidiremos hasta que estemos seguros.

—Mi cabeza va a estallar.

—Eso es por el juicio, por ese hijo de puta que tienes como fiscal.

—Él es bueno, —me extraño separando nuestras frentes para mirarle a los ojos, — ¿no te gusta?

—Reina, nunca me gustará que un hombre respire el mismo aire que respires tú. Sea uno de esos fiscales pijos o un desconocido que se atreva a chocarse contigo mientras caminas por la calle.

—¿En la isla también serás igual de celoso? —Pruebo fortuna asombrándome después de juzgar su mirada.

—Isla desierta. ¿Te lo explico o lo captas?

—Huh... explícamelo, si pienso por mí una vez más mi cabeza estallará.

Después de darme un beso en la frente me resume brevemente el significado de una isla desierta mientras nos dirigimos a la acera. Sostiene mi cuerpo envolviéndolo en sus brazos, él es fuerte, grande, guapo, atractivo, sensual... mi marido me tiene enamorada hasta el último latido que dará mi corazón.

Que la palabra divorcio haya saltado en la discusión es una muestra de la gravedad por la que estamos pasando. Ninguno queremos divorciarnos, aunque estoy convencida de que Sebas me guardará el comentario y me acusará más adelante por ser una esposa indecente. Es la última de mis preocupaciones, la palabra divorcio que ha aparecido en un momento erróneo de nuestra situación... lo que me preocupa ahora son mis ganas de meter a mis hijos en nuestro jet privado, ver a mi marido sin camiseta durante todo el día y hacer el amor las veinticuatro horas mientras envejecemos juntos.

La idea me resultaba un insulto, la idea ha intentado dañar mi matrimonio, la idea ya no es tan extraña, la idea incluso me gusta, la idea se ha cargado mis argumentos, huh, la idea, huh, la idea ha... ha ganado.

Deseo con toda mi alma empezar una nueva vida con Sebas.

—Sebas, Sebas...

—No se preocupe, no convocaré ninguna reunión. Usted ha venido a la hora acordada.

—Sebas...

—Un segundo, reina. Es más, dime cómo se llama y este mes le incentivaré a usted y a la señorita que me ha atendido por teléfono.

—Señor Trumper, le pido perdón, créame... ¡te has saltado un semáforo! Discúlpeme por eso también. Si ve en la estación de policía mi nombre en una multa, ¿podría quitármela? Yo he cometido ciertas imprudencias en la carretera para venir a atenderle.

—Sebas...

—Señor, no se preocupe, se la quitaré. Cierro aquí atrás. Gracias.

La compañía de taxis de los Trumper posee coches que parecen limosinas. Mi marido nos ha dado privacidad, ha encendido la radio, se ha servido una copa de champán después de que le negara la mía y se ha reunido conmigo. Acapara la mayor parte de mi espacio doblando una de sus piernas por encima de las mías, reteniéndome con su brazo libre mientras me acerca a él.

—Tendré que llevarte de paseo en coche más a menudo, te ves hermosa —ha bajado los cristales y las luces de la ciudad en la madrugada iluminan nuestros rostros.

—Sebas, —frunzo el ceño y eso extraña a mi marido que se deshace de la copa que no ha tocado todavía —nada me gustaría más en este mundo que nos mudemos a la isla.

—Reina, te...

—Te quiero.

—Yo también, mi vida. Te estás precipitando.

—No, —trago saliva acomodándome sobre su cuerpo —la idea me parecía absurda, como el comportamiento vuestro de esta noche, pero...

—Espera un momento. Hemos hecho lo que hemos tenido que hacer. Proteger a una niña menor de edad no va en contra de la ley.

—Dulce Bebé tiene quince años.

—Catorce. Y no hablaremos al respecto, reina. Es mi sobrina, es mi sobrina andando por ahí con chicos y apoyaré a mi hermano en eso.

—¿Ah sí, qué pasará cuando Jocelyn salga con chicos? ¿O Maggie? Huh, no... ella no lo hará porque los dominará fácilmente.

—Ningún chico tocará a mis niñas. He sido solidario con mi hermano, así practico para el día en el que mis hijas decidan retarme.

—¿Salir con chicos es retarte?

—Es una ley, escrita y no escrita, ¿cómo la desea la Señora Trumper?

—Habla cuando llegue el momento, mientras tanto, te quiero comen...

—También te amo, reina. Te lo he dicho.

Me gusta sentir a mi marido relajado. Después de la tensión que hemos sufrido nos venía bien un viaje en esta especie de limosina.

—Porque nos amamos, Sebas, te necesito de mi lado.

—Siempre.

—He pensado algo. Podemos, huh... bueno, es una proposición que... ¿Sebas?

—Termina tus palabras antes de que te coma a besos.

—Hablo en serio, —consigue sonrojarme —huh... podemos probar en la isla desierta este verano. Nada serio, nada concreto. Instalarnos allí provisionalmente para pasar las vacaciones en familia y cuando se acerque la fecha de la incorporación a los colegios, podríamos preguntar a los niños si deberíamos quedarnos o irnos. Ellos decidirán por nosotros, hemos cargado con la responsabilidad sin contar con ellos y quizás nos puedan guiar a tomar una decisión.

—Me parece una idea estupenda. Los niños amarán la isla.

—Pero quiero asistir al juicio de septiembre.

—Bien, lo estudiaremos, haremos que funcione para todos. No contamos con mi madre, ella nos será un grave problema.

—Es tu madre, no la mía —bebo un sorbo de su copa y la vuelvo a colocar donde estaba.

—Ella sospechará. Sería la primera vez que desaparecemos con los niños y sin el resto de la familia.

—Se trata de nuestro futuro, de nuestra felicidad. A ninguno les incumbe.

—Reina, ¿qué sucedería si no nos adaptamos? ¿Si no es como imaginábamos o si tal vez echara de menos la ciudad?

—Eso lo descubriremos estando allí. Nuestra estancia temporal y los niños nos dirá dónde acabaremos. Sea donde sea, quiero que estemos los cinco a gusto, que seamos felices.

—Yo sería feliz contigo aunque durmiera en una alcantarilla. Los niños no tanto, ellos no se acostumbrarían al mal olor.

—Entonces, ¿tenemos un trato?

—Tenemos un trato, Joce. Por fin nos hemos liberado de la carga hasta el verano que será cuando les digamos a todos que queremos marcharnos por nuestra cuenta.

—Tienes razón, —me acomodo de nuevo en su pecho —tu madre nos odiará. Se van sus favoritos.

—Respiraré sin sentir su aliento en mi cuello, deseo que en la isla haya la cobertura justa.

—E internet, o no veremos a Nadine cuando sus padres vengán a visitarnos.

—Eres la mujer con la que siempre he soñado. No te olvides de ello. Mi sueño no es envejecer en una isla, mi sueño es envejecer junto a ti. Pretendo hacerte el amor hasta que salga el sol. Necesito mantenerte despierta.

Me recuesta en el sillón del taxi mientras se encarga de enjaularme entre nuestros cuerpos que encajan perfectamente en la distancia corta.

—Si te soy sincera, tengo huh... huh... un poquito de sueño.

—Te haré el amor en mi imaginación. Ahí soy más salvaje.

—¿Cómo de salvaje?

—Tan salvaje que pondría un bebé en tu vientre.

Sebas cubre rápidamente mi boca con su mano, sonrío y besa mi frente cuando el taxista anuncia que necesita su huella dactilar para acceder al recinto donde se hallan las mansiones de los Trumper.

Capítulo 15

AGOTADA

RACHEL

La desesperación termina por condenarme dentro del coche mientras rezo por llegar a mi destino. Me encuentro en mitad de un atasco, compruebo a través del espejo que los hombres de mi seguridad siguen atrapados y me inquieto en mi asiento. Golpeo un par de veces el volante, insulto en voz alta y chequeo la hora en la pantalla situada encima de la radio. El móvil vibra impaciente en el bolso, no una, sino decenas de veces, cierro la cremallera resoplando y hago eso que tanto odio... ¡tocar el claxon desesperadamente!

Mi marido me matará, aunque él no me preocupa tanto como mi suegra, hará un drama de mí hasta que mis cuñadas salgan en mi ayuda. Mis cuñadas, porque mis cuñados gruñirán y mi marido no me dirigirá la palabra en toda la tarde. Bien, me he retrasado, me he retrasado por una buena razón; las nuevas telas para mi colección de otoño han llegado a medio día, tenía que dar mi visto bueno al pedido. Mis clientas son multimillonarias, las prendas se venderán en todas las boutiques más importantes del mundo y es mi responsabilidad revisarlas una por una. Tuvimos algún que otro problema con los dos anteriores pedidos, pero esta vez han llegado perfectamente y podemos seguir trabajando a raíz de ahí.

Hoy no me estoy ganando la medalla a la mejor madre. Mi niña Rachel actúa junto a mi sobrina Maggie en una función de ballet que empieza a las... no, la función ya ha empezado sin mí. Llego tarde, llego muy tarde. Pensé que la revisión del pedido me tomaría alrededor de una hora, pero me he excedido demasiado y he salido corriendo de la oficina hacia el teatro que está situado todavía a unos dos kilómetros lejos de mí. La familia Trumper está al completo dentro y observando a esta hora el hermoso baile de las más pequeñas de la familia. Tuve que ignorar el móvil porque todos me estaban escribiendo, incluso he estado huyendo de mi marido Sebastian que no se despega el cacharro de la oreja con tal de que vuelva a repetirme que sigo en un atasco.

Sé que me espera una buena bronca Trumper, no por parte de mi suegra o de los niños, el que más me preocupa es mi marido... siento que le he defraudado. Ayer Rachel ensayó delante de nosotros en casa y ambos nos moríamos por ver a la niña con sus compañeras encima de uno de los escenarios más importantes de la ciudad. Ellos me odiarán, mi marido y mi hija no me lo perdonarán. Juré que estaba comprobando la hora en la oficina hasta que mi cabeza voló con las telas y perdí la noción.

Suspiro aún en mitad de dos coches que se pegan demasiado al mío. Mis guardaespaldas se encuentran a tres coches de mí, ellos mantienen la paciencia, han corrido mucho intentando ir a mi ritmo mientras esquivaba los coches de mi marido en nuestro parking privado. Presiono el claxon ensordeciendo a los que se hallan tan desesperados como yo e iniciamos un estruendo de mal gusto que molesta bastante.

He tocado fondo desde hace unas semanas. Personalmente presiento que mi vida ya no es la más enriquecedora del mundo, no me refiero a mi familia a la que amo profundamente, quiero decir que no me encuentro bien como mujer. Me gustaría que mis sentimientos no perjudicaran a nadie por sentirme mal, pero esto empieza a pasarme factura y ni las vitaminas me ayudan ya.

Culpo expresamente a mi trabajo, a mi obsesión por mantenerme ocupada durante todo el día porque es cómo me han educado. Me críe en un rancho con mi abuela incluso mucho antes de que mis padres murieran. Mi libertad se hallaba en el campo con los animales y me rodeaba de mi verdadera familia; los que eran sangre de mi sangre y los que trabajan con nosotros desde que tengo uso de razón. Ellos son importantes en mi vida y echo de menos haberlos dejado por querer estudiar en una de las mejores universidades del mundo. Tuve que esforzarme el doble cuando llegué a esta ciudad siendo apenas una adolescente de pueblo. A mí no me criaron para estudiar o mezclarme con los pijos de la universidad, me educaron para levantarme a las cinco de la madrugada y ocuparme de los animales que necesitan atenciones a primera hora del día, a respetar el trabajo duro que

representa cuidar un rancho.

Llegar a la ciudad cambió mi vida, mi manera de verla, y supe en cuanto me adapté que a mí no me caerían los contratos del cielo y debía trabajar duro. Por eso me rodeé de gente urbana que luchaba a diario con esos prejuicios de la sociedad que nos discriminaban por llevar el pelo tintado de un color o de otro, por vestir como nos diera la puta gana o por salir a clubs donde la apariencia física no era tan importante. Fueron buenos tiempos, buenos tiempos en los que tuve que dormir en la calle porque no tenía cómo pagar una habitación y tuve que seguir adelante sin la ayuda de mi familia que abandoné en Dakota solamente por experimentar cómo se sentía ser parte de un mundo normal.

Trabajaba en una hamburguesería de día y estudiaba por las noches, recuerdo que andaba por la ciudad y miraba con orgullo esos edificios altos en los que me visualizaba trabajando para algún magnate sexy. Me juré que no regresaría al rancho sin una titulación debajo del brazo y no quería defraudar a mi familia que había apostado por mí, que incluso me enviaban dinero para la compra del material universitario. Puse mi corazón en los estudios, juro por mis hijos que sacar un examen adelante me costaba media vida de resignación en la que me encerraba en apenas un par de metros cuadrados y me perdía entre las letras. Pero era lo que debía hacer, me enseñaron a trabajar duro, a mantenerme ocupada, a hacer algo con la vida y no verla pasar mientras tú no haces nada.

Y ya no tengo veinte años, ni treinta. Conseguí un trabajo cuando me gradué, intenté eso de integrarme en la sociedad pija y me dieron la oportunidad de ocupar una mesa de despacho en uno de esos edificios con los que había soñado. Mientras me divertía siendo una mujer joven, conocí a un hombre de negocios que me enamoró y tardamos un par de años en dar el paso más importante de nuestras vidas; nos casamos e incluso formamos una familia maravillosa que me ayudan a darme un voto de confianza. Sin mis hijos y sin mi marido yo no me levantaría de la cama todos los días porque la chica que una vez salió del rancho para probarse en la gran ciudad terminó de sentirse así al cabo del poco tiempo.

Estoy cansada de trabajar, de darlo todo, de entrar en competición con mis cuñados cada año cuando nos reunimos para poner al día nuestros negocios. Este año Jocelyn se ha hecho con el trono de honor ya que sus gimnasios se han llevado el premio por sus ingresos, me alegro por ella y por los méritos que obtenemos en familia... pero creo que ya no somos tan niños para ser tan competitivos, trabajar y mantenernos ocupados durante todo el día. Mantener el imperio de un Trumper debería ser más fácil para los propios dueños, permanecer encerrados en una oficina me está agobiando demasiado.

Jocelyn me recomendó que tomara unas vitaminas naturales que nos traen desde la selva. La verdad es que me ayudan, las trago dos veces al día y siento que mi cuerpo se anima mucho. ¿Qué pasa cuando dejo de tomarlas? Que siento que mi organismo se debilita, la cabeza entra en un bucle de presión y mis hombros decaen. Arrastro mi cuerpo con tanto desgane que solamente me tranquiliza gritar, llorar y ocultarme en mi cama para siempre.

Sebastian no sabe nada de esto. Cuando entro en casa me transformo poniendo la mejor de mis caras porque mi marido y mis hijos son lo único que me importa. Él me ha

regañado alguna que otra vez últimamente, estoy obsesionada con terminar el trabajo con mi nueva colección de ropa interior y lo siguiente que tiene que ocuparme la cabeza es la elaboración del lanzamiento en navidades de mi colección de cosméticos. Son mis dos prioridades en la actualidad ya que no se trata de entrar en el despacho, señalar con el dedo y que las cosas funcionen correctamente. Yo me encargo de que el trabajo vaya en la misma dirección, que mis empleados no se desvíen del proyecto y de contentar a los clientes atendiéndoles como se merecen. ¿Y a mí, me merece la pena lograr que mis sueños profesionales se hagan realidad cuando no puedo ni con mi alma?

Mi marido me regaña cariñosamente todas las noches mientras masajea mi espalda. Él me repite constantemente que no quiere entrometerse en mi trabajo, pero debería tomarme las cosas con más calma. Siempre le contesto que es temporal, que solamente me agoto un par de veces al año cuando preparo las campañas de mis colecciones. Temo contarle a Sebastian que me estoy apagando poco a poco, no en mi matrimonio ni como madre, sino como mujer que necesita estar sola para recapacitar qué desea en su vida.

Cuando finaliza la jornada escolar yo ya me he quedado sin fuerzas para estar con toda mi familia, tanto con mi marido como con mis cuatro hijos. Ellos son hiperactivos, los cinco son la clase de personitas que requieren ciertas atenciones y es necesario poseer un carácter que trabaje al cien por cien. Siempre vocean, siempre exigen, siempre quieren salirse con la suya, y gracias a mi marido que toma el timón del barco, sino yo ya hubiera dejado por imposible a los cuatro. Sin Sebastian yo no podría manejarlos a todos. Empezando por mí.

Parece que los coches se mueven. Arranco el motor para esperar mi turno pero me asusto al ver a uno de mis guardaespaldas tocar el cristal de mi ventana. Mientras bajo el cristal, enseña un móvil que lleva a su oreja. Lo sé, mi marido. Lo capto. Cojo el móvil indicándole que vuelva al coche y atiendo la llamada entrante que recibo.

—El atasco se mueve —es lo primero que vocalizo. Oigo a Sebastian entre los murmullos de la gente.

—¿Por qué no has atendido mis llamadas?

—El móvil está guardado en el bolso y...

—¿Qué importa dónde lo hayas guardado?

—Sebastian, por favor, ahora no necesito tus gritos. Por eso lo he guardado. Y volveré a guardarlo como sigas gritándome.

—Yo no te he gritado. ¿Cuánto te queda?

—He avanzado unos metros. Es hora punta y ruedo en pleno centro.

—Sal del coche, coge un taxi en otra calle.

—Ahora que esto está en movimiento no dejaré mi coche. ¿Cómo va la función? ¿Le has vestido con el mismo tutú rosa, no? —Rachel y Maggie querían vestirse con un tutú del distinto color que sus compañeras para dar la nota. Mi cuñada Jocelyn y yo nos hemos negado, esas dos siempre tienen que destacar por ser unas consentidas.

—No he visto a la niña. Estamos esperándote.

—Lo sé, iré lo más rápido que pueda. Oye, te cuelgo, ¿vale?

Lo hago yo primero antes de darle la oportunidad de que se despida. El atasco ha vuelto a detenerse, las sirenas de la policía suenan a lo lejos y ya vienen a poner orden.

Un segundo más hablando con Sebastian y me hubiera roto en lágrimas. Este sentimiento es incontrolable. Tomo mis vitaminas cuando me despierto y antes de dormir, debería ampliar la dosis a un par de vitaminas cada dos horas si quiero aguantar el ritmo de vida. No soportaría que mi estado anímico afectara a mi familia. Yo no podré ocultar más mi malestar conmigo misma, necesito hablar urgentemente con mi cuñada Jocelyn. Ella es la que me facilita las pastillas estas de origen natural pero no me importaría tragarme otra clase de pastillas.

Levanto el móvil para llamarla, si hablo con mi marido me regañará por entretenerme.

—Rachel, ¿dónde te has metido? Te estamos esperando.

—Necesito más vitaminas.

—Sebas, que no tengo cobertura. Una compañera del bufete. Ahora regreso, aguanta sin mí. —Joce sabe que si la he llamado es porque no puedo lidiar con ningún otro Trumper —huh, ¿sigues ahí?

—Sí. Avanzo un metro y retrocedo otro.

—Sebastian está enfadado. Ha retrasado la función hasta que llegues. Los familiares no se han conformado con la noticia y nos han abucheado.

—¿Qué? ¿Sebastian ha...? Dile que empiecen sin mí. Las niñas estarán nerviosas.

—Yo he propuesto que se suspenda, pero nadie me ha hecho caso.

—Ahora le llamaré. Pensé que las niñas estarían acabando.

—Acabamos de verlas. Al final han conseguido vestirse con tutús negros, ellas se mueren por salir al escenario y hacer de las suyas.

—¿Tienes más vitaminas de esas?

—¿Las naturales? Tendría que pedir las en el herbolario, ¿se te han acabado?

—Querría aumentar la dosis.

—¿Qué te pasa, Rachel? Hace tiempo que te vemos rara.

—Me siento cansada, agotada... como si hubiera tocado fondo.

—Trabajas mucho en esas colecciones.

—Si no lo hago yo se van a la mierda.

—Sebastian está preocupado. No le ha dicho nada a Sebas, pero se lo veo en la cara.

—¿Tan mal lo estoy haciendo?

—Es una percepción personal, Rachel. Solamente te aconsejo que te des un descanso. Un par de días libres, ¿tal vez?

—Dejo la oficina un par de días y se viene abajo. ¿Me pides esas vitaminas por mí? Sabes que yo no puedo, es recoger a los niños del colegio y encerrarnos en casa. Necesito estar bien.

—Me estás poniendo en un compromiso. Las dosis adecuadas son dos tomas al día.

—Hazme ese favor.

—Rachel...

—Y dile a Sebastian que ordene a quien sea que empiecen con la función. No llegaré ni en cinco minutos ni en diez. La policía ha estacionado a un kilómetro lejos de donde yo me encuentro.

—Sebas la ha enviado, —seguramente se esté ruborizando —y hablando de mi marido...

—No tengo ganas de seguir. Por favor, mañana a primera hora me mandas las vitaminas a mi oficina. Sebastian me perseguirá si le digo que voy a un herbolario.

—Sebas, ¿es que no confías en mí?

—Quiero hablar con Rachel. Me ha saltado su llamada en mi móvil.

—¿Qué? ¿Cuándo dejarás de vigilarme con esa aplicación? Es mi móvil, es mi privacidad y la estás invadiendo.

—Reina, eres mi esposa, mía, y te casaste conmigo conociendo esta faceta de mí.

—No te daré mi móvil.

—No te lo estoy pidiendo. Tú, morena, —Sebas se ha hecho con el móvil y oigo de fondo a Jocelyn quejarse —¿dónde malditamente estás?

—En un atasco. Adiós.

—Como me cuelgues mando a un helicóptero que te dejará en la puerta del teatro. No me hagas ser malo, cuñada.

—¿Qué mierda quieres?

—¿Sobre qué habéis hablado? Jocelyn ha comentado algo de una dosis.

—Pastillas para la menstruación.

—Has dicho que Sebastian te perseguirá hasta el herbolario. Lo he escuchado.

—Sebas, en serio, ahora no.

—Ahora sí, Rachel. ¿Por qué no has salido de la oficina como todos? Tu hija y la mía se han preparado para una función en el teatro más importante de la ciudad.

—Tu hija y la mía odian el ballet, ellas quieren salir vestidas de negro porque tus padres las consienten.

—Te estás pasando, Rachel.

—Sebas, dame mi móvil. Hablo en serio. No te metas en nuestras cosas.

—No le pedirás más pastillas a Rachel. Me da igual que sean naturales o no.

Depender de pastillas reduce tu nivel de vida. Eso va por ti, cuñada, ¿me estás prestando atención?

—Son como chicles, —miento —Sebastian sabe que las tomo.

—Sebastian lo investigó por su cuenta. Me vino con la historia de que te estás tomando mierdas para lidiar con la presión. Eso le lleva a un Trumper pensar en un millón de escenas en las que se imagina fracasando como marido y como padre.

—¿Pero qué...? ¡Son vitaminas para el dolor menstrual!

—¡Como si son para la cabeza! Mete tu culo en un taxi y ven al teatro.

—¿En un taxi Trumper? ¡Las limosinas no podrán conducir con este atasco!

—Rachel, no desafíes mi bondad.

—Sebas, el móvil. No lo repito más.

Corto la llamada antes de que discutan por mi culpa. Ya han tenido suficiente, ellos ahora se ven mucho mejor y parece ser que han solucionado el problema. Mis problemas no son como los suyos, los míos no tratan de discutir con mi marido si nos vemos viviendo en una isla lejos de la familia, los míos tratan de que no llego al final del día sin la ayuda de unas vitaminas que ya me parecen flojas. A media mañana siento como mi cuerpo se desvanece, a medio día siento que no quiero ni almorzar y a media tarde me quiero suicidar por el ruido que hay en casa. Y no desearía pensar en cómo se siente mi marido cada vez que hacemos el amor, lo hacemos, ambos nos morimos por los huesos del otro, pero para mí se está convirtiendo en una obligación de la que no puedo huir. Y todo porque mi cuerpo se ha plantado aquí, porque ya no puedo realizarme como persona por culpa del agotamiento físico que sufro, y eso influye también en el mental. Le he intentado enviar buenas vibraciones a mi cerebro pero este señala a mi cuerpo y se ríe de mí.

Necesito urgentemente esas vitaminas. Las necesito. Sebastian ya habrá enloquecido con el bote blanco que llevo siempre conmigo, le conté que eran para la menstruación y si Sebas me ha dicho que ha investigado por su cuenta habrá averiguado que las vitaminas me ayudan con el agotamiento, entre otras muchas cosas. Reactivan mi cuerpo, me animan a mantenerme en pie y consigo ponerme en marcha todas las mañanas. Odio que los hermanos Trumper se lo cuenten todo, nosotras nos contamos nuestras cosas, pero porque nuestras cosas son normales... ellos no lo son. Mis cuñados y mi marido tienen una relación estrecha, única, exclusiva, y se conocen al detalle, saben qué decir, cómo decirlo y cuándo decirlo.

Mi marido Sebastian y yo hemos sido mejores amigos desde que nos conocimos. Ambos hemos pasado nuestras cosas antes de formalizar lo nuestro, pero cuando conseguimos dar ese paso importante no nos hemos separado. Parece extraño en una mujer como yo doblegarme ante un hombre como mi marido, aunque no me arrepiento, puede que estar tan unido a él también me esté pasando factura. Quizá es un conjunto de todo en general. Si tuviera un poco de libertad yo trataría de tener más tiempo para mí, y no porque no quiera estar con mi marido todo el día, es porque lo necesito para funcionar. Sebastian necesita saber lo que hago las veinticuatro horas del día, lo lleva en la sangre, es un Trumper y los Trumper alfa de la familia lo hacen. Empieza a afectarme, esa sobreprotección que al principio me resultaba excitante me resulta excesiva, y si mi

marido se distrae ahí están mis cuñados para realizar sus funciones de hombres protectores y agobiantes.

Siempre he sido una mujer atlética, inquieta, soñadora, constante, fuerte. Antes de que los gemelos nacieran, los cuatro salíamos todas las tardes a pasear por el campo. Los niños sacaban sus bicicletas, mi marido y yo preparábamos la merienda y pasábamos ratos inolvidables para la familia. Con la llegada de los más pequeños todo se vino abajo, y más cuando iban creciendo, se hicieron con el control absoluto de la familia y hasta el día de hoy dominan las reglas de casa ya que su padre les defiende. Él los educa, él les regaña, él sabe lo que tiene que hacer... nuestros dos hijos mayores ya no son pequeños, ellos ya tienen actividades extraescolares y pasan por esa fase en la que no desean estar con sus padres; Sebastian juega a los videojuegos con sus primos y Rachel pasa su tiempo con Maggie o con sus amigas, las que invita cada tarde a casa. Por eso envió a Sebastian el primero, para que ponga orden, no todos los días tengo trabajo que hacer en la oficina, tan solo bajo las persianas y disfruto del silencio que me otorga una oficina vacía.

Cuando llego a casa entro en una guerra revolucionaria. Mi marido jugando con los gemelos, mi hijo Sebastian matando bichos con sus videojuegos y según el día mi hija Rachel está de un humor o de otro. Quisiera poder disfrutar de todos de la forma más humana que pueda, si pongo un pie en casa ya me están atacando, empiezan a discutir y la fiesta de la tranquilidad se convierte en una meta inalcanzable. Mi hija es una rebelde, ella es la consentida de su abuelo y posee un cierto privilegio que los demás no. Mi hijo Sebastian no me escucha cuando le digo que no puede jugar toda la tarde a videojuegos, él simplemente ignora mi demanda y grita a su padre que pondrá una cerradura en su sala de cine para que no moleste. Mis gemelos son irrecuperables, si alguna vez fueron bebés y me amaban, ya no lo hacen. Ellos siguen a ciegas a su mejor amigo, mi marido, y yo no les sirvo en sus vidas. Es más, no me dan un beso desde navidades, y porque les obligó su padre.

Echo de menos a mi familia. Echo de menos sentirme amada por mis hijos que he tenido en mi interior durante nueve meses. Echo de menos que llegue la hora de recogerles del colegio y que podamos irnos a jugar a un parque en familia. Echo de menos pasar tiempo con mi marido sin que nos interrumpan los niños. Echo de menos todo aquello que antes me hacía feliz. Ahora estoy estancada en una vida que me ha dado el alto, mi cuerpo ya no aguantará un día más en la oficina si sé que cuando se acabe mi jornada laboral tendré que lidiar con unas personas que no me necesitan.

Guardo mis gafas para no ensuciarlas con mis lágrimas. Estar en un atasco es lo mejor que podría pasarme hoy. Si hubiera salido de la oficina junto a Sebastian tendría que aguantar a la familia Trumper y no me encuentro bien como para hacerlo. Solamente querría abrazarme del brazo de mi marido sin tener la necesidad de escuchar a nadie; ni a mi suegra quejándose por los asientos, ni a mis hijos dando vueltas por los alrededores, ni a mis cuñadas preguntándome por qué no hablo. Las niñas saldrían al escenario vestidas de negro y todos reirían, sin embargo, yo sentiría que mi hija ha desafiado mis normas cuando le exigí que no vistiera de negro. Da igual el color o cómo se presente en escena... es mi palabra la que no cuenta. Ella no me quiere, la niña prefiere llamar a su padre o a su tía Jocelyn. Mi hijo Sebastian ya es todo un hombrecito y es un niño de papá, él sólo atiende a mi marido y a mí me ignora completamente. Por no hablar de los gemelos, esos

dos en cuanto empezaron a andar se burlaron de mí y morirán burlándose de mí porque no les soy nada.

Permanecer en un atasco es un tiempo valioso para mí. Si fuera una mejor madre hubiera hecho lo imposible para llegar al teatro donde actuará mi hija, pero no he querido, he disimulado ante mi marido que se fuera adelantando él porque trabajar es lo único que me mantiene con la mente ocupada. Las vitaminas se están convirtiendo en necesarias.

La pantalla se ilumina, leo el nombre y descuelgo mirando cómo los coches comienzan a moverse. Esta vez mucho más rápido. Mi tiempo a solas se acaba.

—Rachel, cariño, ¿qué está pasando? Jocelyn me ha enviado un mensaje.

—Ella no quiere comprarme mis vitaminas. Yo no puedo comprarlas por mi cuenta.

—¿Qué vitaminas? ¡Te he dicho que vuelvas al asiento, Bastian! Estoy hablando con ella.

—¿Habéis ido al teatro?

—Sí, tu suegra se ha puesto bastante exigente con que vayamos todos a ver la función.

—La familia Trumper al completo —susurro mientras ella susurra a Bastian que se aparte del móvil.

—¿Cuánto te queda? Esto sigue sin empezar. Hasta que no vengas las niñas no saldrán. ¿Te ha dicho Jocelyn que se han vestido de negro?

—Lo sabía. Con sus abuelos en primera fila apoyándolas ellas harán lo que sea.

—No te sientas mal. Mis hijas eran sus favoritas hasta que empezamos a tener a nuestros hijos. —Procura desviar el tema, quiere hablar conmigo tanto como yo con ella, pero su marido está cerca y no tenemos intimidad.

—Ya veo al policía, significa que tengo que agarrar el volante.

—Te esperamos, Rachel.

—¡Más le vale traer su culo al teatro! ¡Cuñada!

—Bastian, sé amable.

Les cuelgo porque no era mentira que ya veía al policía.

Ruedo despacio por la avenida del teatro más importante de la ciudad. Mi suegra apuntó a las niñas al ballet nacional de su categoría, ellas odian el ballet, mis sobrinas mayores también lo han odiado pero mi suegra ama verlas bailar con los tutús y esos peinados que dejan sin cara a sus nietas. Mientras que las niñas se diviertan a mí no me importa, por supuesto que mi suegra no nos pidió permiso para apuntarlas, mi opinión no hubiera aportado nada a su decisión ya que Rachel saltó de alegría por imaginarse en un escenario con Maggie también.

Mi seguridad se ha bajado del coche, ha corrido por la acera, ha comunicado su labor a mi marido y está discutiendo con un hombre para que mueva su vehículo. El mío tiene que estar en la puerta del teatro o los Trumper me echarán en cara por qué he

aparcado en otro lugar. Luego alguien moverá mi coche hasta el parking privado del teatro, este le pertenece a Bastian, y él no iba a construir un parking para alguien que no sea la familia Trumper. A mí me apetece hacer lo contrario a dejar que un desconocido se lleve mi coche, quisiera buscar aparcamiento, comprar un bollo de chocolate y pasear tranquilamente por la avenida hasta la entrada principal. Pero eso no sucederá, bajaré del coche, mi seguridad me acompañará, ellos me dirigirán y entraré como una sospechosa en un teatro que odia a los Trumper porque me he retrasado.

Para colmo, ellos me regañarán; comenzando por mi suegra y terminando por mi marido, él no lo hará en público, esperará a que los niños se hayan dormido para echarme en cara que he llegado tarde a propósito. Sí, justo lo que necesitaba, otra tarde complicada sin mis vitaminas.

Acabo con todas ellas antes de que mi seguridad abra la puerta del coche. Me las trago de una sola vez y bebo de mi botella de agua. Cojo el bolso que engancho en mi hombro, le sonrío y me decido a caminar con la cabeza en alto porque las voces de algunos padres me reconocen y entran justo detrás de mí. Susurran que la función empezará porque soy la Trumper que faltaba.

Sucede de igual forma que siempre. Las primeras filas liberadas para los miembros de los Trumper, mis sobrinas mayores apartadas de los adultos, los tres primos mirando la pantalla de una videoconsola móvil, mis gemelos corriendo por los alrededores, mi suegra nerviosa sentada en la primera fila mientras les llama la atención, mi suegro y mi marido hablando, y mis cuatro cuñados susurrándose en voz baja lo mucho que se aman.

¿Desde cuándo mi marido no me ha dicho que me ama? Desde hace unos días, unos cinco o seis largos días. Hacemos el amor, nos queremos, seguimos como siempre... pero yo no soy la misma que hace quince años. Me olvido de muchos detalles, me olvido a veces de lo mucho que mi marido me ama y de lo mucho que yo le amo a él, nos estamos perdiendo muchas cosas por no sentirme bien. O quizá yo, me estoy perdiendo en estúpidos detalles que me no me aportan ni una mierda porque me encuentro agobiada. Creo que... él me ha dicho que me ama esta mañana o anoche, me parece que aún andaba dormida. Dios, si es en lo único que pienso, en dormir y en el silencio.

No me molesto ni en saludar a mis hijos porque ellos no me necesitan. Me limito a hacer una mueca mientras sonrío a mi suegra, ella me lanza una mirada de odio que yo declino en otra más sincera que dirijo a mi marido. Me siento a su lado, rodeo mis brazos alrededor del suyo y me pierdo en algún paraíso imaginario.

Las luces se apagan después de treinta segundos. Sebastian no rechaza mi soporte, pero él tampoco ha hecho nada por saludarme.

—¡Míralas! ¡Han salido con los tutús negros!

Mi cuñada Nancy anuncia la llegada de las niñas. La familia se divierte por los tutús, las niñas se lo están pasando en grande junto a sus compañeras y la función comienza como lo han hecho en los ensayos. Todos sonrían, todos se divierten menos yo, y mi marido. Él presencié la conversación que tuvimos Rachel y yo sobre los tutús negros, sobre la importancia de no dar la nota con el ballet infantil nacional, incluso él me apoyó, pero como siempre, la niña hace lo que quiere y mi palabra no sirve para nada.

Mi móvil vibra, como sea mi publicista me corto las venas en este mismo teatro, total, ni mi marido ni mis hijos me echarían en falta. Él conocería a una mujer y ellos la querrían como madre antes que a mí. Leo el mensaje en la pantalla, es mi sobrina Nadine contándome que tres de sus actores favoritos la acaban de seguir en sus redes sociales y que quiere interrumpir a las niñas para anunciarlo en el escenario. Le respondo con un icono de sonrisas, si Bastian leyera el mensaje él mismo mataría a esos actores. De todas formas lo ha puesto en el grupo que tenemos las mujeres Trumper; mis cuñadas, Dulce Bebé, Jocelyn, ella y yo. Las más pequeñas que bailan todavía no manejan el móvil, y si ya Sebas se pone nervioso con permitir que su hija utilice el móvil él no consentiría que su niña Maggie utilizase uno tan pronto. Estoy convencida de que a mi marido no le importaría que Rachel tuviera acceso a internet en un móvil, si no le deja se lo preguntará a su abuelo y este le dará lo que ella pida.

—Podrías tener un poco de decencia, apagar el móvil y mirar la función de tu hija.

Obedezco a mi marido por no aguantarlo. Espero que haya leído que hablaba con Nadine y no con nadie del trabajo.

La función dura cuarenta minutos. Cuando las niñas están saludando a todos, Rachel mira a su padre que aplaude orgulloso mientras que Maggie salta hacia los brazos de su abuela que no permite a mi cuñado Sebas abrazarla. Mi hija tampoco me permite felicitarla, tocarla o darle un abrazo porque cambia a su padre por su abuelo. Ni siquiera he insistido, sabía que ella no me querría. Creo que los gemelos desaparecieron de sus asientos en algún momento de la función, los de seguridad se habrán encargado de ellos, y mi hijo Sebastian discute con su primo Bastian sobre un videojuego.

Me hallo aquí parada, sola, y deseando tragar más vitaminas. Ya están diciendo que han reservado mesa en un restaurante, eso significa que mi tiempo con los Trumper se multiplica y no estoy por la labor de aguantarles esta noche.

Mi hija ha pasado por delante de mí. La niña no me ha mirado a la cara, buscaba con sus ojos a su tía Jocelyn. Ella se acaba de lanzar a sus brazos después de saludar a su abuelo y tanto mi suegra, mi suegro, mi marido y yo hemos sido testigos de que la niña me ha ignorado. Sabe que estoy aquí junto a su padre, soy su madre y... y se ha olvidado de lo que represento. Ahora es mi cuñada la que se encarga de darle la atención que la niña no necesita de mí, incluso hasta yo la necesito, necesito que me compre el herbolario entero para superar el gesto doloroso que mi hija ha grabado en mi memoria.

Agradezco con todo mi ser a la profesora de Rachel que me ha llamado desde una puerta lateral. Me entrega la mochila que ha preparado mi suegra, mi hija no quería mi ayuda, quería la de mi suegra. Por eso no me preocupaba por nada.

—¿Le ha gustado, Señora Trumper?

—Sí, estoy encantada con la función.

—Preparemos otra para la despedida del curso.

—Estupendo, —¿no debería hablarlo con mi suegra o con Jocelyn? Conmigo no cuentan.

—¿Le importaría entregarle esto a su cuñada? Es la mochila de Maggie.

—Sí, yo se lo daré. —En serio, ¿nadie me sacará de este aprieto? Me siento mal hablando con esta mujer por primera vez. Ella se comunica con mi suegra y con Jocelyn, yo me mantengo al margen porque mi hija ya tiene representación y porque ella dice que no entiendo de ballet.

Las sombras de mi marido, de mi suegra y de mi suegro me postran en mi sitio. No quiero mirarles a los ojos, sé que están hablando del rechazo de mi hija, no es el primero que me hace y no será el último, tampoco es para tanto. Solamente he perdido a mis hijos en algún desastroso momento de mi vida, me centré en el trabajo para poder superarlo y ahora recojo las semillas de la siembra.

—¿Eso es de Maggie, verdad?

Jocelyn se acerca a mí sonriéndome, abrazándome, y me toma por sorpresa este gesto tan eufórico.

Bastian es bastante más exigente que Sebas, con Nancy tengo que estudiar de nuevo para tenerla a solas, para poder hablar con ella y tratar ciertos temas que queremos mantener para las dos. Sin embargo, Sebas es más liberal con Jocelyn, me resulta menos fácil contactar con ella y contarle lo que sea. Por eso tengo más trato con Joce, es más vulnerable, más dulce, más... más perfecta. Es una buena madre, una buena esposa, una buena mujer... por eso se ha ganado ser la favorita de la familia. Se rumorea que mi marido es el favorito, yo no lo pienso, creo que tanto mis cuñados Sebas y Jocelyn, como Bastian y Nancy son los favoritos. Nunca han tomado en serio a mi familia, ni siquiera se preocupan por nosotros, por lo que queremos o necesitamos... vamos corriendo detrás de quienes alcen el teléfono y nos aclamen.

—Rachel, háblame.

Jocelyn se mueve estratégicamente para que no me vean. Yo sonrío acariciándole el brazo y ella gesticula de una manera muy graciosa. Lo tiene todo, esta mujer tiene todo con lo que yo sueño, menos con su marido, yo con el mío tengo bastante.

—Nos vamos a cenar, ¿no?

—Habíamos reservado mesa, ¿no te acuerdas?

—Sí, sí, es verdad. —Miento. No me acuerdo. Nadie me ha comentado que después de la función nos iríamos a cenar. La gente todavía sigue saludando a los niños en el teatro y juro que me suicidaré como no me vaya.

—¿Estás enfadada por lo de las vitaminas?

—¡Niño, te cortaré esa pierna! —Nancy grita a uno de los gemelos, se la tiene jurada y no sé por qué. Bastian corre detrás de mis gemelos para regañarles. Todo sucede rápido y al mismo tiempo lentamente.

—Rachel, ¿te encuentras bien? ¿Te estás mareando?

—Quiero salir de aquí sin que mi suegra y mi marido formen una escena.

—Huh... creo que llegas tarde. Ellos están mirando hacia nosotras. Tú disimula, me reiré y espero que sonrías. Los Trumper evalúan como animales nocturnos. ¿Rachel?

—Os espero en el parking —anuncio en voz alta antes de mezclarme con el bullicio

de la gente.

Las personas me encierran entre los huecos, consigo avanzar sintiéndome horrible y es lo último que recuerdo antes de que mi marido me alcance y me acompañe en esta dura batalla del agotamiento.

Sus dedos secan las lágrimas que caen de mis ojos y ordena a todo el mundo que se vayan del teatro. Nosotros somos acompañados por nuestros miembros de seguridad que nos dirigen hacia el parking.

Es cansancio, tan solo cansancio.

Capítulo 16

ME ENFADO

SEBASTIAN

La he cagado, la he jodidamente cagado. ¿Cuándo? No lo sé. ¿Cómo? Eso quisiera saber. ¿Con quién? Obviamente con mi mujer. ¿A que otra podría yo decepcionar? ¡A ninguna otra ya que no existe una sola imagen de nadie que no sea mi esposa! He tenido que hacer algo bastante grave para que Rachel se haya pasado cuatro días encerrada en nuestra habitación. Se ha aislado de la familia, de los niños, de mí... ¡y hasta de madre! Y

cuando una Trumper rechaza a madre es que la cosa está realmente jodida. Mi mujer ni siquiera ha respondido a la llamada nocturna de Nana, su abuela es mayor y necesita comprobar que su nieta es feliz junto a un buen hombre como yo.

Procuré restarle importancia a que mi esposa haya aceptado mi consejo de tomarse algunos días libres, pero ella realmente no desea vernos; los niños la echan de menos, mis cuñadas, esos dos cabrones que tengo como hermanos y especialmente yo. Sabía que Rachel no aguantaría ni un día más el ritmo acelerado que llevaba arrastrando consigo. El agotamiento le vencería y me odio por no haberle impedido que se levantara de la cama todos los jodidos días desde que la hice mía, ¡debí atarla! Ella es como una especie de heroína sin capa porque cuida de todos nosotros, de los niños, de nuestro hogar, de sus negocios y sobretodo de mí. ¿De dónde ha sacado tanta fuerza?

Es que algo no está funcionando bien en nuestro matrimonio y siento que mi esposa no es una mujer feliz. A pesar de que siempre sonrío, aguanta mis bromas, el ritmo de vida al que nos habituamos y a nuestros hijos rebeldes, sin contar con madre ni con el resto de los Trumper, veo a pitufa alejada de todos nosotros. No solamente de mí, que me hiere en el mismo alma, sino de nuestros hijos, de sus cuñadas, de mis hermanos... incluso del trabajo. Llevo observándola más de un mes, en silencio, sin presionarla, sin preguntarle cuánto me ama porque espero a que ella venga y me lo suelte en mi jodida cara... pero Rachel no se encuentra en el mismo punto que yo y esto jodidamente me asusta.

He dejado que sea ella misma. He intentado ser un buen hombre, un buen padre y un buen marido para mi esposa. Aunque hubiera preferido atarla a nuestra cama, retenerla hasta que ella vuelva a ser la de siempre y repetirle que me pertenece sean cuales sean sus pensamientos, yo he esperado como un gilipollas para nada. Nunca ha dado el primer paso. Hace cuatro días no sonó el despertador, permaneció envuelta en nuestro edredón de primavera, no atendió a pitufina, ni a los gemelos, ni a nuestro hijo mayor que se fue de excursión con su equipo de baloncesto. Ellos son la jodida razón por la que me he visto obligado a salir de casa, a llamar a madre para que se haga cargo de los niños mientras lloro mis penas en un club que le pertenece precisamente a una amiga de mi mujer. ¡Soy imbécil! Un imbécil que no sabe cómo llamar la atención para que su esposa se levante de la cama y sepa cuánto la amamos.

Estos días han pasado cosas de chicas que no he sabido manejar. Pitufina vio por error a mi sobrina Nadine retorcerse de dolor por la menstruación, la niña me hizo preguntas que nunca he sabido responder puesto que nunca me ha importado. La recogí en casa de mi hermano y mi cuñada porque no quería quedarse allí mientras Bastian enloquecía, Nancy se ocupaba de la niña y mi sobrina luchaba con esos típicos días del mes. Dulce Bebé entretuvo a pitufina como pudo pero nuestra niña se hace mayor y comienza a preguntarse a qué se debe las alteraciones de las mujeres en la familia. En el coche tartamudeaba como un cobarde, intenté distraerla insinuando que este fin de semana iríamos a un parque de atracciones o incluso le prometí otro nuevo pony, pero pitufina solamente quería a su madre. A mi esposa que llevaba dos días enterrada debajo de las sábanas y que preguntó por qué Rachel durmió aquella noche con nosotros. Mi mujer se dio media vuelta disimulando que le importábamos una mierda, quizá no disimula y le importamos una mierda.

—¡Camarera, otra copa!

Nunca he sido un hombre de alcohol, me ha gustado beber alguna que otra vez pero me di cuenta que disfruto mucho más de esas noches de aniversario acompañado por mi esposa y una botella de vino. Si estamos en un restaurante siempre pido el más caro, lo pruebo, pido un par de botellas más, lo vuelvo a saborear como si entendiera de sabor y cuando tenemos algunas de las botellas más caras del mundo, sonrío y ordeno a los camareros que manden la factura a mi hermano Bastian... para no perder la costumbre. Puede decirse que el cabrón paga el ochenta por ciento de las cenas que tengo con mi mujer.

Mi esposa, mi Rachel.

La echo un infierno de menos. ¿Qué hago? ¿Qué he hecho para merecer su castigo? Juro que no he abierto la boca, nadie sabe nada. Mis cuñadas se presentaron en casa, las eché sin más y luego se presentaron con sus maridos... ¡esos dos cabrones no me intimidan! Tuve que mentir sobre Rachel, contarles que estaba teniendo algunos dolores menopaúsicos y me sentí horrible. En el fondo quería arrodillarme, exigirles que me ayudaran a recuperar a mi esposa... pero hice lo que tenía que hacer, mantenerme a la altura y dejar mis problemas de matrimonio en casa. Si mi madre supiera que ella ha estado ausente durante cuatro días pondría nuestro culo enrojecido por sus patadas. Cuando he tomado la decisión de salir de casa porque no aguantaba un segundo más allí, he esperado hasta las diez de la noche y me he cerciorado que mis pequeños dormían. Se supone que estará durmiendo en su habitación ajena a que he huido para beber en un club donde la música es una ¡puta mierda!

—¡Camarera!

La cabeza me da vueltas. No estoy borracho, sí a punto de cortarle la cabeza a la idiota que no ha querido servirme una ¡jodida copa! ¿Qué le importa a ella si vengo solo o acompañado? ¡Si quiere saber dónde se encuentra mi mujer que la llame! A lo mejor tiene hasta suerte, sí, a lo mejor pitufa descuelga el teléfono a sus amiguitos que no sean yo. ¡Los mataré! Uno a uno, y no llamaré a mis hermanos para que se ensucien ellos las manos, ¡seré yo el que se regodee viéndoles morir! ¡Gilipollas!

—¡CAMARERA!

Escupo dentro del vaso para acusarle cuando venga. El club es una mierda, nunca viene ni un alma por la noche ¡porque la música es una mierda!, ¡el alcohol, las copas están manchadas y la compañía superan los ochenta años! ¡Jodidamente sea este local! ¿Por qué diablos lo regalaría Rachel? Se suponía que aquí iría una tienda de juguetes para nuestros hijos, junto a la tienda de videojuegos de mi sobrino Bastian... quería este establecimiento para putear a mi hermano, pero no... pitufa tuvo que regalarles un negocio a sus amigos porque se habían arruinado con otro. Y luego se divorciaron, los cabrones se divorciaron y ahora su amiga vacía sus ojos con lágrimas, llora la pérdida de su compañero de vida y no podría sentirme más identificado con ella. Veo su figura destruida, apoyada sobre la barra del bar y mira por la ventana ajena a que un cliente está esperando otra copa.

El móvil vibra en mi bolsillo, es el familiar, y dado que madre cuida de los niños solo me preocupa que sea ella, que haya ocurrido algo en casa y necesite mi ayuda. Lo descuelgo tras toquetear la misma tecla en la pantalla, este cacharro pesa demasiado...

debería comprarme otro y cargarle la factura a cualquiera de mis hermanos. Tal vez a los dos. Tal vez me compre como un millón de aparatos e igualmente les pase la factura.

—Enano, sujeto no identificado se encuentra oficialmente fuera de la ciudad. Ese hombre que andaba en las reuniones de Rachel ya es agua pasada.

—Aham.

—Te he llamado esta tarde para contártelo pero no me has cogido el móvil.

—Aham.

—¿Sebastian?

—Que sí, gracias por eso. Tengo que colgar.

—Espera. ¿Quieres contarme algo?

—No.

—No eres el mismo.

—Lo soy —mi esposa quiere abandonarme, divorciarse de mí, dejar nuestro hogar y huir lejos de mí. ¡Por supuesto que soy el mismo! ¿Quién no lo sería? ¿Quién no lo sería si viera a la mujer de su vida apagarse lentamente? He intentado hablar con ella, abrazarla como nunca lo he hecho y demostrarle que estoy a su lado a pesar de que no sea reciproco... e incluso así, Rachel me ha rechazado. Ya no sé qué hacer más. Los niños preguntan por su madre, ellos la quieren a ella más que a mí; Sebastian ha llevado el uniforme arrugado al entrenamiento porque yo no me he atrevido a quemar de nuevo las prendas con la plancha, Pitufina está aterrada por todo lo que concierne a la menstruación y los gemelos necesitan el afecto de madre que yo no puedo darles. Supe que también están tocados porque los otros días vieron a Nancy y no golpearon su pierna. Los niños no son felices. Ninguno de nosotros cinco lo somos. ¡O somos seis o no somos nadie en la familia!

—¿Enano?

—Tengo que colgar, Sebas.

—¿Quieres hablar?

—No.

—¿Sigue Rachel enferma? —Ha pronunciado la palabra enferma como si se lo creyera. Mis hermanos sospechan que algo sucede, incluso mis cuñadas... ¡han sido ellas las que han ido contándoles a sus mariditos que Rachel no ha ido a trabajar, que no ha asistido a yoga o a esos almuerzos de cuñadas!

Todavía pasamos desapercibidos porque no hemos faltado a la barbacoa familiar, pero si esto continúa así no me quedará más remedio que mandar a los niños y quedarme con mi mujer. Luego lidiaremos con la bronca de madre. Quizá necesitemos un tiempo a solas para charlar, mi mujer ha pasado demasiado tiempo sola, pensando, ausente... creo que ya ha pasado un tiempo reflexionando. Sea lo que sea lo aceptaré, apoyaré cada jodida decisión que salga por su boca.

He colgado a mi hermano Sebas porque no me apetecía hablar con él. El cabrón ha

hecho avances con su esposa. Ya no están enfadados aunque dicen que aún discuten la proposición de largarse de la ciudad para vivir en una jodida isla desierta. ¿Qué mierda tienen que discutir? Si Rachel me propusiera que lo dejásemos todo para vivir en una isla desierta, ¡pongo a mi familia en un coche y rodamos hasta dónde ordene! Mi cuñada es una desagradecida, una histérica que piensa que nos perderá, ¡se inventaron las videoconferencias! Veré su cara siempre que quiera y lo haremos todos desde aquí, ¿por qué no se van de una jodida vez? Si tengo que perder a Sebas, a Jocelyn y a tres de mis sobrinos quiero que pase rápido, cuánto antes mejor. Luego vendrá mi mujer soltando mierdas de que no es feliz y no me quedará otra que firmar el divorcio. ¡Así que perderé a la mitad de mi familia, me iré a vivir a casa de Bastian y me torturará hasta que ya no aguante más una vida en soledad!

Todo se viene abajo. ¿Qué mierda he hecho? ¿Dónde he fallado? ¿Por qué pitufa necesita descansar sin mí? No quiere que la toque, que la bese o que la abrace por las noches. Llevo más de cinco días sin sexo, sin sentirla, y me está matando. En realidad me mata verla abatida. Yo no puedo hacer nada, no me lo permite porque la Señora Trumper saca sus garras contra mí. Sabía que se apagaba, que el trabajo, los niños y yo la estábamos empujando, pensé que era una mujer fuerte pero cuando sostuve su cuerpo tembloroso aquella tarde después del musical las alarmas Trumper se activaron.

No quise enfadarme con ella por llegar tarde. Esa mañana la observé más pálida, distinta. Por eso me ofrecí a recoger a los niños del colegio, a darle espacio ya que solamente respondía que se encontraba bien y que esperaba no sé qué mierdas de telas. Fingí delante de la familia, yo hice lo mejor para restarle importancia a que mi esposa no quería sentarse a mi lado mientras los dos disfrutábamos cómo nuestra niña pequeña se hacía con un escenario. Ella y mi sobrina no se aprendieron los pasos de sus compañeras, se vistieron de negro e hicieron el ganso, pero tan solo son niñas... ¿por qué seguir las mismas reglas de un estúpido baile? ¡Qué hagan lo que les haga felices! He despedido a su profesora de todas formas, nunca me cayó bien. Rachel no quiso, ella no quiso venir a la función y era la primera vez que demostraba su descontento en público.

Cuando apareció mi mundo se volvió a iluminar, la observé a lo lejos y sonreí, pero borré la sonrisa de mi rostro porque ella tenía esa sonrisa que le da a los mismos que se equivocan con los pedidos de sus productos. Fingía. Rachel había venido por obligación, no por gusto. Le costó centrarse en la función, ni siquiera miró a la niña porque sus ojos se perdieron en un punto fijo junto al panel frontal del escenario. En ese momento me percaté que mi esposa no estaba siendo una mujer feliz, que ni siquiera nuestra hija le conseguía distraer. Sus ojos no brillaban como los de Jocelyn, mi cuñada se emocionaba con la locura de las niñas mientras que Rachel se limitó a resoplar en voz baja.

Al acabar la función, tanto madre, como padre, como yo vimos a pitufina girarle la cara a mi esposa y mi corazón dejó de latir. Nunca había presenciado un distanciamiento tan inmenso. Rachel no había regañado a nuestra hija, ni discutieron o sufrieron algún otro percance, el gesto mató a mi esposa que no dio una mierda por la niña y supe que mi familia se había roto, que ya abría los ojos ante el problema familiar al que me enfrentaba.

Sin embargo, mis padres no me presionaron, pero padre me aconsejó que sacara a Rachel del teatro antes de que se desmayara, y eso hice. Se adelantó a mí, la vi corriendo entre la gente y sujeté el cuerpo de una mujer que se había descompuesto. La sentí más

delgada, más débil y la primera lágrima que cayó por su ojo inició el río que lloró durante ocho horas seguidas. Toda la familia se ha creído que sufre dolores menstruales, madre ha estado trayendo comida casera en estos días ajena a que mi esposa se ha encerrado para meditar en soledad el abandono de nuestro hogar. Y nuestro divorcio.

La vibración del móvil me despierta del insomnio letal que me hundía en la miseria. Guío el aparato hacia mi oreja y gruño.

—¿Tito Sebastian?

—¿No deberías estar durmiendo? —Me inquieto en el asiento por la llamada. Dulce Bebé no hace llamadas si no le ocurre algo grave. Me necesita, mi sobrina mayor me necesita y aquí estaré siempre para ella. —¿Qué quieres?

—¿Podrías hacerme un favor?

—Pide —trago el líquido que quema mi garganta, ¿qué me ha echado esta gilipollas, un mata ratas? ¡Esto sabe a mierda!

—Desactívame mañana el rastreador de mi móvil.

—Me temo que tu petición ha sido rechazada.

—Por favor, necesito que nadie me localice durante un par de horas.

—¿Un par de horas? ¿Qué pretendes hacer Dulce Bebé?

—Es algo bueno, lo prometo. ¿Lo desactivarás?

—Tienes catorce años. Permíteme que apoye a tus padres con eso de controlarte.

—No puedo olvidarme accidentalmente el móvil porque lo necesito, pero te prometo que te llamaré para que me lo vuelvas a activar.

—Dulce Bebé, mañana reforzaré tu seguridad.

—Pero... no... ¡oye, se lo diré a mi padre!

—Bien, cuéntale que me has llamado a estas horas para pedirme que desactive tu móvil.

—Es el rastreador.

—Lo que sea. Nena, vuelve a dormir, hablaremos mañana. A no ser que desees contarme adónde vas y por qué huyes.

—¿Juegas con mi mente?

—Juego con tu mente, ¿adónde vas?

—Mis padres me han dado permiso para salir con mis amigos después de clase.

¡Ningún CHICO tocará a mi sobrina! ¡Espero que mi hermano controle a los cabrones del instituto!

—¿Y quieres ser una niña rebelde, no? —¡MANOSEARTE CON CHICOS!

—No, no es eso. Hemos quedado en el centro comercial, en el de siempre.

—¿Y?

—Pues que parezco idiota. Mis amigos se dan cuenta que seguridad camina a unos metros lejos de mí. ¡Necesito privacidad!

—Siempre tienes seguridad, te has criado con seguridad, ¿a qué viene esto? Tus amigos son de la alta sociedad. Lo entenderán.

—Tengo derecho a tener privacidad. Si me dejen olvidado el móvil se lo llevan a la oficina de mi padre o llaman a mi madre para que lo recoja.

—¿Cuántas mujeres te siguen?

—¿Mujeres? Papá piensa que no sabrían luchar, que sus cuerpos no tolerarían las balas de posibles disparos, ¡mi seguridad son hombres enormes, tito Sebastian! Y hago el ridículo. Si me desactivas el rastreador conseguiré distraerles, salir del centro comercial e irme con mis amigos a otro sitio donde no sea observada las veinticuatro horas del día.

—Tu padre llamaría al ejército y no pararía hasta encontrarte, y una vez que te encontrara iría a por mí y me mataría. No sabes de lo que es capaz, lo eres todo para él. Habla con ellos dos y que te reduzcan la seguridad.

—Lo hemos intentado. Mamá está cansada de discutir siempre el mismo tema cada fin de semana y papá ha accedido a dejarme en el centro comercial una hora más. No te cuesta nada. Si me desactivas el móvil yo no pareceré que lleve a diez niñas conmigo.

Mi sobrina es la niña más buena que he conocido en mi vida, se está criando como una Trumper pero posee la bondad de una Sullivan. La cuidamos mucho más porque es la mayor y queremos que su vida sea normal, ajena a la fama que arrastra por llevar el apellido Trumper. A sus catorce años yo ya follaba con las sobras de mi hermano Bastian, el cabrón se encerraba en la habitación de un hotel y ellas me deseaban por ser el hermano pequeño del campeón mundial de lucha... buenos tiempos aquellos, pero los catorce años de un niño no tiene nada que ver con los catorce años de mi sobrina Dulce Bebé. Ella, desafortunadamente, no sabrá lo que es el sexo hasta que no cumpla los cuarenta.

Resoplo removiendo mi pelo. La niña espera impaciente a que la apoye, me temo que esta vez será imposible. ¡Es una niña pequeña! ¿Salir por las tardes con sus amigos? ¡Mi hija nunca saldrá a la calle con catorce años! ¿En qué piensa mi hermano? Seguro que es Nancy, ella es la que controla su mente y le hace un ser débil, ¡cobarde! ¡Ponte el cinturón y domina a tu familia! ¿Qué será lo siguiente; papá me voy a hacer un tatuaje, me quiero ir a vivir con mi novio o ya no quiero estudiar? ¡Perderemos a Dulce Bebé, y todo porque mi hermano babea con su esposa y no se centra en lo verdaderamente importante! ¡Su hija está aclamando independencia!

—¿Tito Sebastian?

—¿Por qué no eliges un local y os metéis allí?

—Papá haría una inspección y obligaría a la seguridad que nos vigilara toda la tarde.

¡Bien hecho, hermano! Casi pienso mal de ti.

—¿Y quieres que te desactive el rastreador para...?

—Para dar una vuelta por la ciudad, sin guardaespaldas.

—Si te sucediera un incidente tendríamos que ir cámara por cámara. ¿Es que planeas algo que no apoyaría ni tu padre ni yo?

—¡Mis padres conocen a mis amigos!

—¿Y qué hay de malo en ir al centro comercial?

—¿Me vas a ayudar o no?

—Dulce Bebé, con esto has conseguido que active una señal de emergencia en la familia. Si quieres independencia tendrás que esperar unos años más.

—¡Que yo no hago nada malo!

—Lo sabemos, cariño, sabemos que no haces nada malo. Pero en la calle hay gente muy mala que espera impaciente a que estés sola para atacarte, robarte, pegarte, matarte.

—¡Sois unos dramáticos!

—Seremos unos dramáticos por haberte mantenido con vida durante catorce años. Anda, vuelve a dormir que ya hablaremos mañana.

—¿No me vas a ayudar?

—No. Mañana te esperará una charla con tus padres porque les pienso contar tus planes macabros de desobedecer.

—Tenía que haber llamado a tito Sebas, por algo él es el favorito. Me he dejado llevar por los rumores de que tú ayudabas a tus sobrinos... pero era mentira.

—Eh, eso duele...

—¡Qué te jodan!

Ha colgado. Esta... esta pequeña Trumper me ha colgado. Es la primera vez que lo hace y parecía muy enfadada. ¡Si se enfada conmigo por protegerla, llevadme a la hoguera! ¡Jodida sea mi vida! ¡No hago nada bien!

Ahora tendré que ganarme su confianza de nuevo. Después de la bronca que le espera de mi hermano Bastian ella me culpará, y no es de las que se conforman con un pony o con nuevos videojuegos, Dulce Bebé necesitará que cure su corazón herido por mi traición. También puedo no decirle nada a mi hermano y ganarme algunos méritos con ella. Sea como sea, mañana haré algo al respecto, yo no puedo quedar como el malo, para eso ya está Bastian. ¡Es mi sobrina y es mi deber malcriarla! Invitaré a todos sus amigos a uno de mis apartamentos donde siempre daba fiestas antes de casarme, allí tendrán espacio, la seguridad protegerá el edificio y podrán ser un poco más libres. Sí, mañana se lo diré y Bastian será el malo. Me gusta como suena esto en mi cabeza.

Pero nada de chicos. Si mi sobrina ha acudido a mí para ciertos privilegios tendrá que ser con mis normas, ¡no soy tonto, sé cómo piensan los niños de catorce años! ¿Qué comen hoy en día? ¿Hacen pesas en el gimnasio para ser más grandes que las chicas? ¿Para qué? ¿Para que las niñas vayan babeando detrás de ellos? ¡Tenemos que hacer algo con los adolescentes! Ninguna de nuestras niñas caerá en las garras de esos gilipollas. Si empezamos a trabajar desde ahora yo no moveré un dedo cuando pitufina se haga mayor porque no existirán chicos.

—Hola guapo.

Dejo caer la copa junto con mi móvil porque el interés por esta hermosa mujer despierta mis instintos más Trumper. La sangre ha vuelto a correr por mis venas, como no es oxigenada y todavía no puedo moverme en mi asiento, intento sonreír como un capullo enamorado. Nervioso por cómo de guapa se ve aunque lleve su pelo despeinado y un chándal gris que quiero arrancar con mi boca de su cuerpo, me limito a contar hasta el número cinco.

Soy un blando, no podría haber llegado a un número superior cuando mis ojos se han ido directo a los dos bultos que le salen del pecho. Para disimular que soy un idiota, aprieto el puño por debajo de la mesa mientras muevo la copa con la otra mano. ¿Por qué no me llama ahora mi sobrina? Necesito que alguien me pegue una paliza, ¿he muerto y ella es el jodido ángel que me recibe en el edén?

¡Jodida sea mi esposa que me sonrío! ¡Soy culpable, culpable por desear doblarla sobre la mesa y demostrarle cuánto la he echado de menos!

—Buenas noches Señora Trumper —su amiguita ha venido a saludar a mi mujer. Ella es mi esposa, ¡MÍ esposa! Que se vaya a la barra y nos deje en paz.

—Hola, ¿nos traes dos sodas y una botella pequeña de agua? Y por favor, llévate la copa.

—Por supuesto.

Casi he rozado los dedos de Rachel y he sentido el ¡jodido paraíso! Sin duda, mi mujer es un ángel del cielo. La camarera ya se ha retirado para atender la demanda de mi esposa.

—De todos los lugares a los que podrías haber ido has elegido tu favorito, ¿eh?

—Estudio el mercado.

—¿Para la tienda de juguetes?

—Para que este club de mierda salga adelante sin que gastes más dinero en él.

—Ella ha rechazado las reformas, así que no malgastaré más dinero en ayudar a mi amiga si es a lo que te refieres.

—No quise decir que...

—Aquí tiene Señora Trumper. ¿Queréis vasos?

—No, gracias. Estamos bien.

¡Están llenos de mierda! ¡Los vasos están llenos de mierda!

Rachel abre el tapón de la botella de agua, la mueve ligeramente y entiendo su gesto. Aquí me veo, obedeciendo a mi esposa porque tiene mis huevos en sus manos.

—¡Qué asco! —Susurro mirando la fecha de caducidad de la botella y aparto cualquiera de mis pensamientos porque pitufa se ha reído. Haría el payaso toda mi vida si consiguiera verla así de sonriente.

—Menos mal que no nos está mirando.

—Mejor, porque heriría sus sentimientos.

—Bebe soda, la he pedido por lo mismo. Es lo único bueno que merece la pena de aquí.

—Supongo que también has hecho un estudio de mercado en este local.

—He aprendido del mejor.

¡Mis pantalones se han estrechado en una costura que me molesta! Ha bajado su cabeza y admiro la belleza innata que desprende, no le hace falta cosmética, no le hace falta vestir bien y tampoco le hace falta nada para ser la mujer más hermosa del mundo.

—¿Te ha llamado Sebas?

—No, ella —mueve su cabeza señalando a la gilipollas que habla con un borracho. Si ella aprovechara el regalo de mi esposa ¡el club funcionaría!

De vuelta a pitufa que juguetea con la botella pequeña de soda, carraspeo para llamar su atención.

—¿Cómo estás, Rachel?

—Un poco mejor.

—¿Un poco?

—Sí.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No —sus ojos se llenan de lágrimas y se arrastra hacia mí. Este sofá de media luna está roto pero no le ha importado porque me necesita urgentemente. En un segundo he conseguido que el cuerpo de mi mujer se apoye en el mío y me ha devuelto diez años más de vida.

—Tranquila, todo saldrá bien.

Beso su cabeza por no desnudarla, desnudarme yo y abrazarnos hasta el amanecer. Rachel llora pacíficamente sobre mi camiseta, soy el marido paciente que he sido durante cuatro días y debería hacer algo antes de que se meta en otro bucle del tiempo.

—Estoy mejor, lo prometo.

—No lo parece.

—Volveré a ser la misma.

—Sin las pastillas —he tenido que abrir la boca, ese tema me estaba matando y quería hablarlo. —Jocelyn me lo ha contado. Esas vitaminas te debilitan, Rachel. Lo digo en serio.

—Ya no las tomo.

—¿Por qué sentías la necesidad de tomar vitaminas? —Ella se mueve para encararse a mí y yo aún no suelto el cuerpo de mi esposa. La retendré conmigo hasta que la muerte nos separe.

—Me ayudaban. Con el cansancio.

—¿Desde cuándo el cansancio se cura con vitaminas?

—Desde que pasas la barrera de los cuarenta y los zumos de frutas no te aportan nada.

—Tenemos que dejar de ver a Jocelyn. Ella es una mala influencia para ti.

¡Soy un jodido afortunado! ¡Mi mujer ha sonreído de nuevo!

—Ella solamente me las compraba. Es buena en eso de las cosas naturales, —como no le respondo mi esposa carraspea la garganta —pero si te preocupan las vitaminas no las tomaré. Es lo último que me preocupa.

—¿Qué te preocupa?

—No sé.

—¿Qué está pasando? Te apoyaré, decidas lo que decidas yo te apoyaré.

—No es nada.

—No llores, por favor. —Había descendido su cabeza ahogando un llanto y lo he evitado. Soy yo el que no entiende nada. Los temas de mujeres siempre me han dado respeto y he sabido mantenerme al margen para que sean ellas solas las que solucionen sus mierdas. Yo no llamo a nadie para que solucione mis cosas, como mucho a Bastian, pero es para putearle.

—Necesitaba descansar. Pasar unos días sola, en silencio.

—Los niños y yo te echamos de menos. Y espero que te sirva de ayuda cuando decidas retirarte a meditar.

—Vale.

¡NO VALE!

—Rachel, —levanto su cabeza inmovilizándole la barbilla —¿no estarás pensando en que nuestros hijos no te aman, verdad? Porque me enfadaré.

Niega como la mentirosa que es. ¡JODER!

—No lo pienso.

—Lo piensas.

—No, no lo hago.

—Sí, Rachel.

—Si tú lo dices.

—¡Joder! —Golpeo el puño contra la mesa, pero modero mis ganas de mandarlo todo a la mierda porque Rachel se ha roto. Se encuentra más sensible de lo que aparenta. Quería hacerla sentir bien, que volviera poco a poco a recuperar fuerzas, y la he asustado. —Rachel, juro que...

—Echo de menos todo, Sebastian. Echo de menos a los niños, a ti y a cómo éramos todos hace unos años. —Me mira entre lágrimas y me destroza, —antes estábamos unidos

y desde que nacieron los gemelos nos hemos perdido como familia. La niña dejó de sostenerme la mano para caminar y para el niño no significo nada. Por no hablar de los gemelos, que ellos dos no quieren ver a su madre ni en pintura.

—Te prohíbo que hables así de ellos.

—¿No querías respuestas? Esas son las respuestas. Antes... antes... nosotros salíamos en familia y hacíamos muchas cosas que me hacían feliz. Conforme pasan los años he sentido que ya no somos la familia que solíamos ser, con Sebastian creciendo y Rachel prefiriendo pasar sus tardes en casa de Maggie, solamente me quedan dos niños que se mueren de ganas por ser como tú.

—Difamas por tu boca, Rachel. ¡Me estoy enfadando de verdad!

—Y nosotros dos...

—¡No te consentiré que sigas!

—He tenido que refugiarme en el trabajo porque no soporto que ya no me mandes flores al despacho o hagamos las viejas locuras de antes. Escaparnos a las afueras, recoger a los niños del colegio y desaparecer sin dar explicaciones o planear viajes sorpresas. Me estoy agobiando.

—¡Rachel!

—He ido perdiéndoos a todos lentamente y no he hecho nada por evitarlo tampoco. Todo el estrés ha podido conmigo y ya no soy la misma veinteañera, Sebastian. No soporto las rutinas ni que los niños crezcan, que pasen por mi lado sin darme los buenos días ni las buenas noches y que los cuatro prefieran vivir en casa de Sebas y Jocelyn antes que en la nuestra. La niña ni me habla a no ser que venga a quejarse, el niño ya es lo suficiente adulto como para no necesitar a su madre y los gemelos nunca han conocido nuestra parte buena. Pero no pasa nada, supongo que es ley de vida y tengo que aceptarlo. Sé que las vitaminas no son buenas, pero reduciré las horas en la oficina y descansaré mucho más.

—¿Para qué quieres estar descansada si piensas que tus hijos no te aman?

—Para aguantar esta mierda.

—¿Esta mierda? —El nivel de enfado corre ahora mismo por mis venas, arterias y por ¡mis jodidos huevos!

—No me... no me estás entendiendo. O yo no me explico. Quiero decir...

—¿Me tratas como a un gilipollas? Porque no lo soy.

—Sebastian, no me apetece discutir. Volvamos a casa, por favor.

—¿Qué mierda tienes que aguantar? —La intimido con mi mirada cristalina, esto no está funcionando.

—Nada. Olvida lo que he dicho. Querías saberlo, ¿no? Pues no me culpes por contarte la verdad, aunque hubiera sido mucho más fácil soltar cualquier tontería sobre la menopausia. Tal vez sea eso, que la sufro.

—Rachel, ¿qué quieres?

—Que volvamos a casa. Tu madre me ha echado una bronca y te toca a ti.

—¿Has venido porque mi madre te ha obligado?

—No, he venido porque he querido. Tampoco deseo que mis cosas te afecten. Sólo es una mala racha, saldré de esta. ¿Podemos irnos a casa? —Aspira sus mocos evitando mi mirada. ¡No acabará cuando ella quiera! ¡Pitufa tiene para todos!

—Vayámonos a casa.

—Gracias —se estaba levantando cuando he sostenido su brazo. La retengo, traga saliva y me mira fijamente.

—Vayámonos a diferentes casas. No quiero saber nada sobre tus sentimientos. Llama a quién te de la jodida gana, pero no nos metas ni a los niños ni a mí. Mucho cuidado con el relato que cuentas, no me querrás ver enfadado. Y si tan infeliz eres te firmaré el divorcio. Ya ves, siempre me he imaginado viviendo en el puto garaje de Bastian, ¿quién me iba a decir que tú me mandarías allí? Espero que mañana vuelvas a ser la madre que tus hijos esperan de ti porque ahora soy yo el que necesito estar un tiempo sin ti. Por tiempo me refiero al que necesite. Mañana mandaré a alguien para que recoja mis cosas.

—Sebastian...

—¡No! —Suelto el brazo alejándome de la mujer que amo. Llora susurrando mi nombre, su amiga ha salido de la barra para pedirme que no me vaya.

Me voy. Atrás queda el club de mierda que ha sido mejor compañero que la mujer que he se ha quedado llorando dentro.

Nunca le perdonaré que se haya sentido afectada por culpa de una MENTIRA. Somos una familia, antes de los gemelos y después de los gemelos. Al final será verdad... la menopausia ya está destruyendo a la mujer de la que me enamoré.

Capítulo 17

SON MÍOS

SEBAS

Adelanto la ronda nocturna porque tengo a una preciosa mujer esperándome en nuestro rincón favorito de casa. Sonrío impaciente por reunirme con ella, impaciente por besar su mano y arrodillarme para beber de su ser. Los sentidos de mi hombría se nublan, me aparto del tramo de la escalera y miro atrás donde no hay nadie excepto la sombra que persigue a un hombre que derrocha amor.

Llega la noche y mis pensamientos vuelan dentro de mi corazón, las palabras nacen desde lo más profundo de mi alma y percibo esa necesidad de plasmarlo en un cuaderno de notas. Pero desestimo ese concepto cursi imaginándome a Sebastian leyendo mis sentimientos en voz alta, el muy imbécil hallaría un camino hasta cualquiera de mis secretos ocultos y luego se burlaría de mí. El enano no se hará un adulto en su vida, ya lo he aceptado.

Sonrío acordándome de mi hermano pequeño y cómo ha influido su vida en mí. Desde el primer día que le vi recostado en la cuna del hospital supe que un segundo hermano no encajaría en la familia, por eso de que me atraen los números pares. Lloraba a pleno pulmón, volvía loca a madre y si el bebé hubiera podido levantar su dedo corazón, lo hubiera hecho con tan solo unas horas de vidas. ¿Escribir mis memorias en un libro? Imposible. Sebastian pondría mi honestidad en duda, se cargaría mis ilusiones de emprender un proyecto distinto al que quería dedicar parte de mi tiempo libre.

Por él gestiono mis sentimientos como un buen Trumper, en silencio y compartiendo todo en familia. No me muestro tan abierto al igual que mis hermanos por temor a que se rían de mí, y me acostumbré cuando era pequeño a que si te mantienes en silencio la gente se aburre. Y eso siempre me ha funcionado. Pero últimamente siento ese impulso de gritar a viva voz lo feliz que soy, lo feliz que me ha hecho encontrar a mi esposa y lo feliz que me hicieron mis hijos. Es tan real como que ahora estoy respirando mientras subo las escaleras.

Jocelyn y los niños lo son todo para mí. No obstante, me atemoriza que dar el paso hacia un nuevo cambio de vida trastorne nuestro amor. Si los niños no se adaptan a una nueva rutina o mi esposa no es feliz, me temo que seré el puto cobarde más afortunado del mundo porque juro que volveremos a la ciudad y seremos igual de felices. Hasta ahora vamos atravesando un buen camino. Mi mujer tuvo la genial idea de pasar el verano en la isla, investigar si nos adaptamos y si los niños querían quedarse allí una temporada... ¡cuento los días para el verano! Creo que yo debería hacer algo para acelerar el proceso, no sé, terminar la temporada escolar unas semanas antes de la fecha estimada por la ley. Irme a esa isla es el sueño de mi vida, ya no me apetece lo de escribir mis memorias, me apetece mi familia envejeciendo a mi lado.

Abro la primera puerta porque así lo he sentido. He tocado previamente y he encontrado a un niño maravilloso que pone un nudo en mi garganta cada vez que mis pensamientos se dirigen a él. Está recostado leyendo uno de los libros más importantes de la abogacía, uno que le regalé porque mi hijo Sebas ama la justicia tanto como la amé yo cuando tenía su edad. Se preocupa por cambiar un mundo que el propio humano destruye, quiere encerrar a los malos, quiere hacer cosas buenas por las personas y hasta el día de hoy se manifiesta un poco por la rama de estudio por la que me decantaba yo; derecho. Aunque hace un año pretendía ser un policía, las noticias en la televisión le han quitado las ganas y cuando le expliqué el proceso de la detención de una persona con cargos, él entendió que el juez siempre tiene la última palabra. Por lo tanto, durante una buena temporada está demostrando interés en los mismos conceptos, libros y sabiduría que demostré yo a su edad. Bueno, aunque puede que mienta, yo quería encerrar a mis hermanos en una cárcel para quedarme con todos los juguetes, pero también me llamó la atención eso de ser un juez. Ellos solamente fueron mi motivación.

Ha comprobado la hora en su reloj, se ha quitado las gafas, ha bebido un sorbo de su vaso de agua y aplasta severamente el edredón de primavera floreado que su madre ha puesto en cada cama. Todos odiamos las flores, odiamos el diseño, pero a mi esposa le hace feliz la primavera y tenemos que apoyar sus gustos. Además, espero que estas cosas no se vengan a la isla porque no dormiré envuelto en un estampado tan feo... espero dormir desnudo, abrazado a Joce y rodeado de verdaderas flores. Esa es mi perspectiva de futuro.

Me acomodo a su lado como cada noche. Intento no perderme ni un segundo de la vida de mis hijos, pero con Sebas percibo que nos separamos cada día más porque ya es un hombrecito y le gusta leer, pasar tiempo con sus primos y sus amigos, hacer cosas de hombrecitos en los que su padre no está invitado. He pasado una fuerte crisis después de navidades por culpa de mi hijo y por culpa del estirón que ha dado. Sin duda, mi pequeño será tan alto como yo y poseerá todo cuanto quiera porque el carisma es idéntico al de mi esposa. Acaricio su cara sonriendo porque mi hijo me acaba de dar un año más de vida, su sonrisa es el aliciente que necesito para acariciar la felicidad.

—¿Cómo va el libro?

—No lo entiendo —vuelvo a acariciar su rostro y beso su frente.

—Algún día comprenderás el significado oculto. Yo lo aprendí cuando crecí, lo estudié y me impliqué en descifrar el contenido.

—¿Y si no lo descifro?

—Haré tus exámenes y aprobarás igualmente —su sonrisa es la cura de todos mis males.

—Mamá se enfadaría.

—Mamá no tiene por qué saber nada. Será nuestro pequeño secreto.

—¿Como cuando casi arrancamos un coche?

Hace unos meses me tocó cuidar de los chicos. Las mujeres Trumper fueron a un musical, mis hermanos tenían una reunión nocturna importante, mis padres se marcharon a Crest Hill para cenar con los Sullivan, y al parecer fui el único que no disponía de un plan. Los gemelos se durmieron tan pronto lo ordené, en mi casa hay normas y las normas las dictamino yo, pero a los mayores les ofrecí una clase de libertad en la que incluso me acomodé creyendo que jugaban en el salón recreativo de Sebas. Cuando fui a recordarles que en media hora se les acababa el juego me encontré con la sala vacía, un Trumper desesperado buscando a los niños y un ruido en el garaje que pudo acabar en tragedia.

No ocurrió nada. Sebas vigilaba, Bastian se reía y Sebastian estaba recostado en el asiento como si supiera arrancar un coche por mirar debajo del volante. Finalmente les regañé, les tuve atemorizados lo suficientemente hasta que se disculparon sinceramente, y cuando todo terminó se lo conté a mis hermanos y cuñadas. Ellos se rieron, pero tendrían que haber visto a los niños actuar como pequeños delincuentes.

Sin embargo, mi hijo temía decepcionar a su madre y le prometí que no le diría nada de lo que ocurrió. Así fue, yo siempre cumplo con mi palabra y si se trata de mi hijo no hay excusas; expliqué la historia como una anécdota divertida entre primos y omití que Sebas se hallaba con ellos. Reforcé la confianza con él, me gané el premio al mejor padre del mundo y mi conciencia duerme plácidamente porque mi hijo me ama tanto como yo a él.

Mi obsesión con mi Sebas es infinita.

He apagado las luces. Me gusta admirar su trance lento entre la divagación de permanecer despierto y sumergirse en un profundo sueño. Cada noche procuro no perderme el trance de mis hijos, y hoy soy el hombre más afortunado del mundo porque hacía bastante tiempo que no veía a mi hijo dormir como ahora mismo. Su respiración es calmada, su cansancio le ha podido y yo no querría levantarme de esta cama si mi corazón no estuviera compartido por otras tres chicas que necesitan mi atención.

Beso su frente, no una, sino cinco veces; nunca serán suficientes besos porque siento esa necesidad de demostrarle el afecto de felicidad que me consume desde que nació y lo sostuve en mis brazos. Si él se dejara, si yo pudiera, le abrazaría eternamente hasta que el mundo dejara de girar y el sol de iluminar. Quiero tanto a mi hijo que me cuesta levantarme de su cama. Algunas noches le dejo para el último porque suele dormirse el primero, me planto en el colchón y pierdo mis ojos en su bello rostro mientras pienso en lo afortunado que soy. Sebas será un buen chico, un buen chico que no sufrirá ningún desamor porque amenazaré a todos los hombres del maldito universo que quieran hacer daño a mi pequeño. Siempre será mi pequeño y me da igual su edad. Imaginarle llorando por culpa de un desamor destrozaría mi alma, por culpa de cualquier idiota que

haya tenido la mala suerte de querer enamorarse de un Trumper. ¡Le odiaré! ¡Odiaré a todos los hombres que se acerquen a mis hijos! Pero como alguien ponga un dedo en el cuerpo de mi niño ¡juro que castraré a toda la población!

Vuelvo a despedirme besando su frente. Ya me he calmado. Sí, he visualizado a un chico ardiendo y he enfocado mi odio justo en ese momento. En mi imaginación le había hecho daño a mi hijo Sebas, yo era feliz prendiendo la mecha de su hoguera y él ardía gritando que lo sentía. Ha sido solamente unos segundos, no tengo por qué compartir este oscuro hecho con nadie, ni siquiera con mi esposa... ella ladearía la cabeza, me gritaría y dejaría de hablarme para siempre por haber quemado a un noviete de mi hijo Sebas. ¡Que se atengan a las consecuencias!

Cierro las tres ventanas de su habitación. Cuento el parpadeo de las luces rojas que hay en el exterior, el equipo de seguridad de casa es reciente y aún tengo que habituarme a este nuevo sistema. Toda precaución es poca cuando hablamos de un Trumper, y de mi familia. Nadie entra en la Villa Trumper donde están situadas las cuatro mansiones más grandes del país, pero nunca se sabe quién puede traicionarte. Nunca saludo al portero, nunca hago amistades con todos los que trabajan para nosotros por seguridad. Prefiero que piensen que soy un borde hijo de puta y proteger a los míos, que establecer cualquier tipo de amistad con un desconocido y que lo use en mi contra.

Soy un Trumper, mi deber es proteger a mi familia cueste lo que me cueste.

La segunda puerta que abro pertenece a la habitación de mi hija Maggie. Antes había oído ruidos y he dejado que jugara un rato más mientras le deseaba buenas noches a mi hijo. He visto a la niña brincar refugiándose dentro de su edredón floreado, juega a no moverse porque sabe la hora que es y lo que debería hacer. Espero unos segundos sonriendo al pequeño bulto que asoma por debajo de su escondite, sus carcajadas despiertan todos los instintos paternos y decido que se salga con la suya.

—Buenas noches, Maggie.

—¡No te vayas!

Mi hija se impulsa saltando en la cama, emocionada, gritando, ilusionada... cuando se ve con fuerzas se estrella contra mi cuerpo sin pensarlo y la cojo al vuelo. Su pequeño cuerpo ya se ha perdido en mi torso, sus brazos rodean mi cuello y sus piernas mi cintura. Todo en mi hija es pequeño, todo en ella excepto su capacidad de diversión; ahí nos gana a los cinco. Su carácter es diferente al resto, mientras que Joce, los niños y yo somos calmados, la más pequeña es una revolución en constante movimiento.

Nos muevo llevándomela conmigo para comprobar el sistema de seguridad de su ventana. Es la única de mis tres hijos que posee la habitación más grande porque así lo decidió. Tuvimos que hacer obras para ampliar su espacio personal, con una ventana gigante reinando en su reino y cincuenta metros cuadrados ocupados por sus cosas, Maggie disfruta aquí sola cuando debería estar durmiendo. No apoyé a mi esposa ante su negación de ofrecerle un espacio enorme lujoso siendo tan pequeña, y ahora me arrepiento de no haber estado de su parte. Mi hija no se duerme tan fácilmente por las constantes distracciones en su habitación, tarda en cerrar los ojos porque quiere jugar y me cuesta obligarla a descansar.

—He encontrado a una princesita que debería estar durmiendo.

—Yo no veo a ninguna, papá. Veo a un rey y a una reina.

—Reina, ¿eh? —La acomodo en la cama a pesar de que se niegue a permanecer debajo de su edredón.

—Sí, soy la reina.

—La reina es mamá, cariño.

—Mamá dice que puedo ser la reina si quiero. Y la abuela también.

¿Qué tengo que decir yo ante tres mujeres Trumper? Anulan mi capacidad de respuesta.

—Bien, serás reina.

—Jocelyn será mi sirvienta y Sebas mi chofer.

—¿Tendrás a tus hermanos bajo tu servicio?

—Siempre. Me vengaré de ellos.

—¿Por qué quieres vengarte?

—Por haber nacido antes que yo —su sonrisa encoje mi corazón. Es tan guapa que quiero hacer más copias de ella, pero mi esposa no tendría el honor de bendecirme con más hijos. Ella es la última, la más pequeña de mi familia y la niña de mis ojos. Cualquiera de mis hijos son los dueños absolutos de mis ojos.

—Duerme, es tarde.

—Me aburro cuando duermo —resopla y juego a pellizcar sus labios. Maggie se retuerce por las risas, le hago cosquillas, le remuevo el pelo y termino por acomodarla nuevamente.

—Mamá subirá dentro de un rato, como me diga que estás despierta me enfadaré.

—Nunca te enfadas.

—Algún día tendría que ser el primero, ¿no?

—¿Regañarías a tu hijita favorita? —Esta niña sabe jugar conmigo.

—Te regañaría si haces algo que va en contra de las reglas.

—También te tendría en el servicio de mi palacio —imita girarme la cara pero no sabe.

—¿Ah, si? ¿Qué labor ejercería?

—El responsable de mis asuntos exteriores, —demasiadas noticias en televisión para una niña de su edad —podrías viajar en mi avión militar y tratar mis asuntos de estado.

—¿Poseerías un estado bajo tu custodia?

—Poseeré un palacio, papá.

Su mueca ha emergido desde lo más profundo de su inocencia. Sus risitas ya han sellado las posibles fisuras que haya podido sufrir mi alma a lo largo de mi vida. Ella es mi inspiración, mi foco de atención, mi sabiduría, mi balanza personal. No viviría en un mundo sin mi Maggie, sin mi niña, sin mi angelito que ya saborea desde hace tiempo su independencia. Vuelve loca a mi esposa, vuelve locos a sus hermanos y vuelve loca cada molécula de mi sistema humano. Mi niña es una tercera parte de lo mejor que tengo en mi vida, ojala hubiera obligado a mi esposa a tener más bebés.

—¿Qué vas a hacer ahora, papá?

—Dormir.

—Dentro de cuatro días ya es viernes, ¿por qué no vemos una película en la sala de cine?

—Si puedes contar los días para el viernes, puedes contar las horas que necesitas dormir para levantarte mañana y no sentirse cansada.

Maggie ha nacido con una vitalidad innata y aunque duerma poco mi hija es la fuerza de la naturaleza en persona. Acaricio su cabeza disminuyendo la intensidad de la lámpara porque detesta la oscuridad. Tiene cadenas de luces por su habitación, su castillo es casi idéntico a su tamaño y está iluminado por bombillas que apago cada noche.

Mientras que la oigo quejarse, desconecto los cables de su castillo, el de la mesa, los que hay colgados en la pared y hasta los que tiene debajo de la cama. Asocia los colores del oro y la plata al lujo, así es como ha decorado su habitación que brilla por la ausencia de colores menos llamativos. Es su estilo, su visión de vida actual, es una niña muy soñadora y segura de todas las decisiones que toma. Aunque esté bajo la custodia de madre, sé que es la más independiente de sus primos puesto que sabe que tiene la protección de madre, de mi esposa y la mía. Mi hija me pide que la haga reina de un estado, y juro por mi santa vida que la hago reina de un estado. A ella no puedo negarle nada, a mi niña pequeña no puedo negarle nada.

—¿Quieres oír el sonido de los cantos de los pájaros o el de las olas del mar?

—Leeré mi cuento.

—¿Quieres que te lo lea yo?

—¡Papá, ya no tengo cinco años! Soy mayor.

—Perdona, hija. —He de admitir que ese alegato ha dolido.

Para tranquilizar sus nervios necesita una ayuda nocturna en forma de melodías. A veces se duerme con música de fondo y otras veces simplemente no funciona. Mi esposa dice que eso no le sirve puesto que muchas noches las ha pasado con los ojos abiertos inventándose letras de canciones. Quiero creer que le ayuda, además, el canto de los pájaros, el sonido del mar, el de la lluvia... todo son ventajas y lo tendrá en cuenta cuando le propongamos que nos mudemos lejos de la ciudad. La convenceré con aquello que se encuentre a mi alcance, ella podrá dormir todas las noches de su vida oyendo la melodía real de la propia naturaleza.

Maggie es la que mejor encajará en la isla desierta. He investigado las actividades que se realizan cruzando el mar, los niños amarán el lugar. Hay niños de su edad, turistas, seguridad y un montón de árboles frutales. Si hay árboles frutales, mi esposa me querrá mucho más puesto que no podrá quejarse de la ecología de sus frutos. Pero nuestros hijos serán felices, quiero ir de sus manos y acompañarles mientras potencian las ansias de explorar el lugar que nos rodeará. Si quieren ver tiburones iremos a ver tiburones, si quieren adentrarse en la selva buscando alguna aventura iremos, si quieren un maldito barco yo les compro un maldito barco a cada uno de mis hijos. Incluso a mi esposa, pero a ella le contrataré servicio femenino. No sé cómo se tomará eso de que haya tantas mujeres en la isla, pero espero que no se enfade conmigo por no permitir que ningún hombre vea a mi esposa en traje de baño. Antes les corto en pedazos y luego los quemo en la hoguera.

No sé qué me pasa, mis pensamientos más hirientes conllevan a prender fuego a todos los hombres que se acerquen a mi familia y les haga daño. Con mi esposa mantengo las distancias o al menos lo disimulo porque los adultos saben quién soy yo, ¿pero con mis hijos? ¡NO! No seré legal cuando se trate de mis pequeños. Ahora que tengo a Maggie delante leyendo su cuento, si la imagino con dieciocho años y con un chico en la cama haciendo exactamente el acto de leer le mataré. ¡Le mato! Haré que sea un accidente, ella llorará, correrá a mí y se mentalizará de una vez que su padre es el único hombre que la amaré eternamente. ¡Es mi hija! ¡Mi niña! No lo diré más veces, no quiero repetirme cuando venga algún gilipollas a pedirme permiso para una cita o un paseo por el ferry de la isla. ¡La haré incluso más desierta! Quizá cambie de idea y no elija la más cercana a otra isla, sino la más alejada, donde necesiten mi aprobación para subirse a un jet y volar a donde quieran.

Mi necesidad de proteger a mis hijos comenzó cuando conocí a mi esposa. Espero que no me culpen por seguir manteniéndolos a salvo. Se trata de hombres mirando a los míos, mirando a mi esposa, a mi hijo, a mis dos hijas... ¿a que no tienen cojones de mirarme a mí? Huirán los muy cobardes, se lamentarán por haber puesto sus ojos sobre mi familia.

Una isla muy desierta, sí, muy desierta. ¿Y sin mis hermanos? Estaré solo ante el peligro y tendré que aislarla todavía más. Me queda mucho trabajo por delante. Tengo que cerrarlo todo antes de las vacaciones de verano.

—¿Papá, estás hablando solo?

¿Lo hacía? No, hija, solamente quiero quemar a los hombres que se acerquen a

vosotros.

—Buenas noches, mi vida —beso su frente antes de levantarme de su cama. ¡Cama en la que nadie se tumbará cuando sea mayor de edad porque ella es mía! ¡MÍ hija!

Cierro la puerta detrás de mí porque ya la tenía donde quería; leyendo su cuento. Siempre es lo último que coge entre sus manos antes de dormirse. En unos minutos ya se habrá quedado dormida, luego comprobaré de nuevo las luces y cortaré la emisora de melodías.

La última habitación que me toca visitar corta mi respiración. Al otro lado de la puerta ya no hay una niña con trenzas que me sonreía y se sentaba en mis piernas mientras yo le cantaba, al otro lado hay una mujercita que aparenta unos quince años cuando ni siquiera tiene once. Mi Jocelyn es la que manda en mi corazón, con la que más lucho a diario en mi interior porque sus intereses no son los mismos que los de mis otros hijos. Ella no es como mi Maggie o tan sereno como mi Sebas, Jocelyn es una niña que no logro alcanzar con mis brazos porque presiento que cada día se aleja más de mí.

Tengo miedo a abrir la puerta, a que me haya dado paso por obligación y no porque ella me quiera realmente dentro. Cada noche descubro una lámina nueva de su alma angelical y juro que los mismos años de vida que ponen mis otros hijos en mí, mi hija me los quita siempre que pone sus ojos en los míos. O su voz al alcance de mis orejas, o toda ella siendo ella porque es la niña más perfecta de mi existencia. Mientras que Maggie es pura personalidad y Sebas un niño lleno de magnetismo, Jocelyn es la estrella que flotará dentro de mí hasta que muera. Mi hija le da sentido a mi vida, reina la constelación de mi reino y siento que su crecimiento forma parte de un maldito meteorito que quiere destruir mi familia.

—¿Papá?

Es su voz. Es su dulce voz.

Me ha dado permiso. Quiere verme sentado junto a ella, en su cama, en las últimas horas de su día.

—¿Te he despertado?

Jocelyn me niega como una REINA en su reino, deja sus gafas a un lado, dobla la esquina de su libro y se remueve sentada en su cama. Estaba apoyada en el cabecero de esta, la cubría el edredón floreado que ya estoy empezando a ver precioso. Un edredón hermoso para alguien más hermosa todavía.

Acerca su rostro al mío, ¡otra bendición!, me permite que le propine un beso en su piel y sonrío por lo ridículo que me verá. Alzo la mano hacia su cabello, aguardo los restos por detrás de su oreja izquierda y automáticamente se los saca porque le da vergüenza. Vale, una nota que mantendré en mi recuerdo para la próxima vez. Jocelyn es tímida como su madre, respetuosa, le gusta estudiar, la tranquilidad, pasar el tiempo en familia y ser responsable. Jamás en mi vida he regañado a Jocelyn, ni mi esposa, ni mi familia, ni sus profesores. Podría pasar las veinticuatro horas del día sentada en el sofá leyendo un libro o viendo su canal de noticias favorito. Ella es la menor de mis molestias puesto que nunca ha necesitado mi ayuda para nada que no haya podido realizar sin mí. Es una niña valiente, perseverante, inteligente y constante cuando se trata de sus estudios. No se

conforma con un sobresaliente, tiene que superarse en su matrícula de honor y hasta pide que le hagan un examen más difícil para poner a prueba su memoria.

Si siempre he estado orgulloso por haber conocido a mi esposa y haberme bendecido con tres criaturas maravillosas... mi hija Jocelyn juega en otra liga. Con ella no puedo ser el hombre que quiero ser porque domina cada uno de mis impulsos, aunque la pequeña quiera hacerse con el trono en casa, mi hija Jocelyn es la que realmente tendría la última palabra. Palabra que dictaminaría cualquier decisión en la que necesitáramos votar en familia.

Temo que la propuesta de la mudanza trastoque sus enfoques de futuro, que no se sienta cómoda en la isla y que no se adapte. También he pensado en ella, investigué los colegios y asistiré a uno decente en las afueras. La acompañaré cada día en el jet y la recogeré, me quedaré esperando en los alrededores del colegio hasta que salga. Sólo será un año, luego entrará en el mejor instituto de la zona. Su hermano Sebas le relatará lo maravilloso que es estudiar juntos en un mismo instituto, ajenos a la ciudad, a la contaminación, a la gente, a los establecimientos sobrevalorados, al estrés... ella amará vivir allí en plena naturaleza y si decide que no quiere vivir nos volveremos a la ciudad. De ella depende el cincuenta por ciento de la aceptación ya que habrá meditado los pros y contras sin ayuda de nadie, el otro cincuenta por ciento será el de mis otros dos hijos; Maggie se puede adaptar y a Sebas le costará también llegar a una decisión que determine el futuro de la familia.

Estoy nervioso por conocer sus respuestas, si reaccionarán ilusionados como niños que se divertirán en el paraíso o reaccionarán como pequeños adultos que se negarán a comenzar una nueva aventura familiar.

No dejo de pensar en lo que sucederá los próximos meses. El terror de perderles me mata.

—¿Papá, hola, estás bien?

Sacudo mi cabeza para enfocarme en mi hija. Beso su frente porque realmente necesito su consuelo. En sus brazos puedo descubrir al hombre que ella tiene dormido desde que la sostuve en mis manos y abrió la boca para llorar tras pasarse siete segundos de silencio. Mi Joce quería vivir para siempre en la barriga de mi esposa y extorsionamos sus planes sacándola sin pedir el permiso que eso requiere.

—¿Estudiabas para el examen?

—El contenido es nefasto. Me da risa estudiar esto.

¡Incrementaré el nivel si mi hija me lo pide!

—Cuando yo estudiaba a tu edad también me parecía mediocre —quiero contárselo todo y prometerle que el año que viene contrataré nuevas editoriales de libros escolares para que ella pueda estudiar a un nivel superior. ¡Tal vez cambiarla de curso! ¡No, no, estúpido pensamiento! Si avanza de curso se codeará con niños más grandes que ellas, se irá antes a la universidad y yo no podré hacer nada... a no ser que la ate a la cama como haría un buen padre.

—¿Huh, papá?

—¿Sí?

—¿Estás bien? —¡Eres tú la que me hipnotiza! ¡No estoy bien, quiero que no crezcas, que tus piernas no sigan creciendo y que me necesites!

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Bueno —entrecierra los ojos. No ha sonado convincente, algo le sucede a mi Jocelyn.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Tú quieres que hablemos de ello?

¡Mi futura abogada luchando fuerte desde su niñez! Posee alma de abogada, de fiscal y de jueza.

—He preguntado antes.

—Huh, he preguntado yo antes. Vale, te lo cuento porque me mata la curiosidad.

—Adelante.

¡Mataré a quien sea que quiera mi hija! ¡Aviso!

—¿Ocurre algo grave entre mamá y tú?

—¿A qué viene esa pregunta? —Evito la mirada severa de mi hija de diez años. Sí, me veo acojonado cuando mi hija se convierte en una jovencita adulta. ¿Cómo se ha dado cuenta? ¿Dónde he estado yo mientras mi hija se ha percatado de lo sucedido en casa con mi esposa?

—Lo pregunto por preguntar.

—¿Por algún motivo en especial?

—Curiosidad.

—Investigación visual —susurro mientras ella asiente. A mi mujer y a mí nos ha costado un poco llegar hasta donde hemos llegado, hablando, dialogando y comunicándonos, casi hemos resuelto nuestro futuro para dejarlo en las manos de nuestros hijos. Una sabia decisión de Joce, no sé qué haría sin ella.

—¿Os habéis peleado?

—Nunca nos hemos peleado.

—Tú te enfadas cuando no llevo la ropa adecuada para salir a la calle.

—Cuando seas madre lo entenderás —y si no lo entiende me da igual, mi hija tendrá sus cincuenta años y seguirá vistiendo como yo diga. ¡Hay mucho gilipollas por el mundo con ojos, y los posará en el cuerpo de mi niña! —¿Quieres hacerme alguna pregunta al respecto sobre lo que has visto u oído?

—No sé mucho. Mamá ha estado muy distante, y tú no has mostrado las mejores de tus caras.

—En nombre de tu madre y en el mío te pedimos perdón. No era nuestra intención llevar un asunto a vuestros ojos.

—¿Por qué te disculpas? La abuela dice que cuando dos personas se quieren discuten.

—Pero mamá y papá no han discutido, —vuelvo a apartar el mechón de su cara y se lo deja caer —confía en nosotros. Si hubiéramos discutido juraría que me acordaría.

—¿Ya lo habéis solucionado?

Jocelyn tiene que saber algo. Mi pequeña abogada nata hace muy bien su trabajo.

—Lo hemos solucionado, solamente nos queda solucionar algunos temas sin importancia.

—¿Qué temas? —Mi hija no se dará por vencida. Ahí está, sentada de piernas cruzadas y llevando ese pijama, ¡no apto para ojos que no sean los de su familia! Si se lo cuento meteré la pata y fastidiaré todo.

—Temas importantes. De adultos.

—Huh, entiendo.

—Si te sirve de algo, pronto lo sabrás.

—¿En serio? ¿Es una fiesta sorpresa de cumpleaños para Maggie?

—No, —por un momento había olvidado la fiesta de cumpleaños que hemos planeado para Maggie. —No te preocupes por mamá y por mí, a veces los adultos demostramos nuestros sentimientos de distintas formas y mamá y yo no estamos acostumbrados a discutir. Tuvimos un malentendido, nos distanciamos emocionalmente por unos días y lo solucionamos.

—¿Cuándo nos lo contaréis? Has dicho que pronto lo sabré.

—Cuando llegue el momento.

—¿Si le pregunto a mamá me lo dirá?

—Si la presionas lo suficiente compartirá contigo ese extraño secreto. No seas adelantada y espera a que os contemos de qué se trata.

—Huh, ¿ella está...?

—¿Embarazada? —¡Eso quisiera yo! —Mamá no quiere tener más bebés. ¿Querías tener otro hermanito?

—¿Otra como Maggie? No. Ya tenemos bastante con ella, con Rachel y con los gemelos.

Ha descrito con su mueca a los Trumper más revolucionarios de la familia. Si Jocelyn no quiere más hermanos me temo que su madre la utilizará como escudo si algún día me pongo un tanto insoportable exigiendo tener otro bebé.

Pero ya no necesito más. ¿Que quiero un montón de ellos? Sí. Y también empezaremos a vivir una nueva etapa de nuestra vida en la que veremos a nuestros hijos crecer una última vez antes de que se conviertan en adultos. Mi esposa posee una figura espectacular en la que trabaja cada día de su vida y embarazarla ahora sería un error que

no me perdonaría.

—No tardes en dormirte. Si oyes a tu hermana dar golpes en su habitación llámanos por el sistema de seguridad. Luego viene mamá a darte las buenas noches.

—Le preguntaré.

—No lo pongo en duda, cariño. Buenas noches.

Beso su frente despidiéndome de la cuarta parte que divide mi corazón. Se queda sobre su cama pensando en lo que les anunciaremos.

Mi mujer y yo tenemos que hablar detenidamente sobre nuestros planes en la isla; querrá decorar la casa, comprobar la seguridad, los medios de movilidad, los alimentos y una larga lista que ha apuntado en su cuaderno super secreto. Ese que esconde junto a su caja fuerte oculta en su vestidor, junto a la báscula que se habrá comprado porque se cansó de que yo trucara la del baño que usamos en común.

Descalzo, siento en mis pies el mármol frío de la sala mientras me dirijo a nuestro rincón favorito nocturno. Tapada con una manta de seda floreada que trasparenta, me detengo para ver el cuerpo de mi esposa esparcido y gritando que lo toque, lo bese, lo saboree, lo muerda y que lo haga mío.

Aguanto la respiración por no ahogarme de amor. Lo que siento por mi esposa Jocelyn es la prueba más difícil a la que jamás me he enfrentado. Quien no crea en el amor que venga y me lo pregunte porque me muero por los huesos de esta mujer que todavía no sabe que babeo como un loco enamorado. Su camisón amarillento de primavera se ha descolocado de su cuerpo, se ha atrevido a desplazarse en direcciones que está llevando mi imaginación al extremo. Los tirantes caen por su destreza al tumbarse, su pecho queda casi al descubierto, por su vientre plano la tela se cruza y no quiero ni seguir mirando hacia abajo y los pocos centímetros que le cubren cuando hablamos de su nobleza.

Su cabello ondea descuidado, su figura acomodada despierta ternura en mí y sus piernas estiradas son otro tema al que no me puedo enfrentar ahora. Quiero cogerla en brazos, llevarla a la orilla de una playa y hacerle el amor. O podría hacerle el amor frente a la chimenea como esta misma mañana antes de que los niños se despertaran, o hacerle el amor en la cocina para que se esfumen sus miedos con la comida, o sobre la mesa del comedor donde se sientan todos cuando vienen a visitarnos, o sobre cualquier rincón del maldito mundo porque mi mujer es mía. Ella es la cuarta mitad de mi corazón, podría sobrevivir a un mundo sin mis hijos porque ellos se harán mayores, se irán de casa y harán sus vidas, en el mejor de los casos nos elegirán a nosotros por encima de sus responsabilidades, pero yo no podría vivir una vida sin Jocelyn y sin mi mejor amiga. Es una mujer increíble, mi amante, mi amiga, mi compañera, mi esposa y una madre que no tiene límites. Ella sacaría las garras por sus hijos incluso ante mí cuando les prohíbo a mis niñas que se cambien de ropa o que no tengan amistades masculinas.

Jocelyn siempre será la única estrella que brillará en mi firmamento.

Avanzo para no deshacerme en lágrimas mientras admiro la belleza de mi esposa. Ella me ve al igual que yo a ella y me arrodillo rindiéndome ante la mujer que amo. Me acomodo como de costumbre entre su cuerpo, su camisón, la seda que nos separa, mi camiseta y mi cuerpo. Es mi lugar favorito, mi momento favorito, mi postura favorita...

con ella todo se convierte en mis favoritismos porque ella hace que mi mundo cobre sentido. Hundiendo la cabeza entre su cuello y su hombro, muerdo la piel expuesta sintiendo mi barriga vibrar por sus risas.

—¿Cómo te ha ido esta noche?

—Ellos crecen mucho, reina.

Esto es lo que necesitaba, su mano acariciando mi cabeza.

—Es una pena. Hoy he medido a Maggie y ya supera su marca de la semana pasada.

—Cuando me has enviado la foto he querido saltar por la ventana del despacho.

—Sebas, huh... no lo hagas.

Hinco mis codos a cada lado de su cabeza, acaparando su espacio, acorralándola... es tan mía que no se me ocurriría permitir que se moviera ahora mismo. Ahora la quiero para mí solo. Deseo hacer el amor con mi esposa en nuestro rincón favorito, en el que la hoguera ardiente nos acompañe mientras nos excitamos y compartimos el acto carnal del amor.

Jocelyn posee magia en sus ojos y desecho mis instintos más caníbales de morder su cuerpo para pasar a concentrarme en sus palabras no dichas. Tiene un brillo especial, se ve radiante. Quiero atarla a mí, casarme con ella de nuevo, volver a tener tres hijos, hacer el amor sin distracciones, sentirla a mi lado para el resto de mi vida... lo quiero todo con mi esposa.

—¿Jocelyn?

—¿Huh?

—¿Te quieres casar conmigo?

Esa sonrisa es idéntica a la de Maggie, capaz de curar las heridas abiertas de mi corazón.

—¿Casarnos?

—Renovar nuestros votos, vestirme de blanco, caminar descalza por la arena blanquecina de la playa, dar a luz a tres hijos, revivir nuestra vida matrimonial desde que comenzamos. ¿Eh? ¿Qué me dices?

—Todavía estoy un poco ocupada con tu última proposición.

¡Maldita sean los labios de mi esposa! ¿Cuándo inventará Bastian alguna mierda para que nos atemos finalmente a nuestras mujeres? Porque juro que lo inventaré yo, unirnos por la mano o por la cadera, ¡unirme a Jocelyn para siempre!

—Esta también es una proposición seria, —sonríó besando esos labios que morderé hasta el amanecer —tan seria que te haría el amor justo en la orilla del mar donde rompen las olas.

—¿Qué será de mi pelo si me regodeo con mi marido en la arena?

—Te sacaré la arena con mis dedos.

—¿Y qué más harás con tus dedos? ¡Ilumíname, Señor Trumper!

Se queja porque gruño, porque soy exigente, posesivo y controlador... ¿qué hay de ella? ¿Qué pasa cuando ella muerde su labio, hace una mueca y luego susurra ese maldito 'huh' que me pone cachondo?

—¿Señor Trumper? Huh... ¿estás bien? ¿Tu visita nocturna te ha dañado el alma?

—¿Te refieres a que mis hijos crecen y no me necesitan? No, no me ha hecho daño. Sigo aquí con vida, ¿no? —Sonríe burlándose cariñosamente de mí. Acaricia mis brazos que observa con orgullo. —Jocelyn sospecha algo.

—¿Sí? ¿A qué te refieres?

—Cuando discutimos lo de mudarnos ella nos analizó como una buena fiscal.

—¿Sabe algo?

—No, la he conseguido distraer. Pero pretende trabajar en ti, buscar las respuestas que no ha encontrado.

—Pronto se lo contaremos.

—Es lo mismo que le he dicho. Ella espera impaciente.

—Menos mal que no es Maggie, la niña montaría un drama en toda la familia para que al final lo contáramos antes de lo previsto. ¿Ha encendido la música?

—La he dejado leyendo. El niño ha sido el primero en dormirse.

—Debería leer libros adaptados a su edad, Sebas. No quisiera que confundiera términos si realmente quiere estudiar derecho. La carrera universitaria es difícil.

—Él los coge de la biblioteca, reina.

—Me preocupa que se interese por hechos que no puedo explicarle, —ella se detiene para sonreírme y ¡he muerto! —claro, que tú si podrías explicárselo sin moverte. ¿O me equivoco?

—Empecé a su edad. Leer agiliza la mente, promueve la inteligencia, el uso de la palabra y es bueno para él. El niño sabrá manejarse bien entre palabras que no significan nada fuera de la profesión.

¿Hoy es mi maldito día de suerte? Mi esposa rodea sus piernas alrededor de mi cintura. Si me tocarán ahora mismo me rompería como un maldito cristal. Contraataco besando sus labios y recibo otra sonrisa pícara que nos conduce a los dos a un mismo punto.

—Por si lo preguntabas, la respuesta es sí.

—¿Sí?

—Me casaría contigo no una, ni dos, ni tres... todos los días de mi vida.

Cierro los ojos porque no quisiera hacer el ridículo y desmayarme. Cuando reina me dice que se casaría conmigo todos los días de su vida, significa exactamente eso, que se casaría cada uno de los días de su vida.

Eso malditamente haremos. Nos casaremos todos los días hasta que la muerte nos separe.

Capítulo 18

MI PASADO

BASTIAN

Es mi manera de dosificar la euforia, de mantenerla en control, regularla. Los golpes se pierden en la tela oscura del saco, se hunde, se ablanda. Trabajo con mi cuerpo

del mismo modo que con mis brazos, brincando hacia un lado y hacia otro avasallando a mi rival inerte, saltando en cada movimiento mientras me concentro en el significado de pelear contra un hombre que no ha amagado su sed de lucha.

Pelear, golpear, ganar. Una dulce tentación a la que me enfrento siempre que me encierro en el gimnasio de casa. La liberación es infinita, la liberación nunca es suficiente cuando tengo que derribar a mi contrincante. El saco, atado desde la parte superior e inferior, permanece en un estado de rigidez que comienza a ponerme de mal humor. Necesito esquivar un ataque, que los jueces nos detengan por pasarnos de listos y llevar la pelea fuera del deporte, obtener respuesta por parte de mi rival. Quiero sentir el brazo del árbitro, a la seguridad del campeonato apartarme y a mi equipo convenciéndome para que no aplaste la cabeza del gilipollas que habrá tenido esa mala suerte de combatir con el campeón del mundo. ¡Del mundo!

Soy el mejor, ¡el puto amo! No existe categoría que no haya conquistado, no hay trofeo que no haya ganado, no hay contrincante de enorme peso que no haya derribado. Soy el mejor, el mejor de mis tiempos, de mi década, de mi pasado...

Agacho la cabeza rindiéndome ante el saco. Ha ganado. Lo abrazo repitiéndome otra vez que no soy el mejor, yo era el mejor. Me consagré en mi deporte y en la actualidad mi apellido continúa estando intacto en lo más alto. He sido el mejor luchando, pasando las categorías y he ganado todos los campeonatos en los que he participado incluso si carecían de importancia o eran actos amistosos. Siempre gano. Quise ser el rey del universo; lo soñé, me esforcé y lo logré sin ayuda.

Mi carrera profesional era pura dinamita en estado de explosión, como madre o como mis hijas cuando se enfadan conmigo, pero ese es otro tema. Luchar me ha mantenido respirando en un mundo de mierda no apto para gente que no posea en sus cuentas algunos cuantos millones de dólares. Nací en un barrio pobre, crecí rodeado de amor incondicional y me críe junto a mis hermanos de un modo normal, normal hasta que Sebastian aprendió a hablar y comenzó a ser un cabrón, pero ese también es otro tema. Solía ser un chico que no se conformaba, necesitaba ser un hijo de puta para provocar peleas que a veces acababan en un callejón oscuro. Me inicié en la profesión por ansiedad, por ambición, por poder.

Así fueron mis comienzos, en la calle. Mi altura se igualaba a la de padre, trabajaba duro con mi físico para ser el más fuerte y estudiaba los puntos débiles del rival. La calle me aportó la clase de experiencia que el deporte nunca me enseñó. Allí podía ser libre, golpear sin límites e incluso seguir apretando su garganta si él seguía divirtiéndose. Las peleas eran secretas, eran una pequeña parte de la ley no escrita en la calle y eran un puto escaparate para los ojeadores de verdad que fichaban a chicos como yo.

Flexiono mis rodillas, me impulso y me muevo comenzando otra ronda de golpes contra el saco.

Mis padres nunca pudieron pagarme un gimnasio, comprarme máquinas para ejercitarme, meterme en academias o regalarme libros sobre lucha. Teníamos una televisión a color, que era bastante para una familia de clase baja como la mía. No eras nadie si no tenías dinero, en el puto pasado y también ocurre en la puta actualidad. Por la misma razón la calle me ofrecía cierto tipo de libertad, me expresaba golpe tras golpe,

canalizaba mi agresividad y mi enfado infinito con la sociedad por etiquetarnos sin motivo. Pelear me hacía sentir superior a los ricos de mierda que se paseaban con sus coches nuevos y sus chicas del momento, me hacía sentir útil en un mundo no apto para un hombre tan furioso como yo y me hacía sentir libre, yo mismo.

Que un ojeador viera la fuerza que irradiaba de mí tan solo fue el principio de una bonita carrera profesional que ya permanece en mis mejores recuerdos. Sí, incumplí las normas varias veces porque no me gustaban los jueces, pero aun así, todos ellos me querían, querían probarme, querían verme luchar, comprobar con sus propios ojos cómo tumbaba a mi rival en apenas unos golpes que no significaban un sobreesfuerzo para mí. Pero me convertí en el mejor luchador del mundo, campeonato tras campeonato, lucha tras lucha, victoria tras victoria. Llevé el nombre de Bastian Trumper a la cima y amo que todavía no haya nacido nadie que pueda arrebatarme todo lo que he conseguido yo.

Mi profesión creció conforme crecían mis ganas de apartarme severamente de la sociedad y del deporte en general. Aunque era un chico joven que me gustaba rodearme de gilipollas que alababan mis golpes, llevaba mal que los altos cargos lamieran mi puto camino sólo por hacerse con mi dinero. Dinero que invertía, que ofrecía en casa y que ganaba honradamente. La lucha es un arte dentro del cuadrilátero, una forma legal de dar una paliza a un hombre. Verdaderamente era un placer formar parte de la profesión, hasta que te das cuenta que detrás había un gran poder empresarial que movía el deporte y ganaban millones de dólares a costa del luchador. Y cuantos más hijos de puta me encontraba por el camino, más hijos de puta quería apartar de mi camino.

Puede que me equivocara, puede que me aislara y puede que no estuviera a la altura de un deportista de nombre como era yo en aquellos momentos; pero el poder me derrotó y con ello se llevó mi dignidad. Mientras ganaba campeonatos, mientras ganaba dinero, también ganaba tener como compañeros a ciertos hombres millonarios que babeaban a mi alrededor. Alejé de mi lado a mi equipo de entrenamiento, a mis mejores amigos y a mi familia. La necesidad de malgastar todo lo que había ganado era inmediata, era mi grito de expresión hacia la sociedad que tanto he odiado.

Entre ganar campeonatos, trofeos y millones de dólares, me di cuenta que también había perdido a mi familia, a mis amigos y a un equipo de gente que apreciaba sinceramente mi labor como deportista. Permití que el mundo que siempre había criticado me arrastrara con él. Cambié de entrenador, cambié de amistades y cambié una rutina de mierda que me sirvió para darme un descanso entre el campeonato mundial número siete y número ocho. Recuerdo que padre y mis hermanos, los enanos habían crecido mucho físicamente, se presentaron en un hotel, Sebastian aprovechó para pegarme una paliza y los tres me sacaron a la fuerza. Me mantuvieron encerrado en casa de mis padres, bajo su tutela y protección, madre era un mar de lágrimas y un remolino de broncas que tuve que aguantar. Pero ese toque de atención me sirvió para abrir los ojos, para enfocarme de nuevo en el deporte y continuar cumpliendo mi sueño.

Entonces, todo cambió. Cambié mis amistades que se regodeaban con mi dinero, cambié mis malos hábitos y cambié a ese nuevo entrenador que contraté por un mes después de que mi amigo Matthew, el campeón mundial anterior a mí, dejara de entrenarme porque no lo hacía con cabrones como yo. Recuperé parte de lo que perdí gracias a mi ambición por luchar, por ganar y por lograr más de lo que ya tenía.

Profesionalmente proseguí siendo el mejor, personalmente me convertí en un ser humano de mierda.

Ellos exigían legalidad, enfoque, precisión, tranquilidad, profesionalidad. Ellos ansiaban a un buen hombre que reinara en lo más alto, explotar cada centímetro de mí y que consiguiera nuevas metas como deportista. Mi familia, mis amigos y mis compañeros querían lo mejor para mí. Eso les di. Les di legalidad, enfoque, precisión, tranquilidad y profesionalidad. Con el deporte, con mis negocios y con las mujeres.

Las mujeres fueron mi oscuridad más prohibida. Cuando era un jovencito todas amaban al chico rubio de ojos azules que no sonreía, amaban al chico solitario que prefería la compañía de sus hermanos pequeños y de sus amigos antes que a las chicas. Cuando era un adolescente yo cambié físicamente, mis hormonas también lo hicieron, y con ello llegaron los mejores polvos que he tenido en mi vida. La experimentación sexual era una diversión que no negué. Ellas eran todo sonrisitas, falditas y escotes, y yo era un chico con necesidades. Fueron buenos tiempos y me lo pasé bien. Las chicas que más me gustaban eran las que no hablaban, las que te miraban y te decían que abrirían las piernas para mí, y que después del sexo ni nos miráramos. Ese tipo de chicas eran las mías, las que no me ataban, las que no hablaban y las que tenían las ideas claras como yo. ¿Atarme a una chica en mi adolescencia? ¿Tener una novia a esa edad cuando podría acostarme con más de una?

Al abandonar la adolescencia llegó otra clase de sexo que no negaba. Todas querían tener sexo con el campeón de lucha. No importaba su físico, si eran universitarias, si habían venido a un club a exhibirse o a la ciudad de vacaciones; si levantaba el dedo y señalaba, ellas danzaban sensualmente caminando hacia mí. Ese es el valor que las chicas se estaban dando, también era el valor al que me rebajaba yo para saciar mi necesidad.

Con los años se complicó, me compliqué. Disfrutaba de mi mejor momento en la lucha, pero no de mi mejor momento personal con las mujeres. A veces necesitaba que una mujer no se abriera, no se arrodillara, no se desnudara. A veces quería a una amiga que me guiara fielmente si me perdía o a una que cerrara la boca y prestara atención a la mierda que soltara. A veces tan sólo me urgía una compañera de batalla que permaneciera a mi lado, que estuviera a la altura de una mujer sin presionarme y sin juzgarme por lo que hiciera. A veces buscaba, he sido amable y he hecho lo mejor que he podido, pero ellas querían sexo conmigo. Solo sexo.

Comprendí que Ria fue un error en mi vida cuando mis hermanos me advirtieron sobre la mujer que andaba por ahí diciendo que éramos novios. ¿Alguna vez lo fuimos? Sabía que era un dolor en el trasero, abría su boca y quería llenársela para no oír su asquerosa voz. Era una mujer protectora, arrogante, inquieta, distante, calculadora, un tipo de fémina que necesitaba siempre junto a mí aunque ni yo mismo podía permanecer con ella más de cinco minutos seguidos. Esa mujer estuvo a mi lado más tiempo del que hubiera querido, pero también era la única cosa que no me había abandonado por acostarme con otras mujeres.

La oscuridad con las mujeres me excitaba. Amaba tener el control, ser un hombre horrible y posesivo, dominante, malhumorado. Quería hacerlas mías a mi manera, siempre y cuando me apeteciera. Era lo que tenía ser el hombre más deseado del mundo, que las

mujeres continuaban dándose el valor que se merecían rindiéndose ante mí. Aprendí de buenos magnates, aprendí el negocio y cómo moverme en un mundo prohibido para la sociedad, pero bastante excitante si se juega con buenos jugadores. Las mujeres jugaban al mismo juego que yo, ellas querían jugar al mismo juego que yo y simplemente me beneficié de sus disposiciones. Si no hubiera encontrado a mujeres quizá el juego nunca hubiera empezado.

En principio se inició como un secreto, un tema tabú en la ciudad, en la sociedad oscura. Yo les proponía a las mujeres tener un tipo de sexo y ellas aceptaban entusiasmadas. Más tarde, se convirtió en un vicio, luego en algo turbio con la apertura de varios clubs y cuando el negocio se extendió decidí enfocarme exclusivamente en un maravilloso club. Conocía a centenares de mujeres, a parejas, a personas dispuestas a experimentar... y me moví en un mundo paralelo que compaginaba con mi deporte.

Cuando me gané la confianza de mi familia después de que me encerrarán en casa y a mis amigos del equipo que ya me entrenaban para luchar, sentí que había nacido un nuevo hombre indestructible. Maduré en todos los sentidos, y lo hice en el peor de los sentidos. Me convertí en un hombre más frío, inhumano, serio, enfadado, testarudo, insoportable y exigente, era ese tipo de persona que no querías ni en tus peores pesadillas. Con Ria liderando mi club, siendo mi fiel compañera, mi apoyo y una mujer que quería tener a mi lado para siempre, mi vida sentimental se disparó e incluso ya soñaba con encontrar pareja.

La segunda etapa de mi carrera profesional fue la mejor. Era más adulto, me centraba más en el deporte y ya trabajaba en los negocios aunque siempre me había apasionado la química. La segunda etapa me ofreció cierta tranquilidad de la que disfrutaba, con mi club funcionando y los negocios aumentando, esperaba que mi nivel de vida también lograra llenar un extraño vacío.

Me oculté como un cobarde dentro de un hombre que no reconocía. Me importaba el sexo tanto como las citas familiares a las que madre me obligaba a ir, y a las que nunca asistía, era un hijo de puta que solamente quería acostarse con mujeres. Y luchar. Por rutina, porque era lo que tenía que hacer, porque no sabía hacer otra cosa, porque era una mierda como persona y porque no había nada por lo que ya quisiera vivir.

Alejarme de la presión ocasionalmente se sentía como vacaciones para mí. Recargar pilas era algo que no podía negar, incluso necesario cada cierto tiempo. Dejaba en manos de Sebas y Sebastian todos mis negocios, el liderazgo, el club. Lo dejaba todo apartado porque no era feliz, porque necesitaba repetirme la mierda en la que me convertí mientras lloraba en una habitación oscura de un psiquiátrico que compré. Con las amistades y el equipo adecuando trabajando allí podía mantener en secreto mis retiros espirituales para regresar a un mundo en el que seguiría siendo el mismo hijo de puta que odiaba a la sociedad. Incluyendo a las mujeres.

Lo había dado todo por perdido, había acabado con mis esperanzas en buscar a una buena mujer que aguantara a un cabrón como yo. El sexo en el club era divertido, el sexo fue lo mejor que he sentido en mis veinte, pero cuando pasas la barrera de los treinta sientes que el mundo se viene abajo y te das cuenta que no tienes a nadie en tu vida. Ria era una buena amiga, una tía que esperaba a que estuviera de buen humor para que nos

acostáramos y una mujer que tenía las de ganar conmigo. Madre insistía cada vez más en verme casado, en que cambiara mi humor y en que le diera nietos, me presionaba a pesar de que le negaba que estuviera cerca de conocer a una buena mujer.

Comencé a observar detenidamente a mujeres cuando decidí abandonar la lucha. Ellas no lo sabían, pero siempre las examinaba. Intentaba comprender por qué venían a un club sexual, el por qué pasaban los controles de seguridad y por qué se sentían tan bien en un club de mierda. Ese club era mi vida, ese club fue mi apoyo moral cuando abandoné la lucha porque ya no había nada que no pudiera ganar, ese club nacido por consejos de magnates se convirtió en algo muy grande que no disfruté porque las respuestas que estaba buscando no se encontraban allí abajo. Sino aquí arriba, en la realidad.

Vuelvo a hacer un descanso abrazándome al saco, sonriendo porque Nancy era todas mis respuestas.

La depresión que sufría, mi estilo de vida, mi malhumor, mis negocios, mis amistades y mi mundo giró en torno a la Señora Nancy Trumper. Con ella conocí el significado real de vivir. Mi chica de ojos azules me enseñó con una sombra más que treinta y seis años vividos. Nancy fue la persona que dio luz a mi vida, que me salvó de no morir aquel día, la persona que nunca llegó a ver el arma que escondí debajo de la cama en cuanto oí su vocecita aclamándome como Señor Trumper.

Ese día cuando se atrevió a meterse dentro de una habitación que debió ser controlada por profesionales que había contratado, sin quererlo, firmó su sentencia con un hombre como yo. Mi dulce Nancy, mi niña de ojos azules, mi chica, mi novia, mi prometida y mi esposa. Desprendía un aroma único que no había olido en ninguna otra. Fue una chica valiente, traviesa, apasionada, temblorosa, amable y sencillamente excitante. La primera vez que la vi quise castigarla, azotarla y amordazarla por haber irrumpido en una habitación prohibida. Luego miré sus labios, sus ojos, su nariz, su frente, su pelo, su rostro, sus hombros, su cuerpo... e hizo algo que nadie hizo en mi vida; eliminó la oscuridad que me destruía tras pestañearme dulcemente. Ella vio mis cicatrices, se sentía atraída. Ella vio mis ojos, se sentía excitada. Ella vio mi cara, se sentía una diosa.

Ella supo verme. Ella supo ver al hombre que nadie veía.

Lo que ella no supo es que ya era mía y todavía no sabía ni su nombre.

Juro que lo hice lo mejor que pude. No tenía experiencia en eso de las mujeres, si ellas no firmaban un contrato yo no me acostaba con ellas, si ellas no querían solamente sexo yo no me acostaba con ellas y si ellas no estaban dispuestas a olvidarse de mí yo no me acostaba con ellas. El tipo de mujeres con las que he estado desde mi juventud hasta mis treinta y seis años fueron el tipo de mujeres que te saciaban intensamente hasta que sentías un orgasmo. Después, nada.

Cuando conocí a Nancy, cuando ya me enamoré de ella sin haber si quiera mantenido una conversación, cuando arrancó el corazón de mi pecho y se lo llevó, sabía que era la mujer con la que siempre me quería acostar. Con ella no habría contratos, con ella no habría sexo de un rato, con ella no habría diversión en orgías... con ella no habría nada del viejo Bastian que enterré de un golpe tan pronto me miró y sus ojos brillaron.

La amaba, ya la amaba e hice el ridículo.

Me obsesioné con ella mientras la atrapaba con mi mirada. La muy fresca tuvo la valentía de realizar su primer abandono y se fue de la habitación. Se me habían paralizado las piernas, se me había paralizado medio cuerpo, se me había paralizado mi capacidad de pensar. Cada uno de mis pensamientos iban dirigidos a mi chica; a mi chica estando desnuda, a mi chica sonriendo, a mi chica en mis brazos, a mi chica casándose conmigo, a mi chica dando a luz a nuestros hijos.

Aturdido, tragué saliva sintiendo algo diferente que picaba en mi alma. Todo tomó forma con la presencia de la doctora en mi habitación. Odiaba que se dirigiera a mí, que se atreviera a manchar el rastro del camino por el que había pasado mi chica y a inundar el ambiente con esa cosa que llamaba perfume. Fue la primera vez, la primera repulsión real que sentí, la primera de las miles de evidencias que vinieron a continuación puesto que ese nuevo hombre no mostraba interés en ella, en su voz o en su género.

Mi chica era la única para mí, tanto, que aparté a la doctora, entré en otra habitación y me asomé por una ventana durante el resto del día hasta que acabara el turno. Sólo por verla, sólo por verla caminar hacia el aparcamiento y convencerme de que no había soñado, que no había apretado el gatillo y ya estaba en el puto cielo custodiado por mi ángel de ojos azules. Esperé durante el tiempo que hizo falta hasta que los trabajadores cambiaron el turno. Esquivé cada uno de los cuerpos que no significaban nada para mí, hombres y mujeres que eran un cero a la izquierda en mi vida, y ella apareció. Ella salió acompañada de algunos, mezclada entre hijos de puta que se atrevían a abrir sus bocas y dirigirse a mi chica, especialmente un enfermero que trabajaba en el departamento del psiquiátrico.

Para mi chica era algo normal pasear a su ritmo, meterse en un coche muy feo, arrancar e irse, ¡para mí era un mundo! ¡Ella ya era mía!

Lo que vino a continuación fueron las secuelas del viejo Bastian. Combinaba a un cabrón con un buen hombre que amaba profundamente a una chica. Conseguí conquistarla, conseguí de alguna manera que esa jovencita se fijara en alguien como yo. Insistí que tanto mi pasado como mis amistades del presente no se acercaran a la mujer de mi vida. Ahuyentarla era lo último que yo quería. Ella, que había nacido en una familia humilde, todavía seguía siéndolo y ensuciar la inocencia que irradiaba con mi pasado sería algo que nunca me perdonaría.

Nos iba muy bien. Nancy era mía, mi novia, mi chica, y mi primera vez en serio con una mujer. Le ayudé conmigo, empezaba a soportar al gruñón que vivía dentro de mí e incluso ella me llamaba como su neandertal. Se desenvolvía perfectamente entre la alta sociedad, aceptó mis negocios, mi estilo de vida y a lo que me dedicaba. Me esperaba siempre en casa, se descalzaba, vestía con ese feo pijama de la gata y la hacía la más irresistible del planeta. Nancy era la mujer que esperé durante treinta y seis años, la mujer que quería ver todos los días de mi vida y yo era un hombre afortunado.

Hasta que cometí errores, hasta que todo se descontroló, hasta que mis mierdas salpicaron nuestra relación.

La vida que le había enseñado a mi chica era la vida con la que soñaría cualquier mujer. Para sus preciosos ojos era un viejo deportista retirado que se dedicaba a los negocios, posesivo, celoso, controlador, imperativo, y un hombre que podía ser una

golosina de fresa si se daba la ocasión. Nancy tenía en mí un poder que ni yo mismo creía que tenía. Pero no fui inteligente, no fui un hombre sincero con ella. Olvidé aquello de mi pasado que podría dañarnos por ella, por mi chica, por protegerla, por alejarla de la mierda a la que no había renunciado por comodidad.

El primer aviso me lo dieron sus ojos cuando se encontró con Ria, cuando mi chica vino a mi despacho por sorpresa y nos encontró juntos. Jamás había dado explicaciones en mi vida, ese día me metí en un buen lío porque no quería hacer otra cosa que disculparme, explicarle que la mujer que era mi amiga y la que se encargaba de mi club significaba una mierda para mí. En sus ojos vi la decepción que asesinaron mis ganas de seguir ocultando mi pasado. El segundo aviso fue en el brunch, mi chica se presentó por sorpresa allí y también vi en sus ojos la decepción que me mataba lentamente. El tercer aviso precede a un cuarto, a un quinto, y a un montón de ellos que no aprecié en esos momentos. Desde las citas canceladas, hasta cambios de humor por culpa de los clientes y terminando por la presión de Ria, de mis hermanos, de madre porque buscara a una buena mujer y de mi propio yo que no aguantaba más la situación.

Quería acabar con todo, coger a mi novia y llevármela lejos de la ciudad. Hablar con ella, compartir cómo había sido mi vida realmente y lo que ocultaba actualmente en la relación. Esos planes nunca sucedieron, nunca sucedió una imagen de mi chica paseando por la playa en bikini y agarrada de mi mano, entendiendo cada uno de los puntos que le contaba sincerándome desde lo más profundo de mi corazón.

Nancy lo descubrió, yo me volví loco y me costó un infierno recuperarla.

Lo que más daño me hizo fueron sus palabras, cada una de sus palabras mientras pensaba que elegía a Ria antes que a ella, que elegía a mi negocio antes que a ella, que elegía todo antes que a ella. Cuando solo la intentaba proteger de un mundo que nunca tuvo que ser para ella.

Ese dolor lo llevo clavado en mi corazón, inolvidable al igual que la muerte de tres de mis hijos. En vez de haberle contado mis sentimientos, de haber sido un hombre sincero, de haberle explicado a qué se debía mi relación con Ria y lo que ocultaba en ese club... en vez de abrir mi puta boca preferí encerrarme en mi laboratorio. Jamás supe lo que hacía dentro hasta que yo mismo escribí su nombre en una pegatina y luego salí de allí para lamentarme por el hijo de puta que era.

A veces me gusta hablar con Nancy sobre nuestros inicios como pareja. Mi esposa es una mujer sonriente, inocente, pulcra, dulce, honrada, humilde y buena. A ella no le importa, es más, le hace gracia porque después de lo que nos pasó y de lo que sufrimos, aquí estamos, felices tras diecisiete años de relación.

Le oí hace un rato. Ha estado observando escondido detrás de la puerta. Sonríe de espalda a él mientras me desanudo las vendas de mis manos. Siempre me posiciono de espalda cuando me subo al cuadrilátero porque suele venir a verme. Se cree que no lo sé, que no permanece ahí en silencio y admirando lo que hago. Hay tardes que me muevo, miro al espejo para que los dos crucemos nuestras miradas pero él simplemente huye y no regresa. Luego no se atreve a hablar de ello, a preguntarme por qué sigo entrenando o a investigar el deporte que empieza a despertar curiosidad en él. Le impone respeto. Le apasiona este mundo. Lo lleva en la sangre.

Su madre me matará, aunque no si he muerto yo antes por razones evidentes. Moriré y lo haré orgulloso porque habré contagiado a mi hijo la misma pasión que corría por mis venas a su edad. A diferencia de mí, mientras yo veía los combates en la televisión y escuchaba esas viejas historias contadas por mi padre, mi hijo tiene en casa al campeón más importante del mundo, al más fuerte, al más poderoso, al único ganador que existe en este deporte. Soy su referencia, soy su ejemplo a seguir, soy su reflejo y soy su padre. Bastian está demostrando interés por una vida que podrá experimentar siempre y cuando compre a sus rivales, les amenace, les acobarde y me muestren respeto. ¡Que quieran pegarle una paliza a mi hijo aun estando dentro de las reglas del deporte está fuera de mis ideales! Si son inteligentes harán desaparecer el deporte, no desearía ver a mi niño tumbado en el cuadrilátero porque algún hijo de puta haya puesto sus zarpas sobre él.

Bastian, el intocable por mi esposa, es un buen chico que crece como un centímetro cada dos putos minutos. Un chico por el cual lloro cuando nadie me ve. Sí, lloro porque mi hijo no es una niña, porque es especial para mí, porque es el único que tengo y porque puedo hacerle daño. A mis chicas las domino como puedo, las tres mujeres de mi vida piensan que me dominan ellas a mí y no es cierto, creo, dudo, no lo sé, eso será otra historia. Pero con mi Bastian todo cambia. Absolutamente todo. Mi hijo es un viaje al pasado; sus ojos, su rostro, su cabello, su cuerpo y su carácter es idéntico al mío cuando tenía su edad. Por lo tanto, con él sufro de manera diferente. Procuro ser un buen padre, protegerle, charlar con él, jugar, ser su amigo... y a veces me olvido de que yo puedo ser su peor enemigo.

Le observo de reojo, no se ha ido todavía.

Me aterroriza la situación porque mi hijo podría descubrir qué clase de hombre he sido en mi pasado. No superaré su reacción si un día arremete contra mí y decide que ha dejado de ser mi hijo. El infarto me mataría de verdad. Espero impaciente a que cumpla algunos años más, entonces, sentaré a mis tres hijos y yo mismo les relataré mi vida en primera persona. Mi esposa dice que exagero, que ya he hecho bastante eliminando cualquier rastro público de mi vida antes de conocerla y que enloquezco sin razón. A ella no le importa el hombre que fui en el pasado ya que ella no lo conoció, nuestra vida comenzó con nuestro trabajo en pareja para hacer que esto funcionara; y lo hemos debido de hacer muy bien porque diecisiete años son muchos años para que Nancy soporte a un hombre como yo.

Mis chicas no muestran interés en mi pasado, en el deporte que he ejercido y en quién he sido. Dulce Bebé puede que sí me preste atención cuando me pongo melodramático y le cuento que yo he ganado muchos campeonatos, pero mi pequeña Nadine ha demostrado que su interés en mi pasado no significa una mierda para ella. Esa es mi chica. Por este motivo me parece que a mis hijas las controlo en ese sentido, sé que no rebuscarán en archivos, en blogs, en internet ni preguntarán a mis viejas amistades. Para mis niñas soy su padre, su padre ejecutivo y millonario que las hace feliz, que las cuida, que las protege, que las ama por encima de su propia vida.

Pero mi chico es distinto. Él sabe que su padre posee trofeos, medallas, diplomas y unos cientos de premios que me han otorgado durante mi carrera profesional. Cuando Dulce Bebé era un bebé, no hablaba y todavía me necesitaba como padre, mi esposa creó un verdadero santuario en casa exponiendo todos mis logros en una sala. Con ayuda de

mis hermanos, ella trabajó en la sorpresa mientras yo mecía a mi dulce niña y me ausentaba del mundo porque sus ojos eran el único lugar del mundo donde me quería perder. Tras varios días trabajando en esa sala creyendo que ella se ejercitaba en el gimnasio, me llevé la sorpresa más gratificante de aquellos tiempos. Lloré de alegría al ver mi exposición, mi museo, mi vida recolocada cronológicamente. Junto al último campeonato ganado, allí se encontraba mi esposa Nancy, sonriente, orgullosa, feliz... Y yo era el hijo de puta más afortunado del mundo por tenerla en mi vida.

He pillado a Bastian entrar en esa sala. He pillado a mi hijo mirando y tocando algunos de los trofeos que están a su alcance. He pillado a mi niño sentado en un rincón mientras leía uno de los primeros reportajes que me hicieron cuando gané mi primer campeonato. He pillado a mi chico cambiar de canal mientras veía un combate de lucha. He pillado una revista de luchadores que guarda debajo del colchón de su cama.

Sin embargo, todavía no le he dicho nada a su madre, cuanto más tarde se entere mucho mejor para nosotros porque ahora estamos intentando tener un bebé y un disgusto como este la bloquearía. Ella estaría contenta por ver a su hijo seguir los mismos pasos que su padre, pero no estaría muy contenta conmigo por apoyarle; ver cómo le pegan una paliza porque está dentro de las normas no lo entendería ni yo. Lo que nadie sabe es que compraré a cada uno de sus rivales. Yo tampoco soportaría verle tumbado porque un hijo de puta se ha atrevido a golpearle, antes le mato yo a él.

Sé cómo se siente mi chico. Conozco esa necesidad que le hierve en su interior, esa magia de subirse a un cuadrilátero, por salir de los vestuarios arropado por tu equipo, por destapar todo tu cuerpo delante de cientos de personas que gritan tu nombre y por el primer contacto visual con tu rival. Entonces, no habrá escapatoria. Tendrá que demostrarle al mundo que los dos están cumpliendo las reglas, que los dos lucharán en un combate y que solamente habrá un ganador. ¡Y ese será mi hijo Bastian!

Sonríó al espejo porque mi hijo arrastra los pies dentro del gimnasio. Cuando me giro me encuentro con una puta sonrisa que ilumina mi día.

—¿Qué haces? —Típica pregunta de mi chaval cuando quiere algo.

—Golpear el saco. Pero ya he terminado.

—Am.

—¿Necesitas algo?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿De verdad?

—Bueno... —juguetea con las cuerdas del cuadrilátero y yo le encaro agachándome para observar la belleza cristalina de sus ojos, —¿podría coger el juego de...?

—Bastian, ¿has leído el número que indica en su funda?

—¿Once?

—Dieciséis. No quisiera prohibirte nada, hijo, pero los videojuegos de adultos se crearon para los adultos. Tienes un millón de juegos de tu edad.

—Pero son aburridos. Además, la abuela Nadine me lo regaló.

—Fuiste un Trumper muy inteligente cuando te la llevaste al centro comercial y le dijiste cuál era tu juego favorito.

—Ella me quiso hacer un regalo, yo contesté a su pregunta.

Le hago cosquillas atrayéndolo a la tarima. Se retuerce sonriendo mientras disfruto de sus risas. Finalmente se queda tumbado en mis pies. Lo bueno que tiene mi pequeño Bastian es que se olvida de determinados videojuegos y acepta que le hemos prohibido jugar con ellos. Somos buenos padres, respetamos el número de la funda aunque mi hermano pequeño haya comprado una compañía de videoconsolas.

—Dime, ¿qué hacen las chicas? —Seco mi cuello con la toalla mientras ayudo a Bastian. Una vez en pie se recuesta sobre las cuerdas jugueteando con ellas.

—Dulce Bebé estudiando y Nadine esperando la activación de internet.

Miro el reloj. En veinte minutos perderé a mi pequeña.

—¿Y mamá?

—Mamá está hablando con la abuela Nadine.

—¿Qué hacías tú?

—Am, jugar.

—No es tan malo jugar a tus videojuegos, ¿eh?

Le cojo en brazos, le muevo por mi cuerpo y salgo del cuadrilátero cargando con él. Ama subirse en mis hombros como cuando era un niño, ¡todavía lo es!, pero ahora es mucho más alto que hace unos años. Mientras él sonría, yo soy sonrío y ambos nos movemos hacia el despacho donde se halla mi esposa.

—Mamá, tengo que colgar. Invasión Trumper. Sí, mañana te llamo. Le escribiré a papá. Vale, hasta mañana.

—¡Abuela, no me dejan jugar con tu regalo!

Cubro la boca de mi hijo entre risas. Por suerte, Nancy ya había colgado el teléfono y mi mujer se ha levantado. ¡Ahora comienzan mis problemas! Ella es irresistible para mi vista, una dulce tentación que no puedo ignorar aunque cargue con Bastian. Él no me impide darle un beso en los labios, de repente, el niño hace muecas y simula que vomita. Nosotros dos nos reímos, la seguimos por el pasillo mientras le susurro a mi hijo que no vuelva a asquearse porque bese a su madre, y que algún día le explicaré cómo creamos a sus hermanas y a él.

—¡Mamá, papá me está diciendo guarradas!

—¡Bastian! —Nancy se ha girado, ha sido inevitable fijarme en sus tetas. Rezo porque ya esté embarazada, y porque pueda hacerle el amor apasionadamente. Eso sería fabuloso. Necesito a mi esposa desnuda, debajo de mí, encima de mí, de lado, sobre sus

rodillas, sobre sus manos... me da igual. Necesito urgentemente desnudar a mi esposa.

—Yo no he sido.

—Me ha dicho que me contará cómo nos creasteis a mis hermanas y a mí.

—¡Bastian!

El niño entrecierra los ojos como un buen Trumper, y como un buen puto Trumper salta de mis brazos y corre hacia los brazos de su madre. Se abraza a ella como si fuese el último ser sobre la Tierra. ¿Cuándo me han dejado fuera del contacto piel contra piel? Me siento herido y me siento fuera de esta familia. ¡Yo también quiero abrazo!

Me dirijo hacia ellos con los brazos abiertos.

—Bobo, estás sudado.

—¿Qué?

—Corre Bastian, huyamos de su sudor.

¿Qué ha... qué ha pasado aquí? ¿Ha guiñado mi esposa un ojo? ¿Ha guiñado su puto ojo y me he puesto duro? No puedo concentrarme ahora en eso porque están jugando. Mi esposa y mi chico quieren jugar. Ellos corren gritando mientras bajan por la escalera, yo les doy ventaja y permito que se alejen de mí unos metros, entonces, empiezo a correr detrás de ellos.

—¿Podéis bajar el volumen? Intento hablar con mi amiga.

Los he alcanzado, los he derribado contra el sofá y me he sentado encima de sus cuerpos. Mi hija Nadine se ha asomado desde arriba. Seguramente hemos estorbado su habitual charla de los martes con su mejor amiga.

—Hija, ¡quítame a tu padre de encima! ¡Bastian, no vamos a comer nunca más! Vigila tu peso, cariño.

—¡Eres tú la que no paras de comer!

—Eh, tengo hambre. Siempre tengo hambre.

—Auh, papá me haces daño.

—¿Eres un Trumper o un quejica?

De repente, me levanto del sofá porque me han dado un bocado en el culo. Nancy señala al niño, ella se está riendo al igual que mi hijo. El niño se parece a mí, pero la sonrisa es idéntica a la de su madre.

—¡Yo no he sido! —La mirada inocente de mi hijo provoca que por una milésima me lo haya creído. Él se esconde detrás de la espalda de mi esposa, ella intenta salir de este juego por su propia seguridad, porque ella siempre acaba perdiendo.

—Chicos, tengo que preparar la cena.

—¡No, mamá! ¡Me hará cosquillas y me mearé encima!

Aprovechando que Nancy se ha escapado de mi hijo, le atrapo agarrándolo por su cintura y lo machaco a cosquillas porque su sonrisa es mi puto mundo. Cuando evalúo que

el estado de su rostro pasa a un color rojizo que no me gusta, me lo coloco sobre mis hombros para darle un respiro y sigo el aroma que ha dejado mi esposa en su camino hacia la cocina.

Así imaginaba mi futuro, así imaginaba mi retirada. Pasando una tarde agradable con los míos, en casa, cuidando de una mujer maravillosa, de dos niñas que se creen adultas pero que no lo son ni lo serán mientras yo esté viviendo y cargando con mi único hijo que lo es todo para mí.

Las noches de combates, los viajes, las malas amistades, la vida nocturna y las mujeres no han significado nada en mi vida porque no conocí lo que era la verdadera felicidad hasta que no vi el precioso rostro de mi esposa. Y ella me ha dado a tres maravillosos hijos vivos, a otros tres maravillosos hijos que decidieron irse al cielo de los bebés y espero que tengamos a un nuevo y último maravilloso bebé que nos recuerde cuán orgullosos nos sentíamos cuando mirábamos las veinticuatro horas el crecimiento de nuestros retoños.

Mi pasado no ha merecido la pena, mi pasado sólo fue una sombra.

Nancy, Dulce Bebé, Nadine y Bastian siempre han sido y serán los únicos que dominarán mi existencia. Son lo que más amo y soy lo que ellos quieren que yo sea. Suyo eternamente.

Capítulo 19

LA NOTICIA

NANCY

Parece que fue ayer cuando estaba embarazada de mi primera hija Dulce Bebé y recibí la visita de una mujer que puso en la mesa de mi oficina las fotos de una mansión que mi marido había visto. Recuerdo una cifra exagerada, una cuantía de metros excesivos para mi comodidad y un método infalible por parte de la profesional mientras trataba de convencerme.

Aquella tarde manoseé las fotos, los planos, analicé las áreas e incluso me quedé con una versión digital para visualizar detenidamente la propiedad. Me pareció un gasto innecesario y un plan de futuro que no iba conmigo, pensaba que la vivienda tenía demasiados espacios muertos que nunca serían ocupados y que simplemente era una locura vivir allí.

Me había casado con Bastian, llevaba en mi vientre a una hermosa pequeñina y realmente estaba asimilando que nuestra relación podría acabar con un felices para siempre. Mi respuesta, todas mis respuestas, serían sí. Sí a crear un hogar, sí a crear una familia y sí a crear un montón de recuerdos en los que me refugio actualmente.

Siempre supe que nuestro futuro se inició tan pronto Bastian y yo nos miramos a los ojos, luchamos por mantener una relación acorde a nuestro estatus social y solucionamos a nuestra manera los obstáculos que se presentaron ante nosotros. Siempre lo supe, siempre lo supe desde lo más profundo de mi corazón que mi marido me haría la mujer más feliz del mundo. Que por fin tendría un marido, unos hijos, una casita y una vida plena que me llena como persona, como mujer.

Recuerdo que el mismo día que Bastian me obligó a firmar la escritura de nuestro hogar, hicimos el amor en las habitaciones restantes que nos quedaban después de haberla estrenado la misma noche que visitamos la mansión. Sentí a Dulce Bebé revolotear en mi vientre, a mi chico enloquecer porque creía que me hacía daño y a mi corazón latir desesperadamente porque aquel sí era el comienzo de nuestros felices para siempre.

Ahora, quince años más tarde, me resulta increíble ver a Dulce Bebé trabajando junto a su padre en el jardín. Quince años desde que pusimos un pie en esta casa y formamos una familia que no merezco.

Apoyada en las puertas francesas del jardín, les observo detenidamente porque me parece insólito cuánto ha crecido mi pequeña. Dulce Bebé se ha empeñado en abrir refugios para todos los animales que viven en la calle; perros, gatos, ardillas, pájaros,

ratas... Bastian ya ha hablado con constructores, con asociaciones de animales y con empresas que se encargarán de ofrecerles un hogar a los animales, pero nuestra hija quiere dedicarse a ello personalmente. Desde que ella se encontró a Perro sin vida, sentimos que le marcó de una forma indirecta, que sufrió la pérdida del animal mucho más que nosotros porque ya sabíamos que la vida de nuestro perro se apagaba por culpa de una enfermedad digestiva intratable.

Mis hijos eran muy pequeños como para notar la ausencia de nuestro perro, pero nuestra hija Dulce Bebé siempre ha sido, es y será una chica muy inteligente que capta cualquier suceso a su alrededor. Incluso indiscretamente, ella es una Trumper muy avispada capaz de resolver sus problemas sin ayuda, solucionar los de sus hermanos, los de sus primos, los de sus amigos... y si mis cuñados Sebas y Jocelyn hubieran acudido a ella como consejera para que les guiaran en la búsqueda de su respuesta a su marcha de la ciudad, juro por lo más sagrado que mi hija Dulce Bebé les hubiera indicado que se sentaran delante de ella para discutir los pros y los contras del asunto.

Bastian me vio asomarme hace un rato, desde entonces, tiene repartida su atención; sonrío a la niña y me guiña un ojo brevemente cuando ella no se da cuenta. Nuestra hija se siente muy entusiasmada por el proyecto, mientras que Nadine trabaja con su padre en líneas de ropa y con mis colecciones de trajes, mi hija mayor se implica en obras sociales. Me siento tan orgullosa de la mujercita en la que se ha convertido y ha crecido tanto que me asusta su reacción cuando les contemos a los niños que estamos intentando tener otro hijo. Su opinión es muy importante para mí, para mi proceso de embarazo.

Hoy lo hablaremos con los niños, se lo diremos tranquilamente. Esta mañana he vuelto a hacerme una prueba y ha dado negativo, incluso hemos visitado la consulta de mis ginecólogas porque Bastian me ha obligado a ello y los análisis han mostrado que soy una mujer sana, fuerte y de salud inmejorable. También hemos acudido a la psicóloga, es una de mis mejores amigas y me ayudó después del aborto, mi marido ha querido que la veamos y nos ha guiado a un punto que pretendíamos evitar por el momento; nuestros hijos.

Puede que esté sufriendo un bloqueo mental, que mi mente esté jugando conmigo y sea el motivo por el cual aún no estoy embarazada. Al igual que yo, mi marido es un hombre sano y el resultado de sus análisis han sido satisfactorios. Ambos somos una pareja fértil y podríamos dar vida a tantos bebés quisiéramos, bueno, este pensamiento me lo reservo porque mi marido se ha emocionado tanto que quiere ir a por otro bebé en cuanto me quede embarazada. Sin embargo, el juego de ocultarlo, la rutina, los niños, la familia y el trabajo están yendo en nuestra contra. Por eso nos han aconsejado que nos quitemos el peso de encima y que se lo digamos a los niños, si compartimos la noticia la presión disminuirá y mis probabilidades de quedarme embarazada se elevarán.

Esta misma tarde hemos anunciado una reunión familiar. Se supone que en trece minutos la sala de estar la ocuparán los niños, y justo delante de ellos, mi marido Bastian y yo hablando sobre quedarme embarazada. Mi hijo Bastian lo llevará bien, siempre ha querido un hermanito y necesita apoyo en casa para no sentirse el único chico de la familia. A Nadine la convenceremos con ropa, con encargarle que diseñe una línea infantil para el bebé; una idea que no apoyo pero que mi marido sugirió para el primer impacto de choque cuando reciban la noticia. Aunque para Dulce Bebé no tenemos nada planeado, es

decir, ella es mayor, adolescente, segura, sensata y la niña más inteligente que he visto en mi vida. Su opinión me asusta, me atemoriza, me da pavor y hasta he estado temblando. Nos dará su opinión verdadera, ella no nos mentará y su apoyo es el que más necesito mientras me quedo embarazada.

Quizá mi bloqueo mental se halle enfocado en mi hija Dulce Bebé. Dentro de unos pocos años ella se irá a la universidad y yo estaré criando a un bebé. Tal vez sea eso lo que me impida quedarme embarazada, que necesite cubrir su marcha con un bebé que jamás será como ella. Sin su apoyo moral será imposible que siga acostándome con mi marido sin usar un anticonceptivo, sin su apoyo yo no querré tener otro bebé, sin su apoyo yo no seré madre de nuevo. Mi hija tiene el futuro de nuestra familia en sus manos.

He hablado con mi marido sobre el tema, sobre la opinión de Dulce Bebé. Mientras que él apuesta por su bondad y generosidad, yo apuesto por una reacción Trumper que nos inhiba tener otro hijo. Sé que sufro una ligera presión porque nunca había tardado en quedarme embarazada, pero es que ahora todo cambia, tenemos que contar con tres niños que forman parte de la familia y sus opiniones son tan válidas como las nuestras.

Bastian me está analizando desde la distancia. Sabe lo preocupada que me siento desde que hemos decidido contárselo a los niños. Ellos, ajenos a la noticia, esperarán un comunicado sobre un viaje a nuestra isla del pacífico o un día en el parque de atracciones. Ellos esperarán lo que sea, pero jamás que vayamos a anunciarles la intención de tener otro bebé.

—Mamá, ¿puedo ir a casa de Daisy?

Nadine, vestida con un pijama floreado acorde a la temperatura primaveral, desciende por la docena de escalones que le restan hasta llegar a la planta principal donde me encuentro yo. Mi marido Bastian ya ha levantado a Dulce Bebé de la mesa, se acercan caminando sonrientes y ya empiezo a temblar.

—Tenemos reunión familiar.

—Decidme el destino del viaje y haré las maletas.

—Es miércoles, sabéis que no podéis salir entre semana. Además, pronto os darán fechas para los exámenes finales. ¿No deberías estar estudiando?

—Aprobaré, mamá, siempre apruebo. ¿Puedo ir a casa de Daisy o no?

—¡No!

Bastian ha hecho acto de presencia justo cuando más le necesitaba. Ha palmeado mi culo, ha besado mi sien y ha entrelazado su mano con la mía, nuestras hijas acaban de rodar los ojos y Dulce Bebé se esconde detrás de la carpeta que sostiene. Nadine teclea con su móvil mientras se envía mensajes con su mejor amiga, no ha enfrentado a su padre porque los niños saben que les daremos una noticia y ellos piensan que es un viaje. Cuando les comuniquemos que no haremos un viaje supongo que iniciarán una revolución. Revolución que no me he preparado, revolución que no discutiré y revolución que daré por perdida porque mis hijos ganarán, ellos vencerán.

—Bueno, yo tengo que estudiar. Avisadme para la hora de cenar.

—Espera, —detengo a Dulce Bebé y ella se sorprende, —tenemos reunión familiar.

—¿Ahora?

—Oh, yo ahora tampoco puedo, —añade también Nadine —son mis horas de internet.

—Chicas, avisad a vuestro hermano. Os esperamos en la sala de estar.

—¿No podéis decidnos el destino del viaje familiar? En serio, necesito atender a mis fans en internet. Como ellos tienen conexión todo el día y yo no, pues luego tengo que trabajar todo corriendo porque...

Bastian ha dirigido a nuestras hijas en el sentido contrario al nuestro y se encaminan muy dudosas hacia la sala de cine donde juega nuestro hijo. Dulce Bebé ha dejado la carpeta sobre la mesa que se ha encontrado a su paso, arrastra a Nadine con ella mientras le susurra y yo sonrío a mi pesar aunque por dentro esté temblando.

—Señora Trumper, ¿podría usted calmarse? Su aura oscura atraviesa mi alma, y duele, mi señora, duele.

—Oh, Bastian, ¿y si no les hace gracia, y si no quieren tener otro hermano, y si ninguno de los tres nos apoyan?

Mi marido me voltea rodeando sus brazos alrededor de mi cuerpo, presionándome contra él. Susurro ahogando mi aliento en la tela fina de su camiseta verde, o ha engordado o se nos ha vuelto a estropear la lavadora encogiéndome la prenda. No, Bastian ha cambiado las técnicas en el gimnasio y está moldeando su figura de nuevo.

Su serenidad altera mi estado de ánimo. Hemos sido los primeros en llegar a la sala donde esperamos a nuestros hijos. Odio que se quede callado, que no diga nada y que no repasemos lo que tenemos que decirles. He intentado abrir la boca dos veces pero Bastian ha puesto un dedo en mis labios, luego ha sonreído, me ha metido mano y ha disipado mis nervios unos segundos. Unos segundos miserables hasta que hemos oído a los niños en el pasillo.

—Bastian, Bastian, ya vienen.

—Nena, calma.

—¿Calma? Ellos se esperan un viaje, ¿cómo se sentirán cuando sepan que intentamos dar vida a un ser humano? Deberíamos seguir manteniendo el secreto. Bastian, Bastian.

He pillado a mi marido bostezando. Me ha sonreído atrayéndome hacia el sillón donde se ha sentado y lucho con él porque los niños están cerca.

—Sshh, Señora Trumper, o se está quieta o procederé a embarazarla de una manera que le va a encantar.

—¿Y si nos preguntan cómo se hacen los bebés?

—Les decimos la verdad, —ha mordido mi hombro. No me hace gracia que se esté riendo porque yo estoy atacada.

—Hablo en serio, Bastian. Hablo muy en serio.

—Veremos cómo surge. Si preguntan, si tienen dudas o si simplemente ignoran que les vayamos a dar un hermano.

—Suéltame, quiero estar de pie.

—No, nena, tú te quedas sentada sobre mis piernas porque me resulta menos complicado meter mis dedos por debajo de este vestidito que apruebo. Apruebo mientras no salgas de casa con él puesto.

—Bastian, no estoy para bromas. Ahora no es el momento.

—Como pongas tu culo lejos de mí te juro que te embarazo aquí mismo, con o sin niños presentes. Es mi última advertencia.

Me estoy agobiando, y no con mi matrimonio o con los niños, sino en general. Apenas veo a mis padres porque ellos viven en Crest Hill y a veces se olvidan de que les necesito, luego la presión de hablar con mi suegra todos los días mientras se impacienta, la noticia de Sebas y Jocelyn cayó en mí como la misma noticia de una muerte, por no hablar del distanciamiento con Rachel porque nunca tiene tiempo para mí, y añadiendo los problemas en mi trabajo. El estrés es el único impedimento en mi embarazo, en nuestros intentos de embarazo.

Permanecer sentada sobre Bastian en su sillón favorito de la salita de estar equilibra cada uno de mis estímulos. Si me he sentido alterada, nerviosa o intranquila, mi marido ha destruido cualquier atisbo de inquietud en mí. Prosigue acariciando mi espalda en silencio, a punto de dar un grito para hacer que los niños entren en la salita de una vez y que no se entretengan con sus móviles y sus aparatos eléctricos.

Tuerzo mi cabeza para encararle, su mirada cristalina se fija en la puerta mientras piensa en cómo regañarles sin parecer que se está enfadando.

—Gracias, —susurro captando su atención —por mantenerme en tus piernas.

—Quisiera que estuvieras desnuda aunque me vale.

—Bastian, para... —golpeo su hombro y me cuelo en su cuerpo —¿por qué llevas todo el tema tan bien? ¿Por qué estás tan convencido de que ellos aceptarán que algún día me quedaré embarazada?

—Porque nos aman tanto como nosotros a ellos.

—Pero ya no son tan niños, poseen cierto poder en sus palabras.

—Confía en nuestros hijos, nena, tranquilízate. ¿Te acuerdas de lo que ha dicho la tonta de tu amiga la psicóloga? Liberarnos del secreto nos ayudará.

—¿Por qué no te cae bien mi amiga?

—¿Necesitas respuesta para eso, Nancy? Es idiota. Y tuve que soportar a su marido en el partido del niño, ¡no vuelvas a abandonarme por sentarte con Jocelyn nunca más!

—Eh, tú le dejaste entrar en la grada Trumper. Nos hizo ilusión ver cómo te integrabas.

—¿Integrarme? ¡Me siguió! ¡Niños, entrad, cuanto más tardéis menos tiempo de internet tendréis!

—Papá, —Nadine es la primera en aparecer —dile al niño que no toque mis cosas. ¡Me ha amenazado con registrar mi habitación porque cree que le he escondido un juego ilegal!

—¡Has sido tú, idiota!

—¡ESA BOCA TE LA LAVO!

—Papá, es una mentirosa —mi hijo se está riendo.

—¡Eres adoptado, niño!

Cuando Bastian se lanza contra su hermana para luchar con ella como siempre hacen, mi hija Dulce Bebé pone un poco de cordura ante la situación entrometiéndose entre ellos.

—Algo serio está pasando, ¿podéis mantener vuestras bocas cerradas?

—¿Le has dicho a papá que tu amiguito te ha invitado a cenar?

—¡DULCE BEBÉ!

—¡Es mentira, papá!

—Le acabo de oír cómo se lo decía a su amiga.

—¡No tengo el móvil aquí!

Bastian está molestando también a Dulce Bebé, le ha sacado el móvil que tenía escondido en el bolsillo trasero de su pantalón y se une a Nadine mientras corretean por la salita para pegar a su hermano. Amo que mis hijos jueguen entre ellos, que por un miserable segundo despeguen los ojos de las pantallas que les tienen hipnotizados para prestarse atención unos a otros.

—¡Parad! —Grito pero no me hacen caso. Mi marido ha comenzado a hiperventilar, —mi amor, no existe ningún amigo. Dulce Bebé no tiene amigos, solamente amigas. Ningún chico ha invitado a nuestra hija. Te lo prometo. ¡Dulce Bebé, ayúdame con tu padre!

—Los mataré, ¡los mataré a todos!

—Que es mentira, papá, —se arrodilla delante de nosotros para atender a mi marido —es mentira. Bueno... mentira, mentira...

—¡Dulce Bebé!

—¿Qué? No quería que... oh Dios, papá, ¿podría salir el viernes con unos amigos que no conoces?

—Respira mi neandertal, respira cariño, respira.

—Me muero, Nancy —susurra.

—Papá, ha... ha sido el niño... castígale.

—¿Qué habláis de mí? ¡Papá, Nadine me ha vuelto a pegar en la cabeza!

—¡Eres un blando y un chivato!

—¡Chicos, parad ya! Vuestro padre no se encuentra bien.

—¿Qué le pasa, es por lo que he dicho de Dulce Bebé y su amigo?

—¡Eres un chivato de mierda!

—¡Esa boca! —Contesta mi marido a nuestra hija mayor.

—¡Colaboro con papá!

—¿Qué acabas de decir? —Respondo mientras las tres miramos fijamente al niño, y acto seguido al padre.

—¡Colaboro con papá, si veo u oigo algo sobre chicos es mi obligación comunicárselo!

—¿Bastian?

—Ahora no, nena, me duele el pecho.

—¿Te duele el pecho? —Le golpeo la cabeza y lleva la misma mano que presionaba su pecho a la cima de esta. —¿Que te duele el pecho? ¡Me has dado un susto de muerte!

—¡Me duele!

—¡Te duele porque eres un controlador compulsivo! ¡Un obsesivo! ¿Cómo puedes pedir eso al niño? ¿No te das cuenta que así no le educamos? ¿Qué le das a cambio; juegos, dinero o internet?

—¡Por ahí no paso! —Añade Nadine enfada, disgustada, —¡como el niño tenga internet con once años mientras que yo tuve que esperarme hasta los doce, la lío! ¡Mamá, lío una guerra que os vais a enterar!

Me posiciono junto a mis hijas que nos hemos apartado del sillón. Mi marido Bastian ha sonreído a nuestro hijo pequeño, este se ha sentado encima de él y ahora se abraza al hombre que educa al niño como le da la gana. ¡Es un exagerado! ¡Qué tonta he sido! He caído como una ilusa en su trampa, mandando por ahí al niño para que espíe a sus hermanas y luego fingir que él sufría un infarto. ¡Todavía no sabe la bronca que le tengo preparada para cuando todos se vayan a dormir!

—Papá, mamá está enfadada.

—Lo sé, sonrío, eso la derrite.

—¡Os estamos escuchando! A mí me importa una mier...

—¡NADINE! —Bastian regaña a la niña.

—Vale, no me importa que tengamos a un chivato en la familia, lo que me importa son la clase de privilegios que el niño haya podido obtener en base a su colaboración secreta con papá. ¿Ha o no ha tenido internet el niño?

—¡NO! —Respondemos Bastian y yo al mismo tiempo.

—Entonces me retiro, la próxima vez que vea al niño dar vueltas a mi alrededor cerraré la boca porque ¡eres un chivato!

—¡No soy un chivato! ¡Papá, regáñale!

—¿Ves lo que has conseguido? —Acuso a Bastian con el dedo.

—Ya que estamos de charla familiar, ¿me dejaréis salir el viernes con unos amigos?

—¡NO!

—Bastian, cállate que ya has dicho bastante. ¿Amigos nuevos?

—No estudian en mi colegio. El hermano de una amiga le...

—¡NO!

—¡Papá! Él trabaja para una asociación que...

—¡NO, NO Y NO! ¡TIENES CATORCE AÑOS! ¿CUÁNDO TE GRABARÁS ESO EN TU MEMORIA?

—Cuando dejes de tratarme como a una niña de catorce años. ¿Me dejas trabajar en todas mis asociaciones benéficas pero no puedo quedar con amigos que no conoces? Os lo presentaré.

—¡NO! ¡NADIE PISA ESTA CASA!

—¡Mamá!

—Hoy no necesitaba esto, —acuso a Bastian con la mirada que se levanta presionando la mano sobre su pecho. El niño casi ha volado de sus piernas, —no les diremos nada.

—Decidme el destino antes de subirme a mi habitación.

—Nadine, no te muevas de aquí.

—Pero papá, es mi...

—¡Cerrad la boca! ¡LOS TRES!

—Pero...

Dulce Bebé quería reprocharle, la mirada de Bastian les ha postrado en la salita de estar y les ha dejado sin aliento.

—Volvemos en un minuto. ¡No quiero más peleas, tenemos que hablar seriamente como hacen las familias normales!

Mi marido nos aparta sacándonos de la salita, cierra la puerta detrás de nosotros y se hace con mi brazo que dirige unos metros lejos de los chicos.

—No, —es lo primero que digo en voz baja —hoy no quiero decirles nada. No me siento con ánimos.

—Protejo a mi familia, Nancy, deberías saber que lo del niño es algo natural, un deber en su vida como hombre, como hombre Trumper.

—Eres un manipulador. ¿Así pretendes educar a Bastian? Porque yo no quiero tener más hijos. Si damos vida a un chico, ¿le ordenarás que nos espíe y le ofrecerás propinas después de darte la información?

—¡No pago a mi hijo, nena! ¡Me parece absurdo! —Ambos susurramos para no

llamar la atención de los niños.

—Me da igual, ¿cómo te atreves a enviarle para que se chive de lo que hagan las niñas? Oh, ¿también te chiva lo que yo hago? ¿Bastian?

—¡No, joder! ¡Esto se me ha escapado de las manos!

—¡Eres increíble, Bastian! ¡Increíble!

—¿Increíble en el sentido de que soy el mejor marido del mundo o increíble en el sentido de que soy el peor marido del mundo?

—Ni un extremo ni otro. Ahora mismo estoy muy enfadada contigo.

—Vamos a entrar en la salita y vamos a decirles lo que teníamos pensado.

—Ya no quiero, Bastian. No puedo lidiar con este estrés.

—¡Mi hija no se irá con ningún desconocido, con ningún chico, ni con nadie que no haya estudiado antes! ¡Su seguridad no es discutible, Nancy!

—Pero hay formas de hablar esos temas, ¡nos preocupamos por tu salud!

—¡Toca mi puto corazón, joder! —Coge mi mano para presionarla sobre su pecho. Tiene razón, su corazón está acelerado, puede que... que haya enloquecido creyendo que había fingido un infarto. —¿Lo notas? ¡Este soy yo! ¡Mi hija no saldrá de casa con un chico! Y si soy un mal padre por proteger a mi hija de chicos-quiero-invitar-te-a-salir, ¡lo soy!

—Te equivocas en las formas, Bastian.

—Soy un neandertal, por supuesto que sí. Lo del niño se me ha escapado. Empezó como una broma y actualmente me chiva si sus hermanas hablan con chicos o no. ¡No he querido, ni he podido pararlo! Una ayuda en casa me...

—¡Bastian, por el amor de Dios!

—Es mi familia. Yo protejo a mi familia, —endurece la espalda arrugando los labios. No tengo nada que hacer. Cuando a mi marido se le mete algo en la cabeza es imposible que razone.

—Seguiremos discutiendo esto más tarde.

—No es una discusión. ¡Nunca discutimos! —Intento apartar mi mano de su pecho pero la mantiene sobre él, —no conozco la palabra discusión desde que me he casado contigo, nena.

—Por favor, ahórrate el palabrerío porque no estoy nada contenta contigo. No necesitaba hoy este ajetreo, no esta tarde, y tú mejor que nadie lo sabe.

—Lo siento nena, lo siento y perdóname por ello, pero... cariño, mi vida, mi cielo, mi amor, mi tesoro, mi bichito...

—No me llames bichito, así me nombra cariñosamente mi padre.

—Está bien, mi diosa, pero sin ánimo de ofender ni de llevarte la contraria; Nancy, yo no he sido el que ha iniciado este desencuentro. Culpa al hijo de puta que quiere invitar

a mi hija a salir con él y culpa a Bastian porque no sabe mantener un secreto padre-hijo, no me culpes a mí, mi vida y mi tesoro.

—¡Eres un mimoso horrible!

—¿Soy tu mimoso favorito?

—El único en mi vida.

—¿El único hombre en tu vida al que mirarás y al que amarás después de nuestro hijo?

—El único —resoplo porque mi marido conoce muy bien mis puntos débiles, cómo tratar mi malestar o mi estado anímico en general.

—Entonces, —besa mi mano, mordisquea mis dedos, —volvamos a la salita y contemos a nuestros hijos que estamos intentando tener un bebé.

—¿UN BEBÉ?

—¿Qué?

—¡Oh Dios mío!

Bastian cierra los ojos al igual que yo. Ambos lo entreabrimos muy despacio, todavía con mi mano cobijada entre las suyas. Los niños estaban escuchando o al menos han escuchado lo suficiente como para conocer la noticia de la forma menos indicada. Mi marido ya se arrepiente, me ha susurrado que lo siente y yo he sonreído porque ya se ha terminado, los niños ya lo saben.

—¿Vais a tener un bebé?

Mi marido se voltea entrelazando los dedos de su mano con la mía que aún no ha soltado y ambos pegamos nuestra espalda a la pared del pasillo. Nadine es la primera en adelantarse, les he dado un vistazo rápido y la impresión sorprendida está escrita en sus rostros.

—¿Un bebé?

—Chicos, queríamos hablar con vosotros sobre...

—¡QUE SEA UN NIÑO! —Mi hijo Bastian exige de brazos cruzados. Se ha posicionado junto a Nadine que ha pasado por delante de su hermano mientras nos mira directamente a los ojos. Salta de las dos perlas cristalinas de su padre a los míos llorosos que parpadean temerosos.

—¡Ni se os ocurra traer otro niño! ¡Quiero que sea una niña!

—¡Ya estás llevándome la contraria! ¡Papá, dile algo!

Bastian se ha quedado sin palabras. Yo me he quedado sin palabras. Esto no lo habíamos planeado, de hecho, hemos cuidado hasta el mínimo detalle para soltarles la noticia con el tacto que se merece.

—¡Cállate, enano! ¡Tiene que ser una niña, por todo lo que queráis, traed a una niña! Aw, será tan bonita. ¿Puedo diseñar su ropa? ¡POR SUPUESTO QUE SÍ! ¡Aw, no lo puedo creer! ¡ME PIDO VESTIRLA! —Nadine levanta el brazo, —¡yo quiero vestir a la

niña y le compraré toda la ropita que vea! ¡Y se la diseñaré, también se la diseñaré! ¡Papá, tenemos que ponernos a trabajar en la colección de bebés! Quiero sacar una colección para cada estación del año y así la vestiré para que vaya a la moda, ¡porque mi hermana pequeña no irá dos temporadas de retraso o tres! ¡Ropa que diseñe, ropa que llevará en exclusiva! ¡Dios, tengo tanto en lo que trabajar!

—¡Jo, que sea un niño! ¡Yo quiero un niño! ¿Por favor?

—Chicos, —Dulce Bebé entra en escena y mi corazón deja de latir, —estáis agobiando a papá y a mamá. ¿Por qué no mantenéis la calma?

—¡No tengo tiempo, estoy pensando en los primeros diseños! —Nadine se ha encarado a su hermana.

—¿Cuándo sabremos si es niño? ¡Sería justo! ¡Tres chicas y tres chicos! ¿A qué sí, papá?

—¿Podéis cerrar vuestras bocas aunque sea un segundo? ¿No veis que están asustados?

—¡Mamá ha dado a luz a tres hijos, tonta! Bueno, y a otros tres que no vivieron, pero ella no está asustada, ¡boba!

—No me hagas burlas porque te boicotaré cada uno de los lanzamientos de tu colección de ropa.

—¡Papá, Dulce Bebé está molestándome!

—¡Nos están escuchando, boba!

—¡Boba tú!

—Tú has empezado primero.

—¿Puedo compartir habitación con mi hermano?

—¡QUÉ NO SERÁ UN NIÑO! ¡Mamá, dile a Bastian que no será un niño!

—¡Será un niño, y seremos dos los que os espiemos!

—¡A lo mejor me chivo yo también de tu escondite secreto!

—¡Lo negaré, Dulce Bebé, lo negaré!

—¡Pues no te chives más! ¿Y luego te quejas porque no eres una niña y te ignoramos?

—¡Os encerráis en vuestra habitación para hablar de cosas de chicas! ¡Me discrimináis!

—¡Nunca quieres quedarte, siempre te ofrecemos que te quedes!

—¿Con vosotras? ¡Arrgg, antes vomito!

—Chicos, vosotros seguid a lo vuestro mientras que yo ideo cómo serán los vestiditos tan adorables que diseñaré. ¿Cuántas veces podré cambiar al bebé de ropa? ¿Y el nombre? ¿Cómo se llamará la niña? ¡Aw, también haré una lista!

—¡Será un chico!

—¡Qué no, enano, será una niña!

—¡Papá, dile algo a estas dos!

—Mantengamos la calma, —por fin Dulce Bebé recapacita y se da cuenta que su padre y yo nos hemos quedado sin aliento —¿es lo que queríais decirnos? ¿Esa era la noticia?

Bastian asiente, yo le imito porque no encuentro las palabras en mi garganta.

—¿No nos vamos de viaje? —Sopasa Nadine, —¡a quién le importa, tendré una muñeca a la que vestir! ¿Cuándo nacerá? ¡Mamá, se te nota muchísimo el embarazo, tienes que cuidar las caderas a tu edad!

—Ems, —susurro y Bastian aprieta mi mano —chicos... yo no... todavía no...

—¿No estás embarazada? —Dulce Bebé termina la frase por mí y yo niego haciendo una mueca. El niño es el primero que salta de alegría.

—¡Menos mal! ¡Empezad de nuevo para que sea un chico!

Todos abrimos y cerramos la boca intentando comprender al niño. El pobre no sabe nada sobre embarazos. Ojala pudiera contarle que el sexo del bebé no depende de mí o de su padre.

—Pero... papá ha dicho antes que...

—¡Calla Nadine, acabo de pillarlo! Estáis intentando tener un hijo pero todavía no te has quedado embarazada.

¡Por fin! Mi marido y yo asentimos a la conclusión de Dulce Bebé.

—¿Habrá o no habrá bebé?

—¡En ello están, enana!

—¡No me llames enana, soy más alta que tú!

—¿Hay o no hay niño?

—Bastian, habrá niño o niña muy pronto. Lo que papá y mamá querían decirnos es que... bueno... ellos... ellos están en ello.

—Oh Dios, ahora viene lo asqueroso, ¿verdad? ¡Yo me voy! Necesito trabajar seriamente en el primer diseño, quiero estar preparada para cuando nazca el bebé.

—Nadine, son nueve meses o más. Mamá todavía no está embarazada.

—Que sí, que sí, pero se quedará embarazada y tendrá una niña.

—¡Un niño!

Bastian sigue a su hermana Nadine y desaparecen por el pasillo. Dulce Bebé nos mira con admiración.

—¿Enhorabuena? — Por favor, que mi marido le diga algo antes de que comience a llorar e inunde la casa con mis lágrimas, —¿vamos a tener otro hermano?

—Sí —susurra Bastian.

—Es genial.

—¿De veras? —Pregunto asustada.

—¿Es que acaso dudabais de nuestra reacción? ¿Os imaginabais que nos íbamos a mudar al polo norte si un bebé llegara a la familia?

—¡Culpa a tu madre!

Acuso a mi marido con la mirada, él ha bromeado porque me ha apretado fuerte contra su pecho.

—Tenemos que hablar sobre eso.

—¿Por qué, mamá? ¿Estás enferma? ¿Embarazada?

—Estoy sana, cariño, solo es que...

—Nos está costando tener al bebé, —Bastian me ayuda—quizá él o ella no venga en un largo periodo de tiempo. Puede que pasen años hasta que tu madre quede embarazada.

—Lo importante es que nazca, y que mamá esté bien en el parto, por lo demás, ya vendrá.

—¿La oyes, nena? —Mi marido besa la cima de mi cabeza porque ya estoy llorando, —la niña tiene razón, lo importante es que tanto el bebé como tú estéis sanos.

Dulce Bebé asiente lanzándose a mis brazos. Bastian gruñe orgulloso mientras se dirige a nuestros otros dos hijos que discuten a pleno pulmón el sexo del bebé. Necesitaba esta fuerza, la fuerza que mis hijos solamente podrían ofrecerme. Sé que cuento con el apoyo incondicional de mi marido Bastian, pero los niños tocan la fibra sensible de mi corazón.

Juntas, andamos hasta el epicentro de nuestro hogar; la cocina. Nadine acaba de retar a su padre ayudándose de su hermano que la apoya, ella se ha subido en la encimera y rebusca dentro del armario.

—¡Aquí está! ¡Toma Bastian, que no lo atrape papá!

—¡Te vas a caer, NADINE! ¡Baja inmediatamente de ahí! ¡Bastian, no vuelvas a morder mi brazo! Tu padre se hace viejo y... ¡no saques el chocolate!

—¡Ah! ¿Ya habéis venido? ¿Quieres chocolate, Dulce Bebé?

—Aw, siempre. Dame mis chokolatinas favoritas.

—¡Estamos de celebración, te daré todas las chokolatinas que mamá tiene guardadas para ocasiones especiales!

—¡Las caries, los azucares, la cafeína...! ¡Nena, los niños, los niños se mueren!

Bastian se voltea presionándose la mano sobre el corazón, yo, sonriente apoyada en la isla de nuestra cocina cojo al vuelo una bolsa de chokolatinas.

—Es nuestro día especial, nuestro día de celebración. ¿O prefieres que beban champán?

—¡No!

—Los niños están ilusionados con la noticia.

—¿Y tú, estás ilusionada? —Ha logrado llegar hasta mí sin morir en el intento, —¿crees que esta noche será la noche?

—Puede, —muerdo una chocolatina y se la entrego con mi boca. Bastian ha masticado el chocolate haciendo muecas porque lo detesta, —puede que esta noche permita que cubras todo mi cuerpo con tu sirope de fresa favorito mientras me haces el amor, luego podrás chuparme de arriba abajo y yo disfrutaré cada segundo de esa imagen.

—¿Deberíamos castigar a los niños y empezad con la fiesta ya?

—Tendrás que esperar.

—Pero antes de eso, antes de que nos encerremos en nuestra habitación quiero dejar claro que mi hija no saldrá con chicos y que mi chico seguirá contándome lo que vea.

—¿Es una decisión irrevocable?

—Es una decisión muy irrevocable. En mis hijas, en mi hijo y en mi esposa mando yo. Y te casaste conmigo sabiéndolo.

—Bien, lo acepto.

—Buena chica.

—Aunque a cambio quiero algo, —presiono mi cintura sobre su cuerpo y mi marido vibra por la sensación, —quiero que tú, Bastian Trumper, hagas lo que yo te diga siempre que yo te lo diga. ¿Entendido?

—Siempre.

—Buen chico. Porque yo haré con mis hijas, con mi hijo y con mi marido lo que me dé la gana, y ni tú, querido, ni nadie, podrá quitarme el placer de veros felices bajo mis órdenes. ¿Te ha quedado claro?

—¿Acabas de anular mi poder en nuestra familia, Señora Trumper?

—Acabo de anularte, sí.

—Me has puesto cachondo hablándome así. ¿Por qué no te guardas unas líneas para más tarde? Quiero seguir oyendo el cuento que te has inventado.

—¿Cuento? Oh Bastian, en casa también mando yo.

—Señora Trumper, mando yo.

—¡GUERRA DE CHOCOLATE!

Los niños comienzan a gritar entre risas mientras nos lanzan chocolatinas a la cabeza. Mi marido ha conseguido ocultarnos detrás de la isla. Bastian ha sido el primero en cruzar este tipo de frontera imaginaria para lanzarnos bollitos de chocolate que indignaría a mi cuñada Jocelyn, y su padre lo ha atrapado por el tobillo. Jugando, sus hermanas salen de su escondite ayudando al niño y restriegan chocolate a mi marido. Dulce Bebé sonrío aplastando tabletas de chocolate que introduce por los pantalones de

Bastian, Nadine lo hace todo tan delicadamente que llorará cuando se vea la mancha de su pelo y mi hijo pequeño no para de sonreír.

Yo sigo aquí escondida viendo a mi familia, a los únicos seres en este mundo que giran alrededor de mi vida. El embarazo llegará cuando quiera, y si no me quedo embarazada no pasa absolutamente nada porque mi marido y mis niños ya completaron mi felicidad. Todos ellos son lo único que importa, que sientan el amor que les profano cada día de mi existencia.

Nunca podré agradecer a Bastian lo suficiente por haberme dado tres hijos maravillosos y una vida de ensueño. Mi amor por mi familia siempre será eterno en mi corazón.

UNA TARDE INTENSA

JOCELYN

Brinco felizmente por casa hasta la lavandería, deposito algunas prendas de los niños que me he encontrado tiradas y ajusto mi pelo mientras evalúo mi rostro frente al espejo. Estiro toda mi piel, hago muecas, masajeo mis ojeras y entreno mis labios mientras la lavadora comienza a funcionar. Compruebo que mi atuendo sea informal para la salida de esta tarde, ser una jueza es divertido pero deja de serlo cuando me encasillan como una mujer repelente, remilgada y seria, no lo soy. Subo la cremallera de mi pantalón vaquero, aliso la blusa color salmón que me regaló mi cuñada Nancy y beso la cadena de oro con las iniciales de mi familia. Mi cabello ya es otro mundo, por mucho que lo encaje en lo alto este se desliza hacia abajo, no me preocupo en fijarlo arriba y lo sujeto perfectamente justo detrás de mi cuello. Hoy me he puesto las joyas que me regaló mi marido en uno de nuestros últimos aniversarios.

Las voces en la cocina me animan a asomarme para ver qué están haciendo. Mi suegra se ha rodeado de chicas; mis sobrinas Rachel y Nadine, y mis dos hijas. Ellas están esparcidas por el espacio mientras que Margaret cose una camisa que le habrá entregado mi marido para no oír sus quejas. Es su niño, su ojito derecho, su media naranja... Sebas cumplirá los ochenta años y su madre continuará tratándole como si fuera un niño pequeño. Adoro su relación, adoro todas las relaciones madres e hijos, ojala la mía estuviera viva.

Las más pequeñas Maggie y Rachel siguen las instrucciones de mi suegra mientras hacen una tarta; no me pondré nerviosa, una tarta no significa engordar ni que nadie engorde, podrían usarla para otra cosa que no sea comérsela. Las mayores Jocelyn y Nadine hablan emocionadas de sus cosas mientras conversan también con su abuela, escasamente en media hora se les activa internet y Margaret aprovecha su tiempo con ellas.

No soy una negada para internet, quiero decir, mi cuñado Bastian es un hombre obsesivo por el control de sus hijos y él batalla duramente con las horas de las conexiones. Sebas y yo no somos como él, siempre y cuando se mantenga una relación estrecha con un menor, ¿por qué no usarían algo que está ahí para todos? Nosotros no permitimos a nuestros hijos que se conecten a internet, pero es cierto que Jocelyn lo necesita para sus estudios y controlamos lo que hace todos los días durante dos horas. Ella navega buscando videos de conciertos acústicos, información de sus clases de piano, violín y saxofón, y realmente despierta su interés cualquier artículo que se relacione con la historia. Mientras que mi hijo Sebas prefiere coger los libros de la biblioteca de su padre, Jocelyn prefiere investigar en internet. Sin embargo, mi hija Maggie todavía no se ha interesado por internet, mi marido a veces le presta su tablet para que juegue un rato pero ella se entretiene mucho más ideando trastadas junto a su prima con la que habla por teléfono cuando no están juntas. Y eso casi nunca sucede porque son inseparables.

—Hija, pensé que os habías ido sin despediros.

—Margaret, eso nunca pasaría.

Beso la cara de mi hija Jocelyn, la de mi sobrina Nadine, la de mi sobrina Rachel y la de mi hija Maggie que pone en mi boca un trocito de chocolate.

—La abuela nos deja hornear una tarta, dice que va a ser la más grande que hemos visto.

—¿Ah sí? ¿Luego os encargaréis también de limpiar lo que ensuciéis?

—No mamá, para eso ya está la abuela.

Palmeo los traseros de las pequeñas inocentemente mientras ruedo los ojos, continuo con la ruta de besos hasta mi suegra que sigue ensimismada con la camisa de mi marido. Y hablando de Sebas, debería estar por aquí, se ha cambiado de ropa antes que yo y habíamos quedado en la cocina.

Me siento a su lado asintiendo a sus quejas de sus otros dos hijos que no la atienden tanto como mi marido. Desvío la mirada a sus manos, la mujer es capaz de controlar un mundo si ella se lo propone porque se encarga de dar instrucciones a las pequeñas, de seguir la charla contigua de las mayores y de prestarme atención mientras a su vez cose rápidamente la camisa de su hijo favorito.

Margaret me odiará, me odiará mucho más que a Sebas aunque le digamos que la idea de irnos fue totalmente suya. Me culpará, me señalará y me sentenciará por haberle arrancado de su vida a su hijo favorito y a tres de sus nietos. Espero que piense en mí cuando nos acuse de cuán terribles somos por abandonar la ciudad y comenzar una nueva vida en una isla, todavía no hay nada definitivo, todavía no estamos seguros al cien por cien que nos vayamos a adaptar, pero mi suegra tendrá que esperar aquí mientras nosotros hacemos lo que tenemos que hacer por el bien de nuestra familia.

La echaré de menos, echaré de menos a mi suegra, a mi suegro, a mis cuñados y toda una vida que también dejaré en la ciudad. Ahora, la idea de marcharnos no suena tan terrible porque cuento con el apoyo incondicional de mi marido Sebas, si no nos adaptamos o no somos felices nos volvemos a la ciudad y retomaremos nuestra rutina, pero si todo cambia y resulta que allí los niños se desenvuelven bien, encuentro trabajo o mi marido algo que hacer nos instalaremos en una isla desierta.

Tanto Sebas como yo hemos elegido ya la fecha del acontecimiento catastrófico, primero están nuestros hijos, nos lo llevaremos fuera de la ciudad el primer sábado de las vacaciones de verano y el domingo se lo comunicaremos al resto de la familia en la barbacoa. Nuestra última barbacoa familiar. Todavía no me he concienciado de cuánto echaré de menos esos domingos de locura y cuánto echaré de menos no haber comido la comida que cocinaba mi suegro. No, calma Jocelyn, no llores por lo que dejaremos aquí, sino por lo que lograrás allí.

—Hija, ¿te encuentras bien? ¿Por qué no me dejas que te haga la merienda? Esas barritas no son buenas para ti. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Es que no me comes nada, dímelo, dímelo ahora que no te oye mi hijo, ¿se ha metido contigo por tu peso? Porque juro que le pego una paliza. Y mira que siempre se lo he dicho, ¡respetar a tu mujer!, y nada, él se...

—Margaret, —sacudo la cabeza sonriendo mientras me reservo las ganas de llorar —a su hijo le gusto con cien kilos de más.

—Recupéralos. ¿Te crees que esas semillas son comida? ¿Te crees que tu organismo no necesita sus nutrientes?

—Huh... como muy bien. De verdad. Parece que no pero como perfectamente, ¿a qué sí chicas?

—Papá dice que mamá come comida para pájaros —¡cómo no, mi hija vendiéndome!

—¿La oyes, Joce? Maggie dice la verdad.

—Sí, ya veo que sí —entrecierro los ojos a mi pequeña que se enrojece como yo.

—Entonces haznos caso. Voy a prepararte un caldo de...

—Huh, no ahora, —beso su cara y me levanto —tengo que buscar a tu hijo. Nos tenemos que ir.

—Yo quiero ir con vosotros.

—No, Maggie, no puedes venir esta vez.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos que pasarnos por el despacho.

—¿Tenéis internet ilimitado?

—No, Nadine, no tenemos internet ilimitado.

—Entonces yo prefiero quedarme con la abuela.

¿No será que mi suegra tiene internet en su móvil y se lo dejará cuando nos vayamos? Mi marido no dice nada si la ve hacer sus jugadas por conseguir internet, pero está muy unido a sus hermanos y Bastian es como su alma gemela, seguramente se lo cuenta porque se le ha escapado o porque para él no significa nada que la niña use internet fuera de sus horas establecidas. No es la primera vez que sucede, nuestra sobrina suele venir a casa porque sabe que mi suegra está siempre aquí y ella no le negará nada. Es una Trumper que nos saca ventaja a toda la familia, la niña piensa con astucia y planea sus movimientos. Echaré de menos a mi sobrinita, los echaré de menos a todos. ¿Qué será de mí sin el amor de mis sobrinos?

Trago saliva saliendo de la cocina, susurrando que volveré pronto. Un minuto más dentro mirando las caras de las chicas y juro que hubiera estallado en lágrimas. No es que quiera irme o quiera quedarme, es que me intriga y me da miedo salir de mi zona de confort. Sé que Sebas, los niños y yo estaremos bien, pero, ¿cómo será nuestra nueva vida, seremos felices allí, estaremos igual de unidos?

—¿Sebas? ¿Sebas, dónde estás?

Le nombro mientras camino por nuestro hogar, recordando cada rincón en los que he sido muy feliz junto a mi familia. Los chicos ya son tan independientes que ni siquiera necesitan que les atienda como cuando eran bebés y babeaban. Entonces, era mi

marido el que los sostenía en brazos para que yo descansara. Fueron los mejores años de mi vida, si por Sebas fuese yo ya hubiera dado a luz a unos quince o veinte hijos, pero supe decirle a tiempo que con tres éramos más que suficientes.

—¿Sebas? ¿Rey?

Escucho el ruido de la televisión en la sala de cine donde juega nuestro hijo, puede que él esté jugando con el niño. Al descender la escalera, girar un pasillo y proseguir en recto hasta un último pasillo, me encuentro a mi marido plantado en la puerta mientras observa detenidamente.

—¿Amor? —Me ha escuchado, he alzado la voz y mis tacones suenan. Vigila ajeno a que estoy llamándole, es consciente de mi presencia. —¿Sebas, va todo bien?

Me asomo porque la puerta está entreabierta, mi marido no ha cedido ni un centímetro de su espacio y he tenido que apartarle para ver a mi hijo jugar a la videoconsola con sus amigos. Hoy nos había pedido permiso para invitarles a casa, por supuesto que hemos aceptado, menos mi marido Sebas que se ha quejado poniendo como excusa la visita de su madre y nuestra salida para hacer recados. Pero finalmente ha decidido aunque nos haya costado una pequeña discusión, mi hijo es el niño más bueno que existe en el mundo; saca buenas notas, es responsable, tierno y dulce. Además, Sebas sabe retirarse a tiempo cuando mis sobrinos le son una mala influencia, él se exculpa de las trastadas que hacen sus primos porque mi niño jamás las haría. Es el trocito de cielo de mi marido, su mano derecha y su mano izquierda, están muy unidos y Sebas piensa que ya no le necesita tanto como antes. Ni siquiera nuestra hija pequeña Maggie.

—Te he estado llamando, ¿por qué no respondías? —Abrazo la cintura de mi marido y mi corazón se encoje, no responde a mi tacto y el rechazo hiere mis sentimientos. Aprieto mi dedo índice en su hombro. Nada. No consigo nada. —¿Todavía estás molesto porque haya invitado a sus amigos?

Gruñe.

Siempre gruñe cuando algo no le parece bien. Incluso cuando le parece. Mi marido es un hombre bastante gruñón.

—¿Sebas? Vámonos antes de que venga Bastian a recoger a Nadine y te culpe por haberla dejado sola con internet. ¿Sebas? —Prosigo moviendo a mi marido, siguiendo la misma ruta de visión que sigue él. Tres niños juegan junto con nuestro hijo ajenos a que estemos en la puerta. Me siento mal. —Sebas Trumper, la Señora Trumper se enfadará como no te manifiestes. ¿Qué está pasando? ¿Sebas?

—Es... es...

—¿Sí? —Procuro analizar su periferia, —¿qué ocurre?

—¡Ese niño! —Sisea, —¿lo estás viendo?

—¿Qué niño?

—El de la camiseta azul. El hijo de McGinfer.

—¿Stefan? ¿Qué ocurre con Stefan?

—¡Estás ciega, Juce! —Mueve mi cuerpo posicionándome delante de él,

poniéndome una de sus manos debajo de mi barbilla mientras me inmoviliza, —¡mírale, maldita sea!

—Le miro, Sebas. Le miro. ¿Qué sucede?

—¿Es qué no aprecias lo que tienes delante? ¡Está tocando su brazo! ¡Mírale! ¡Mira cómo finge el pequeño hijo de puta! ¿Lo ves, lo has visto?

—¡Sebas! —Le golpeo tres veces seguidas, —¿te has vuelto loco?

—Ese McGinifer viene a casa, mete a mi hijo en una sala de cine, se sienta a su lado y lo, lo... lo... ¡lo toca!, ¿y soy yo el loco? ¡Mírale!

Los niños permanecen concentrados en la pantalla, se han sentado juntos y todos mueven sus brazos siguiendo la trayectoria del coche en el juego. Stefan es el mejor amigo de Sebas, sus padres son abogados y amigos nuestros, los niños tienen la misma edad y van juntos a la misma clase.

—Salgamos de aquí.

—Yo. No. Me. Voy. No confío en ese hijo de puta. ¿Lo has visto? Se está aprovechando de mi hijo, Jocelyn. ¡No lo consentiré!

—¡Son niños, por el amor de Cristo! ¡Niños!

—¡Me da igual! Yo a sus edades ya levantaba las faldas de las niñas y no pensaba en otra cosa que en follar.

—¡Sebas! —Levanto una ceja y me cruzo de brazos. Es la primera vez que me ha mirado a los ojos.

—Señora Trumper, me da igual su opinión. No permitiré que nadie toque a mi hijo.

—¡Eres un paranoico!

—Seré un paranoico, pero es mi obligación protegerle de niñitos rubitos que quieran salir con mi hijo. ¡Es un cerdo! Se aprovecha de... ¿has visto eso? ¡Ha invadido su espacio!

—Era una curva —ni siquiera he mirado dentro de la sala porque esta conversación me parece absurda.

—¿Tú qué vas a decir? —Susurra.

—¿Disculpa?

—Lo consientes demasiado. Sabías que esta tarde teníamos que hacer recados fuera y has ignorado mi decisión de impedirle que traiga chicos a jugar. ¡Los chicos están prohibidos en esta casa! Quiero entrar ahí y retorcerle el cuello a ese gilipollas, ¡mírale, Joce, mírale! ¡Se está aprovechando de mi hijo! ¿Has visto eso, has visto cómo le ha sonreído? ¿Qué será lo próximo que suceda, que ese ‘Mcgrifo’ me pida permiso para casarse con mi pequeño? ¡Oh, no cabrón, jamás te casarás con mi niño!

—Sebas...

—¡Eso ha...! ¡Eso debería ser ilegal! ¡Es la última vez que invita a sus amigos! ¡Si quiere que invite a chicas como debería ser! ¡Chicas, no chicos!

—Sebas...

—¡Han chocado las palmas! ¡Ven, acércate Jocelyn, acércate! ¡Está babeando con el culo de mi hijo! ¡Se ha levantado a toquetear la videoconsola y el ‘Mcgrifo’ ha soltado sus babas y ha soñado con el culo de mi niño! ¡Jocelyn, Jocelyn!

—¡Olvídame! ¡Y vete a dormir con tu madre! ¡No te quiero cerca de mis hijos!

Asciendo los escalones porque había dejado a mi marido delirando. ¡Son niños! Ellos no hacían nada que no aprobara cualquier madre, ¡jugar a la videoconsola juntos como siempre! Mi marido Sebas se encuentra alterado desde que nuestro pequeño confesó que le atraen los chicos, y desde entonces él se ha vuelto loco. ¡Loco!

Piensa que todos los amigos de nuestro hijo deberían pedirle permiso para acercarse a él. Redactar una especie de informe o test psicológico, ficharlos legalmente por si alguno se atreve a hacerle daño. Sebas es especialmente protector con el niño, Jocelyn y Maggie son pequeñas y todavía puede protegerlas, pero está enloqueciendo inmensamente con nuestro hijo porque cree que es guapo y todos los chicos querrán poner sus manos sobre él. A veces solamente asiento mientras mi marido se desahoga planeando cómo un buen juez y un padre que quiere alejar a los chicos de su hijo. Intento no meterme en su cabeza o razonar con él porque es un Trumper, un Trumper protegiendo a su cachorro de una amenaza.

Mientras tanto, soy yo la que soporto las locuras obsesivas de mi marido que desearía con todas sus ganas impedir que los chicos respiren el mismo aire que nuestros hijos. Precisamente él me detiene a unos cinco escalones de llegar arriba.

—¡No te pones en mi lugar!

—¡No te pones tú en su lugar! ¡Es un niño!

—Veo cosas, Joce, veo cosas y no me apoyas

—Te apoyaría si argumentaras con hechos, REALES, lo que te molesta. ¡Once años! No todos los niños son tan salidos como lo eras tú.

—Ah, ahora tengo a la reina enfadada —susurra cortándome el paso e igualando nuestros rostros en la escalera.

—¿Enfadada porque con once años ya estuvieras pensando en follar? Oh, no querido, no es así.

—A los once años ya pensaba en encontrar a la estrella de mi firmamento.

—Señor Trumper, no te librarás de esta. No me ha gustado lo que he visto.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias!

—¡No me refiero a los niños, me refiero a ti! Si con once años enloqueces porque crees que los amigos de nuestro hijo le meten mano, ¿qué será de ti cuando tenga novio?

—¡Mi hijo no tendrá novio!

—Huh... Sebas, tu ADN Trumper está empeorando.

—¡Ningún chico se acercará a mi hijo, Jocelyn, no bromeo con mi hijo! ¿Te

gustaría que cualquier hijo de puta tocara el cuerpo de nuestro hijo? ¡Nuestro hijo, nosotros lo hemos creado y es de nuestra propiedad!

—Necesitas. Ir. A. Un. Médico.

Subo el resto de escalones con su respiración resoplando en mi cuello. Cuando salimos de la zona de juegos cierro la puerta, Sebas fija sus ojos cristalinos en mi mano, está enloqueciendo porque ahora los niños juegan solos sin supervisión adulta.

—Joce.

—Sebas, —alzo mi barbilla —tenemos que irnos.

—No me iré de casa hasta que ese niño no se aleje de mi hijo.

—¿Quieres que la llame?

—No. Te. Atrevas. Les diré a los niños que se ha acabado el juego por hoy.

—¡Margaret! —Apoyo mi espalda en la puerta, —¡Margaret, ven un momento, tu hijo no quiere que nos vayamos!

Maggie ha sido rápida, aparece lanzándose contra su padre y la sube en el aire mientras le chupa el chocolate de sus dedos.

—¡Papi, pensaba que te habías ido!

—¿Irme sin despedirme de mi princesita?

—Soy reina, soy la reina, ¿a qué sí mamá?

—Por supuesto. ¡Margaret, Margaret!

—¿A qué vienen esos gritos? —Rachel empuja a su abuela jugando con ella.

—Dentro de hora y media vendrán a recoger a los amigos de Sebas.

—¡Jocelyn, conozco a sus padres, no les entregaré los niños a desconocidos! Hijo, no te compres más camisetas en esa tienda, ¡vienen rotas!

—Margaret, échale un vistazo a los niños.

—Grábalos si es necesario —añade mi marido que juguetea con Maggie.

—Ahora nos bajaremos todas abajo, quieren enseñarme a jugar a los bolos. Si yo contara la de tardes que he pasado con mi Sebastian en los bolos y la de cosas que...

—¡Madre, madre! ¡Por favor!

—Margaret, vigila a los niños y cuida de las chicas, aunque ellas no necesitan que nadie las cuide, ¿a que no? —Beso a mi sobrina Rachel y los labios de mi hija Maggie, sabe a azúcar y no me siento tan mal por haberlo probado. No me salto las reglas. Ha sido una ligera probada del alimento prohibido.

Nos despedimos de las chicas que nos acompañan hasta la entrada. Sebas ha preparado la moto y se ha subido en ella, Maggie no se despegaba del cuello de su padre y él la promete que le traerá un regalo. Cuando las más pequeñas se meten dentro de casa porque mi suegra ha gritado que la tarta se estaba quemando, sale Jocelyn que es empujada por mi sobrina Nadine.

Mi marido me ha ayudado a subirme en la moto, me ha ajustado el casco y él está a punto de subirse también para irnos.

—Mamá, ¿podemos hablar antes de que os vayáis?

—Claro, mi vida, ¿es el examen de mañana, quieres que lo repasemos esta noche?

—No, no, el examen lo tengo controlado.

—¡Esa es mi chica!

Sebas se ha montado en la moto, ha agarrado a Jocelyn por la cintura y la ha arrastrado a su cuerpo para propinarle en un beso sonoro en la cara. La niña enrojece, a mis hijos y a mí nos pasa lo mismo.

—¿Puedes ir allí un momento? —Señala la puerta de entrada donde se encuentra Nadine sonriente.

—Meteos en mi despacho, allí hay conexión.

—No es eso, papá. Bueno, Nadine sí querrá que... huh... quiero decir... no, eso no... ¿mamá, puedes?

—Jocelyn, me estás preocupando.

—Es que necesito que me compres una cosa. Por eso tengo que decirte qué es.

—Ah, —llevo una mano a mi garganta mientras me recoloco el casco, —me habías dado un susto de muerte. Pensé... huh... una madre siempre piensa en lo peor y...

—¿Te bajarás de la moto para que te lo diga o no?

—Eh, esperad, ¿me estáis excluyendo?

—Son cosas de chica, papá. Cosas. De. Chicas.

Sebas y yo nos quedamos sin aliento, perplejos, enmudecidos, pálidos.

—¡Suéltalo ya de una vez! —Grita Nadine.

—Huh... huh... oh... no es... no esa cosa roja de... no...

Mi marido y yo volvemos a recuperar el oxígeno. Por un momento habíamos pensado que Jocelyn manchaba. Sebas tiene pesadillas con eso, se burla de Bastian, pero él también actuará como su hermano cuando la niña luche cada mes con la menstruación.

Para nuestra pronta tranquilidad, Sebas se reajusta el casco recuperando parte de su vida y finge que no está delante mientras atraigo a Jocelyn. Nuestros hijos tienen mucha confianza con nosotros, no sé qué necesita, seguramente algo que su padre le haya prohibido.

—Dime.

—Aquí no, él nos... huh... papá está delante.

—Tiene el casco, no nos escucha. ¿Qué quieres que te compre?

—Es que... yo... da igual... huh... luego lo...

—Joce, pídemelo.

—¿Vais al centro?

—Jocelyn, no temas a pedirnos aquello que necesites —Sebas ha arrancado la moto y mi hija se ha echado prácticamente encima de mí para llegar a mi oreja.

—¿Me compras un sostén?

—¡NO! —Sebas apaga el motor de la moto.

—¡Estabas escuchando! ¡Podría denunciarte por ello, invades mi privacidad!

—¿Un sostén? ¡¿UN SOSTÉN?! Jocelyn, Jocelyn creo que me está dando un infarto.

—Papá... huh... ¿mamá?

—¡¿UN SOSTÉN?!

—Sebas, arranca la moto. Tenemos que irnos. Jocelyn, mi vida, te prometo que iremos a comprarte un sostén cuando volvamos. Será como nuestra noche de chicas.

—¿De verdad?

—¡NO!

—Sí, saldremos de compras y cenaremos en un restaurante vegano. Solas, tú y yo.

—Gracias, mamá.

—¡NI PENSARLO!

—Te quiero, papá —Joce le da un beso a mi marido y se reúne con mi sobrina, les indico que cierren la puerta mientras golpeo la cintura del hombre rígido que tengo delante de mí.

—Sebas...

—Jocelyn, ¡NO! ¿Os habéis propuesto fastidiarme hoy? ¡A mi hijo le están toqueteando, mi hija quiere un sostén, mi pequeña come chocolate y mi esposa lleva las tetas fuera! ¡HOY os lo habéis propuesto!

—Te dije que pronto necesitaría un sostén. El uniforme de la orquesta le queda pequeño, nuestra hija está creciendo mucho.

—¡Y malditamente la solución es ponerle un SOSTÉN que diga si-eres-un-chico-puedes-manosearme!

—Sebas, respira profundamente, si luego estás de buen humor te dejo que me manosees las tetas.

—¡Joce, no te burles de mí!

—Arranca la moto, hoy estás un tanto nervioso.

—¡Vosotros me ponéis nervioso! ¡No viviré lo suficiente como para controlar todo lo que tengo que controlar!

—Si no fueras tan testarudo, huh, discúlpame señor juez, vivirías lo suficiente. No

gruñas porque pareces un abuelito refunfuñón.

—Menos mal que nos vamos a vivir lejos de las amenazas continuas.

—Sebas...

—Allí no habrá chicos que metan mano a mi hijo, ni sostenes que den acceso a que todos los chicos toqueteen las tetas de mi hija, ni mucho menos ¡gente! ¡Odio a la gente!

—Yo odio que no hayas arrancado ya. Salgamos de aquí, las niñas pueden oírte.

—¡Qué lo hagan, así me ahorro tener que regañarles cuando les prohíba todo lo que tengo que prohibirles!

Espero unos segundos a que respire profundamente y me hago con una de sus manos que llevo a mi pecho. Sonrío mordisqueándole la oreja, ese gruñido ha sonado diferente y mi marido arranca la moto.

Como Sebas es un Trumper conduce como un maldito Trumper por la carretera sorteando los coches. El viento sopla en nuestros rostros, él lleva sus gafas pero yo me las he olvidado, por eso me escondo en la espalda de mi hombre que nos traslada a un lugar en concreto.

Quince minutos más tarde Sebas aparca delante de un club y ya he tenido que levantar la mano para saludar a unas amigas. También le han saludado a él, aunque no ha sido reciproco. Se ha empeñado en sacarme el casco, en ayudarme a bajar de la moto y en cogermelo fuertemente de la mano mientras entramos. Nos cruzamos con varios amigos que quieren charlar, Sebas no está de humor. Incluso en recepción nos han dado las buenas tardes y he tenido que susurrar que no tenemos tiempo. Arrasamos apartando a la gente de nuestro camino.

Mi marido abre la puerta de un despacho sin llamar, en la placa se lee perfectamente que es propiedad privada y el hombre que se levanta de su asiento ya dibuja una sonrisa en su boca.

—¡Qué bueno verles, Señores Trumper! Señora Trumper, un placer.

—Hola Michael.

Sebas ha ignorado completamente al hombre que nos ha mostrado respeto, me ha movido para que camine delante de él y hemos entrado a la fuerza en otro despacho que se encuentra al fondo de un corto pasillo. Es la gerencia del club, el despacho oficial del jefe, y mi marido ya lo ha levantado a la fuerza de su sillón para teclear en el ordenador.

—Se... Señor... Señor Trumper, ¿hay algún problema?

—Tú serás mi problema como mires a mi esposa.

Este hombre está casado, conozco a su mujer y vamos juntas a clase de yoga. No entiendo la actitud de Sebas. No es por lo que estamos haciendo, ni por lo que ha sucedido en casa, Sebas está enfadado por otro motivo.

—Disculpe, ¿le importaría dejarnos solos un segundo?

—Como desee, Señora Trumper.

Espero a cerrar yo misma la puerta mientras pongo las palmas de mis manos en la mesa.

—Sebas.

—¡No me gusta cómo te miran en este club!

—¿Tienes que ser tan borde? ¿Es esta la huella que quieres que dejemos en este club?

—¡Me importa una mierda el club, pero no me importa cuando los hombres ponen sus malditos ojos en ti! ¿Qué le pasa a esto? ¡Michael, Michael!

Cuando Sebas se siente celoso es imposible hablar con él. ¡No entra en razón!

Michael aparece sonriendo, sin mirarme, sin respirar y sin fijarse en otra cosa que no sea mi marido. El jefe se habrá escondido o tal vez a esta hora esté conduciendo a un estado lejos de Sebas, le respeta demasiado como para mantenerse en pie siempre que se lo encuentra.

—¿Señor?

—El sistema de baja no funciona. ¿Por qué mierda no funciona?

—¿Disculpe? —Sebas levanta la vista de la pantalla para aniquilar al hombre, —perdón, no le he entendido. ¿El sistema de baja?

—Sí, el sistema de baja. No puedo dar de baja a mi familia.

—Señor Trumper, lo siento muchísimo. Realmente lo siento. ¿Ha ocurrido algo en estas instalaciones? No querríamos que os marchaseis por un malentendido. Dígame qué le molesta y solucionaré el problema personalmente.

—Quiero acceder al sistema de baja.

—Permítame que...

—¡Escríbeme la puta clave en este papel y lárgate de la oficina!

—¡Sebas!

Mi marido sigue con la vista al hombre mientras escribe y se marcha del despacho con la cabeza agachada, sin mirarme.

—Joce, ¡no!

—¡Hoy duermes en casa de tu madre!

—Si querías una acampada en su jardín solo tenías que habérmelo dicho.

—¿Por qué estás tan borde?

—¡No lo sé! ¡Ellos me ponen nervioso!

—Esta tarde debería haber sido memorable, distinta, triste...

—¿Porque hayamos decidido darnos de baja en los clubs?

—Porque es el fin de una era, Sebas.

—Reina, ni se te ocurra echar una lágrima. No lo permitiré.

—Pues al menos muestra un poco de sensibilidad. ¿Era necesario darnos de baja en todos los clubs?

—No quiero que nada nos ate en la ciudad.

—Disculpen, ¿Señor Trumper? —Michael entra de nuevo en el despacho tras tocar y mi marido le mira atentamente, —tiene una llamada. El Señor Trumper quiere hablar con usted.

—¡No puedo! ¡Y dile que me deje en paz, mi maldito bolsillo no para de vibrar!

—Traiga, yo hablaré con mi cuñado. Muchas gracias, —cojo el teléfono inalámbrico.

—Para servirle, Señora Trumper.

—¿Qué malditamente vas a servirle? —Susurra Sebas cuando el hombre se ha ido.

—¿Hola?

—¡PON EL PUTO TELÉFONO EN LA OREJA DE MI HERMANO!

—Sebas, dice Bastian que atiendas la llamada. Parece urgente.

—¡URGENTE SERÁ MI PUÑO EN SU CARA!

—Le estoy escuchando, reina. Estoy ocupado.

—Bastian, Sebas está ocupado.

—¿ES QUE PENSÁIS QUE SOMOS TONTOS? ¿QUIÉN OS HABEÍS CREÍDO?

—Huh... no grites, no es bueno para tu corazón.

—¿OS MARCHÁIS DE LA CIUDAD SIN PENSAR EN NADIE MÁS? ¿TENGO QUE ENTERARME POR EL CLUB QUE HABÉIS IDO A DAROS DE BAJA? ¿A MI CLUB? ¿A MI CLUB?

—Bastian... yo... huh...

—¡COMO OS DEIS DE BAJA JURO QUE OS ACORDAÍS DE MÍ! ¡SE LO CUENTO A TODA LA FAMILIA, A MADRE!

—Bastian, respira hondo. Es una acción innecesaria puesto que los clubs pertenecen a la familia, pero... bueno... huh... lo hemos estado hablando y tenemos que hacer gestiones legales antes de marcharnos.

—¡QUÉ NO OS VAÍS! ¡QUÉ NO OS VAÍS DE LA PUTA CIUDAD!

—Reina, corta la llamada.

—¡Bastian, Bastian! ¿Qué pasa?

—Mi hermano se va, nena, ¡mi hermano se va de la ciudad! Ahora está con Jocelyn en el club de pádel dándose de baja.

—No puedo creerlo, ¿hablas en serio?

—Nena, mi hermano se va, que se va.

—Dame el móvil, mi amor.

—¿Nancy? —Me siento en la silla frente a la mesa donde está Sebas tecleando.

—¿Es eso verdad?

—Estamos en el club de pádel dándonos de baja, sí. Tenemos que preparar un montón de papeles y gestionarlos antes de marcharnos.

—Pero... ¿entonces os vais de verdad?

—Me temo que sí, —intento que la lágrima no salte de mi ojo derecho —por eso tenemos que ir cerrando poco a poco algunas suscripciones.

—El club es de mi marido. Es de la familia Trumper, ¿era necesario enterarnos así? Casi habéis matado a Bastian de un infarto. ¿Cómo queréis que me quede embarazada si no paramos de recibir malas noticias?

—Huh...

—¿Vais a daros de baja en todos los clubs? Lo digo para desconectar el móvil y también avisar a Sebastian para que los chivatos no le cuenten que su hermano mayor esté en la oficina dando de baja a su familia.

—Esta tarde, huh... esta tarde solamente nos daremos de baja en los clubs de pádel, tenis y golf.

—¿Y lo sueltas así, como si fuera normal lo que hacéis?

—Yo tampoco estaba muy de acuerdo en darnos de baja. Sé que forma parte de la familia y juro que te... huh... que quiero que veas la enorme lista de mi libreta. En serio, Sebas y yo la hemos hecho y es enorme. No éramos conscientes de los clubs a los que asistíamos hasta que no los pusimos en una lista, —sonríó por si mi cuñada sonríe también pero no lo está haciendo, ella permanece callada al otro lado. —Tenéis razón. No era necesario. Queremos hacerlo porque ya hemos empezado a gestionar los papeles que necesitamos.

—Se van... —oigo a Bastian susurrar.

—Haced lo que os dé la gana.

Cuando Nancy me cuelga siento el peso del mundo en mis manos. El teléfono resbala en mis dedos hasta que cae encima de la mesa. Sebas había dejado el teclado para escuchar lo que hablaba con mi cuñada y se ha levantado para consolarme porque me he roto. Se han enfadado con nosotros, venir al club no ha sido lo más inteligente y debíamos haber omitido este maldito paso de la estúpida lista. ¿Darnos de baja en los clubs que nos pertenecen, a quién se le ocurre?

—Sshh, reina. Lloro lo que necesites.

—No nos perdonarán nunca.

—Lo harán. Tenemos que darles tiempo como nos lo dimos nosotros, —lleva mi rostro al suyo para besar mis labios. —Siempre podemos quedarnos si no funcionamos allí.

—Quiero que ellos sepan eso.

—Lo saben, reina. Saben que nos iremos tarde o temprano, y que no estaremos en ningún otro lugar donde no seamos felices. Son nuestra familia.

—Nancy se ha enfadado conmigo.

—Nancy se ha enfadado conmigo, Joce. No contigo. La idea fue mía. Ella se siente dolida porque no quiere perder a una hermana.

—Odiaría perderla.

—Ni ellos nos perderán a nosotros, ni nosotros a ellos. Salgamos de aquí, te invito a uno de esos helados sin azúcares.

—¿Ya nos has dado de baja? —Sebas asiente tragando saliva mientras sostiene mi cabeza y se cerciora de que no me pierdo emocionalmente.

—Pero iremos al club de golf y de tenis otro día, ¿vale? Ya hemos tenido suficiente por hoy. Te animará comerte un helado de esos sin sabor como a ti te gustan.

—Sebas, —me levanto abrazándole con todas mis fuerzas —si elijo un helado distinto no se lo digas a los niños. Ellos me recordarían las ciento setenta y tres calorías durante un tiempo.

—Ah, —sonríe meciéndome mientras besa mi cabeza —¿quiere mi reina un helado de los que llevan porquerías?

—Un día es un día, ¿no? Pero el tamaño pequeño. Mañana iré al gimnasio antes del juicio y quemaré la grasa que se acumulará en mi pompis.

—Dios, no sabes cuánto te amo.

—¿Te ríes de mi enorme pompis?

—Me río de lo feliz que me haces, Jocelyn. Ya sea en la ciudad, en una isla, en la cima de una montaña o en el firmamento que nos pertenece.

—Tengo miedo. Tengo miedo a perderlo todo.

—No perderemos nada. Confía en mí. Es más, ganaremos. De momento, tú dentro de un rato ganarás... ¿cuánto has dicho, ciento setenta calorías?

—¡Sebas!

Ha golpeado mi trasero mientras me ha vuelto a empujar para que camine por delante de él. Para mi sorpresa se despide de Michael y se disculpa por su comportamiento. Ha dejado caer su brazo sobre mis hombros, salimos abrazados por el club y esta vez saluda a la gente.

—Los detesto, detesto a todos —susurra en mi oreja cuando llegamos a la moto.

—¿Porque me miran?

—Porque tienen ojos.

—Vayámonos, mi rey, esta tarde ha sido intensa y quiero saltarme la maldita dieta.

Capítulo 21

LA FUERZA DE LA NATURALEZA

RACHEL

Lo he visto a cincuenta metros. Ahí está. El árbol que me protegerá. Saco mi cabeza y lo observo nuevamente por si el tronco milenario se ha movido. Nada. Sigue ahí, intacto. Arrastro mi cuerpo estratégicamente entre el follaje, me pongo de rodillas y gateo un poco hasta llegar a él. Palpo el tacto rugoso de mi aliado mientras me siento ahuecando mi trasero entre los matojos y respiro hondo sacando la botella de agua. Rebusco apoyada en el árbol sonriendo porque la he encontrado, todavía está fría gracias a que mi suegra la ha estado congelando durante la noche.

Desenroscó el tapón tragando el líquido helado que inhabilita mi garganta. Escondida, me ahogo contra la manga de mi chaqueta cinco tallas más grandes y vuelvo a sonreír ya que no ha sido para tanto. Guardo la botella en mi mochila estirando las piernas, estas dos han tenido algo de actividad física esta mañana y he estrenado tacones, por lo que permanecer fuera de juego un rato no me ha resultado tan mala idea.

Mantengo mi pistola junto a mí, estoy rodeada de Trumbers y nunca se sabe quién vendrá y me disparará. Recoloco mi trasero para que los rayos de sol me quemen, el día está nublado y las predicciones son de lluvia, pero con suerte consigo algo de vitaminas o lo que sea que dijera mi cuñada Jocelyn sobre el sol.

Niego reposando mi cabeza contra el tronco intentando no pensar en mis cuñados Sebas y Jocelyn. Hace unos días ellos comenzaron a hacer movimientos que no nos han gustado, cuando mi marido me dijo que habían estado en los clubs dándose de baja y en las administraciones del centro firmando papeles no podía creérmelo. La verdad es que me enfadé bastante porque ellos me lo habían ocultado.

Hace una semana me diagnosticaron un cuadro de estrés que tendía a la depresión. Accedí a hacerme una prueba médica, accedí a hacerlo tranquilamente de la mano de Sebastian y accedí a tomarme otro par de días libres mientras esperábamos los resultados.

La doctora me llamó una mañana confirmándome que disponía de los resultados que mi marido había enviado a otros dos estados más para pedir segundas opiniones en caso de que no confiara en los primeros, ella tenía en las manos los tres diagnósticos y cuando Sebastian supo lo que me ocurría todo se desbordó.

Recuerdo que se levantó de la silla, arrancó los folios de las manos de la doctora e insultó a toda su profesión. Como ella nos conoce, ella sonrió contándome lo que me ocurría mientras mi marido enloquecía dando vueltas por la consulta. El resto era predecible. Sebastian se volvió loco; me obligó a ingresarme en el hospital, llamó a toda la familia, vino también mi familia de Dakota y estuve tres días seguidos rodeada de paz, amor y ojala pudiera decir, armonía.

Pero no, somos Trumper. Mi suegra se quejaba de la habitación, mi suegro me regañó ya que me acusaba por ser una inconsecuente y descuidar mi salud, luego estaban mis cuñados que me miraban decepcionados y mis cuñadas que no se creían que realmente estaba enferma. Juro que no los dejé tirados en el hospital porque mis hijos se comportaron tan bien que no pretendía romper esa magia que habíamos creado.

Por culpa de mi marido Sebastian hice el ridículo, lo hicimos, aunque él más que yo.

Mis hijos entraron en la habitación llorando por verme entre cables, tampoco los demás le ayudaron generando tanta confusión alrededor de ellos. Entonces, tuve que explicarles sonriente que mamá había trabajado más horas de las que debió, que mi cuerpo ya no aguantaba tanto como antes y que por culpa de las vitaminas había descuidado mi alimentación. ¡No ha pasado nada! Sebastian fue el que insistió en enviarme a un hospital por su propia satisfacción.

La doctora repitió un millón de veces que no estaba enferma. Primero a mí, luego a mí y a mi marido, más tarde a mi suegra, soltó el mismo discurso a mi suegro, respondió a todas y cada una de las preguntas de mis cuñados, y soportó las idas y venidas de los niños que no entendían por qué me ingresaron si hablaba, reía y comía.

Las instrucciones de las médicas fueron muy exactas; que me alimentara correctamente, que redujera el nivel de estrés en mi vida y que me olvidara de subsistir a base de vitaminas. Un cuadro de estrés, un simple cuadro de estrés que provocó alucinaciones en mi imaginación y terminé pagándola con mi familia. Pero con Sebastian, Sebas, Bastian y mi suegra nunca puedes discutir, ni llevarles la contraria y ni mucho menos imponerte a sus palabras. Ellos estuvieron de acuerdo en que ingresarme sería la mejor solución para controlarme los primeros días, luego me contratarían a una médica privada si era necesario e incluso oí que querían turnarse para vigilar si tiraba la comida o no.

Menos mal que mis cuñadas me ayudaron, que mis sobrinas mayores también se pusieron de mi parte cuando tuve que negarme ante las exigencias de la columna vertebral de la familia. Por mucho que mi marido, apoyado por los pesos pesados de los Trumper, propusiera millones de ideas en las que me retiraba del trabajo y me atara a él para siempre, fui literalmente apoyada por mis chicas. Sin ellas yo no podría haberme tomado las cosas como otra anécdota más.

Porque fue una aventura más con el sello Trumper estampado en el pie de página.

Vale. Lo capté. Capté que me estaba lanzando sin alas a un pozo sin salida en el que nada me parecía bien y todo me molestaba. Quizá me sobrevaloré, me extravié en un momento de mi vida para centrarme exclusivamente en las colecciones de ropa y cosméticos que quiero sacar el año que viene y me olvidé que lo más importante de este mundo no es ni el trabajo, ni el dinero y ni lo que conlleva arrastrar psicológicamente todo aquello. Lo más importante es mi familia. Me acomodé creyendo que Sebastian se encargaba perfectamente de los niños, que nuestra vida estaba yendo tal y como quería, y me sentía realmente feliz cuando en realidad me ausentaba de mí misma para ocuparme del trabajo.

Estrés. Cansancio. Agotamiento. Nada que no haya solucionado ya con ayuda del hombre que ha conocido a la peor Rachel que existe, y gracias a mis niños que me dan toda su energía y se ocupan de mí. Porque lo que una vez percibí con los pequeños eran alucinaciones, hasta que la doctora no lo repitió cinco mil veces Sebastian no se quedó tranquilo. Él insistía en que me lo grabara en la mente y la doctora ya no sabía dónde meterse para no llevarle la contraria. Sufrí un cuadro leve que tendía a la depresión porque pensaba que mis hijos no me querían, los Trumper me regañaron y hasta el día de hoy siguen regañándome dividiéndose en grupos. Todavía sigo oyendo cómo se me ocurrió pensar que no me amaban.

Tienen razón, ¿cómo no van a amarme mis hijos?, ¿cómo se me pasó por la cabeza que la niña me odiaba, que los gemelos no me necesitaban y que mi niño Sebastian se olvidó de quién era su madre? Estaba totalmente equivocada. Cuando mi marido y yo les contamos lo que sentí ellos abrieron la boca, se negaron a oírme decir nada más y Rachel quiso organizar una reunión familiar al completo justificando algún código rojo. Mis hijos confesaron animadamente que les gustaba más su padre porque con él pueden hacer travesuras, pero que si tuvieran que elegir a un miembro de su familia todos me elegían a mí.

Sebastian se enfadó porque solamente sonreí, pensaba que no estaba creyendo a los niños y les obligó a que repitieran una y otra vez que no habían planeado lo que dijeron. Rachel pidió perdón porque me desobedeció poniéndose el tutú de color negro, a cambio me entregó su juego favorito de mesa y lo dejó en el hospital hasta que saliera como muestra de arrepentimiento. Mi hijo Sebastian sentía que no debía excusarse por nada, por lo tanto, él me prometió que cuidaría a los gemelos mejor y que no haría tantas travesuras. De hecho, las haría, pero procuraría que no me enterase de ellas. Los gemelos simplemente se subieron encima de mi cama, besuquearon mi cara y me abrazaban buscando refugio porque su padre les había regañado cuando les pilló en la máquina de chokolatinas mientras intentaban trucidarla para conseguir todo gratis.

Ellos han sido mi fuerza, la fuerza de la naturaleza.

Sin mi marido y sin mis hijos todo se hubiera ido a la mierda. Jamás me hubiera enterado de que sufría un cuadro de estrés porque nunca hubiera aceptado que estaba realmente débil. Y si Sebastian no llegara a obligarme a ir al médico, yo estaría ahora mismo tirada en la oficina de mi despacho viviendo de las vitaminas naturales que destrozaban mi estómago. Gracias a que lo de Sebas y Jocelyn ha apaciguado un poco las aguas por la familia Trumper, sino, sería todavía el foco de atención y de las acusaciones por haber descuidado mi salud.

Ahora cada segundo del día vuelve a ser como antes. Siento que me he quitado el mayor peso de encima posponiendo tres de mis campañas. He recuperado mi vitalidad, mis ilusiones y mis ganas de vivir. Sebastian no se ha separado de mí ni un sólo segundo del día y le he sentido incluso más. Me he vuelto a confirmar que le amo por encima de mí, de lo que represento, de lo que soy y de lo que necesito. Mi marido ha estado a la altura, con su manera de ser, pero ha sido el líder de la familia cuando sentía que todo se venía abajo. Si éramos mejores amigos, amantes, marido y mujer, y algo más que dos personas enamoradas, en la actualidad hemos reforzado la relación y me repito, no se ha separado de mí. Mis hijos, sin embargo, siguen siendo los mismos y me alegro de que no cambien porque llevan en su sangre el cien por cien del ADN Trumper y los pobres tienen que lidiar con ello. Aunque como me he quitado la venda que me impedía ver lo que tenía alrededor, he comprobado que estoy más unida a ellos cuatro de lo que pensaba y si había creído que me excluían de la familia estaba equivocada.

Sebastian acude a mí para que le planche el uniforme de baloncesto, para que le ayude en las bromas que le hace a su padre y para que le guarde secretos del colegio. Mi hijo mayor es la personalidad, física y actitud de mi marido a su edad, le quiero con locura. Él ya está creciendo demasiado rápido, es el más alto seguido por mi sobrina Jocelyn y es un adultito inmaduro que no conocerá el límite en la vida por culpa de su padre y mi suegra que lo malcrían. Pero mi niño me necesita, habla conmigo y siento que es más abierto que sus hermanos, quizá es porque es el mayor y se ha dado cuenta que he estado un poco distante y débil. Mi hija Rachel no se aleja de su hermano, ella sigue en pie de guerra junto a su prima Maggie y la rebeldía con la que nació no morirá tan fácilmente, pero amo que sea así, que su personalidad sea arrolladora y que juegue mientras sea una niña; cuando cumpla más años su padre la encerrará y se le habrá acabado toda la diversión. Con mis gemelos no puedo, ellos son hiperactivos, corretean las veinticuatro horas del día y no tienen fin. Se han acomodado a la libertad con su padre, a la diversión continua con sus hermanos y sus primos, a ser unos consentidos por sus abuelos y sus tíos, y a no cumplir las normas en casa. El resultado de todo ello son mis hijos pequeños, hijos que duermen encima de mi espalda o que me siguen a donde quiera que vaya en casa. Las otras tardes se quedaron en mi oficina mientras esperábamos a Sebastian y se enredaron en mis piernas, jugaron conmigo a los indios y cuando llegó mi marido acabamos haciendo un fuerte debajo de la mesa.

No siento que he tenido que recuperar a mi familia porque nunca la he perdido. Me cuido, he rechazado algunos contratos, como comida saludable y me adapto de nuevo al ritmo de vida que había ignorado por centrarme en el trabajo. Me he jurado que jamás ignoraré de nuevo a los míos y que me centraré exclusivamente en mis hijos, en mi marido y en mi familia. Es lo único que necesito para seguir siendo la mujer feliz que era antes.

—¡PITUFA!

—Pero... pero... ¿qué estás haciendo? —Siseo, —debería dispararte.

—Un disparo directo a mi corazón.

Sebastian se arrastra, muerde mi pierna, gatea, hinca sus rodillas cerca de mí y se impulsa para lamer mi cara. Besa mis labios, la comisura de mis labios, mi nariz, mi frente, mis mejillas, vuelve a mis labios de nuevo. Murmuro en voz baja que nos matarán

y procuro alejarle antes de que abarque mi posición por completo.

Hoy sábado hemos decidido jugar al paintball en familia. Al principio Sebas y Jocelyn se habían negado porque querían pasar tiempo con los niños haciendo una de esas acampadas, pero como su situación no está para quejas les hemos obligado a venir jugando con sus sentimientos. Se supone que mi suegra se había animado aunque cuando ha puesto un pie en el campamento de batalla ha recibido un disparo y se ha reunido con su marido en el bar. Lo que me divierte del paintball no es el acechamiento, los disparos de pintura, ni las ventajas que les damos a los más pequeños; lo que me fascina es que sorteamos los equipos y me ha tocado con Bastian. En otras ocasiones me hubiera cambiado con algún otro componente porque adoro sacarle de sus casillas y hacerle enfadar, en esta ocasión me he beneficiado del dueño de la propiedad. Nos ha reunido antes del juego para explicarnos dónde se hallaban los lugares secretos, de igual modo también nos ha dado instrucciones y se ha convertido en un neandertal porque quiere ganar a mi marido.

Acorde con los planos que nos ha enseñado, este era un refugio secreto que obviamente el hombre de mis sueños ha encontrado. Soy una Trumper, por supuesto que le he observado en la distancia mientras se escondía detrás de los arbustos para acecharme como un depredador. Pero mi Sebastian no me ha disparado, podría haberme sacado del juego y ha elegido besuquearme.

—Sebastian, mi pelo, te estás enredando —se ha camuflado como un soldado de verdad. Mi cuñado Bastian y él se lo toman en serio. Ambos cargan con equipos militares y hasta se han maquillado. Ellos se justifican por los niños, pero es mentira, los hermanos lo viven tan al límite que incluso Sebastian ha disparado a Nancy para fastidiar a Bastian cuando ella era miembro de su equipo.

—¿Has bebido agua? ¿Te ha bajado la tensión? ¿Te encuentras bien? ¿Te afecta el clima? Lloverá. Las tormentas de primavera son horribles. ¿Te duele la cabeza?

—Sebastian, —golpeo sus manos riéndome —basta, no me toques con tus manos sucias.

—Es maquillaje.

—Maquillaje que debería ocultarte mejor entre los árboles. Te he visto.

—¿Por qué no me has disparado, eh? ¿No vivirías sin ver a tu atractivo marido? Sé que te gustan los uniformes militares... —ronronea mordiéndome el cuello, haciéndose con mi piel mientras esquiva la tela.

—Los militares. ¡Eh, no me gruñas!

—Me inscribiría en las fuerzas armadas por ti. Para que te acuestes con un soldado real y no tengas que imaginártelo.

—Sebastian, para...

—¿Qué? Ahora que madre no está cerca puedo acosar a mi esposa.

—¿En el campo de paintball?

—¿Prefieres que te lleve a la cumbre de la naturaleza real para hacerte el amor allí?

—Sshh, baja la voz, los niños podrían oírnos. He perdido la cuenta, ¿cuántos han salido?

—Pitufa, eres mi rival, si te diera esa información tendría que matarte después.

—¿Has matado a Nancy y estaba en tu equipo! —Acaricio su pelo brillante mientras él se ríe contándome los detalles de la reacción de Bastian, —¿lo ha hecho? ¿La ha dejado jugar hasta el final?

—Se ha enfadado tanto que es de vuestro equipo.

—¿Ella no está en nuestro equipo! ¿Cómo puede ser tan tramposo? Elegimos por votación que los equipos eran intocables.

—Pues si la ves no le dispaes. Ella es de los vuestros. Seguramente ahora estén por ahí dándose un revolcón. Podríamos ganarles también en eso —susurra mordisqueándome la oreja.

—¿Qué asco! —Anuncia Dulce Bebé agachándose hacia nosotros porque nos ha visto en una actitud cariñosa. Sebastian coge su arma y le dispara en el pecho. —¿Qué haces? ¡Estamos en el mismo equipo!

—Es verdad, nena. Perdóname. Me he venido arriba. Ya me conoces.

Mi sobrina le responde propinándole otro tiro que viaja directo a su pecho. Los hermanos se han empeñado en que todos llevemos chalecos antibalas porque nos conocen y saben que los miembros de esta familia llevamos los disparos al extremo.

—¡Eso ha dolido!

—¡Quejica! —Susurra Dulce Bebé.

—¿No se suponía que tendrías que ocuparte de tus primos?

Sebastian rebusca en su mochila un recambio para disimular la pintura. Se cambia de ropa bajo nuestra atención mientras le decimos que está prohibido hacer trampas. Él nos ignora, él es el juego y junto con su hermano Bastian se implica seriamente.

—Dulce Bebé, —sonrío cogiendo el arma —voy a dispararte.

—No, no. Vengo en son de paz. Por favor, no lo hagas. Es que... yo...

—Oh, oh. ¿Quieres pedirnos algo ilegal?

—¡La respuesta es no!

—No hablaba contigo, tito Sebastian. Rachel, necesito que me dejes dinero.

—¿Dinero?

—Sí. Es algo... es para algo bueno. Mis padres verían los movimientos en mis cuentas.

—¡No!

—¡Qué te vayas!

—¡Estamos en el mismo equipo, enana! ¿Cómo me voy a ir?

—Vete, no te necesito. Ya me encargo de disparar a tita Rachel. No te preocupes.

—¿Dispararás a mi esposa?

—¿Dispararás a tu tía? —Finjo que me preocupo por su alegato. Lo bueno de Dulce Bebé es que es una niña inocente y no se lo toma en serio. —¿Para qué quieres el dinero? Si te ocurre algo deberías contárnoslo de inmediato.

—He dicho que es algo bueno. Una sorpresa para mis padres.

—Oh Dulce Bebé, eso es maravilloso.

—¡Eso no se lo cree nadie! —Sebastian se abrocha su chaqueta de camuflaje limpia y nos entrecierra los ojos, —¡es una Trumper, una Trumper no tiene nunca buenas ideas! ¡Y menos la niñita de Bastian doña-quiero-salir-y-abandonar-a-mi-padre-para-conocer-a-chicos!

—¿Qué? Yo no... yo... ¿conocer a chicos? ¡Lárgate! ¡Tita Rachel, dile que se vaya!

—Sebastian, permite a la niña que se exprese. Busca a Bastian y no mates a nuestra hija.

—¡Rachel me ha disparado primero! He tenido que hacerlo.

—Pero si Rachel se ha pasado al equipo de mi padre.

—¿Qué? —Mi marido se sorprende, —¡es un tramposo de mierda! Pitufina no era de su equipo, estaba con Sebas. ¿Os dais cuenta? ¡Lo hace para joderme la vida!

—¡Sebastian!

—¡No te metas con mi padre! ¿Quieres largarte? Necesito hablar con mi tía.

—¡NO!

—Si no la hubieras acaparado todas estas semanas yo podría haber mantenido una charla con mi tía sin que estés presente.

—¡Te voy a disparar! ¡Aviso!

—Cariño, no eres un soldado real —me río por la actitud infantil que adopta mi marido. —Explícate Dulce Bebé, ¿qué clase de sorpresa has pensado? ¿Para qué quieres el dinero?

—Como están intentando tener otro bebé, mis hermanos y yo hemos pensado en darles un regalo especial. Algo parecido a una noche de hotel, un spa o una cena en un restaurante al que nunca hayan ido.

—Me parece una idea estupenda, cuenta conmigo.

—¡Eres la mejor!

—¡No me creo nada! ¡No confío en vosotros, enanos!

—¿Alguien te ha pedido tu opinión? —Dulce Bebé apunta a Sebastian con la pistola.

—Has convencido a mi esposa con una mentira. Fíjate si soy un Trumper original que a mí no me mientes en mi cara. Tu jodido ADN Sullivan te la ha jugado, casi te sales

con la tuya.

—¡Sebastian, no te metas con la niña! ¡Y ya basta con los Trumper, todos pertenecemos a la misma familia! —En este instante Dulce Bebé aprieta el gatillo y ensucia la chaqueta limpia de mi marido. Él sonríe entrecerrando los ojos, retándole con su misma mirada cristalina.

—¿Qué te hace pensar en ese medio cerebro tuyo Trumper que tus padres querrían saber el precio que le pones a un regalo? ¿Qué te hace pensar que ellos juzgarán el dinero que te hayas gastado por un jodido regalo? ¿Qué te hace pensar que no puedes usar tu dinero para cualquiera de tus beneficios si eso implica un regalo? ¿No contestas? ¿No dices nada? Te diré por qué soy el Trumper más inteligente de la familia. Porque no existe ningún regalo. Porque has acudido a mi esposa porque Jocelyn está demasiado ocupada como para atenderte. Porque no has incluido a tus hermanos hasta el final. Porque acosar a mi esposa en un campamento de paintball es una medida muy desesperada. ¡Y porque implica a un chico!

Sebastian ha juntado su frente con la de Dulce Bebé, ambos se ríen, pero tampoco ceden.

—Se. Lo. Diré. A. Mi. Padre.

—¿Para qué quieres el dinero?

—No es de tu incumbencia.

—Lo será cuando salga al campo, te arrastre de tu pelo perfecto y le cuente a tu padre que quieres hacer guarradas con chicos.

—¡¿Qué?! ¿Yo? ¡Tita Rachel, dile algo!

—¡No la estreses! ¡Está enferma!

—¡No estoy enferma!

—¡Lo estás, acaparadora-de-trabajo!

—¿Sebastian? —Cuando mi marido abre un espacio entre mi sobrina y su cuerpo gigante, levanto la pistola, aprieto el gatillo y los tres miramos que la pintura amarilla ha ido directa a su entrepierna. —¡HA CAÍDO SEBASTIAN!

Nadie en la selva me responde excepto Nadine, que pregunta si pueden salir del infierno y darse un merecido baño. No oigo a quién le dice que siga en su posición. Espera, Nadine estaba en el equipo de Sebas, Sebas ha caído hace un rato y mi hija se ha pasado al equipo de Bastian.

—Estás eliminado —susurra Dulce Bebé.

—Chicos, me temo que estamos solos en esto. Los gemelos están en silencio, los niños no se han pronunciado desde hace media hora, las chicas tampoco han dado señales de vida, Sebas y Jocelyn se fueron, los pocos aliados que teníamos se han cambiado de equipo.

—¿Qué quieres decir, tita?

—Me parece que nos han rodeado o estamos rodeados.

—Imposible —anuncia Sebastian endureciendo su espalda, —tengo controlada todas las posiciones. Incluida la de mi hermano.

—Oh Dios, creo que tienes razón, tita Rachel. Hace un rato me he cruzado con Jocelyn y no me ha disparado. Estaba recibiendo órdenes por la radio.

—¡Quedamos en que los niños no tendrían radio! ¡BASTIAN, ERES UN TRAMPOSO!

Mi marido grita en voz alta, mucho más alta que mi intento de voz cuando he anunciado que él ha caído. Pobre, he disparado a mi marido, pero se había puesto demasiado intenso con la niña y tenía que hacer algo. Aunque está en lo cierto, a Bastian y Nancy no les importaría ver el precio de lo que ha costado un regalo de sus hijos. Es una tontería cuando somos millonarios, ellos apreciarían mucho más el gesto. ¿A qué ha venido tanta intriga? Odio darle la razón a mi marido, él se regodeará durante un largo tiempo acusándome de que no he recuperado mi ADN medio Trumper.

—Se han callado —mi sobrina se esconde cerca de mí, —solamente sabemos que Nadine está ahí afuera lloriqueando porque se le ha ensuciado el pelo o sus botas de marca que le regaló mi padre para el juego.

—¿Le ha regalado unas botas nuevas?

—Ya la conoces, o estrenaba ropa o ella no jugaba y se quedaba en el bar con el abuelo.

—¿Qué estáis susurrando? —Sebastian introduce la cabeza entre nuestros cuerpos.

—Nada que te importe.

—¡Ódiame por protegerte, nena, pero no me odies por hacer bien mi trabajo!

—¿Tu trabajo?

—¡Cuidar de la familia como un buen Trumper! —Dulce Bebé lo empuja alejándolo unos pasos lejos de nosotras. Se encontraba agachado hasta que ha caído.

—¡Eres injusto!

—¿Injusto? Si no fueras por ahí pidiendo dinero para manosearte con chicos a escondidas de tu padre te hubi....

—¡Yo no me manoseo con chicos!

—¡Sé cómo piensas! ¡A tu edad ya me toqueteaba con niñas que les gustaban que...!

—¡Sebastian, esto se corta aquí! ¡Parad de discutir!

—¡Yo no discuto con él! ¡No discuto con ninguno de mis tíos porque sois unos enfermos!

—¿Enfermo? ¡Un respeto por tu tía, ella sí que está enferma!

—¡No lo estoy!

—Perseguir a mis amigos hasta un festival creyendo que habían alquilado una

cueva para meternos mano, ¿no es de ser enfermizos? ¡Yo no estaba en ese festival!

—¡Por supuesto que no! ¡Tienes catorce años! ¡Deberías estar atada en tu habitación!

—¡Machista!

—¡Protector! ¡Además, esos amigos no son de la ciudad, en Crest Hill todos los niños de tu edad son unos delincuentes! ¡Son una mala influencia! ¡Viajaron a un festival para restregarse con los traseros de las niñas! ¡Por eso no fuiste!

—¡No fui porque tenía una reunión importante con la asociación que lleva mi nombre! ¡Mi madre me dejaba ir!

—¡Ella no te dejaba ir! ¿Cómo quieres que se embarace si no paras de pedir permiso para cosas ‘indignantes’?

—Sebastian, parad... —los dos no discuten, sonrían mientras se gritan pero supongo que eso también viene en el ADN Trumper.

—¿Para qué quieres el dinero?

—¡No te importa!

—¿Para qué quieres el dinero?

—¡Déjame en paz!

—¿Para qué quieres el dinero?

—¡Quiero comprar un regalo!

—¿Para qué quieres el dinero’

—¡Para que mis padres se vayan de casa y pueda invitar a un amigo!

—¡BINGO! —Sebastian acaricia el pelo de Dulce Bebé y aplaude. ¿Cómo se había dado cuenta? ¿Cómo ha leído las intenciones de nuestra sobrina? Ella se ha sonrojado, tiene que darle la razón a su tío. Sabía que la estaba poniendo a prueba provocándola para que confesara.

—Dulce Bebé... —pronuncio su nombre sacando de nuevo la botella de agua, Sebastian se empeña en darme él de beber.

—¿Por qué todo me sale mal?

—Cielo, no hubiera pasado nada. Tienes que decirnos siempre la verdad.

—¿Qué no hubiera pasado nada? ¿Es que acaso no conoces a mi padre y a sus hermanos?

—¡Eh, me siento ignorado! ¡Sigo aquí!

—Tienen controlado cada movimiento que hago, cada llamada que sale de mi móvil, cada lugar al que me lleva mi chofer, cada alumno de mi instituto, todas y cada una de mis amistades, se van a Crest Hill por la noche para investigar a mis amigos, cruzan la ciudad siguiendo a todos los que fueron al festival, tu marido es un chivato y le calienta la cabeza a mi padre cuando salta en su ordenador una llamada que no está identificada, mi

padre me da charlas sobre amar a una mujer y no se despegaba de mí cuando mis amigos vienen a casa. ¡Dime cómo lo hago!

—Dulce Bebé... —sus lágrimas saldrán en breve. Hemos cambiado el ambiente, incluso mi marido siente compasión con ella mientras la abraza.

—Ojala pudiera darte una respuesta para ello. Eres mi sobrina, no mi sobrino, por lo tanto eres una chica y estás condenada a ser vigilada por los hombres Trumper de la familia. ¿Todavía necesitas más tiempo para adaptarte?

La niña estalla en risas como yo. Tomamos en serio a Sebastian porque dice la verdad, yo tardé años en acostumbrarme y ahora hasta me parece necesario. Quizá los hermanos exageran, Dulce Bebé es la primera y los tres se implican en protegerla demasiado, pero supongo que toda la familia vive en estado de alerta porque somos famosos, estamos en la cima del éxito y existen personas que nos odian y que quieren hacernos daño. Intentamos que los niños no lo sepan, pero nuestra sobrina mayor ya no es una niña y está sufriendo los primeros agobios como adolescente perseguida por las sombras de su padre y sus dos tíos.

Sebastian dice que así entrena para cuando le toque controlar a pitufina. Nos espera unos años horribles porque mi hija tiene la suficiente personalidad como para engañar a su padre. Mi sobrina mayor es diferente, Dulce Bebé no haría nada malo ni aunque lo intentara.

—No llores, cariño —yo también abrazo a Dulce Bebé. Sebastian se une a nosotras dos y besa la cima de nuestras cabezas. Es su manera de disculparse, de no sentirse apenado por hacer su trabajo como Trumper. Los niños tendrán que comprender que los hermanos Trumper son un tanto especiales, y aunque sean unas bestias, en el fondo tienen su corazón y hacen movimientos para protegernos a todos.

—Me siento un poco más sensible de lo normal, —se ha recostado en mi cuerpo mientras mi marido recoge su arma para comprobar que tiene pintura —me duele la tripa.

—¿Cómo vienes a jugar estando enferma?! ¡Abortamos el juego, Dulce Bebé se siente mal!

—Oh, ¡no estás gritando eso!

—¡SANGRA, DULCE BEBÉ SANGRA!

Nosotras nos reímos porque Sebastian se ha colocado en posición, ha cogido el arma de la niña y la sostiene en su brazo derecho. Es cuestión de segundos que Bastian aparezca aclamando a Dulce Bebé. Como ya sabemos lo que sucederá susurro a mi sobrina que hable con su madre y le cuente lo que le molesta, ella mejor que nadie sabe tratar a Bastian y le ayudará si está en sus manos. También le motivo contándole que haremos una reunión familiar Trumper solamente de chicas, nos uniremos en protesta por lo que hacen los hombres de la familia y lucharemos por la libertad que nos merecemos.

No sé si ha servido de mucho pero mi sobrina sonrío y su carita está hinchada, puede que ya esté manchando y todavía no lo sepa. Mientras tanto, permanecemos recostadas en el tronco y vemos el espectáculo deprimente frente a nosotras; Bastian y Sebastian disparándose. Se están pringando de pintura, los niños ya han salido de su

escondite y me he percatado que excepto mi marido y su hermano, yo era la única adulta que estaba jugando en el campamento de paintball.

Alejo a Dulce Bebé de la guerra de pintura, ella ha tenido que gritarle a Bastian que no se siente enferma. Entonces, su padre ha endurecido su expresión facial empapando a mi marido de pintura volcándole el trasto blanco. Nadine se seca el pelo quejándose en la mesa donde están sentados todos los adultos, mi suegra le ha dicho que ella la acompañará a la peluquería. Cuando cruzo mi mirada con Nancy ella y yo seguimos el recorrido de Dulce Bebé que aligera el paso, y se deja caer sobre ella necesitando mimos que solo una madre puede ofrecer. Toco mi barriga y ella ya entiende qué le sucede.

Tengo que encargarme de la guerra que he dejado atrás. Me asomo al campo y enfoco mis ojos en el pequeño grupo de niños que revolotean alrededor de dos adultos que se pelean como si fuera legal golpearse con los tarros de pintura. Maggie y Rachel tienen una guerra distinta con Jocelyn y Sebas que han sido arrinconados, pobres, son tan tiernos que no sabrían defenderse ni con un cargamento nuevo de pintura. Sebastian, mis gemelos y mi sobrino Bastian se encargan de entrometerse entre los adultos, ajenos a que los niños están cerca de ellos y pueden hacerles daño. Podría bajar, podría bajar y detener esto pronunciando una frase, quizá una palabra, pero me temo que los dejaré disfrutar un rato más hasta que se cansen.

Hay algo en la naturaleza, un poder oculto en el aire puro que se respira en las afueras. La contaminación aquí es escasa, el sonido de los pájaros agrada y se siente como si el ser humano necesitara una escapada para sobrevivir en la gran ciudad. Yo tenía todo esto, tenía un futuro en Dakota ocupándome del rancho familiar y no me di cuenta de cuánto he perdido y de cuánto he necesitado a los míos hasta que no conocí a Sebastian.

Mi marido se ocupó de llenar los vacíos que había en mi corazón y después de media vida juntos me enseñó que no existía ningún vacío. Era tan solo yo, intentando encajar en la ciudad y buscándolo desesperadamente entre la multitud. He formado la familia de mis sueños, cada uno tenemos nuestra personalidad, pero son míos, forman parte de mí y me hacen sentir muy feliz.

—¿Estás bien? —Jocelyn aprieta su mano en mi hombro, se recuesta un poco sobre mí y me giro para esconderme en sus brazos. Lloramos abiertamente porque ellos se van, perderé a la hermana que nunca tuve y la echaré mucho de menos.

—No podré despedirme de ti, Joce. No quiero decirte adiós.

—Sebastian comprará un millón de aviones para que vengáis a vernos.

—Él lo hará, pero no será lo mismo.

—Chicas, —mi otra hermana se acerca a nosotras y nos abrazamos —así no me ayudáis a fecundar. No voy a llorar. No voy a llorar. No voy a llorar. Lo prometo.

Cuando ambas acogemos a Nancy con fuerza ella también se rompe. Lloramos la pérdida de una hermana, el abandono de cinco personas que amamos. Todos los Trumper estamos muy unidos, absolutamente todos. Perder a Sebas, Jocelyn, a los niños... no superaremos la marcha. Nuestras vidas se van a la mierda porque ellos se van.

—¿Quién se divorcia? —Levantamos las cabezas y nos encontramos a nuestra

suegra con la mano en el corazón, —¿quién de mis tres hijos ha sido el que os ha hecho daño? ¿Quién no se ha comportado como un caballero?

—Margaret...

—¿Quién? —La Señora Trumper quiere respuestas, quiere respuestas ya.

—Sebas —Jocelyn llama a su marido pero observo de reojo que está mimando a nuestra sobrina Dulce Bebé.

—Mi Sebas no, mi Sebas no.

—Oh Margaret, tu favorito no se divorciará.

—Nancy, ¿es mi Bastian?, ¿ha sido mi Bastian el que lo ha estropeado todo?

—No, en absoluto. Soy muy feliz con su hijo.

—Yo también, —añado para quitarme la presión que podría ejercer mi suegra sobre mí —y la verdad es que cada día soy más feliz con su hijo Sebastian.

—Al igual que nosotros. Bastian y yo seguimos igual de unidos. Como el primer día, ¿te acuerdas de nuestra boda en Irlanda? Fue tan perfecta.

—¿Y la nuestra en Japón? Volvería a casarme con su hijo todos los días de mi vida.

—Sí, yo también me casaría con Bastian todos los días de mi vida.

De nada sirve que nos hayamos apartado un poco de Jocelyn porque nuestra suegra ya se ha dado cuenta de que algo sucede. La pobre es la menos Trumper de todas, Joce no es capaz de mentir ni de ocultar nada, mucho menos a Margaret. Bastante tiene con tenerla en su casa casi a diario. Ella está temblando, retrocediendo y sonriendo para disimular.

—Lo preguntaré una sola vez, ¿vais a divorciaros?

—En absoluto. Amo a su hijo Sebas.

—Amar no significa jurar amor eterno ante la comunidad eclesiástica.

—Ninguna de las tres nos divorciaremos de sus hijos. Todavía puedes organizar todas las barbacoas que desees porque las amamos.

—¿Por qué llorabais? —Mi suegra ha relajado su tensión, pero nos mira analizándonos.

—Menstruación —Nancy es la primera en excusarse levantando la mano, la muy cabrona se está riendo.

—El estrés, ya sabes —yo también me libro suspirando mientras la fijación recae en Joce.

—¿Y tú, por qué estabas llorando?

—Por... por... por eso de la... el juicio que...

—Madre —Sebas aparece apartándole para proteger a su esposa. Estaba mirando cómo él caminaba pausadamente hasta el balcón. Los ruidos abajo ya han remitido, parece ser que se han cansado de jugar y todos nos estamos reuniendo en el mismo lugar. Incluso mi suegro viene ya que Nadine le empuja. Dulce Bebé se ha abrazado a su padre, ya no

existe el mundo para ellos.

—Mamá, he disparado a Sebastian —cojo en brazos a uno de mis gemelos y lo besuqueo mientras oigo a mi marido gruñir cerca de mi oreja. ¿Me ha pellizcado el trasero?

—Sebas...

—Yo me encargo.

—Sebas...

—Tranquila, Joce.

—Espero que sea un bebé lo que estéis a punto de comunicarme porque si es otra cosa no sucederá.

—¿Qué pasa aquí? —Mi sobrina Jocelyn se posiciona junto a mi suegra. Todos susurran. Todos miran a mis cuñados y todos, excepto mis suegros y los niños, sabemos lo que mi cuñado Sebas quiere decir.

—Familia, nuestros hijos son nuestra principal prioridad, así que si nos disculpáis...

—¿Puedo quedarme a dormir con Rachel?

—No Maggie, os invito a cenar en vuestra pizzería favorita.

—¡Yo no quiero una pizza vegana!

—Maggie, puedes pedir la pizza que quieras —la niña se lanza en los brazos de su padre y él la acoge mientras mueve a su esposa.

—Vamos chicos, tenemos que irnos a cenar.

Jocelyn sonrío a todos, sonrío a su suegra que no se cree el espectáculo que están viendo sus ojos y se ocupa de mover a sus hijos mayores antes de que Margaret les persiga. Susurran, lo hacen bajo la sospecha de los niños, y principalmente, la de mi suegra que lleva una mano a su pecho.

—Madre, no hagas tonterías —mi marido suelta mi mano para atenderla.

—Se muere, mi hijo se muere...

—¡No se muere nadie! ¡Estúpido, vuelve aquí y dile a madre lo que tengas que decirle! ¡Le está dando un infarto!

Sebas, Jocelyn y los niños aceleran el paso corriendo lejos del club. Los niños ni siquiera se han cambiado de ropa, siguen a sus padres preguntando por qué se van corriendo. Supongo que les queda una larga noche de explicaciones. Mientras, nosotros aquí nos quedamos con otro problema que acaba de empezar.

—Mi hijo Sebas se muere, mi niño se muere...

—¡Qué dramática!

—Nancy, se muere, se muere...

—Margaret, la verdad es que nosotros ya nos íbamos —anuncio sonriente.

—¿Vais a dejarme aquí moribunda? ¡Sebastian, deja a tu padre que me coja!

—Niños, ¿jugamos a un juego? —Susurro a mis hijos —hagamos un campeonato hasta el coche y el primero que gane elija el restaurante donde cenaremos esta noche.

Me despido sacándoles burlas a Bastian y Nancy, ellos sostienen a Margaret mientras los míos y yo corremos. Sebastian nos ha perseguido tan pronto nos ha visto huir del drama que se formará y nos anima a que no miremos atrás. Los niños se lo toman como algo divertido. Quizá Sebas ha sido el más rápido yéndose del campamento, pero yo también he sido lista sacándonos de ahí antes de que mi suegra empiece a hacer preguntas o sus típicos dramas.

Cuando llegamos al coche sonreímos, mi marido quiere pegarle una paliza a Sebas pero él sigue sonriendo. Amo ver las sonrisas de mis chicos, la de Sebastian y la mía. Nunca me volveré a olvidar de sonreír, al fin de cuentas es lo único sincero que existe junto al amor que siento por mi familia.

Capítulo 22

JODIDA BATITA DE FLORES

SEBASTIAN

Enderezo mi espalda después de haber gritado la última orden. Con los zapatos de mi hija en las manos, acelero el paso gruñendo y me agacho hasta que retengo a la niña conmigo. Se ríe de mí, refunfuña porque la he visto y forcejea para evitar que la calce antes de marcharse sin su padre. Sin mí. La señorita ya no me necesita, la muy listilla tiene planes, ¡planes de niña! ¡Estoy jodido! ¡Jodido y no con mi princesita, jodido con LA EVOLUCIÓN!

¡Maldita sean las niñas y su estúpido crecimiento! Que mis chicos se hagan hombrecitos forma parte de la vida, pero ¡que mi hija crezca cada jodido día del año es inmoral, una manera de que la EVOLUCIÓN me arranque a mi pequeña de mis jodidos brazos! Pensaré en algo muy pronto, sí, tal vez construiré un castillo para encerrarla y que solamente SU PADRE trate con la niñita de sus ojos. ¡Es mi hija, mi niña y totalmente mía hasta que yo me muera! Jodidamente tendré que coserme a ella si es necesario, criarla en un mundo lleno de fantasías y de mujeres, y con un poco de suerte, dedicación y palabrerío, ¡mi hija se hará lesbiana y NINGÚN hombre la verá! ¡Ninguno!

—¡Papá! —Golpea mi sien.

—¡No te muevas!

—¡Quiero ir descalza! El abuelo me ha dicho que me comprará las sandalias que son mis nuevas favoritas para siempre.

—¡Pero no iréis ahora! ¡Y no te muevas!

—¡Quiero ir descalza!

—¡Pitufina!

—¡Quiero ir descalza!

Gruñe incluso más que yo mientras procuro abrocharle el segundo zapato, me propina un manotazo duro en mi mano y acto seguido simula tirándose en el suelo porque hemos oído los pasos de mi esposa.

—¡Rachel, QUIETA!

—¡Mamá, papá me está gritando!

—¡La he pillado infraganti, llego a tardar un segundo más y sale por la puerta descalza!

—¡El abuelo me va a comprar lo que yo quiera!

—¡BIEN POR TI!

—¿Tenéis que gritaros mutuamente? —Rachel, sonriente, se ha cruzado de brazos porque no intervendrá en nuestros asuntos mientras pueda alejarse de ellos. ¡Esta niña no me hace caso!

—Mami, ¿puedo quitármelos?

—Cielo, —pitufa flexiona sus rodillas para acariciar el hermoso cabello de nuestra hija —una señorita siempre tiene que salir calzada de casa. Puedes salir mal vestida, mal maquillada o mal peinada, pero siempre con zapatos. Los pies son la principal fuente de dolores que con la edad perjudicarán tu cuerpo. ¿Entiendes por qué papá quiere que te calces?

¡Calzaré a la niña, y cuando se vaya, DESNUDARÉ A MI ESPOSA!

Pitufina ha sonreído a su madre, se han besado y a mí me ha sacado la lengua. Un último click y me aseguro de reforzar la tira de tela gruesa que rodea el tobillo de mi pequeña. Repito el mismo gesto con los dos pies, estiro su vestido hasta la rodilla y me gano un par de bofetadas de mis chicas. Han sido flojas, ridículas... pero ¡me da exactamente igual! Tengo que proteger a mi pitufina, si le enseño desde niña cómo debe vestir mientras sea mi hija cuando sea adolescente me lo agradecerá. Adolescente... pobrecita... ella ya se encontrará encerrada en su castillo y yo tendré la ¡JODIDA LLAVE!

Padre toca el claxon, pitufina se impulsa lejos de nosotros mientras mi esposa le susurra que tenga cuidado, abre la puerta y corre por el camino hasta el otro lado. Rachel y yo damos un paso adelante, vemos a la niña colarse por la ventana abierta del coche, trepar en el asiento para darle un beso a su abuelo y se gira sacándonos el dedo corazón. ¡Se le han visto las bragas, si no tiene cuidado ahora, ¿CUÁNDO LO TENDRÁ?! Tranquilo Sebastian, tranquilo, no hay nadie a unos cien kilómetros que pueda ver las bragas inocentes de la niña.

Cuando el coche deja un rastro de gravilla tras el acelerón que ha dado padre, me deprimó dando un paso más adelante que mi esposa para retar a padre con la mirada.

—Sebastian.

—¿Has visto lo mismo que yo? ¿LO HAS VISTO?

—Mi amor, no ocurrirá nada.

—¿Que no...?! —Me volteo, cierro los ojos y los abro porque no pagaré con mi esposa el enfado que tengo con mi padre, —¿por qué tiene que sentarla en el asiento de al lado?

—Tienes razón, te apoyo vida mía, pero no pasa nada. Van aquí al lado.

—¡ME DA IGUAL! Mi padre lo hace para molestarme. Sabe que le tengo prohibido que malcrée a MI HIJA —¡Jodido sea mi padre!

—No podemos entrometernos en la relación que tienen. Rachel ha nacido para ser la niña de los ojos de tu padre, —acorta distancia y acaricia mi pecho —hablaremos con él, quizás nos pueda ayudar a enseñarle modales dentro del coche. ¿De acuerdo?

—Umm... sigue —levanto un dedo animándola y abrazo el cuerpo que me pertenece.

—¿Sigo? ¿Qué te duele más, que salga de casa descalza o que lleve un vestidito adorable de florecitas? ¿Quizá su pelo suelto? ¿Su piel hidratada por las cremas de la colección infantil de Nadine? ¿O será que se ha ido con tu padre en vez de permanecer encerrada en su habitación como debería ser?

Gruño porque mi esposa me conoce muy bien.

—Me molesta todo. ¡Todo lo que has dicho y más!

—Tiempo al tiempo, papá, tiempo al tiempo.

—¿Por qué no le gusta estar conmigo? —Beso la cima de su cabeza mientras la huelo, su dulce aroma provoca que me olvide de mi malhumor.

—Sí le gusta. Ellos habían quedado, es su día de abuelo-nieta. Además, —su uña recorre el final de mi cuello y se entromete en un lugar turbio... la cosa se está poniendo seria, —los niños están fuera y todavía tenemos algunas horas libres antes del almuerzo.

¡NO NECESITO QUE DIGA MÁS!

Actúo como un hombre debería actuar con su esposa cada JODIDO día. Rachel sonrío, la he cogido en brazos, aprieto fuerte su cuerpo contra el mío y vuelvo al origen donde estábamos. Ella no tendría que haberse levantado de la cama, ¡salir así con su batita de florecitas ha sido un acto inmaduro! No he atinado a abrocharle los zapatos a mi hija por culpa del ACOSO indirecto de mi mujer. ¿Cómo se atreve a provocarme con la niña delante?

—Sebastian... oh Dios mío, vamos a caernos. ¡Sebastian!

He tropezado dos jodidas veces porque no veo una mierda. Su vientre choca con mi rostro y no he estado en un lugar mejor desde hace quince minutos, que fue cuando oí a pitufina salir de su habitación corriendo. La muy... ¡ella iba a salir de casa descalza!

—¡Sebastian!

—¡Joder, eso ha dolido!

—¿Estás bien?

¡Como sigas riendo NO LO ESTARÉ!

—Sí, —el dedo pequeño de mi pie sangrará y me dará igual porque mi esposa es feliz y lo es incluso más cuando la lanzo en la cama. La veo volar sonriendo, me pica el cuerpo, me pica cada centímetro de mi cuerpo.

—Oh Sebastian, ¡ten más cuidado!

Gruño repasando la figura de Rachel, meto mi mano dentro de mis calzoncillos y frunzo el ceño, ¡voy vestido, ¿cómo no va a picarme el cuerpo?! ¡Jodida ropa de mierda! He tenido que vestirme mientras corría por el pasillo y gritaba a mi pequeña que no saliera por la puerta antes de que no le pusiera los zapatos. La muy lista se los deja en la entrada, nos dice que así no se les olvidará y luego sale descalza. ¡Esa puta manía se la quito de inmediato, se empieza por los pies y se acaba por la ropa!

—¿Sebastian?

Envío mi ropa interior a su cara porque no aguantaré como repita esa sonrisa. ¿Tiene que hacerlo las veinticuatro horas, es que quiere matarme? ¡Eso es, quiere ser una viuda y rehacer su vida con un HIJO DE PUTA!

No. Mis hermanos no lo permitirían. Aunque son unos cabrones también son Trumper.

—¿Quieres un masaje?

—¡Joder, sí! ¡No me preguntes!

Besa la tela de mi ropa interior mientras me monta como una buena vaquera. Abandono mi espalda a la deriva tumbándome en el colchón y siento que he entrado en trance, como si caminara por un pasillo eterno repleto de Rachels que se contonean al son de la música de mis pasos.

—¿Por qué estás tan gruñón?

Las Rachels me hablan todas al mismo tiempo. Ellas siguen bailando al son de mis pasos, rodeándome con sus brazos y besando mi piel dorada. ¿He muerto ya?

Salgo del trance enfocándome en los diez deditos que toquetean mi torso, en la desnudez de la entrepierna de mi esposa que se restriega contra la mía y en sus enormes tetas. ¿Qué hace para hacerlas crecer tanto? ¿O solamente soy yo siendo un perverso de mierda mientras ella se entretiene en calmar mis instintos seductores? Le falla la jodida batita de florecitas, ¿por qué la tiene todavía puesta?, ¿por qué se la compré para que la luzca estando conmigo? Cuando Rachel se regodea en nuestra cama, en nuestra habitación, en nuestra cueva privada... ¡es un deber con su esposo permanecer desnuda!

—¿Sebastian? —Esas últimas caricias antes de torturarme levantando sus dedos de mí me han provocado fuertes mareos, —¿Sebastian, te duele algo? ¡Y no vayas a responder realmente lo que te duele!

¡Jodida sea su sonrisa! ¡¿Es que he muerto ya?! ¡¿Es eso, es ella lo que me encontré el día que dejé de respirar?!

¿Cómo no va a ser mi esposa? ¡Por supuesto que sí! Ella... ella es mi... ¡Joder! Es la puta luz del día. El sol, la claridad, ¡esta jodida hora de la mañana!, el conjunto en general ilumina el hermoso cuerpo de mi mujer, su rostro, su cabello, su figura, sus manos,

sus tetas... ¡oh, sus dos tetas! ¡No quiero morir, no quiero morir todavía! ¡Quiero esto todos los días de nuestras vidas! Rachel y yo en nuestra cama, medio desnudos si la muy insensata se hubiera quitado la batita de flores que le regalé. Mi pitufa risueña restregándose como un hermoso ángel contra mi cuerpo, acariciando mi piel, sonriéndome, susurrándome... ¡golpeando mi brazo!

—¡Sebastian! ¿Otra vez teniendo fantasías sexuales en las que me subes a una avioneta y me haces el amor antes de lanzarnos por el precipicio?

—Eh, —levanto mi dedo apuntando a su pezón —sabes que no es una mala idea.

—¡No haremos ningún deporte de riesgo! ¿Es que no piensas en los niños? Con lo patoso que eres seguro que nos estrellamos, que el paracaídas no se abre o que...

—¡Joder, pitufa, cierra la boca o saca tu lengua para...! ¡Pitufa!

Mi esposa no se plantea cuán cachondo me ponen sus manotazos, sus golpecitos de mujer indignada y su actitud Trumper al completo. Puede que mi proposición de la semana pasada se me escapara de las manos, puede que... ¡joder! ¿Quién no quiere hacerle el amor a su esposa en una avioneta y luego saltar al vacío? ¡Eso es libertad! ¡LIBERTAD!

Sacudo mi cabeza porque la cabeza ladeada de Rachel ha captado mi interés. Ella no sabe que acaba de firmar su sentencia, ha... está... ¡¿es que nadie está viendo a mi mujer?! ¿Por qué me retiene de esta forma? ¿Por qué sonrío, mueve su cintura y pasa sus deditos de nuevo por mi torso? ¡Qué alguien me ayude!

—¿Cuándo me lo darás?

—Aquí y ahora, ¡esta bata te sobra, pitufa! O no, mejor déjatala puesta.

¡Sabía que sucedería, la batita de florecitas es un JODIDO tesoro cayendo en cascada por su cuerpo! Soy presa fácil, puedo cogerle manía a una prenda porque me impide ver aquello que me pertenece, aunque me atrae la idea de arrancársela mientras jadee mi nombre.

—Sebastian... —¿qué han significado esos circulitos en mi pecho? ¿Es que nadie se está dando cuenta? —¿Por qué te haces de rogar?

—Rachel, hermosa, yo nunca me hago de rogar cuando se trata de nosotros dos estando desnudos. Soy tuyo, pitufa, haz conmigo lo que te plazca. ¡Eh! ¿A qué ha venido ese golpe? No juegues conmigo, luego llorarás cuando te meta mi...

—¿Podrías dejar de pensar en eso por un solo momento?

—¡NO! Los niños podrían aparecer, es nuestra mañana de hacer el amor y de hacer bebés y...

—¿QUÉ? ¡No existirá ningún bebé!

—Bueno, ahí lo he soltado por si querías saber mi opinión.

—No, quiero saber cuándo me darás mi regalo.

—¿Qué regalo?

—Mi regalo de cumpleaños. Dijiste que me lo darías cuando se fueran los niños.

—Eres una... una... ¡aprovechadora de maridos indefensos con erecciones matutinas!

—Sebastian, ¡tú siempre tienes erecciones!

—Culpa tuya, pitufa, culpa tuya y de esta jodida batita —intento deslizarla por sus brazos pero ella retiene mis manos tomándolas entre las suyas. ¡Sí, este es el jodido día de mi muerte!

—¿Me lo darás? Tengo curiosidad.

—Levantarme ahora de la cama, ir a por el regalo y ver cómo lo desenvuelves nos restaría tiempo, amada mía. Es mejor que lo dejemos para más tarde, —quiero... quiero poner mi mano en su teta izquierda y la muy astuta esquiva mis movimientos.

—Vamos... por fi.

—Oh no, no y no. No te funcionará lo de tus ojitos de corderito conmigo. Deberás esperar al día de tu cumpleaños.

—¿Cuatro días más? Prometiste que en cuanto nos quedáramos solos me lo darías incluso si todavía falta para la fecha.

—Rachel, sabes cómo celebramos los cumpleaños en la familia y...

—Sí, cenita familiar, cenita con los niños y cenita con mi marido. Pero...

—Pero no te ha servido de nada interrogar a tus cuñadas para que te contaran la sorpresa de tu regalo, ¿me equivoco?

—Te juro, —lame mi dedo —que no sé a qué te refieres cuando dices que he interrogado. En absoluto. Los rumores son falsos.

Muerde su labio mientras se contonea sobre mi cintura. ¡Está matándome! ¡Mi esposa me está matando! ¡Se queja de mis erecciones! ¡Es ella, es una provocadora! ¡Una provocadora que se casó conmigo y que ha dado a luz tres veces! ¡Mi mujer! ¡Mi pitufa!

—¿Sebastian? Vale, si no quieres no me lo des aún —se deja caer en mi cuerpo. Ahora sí que me he perdido... su pecho desnudo se ha pegado al mío, acaba de suspirar y ha sacado su... su lengua para lamarme un poco... ¡PROVOCADORA!

—Aunque quisiese no podría dártelo. Como mínimo tienes que esperar dos días más.

—¿Dos? —Apoya su barbilla en mi torso, seguramente investigando mi reacción como lo haría una buena Trumper. Intenta averiguar si miento o no. No miento, digo la verdad, el regalo pesa un par de toneladas y estamos teniendo problemas con el transporte. ¡Culpa de mi estúpido hermano Sebas! Él no me atiende como antes, me abandona, no me responde cuando le llamo e ignora mi presencia. ¡El señor-me-jubilo-porque-soy-un-maldito-vago-de-mierda se ha pasado conmigo! ¡Llamarme a mí, A MÍ, dos horas después de que yo le haya llamado! ¿Quién cojones se ha creído que es? ¿QUIÉN?

—Creía que llegaría pronto, por eso te dije que te lo daría cuando los niños no estuvieran. Sin embargo, no depende de mí que se haya retrasado.

—¿Qué es?

—Tendrás que esperar.

—¿No me das una pista?

—No sería una sorpresa.

—¿Ni una pequeñita?

—Rompería la magia.

—¿Y si te hago el amor en la cocina mientras preparo unos aperitivos?

—Bien, —nos estamos entendiendo —has tenido una buena idea. Lo más sensato que ha salido por tu boca desde esta mañana.

—¡Eres un pervertido, depravado y un maniático del sexo matutino! —Susurra tomando posición, acaparándome con sus brazos, su cuerpecito y sus ojos. ¡Soy suyo hasta mi muerte!

—Es lo que soy, pitufa. ¿Te quejas, cariño? Porque hace un rato cuando gemías no tenías ganas de abrir la boca para quejarte, sino para...

—Oh, cállate. Me hace ilusión saber qué me has regalado, —se acurruca finalmente entre mis brazos y beso la cima de su cabeza. Sus tetas siguen tocando mi piel, por lo tanto, no deseo que se diera cuenta del posible embobamiento que tendré cuando imagine a todas esas Rachels de nuevo en mi mente mientras se toquetean los pechos ante mis ojos. —¿Sebastian? Te noto un poco ausente. ¿Te sientes cansado?

—Todo lo contrario, Rachel. Me siento como un chaval de veinte años.

—Me gustan los chavales de veinte años, —mi cuerpo se tensa y cuento hasta el número diez en menos de un segundo, —los chavales de veinte años como tú, Sebastian. No te vuelvas loco por mi comentario.

—No tenía intención.

—¿No? Un segundo más y me hubieras estampado contra el suelo, luego hubieras roto mi bata y hubieras atado mi pierna a cualquier mueble pesado. ¿Me equivoco?

—Totalmente.

¡Se ha olvidado de que la hubiera hecho el amor durante veinticuatro horas seguidas para que viera con sus propios ojos qué hace un hombre que dejó los veinte años hace más de veinte jodidos años! ¡Me siento como un jodido chaval de veinte años porque quiero que el tiempo se detenga para disfrutar mi vida de nuevo junto a mi pitufa!

Si hubiera conocido a Rachel con veinte años ella hubiera tenido muchos menos, tendría que haberme masturbado hasta que ella fuera lo suficientemente legal como para ponerla sobre sus rodillas y sobre sus manos. Mi sonrisa hubiera metido en el bote a toda su familia en Dakota y sobre todo a su abuela. Encerraría a mi chica en una suite, justo en lo alto de un rascacielos de la ciudad que hubiera comprado mi hermano Bastian, le hubiera enseñado modales, cómo tratar a un Trumper cuando me enfade y me encargaría de hacerle el amor hasta que cumpliera treinta años. Entonces, sufriría la presión de madre, le daría hijos a mi mujer, nietos a madre, sobrinos a mis hermanos y luego nos

volvería a encerrar a todos en lo alto de un jodido rascacielos. ¿Qué le he hecho yo a la vida? ¿Por qué me odia tanto?

—¿Llamo al gabinete femenino Trumper? Porque tus cuñadas y tu madre se presentan en la habitación en cinco minutos. ¿Estás bien? —Hago lo mejor que puedo, intento mirar por una vez a sus ojos pero estoy tan cachondo que mis ojos se enfocan en sus tetas. ¡Su jodido pezón quiere que ponga mi boca alrededor de él! ¿Es que mi esposa no tiene piedad de él? —Empiezo a preocuparme. Sebastian, ¿te encuentras bien? Es obvio que mis senos te atraen, ¿quieres que hagamos el amor y así liberas tu mente de lo que te perturbe?

—¡Sí!

—¿Sí a qué?

—A hacer el amor.

—¡Sebastian! ¿Te quedas con lo que más te interesa?

—Pitufa, te he escuchado. ¡Culpa a tus tetas si no lo hago!

No, no, no. Se ha tapado, se ha... se ha... ¡abrochado la bata! ¿Quién en el jodido mundo compra una bata con acceso de bloqueo? ¿Es que no vi el cordón de la bata, el que ella abrocha y desabrocha cuando le place?

—Salgamos de la cama, tengo hambre.

—¿Aperitivos y hacer el amor en la cocina?

—Aperitivos, comer y recoger a Sebastian. Ya casi es la hora.

—Si no nos hubiéramos entretenido...

—Oh, por el amor de Dios —susurra dándome la espalda.

—¿Qué? Dime tú, ¿qué hago con esto? —Señalo mi entrepierna aunque ella ya ha dejado la habitación. Mi pitufa tiene hambre, yo le daré de comer lo que ella necesite para alimentarse.

No me perdonaría nuevamente que sufriera otro cuadro psicótico de estrés, bueno, eso de psicótico tendría que haberse aplicado a mi reacción cuando la doctora nos contó lo que padecía. ¡Un jodido cuadro de estrés! ¡Estrés! Trabajaba casi doce horas diarias en sus campañas de ropa, de maquillaje y de lo que fuere... ¡Descuidó su salud y pitufa aprendió por las malas! Tuvimos que ingresarla.

Jamás en mi jodida vida olvidaré aquel día. Algo llamó mi atención la tarde de la función de pitufina, cuando nos vimos en el desastroso club de su amiga y cuando la estuve observando hasta que se desmayó en mis brazos. Rachel se despertaba de una siesta, había discutido solo sin ella porque no me hacía caso, le grité mientras los niños jugaban en la sala de recreativos y juro que mi corazón dejó de latir cuando se puso de pie, me encaró y su cuerpo se debilitó. Sucedió tan rápido que la cargué hasta el coche, arranqué y la llevé al hospital Trumper.

Las siguientes horas a su desmayo, a su ingreso y a su inactividad física fue una jodida e incontrolable mierda. Los niños se quedaron con mis cuñadas, mis hermanos me

pegaron frente a la cama donde yacía mi esposa mientras me regañaban y cuando vino madre ya quise esconder mi cuerpo en el mismísimo infierno. Luego mis cuñadas no se iban a quedar calladas, no, Nancy me amenazó con matarme como a su hermana le sucediera algo y Jocelyn con encerrarme en la peor cárcel que existe en el jodido mundo. Tuve que soportar la presión durante un par de días. Lo que no podía expresar con palabras, lo expresaba con gritos hacia las doctoras que entraban en la habitación para anunciar que mi esposa se encontraba en perfectas condiciones. ¿Perfectas condiciones? ¿Perfectas condiciones? ¡Estaba sedada!

Pero cuando abrió los ojos, me sonrío, sostuvo mi mano, besó mis dedos y preguntó cómo había permitido que los médicos le quitaran su anillo de compromiso y de boda respiré por fin. Un segundo después la corregí, mi esposa se sentía moribunda y no entendía por qué pronunció la palabra ‘médicos’. ¿Médicos? Médicas. Doctoras. Especialistas licenciadas y diplomadas. No permitiría que un hombre entrase en la habitación. Con los hombres Trumper y con los hombres del rancho que vinieron a verla eran más que suficientes. ¡Mucho más que suficiente! Además, si hubiera cometido algún error de ese tipo para eso están mis hermanos, ellos hubieran detenido el acceso a cualquier hombre en la habitación donde se encontraba mi esposa.

Lo pasé mal, sentí que había fracasado y que mi esposa ya no quería que bromeara ni que me desnudara. Realmente comenzaba a preocuparme que pensara que nuestros hijos no amaban a la mujer que les dio vida. ¡Ellos la quieren más que a mí, yo les regaño aunque juegue con los cuatro y luego Rachel es todo sonrisitas y abrazitos para los niños! Lo peor fue aguantar a todas las mujeres Trumper de la familia, ¡incluso la pequeña Jocelyn me regañó! Me gané ser odiado por todas, gritaban que había descuidado a su tía y claro... no podía replicarles porque estaban vigiladas por mis hermanos de mierda que me amenazaban con su mirada. ¡Menos mal que ella, mi esposa y la mujer de mi vida, les obligó a todos que me pidieran perdón por cómo me habían tratado!

Todavía tengo en la nevera las fotos impresas de mis sobrinas, las notas de frases motivadoras y capturas de los mensajes que me escribí con ellas. Como recordatorio más bien, para hacerlas sentir mal cuando vienen a casa y se meten conmigo. Rachel las esconde siempre en el mismo sitio, yo monto el espectáculo en la nevera para hacerlas rabiar y se enfadan.

—Cariño, ¿quieres tostadas como yo?

—Lo que sea estará bien, —grito desde el pasillo porque he leído el nombre de Bastian en la pantalla de mi móvil. Si mi hija pequeña no me lo robara para jugar con las aplicaciones este trasto estaría en su lugar y no escondido entre sus juguetes. —¿Treinta llamadas, Bastian?

—¿DÓNDE TE HABÍAS METIDO?

—En casa con pitufa, ¡ya lo sabes!

—¡Te necesito aquí! ¡No tardes!

—¿Para qué? ¡Tengo planes!

—¡AQUÍ!

—¡Habla!

—¡Tu hermano no responde mis llamadas!

—¡ES UN JODIDO CABRÓN! ¿Le damos una paliza?

—Más tarde, enano. Te necesito aquí, ¡no tardes!

—¿De qué se trata?

—¡De la PUTA mierda que me diste! ¡ESTÁ ROTO!

—¡Es lo último en tecnología! ¿Leíste las instrucciones?

—¡NO! ¡VEN AQUÍ Y AYÚDAME!

—¿Voy porque Sebas no te responde o porque me quieres allí?

—Sebastian, ¡la paliza te la daré a ti como no vengas! ¡Me duele el pecho! ¡No puedo ni respirar! ¡ME MUERO!

—Respira hondo, gilipollas, ¡no te vas a morir!

—¡SÍ!

—Me acostaré con Nancy, iré a su casa cada noche y te recordará mientras la hago gemir.

—¡HIJO DE PUTA!

—¿Ves? ¡Tienes que estar vivo para impedir que le meta mano a tu esposa! —Mi mujer niega con la cabeza porque está acostumbrada a mis conversaciones, cuando me llama Sebas es otro mundo, pero cuando me llama Bastian es tan sencillo hacerle rabiar. Su obsesión es Nancy, él no se atrevería a dar un paso sin su mujercita.

Mi hermano vocea lo que me hará como me acerque a mi cuñada, mientras, beso a Rachel que mete una tostada en mi boca y comienzo a preocuparme por qué ella mete y yo no meto. Mastico agarrando el móvil y golpeando el trasero de mi esposa desnuda que solamente tiene como prenda una jodida batita que me pone igual de cachondo que ella.

—¡Y cuando te mueras tú te juro que te espero en el infierno para darte una paliza todos los días de tu puta eternidad! ¡Ahora, pon tu culo aquí y ayúdame con esta puta mierda! ¡Eres un mentiroso! ¡NO FUNCIONA!

—Funcionaría si no golpearas los botones. ¿Sabes lo que cuesta conseguir uno de esos?

Rachel coloca el plato delante de mí, golpea también mi trasero, muevo mi cintura con tal de que roce mi erección, se aleja sonriendo, coge una tostada de su plato y mastica apoyándose en la isla al igual que yo. ¿Por qué nos separa un trozo de mueble? ¡Estoy desnudo, ella ya está comiendo y yo no tengo interés en mi hermano mayor! Tengo que redireccionar esto pronto, los niños podrían entrar en cualquier momento y pillar a su padre desnudo, con una erección que se muere por explotar en su madre y por una voz ruda que aún grita desde el móvil.

—¿Qué le pasa? —Susurra Rachel.

—Le hice un regalo, lo ha roto y pretende que vaya a arreglarlo.

—¡YO NO HE ROTO NADA! ¡VEN!

—¿Es por lo que has dicho de Nancy? Tranquilo cuñado, —mi esposa vocea y separo el móvil de mi oreja —si Sebastian muere también espero que me visites cada noche para recordar su memoria en nuestras cama.

—¡PITUFA!

—¡Toma de tu propia medicina, cabrón!

—¡Te he escuchado, jodido hijo de puta!

—¡Tú has empezado!

—¡No me hace gracia! —Eso iba a dirigido a mi esposa que me ha sacado su lengua. ¡Ha sacado su jodida lengua! Entrecierro los ojos analizando su expresión bromista, no colgaré a mi hermano mayor porque la doblaría sobre la isla y le recordaría quién seguirá siendo su marido si me muero.

—¡SEBASTIAN!

—¡QUÉ NO ME GRITES! ¡Estoy comiendo! —Mastico más de esta tostada que me sabe a mierda desde que he imaginado a pitufa doblada.

—¡VEN!

—¡NO!

—¡ES URGENTE!

—¡No lo es!

—¿Es que tengo que decírtelo todo? —El señor don-grito-porque-me-da-la-jodidagana ha aprendido a dosificar su tono de voz. —Se trata de Dulce Bebé.

Problemas.

Rodeo la isla, golpeo el trasero de mi esposa, ella escupe, le quito un trozo de lechuga de su tostada, vuelvo a golpearla y salgo de la cocina.

—Habla.

—Una llamada.

—¿Un chico?

—¡¿QUIEN SI NO?!

—El sistema de rastreo funciona, Bastian.

—El sistema de rastreo es una puta mierda, SEBASTIAN.

—Tranquilízate hermano. ¿Qué ocurre?

—Ese tal Jason persigo-a-niñas-pequeñas-menores-que-yo ha llamado por segunda vez a mi hija.

—Bloquea las llamadas del mismo terminal.

—Eso intento, —oigo como golpea la máquina que le regalé para ejercer de buen padre —y este trasto se ha roto.

—Hazlo desde el sistema operativo instalado en tu móvil.

—No puedo acceder. Parece ser que mi hija mayor es más inteligente que yo porque se ha descargado una aplicación que inhabilita el acceso desde mi móvil.

—Es fácil, Bastian. Los móviles son accesibles para cualquiera, sólo tienes que leerte las instrucciones.

—Ven y hazlo tú.

—No puedo. Con un poco de suerte esta misma mañana embarazo a mi esposa.

—¡NO LO HARÁS! —Me giro para encontrarme a Rachel terminando su tostada y con el dedito en alto, ¡odio su dedito en alto! —¿Qué estáis tramando? ¿Otro GPS controlador para arruinarnos la vida?

—Pitufa, desabróchate esa bata y vuelve a la cama.

—¡Sebastian, no quiero oír esto!

—Y tú, léete las instrucciones mientras tanto. Luego me pasaré por allí y comprobaré que todo esté en orden.

—¡LUEGO ES TARDE! ¡Ese hijo de puta ya ha hecho dos movimientos con mi hija! ¡Sebastian, lo mato, juro que lo mato!

—¡Deberías haber encerrado a Dulce Bebé en una jaula! ¡Un jodido padre normal lo haría y la protegería!

—¡ESTOY CASADO, CABRÓN! ¡MI MUJER ME MATARÍA!

—Mano dura, hermano, mano dura. ¿Quién lleva los pantalones en casa?

—Mi mujer, mis hijas y mi hijo. ¡YO NO PINTO UNA PUTA MIERDA!

—Pues hermano, siento decirte que... —Rachel ha golpeado mi cabeza.

—¡Me parece indecente la conversación que estáis teniendo!

—¡Dile a Rachel que no se meta!

—¡Jodido cabrón, no paras de gritar! ¡Esto lo está escuchando hasta ese tal Jason!

—¡No me provoques que quiero asesinarle con mis manos!

—Pi... pitu... ¡RACHEL!

—¡Qué sueltes el móvil!

—Oye, tengo problemas de bragas aquí, —me acuerdo que mi mujer no lleva bragas y el mundo vuelve a florecer de Rachels danzando para mí.

—¡Sebastian!

—¡Respira, Bastian, respira! ¡Te veré luego!

¡ESA JODIDA BATITA DE FLORES!

Se ha entreabierto. Se ha... veo el pecho izquierdo de mi esposa tras el forcejeo cariñoso que hemos tenido antes de que se hiciera con mi móvil y lo voleara lejos. Mi visión se centra en su teta y las probabilidades de que su otro pecho salga de ese escondite son muy altas.

—¡Sebastian! —¿Por qué narices se reajusta la batita? ¿Qué le he hecho yo a esta vida?

—Rachel, tenemos problemas serios con tu bata.

—¡Tú tienes problemas serios como molestéis a Dulce Bebé!

—Un padre, —enderezó la espalda —hace todo lo posible por proteger a sus pequeñas.

—¿Ah, sí? ¡Quisiera veros cuando habláis de los niños! ¡Niños! ¡Sois unos machistas y unos posesivos con las niñas!

—Mira pitufa, se llama paternidad.

—Paternidad es respetar la libertad de vuestras hijas.

—Paternidad significa alejar todo el mal que se acerque a nuestras hijas. ¡Patearé el culo de ese tal Jason! ¿Cómo se le ocurre acercarse a Dulce Bebé? ¿A mi sobrinita mayor? ¡Antes le meto una bala en el jodido corazón!

—Dulce Bebé es una adolescente.

—¡Dulce Bebé es una niña y seguirá siendo una niña! Pitufa, en serio, no entremos ahí.

—Está bien, pero se lo diré. Se lo diré a Nancy y a Dulce Bebé.

—No es mi problema, —sonríó porque el verdadero problema vendrá cuando mi hermano Bastian acuse a mi esposa de chivata y a mí me pegue una paliza porque he permitido que pitufa escuche nuestra conversación. Por razones como esta privatizamos nuestras charlas de hermanos ya que nuestras mujeres se lo cuentan todo.

¡ESA BATA!

—El día que nuestra hija crezca seguiré tus pasos muy de cerca.

—El día que pitufina crezca tal vez le gusten las mujeres o esté viviendo en un castillo que su padre haya construido para ella.

—¡Eres insoportable!

—Soy insoportable, —sonríó mordiéndome el labio inferior —y totalmente tuyo.

La Señora Trumper ronronea. Se deja mimar olvidándose de la llamada. Consigo llegar a su cordón, desabrocho el ligero nudo y la bata de flores se abre para mí. El cuerpo de mi esposa se presenta como la medicina que necesitaré para el resto de mi vida.

—Sebastian, se nos ha hecho tarde —quiero lamer el susurro de sus labios, —los niños no tardarán en venir.

—Pues que vengan. Nos evitaremos la charla sobre sexualidad. Que vean con sus

propios ojos cómo se crearon.

—No querría traumarlos. No somos una buena influencia para... —la vocecita de pitufa desaparece en su boca. Mis besos le son irresistibles.

Por fin me deshago de la batita de flores, la jodida tela que ha fastidiado mi visión desde que he salido de nuestra cama para calzar a nuestra hija. ¡La quemaré! No quiero nada sobre ella que no sea mi cuerpo desnudo y sudoroso frotándose con el cuerpo que me pertenece. Nuestros deseos cruzan la línea del límite, la guío de espalda hacia el sofá y la recuesto lentamente.

—Sebastian... Sebastian...

—Si empiezas a gemir no duraré ni un jodido minuto, pitufa.

—Los... los niños... los niños, es la hora.

—¡Que esperen fuera!

—Las... —muerdo su cuello, su clavícula, su pecho... hincó mi erección en su entrada y mi esposa me impide acabar con lo que hemos empezado. —Las puertas están abiertas, cariño.

—¿Si nos vamos a nuestra habitación, te amordazo, te ato a la cama y te hago el amor, me odiarás?

—Si cerramos la puerta con llave no me enfadaré. De hecho, apruebo eso de atarme.

¡Oh, pitufa me está poniendo a cien! ¡Esta erección acabará con mi vida!

—Tus deseos son órdenes.

Me incorporo del sofá agachándome para coger el cordón de la bata de flores, esta mierda ha sido el causante de que mi esposa se la haya abrochado y me haya privado de las vistas. Es lo mejor que he tenido en mis manos en mucho tiempo, ahora me toca a mí privarle del resto de la tela porque ataré a Rachel con esto. ¿Quién gana, eh?

—¿Sebastian? —Su cuerpecito caliente se ha pegado al mío, —¿estás hablando solo?

—A partir de hoy mismo ya no te pondrás esa batita de flores, ¿entendido?

—¿Por qué?

—Porque es una jodida mierda que te la pongas. Eso significa que no estás desnuda y eso me pone de mal humor. ¿Estamos?

—Me la regalaste —susurra sonriente e inocentemente.

—Rachel Trumper, ¡modera tus intenciones!

—Pensaba que te gustaba la batita de flores —ronronea. ¿Alguien ha escuchado a pitufa ronronear? ¡Es culpa de las Rachels que me acosan en mis pensamientos! ¡Son lideradas por mi esposa!

—Amor, hoy no me encuentro bien. Tengo alucinaciones, —la he cogido en brazos

y ella quita el cordón de la batita de mi boca para pasarlo por mi cuello —alucinaciones serias contigo y con muchas tú.

—¿Muchas yo? Sebastian, tanto sexo te está afectando.

—Tanta batita de flores me está volviendo loco. ¡No la quiero más alrededor de tu cuerpo o juro que la quemaré!

—Esperaba que me la arrancaras con la boca.

¡Joder, joder, joder! ¿HE MUERTO YA O NO?

La recuesto en nuestra cama desecha que vive mañanas idénticas a esta. En la que ambos hacemos el amor aprovechando que los niños no están en casa y nos demostramos que después de tantos casados seguimos amándonos.

Finalmente hace algo por mí y abre sus piernas. Mi concentración se divide, ya no puedo atarla porque tengo problemas aquí abajo. Miro su entrepierna abierta, babeo con su figura y me froto preparándome para entrar dentro de ella.

De repente, oímos un cristal romperse y nuestra euforia pasional desaparece. Rachel grita asustada. Soy el primero en saltar de la cama dirigiéndome rápidamente hacia el balcón, bajo la vista hacia la terraza de casa y cuento el número de niños que acaban de estrellar el balón en las puertas francesas.

—¡JUSTIN Y AUSTIN TRUMPER! ¿Cuántas veces os he dicho que no juguéis al fútbol americano cerca de casa?

—¡Ha sido él!

—¡Ha sido él!

—¡Me da igual quién de los dos haya sido! ¡Buscad entretenimiento hasta que mamá y papá terminen de encargarse de un nuevo hermanito a la cigüeña!

—¡Sebastian! —Mi esposa sonrío desde la cama —¿están bien?

—Sí, ¡pero no lo estarán como no os vayáis! ¡JUSTIN, TE ESTOY VIENDO!

—¡Quiero coger el balón!

—¡No te acerques a los cristales!

Mis gemelos obedecen, incluso desentierran un nuevo balón mientras mi pequeño Austin me saca el dedo corazón. Veo cómo mis chicos se alejan del peligro, del desastre que recogeré y del que me encargará más tarde.

Ahora, vuelvo la vista a la cama. Mi esposa Rachel está recostada, sonriendo y esperando al amor de su vida. No me la merezco, no merezco a esta mujer que me aguanta cada jodido día. Comprende mis bromas, mi filosofía, mis sentimientos, mi manera de actuar y mi forma de ser. Soy el jodido más afortunado del mundo por haberme enamorado de la señorita que muerde su labio inferior mientras analizo cuán hermosa es. Ella me ha dado a mi Sebastian, mi hombrecito idéntico a mí. Me ha dado a mi princesita Rachel, la pobre vivirá encerrada en un castillo pero la haré feliz hasta que yo muera. Me ha dado a mis guerreros Justin y Austin, mis gemelos son los enanos más guapos que he visto nunca. Mis cuatro hijos son guapos, son perfectos, son niños y son totalmente míos.

Como mi esposa.

¡Los amaré y protegeré hasta el fin de mis días!

Capítulo 23

SIN DESCANSO

SEBAS

Me atraganto por culpa del maldito hielo. Machaco restos de los pequeños cubitos que ya se deshacen con los licores de fresa, melocotón, mango y piña. Salgo del bar

pisando la arena blanquecina de la playa mientras admiro las vistas, absorbo el trago de este riquísimo cóctel que bebo y sacio mi sed saboreándolo dentro de mi boca. Busco la sombra bajo una de mis palmeras favoritas vaciando el líquido en mi interior y me animo por la pizca de alcohol que he añadido. Si mi esposa me viera ahora mismo pondría mi trasero en algún lugar muy lejos de aquí.

La brisa del mar mueve los cabellos sueltos de mi cabeza, reajusto mis gafas felizmente y me acuerdo precisamente de Jocelyn cuando me regaña por ingerir cócteles. No la culpo, dentro de un par de horas estaré visitando el aseo para vomitarlo porque me sientan mal, pero merece la pena sufrir esta dulce agonía por el exquisito placer del sabor.

Inhalo y exhalo contagiándome de la naturaleza en estado puro. En cuanto me deshaga de la copa correré hacia el agua, saltaré las ligeras olas que se rompen y me sumergiré en el celeste océano cristalino que grita mi nombre a pleno pulmón. Toso pensando nuevamente en mi mujer, ella ha vencido. Este maldito riquísimo cóctel me empujará hacia el inodoro como no lo deje en estos instantes. Quiero refrescarme, reposar mi cuerpo en la hamaca y mecarme bajo la sombra de mi árbol favorito.

—¡JUSTIN Y AUSTIN TRUMPER!

Suelto la copa corriendo en dirección opuesta al eco que retumba en la isla. Había visto a mis sobrinos correr con un balón en las manos, les he regañado pero los niños me han ignorado. Espero que el enano no me vea mientras huyo de la orilla del mar para esconderme lejos de él o le daré una paliza por distorsionar mis momentos en soledad de relajación. ¡Maldito Trumper!

Este precioso paisaje inundó mis pensamientos cuando vivíamos en la ciudad. Esto era lo que quería, esto era lo que necesitaba, esto era lo que había soñado. Aquí imaginaba a mi esposa caminando por la orilla de la playa vestida en su bikini, a mi hijo Sebas corriendo detrás de uno de sus pájaros favoritos, a mi hija Jocelyn pidiéndole que no se acercara porque el color rojo del ave no es una buena señal y a mi hija Maggie lanzándole piedras mientras yo corro detrás de mi pequeña para detenerla. Una stampa familiar con la que me obsesioné. Me costó trabajo pero al final conseguí que mi esposa cediera, que mis hijos aceptaran y que mi familia no enloqueciera.

Las opiniones de mi mujer e hijos eran las únicas válidas para mí. Cuando aterrizamos en la isla los niños se volvieron locos, locos literalmente. Los primeros días investigaron la zona en la que viviríamos como si la selva no tuviera fin, abrieron y cerraron las puertas de los bungalós, saludaron al personal que trabajaría para nosotros y hasta el día de hoy mis niños no han parado de recorrer y de sentir la libertad. Al principio mi esposa se mostraba reacia, su temor a que los niños fueran infelices y a que yo lo fuera le podía, pero no tardó en descubrir que ninguno de los cuatro seríamos infelices en nuestra isla. Nuestra maravillosa isla donde nos casamos.

Observo nuestra casa en lo alto de una montaña. Allí mismo le hice el amor a mi mujer la noche antes de casarnos. También allí le regalé las estrellas, el firmamento y mi vida entera para que hiciera con ella lo que quisiera. Allí creamos bonitos recuerdos en nuestra luna de miel, la isla se vació y nos quedamos solos para iniciar juntos las primeras horas de nuestro matrimonio. Ese exótico hogar nos pertenece desde que supe que nos mudábamos, desde que mi esposa y yo lo elegimos y desde que ambos pusimos nuestro

corazón en nuestro nuevo destino.

Me siento en una hamaca rechazando la oferta del anciano camarero que me ofrece otro cóctel, ¡maldito sea mi estómago! Si bebo de nuevo vomitaré el desayuno que ha cocinado esta mañana mi maravillosa esposa.

Cierro los ojos pensando en Jocelyn, en su despertar, en su caminar, en su forma de hacer cualquier movimiento y en su maldita boca. Mojo mi labio inferior recordando la sensualidad de su cuerpo por cómo mueve sus caderas, cómo se peina y cómo se reajusta la parte superior de su bikini. ¡Una Diosa que me pertenece! Mi esposa es la musa de mi vida, la musa de mi reino y la musa que provoca mis babas. Cada mañana nos despertamos frente a un ventanal abierto, ambos salimos al balcón justo al amanecer y nos abrazamos respirando la tranquilidad que nos ofrece nuestra isla. Luego, ella prepara el desayuno mientras yo despierto a nuestros hijos, y la familia nos ponemos en marcha para vivir otro día por el que he luchado desde que era joven.

Nunca he sido un chico de ciudad, nunca he sido un chico de barrio, nunca he sido un chico que amara rodearse de personas. Mi carácter es más bien parecido al de padre, él siempre ha querido retirarse en el campo y por eso disfruta los momentos que pasamos en Dakota, en el rancho de la familia de Rachel. Pero madre amaba la maldita ciudad, ella se crió muy mimada y cuando padre se enamoró de ella hizo lo que un hombre debía hacer; hacer feliz a su esposa.

Me identifiqué con padre cuando tuve uso de razón, él siempre tan callado, tan calmado y tan serio. He sido realmente un desastre abriéndome a la gente, comunicándome con las mujeres y haciendo exactamente lo que fuere. Mi hermano tuvo la suerte o la desgracia de dedicarse a su maldito deporte y yo sufrí los daños colaterales. Permanecí a su lado porque amaba a Bastian y porque aunque no estuviera casado ni tuviera novia por aquel entonces, el amor de mi hermano era superior a cualquier otro y quería hacerle feliz. Por ese motivo sufrí un tipo de fama que no acepté. Elegí un trabajo de mierda, me formé como profesional y fui el mejor en cada paso que he dado laboralmente. E inclusive siendo el mejor abogado, presidente del distrito, alcalde o un personaje público... no me sentía ni querido ni valorado.

La llegada de mi esposa cambió mi maldito universo. Si pensaba envejecer solo viviendo en una gran mansión y rodeado de pájaros con plumaje de colores, Joce apareció y me enamoró. Puso mi mundo del revés. Quise luchar por ella porque aun sin conocernos ya era el amor de mi vida, quise esperarla porque merecía la pena y quise azotarla para demostrarle que era la mujer más hermosa que había visto nunca. Nos casamos, nacieron nuestros hijos y nos acomodamos en una rutina que se convirtió en asfixiante. No por mi reina e hijos, sino por la maldita sociedad que presiona cada botón Trumper.

Somos famosos, somos conocidos, somos mundialmente odiados y mundialmente amados y eso no juega a nuestro favor. Esperé a que mis hijos crecieran, que sintieran el funcionamiento de la vida. Eran seguidos por guardaespaldas, controlados para protegerlos y vigilados para que no fueran atacados. Se estaban criando en un mundo de mierda, los niños no eran conscientes y vivían felices, pero me resignaba por imaginarles solos si mi esposa y yo muriésemos. ¿Quiénes les protegerían? ¿Cómo saldrían adelante en una ciudad en la que éramos tan odiados como amados? ¿Qué sería de ellos sin

nosotros? Nunca quise la ciudad, nunca me sentí bien conmigo mismo creciendo en ella y nunca fue una elección para mi familia.

Me costó convencer a mi esposa. La muy Trumper luchó fuerte llorando, caminando por la ciudad entre lágrimas y apagándose lentamente. Esperé a que tomara la decisión que quisiera porque malditamente iba a quedarme en la ciudad si lo hubiera deseado, pero ella supo llegar a mi corazón.

Juntos, planeamos la mayor locura que hemos hecho; mudarnos a una isla privada. Aquí fuimos felices durante el comienzo de nuestro matrimonio, nos gustó en cuanto la vimos y Bastian nos la regaló. Tanto mi mujer como yo estuvimos viniendo un par de años con nuestros hijos hasta que Maggie cumplió cinco, entonces nos olvidamos de ella y hacíamos escapadas a otros lugares del mundo. Esta isla era la ganadora por vínculos sentimentales; los planos, fotos, folletos, ideas, mudanzas y un montón de mierda más se encontraba grapada en el color de la carpeta que elegimos a la vez. Mi reina sonrío, yo sonreí e hicimos el amor durante cinco horas seguidas.

Todavía tenemos casa, todavía viajamos a la ciudad y todavía hacemos actos de presencia allí. Pero vivimos en nuestra isla, nuestra isla privada, y no puedo ni creer que mi sueño se haya hecho realidad. Que mi esposa lo haya hecho realidad.

—¡Tito Sebas, regaña a Sebastian que me quiere quitar el móvil!

—Chicos, —gruño acomodándome en el acolchado de la hamaca. Ellos no lo harán, ellos no me dejarán descansar ni un sólo minuto —parad y marchaos a otro lugar.

—¡Niño!

Nadine se está peleando con mi sobrino Sebastian. La está haciendo rabiar, desde que mi sobrino ha dado un estirón es casi tan alto como mi sobrina y ambos están luchando en la orilla del mar. Podría levantarme, podría poner orden, podría mandarlos a sus bungalós donde juegan y podría ahuyentarlos lejos de mí. Pero no lo haré. No. No lo haré. No me moveré de la hamaca a no ser que vea sangre o que realmente mi sobrino la tumba, entonces, meteré su cabeza dentro del agua y aprenderá por las malas. Mientras tanto, llevo mis manos por detrás de mi cabeza, me tumbo de nuevo y observo la escena de dos primos peleándose.

—Papi, papi, ¡PAPI! —Bostezo girando el cuello, mi hija Maggie y mi sobrina Rachel se acercan corriendo. Ellas cargan con bolsas de plástico y me enseñan algo negro. —Papi, mira lo que hemos encontrado.

—¿Qué es esto? —Lo cojo para asegurarme de que no sea venenoso.

—Un molusco.

—¿Si? —Sonrío, se han hecho con la clase de biología marina, —¿sabríais decirme la clase de molusco?

—A tanto no llegamos, tito Sebas.

—Oye tú, —atraigo a la pequeña Rachel para hacerle cosquillas —me ha dicho el abuelo que has intentado salir de casa sin zapatos.

—¡No me hablo con él!

—¿Por qué?

—Porque he preferido desvestirme e irme con Maggie.

¡PRONTO EMPIEZA LA NIÑA A QUITARSE LA ROPA! ¡Debería estar encerrada!

—Ha sido mi culpa —confiesa animada mi hija.

—¿Por qué ha sido tu culpa, mi princesa?

—¡Soy reina!

—Prima Maggie ha sido mi salvadora —salta de mis brazos para abrazarse a mi niña.

—Menos mal que la he rescatado del abuelo. La necesitaba para buscar moluscos.

Son dos almas gemelas separadas al nacer, mejores amigas y niñas que se están criando juntas desde que vinieron a este mundo. Que vivan en la isla es lo mejor que les podría suceder, irradian energía, vitalidad y fuerza. Su ADN Trumper les corroe por las venas y saben canalizar perfectamente su personalidad. Estas dos se hacen con la familia cómo, dónde y cuándo quieren.

—Llevemos esto a nuestro acuario —dice mi sobrina recogiendo la bolsa que portaba.

—¿Salvareis todos los moluscos del mar? ¡SEBASTIAN, TUS MALDITAS MANOS!

Las niñas se han ido corriendo sin responderme. Charlar un rato con ellas hubiera estado bien, es casi imposible que esas dos me presten atención, o a mí o a cualquiera de nosotros. Han creado un acuario para salvar a todos los moluscos que se encuentren en las rocas, contraté a un biólogo marino para que lo construyera y viene una vez cada dos semanas para evaluar el estado de las pequeñas cosas negras que se pegan a las falsas rocas. Lo realmente importante es que las niñas tienen interés en algo que no sea los artilugios con internet que no aportan una mierda a sus vidas.

—¡Sebastian Trumper!

—¡Ha empezado ella, tito Sebas!

—¡Tú, no yo, idiota!

—¡Has empezado tú, remilgada de mierda!

Suspiro poniéndome en pie. Mi sobrino Sebastian corre lejos porque sabe que le daré una pequeña paliza y le revolcaré en la arena, aunque ese sería mi sueño si no estuviera huyendo por la orilla mientras amenaza a Nadine.

—¡Es un tonto! ¿Cuándo le diréis que es un adoptado de mierda?

—¡Os pienso lavar la maldita boca con jabón! ¡No digáis tacos! ¡Y vuelve a clase! ¡Estoy cansado de ver a tu profesora buscarte por la isla!

—¡No te oigo bien, tito Sebas! ¡Tengo prisa y cosas que hacer!

—¡Recuerda que soy quién te paga el internet!

—¡Te quiero, eres mi favorito!

La niña se aleja del mar yéndose hacia el interior de la isla. Estos niños siempre discuten, gruñen, se enfadan y dominan a quién sea cuando la cosa se pone fea. ADN Trumper.

Sí, nuestros planes estaban perfectamente ideados para el bienestar de nuestra familia. Me ideé aquí junto a mi mujer, mis hijos y un par de hombres de confianza que nos protegieran ante cualquier amenaza. Nada formal de todas formas. La idea era aproximadamente la misma que hablamos antes de mudarnos, mientras los niños estuvieran estudiando Jocelyn y yo nos encargaríamos de las gestiones que implica vivir en una isla desierta, y cuando termináramos pasaríamos juntos el resto del día, con los niños, tumbados en la arena blanquecina o en el agua cristalina del océano que nos rodea. Una estampa familiar de ensueño, una estampa que procuro hacer realidad si ningún Trumper consigue tocarme los malditos cojones.

Por supuesto que ellos no me dejarían, por supuesto que madre no lo permitiría. Ella no lo permitió. Ni ella, ni mis hermanos, ni mis cuñadas, ni mis sobrinos, ni padre.

Recuerdo la noche de verano en la que les comunicamos a nuestros hijos nuestra decisión. Pedimos unas pizzas, salimos al jardín y estuvimos hablando seriamente con ellos. Mi esposa era demasiado sentimental como para explicarse y me tocó ser el malo. En la tercera frase me gané a Maggie, su aprobación llegó en cuanto mencioné lo de mudarnos a la isla desierta. Sebas y Jocelyn son mayores, los dos son maduramente superiores a su hermana pequeña y a ambos les costó entender lo que su madre y yo intentábamos transmitirles. Sebas fue el segundo que aceptó sin dudar con la condición de ver a sus amigos y de seguir yendo a la ciudad. Tres de las cuartas partes de mi corazón estaban latiendo de nuevo, quedaba mi hija Joce y ella no nos dio su bendición a la primera. No lo hizo hasta que no viera con sus propios ojos que el paisaje que les mostrábamos en fotos era idéntico. Mi mujer y yo vivimos con miedo los días previos a nuestra marcha pensando en la niña, en que tendríamos que quedarnos en la ciudad porque ella no sería feliz, y en cuanto puso los pies aquí se enamoró de las vistas, de lo que nos rodeaba y eligió su bungalow personal emocionada.

Mi esposa y mis hijos ya sentían que formaban parte de la isla. Mis sueños finalmente se hicieron realidad, poco a poco nos fuimos adaptando en familia y en la actualidad somos mucho más felices que cuando vivíamos encerrados en una rutina.

Ellos, los hijos de puta de mis hermanos dijeron que se quedarían con nosotros durante el mes de vacaciones. Dijeron que pasarían unas semanas solamente para no hacer la despedida un drama. Dijeron que lo hiciéramos por madre, padre y por todos antes de regresar a la ciudad y a sus vidas. Dijeron, dijeron, dijeron... ¡y se quedaron a vivir aquí! ¡Nuestra isla privada está llena de Trumpers! ¡Mires por donde mires, hay un Trumper que grita, gruñe o se queja!

Lo sabía, sabía que no se irían. Mis hermanos me evitaban, no respondían mis mensajes e ignoraban mi presencia a solas señalando a nuestras esposas. Siempre escondiéndose como unos malditos cobardes. Pasó el verano y la isla seguía ocupada por los Trumper, pero lo que más me dolió fue que mi mujer e hijos los querían cerca. ¿Quién

era yo para echarlos? ¡Ellos no se irían de todas formas! Todavía no sé si lo decidieron antes de coger los malditos jets e instalarse en la isla, si surgió sobre la marcha o si lo planearon... ¡Bastian y Sebastian lo planearon a mi espalda porque son unos hijos de puta! ¡Comparto mi sueño hecho realidad con la familia al completo, con mis hermanos, mis cuñadas, mis sobrinos y hasta madre y padre se mudaron!

—¡Papá! —Mi corazón se detiene por el grito de mi hija Jocelyn corriendo hacia mí, todo mi organismo me destruye lentamente viendo la imagen de mi niña. Acelero el paso también, la recibo después de que haya brincado para colgarse de mí y me giro dándole la espalda a aquella señorita te-he-robado-el-alma-y-no-te-la-devolveré que se acerca a nosotros sonriendo. ¡Maldito sea su vestido!

—Mi princesa, la princesa de mi reino y la estrella que brilla en mi firmamento —susurro a mi hija mientras la mezo en mis brazos. Ella está consternada porque soy un padre horrible, le he contratado a la peor profesora de biología. ¡Ayer estudiaron el cuerpo inerte de un ser vivo! Mi Joce es tan sensible como mi esposa, como mi Sebas, los tres son sensibles y yo le permití a una idiota que metiera en la isla dos ranas muertas.

—Jocelyn, cielo... —¡No me hablo con mi esposa, hasta que detenga sus provocaciones con ese vestidito no le hablaré! —Tenemos prisa. Te hemos visto desde el jeep y la niña ha saltado.

¡Normal, es mi hija, ME AMA!

—¿Cómo estás, cariño? —Beso su frente, la frente de la niña que se ha enganchado a mí porque seré el único hombre al que abrazará en su vida. Mi mujer intenta buscarme, intenta que la enfrente y finalmente cedo porque mi hija no está en condiciones de vernos discutir.

¡Le compraré vestidos aceptables para llevar en público! ¿Cómo se atreve? Me prometió que renovaría su vestuario. Ya ha pasado casi un año desde que vivimos aquí, y, ¡todavía sigue estrenando vestiditos de te-mataré-sin-tocarte! ¡Son muy cortos!

—Jocelyn —¡la niña necesita a su padre! ¿Por qué mi mujer acaricia su espalda? Está en mis brazos porque soy lo único para ella. ¡El único! —Tenemos que irnos, hemos quedado en el muelle.

—Ella se queda conmigo.

—Sebas, hoy vienen sus amigas y los amigos del niño.

—Que vengan, pero mi hija se queda conmigo. Mi amor, ¿cómo te encuentras?

—Triste.

—Esas ranitas murieron por causas naturales. No se mataron para que tú las estudiases.

—Quiero ser veterinaria.

Aprieto el cuerpo de mi hija sintiéndome más orgulloso que hace un segundo y medio. Le sonrío a mi esposa porque soy una nenaza, puede vestirse con cualquier trapo que siempre me parecerá una mala decisión. ¡Ella es mía, su cuerpo me pertenece y la quiero para mí solo!

—Serás lo que quieras —sigo meciendo a una niña de casi metro sesenta. Es una niña, y una niña que por mucho que crezca será MÍA. ¡MÍA!

—Cielo, llegamos tarde.

—¿Por qué me la quieres quitar?

—Sebas, hemos quedado.

—Me habéis discriminado, me habéis dejado fuera.

—No vienes porque no quieres. —¿Y ver cómo entran en MÍ isla niñitos que miran a mis hijos? Porque mi princesita no está interesada en niños, pero mi Sebas... mi Sebas... ¡los mataré a todos! ¡Mataré a todos los niños que vengan a MÍ casa para estar con MÍ hijo! ¿Qué se creen, que no sé cómo piensan? ¡Ellos quieren meterle mano! A vista de los demás mi niño pequeño ya no es niño, está entrando en la pre-adolescencia y no me gustan sus amigos, ni ningún chico que quiera toquetear a mi hijo. ¡Estoy mareándome! ¡Me estoy mareando!

—¿Papá? —He dejado a mi hija en la arena, —mamá, creo que se ha vuelto a enfermar.

—Sebas, ¿has vuelto a beber esos cócteles de frutas? Te sientan mal.

—Han sido un par de tragos.

—¿Entonces? —Mi esposa analiza mis ojos, yo los esquivo e intento que nuestra hija no vea cuán patético soy. —Cielo, vuelve al jeep. Tenemos prisa.

Gruño alzando de nuevo a mi pequeña entre mis brazos, beso su cara y palmeo su trasero mientras brinca hacia el coche. ¡Brincar! ¡Tiene que dejar de brincar por la vida! ¡Los hombres la querrán ver caminar porque mi hija brinca! Entrecierro los ojos hacia ella. ¡Los mataré! Se ha subido al jeep, finalmente algo de chatarra la protege de cualquier agente que pueda amenazar a mi niña.

—Mamá, tienes una llamada de tito Bastian.

—Voy enseguida. ¿Sebas?

Mi hermano está en el muelle vigilando que los jefes de seguridad chequeen diez veces la lista de invitados. ¡Si ha llamado a mi esposa es porque habrá encontrado a alguien que no está en la lista! ¡Un chico! ¡Un niño! ¡Un lo que sea! ¡Ellos querrán acceder a mis hijos, a mi Sebas y a mi Jocelyn! ¡Se suponía que las listas las comprobamos antes de entregárselas a los jefes de seguridad! ¡Quiero contratar a nuevos! ¡Quiero despedirlos a todos! ¡Quiero ir al muelle y poner de vuelta a esos críos en sus malditas casas!

—¿Sebas? ¿Sebas? —Ni la caricia preocupada de mi esposa puede apaciguarme. Cuando Jocelyn me dijo que estaba embarazada yo tendría que haber cambiado de profesión, dedicarme a matar a varias generaciones contiguas a mis hijos para protegerles de tocamientos. ¡He sido un tonto! ¡Mis hijos crecerían y yo he estado perdiendo el tiempo! —Sebas, estás preocupándome. ¿Sebas?

Sacudo la cabeza regresando mi mirada cristalina a la mujer más hermosa que existe en el mundo y fuera de este. Mis hermanos pueden decir lo que deseen de las tuyas,

¡la mía es la más guapa, la más bella y la más sensual! ¡Maldita sea mi erección! ¡La doblaría aquí mismo bajo la sombra, en la arena o en el primer bungalow que viéramos en nuestro camino mientras la pongo sobre mi hombro para demostrarle quién está cachondo las veinticuatro horas de toda mi maldita vida!

—¿Sebas? —¡ESOS LABIOS! ¡MALDITA SEA MI MUJER!

—¿Si?

—Estás raro. Huh... ¿quieres venir al muelle?

—¡NO! —Enderezo la espalda. No me apetece ver a los que quiero asesinar por entrar en la isla de mis sueños, ¡ellos ansían toquetear a mis niños, a mis sobrinas! ¿Por qué no hace nada Bastian? ¡Maldito sea esa nenaza! ¡Se pasa media vida obsesionado con proteger a sus hijas y va y acepta que nuestras mujeres permitan la entrada a niños! ¡NIÑOS! ¡Niños con intenciones de toquetear a nuestros hijos!

—¿Estás enfadado?

—No —¡maldita sea, sí!

—Huh... Sebas... huh... esto sucederá a menudo; en vacaciones, los días festivos en la ciudad o cuando los niños quieran recibir las visitas de sus amigos. ¿Vas a molestarte por tanto?

¡Me he perdido! ¡Ha ladeado la maldita cabeza y he perdido el sentido de la razón! ¡Estoy cansado de no poder doblarla cuando YO QUIERA! ¡Es mi esposa, es mía!

—Ve al muelle —susurro por no gritarle que se desnude.

—¿Seguro? ¿Quieres que me quede contigo?

—No, las chicas están en el acuario y los gemelos andan por ahí con Sebastian haciendo de las suyas. Necesitan vigilancia madura.

—¿Y tu hermano?

—En casa con Rachel.

—Pues necesitaría a Rachel antes del almuerzo. Cuando regrese del muelle iré a buscarla. ¿Te parece bien? —Asiento mientras recupero mi maldita vida —¿Sebas? ¿Quieres hablar?

—No.

—Sebas, huh... no soy tonta.

—Si no eres tonta sabrás qué me sucede.

—¡Mamá, tito Bastian ha vuelto a llamar, dice que tiene a mis amigas con él!

Si Bastian retiene a las amigas de Jocelyn eso significa que mi hijo Sebas ya está con sus amigos. Andarán por cualquier rincón de la isla, sin mí, sin mi vigilancia. Necesito ir al muelle, necesito que mi hermano me dé la información. ¡Tengo que alejar a Sebas de sus amigos! ¡Ellos querrán meterle mano, han venido para jugar con mi hijito a que él es un muñeco y sentirán que pueden toquetearle cuando deseen!

—¿Toquetear? ¿En qué piensas, Sebas? —Estoy en problemas, mi mujer se ha cruzado de brazos y no se irá.

—¡JUSTIN Y AUSTIN! ¡Corred jodidos enanos, como os pille os juro que os ahogo en el agua!

Los gritos de Sebastian siempre retumban en esta zona de la isla. Una de mis favoritas. El enano esperó, me acechó, observó y estudió cuál era mi sitio elegido pasar descansar... y el muy cabrón se construyó en menos de seis meses una mansión en primera línea de playa. ¡PARA FASTIDIARME! ¡Es una puta almorana que no desaparecerá de mi trasero! Ahora no puedo ni relajarme aquí sin oírle gritar, lanzarme cosas desde la ventana o movilizar a sus hijos para que me molesten. ¡Este hombre no madurará!

—Vete Joce, —atraigo el cuerpo de mi mujer y beso sus labios —las chicas te esperan en el muelle.

—¿Seguro?

—Iré al gimnasio o le pegaré una paliza a mi hermano mientras te espero.

—¿Quedamos para almorzar?

—Sí.

—Huh, de acuerdo —acaricio el trasero de mi esposa mientras la veo alejarse envuelta en esa capa sonrosada que cubre su piel blanquecina.

Saludo a mi hija Jocelyn, ¡ella se ha bajado del jeep porque quería saludarme! ¿Es qué no han visto cuánto me ama mi pequeña? ¿Por qué mis hermanos no están ahora a mi lado para que pueda demostrarles cómo se educa a una niña?

Saco el móvil de mi bolsillo dirigiéndome a la tumbona en la que estaba sentado antes de que se me ocurriera prepararme un cóctel en el bar. Leo la información, veo las fotos y grabo en mi memoria las caras de esos pequeños hijos de puta que están sonriendo a mi hijo. ¡Es mi hijo! Bastian me envía un mensaje para decirme cuántas niñas esperan en el muelle a mi esposa e hija y también me dice que se vuelve con Nancy. Las amigas de Dulce Bebé vinieron anoche, y si mi intuición no me falla estarán encerradas en cualquier bungaló hablando de sus cosas. Espero que mi hermano haga un buen trabajo y compruebe que no están por ahí enviándose mensajitos con chicos-ladrones-de-niñas.

—¡Te estoy viendo, Justin! ¡No arranques esas plantas! ¡Largaos de aquí! ¡Donde pueda veros! ¡Austin! ¡Ya me reiré yo cuando ponga vuestros juguetes en un contenedor! ¿Ah, si? Me has salido listillo.

Sebastian golpea mi maldita nuca, quiero reventarle la cabeza y tal vez romperle esa puta boca que madre y padre le han dado. Determino con un movimiento de mano que no le daré mi puta atención, si va de inteligente por la vida debería saber que no me apetece hablar con él y menos cuando mi hijo anda por la isla con niños-intentaré-meterle-mano-a-Sebas-para-joder-a-su-padre.

—¡Sebastian! ¡No vuelvas a golpearme! —Acaba de apuntillar mi pierna.

—¿A qué viene esa cara de sieso y de mosquita muerta? ¿Es que no te has acostado

con tu mujer? Puedo hacerlo yo si no...

—No estoy ahora para bromas.

—¿Qué miras en el móvil?

—Nada que te importe.

—¡Ah, ya veo! ¡Papi está enfadadito porque sus niñitos tienen visita!

—No te burles. Además, ya te tocará a ti cuando Rachel cumpla la edad suficiente como para invitar a chicos —escribo un mensaje a Jocelyn para que me llame. Necesito comentarle un par de temas que no he podido hablar con ella en nuestro despertar.

—¿Ves las colinas? Allí le construiré el castillo. Dentro de unos meses comienzo con los preparativos. Con un poco de suerte le gustará las chicas y no tendré problemas con chicos. Es sencillo, papi, lo has hecho muy, pero que muy mal —levanto la vista de la pantalla solamente para amenazarle. Se ha recostado en la tumbona frente a la mía y hoy soy afortunado porque al menos lleva ropa interior.

—Si me juzgas como padre te tragarás tus propias palabras.

—Oh, vamos Sebas, estás perdiendo facultades. Mira... mira esos hijos de puta. ¡Austin y Justin! ¡NO! ¡No arranquéis las jodidas plantas! ¡Sebastian, sal del agua y vigila a tus hermanos!

—Estoy buceando.

—¡En la orilla no hay peces!

—¡No me dejas meterme en la profundidad!

—¡Porque eres muy pequeño! ¡Ya crecerás y me darás las gracias por salvarte la vida!

¿Tiene que levantarse, gritar y posicionar su entrepierna cerca de mí? Me había sentado, y este hijo de puta ha nacido para hacerme la vida imposible. A mí y a Bastian, porque luego con nuestras mujeres Trumper es todo amor, sonrisitas y amabilidad. ¡Maldito acomplexado!

—¡Austin! ¡Papá, el niño se ha cargado el rosal!

—¡Joder, AUSTIN! ¡Tu madre va a ponernos a dormir en la jodida calle!

Mis sobrinos se ríen de mi hermano. Son buenos chicos, demasiado para criarse con este cabrón.

Giro la cabeza centrándome en el mensaje que he escrito, lo leo y vuelvo a leerlo cuando se trata de mi esposa, quiero que este quinto mensaje no la ahuyente. Y sí, ¿por qué no? Busco una foto de mi torso y se la envío justo cuando mi hermano me lo quita de las manos.

—¡SEBASTIAN! ¡DAME MI MÓVIL!

—¿Qué haces? ¿Con quién hablas?

—¡DÉJAME EN PAZ Y OCÚPATE DE TU MUJER!

—Pitufa está descansando, es lo que tiene ser un buen marido y no dejar que tu esposa se vaya por ahí de marcha por la isla.

—¡Ha ido al muelle a llevar a nuestra hija con sus amigas! ¡Dame el móvil! —Lo lanza y se ríe de lo patético que me veo.

—El muelle, ¿eh? ¿Y qué hay del niño?

—¡DÉJAME. EN. PAZ!

El enano se está burlando de mí, acaba de acariciar mi cabeza y me ha sacado su lengua. Desaparece por la orilla del mar mientras regaña a mis sobrinos, orilla que debería ser testigo de cómo hago el amor con mi esposa si mi maldita isla no estuviera ocupada por Trumpers. Deseo con todas mis ganas que se vayan todos, que decidan recuperar sus vidas en la ciudad. Entonces, comenzaré a vivir esta experiencia en la que implico a Jocelyn estando desnuda las veinticuatro horas, a mis hijos y a sus amigos retenidos bajo mi vigilancia, y a mí no respondiendo mensajes de mis hermanos, de madre o de mis sobrinas pidiéndome clemencia porque creen que soy el favorito.

¡No soy el favorito! ¡He arrastrado a mi familia conmigo e indirectamente!

—¡Tito Sebas!

Es malditamente imposible que descanse. Que malditamente me tumbe aquí, escuche las olas del mar y los cánticos de los pájaros.

—¡Qué!

—¿Has visto a mi hermana?

—Dulce Bebé estará en algún bungalow y Nadine ha pasado por aquí hace un rato.

—¡Sebastian, ven!

Mi sobrino le pega una patada a unos de los gemelos antes de que mi hermano los coja al vuelo y los separe. El niño ya viene corriendo para reunirse con mi sobrino Bastian, ellos dos se han criado prácticamente juntos y mi hijo completaría el trío si no estuviera rodeado de niñitos que pretenden meterle mano mientras destrozan mi existencia.

—¿Cuándo?

—Ahora, vamos.

—Espera que me seque.

—¡Bucear en la orilla es de niñas!

—¡Mi padre no me deja meterme en el fondo!

—Mi padre no me deja meterme en el fondo, ¡nenaza!

—Bastian, habla bien. —Pronuncio con el móvil encendido, averiguando dónde se halla mi hijo. —¿Adónde vais?

No confío en mis sobrinos. Cuando se juntan nada bueno sale de sus conversaciones. Me recuerdan a Bastian y a Sebastian, ellos dos eran mucho más activos y

mucho más rebeldes que yo. Mientras que yo miraba sentado cómo se peleaban con los niños del barrio, ellos se llevaban las broncas de madre y padre por regresar a casa ensangrentados. Siempre he sido sereno porque el karma de mis hermanos abordaba el mío, ahora, dos réplicas suyas se replantean una trastada y me encuentro en la obligación de detenerles.

—Hay que deshacernos de... —Bastian me da la espalda llevándose a su primo lejos. Se está secando con una toalla, de hecho, con mi toalla. Justamente la que había planchado Jocelyn para mi baño.

—¿Qué estáis tramando?

—¡Adiós, tito Sebas!

—¡Sebastian, ponte el calzado!

—Da igual, si vamos a conducir el coche de nuestro guardia de seguridad.

—¡CHIVATO! —Bastian golpea a Sebastian que abre la boca.

—Se me ha escapado... ¡lo siento!

—¡SEBASTIAN! —Grito desde aquí levantándome, —¡vosotros, no os mováis!
¡Enano!

—¡Habéis despertado a vuestra madre!

—¡SEBASTIAN!

—Rachel, he decidido que deberíamos dar en adopción a los gemelos.

—No digas eso delante de los niños que se lo creen. ¡Hola Sebas!

¡MALDITA BATA DE FLORES! ¿Qué mierda estoy viendo? Mi cuñada se ha asomado a su balcón, oía su voz pero no la veía hasta que ella me ha visto. Ya entiendo por qué el enano no la deja salir, ya entiendo por qué le hace el amor todo el día, ya entiendo que la retenga en su casa. ¡Es el mejor maldito Trumper de los tres! ¡Él es listo! ¡El pequeño hijo de puta es listo!

—¡Subid con vuestra madre! ¡Pitufa, te has quedado sin rosales!

—¿Los niños están bien?

Señalo a mis dos sobrinos que susurran cómo librarse de esta.

—¡Quietos! ¡Sebastian, te necesito aquí!

—¿QUÉ MIERDA QUIERES? ¿NO PUEDES VIVIR SIN MÍ?

—Tu hijo y tu sobrino quieren burlar la seguridad y conducir su coche.

—¡Sebastian! ¿Qué jodidamente ibas a hacer?

—¡Ha sido Bastian, papá!

—¡CHIVATO!

—Yo no me trago esta bronca solo. Ese que viene por ahí es mi padre, si caigo yo caemos los dos. Como buenos Trumper.

—¡Te partiré esa cara bonita cuando estemos a solas, te lo juro!

—¡Te la partiré yo también, Bastian! ¡Puedo luchar tanto como tú!

—Ocúpate de ellos, y alejaos de aquí. Quiero tumbarme en la hamaca por cinco malditos minutos.

—¿Qué JODIDA mierda ibais a hacer? ¿Es que queréis meterme en un lío con vuestras madres?

—¡Ha sido idea de Bastian!

—¡Los dos, con los gemelos, inmediatamente!

—Yo no puedo, he quedado con mi madre —se excusa mi sobrino Bastian.

—¡He. Dicho. Que. Con. Los. Gemelos!

Mi hermano golpea las nuca de los chicos que arrastran los pies sonriendo hacia su casa. Bueno, parece que para algo le ha servido construirse su mansión a orilla de la playa. Orilla que ya tendría en su arena el cuerpo de mi esposa desnudo mientras yo le hago el amor. ¡Maldita sea mi familia!

Finalmente, finalmente y tras dos horas en la playa, recuesto mi espalda en la

tumbona y centro mi audición en el canto de un pájaro con los ojos cerrados.

—Sebas.

—Joce, —me incorporo quitándome las gafas de sol y la gorra —¿y la niña? ¿Está bien?

—Nos hemos encontrado por el camino con Bastian. Huh... ya... ya sabes lo impaciente que es y no aguantaba ni un minuto más como canguro.

—¿Dónde están las niñas?

—En el bungalow.

—¿En el número tres?

—Sebas, no hables así de la casita de Jocelyn. Le hace ilusión prepararla para las visitas.

—Reina, hace unos malditos diez minutos mi hija estaba llorando en mis brazos. Permite que enumere el bungalow donde se encerrará durante todo el fin de semana e ignorará a su padre.

—Huh, —¡algo malditamente me sale bien! Mi esposa ha decidido poner su cuerpo sobre el mío mientras la abrazo fuertemente por la cintura. —¿Sigues enfadado?

—No lo estoy. Que mis hijos estén ocupados con sus amigos y que mi hija pequeña pase su tiempo con su prima no me afecta en absoluto. Que mis hijos se ocupen de sus vidas sin mí no me afecta en absoluto. Que mi esposa no se encuentre desnuda a mi merced no me afecta en absoluto.

—Eh, —merecía ese golpe en el hombro. Hablamos el mismo idioma. Bien. Jocelyn se ha sentado sobre mis piernas y yo llevo las suyas alrededor de mi cintura. — ¡Eres muy gruñón!

—Odio a mis hermanos.

—¿Qué te han hecho ahora?

—Existir. Si ellos no existieran yo sería feliz. Ningún Trumper me deja descansar, piso la playa y aparecen como moscas, Joce. ¡Odio a mis hermanos!

—Ellos nos aman, rey.

—No tengo nada en contra de los niños o de sus mujeres, ¡son ellos! —Aprieto el trasero de mi mujer, ¡y me importa una maldita mierda si alguien nos interrumpe!

—Para no tener nada en contra te siento malhumorado.

—Son las mañanas, las odio también. Odio que no hagamos el amor y...

—Huh, ¿qué? —Otro golpe en el hombro que me merecía, —no hacemos otra cosa. ¿Por qué eres tan catastrófico? Me despiertas en mitad de la madrugada, me despiertas cada mañana, me acosas en la ducha, me metes mano en la cocina mientras preparo el desayuno, también me toqueteas en el jeep cuando llevamos a los niños a clase, cuando volvemos hacemos el amor y lo repetimos cada maldita hora.

—Cada maldita hora —sonríó orgulloso porque no miente. ¡Este culo es mío! Las tetas ya las tiene lo suficientemente cerca de mí como para que NADIE las vea.

Su boca se pega contra la mía y masajea mi pelo justamente como me gusta. Mi Jocelyn me tiene loco, no me levanto ni un maldito día de la cama en el que no agradezca lo afortunado que soy por haber encontrado a la estrella de mi firmamento.

—¿De qué querías hablar? He leído tu mensaje.

—Quiero embarazarte.

—¿De qué querías hablar? —Finge que no me ha oído.

—Joce, tengamos un bebé.

—Joce, tengamos un bebé, —imita mi voz y mi erección vuelve a la vida —sabes que no soportaría verme gorda de nuevo.

—Tú, embarazada y gorda son tres términos que me ponen cachondo. Te quiero gestando a un bebé hasta el día que nos digan que tu cuerpo no lo aguanta más.

—¿Ah, sí? Porque pensaba que también te ponía cachondo mis tetas operadas, mi cuerpo delgado y mi no gestación.

¡ME PONE CACHONDO TODO LO QUE TENGA QUE VER CON MI MUJER!

¡Deseo doblarla sobre la tumbona e introducirme dentro de ella! ¡Deseo una maldita mañana de descanso sin Trumpers voceando a mi alrededor! ¡Si quería retirarme en una maldita isla desierta era porque soñaba con marcar, acaparar y esconder lo que es mío! ¡MÍO! ¡Estoy profundamente enamorado de mi mujer, hacerle el amor y embarazarla es mi sueño a corto plazo!

—He visto la famosa batita de flores que Sebastian le regaló a Rachel. Ella ha salido al balcón. Tenías razón, es totalmente transparente.

—Sebas, ¿le has visto las tetas a mi cuñada? No sé si quiero saberlo —pone sus manos en sus orejas y acabo de sentir una palpitación entre mis piernas.

—No le he visto las tetas, reina. Ella vestía con un camisón negro. No he apreciado nada más que su bata floreada y entreabierta. ¿Por qué no te pones tú la tuya? Si te la regalé fue para verte con ella.

—Huh... si no me visto en casa es porque raras veces me duran las prendas puestas. Tus manos están sobre mí, sobre mí desnudándome siempre que tienes la oportunidad, —aprieto mis labios recordando a mi mujer desnuda —luego me preguntas por qué no voy de compras con las chicas y por qué no me he comprado nada. ¿Cómo voy a comprarme ropa? ¡Siempre me acosas y me desnudas cuando deseas! Y, además, yo... ¡Sebas!

—Jocelyn, no te entrometas entre tus pechos y yo. ¡Nunca!

Me he quedado embobado con ellos. Ella brinca, sube, baja, sube, baja... no se da cuenta de lo que me está haciendo. Tiende a gesticular un poco con las manos, a expresarse mientras se balancea sobre mis piernas. ¿Cómo no podría mirarle las tetas a mi mujer?

—Entonces, ¿reina?

—No, no haremos el amor ahora porque tienes que acompañarme. Les he prometido a las chicas que les llevaría los sándwiches enseguida.

—Jocelyn llenó ayer la nevera.

—Pero no se llevó la comida. Vamos, ayúdame con eso y después nos... ¡Sebas!

—Lo siento, lo siento. ¡Son ellas las que me hablan! Reina, ¿vamos a tener un bebé o no?

—No. Nunca.

—Tienes que compensarme por no hacerme padre de nuevo.

—¿Qué quieres que te haga? Es evidente —se responde ella sola.

—Deseo invitarte a salir, tener una cita, cenar por ahí, pasear y tumbarnos a media noche para mirar el cielo estrellado. Hace demasiado tiempo que no localizamos nuestras estrellas.

Se ha sonrojado y mi erección vibra.

—¿Qué me dices, reina? ¿Quieres salir conmigo?

—Sí, sí quiero.

—¿Nos casamos otra vez como hicimos el mes pasado?

—Sí, siempre me querré casar contigo.

—Bien, pues desnúdate que... perdón, lo siento, —palmeo su trasero —te necesito en pie si no quieres hacer el amor ahora mismo.

—Huh... sí, sí... perdón por eso. ¡Sebas! —Sigue sonrojándose por ver mi erección. Ella jamás se creará lo que me hace sentir.

Paso el brazo por su hombro, la retengo contra mí mientras caminamos hacia el jeep y yo me reajusto la parte inferior de mi bañador. Su boquita habla, habla y habla, yo nos imagino de nuevo en nuestra cita. Me arrodillaré, le haré el amor con mi lengua, luego le haré el amor con mi boca y también le haré el amor con mi vocablo. Básicamente, he nacido para hacerle el amor a mi esposa Jocelyn y ella ha nacido para que le haga el amor.

No podría ser más malditamente feliz.

Capítulo 24

NANCY TRUMPER

BASTIAN

La tabla de surf tiene una grieta en la punta. Llamaré a un profesional porque necesito que la repare cuanto antes, mi hijo tiende a irse hacia las rocas y podría ser peligroso. Se la regalé a mi chaval por su cumpleaños, una pequeña inversión de mi fortuna en un trasto que iluminó la mirada de mi chico, una pequeña inversión de mierda que me devolverá la puta tienda donde la compré. Hasta la pintura se descompone. La madera no es de buena calidad. He gastado algunos miles de dólares en esta tabla que no es segura para Bastian. La pruebo sobre el agua, la tumbo cerca de la orilla del mar y presiono fuertemente sobre ella. Apenas se hunde, al menos durará un par de horas más.

Paso la mano por la punta humedeciendo la madera por si hubiera algún rastro de astillas que dañaran a mi hijo. Su seguridad en el agua comienza con la mía entregándole un objeto que podría matarle; un mal golpe, una mala ola o un mal ejercicio y Bastian volaría por los aires. Gracias a que en esta puta isla el mar siempre está en calma y como muy lejos él se va hacia las rocas porque es el único lugar que le he prohibido.

Bastian es un provocador nato. El muy listillo se está superando año tras año, no hace otra cosa que desobedecerme para luego esconderse en las faldas de mi esposa. Además, mi sobrino Sebastian es una mala influencia para él porque cuando se juntan son como pequeños criminales en potencia, y luego las mujeres nos culpan a mí y a mis hermanos injuriándonos que les hemos educado mal.

Los chicos poseen el mismo comportamiento que nosotros. Mientras que Sebas ha sido un chico bastante sereno e incapaz de hacer maldades, mi aliado en mi niñez ha sido

Sebastian. El cabrón se las ingeniaba para ser mi cómplice si se me ocurría alguna gamberrada. Nos hemos llevado broncas de madre por llevar a cabo planes malvados ideados en su mayoría por mí, padre besaba nuestras cabezas y nos susurraba que no volviéramos loca a la mujer que amaba.

La diferencia entre mi hermano y yo, y nuestros hijos, es que estos niños son unos putos mimados por sus madres. Sebastian y yo no teníamos a nadie que nos mimara excepto madre, el clan Trumper era limitado y solamente madre nos regañaba, pero cuando hablamos de estos dos chicos no tenemos mucho que hacer. Sebastian es pura dinamita en estado de rebeldía, ese niño nos traerá problemas graves y provocará que tanto Joce como mi hermano Sebas no abandonen sus trabajos en la justicia. Temo que una mañana se despierte con ganas de asesinar a cualquiera de sus primos o incluso a nosotros mismos, pero luego le amenazo gruñendo mientras le miro a los ojos y veo la sinceridad en ellos de un niño que solamente quiere jugar. Mi Bastian también es un buen chico, su primo es como su alma gemela creada en un vientre ajeno al de mi esposa y amo que los dos se lleven bien aunque a veces su ADN Trumper nos haga rabiar.

Niego con la cabeza trasteando la tabla, humedeciéndola y sonriendo al recordar cuanto le quiero. Cuando nació Bastian no dormí una noche entera junto a mi esposa durante tres o cuatro meses. Me levantaba para darme una vuelta mientras comprobaba la respiración de mis bebés, y me dormía en el suelo de la habitación de mi chico hasta que mi esposa me despertaba cargando con nuestras chicas. Ella me regañaba porque me dolía la espalda, pero tocar la cuna de Bastian me ayudaba a controlar los nervios. A mi mujer le prometía que dormiría en la cama, pero cuando caía rendida de sueño en mis brazos tras amamantar a nuestros bebés me volvía loco pensando en mi hijo Bastian.

Siempre he tenido un miedo especial con él. Mis chicas serán buenas mujeres que amarán al testarudo de su padre porque finalmente me coseré a sus cuerpos y los tres seremos muy pero que muy felices, pero mi chico es diferente, mi chico experimentará una libertad que me asusta. Él es multibillonario, podrá ser lo que quiera y temo que mi chaval se entere del pasado oscuro que he arrastrado durante años. Necesito que mis hijos sean lo suficientemente adultos, necesito contarles la verdad y necesito que no se avergüencen de las obscenidades que he hecho en mi vida porque me sintiera solo. Nancy no me juzga, cree que nuestros hijos no deberían saberlo todo, sin embargo, yo opino lo contrario. Mi chico se moverá en el mismo mundo que yo, ellos, los que me odian, no tardarán en contarle mierdas sobre mí que son verídicas. Mi hijo se llevará una decepción conmigo y yo me suicidaré, en cambio, mis hijas no saldrán de esta isla aunque me retiren la palabra. ¡Son mías, mis niñas son MÍAS! ¡Tenga la edad que tengan!

La espera se acorta. Los días pasan. Mis chicos crecen. Pienso a menudo en el momento, en ese instante cuando los siente a los tres en un bonito atardecer y comience a relatar mi vida al completo desde el comienzo. Seguro que Dulce Bebé negará con la cabeza, sus ojos brillarán y mi corazón se destruirá. Nadine me acusará de ser un cerdo y no querrá verme nunca más. Pero mi Bastian me mirará a los ojos, alzaré la barbilla y asentirá frunciendo su ceño mientras asimila que le tocará defender el honor de su padre porque es un Trumper y no es mujer, por lo tanto, el honor forma parte de nuestra labor en la familia.

¡Estoy acojonado! ¡He contado los días como un puto idiota! Cuando mi mujer

entra en el despacho piensa que me encargo de facturas o de nuestros negocios... ¡no! Tacho como un hijo de puta el día en el calendario, lloro, me vuelvo loco y escribo en un documento el discurso que quiero entregarles a mis hijos. Luego miro a mi esposa y todo vuelve a la calma, ella se balancea caminando descalza hacia mí, se sienta en mis piernas, acaricia mi pecho, besa mis labios, toca mi mano y ya me he perdido. ¡Podría caer un puto meteorito que solamente tengo ojos para ella!

—¿Papá, está rota o puedo subirme en ella?

Sonríó a mi chaval que arrastra los pies por la arena masticando alguna chocolatina prohibida por mí, no tengo ni voz ni voto en la familia y él ya es todo un hombrecito que sabe dominarme a su antojo. Su bañador celeste, su piel morena, su pelo rubio y sus ojos cristalinos son el conjunto de metro sesenta que se acerca a mí.

—Es segura.

—Guay, porque Sebastian me espera en las rocas.

Bastian se tumba en la tabla, se la sujeto comentándole que tenga cuidado en las rocas, él nada rápidamente alejándose de mí y yo le atraigo de nuevo hacia la orilla donde estoy. Se sube en la tabla de rodillas, me frunce el ceño y yo se lo frunzo a él porque debería saber que todavía no me he muerto, y que hasta entonces, mando en esta familia digan lo que digan las mujeres de nuestra casa.

—Las rocas son peligrosas —le comunico.

—Suelta. La. Tabla.

—Bastian Trumper.

—¡Padre!

—No. Seas. Testarudo.

—No. Lo. Soy. —Mi chico sabe retarme, sabe enfrentarse a mí y luego corre detrás de su madre acusándome. ¡Cuido de él como lo haría un padre!

—Te ibas nadando sin despedirte de mí.

—Tú y yo no tenemos porqué despedirnos.

Bastian está enfadado conmigo, y mis sobrinos también. Anoche les sorprendí jugando en la sala de cine de un bungalow mientras gritaban a la pantalla frases no aptas para niños. Los muy Trumper se habían hecho con la llave del armario donde mi hermano y yo guardamos los juegos de contenido violento. Se despidieron de sus madres anunciándoles que verían una película y los niños se encerraron para jugar desobedeciendo nuestras órdenes. ¡Los gemelos estaban con ellos y les tenemos terminantemente prohibido que no jueguen!

Mi hermano Sebas se llevó a su esposa e hijas a cenar fuera de la isla. Sebastian pasó toda la tarde con su hija en el acuario. Mi esposa, cuñada Rachel, madre y mi hija Nadine cenaron en la playa. Yo ayudaba a Dulce Bebé con su tarea de química, mi niña hace sus deberes en viernes para tener libre el fin de semana, una chica bastante inteligente que tendría que estar atada a mí. Cuando terminamos nos reunimos con ellas en la cena y me sorprendió que los chicos se fueran a ver una película sabiendo que mis

hermanos y yo no estábamos. Sólo hice lo que tuve que hacer, echarles un vistazo y comprobar que se encontraban a salvo, pero no, poseen el ADN Trumper y de esos cerebros no podrían sacar nada bueno.

Les regañé, rompí los juegos, rompí la videoconsola, rompí los mandos, rompí incluso la pantalla de cine y me enfadé tanto que se quedaron en silencio durante el resto de la noche hasta que mi hermano Sebastian vino y me apoyó en mi decisión.

Ahora, el dolor de ver a mi hijo enfadado conmigo supera cualquier mierda que pueda ver en la televisión y me arrepiento de haberme encrespado con los chavales.

Mantenemos nuestra mirada cristalina, las olas mueven la tabla de mi chico y yo tampoco la suelto porque no quiero que juegue con mi sobrino. Desearía que se quedara conmigo, que no se haga un hombre y que persista atado a mí si es necesario. Es Bastian, es todo lo que soy y lo que no quiero que sea. Duele, mi hijo duele demasiado.

—Hagamos un trato —cedo susurrando.

—Te escucho.

—Olvidas lo que sucedió anoche, te doy un juego para adultos y no se lo dices a nadie. Ni a tus primos, ni a tus tíos y ni mucho menos a tu madre.

—¿Qué juego?

—Edad mínima dieciséis años.

—Dieciocho.

—Dieciséis.

—Diecisiete.

—Bastian, dieciséis. Tu obligación sería jugar a juegos para menores de quince años.

—¡Esos son infantiles!

—¿Trato?

—Lo pensaré. No te creeré hasta que no tenga el juego en mis manos.

—Confía en mí.

—Confío en ti —esta frase ha doblado mis rodillas, pero he mantenido la calma e incluso sonrío. Él también lo hace.

—Bueno, pues tenemos un trato. ¿Vas a darme un beso o no?

—¡Papá, que no soy pequeño!

—¡Eres un bebé y seguirás siendo un bebé cumplas los años que cumplas!

—¿Un trato para no darte un beso?

—Te escucho —mi chico ha vuelto en sí. Ya no se mantiene distante.

—Si me dejas jugar a un juego para mayores de dieciocho años...

—Bastian...

—¡Sshh! Si me dejas jugar te diré dónde guarda Dulce Bebé su maquillaje.

¡¿QUÉ?! ¡¿MAQUILLAJE?!

¡Arrugo la cara, la boca y mi puta alma!

—¿Qué sabes?

—Prométeme que me darás un videojuego para mayores.

—Te he prometido antes uno de dieciséis años. Este es otro trato diferente.

—Lo sé. Prométemelo.

—Bastian, me estoy poniendo un poco nervioso.

—Padre, me necesitas con vida si quieres que te cuente dónde esconde su maquillaje.

—Infórmame.

—Te diré que lo trajo mamá cuando se fue con las titas a la ciudad. Mamá te lo enseñaría, te comunicaría que se lo habría comprado para ella, tú babearías como un tonto y no te darías cuenta que te mintió en la cara. La vi dándoselo a mi hermana. Blanco y en botella, padre. Estás perdiendo facultades.

¡Buen trabajo! ¡Buena observación! Caí en la trampa como un gilipollas. Recuerdo ver las compras de mi mujer y me mostró algunas mierdas de maquillaje. No le dije que estaba más hermosa sin esos labiales, sombra de ojos o abrillantador de cara porque es una mujer y aunque sea mi esposa tengo que cuidar ciertos comentarios que podrían herirla. Pero no me importa, no me importa lo que haga Nancy, se ponga lo que se ponga o me trate como me trate. ¡Mi Nancy es mía y yo soy suyo!

Lo que está quitándome años de vida es mi hija mayor. Mayor. ¡Ella no es mayor! ¡Ella es una adolescente! ¡Ella sigue siendo mi bebé! ¡Mi hija me pertenece!

—¿Padre?

—Otro juego de dieciséis. Es mi última oferta.

—¿Vas a consentir que Dulce Bebé salga por ahí con maquillaje en la cara? Los guardias la mirarán, los que trabajan en la isla, los amigos de las primas o los suyos.

—Bastian, como tu madre se entere de que estoy dándote juegos para adultos me pondrá a dormir en la playa hasta que cumpla los ochenta años.

—Creí que podíamos hacer un trato pero eres un cobarde. ¿Te asusta lo que piense mamá de ti? ¿A quién nos debemos, padre? ¡Al orgullo Trumper! Tenemos que cuidar de las mujeres de la familia. Es un legado. Es lo que un hombre debe hacer.

¡Me estoy tragando mis propias palabras! Bastian tiene razón. Ha aprendido a ser un buen Trumper de los pies a la cabeza, siempre protegiendo a las mujeres de la familia, y hasta debate un trato con el mismo diablo.

—Uno de dieciséis y uno de dieciocho.

—¡SÍ!

—Pero no se lo digas a tus primos. Jugarás bajo mi vigilancia, cuando yo lo decida y si tu madre nos pilla confiésale que es un juego de niños pequeños.

—¿Quieres que mienta a mamá? —¡Sí! ¡No! ¡Joder! O el maquillaje de Dulce Bebé o una bronca con mi esposa por jugar con el niño a videojuegos prohibidos. El niño. El niño porque él sabe cosas que yo no sé y porque le necesito cerca para que me informe de las incoherencias que hacen sus hermanas. ¡Mi hija con maquillaje! ¡Antes me muero! ¡Mi hija no se maquillará!

—Hijo, a veces es necesario mentir a las mujeres alfa Trumper para proteger a las chicas de la familia. Sacrificas a tu madre para proteger a tu hermana, ¿quién es más débil, mamá o tu hermana?

—Dulce Bebé.

—Entonces, una pequeña mentira a mamá no nos hará daño. Somos hombres, Bastian, es nuestra obligación proteger a nuestras mujeres y cuando muera quiero que lo tengas muy claro. ¿Entendido? Tu prioridad son tus hermanas, luego tu madre. Y si encuentras a una buena mujer ella será tu prioridad número uno, tus hijos te volverán loco y tienes que ser un buen hombre. La vida te dirá a quién amar, a quién proteger primero.

—¿Puedo irme con el primo? Me está esperando y te has puesto muy pesado.

Remuevo su cabello rubio, me sonrío y se prepara tumbándose en la tabla para nadar con sus brazos hacia las rocas. Sebastian le está esperando, le ha hecho varias señales mientras hacía un trato conmigo. Ahora mi sobrino disfrutará su presencia, ¿por qué mi hijo no quiere pasar su tiempo conmigo? Soy divertido. Yo también puedo hacer locuras como ser un inconsecuente y estrellar la tabla de surf contra las rocas, incluso podría reírme de ello pero no sería una buena compañía porque mi niño, ¡quiere abrirse la cabeza! ¿A quién se le ocurre comprarle una tabla de surf por su cumpleaños? ¿A quién se le ocurre permitir que juegue con el indomable de su primo en unas rocas?

¡La seguridad se está distraendo y no vigilan a los niños!

¡La seguridad!

¡La seguridad!

—¡Abuelo! ¿Vienes o qué?

—¡TENEMOS QUE DESPEDIR A LA SEGURIDAD!

Camino de vuelta al bar mirando a los niños desde mi posición. ¡Esos niños son salvajes! ¡Esos niños se abrirán la cabeza!

—¡Coge tu jodido móvil!

—¡No me gustan esas rocas!

—¡Coge tu jodido móvil, abuelo!

—¡NO ME LLAMES ABUELO!

—¡ABUELO, ABUELO, ABUELO!

Golpeo a mi hermano Sebastian, Sebas se retira con su coctel efecto-baño en las

manos y se sienta a una distancia segura de nosotros.

—Sebastian, continúa. ¿Es esto fiable o no?

Suelto la cabeza de mi hermano pequeño que estrellaba contra la barra del bar, me apoyo en ella y recupero mi móvil de vuelta, Sebas sostiene también el suyo en las manos. Sebastian nos está enseñando algo productivo, se supone que hemos configurado estos trastos para grabar las llamadas que reciben nuestras hijas. Nuestras hijas y mi sobrino Sebas, no entiendo por qué mi hermano se siente tan obsesionado con su hijo; es un Trumper, ADN Trumper, un chico, un hombre, uno de los nuestros. Vigilar a uno de los chicos está mal.

—Sebas, te lo he repetido como un millón de veces. ¡Botón rojo, código cero uno y tres, y funcionará! —Intento recuperar el ritmo de nuestra conversación. Sebastian ha vuelto a conectar sus cables a sus aparatos, Sebas se recoloca las gafas y yo toqueteo el trasto como si entendiera.

—¡Quiero el viejo sistema!

—Bastian, el jodido viejo sistema es una jodida mierda desde que las niñas se descargan esas aplicaciones con desvíos. Se les mete mierda en los móviles y rebotan en el programa.

—Entonces, si quisiera desviar la llamada de un amigo de Sebas, ¿qué tengo que hacer?

Tanto Sebastian como yo nos quedamos mirándonos. No desciframos el interés de Sebas en controlar al chico.

—Los códigos los tenéis grabados en las notas de vuestros móviles —contesta el enano y no sabe ni por qué contesta. —¿Qué mierda pasa con el niño, Sebas?

—No me gusta uno de sus amigos. Mcgrifo.

—¿McGinfer? ¿Stefan? ¿El hijo del abogado que...?

—¡Qué sí, maldita sea! ¡Sí! ¡No me cae bien! ¡Y los niños mantienen el contacto! ¡No me he traído al niño a una isla desierta para que siga siendo acosado por ese gilipollas!

—¿Su amigo, el que viene a la isla cada fin de semana?

Sebas levanta la cabeza, aniquila la mirada de mi hermano pequeño y yo sonrío porque el nombre de mi niña mayor se refleja en la pantalla. Descuelgo dándome la vuelta, verles las caras a estos dos me pone histérico mientras mi Dulce Bebé me aclama. ¡A mí, a su padre!

—Hija —llevo la mano a mi corazón sonriendo como si fuese un idiota.

—¿Papá, me oyes?

—Totalmente.

—¿Está mamá contigo? La estoy esperando en el muelle. El piloto del ferry luce como si le aburriera esperarnos.

—¿Con quién estás? ¿Dónde está tu madre, no se suponía que saldríais juntas de casa?

—Mientras me vestía se fue al bungalow para comprobar a las niñas. Le envíe un mensaje a tita Jocelyn, me recogió y me ha traído al muelle, pensé que mamá dijo que me esperaba aquí. Pero no está. Llevamos media hora llamándola.

—¿Has hablado con las niñas?

—Nadine me ha dicho que mamá pasó a verlas, les preguntó si querían ir a la ciudad con nosotras y ellas respondieron que no.

Nancy y mi hija habían planeado su mañana de sábado. Se marchaban un día entero lejos de la isla para disfrutar juntas en la ciudad, haciendo compras y disfrutando esos momentos de madre e hija a ¡los que no me han invitado! He salido pronto de casa precisamente para vigilar a las primas que están jugando en un bungalow, más tarde me encontré con mis hermanos y los tres decidimos hacer la mierda esta del móvil. Supongo que me he distraído creyendo que mis chicas estarían sanas y salvas en el ferry que les lleva al aeropuerto privado. ¡Su puta seguridad no me ha informado! ¿Por qué no me han informado de que mi hija está en el muelle sin mi esposa?

¡QUIERO DESPEDIR A LA SEGURIDAD!

—Sebastian, esto me carga demasiado el móvil.

—¡No instales aplicaciones de juegos, idiota!

—¡Silencio! —Me vuelvo con intención de amenazar a mis hermanos, —¡Nancy no está con Dulce Bebé!

—¿Papá, sigues ahí? Tita Jocelyn la ha vuelto a llamar pero mamá no responde.

—Pásame a tu tía, —mi hija susurra a mi cuñada y esta se hace con el aparato —
¿Joce?

—Bastian, no es nada... huh... ¿qué hacemos? ¿La esperamos o no? ¿Sabes dónde puede estar?

—Bastian.

—No lo sé. Pero ahora mismo la...

—Bastian.

—La buscaré, —mi hermano Sebas pretende distraerme. ¡Me va a dar un infarto! —
Yo la buscaré, la buscaré en la isla y...

—No puedo acompañar a la niña. Ya sabes que Maggie ha suspendido un examen y esta misma tarde viene su profesora de recuperación. Es importante que hable con ella.

—Bastian.

—¿Es ese mi marido?

—¡NO LO ES! ¡SEBAS, NO ME TOQUES AHORA!

—Bastian, cuñado, cálmate. Respira.

—¿CÓMO VOY A RESPIRAR SI MI MUJER HA DESAPARECIDO?

—Nos hemos cruzado, —Jocelyn se ríe de mí y me sienta mal —seguramente ella ya esté en camino. Dulce Bebé ha querido preguntarte por si sabías algo.

—¡BASTIAN TRUMPER! —¡Deseo estrangular a mi hermano Sebas! Me ha arrancado el móvil de mis manos y ha alzado el suyo estrellándolo en mi oreja. —Contesta, ¡maldita sea!

—¿Señor Trumper, me oye? Disculpe, no le localizábamos. Le llamamos de la clínica. Nancy está de parto.

—¿QUÉ? —Siento como los brazos de mis hermanos sujetan mi cuerpo. —¡Eso no... no puede ser! ¡Mi mujer no puede estar de parto!

—Le comunicamos que se dé prisa.

—¡NO PUEDE! ¡Le faltan siete semanas!

—Sshh, calma hermano —susurra Sebas en mi oreja. —Sebastian, arranca el jeep que nos vamos a la clínica. Nancy se ha puesto de parto.

Una parte de mi cuerpo desfallece mientras Sebas intenta empujarme por la arena.

He olvidado los móviles, a mi familia y hasta el nombre de todos mis hijos. Incluyendo a mis trillizos. He olvidado gran parte de mi existencia porque en cada uno de mis pensamientos se encuentra el rostro de una mujer que sufre un parto sin mí. A mi Nancy le faltan todavía siete semanas, siete semanas de gestación. ¡Va a morir, mi mujer va a morir! ¡Mi hijo va a morir! ¡Yo voy a morir!

—¡Nadie va a morir, maldita seas!

El viento por la velocidad del jeep no alivia mi sed de sufrimiento. Sebastian conduce por la isla saltándose las normas de circulación que nosotros mismos hemos impuesto, las manos de mi hermano Sebas se han posado en mi pecho porque me ha sentado junto al enano y me agarro fuerte de los hierros del jeep. Mi vida se ha ido a la mierda. ¡A la puta mierda!

Es imposible que mi esposa se halle dando a luz. Siete semanas. Las he contado, son siete semanas. Llevo el control de su embarazo mucho mejor que las estúpidas de las ginecólogas que esperan el nacimiento en la isla desde que ella comenzó el tercer trimestre.

—Siete semanas... siete semanas.

—Respira, hermano. Recuerda a mis gemelos, ¡apartaos de ahí jodidos ignorantes, es una jodida urgencia! Mis chicos nacieron a los siete meses.

—Eran dos —susurro intentando no morir por cómo conduce Sebastian. Ha puesto el jeep a ciento veinte en un camino de tierra y grava.

—Los niños nacen cuando quieren. Contrataste al mejor equipo de especialistas.

—Te volviste loco comprando incubadoras, material médico y construiste un quirófano extra por si el bebé nacía enfermo. Nancy es una mujer fuerte, ¿eh? Se casó contigo. Ella ya ha pasado lo peor con aguantarte cada maldito día de su vida.

—¡Sebas, no ayudas, gilipollas! ¡Vas a asustarle!

—¡MIRA A LA MALDITA CARRETERA!

—¡NO ME DIGAS CÓMO CONDUCIR!

—¡NO SABES CONDUCIR!

—¿A QUE ME BAJO Y TE PEGO UNA PALIZA?

—¡LLEVADME A LA CLÍNICA! ¡NO ES MOMENTO PARA DISCUTIR!

Me he dejado la garganta en el grito. Mi cuerpo se ha descontrolado, siento que no puedo dominar el peso de este, enderezar la espalda ni levantar la cabeza. Aprieto el puño alrededor de un hierro en el jeep porque mi hermano gira en las curvas como un puto enfermo, pero percibir el latido de mi corazón en estos instantes sería un milagro.

—Hola Joce. Siento haber colgado, me he metido el móvil de Bastian en el bolsillo y nos hemos subido al jeep. ¿Lo sabe la niña? Bien. ¿Cómo lo has...? Vale. Entiendo, culpa a mi hermano Sebastian, ha trasteado nuestros móviles y han estado un poco incomunicados.

—¡SIEMPRE TENGO YO LA JODIDA CULPA!

—¡CONDUCE EN SILENCIO Y SUJETA A BASTIAN QUE SE CAE! Reina, tengo que colgar. Encárgate de... De acuerdo. Señora Trumper, es usted muy lista y aventajada. Sí. Te espero. Y yo.

—¿Qué jodida mierda ha sido eso? ¡Nancy está de parto y tú teniendo sexo telefónico con tu mujer! ¡Bastian, dale una paliza al gilipollas este!

—¡Qué conduzcas y te calles! —Sebas ha rozado su brazo contra mi cabeza justo cuando ha golpeado a nuestro hermano. —Bastian, todo controlado con los niños. Nancy y el bebé son tu única preocupación.

Asiento a la voz reconfortante de mi hermano Sebas. Aunque nos peleemos, nos gritemos y nos quejemos, tener conmigo a mis hermanos es importante para mí. No concibo vivir en una vida sin ellos, sin la compañía de mis cuñadas, de mis sobrinos y de mis padres.

—Avisad a mis suegros —pronuncio como si un chip se hubiera cruzado en mi mente. El parto no lo había previsto, mi suegro me matará y me acusará de que he alejado a su bichito de él. Y no le culpo, lo he hecho. He alejado a su hija de media humanidad porque la amo tanto que me pongo celoso hasta del aire que respira.

—No te preocupes por eso —sigue susurrando mi hermano Sebas mientras sus manos se posicionan a cada lado de mi pecho, posándose en mis hombros, sosteniéndome.

—¡ME HE QUEDADO CON TU JODIDA CARA! ¡ESTÁS DESPEDIDO!

—Ya llegamos, hermano. No escuches a Sebastian, el pobre cree que sabe conducir.

—¡Te estoy oyendo, idiota!

—¡Qué te jodan y acelera!

—¡Bastian, dale una paliza porque si se la doy yo no...!

—Chicos, ahora no... por favor. Ahora no.

—¡Cruza por ahí, sáltate el paso y no molestes más a Bastian!

—¡No me grites! ¡Si estás enfadado porque no puedes embarazar a Jocelyn no la pagues con el conductor!

—¡Yo puedo embarazar a mi mujer cuando yo quiera!

—¡Mentira, tus soldados ya no apuntan bien, hermano!

—¡TE VAS A CAGAR!

—¡MI NUERA, MI NUERA!

Cuando Sebastian aparca el jeep madre ya está saliendo de otro jeep conducido por padre. Sebas es el que me sostiene, padre se acerca a mí mientras el enano se ocupa de calmar a madre. ¡Mi esposa está dando a luz, puede morir en cualquier momento y yo no estaré a su lado!

—Va a morir —susurro. —Mi mujer va a morir.

—¿Quieres que te dé una miserable paliza en la puerta de la clínica? Porque nadie morirá. ¡Estamos celebrando el nacimiento de un bebé, maldito y jodido subnormal!

Padre ha golpeado mi nuca. ¡Ya no tengo diez años!

—¡Quiero entrar! ¡QUIERO ENTRAR!

—¡MADRE, MADRE! ¡PAPÁ, AYUDA AQUÍ CON TU MUJER!

—¿Has escuchado, Bastian? ¡Entra en la sala de parto como un hombre, acompaña a tu esposa y sal de allí con un bebé en tus brazos!

Una mujer vestida de azul se ocupa de mí. Oigo a lo lejos la bronca de madre a padre, la bronca de padre a madre, la bronca de Sebas a Sebastian, la bronca de Sebastian a Sebas. ¡Ellos son mi familia, ellos son el ADN Trumper original!

Pero mi corazón deja de ser Trumper porque mi atención se concentra en una sola mujer, en una mujer que está de parto y que está embarazada porque no he podido mantener mis manos alejadas de ella. ¡Quiero embarazarla todos los putos días de mi vida!

—Va a morir, va a morir.

—Señor Trumper, colóquese el gorro.

—Mi mujer va a morir.

—No lo hará, Señor Trumper. De hecho, su mujer le espera en la sala de parto. Adelante.

Mis ojos se enfocan en la cabeza sudorosa de mi esposa, en su frente humedecida y en el par de labios sonrosados que me pertenecen.

—¡NO EMPUJARÉ HASTA QUE NO VENGA MI MARIDO!

Marido.

Yo soy su marido.

—Señor Trumper, adelante, no se quede ahí parado en la puerta.

—¿Bastian? ¿Bastian? —¡Dios, me enamoré de ella en una puta habitación oscura de un psiquiátrico y todavía me sigo enamorando de ella cada vez que la miro! —
¿Bastian? ¡Ayuden a mi marido, se encuentra en estado de shock!

—Señora Trumper, empuje.

—¡NO EMPUJARÉ SIN ÉL! ¡SIN MI MARIDO! ¡Bastian, Bastian ven!

ES MI MUJER.

ELLA ME ACLAMA.

Mis piernas no se mueven. ¡Me suicidaré como a mi esposa o al bebé le ocurran algo!

—¿Señor Trumper? ¿Señor Trumper?

—Bastian, cariño, no empujaré hasta que no vengas aquí y me cojas la mano.
¡Olvidé de cuánto dolía dar a luz!

—Señora Trumper, las contracciones de...

—¡NO ME HABLE! ¡QUIERO QUE ALGUIEN MUEVA A MI MARIDO!
¡LLAMEN A MIS CUÑADOS! ¡SEBAS, SEBASTIAN!

Mi mujer abre su boca, vocaliza y me enamoro de sus movimientos.

Me enamoro de su sudor.

Me enamoro de su inquietud.

Me enamoro de su dolor.

—¿Puedo entrar?

—Señor Sebas, no puede entrar en la sala de parto sin el traje para...

—¡DEJEN ENTRAR A MI CUÑADO! ¡SEBAS!

—Te tengo —un brazo fuerte similar al mío sostiene mi cuerpo. Ahora puedo relajarme.

—Sebas, Sebas. Dile a tu hermano que venga.

—¿Es que no oyes a Nancy? Te necesita.

—Va a morir.

—Nadie va a morir.

—Los trillizos murieron.

—Los trillizos no nacieron, esa es la diferencia. Tu mujer no puede dar a luz sin tu ayuda. ¿La has visto? Ella luce el mismo encanto en su cara que cuando dio a luz a tus otros tres hijos, los cuales, vienen hacia aquí y se mueren por conocer al bebé. No seas tonto y entra en la sala. Esta mujer nos está regañando con la mirada, no queremos recibir una paliza de ella y de madre, porque madre entrará aquí y nos la dará. Venga, hermano. Hazlo por tu mujer.

—Señora Trumper, empuje.

—Bastian, por favor, me quedo sin fuerzas. Juro que no comeré nunca en mi vida. Duele mucho, cariño. Las piernas me duelen, la espalda me duele y me duele justamente ahí, ahí donde deberías mirar el nacimiento del bebé.

—Vas a morir.

—¡NO MORIRÉ, JODER!

—Señora Trumper, respire.

—¡Sebas, haz algo!

—¿Quieres que toque a tu mujer, que sea yo el que sostenga su mano, que sea mi cara lo primero que vea cuando recupere la compostura, que sean mis labios los que bese y que el bebé sienta mis brazos antes que los tuyos?

—¡NO!

—¡Pues mueve tu culo! ¡Te necesita!

Sebas me acompaña hasta la cama y se marcha despidiéndose. ¡Estoy muerto de miedo!

—¡Hola, Nancy! ¿Cómo lo llevas?

—¡Sebastian, no puedo atenderte! ¡VETE! Bastian, ven mi amor. Acércate un poco más.

—Nancy...

—No. Moriré.

—El bebé...

—Señora Trumper, empuje.

—Necesito tu mano, cariño. Necesito agarrarme a tu mano y apretar contigo. Esto es una cosa de dos. Yo solamente gesto al bebé, pero tanto tú como yo somos los padres y tenemos que estar juntos en esto.

—Nancy, te... te quiero. Perderte me matará.

—¡Empuje, Señora Trumper!

—¿Puede alguien decirle a mi marido que no moriré?

—Señor Trumper, su mujer lo está haciendo muy bien y el bebé está en camino. Será uno hermoso. Se lo prometemos.

—¡SEÑORA TRUMPER, EMPUJE!

—Su cabeza es enorme, —susurra mi esposa y me he vuelto a enamorar. —Amor, el bebé está naciendo sano. Estamos bien. ¿Sostienes mi mano?

—Te la sostendría hasta el fin del mundo.

—Hazlo, —sonríe levantando su mano y la acaricio mientras me pierdo en el azul de sus ojos —te amo, Señor Trumper.

—No quiero perderos.

—Vamos a tener un bebé, hemos ganado más que perdido. Prometo que cuando dé a luz me pondré a dieta. Entonces, habré perdido casi los treinta kilos de más que he ganado. Jocelyn se pondrá contenta cuando me enseñe a alimentarme bien.

No he entendido ni una puta mierda de lo que ha dicho mi mujer. Ha pronunciado en sus labios la palabra bebé y mi mundo se ha descompuesto. Tengo tres hijos, perdí a tres fetos y hoy seré padre de otro bebé.

—Señora Trumper, —la matrona ha gritado a mi mujer y ella ha apretado mi mano. ¡Es la mejor sensación del mundo! —Siga así, Señora Trumper. Ya queda poco.

—Es grande, ¿no?

—Señora, su cabeza es grande, sí.

—¡Es un Trumper! —Sonríe y me contagia. Beso su frente, beso sus labios y beso la cara que me enamoró aquel día en la habitación oscura de un psiquiátrico.

—Nancy, siempre te he amado. Te he amado desde que te vi en el psiquiátrico. Siento el mismo miedo que aquel día, que salieras por la puerta y no volviera a verte.

—Cariño, no te ofendas, ¡ah, joder! Pero estoy de parto, no puedo atenderte ahora mismo.

—Lo estás porque yo he puesto un bebé en tu vientre.

—Exacto, —rueda los ojos sonriendo, evitando entrar en conversaciones profundas —mi amor, te amo con locura y eres el hombre de mi vida. Si sientes lo mismo, mete tus manos ahí y saca la cabeza del bebé.

—Señora Trumper, otra contracción y otro empuje para que...

—¡DUELE!

—¡Un poco más, un poco más! ¡Ya lo tenemos!

El llanto del bebé provoca que la mirada de mi esposa y la mía se tatúen en la distancia, en una corta distancia. Un último apretón ha machacado los huesos de mis manos, ha doblado mis rodillas y ha acabado con el latir de mi corazón. Un último apretón también me ha devuelto a la vida, he recuperado el conocimiento y he sentido cómo mi corazón ha comenzado a latir de nuevo. El último apretón acompañado del llanto de un bebé que ha nacido del cuerpo hermoso de mi esposa, del cuerpo que me pertenece y del cuerpo que ha gestado a un bebé.

A un bebé.

Un bebé.

Nuestro bebé.

Envuelto en una sábana azul, toquetean moderadamente al bebé mientras lo colocan en el pecho de mi esposa. En el pecho de la mujer que ha sido mi compañera de vida durante muchos años. No me he perdido el nacimiento del bebé, desde que su cabeza ha salido del cuerpo de mi mujer he seguido con los ojos cada movimiento que han hecho

hasta que lo han traído aquí, con su madre y con su padre. Nancy acaricia la carita viscosa de un bebé que llora y que se revolotea en sus brazos. Sus manos son pequeñas, su cabecita es idéntica a la de mi chico Bastian y su cabello es de color rubio.

Se me ha resecado la garganta. Se me han acabado todas las palabras de agradecimiento y de amor que planeaba susurrarle a mi esposa.

—¿Papá? ¿Cómo te sientes viendo con tus propios ojos que tu mujer e hija están vivas?

—¿Vivas?

Mi mujer aparta la sábana viscosa del cuerpecito del bebé y compruebo que finalmente es una niña. Nadine y yo hemos ganado la apuesta. Dulce Bebé y Bastian apostaron por un niño, y Nancy prefirió no apostar porque ella sentía el sexo del bebé. Es una niña. Una niña, una que me matará y que ya me tiene en sus manos. Hace dos minutos que ha nacido y ya soy suyo para el resto de su vida.

—¿Quieres cogerla?

—Quiero —susurro porque soy incapaz de pronunciar.

Mi mujer está a salvo, mi hija está a salvo. He vivido este largo proceso como un cobarde por temor a que murieran, a que Nancy me abandonara, a que nuestro bebé decidiera no nacer vivo. Pero mis chicas... ellas están vivas. Nancy sonriendo y mi niña revolviendo su cuerpecito en mis brazos.

—Nancy Trumper.

—¿Sí? —Mi esposa acaricia mi brazo. Sus lágrimas también me pertenecen. Son mías.

—Nancy Trumper.

—Estoy aquí, cariño. Respiro. Puedes estar tranquilo.

—Nancy Trumper, —trago saliva —ella se llamará Nancy Trumper.

Observo detenidamente el rostro inquieto y rugoso del bebé, de la niña que danza en mis brazos mientras la mezo. He besado su frente como veinte veces en menos de treinta segundos, mi esposa está hablándome y juro que no puedo prestarle atención puesto que mi hija absorbe todo de mí.

—Hola, Nancy. Bienvenida a este mundo. Soy tu padre, el único hombre al que amarás y al que tocarás. Ya me conocerás, conocerás a tus hermanos, conocerás a la familia y conocerás cuán obsesionado me convertiré cuando se trate de ti. Perdóname hija, perdóname por atarte a la cuna, a la cama y en el futuro, al bungalow.

—Bastian, —mi esposa me regaña sonriendo y me siento junto a ella —no le hables así o ella podría recordar tus palabras cuando crezca. ¿Sabes que nuestros hijos nos matarán? Ellos no estarán contentos con el nombre del bebé y nos culparán por haberlo elegido sin ceñirnos a la lista de apuestas.

—Nadine ha ganado, a Dulce Bebé y a Bastian podemos manejarlos. —Nancy ha movido sus bracitos y juro que he babeado. —¿Te das cuenta de cómo se parece a

Bastian? Es idéntica a su hermano.

—¿Has visto la forma de sus ojos?

—Sí, como Dulce bebé. Eh Nancy, tu mamá es una buena observadora. Ten cuidado con sus tetas, no las estropees porque no se operará aunque diga lo contrario. Además, ella jugará un poco sucio para alejarte de mí y te comprará maquillaje sin mi aprobación, pero confía en que no te lo reprocharé. La pobre se aburre.

Mi esposa golpea mi brazo. La analizo, me empapo de su belleza y suspiro acercándome a su rostro para darle un beso.

—Te quiero, Señor Trumper.

—Yo también te quiero, Señora Trumper. Te quiero atada a mí para el resto de tu vida. Gracias por no morir y por no llevarte contigo a la pequeña Nancy.

—Te dije que todo saldría bien. Te amo, Bastian. Siempre te amaré.

—¿Aunque te pida que tengamos otro bebé?

—Eso no pasará —besa mis labios y me alejo porque ha hecho una mueca.

—Descansa, nena. No tengo intención de separarme de ti. Ni de ti, ni de Nancy. ¿A qué no, pequeña? Ya aprenderás que no te sentirás bien en ningún otro lugar excepto con tu padre.

A Nancy la están cosiendo. Ella toca mi brazo, ella quiere gritar, quiere dormir y tampoco quiere perderse los primeros instantes que paso con nuestros hijos. Es su momento favorito del parto, cuando los sostengo en brazos y los acaparo porque son míos. Con Dulce Bebé aprendí a ser un buen hombre, aprendí a ser padre y el impacto de tenerla conmigo me marcó para el resto de mis días. Con Nadine ocurrió exactamente lo mismo, solamente que discutí con todos porque no dejaban entrar a Dulce Bebé a la sala de parto. Entró, la senté junto a su madre, me regañó y me encargué de ayudar con el nacimiento de mi Nadine. Bastian cambió mi mundo, Bastian, mi chico, provocó que reviviera todos y cada uno de mis oscuros recuerdos, los que enterré. Ser padre de un chico es diferente a ser padre de una chica, mi chaval será mi sombra y lo será todo, y aquel día en la sala de parto quise morir de lo hermoso que era. Con los trillizos se rompieron mis esperanzas en hacer feliz a mi familia, me culpé por la pérdida pero también comprendí que fue un aborto natural y no estaban destinados a nacer.

La pequeña Nancy ha llegado justo en el mejor momento. Tiene cinco minutos de vida y ya la quiero junto a mí para siempre. Mis hijos son mayores, me abandonarán y yo procuraré no cometer los mismos errores que he cometido con ellos. Me ataré al cuerpecito de esta dulce niña que se remueve.

Te amo, Nancy Trumper. Te amo tanto que descubrirás cómo me amarás también.

—Bastian, —recupero la atención en mi esposa —hubiera regresado al psiquiátrico por ti.

Cierro los ojos conteniendo las lágrimas mientras sonrío, sonrío y beso a la mujer que me devolvió al mundo real. Sin Nancy no podría haber salido de la mierda en la que me metí, jamás hubiera conocido la felicidad ni sentido la paternidad. Sin Nancy en mi

vida sería un hombre arruinado y un hombre apartado de la sociedad porque no encontraría ningún motivo para vivir. Tuve la enorme suerte de enamorarme de esta mujer en cuanto la vi a sus veinticuatro años entrando en un lugar prohibido, brincando hacia mí, hacia el hombre que la cuidaría eternamente.

Beso nuevamente su frente, beso nuevamente la frente de Nancy Trumper y sonreímos ya que oímos cómo nuestros hijos corren hacia aquí para descubrir el sexo del bebé.

Ha sido una niña, una niña maravillosa que adorará pertenecer a la familia Trumper.

—¿Estás preparada, Señora Trumper?

—Sí, que pasen los niños.

—Nena, no nos separaremos de ti.

—No quiero que os separéis de mí. Os amo a todos aunque a veces cierre los ojos, ¿vale?

—¿Cuándo cierras los ojos piensas en mí?

—Siempre. Siempre pensaré en ti, Bastian.

—¡VOY A ENTRAR! ¡QUÉ ME DEJE! ¡OIGA!

—Señorita Trumper, Señorita Trumper.

—Está bien, dejen a mis hijos pasar.

Nadine entra emocionada adelantándose a sus hermanos, casi lloriqueando por vernos así; a su madre recostada, reventada y sudada, y a mí sosteniendo al bebé. Dulce Bebé se acerca algo más tranquila sujetando la mano de su hermano Bastian, casi ya más alto que ella. Mis tres hijos se quedan impactados por la estampa, ninguno da un paso y la motivación en sus rostros decae tan pronto se dan cuenta de lo que significa ver a un bebé recién nacido.

—Pasad, todo ha salido perfectamente.

—Yo... ems... yo me quedo por aquí —pronuncia mi chaval.

—Yo también, alguien tiene que cuidar del niño —mi Dulce Bebé tiene miedo a tocar o a decir algo que pueda herir a su madre o al bebé. Un miedo que llevaba compartiendo desde hace tiempo.

—Aquí huele mal. ¡Qué asco! —Mi Nadine, tan delicada para entrar en la sala de parto. Y la más inteligente. ¡Nunca tendrá un bebé! ¡Nunca habrá un hombre en su vida que le haga un bebé!

—Tropa, —comunico orgulloso mientras me levanto y siento la mano de mi esposa en mi cuerpo —os presento a vuestra nueva hermana, Nancy Trumper.

Con sus rostros confundidos, sorprendidos y emocionados. Miro a mi esposa Nancy, beso sus labios y asiento a la mujer mayor que está esperándonos a mi hija y a mí; es hora de lavarla, vestirla y presentarla al resto de la familia.

Nancy Trumper, gracias por bendecirnos con tu nacimiento.

FIN

Capítulo Extra

BASTIAN

Suelto el aire de mi boca mientras me siento, apoyo los antebrazos en mis piernas y

estas me duelen, entonces, prefiero secar el sudor inexistente de las palmas de mis manos sobre ellas y noto molestias. Molestias en mi cuerpo. La presión recae sobre mis hombros, se dispersa veloz por mi columna vertebral, hormiguea mis extremidades inferiores y desaparece lentamente. No percibo una puta mierda de dolor, el dolor no es un enemigo para mí, el dolor es meramente una mierda que martillea rebotando en mi mente.

Mordisqueo mi labio inferior, una manía que me machaca cuando estoy nervioso. Esto no lo hubiera deseado ni en mis peores pesadillas, nunca lo hubiera deseado, jamás. Le quiero, es la pieza más importante de mi vida y por mi culpa le he jodido bien jodido.

La puerta que hay justamente frente a mí se ha abierto. No ha sido necesario que eleve mi cabeza para seguir el olor a mujer que ya se ha sentado junto a mí. Ha besado mi cara, peinado los restos de cabellos rubios que no se colocan en un lugar fijo y ahora se ha hecho dueña de mi mano derecha. A ella le relaja, a ella le funciona, a ella le es suficiente. A mí no.

—Hola ahí, ¿cómo lo llevas?

—Mal.

—¿Habéis hablado?

—Hemos hablado.

—¿Y?

—Bien.

—¿Bien? Parece que has provocado algún efecto positivo en él. Se está vistiendo, sonrío e incluso se muere de ganas por comprarnos chocolate, —mamá insiste pero no obtiene algo de mí —Bastian, mi niño bonito, no ha sido culpa tuya.

—Lo ha sido. Si no me hubiera distraído...

—Tu padre sufre infartos desde que le conozco. Pregunta a tus tíos, a tu abuela, él tiende a ser exagerado pero controla el latido de su corazón.

—Papá ha sufrido un infarto por mi culpa, ¿es que no lo entiendes? —Le retiro la mano a mi madre y ella se arrodilla delante de mí.

—Porque lo entiendo, por eso te estoy exculpando de los hechos. Bastian, tu padre adora verte luchar, verte encima de una cosa de esas con cuerdecitas y él se siente muy orgulloso de ti aunque hayas dejado los estudios para dedicarte a la profesión que corre por tus venas.

—¿Sí? Si tan feliz es, ¿por qué ha sufrido un infarto cuando he ganado el campeonato de mi peso?

—Un infarto de felicidad.

—Mi rival me golpeó.

—¡Eso nos dolió a todos! ¿Quién entrenó contigo? ¿Quién te preparó? ¿Quién se encargó de que todo saliera bien? ¿Quién te aconsejó?

—Papá... —susurro negando. Si a mi padre le hubiera pasado algo yo me muero

con él. Es mi... es el amor de mi vida. No sería nadie sin él, sin su apoyo, sin su afecto, sin su figura en la familia. Mi padre lo significa todo. Y mi madre ha elegido un modelito para el hospital poco adecuado, pero de eso ya se encargará él.

—No te lamentes más. El primer campeonato le ha llevado a la cumbre de la felicidad.

—Si gano el mundial, ¿qué le pasará?

—Pues que se sentirá orgulloso, todos nos sentiremos orgullosos de ti como siempre. Te hemos acompañado desde que decidiste dedicarte a la lucha, te hemos apoyado y te hemos dado lo que nos has pedido. Seguiremos a tu lado, acompañándote, apoyándote, queriéndote. Y papá elegirá la mejor posición para no perderse ni un segundo de tu vida. Estaremos contigo.

Cuando mamá habla mi mundo vuelve a girar en el mismo sentido. Posee esa empatía de mujer cariñosa que provoca una hipnotización al instante, he tenido que dar varias palizas a mis amigos después de escuchar cuán hermosa es; ¡es mi madre!, ¡sé que es hermosa! La señora de la casa, la Señora Nancy Trumper es la mejor madre que podría tener. Es bastante habladora, es paciente, es intensa y es dulce.

Beso la cima de su cabeza y recibo otro beso en mi frente. Mi madre me besa siempre que puede aprovechándose que me encuentro decaído o tendría que trabajarse una muestra de cariño ya que no soy especialmente afectivo con nadie; ni con mi familia, ni con las chicas, ni con la gente que me rodea. Tiendo a gruñir porque forma parte del legado Trumper y me enfado porque cada puta cosa de esta vida me molesta, sobre todo cuando mamá viste a mi hermana pequeña Nancy con vestiditos prohibidos para la puta sociedad.

Pero si me siento un poco culpable porque mi padre haya sufrido un infarto le permitiré quererme cinco minutos más.

—¿Vas a entrar?

—Le esperaré aquí.

—Él se muere por verte.

—He salido hace apenas unos minutos.

—¿Habéis hablado, habéis gruñido o habéis discutido?

—Hemos hablado gruñendo y discutiendo.

Antes de que se vaya me abrazo a su cintura y me mece canturreándome que sigo siendo su bebé aunque ya haya cumplido los dieciocho años.

—Te esperamos dentro, ¿Vale? Si dejas a tu hermana Nancy un minuto más a solas con tu padre le acabará liando y le comprará el submarino que quiere por su cumpleaños.

¡Esa es mi chica! No podría esperar menos de mi niña.

Mamá entra en la habitación lanzándome un beso al aire. La he sonreído porque cada una de sus muestras de afecto provoca sensaciones en mi vientre, ¡amo a mi madre tanto como a mi padre! Con él vivo situaciones diferentes, con ella me ocurre exactamente

lo mismo. Yo no sería nadie sin el apoyo de las personas que han estado ahí desde que he nacido.

Me da rabia que mi padre haya sufrido un infarto. No había visto venir el movimiento de mi rival, el golpe fue rápido y me tumbó en el acto. Todo ocurrió mientras recuperaba la vista y solamente me centré en un hombre que se había desmayado. Mi madre le sostenía, mi abuela le gritaba, mis tías se ocupaban de que mis primos no vieran nada, de que mi hermanita no se diera cuenta de lo que había sucedido y mis tíos... oh, mis tíos hicieron lo que un buen Trumper haría para defender el honor de la familia; subieron a la tarima, recuerdo a tito Sebastian golpeando al árbitro y a tito Sebas amenazando a mi rival. Setenta kilos de dieciocho años que lloró en cuanto vio a mi tío arrinconarle contra las cuerdas.

Fue un desastre, pero solamente me importa que mi padre esté bien. Hemos hablado y me he acojonado cuando le he visto tumbado en la cama con esos cables; mi hermana pequeña no se ha separado de él porque ambos están obsesionados el uno con la otra. Papá sonreía, me ha explicado que no he tenido nada que ver y luego hemos discutido que abandonaré la lucha. Me ha gruñido, le he gruñido y hemos quedado en zanjarlo más tarde. También hemos insistido a la niña que los vestiditos con los que se viste son de perdedores al igual que sus zapatitos; Nancy nos ha golpeado acusándonos de que se lo contará a mamá, a la abuela y a las mujeres Trumper. ¡Mi niña es una listilla!

A papá le dan el alta hoy, por lo que no se encuentra grave y podemos largarnos. Eligió la clínica porque permanece situada junto al puerto, el aeropuerto queda a unos escasos minutos de aquí y se ha empeñado en que viajemos todos en barco para ver el atardecer. ¡El puto atardecer! ¡Ha sufrido un infarto y pretende que nos metamos en un barco para pasear juntos! ¡Si conduzco un puñetero barco es para que me lleve a mi coche, me traslade al aeropuerto y me vaya solo en mi jet privado a la puta isla donde vivimos! ¡Putas isla de la que no salgo por culpa de mi familia que no me lo permite! ¡Mi vida está en la lucha y la lucha es mi pasión! ¿Por qué tienen que acompañarme absolutamente todos a cada puto campeonato? Entreno en la isla con mi padre, él contrata a los mejores para instruirme y hasta que no se convence de que me siento preparado prohíbe que me inscriba en cualquier combate. ¡Estoy cansado de que me trate como un niño, ya tengo dieciocho, soy mayor y un hombre fuerte como él! ¡Puedo cuidar de mí!

—Hermanito, modera esa furia o te saldrán arrugas.

He escuchado sus tacones desde que ha pisado el primer escalón. La clínica no es grande y consta de dos plantas. Nosotros nos encontramos en la segunda porque en la primera se halla disponible el personal que ha tratado a mi padre. Sí, un único paciente, una única ocupación y una única vía de concentración Trumper.

Mi hermana Nadine se contonea hasta detenerse junto a mí para golpear mi cabeza. Ella lo hace siempre, ¡me molesta! Nos llevamos un puto año y poco más de diferencia, ¡que no crea que es adulta, es una niña! ¡Y una consentida! Debería permanecer encerrada porque no piensa en la salud de papá ni en la de la familia. Es modelo, la más famosa en la actualidad y la más cotizada. Una chica que es perseguida por marcas publicitarias, firmó su primer contrato hace cinco años y desde entonces ha trabajado duro en su imagen. Lo bueno es que papá le consiente ser modelo mientras no sea de ropa o ropa interior. Por lo

tanto, es la imagen de cientos de campañas de productos cosméticos y la musa de las campañas de mamá, de las titas y de las suyas propias. Esta niña es una mina de oro, una mina de oro que explotará cuando ella cumpla los veintiún años y piense que es legalmente mayor de edad, ¡ningún miembro Trumper la dejará volar de la isla así porque así! ¿Para modelar, para desfilarse ante los ojos de hombres? ¡Ni pensarlo, no lo permitiré, no lo permitiremos! Que se conforme con ser la chica más popular en su profesión, que haga mierdas de las suyas y que sea feliz, pero que no se le ocurra desfilarse ni posarse delante de cámaras dirigidas por hombres. ¡Hombres que mataré como miren a Nadine!

—¿Has hablado con papá?

—Sí. Se está vistiendo.

—¿Y esa cara de calamar frito a que viene? —Su vocecita me pone histérico. Cuando se mete conmigo me pone histérico. Que sea tan alta como yo me pone histérico. Como su vestido, sus zapatos, su estilo y hasta su puto pelo perfecto. ¡Todo en mi hermana me pone histérico! ¿Por qué no la encerró papá? ¡Su físico no es apto para los hombres que puedan fantasear con su cuerpo! ¡LOS MATO! —Nene, ¿estás empanado o qué?

—¿Qué quieres? ¡Y no me golpees más! —Había vuelto a levantarme la mano. Solo dejo que dos personas me levanten la mano, mi madre y mi abuela paterna.

—¿Estás enfadado?

—No, ¿no ibas a entrar? ¡Pues vete!

—Oye, no pagues conmigo tu malestar. No tengo la culpa de que te hayan golpeado.

—¡Fue un puñetazo!

—No he especificado, ¡idiota! —Me golpea otra vez, se voltea y entra en la habitación.

Me llevo muy bien con mi hermana Nadine, aunque nos peleemos, ella es mi consejera y mi fiel hermana de batalla. Si tengo que pedirle ayuda, ella siempre estará disponible y nunca se chiva. Es una buena chica, ¡una buena chica de metro ochenta, piernas largas y vestidos cortos! ¡Mataré a quien le ponga una mano encima! ¡Ella no se marchará de la isla! ¡Ella vivirá allí bajo la vigilancia absoluta de la familia! ¡Es un fruto prohibido para los hombres, para todos los que quieren hincarle el diente a mi hermanita!

Cierro los puños, los vuelvo a abrir y los vuelvo a cerrar. Detesto que mis hermanas sean chicas hermosas, odio que Nancy vista con vestiditos y odio que los tíos piensen en ellas como si fueran carne fresca. ¡Mis hermanas no se tocan! ¡Mis primas no se tocan! ¡Mi familia nunca se toca!

Necesito un saco. Necesito golpear un saco. Necesito también un rival. Necesito pelear en serio. Necesito derrotar a mi rival. Necesito aplastarle la cabeza. Necesito alzar los brazos, gritar y ganar el puto campeonato mundial sin matar a mi padre.

Restriego las palmas de mis manos entre sí, moviendo la pierna mientras imagino ganar el campeonato. Pero alguien viene, alguien que... alguien que no pisa como lo haría un médico o un Trumper. Había oído la puerta del ascensor abrirse, ¿quién en este puto

mundo se sube en un ascensor para evitarse subir veinte escalones de mierda? La sombra se refleja en el mármol del suelo. Parece inmóvil, parece perdido, parece un gilipollas que no sabe dar un paso sin pensarlo antes. Alzo la barbilla, me mentalizo, muevo mi nariz oliendo, me centro en la imagen oscura de la sombra mientras la furia recorre mi cuerpo. ¡Como sea un paparazzi le corto la cabeza! ¡Papá es un hombre de familia, un hombre honrado y un luchador retirado, cualquier mierda cerca de él lo aplastaré a mi manera!

La sombra se mueve. La sombra se extiende. La sombra ya es un reflejo porque acaba de girar la esquina el ¡hijo de puta que odio a muerte!

Ha sonreído educadamente, ha borrado esa sonrisa tan pronto me ha visto correr hacia él y arrinconarle contra la pared. Lo tengo inmovilizado. Medio antebrazo en su garganta, piernas entre las suyas y brazos inhabilitados por el mío. ¡Está bajo mi mandato!

—¿Qué haces aquí miserable hijo de puta?

—Ho... ho... hola. Eno... Enhorabuena por el campeonato y por... oye, ¿podrías apartar tu brazo de mi garganta?

—¡NO! Repito. ¿Qué mierda haces en la clínica?

—He venido con... he venido con Dulce Bebé.

—¿Has venido con Dulce Bebé o INTENTAS METERTE EN SUS BRAGAS?

—¿Qué? Yo... no... no. ¡NO! En absoluto.

Le retengo empujándole hasta meternos en una sala de espera. Los ventanales se hallan al descubierto y la claridad de la tarde nos alumbró. Le estrello contra una chimenea, el muy hijo de puta ha hecho una mueca y ¡no me importaría menos que muriera ahora mismo!

—Préstame atención. Sé dónde vives. Sé dónde trabajan tus padres. Sé dónde estudian tus dos hermanas mellizas de dieciséis años. ¿Sabes qué pasará si te encuentro con Dulce Bebé? Yo no seré un buen chico. Ahorcaré a tus padres hasta asfixiarlos, te meteré un palo por el culo y le haré una visita nocturna a tus hermanitas mientras ves lo que se siente cuando me las follé a la vez. ¿Hablamos el mismo puto idioma? ¡Aléjate de Dulce Bebé!

—Pe... pe... pero...

—¡No tartamudees! Cuando las has convencido para traerte al hospital no lo hacías, ¿me equivoco?

—Somos amigos. Amigos en la tesis.

—¡A la mierda tu puta tesis! ¡Aléjate de mi hermana!

¡LO MATARÉ, MATARÉ A ESTE CABRÓN!

SEBASTIAN

Escupo el chicle en la esquina de la clínica mientras espero al ascensor. El personal mira como si quisieran lamerme el culo, pueden hacerlo, soy el jodido rey. Presiono el botón hasta en dos ocasiones y las puertas se abren. ¿Quién en este jodido mundo sube las escaleras de una en una hasta la segunda planta cuando hay un ascensor que te lleva sin apenas esfuerzo? Me aprieto el calzoncillo, esta línea que ha sacado mamá no ha superado mis expectativas. Le prometí que sería su modelo, le prometí que sería su adonis o lo que quisiera, ¡las tallas son muy pequeñas! Acomodo mis huevos al poner un pie en la segunda planta.

Algo no huele bien aquí.

He visto a Nadine subir hace cinco minutos. Mis tíos deberían estar en la habitación y mis primos con ellos. ¿A qué mierda huelo? ¡Un perfume no identificado!

Arrastro las chanclas por el pasillo hasta que me detengo, sonrío y me apoyo en el marco de la puerta mientras veo a mi primito Bastian amenazar a un pringado. Él, un jodido pijo que se meará en sus pantalones de dos mil dólares. Viste también con un chaleco a cuadros y pajarita a juego con la camisa. Sí, un perdedor y compañero de clase de mi prima Dulce Bebé. Sabemos lo que hace, no es la primera vez que vemos movimientos extraños cerca de mi prima y por lo que veo, ¡ha tocado las narices a mi primo! Sigo en las redes sociales a sus hermanas, ¡voy detrás de una de ellas porque su jodido culo es una creación para las palmas de mis manos! Soy buen tío, esperaré hasta que sea legal ponerla sobre sus rodillas y sobre sus palmas, y hacerla sentir como un Trumper lo haría.

Me estoy empalmando. No me bastó lo de anoche, no me bastó aguantar la bronca de mi madre cuando me pilló metiendo a dos chicas en mi bungaló. ¡Se suponía que papá tendría que distraerla! La fiesta en mi yate continuaba en alta mar, pero no podía follar con tanto ruido y necesitaba acercarlas con mi moto acuática a mi bungaló. Pero allí estaba mi madre, tumbada en la hamaca con mi padre, ¡debería encerrarla por vestir con bikinis prohibidos para madres!

Mi primo lo hace bien. El jodido lo lleva en la sangre y se desenvuelve como el puto amo. Yo no pienso ayudarlo mientras él no me pida ayuda. ¿Mancharme las manos de sangre? ¡Qué lo hagan otros! ¡Oh, joder, eso ha dolido! Me saco otro chicle del bolsillo admirando la imagen de Bastian protegiendo lo que es nuestro. Mi prima Dulce Bebé estudia tres carreras diferentes, sin duda, la más inteligente de la familia puesto que no ha dejado la universidad a pesar de que mi tío se arrodilló como una nenaza suplicándole que no se fuera de casa. ¿Solución? El cabrón ha construido una universidad, universidad para chicas, chicas universitarias, culos y tetas a una milla lejos de la isla. ¡Demasiado fácil para ser verdad!

—Yo no quiero acostarme con tu hermana, Bastian. Lo juro por lo que más quiero que es mi madre.

—¿Mi madre? ¿Mi madre? ¿Te refugias en ella porque no eres lo suficientemente hombre como para defenderte sin nombrarla? ¡Regla número uno de un hombre; las madres no se tocan!

No se tocan, no. ¡Como alguien nombre a mi madre parto cabezas! Es la única que no me regañó cuando dejé el instituto para dedicarme a los explosivos, la única que me apoya cuando le discuto a la abuela y la única que está a mi lado día y noche. ¡Mi madre es el jodido amor de mi vida! ¡Las madres no se tocan!

—Bas... Bas... Bastian.

—¿Quieres una puta paliza? ¡VETE DE LA CLÍNICA!

—He... he traído a Dulce Be...

—¡No pronuncies su nombre!

—No, no, pronunciar su nombre está mal —digo en voz alta mientras sonrío. Bastian se gira por un momento sin soltar a su presa. —¿Va todo bien, primito?

—¡Este hijo de puta me ha confesado que quiere meterse en las bragas de Dulce Bebé?

—¿Qué? ¡Es mentira! ¡Yo no he dicho eso!

Automáticamente, como una fuerza sobrenatural, mis piernas se encaminan hacia el hijo de puta que quiere meterle mano a mi primita. Sujeto al cabrón apartándole de los brazos de mi primo, le pego un puñetazo en la boca y le veo caer contra la chimenea. ¡Quiero más, quiero un infierno de puñetazos más! El gilipollas comete el error de reírse. Su labio sangra, su sonrisa nos pone enfermos a mi primo y a mí.

—¿De qué mierda te ríes?

—He... había... creía que el luchador era el que me iba a pegar. —Miro a mi primo, casi tan alto como yo, y aguantamos la risa porque este jodido hijo de puta no podría ser más insulso. —Eh, os hace gracia a vosotros también, ¿a qué sí? Me parece que no nos hemos entendido y...

Mi primo y yo nos olvidamos de nuestra especial conexión y nos centramos en este tío.

—Desaparece. De. La. Vida. De. Mi. Prima.

—Intentaba explicarle a tu primo que yo... yo... —escupe sangre —yo la he traído y ella me ha pedido que viniera para acompa...

¡Le propino otro jodido puñetazo! ¡Su voz me agobia! ¡Todo me agobia! Quiero volver a la isla donde me he criado, comer la comida que cocina mi abuela, tumbarme en mi yate y ver a las amigas de Dulce Bebé con mis prismáticos disfrutar en la residencia. Si he follado y estoy de un jodido buen humor, tal vez pisaré la isla donde juego con mis explosivos, quemaré la basura que encuentre y ensayaré para cuando me toque prenderles fuego a los tíos como este gilipollas que quiere meterse en las braguitas intocables de mi primita. ¡Yo las protegeré a todas! ¡Yo haré que ellos desaparezcan y que el FBI no se presente en nuestra isla privada!

Le toca el turno a Bastian. A mí me toca mirarme en el jodido espejo y admirar lo guapo que soy. Tendría que cortarme el pelo, pero mi madre me ha dicho que soy increíblemente muy atractivo con mi melena al viento. Me rapé los lados, me rapé la parte de atrás, y ahora llevo en un recogido el resto de mi cabello que anudo con una goma

elástica. Solamente me lo suelto si mi madre me lo pide. ¡Soy un jodido hombre de mujeres, ella manda en mí junto con mi abuela! Me afeito porque no quiero ser idéntico a mi padre, ya he sacado su metro casi noventa de altura y su físico bronceado trabajado. Él lleva el mismo corte de pelo que yo, pero como ahora el muy cegato lleva gafas ha decidido no afeitarse la barba porque se ve más sexy. ¡Yo también quiero llevar barba y no la dejo crecer para no ser una jodida copia suya!

Echo un vistazo a Bastian, otro Trumper no tan diferente a mí. Sus tatuajes hacen una gran diferencia. A mi tío le dio un infarto cuando empezó con el primero, luego a mi tía Nancy le dio otro cuando se tatuó su cara en el antebrazo... y la nenaza ya cubre sus brazos con tinta que morirá con él. Yo soy más liberal, yo no tengo por qué tatuarme cuando las chicas vienen a mí babeando. ¡Me pica un huevo!

—¿Lo has entendido? ¡Finge que se te ha muerto alguien y lárgate de la clínica!

—Trumper, —mi primo se tensa y acudo al rescate. Me hago con el cuello de este idiota y se lo aprieto.

—¡Ni Trumper ni jodidas mierdas! ¡Un respeto! Recuerda que pises por donde pises es la propiedad de un miembro de mi familia. ¡Y mi familia no se toca! ¡NO SE TOCA! ¡Ni tu vista en mi primita, ni tus zarpas en mi primita, y ni tus jodidos pensamientos en mi primita! ¿Sabes? ¡Lo has conseguido! ¡Ahora tendré que follarme a tus hermanas por tu culpa! ¡Empezaré con la del culo enorme y acabaré con la más pequeña, dulce y sonrojada de la otra!

—Sebastian, no, no por favor, mis hermanas no son...

—¡PUES ALEJATE DE LA MÍA!

El puñetazo de Bastian provoca que sonría masticando el chicle. Por poco pisa mis pies. He venido en chanclas, en bañador y en camiseta de tirantes, mi tío nos lleva de paseo en barco y el viajecito me pone muy cachondo. Si yo no fuera multibillonario habría seguido estudiando. Mi hermanita Rachel será una bióloga marina muy importante, la niña de mis ojos lo será y yo estaré allí para alzarla en brazos cuando recoja su licenciatura. Lo lleva en la jodida sangre, ama a los pececitos y esas mierdas marinas, yo también querría haber sido un biólogo, pero la labor como Trumper me gusta más. Me pone mucho.

—¿QUÉ ESTÁIS HACIENDO? ¡BASTIAN!

Mi primita corretea hacia este rincón donde estamos pegándole una paliza a su amiguito. Ella ha entrado vistiendo muy similar a él; con sus pantalones pijos, su camisa pija y su cabello todavía más pijo. Dulce Bebé es hermosa, es sencillamente guapa y una ex Sullivan que convive rodeada de Trumpers cuando mi tío Bastian la recoge de la residencia de día estudiantil. Luego, la residencia se queda sin vigilancia Trumper, mi primo Bastian y yo nos colamos en ella y tanto él como yo hacemos lo que tenemos que hacer; acostarnos con las universitarias.

—Dul... Dul...

—¡Qué no pronuncies su nombre!

—¿Estáis locos o qué? ¿Qué le habéis hecho? —Me posiciono junto a mi primo por

eso del apoyo moral. Un tocamiento fuera de lugar y mataremos ahora mismo a este cabrón. Ella le intenta levantar pero no puede. —Larry, Larry, ¿estás bien? Di algo. Oh Dios, oh Dios, ¿pero es que estáis locos?

Nos llevamos un par de palmadas. La pobre no puede ni golpear como una dama, pero los dos somos Trumpers y aguantamos a una mujer Trumper. Es ley de vida, la ley de la familia.

—Est... estoy... esto...

—Lo siento. Siento mucho lo que te han hecho.

—¡ÉL SE QUERÍA METER EN TUS BRAGAS!

—¡Cállate imbécil, se lo pienso decir a papá cuando se recupere! ¿Por qué le has pegado? ¡Y no me gruñas, Bastian!

Dulce Bebé no es que sea una chica alta, es que nosotros hemos crecido demasiado y ella conserva algo de sus genes Sullivan. Me compadezco de cómo nos mira, tiene que retirarse lejos para encararnos mientras alza la cabeza.

—Primita, sabes que nunca te mentiríamos.

—¡Tú no me hables! ¡Le dijiste a Cindy que la llamarías y no lo has hecho!

¡Recuerda, Trumper! ¡Recuerda! ¿Quién es esa jodida Cindy? ¿La morena, la rubia o esa pelirroja? Me acuerdo de una Cindy, no, me acuerdo de dos o tres Cindy. ¡A la mierda, no tengo ni una jodida idea de quién podría ser!

—Primita, aquí la cuestión es que tu amiguito nos ha confesado que quería acompañarte para aprovecharse de ti.

—¿Qué? —Ella está empezando a dudar, Bastian me ha golpeado por detrás asintiendo.

—Tu amiguito ha confesado que este momento era el idóneo para meterte mano. Como lo oyes, sabes primita que nunca te mentiría. Él piensa que te encontrarías triste por lo de tu padre y esperaría paciente a que lloraras para consolarte, y para lamer tus bragas.

—¿Es eso cierto?

—¡ES MENTIRA! Es mentira —modera la voz porque hemos dado un paso adelante.

—¿Llamas mentiroso a mi primo Sebastian? —Choco el puño con Bastian después de su aportación.

—Larry, ¿ellos tienen razón? ¿Le has dicho eso?

—No, lo prometo. Te he acompañado en el jet porque he querido.

—¡Genial! ¡Pensaba que eras mi amigo y sólo quieres robarme la tesis! ¡Lo sabía! ¡Me lo han dicho y no he creído a nadie porque confiaba en ti! ¿Te crees que acompañarme a la clínica te sumaría puntos? ¡Pues no! ¡No te quiero cerca de mí nunca más! ¡Estoy luchando mucho por sacar mi tesis, no consentiré que un gilipollas como tú me la robe! ¡Increíble, meterme mano!

Bastian y yo aguantamos la risa, pero endurecemos nuestra mirada mientras empujamos a este capullo fuera. Es un niño de papá, ya conseguirá salir de aquí en un jet o en un unicornio. ¿A quién le importa? ¡No es nuestro jodido problema!

—¿Por qué gritáis?

Mamá. Mi mami. Sonríó a la mujer de mi vida que aparece junto a mi hermana, la otra mujercita de mi vida. Ellas son idénticas; iguales de altas, iguales físicamente e iguales de pelo, se tiñen juntas para parecerse aún más. ¡Papá y yo tendríamos que ponerlas bajo llave! Ellas no pueden andar sueltas, ¡los mataré a todos, me los llevaré a mi isla y les arrancaré la piel! ¡Como alguien se atreva a poner sus ojos sobre ellas los descuartizo!

—Larry, se... se ha ido, tita.

—¿Larry? ¿El idiota de economía que anda detrás de tu tesis?

—Era mi amigo.

—Sebastian, —padre entra y nos señala tanto a Bastian como a mí —¡no hagáis mierdas como estas en lugares como estos!

—Papá, quería meterse en las bragas de Dulce Bebé.

—¿El pardillo? —Añade mi hermana.

—No es un pardillo —Dulce Bebé se deja abrazar por mi primo Bastian y yo me encaro a mi padre.

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer. Además, no es por ser chivato, pero ha sido Bastian.

—¡Cabrón! —Susurra, —se ha ido ya, ¿no? ¡A la mierda Larry!

—¿LARRY?

Oh. Oh. Oh. Problemas. Problemas gordos que implican a los machos alfa de la familia.

Tito Bastian ha aparecido en la sala abrazado por mi tía Nancy y seguido por Nadine y la pequeña Nancy, ¡esos jodidos vestidos! ¿Es que mi primo Bastian no hace una jodida cosa bien con sus hermanas? ¡Yo no las hubiera dejado salir así de la isla! ¿Dónde se han cambiado? ¿En el hotel? ¡Pues envías ropa al hotel que no sean vestiditos, falditas y sandalias donde enseñan su pedicura!

—¿Larry había venido? —Corroborra mi tía Nancy. Dulce Bebé no sabe dónde meterse, la pobre no ha dicho ni una mentira en su vida.

—Padre, todo solucionado. Larry ya no es un problema. La niña ha comprendido que...

La pequeña Nancy ha recorrido la sala para lanzarse en los brazos de su hermano Bastian.

—¡No soy una niña, idiota! Papá, no te preocupes. Larry no me cae bien. ¡Quería robarme mi tesis!

—¿Dónde está?

—Sangrando —le comunica mi padre a su hermano. Ellos dos asienten. Entre los alfas de la familia se entienden. Pero aquí somos los jóvenes los que nos ocupamos de dar palizas.

—¿QUÉ ESTOY VIENDO?

Nadine grita abriendo la boca. Todos nos asomamos por el mismo ventanal donde ella se ha postrado gimoteando entre risitas.

—¡Qué jodida mierda es esa!

SEBAS

Hemos salido del coche porque la estampa nos parecía preciosa. El atardecer cae, el sol se esconde entre las nubes y se mueve lentamente en una marcha hacia el horizonte. Allí se pierde hasta el día de mañana, pero no me importará ya que la luz siempre brillará en mi vida aunque la noche traiga oscuridad.

Sonrojado, me conmuevo apoyado en la puerta del conductor mientras él se comporta tal y como se lo he pedido; manteniendo las distancias. Seguimos mirándonos, comunicándonos sin palabras y conquistándonos incluso más que cuando hablamos. El tiempo es oro en nuestra vida, que estemos a solas es lo mejor que podría pasarnos ahora que todos están ocupados. Por fin, le siento un poquito más cerca de mí sin la presión constante de mi familia.

—¿Puedo...?

—No.

—¿Un poquito?

—No.

—¿Un besito?

—Stefan, no, para. Huh... huh... ya sabes... ya... huh... ya conoces a mi padre. Ha visto mi coche, ha visto cómo lo conducías por la carretera y seguro que ha aumentado la velocidad. Mis padres y mis hermanas llegarán en cualquier momento.

—Sebas, te amo más que a mi vida, ¿por qué no podemos ser nosotros mismos cuando te rodeas tu familia?

—Ya te lo... huh... te lo he dicho. Ellos son especiales. Los conoces. Nos conoces desde que eras niño.

—Sí, porque os conozco. Por eso pienso que deberíamos ser formales.

—¿For... formales?

—Bebé, mis padres te quieren como a un hijo, compartimos los mismos amigos

desde la infancia y nos enamoramos cuando teníamos... ¿cuántos, diez, once años? Nos amamos, Sebas. Ya va siendo hora de que tu familia nos acepte.

—Mi madre nos acepta. Mis tías nos aceptan. Mi abuela nos acepta. Mis primas también nos aceptan. Nos aceptan todos, amor. El problema viene por... bueno... huh... ya sabes.

—Los hombres Trumper —su sonrisilla ha hecho que mis calzones se empequeñezcan.

—Papá, mis tíos, mis primos... el abuelo. Ellos... ellos son especiales.

—¿Porque nos amamos?

—No, —acaricio un poco su vientre para sentirle cerca aunque no pueda abrazarle —en mi familia hay problemas con los chicos. ¿Entiendes?

—Te entiendo, pero no quiero entenderlos a ellos. ¿Puedo abrazarte?

—Stefan.

—¿Qué? —Pasa la lengua por su labio inferior. Huh... sí, mis pantalones están apretados y no puedo tocarme delante de él. —Me ganaré la confianza de tu padre, le demostraré que soy el amor de tu vida y tal vez me deje entrar en la isla sin seguridad.

—Huh, eso será imposible. Misión imposible.

—Ya hemos burlado a esos tontos. Podemos hablar con él, explicarle que vamos en serio y que no necesitamos guardaespaldas.

—Inténtalo, pero no me culpes si te da una paliza o tus padres se quedan en la ruina. Mi padre puede ser muy malo por defender lo que es suyo.

—Ah, —acaba de morderse el labio superior —pensaba que yo era tuyo.

—Y lo eres, cariño. Lo eres.

—Tú también eres mío. Dime día, lugar y hora y yo hablaré con tu padre. Quiero hacerlo bien, presentarle mis respetos y deletrearle mi apellido. ¡No soy Mcgrifo!

—Serás Mcgrifo hasta que mueras, —me río recordando cuánto odia mi padre a mi novio y entrelazamos disimuladamente nuestras manos. —Pero para mí serás Stefan, el único que amo y amaré en mi vida.

—Me has puesto cachondo, nene.

—¿Qué haces? Apártate. ¿Quieres que nos maten? Mi primo Sebastian anda por ahí cerca de nosotros, se rumorea que ha comprado una isla para jugar con sus explosivos y no dudará en meterte en ella, arrancarte la piel y encenderte una mecha para volarte la cabeza. ¿Y qué haré en mi vida sin ti?

—Bueno, —frunce el ceño y no entiendo por qué —salir con ese Marius.

—¿Todavía estás celoso porque me pidiera salir hace dos años?

—¡Es un imbécil! Te he dicho millones de veces que te come con los ojos y no me crees.

—Stefan, te creo pero... huh... huh ¿cómo lo digo? No tengo interés en Marius, te amo a ti, solamente a ti y me muero porque llegue esta noche.

Aguanta la respiración, la suelta y me sonrío. Esta noche celebramos nuestro aniversario, llevamos saliendo juntos desde que éramos niños y desde que hablé con mi madre y le conté lo que sentía por él. Entonces, se encargó de que los dos estudiáramos juntos en un colegio cercano a la isla que construyó mi tío Bastian. Amo a Stefan con toda mi alma. Si hemos venido a ver a mi tío es porque nos ha invitado a un crucero por la bahía, pero tan pronto cumplamos le diré a mamá que distraiga a papá y mi novio y yo nos marcharemos a nuestro hotel. Ya he reservado la mejor botella de champán, me pondré ropa interior bonita y haremos el amor por primera vez.

Le amo, nos amamos, hemos intimado, nos hemos acariciado y hemos descubierto juntos algunas sensaciones sexuales, pero nunca hemos llegado lejos. He intentado, lo he intentado y él se ha enfadado mucho cuando le pido que pare. Es por culpa de mi familia, la isla, la presión, el bungalow, mis primos pegándose a nosotros para fastidiarnos... no puedo concentrarme aunque mi madre haya contratado a un equipo especial para asegurarnos de que no hay cámaras ocultas en mi bungalow.

Esta noche será diferente. Esta noche cenaremos en el ático de un hotel, bailaremos juntos mientras nos susurramos cuánto nos amamos y haremos el amor después sin la sensación de que mis padres, mis tíos o mis primos nos estén vigilando. De esta noche no pasa. Esta noche hago el amor con mi novio después de muchos años de relación.

—¡Oh! ¡Oh! Ale... huh... aléjate... da un paso hacia atrás.

—¿Qué pasa? ¿Tu padre? ¿Dónde? No querría morir tan joven. Sebas, cálmate bebé.

—No mires hacia tu derecha. No mires. Por favor, huh... no... no lo hagas. Mi familia se ha asomado.

—¿En serio? ¿Nos acechan?

—Oye, no te rías de mí.

—Nunca. Solo que... me pareces tan guapo cuando te conviertes en un Trumper.

—¡Yo no soy un Trumper! ¡No soy como ellos!

Soy como mamá. Como mi madre. Ni he llegado a la altura de mis primos, ni mi cabello es de color rubio y ni mi vestimenta se asemeja a la de ellos. Me gusta repeinar mi pelo hacia un lado, con gomina para que aguante, llevar mis gafas de pasta negra porque no veo una mierda y vestirme con ropa adecuada para un estudiante de matemáticas. Este año me cojo asignaturas de ingeniera, estoy deseando aprobar las que me he apuntado para licenciarme. A diferencia de mis primos, yo sigo estudiando, no como ellos que pretenden gastarse la fortuna del legado Trumper sin hacer nada. ¡Vagos!

—Me gustas cuando te enfadas.

De reojo, observo que mis tías apartan a todos de la ventana. ¡Esto es lo que deseo que mi novio grabe en su memoria! Siempre aparecen a nuestro lado cuando quedamos, vemos una película, estudiamos, salimos o hacemos lo que nos plazca. Si no son mis

primos son mis primas poniendo esas caritas adorables, si no son mis primas son mis primos y sus amenazas constantes, si no son mis primos son mis tías comprobando que estamos bien y que no nos falta de nada, si no son mis tías es mi abuela ofreciéndonos comida. Y no quiero ni acordarme de mis tíos, a ellos no les caen bien Stefan, cuando les dije que era gay y que me gustaban los hombres ellos fueron los primeros que se negaron a la entrada de chicos en la isla. Papá... papá obtuvo su apoyo, obtuvo su maldito reconocimiento y los usa para apartar a mi novio de mí. Él no se mancha las manos, manda a mis tíos. Menos mal que existe mi madre, es la pieza más importante de mi vida porque nos ayuda a mi novio y a mí.

Los Trumper están locos. Son pura fibra muscular de odio hacia los hombres que rondan alrededor de las mujeres de la familia. ¡Que me dejen en paz! ¡Ellos no me alejarán de Stefan y tendrán que asistir a nuestra boda cuando decidamos casarnos! ¡Porque me casaré con este chico que intenta meterme mano!

—Para... basta Stefan.

—Es que cuando piensas me pones cachondo, bebé.

—No pienso, odio a mis tíos, a mis primos y a mi familia.

—¿Por qué? Ellos quieren lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí es acosarme todo el maldito día porque piensan que vamos a intimar en cualquier momento? ¡Mira como no se quejan de mis primos! ¡Ellos sí pueden dar fiestas en la isla, follar con las chicas e invitar a quienes quieran! ¡Yo no!

—Bebé, tranquilo.

El amigo de mi prima se dirige hacia nosotros y mi chico pone distancias entre ambos.

—¿Larry, qué te ha pasado?

—¿Puedes dejarme tu coche? ¡Tus primos son unos salvajes, me han dado una paliza!

—Normal, si quieres meterle mano a Dulce Bebé —pronuncio sin pensar. Mi novio mira mis ojos como si me acusara en silencio. —No. Soy. Un. Trumper.

—A esto me refiero. ¿También piensas que ningún hombre debería salir con tus primas?

—No es lo que parece, Stefan. Pero este chico anda detrás de la tesis de Dulce Bebé y...

—¡Eso es incierto!

—Disculpa, si no te importa, estoy hablando con mi novio. Te decía que... ¿qué?

—¿Qué estás haciendo? —Sonríe. ¡Ya se está metiendo conmigo! —Te poseen tus genes Trumper.

—¡Stefan, no es verdad! No apruebo que le hayan dado una paliza, pero... huh...

—¿Pero?

—Pero huh... era necesario.

—Ya, —juro que estos calzones se rajarán como siga enseñándome los dientes —ya veo.

—No, no ves nada. Yo no soy como ellos.

—Sí lo eres, admítelo. Si no fueras gay serías tan rudo como tus primos.

—Eh, no son rudos. Son... huh...

—¿Los defiendes?

—Son mi familia. Por supuesto que los defiendo. Que no comparta su físico no significa que no crea en los valores del legado Trumper. A veces las normas son necesarias para proteger a las más débiles de la familia.

—Entiendo.

—¿Puedes no lamerte el labio? ¡Me estás... huh... me estás...!

—¿Perdonad? Trumper, ¿me dejas el coche o no?

—¿Te has dirigido a mi chico como Trumper? ¿Quieres que te patee el culo? Vete antes de que le haga gritar, sus primos bajarán y no me mancharé las manos. ¡Fuera!

Stefan... él... mi... mi chico es totalmente diferente a mí. Físicamente, quiero decir. Él es tan alto como mi padre, algunos mechones de su pelo caen sobre su frente, se puso un aro en la nariz, sus labios son carnosos, sus ojos de color verde, su piel tostada, sus tatuajes cubren todos los poros de sus brazos, ama llevar su chaqueta de cuero negra incluso si hace calor y el vaquero roto que le cuelga de la cintura es mi perdición. Stefan es mi mejor amigo, es mi novio y será mi marido cuando mi padre acepte venir a mi boda.

Papá... huh... papá no lo asimila, papá vive en tensión por culpa de mi relación. Mamá me aconsejó que lo llevara una noche a cenar a casa, ese día Maggie no estaba, Jocelyn se sentía enferma y tuve que hacerlo sin el apoyo de mis hermanas. Allí nos encontrábamos papá, mamá y Stefan frente a mí mientras comíamos un asado que trajo la abuela a última hora de la tarde. Sentía los gruñidos de papá, desafiaba a mi novio con la mirada y mi novio le desafiaba a él. La noche no podía ir peor cuando finalmente le confesé a papá que no quería estudiar derecho, casi le da un infarto pero lo aceptó porque Stefan le confesó que sí se decantaría por ser abogado. Se presentaron mis primos para el postre, mi padre se relajó y presionaron a mi novio. Yo hablaba a mi madre con los ojos cristalinos que he heredado de los Trumper pero no nos hacían caso, ni a mamá ni a mí. Stefan se defendió bien, yo no, yo me levanté y me fui a mi habitación huyendo del comedor porque no quería ver a nadie.

Desde esa noche todo se fue a la mierda. Mi padre culpa a Stefan de que me enfadara con él y le dijo que nosotros éramos íntimos amigos hasta que él apareció en mi vida, y lo seguimos siendo, solamente que tiene que compartirme con el chico del que me he enamorado. La tensión de papá es evidente cuando estoy con mi novio, no nos quita ojo, no se pierde detalle y no deja de gruñir aunque mamá le pida que se tranquilice. ¿Cómo se va a tranquilizar? ¡Papá no acepta que su hijo mayor haya conocido a un chico! ¡Nunca querrá verme casado con él! ¡Nunca querrá que hagamos cosas en familia! Si tito

Bastian no amenazara a mi novio cada vez que vamos a su casa, ni nos obligara a sentarnos en sofás diferentes, tendría confianza en preguntarle qué hizo para superar la relación con su suegro. Según tita Nancy su padre no aceptó que se casara con él, pero siempre que viene de viaje a la isla los veo cercanos. ¡Eso es lo que quiero! ¡Que papá y mi chico se lleven bien!

—No. Te. Muevas. Stefan, un paso atrás. Por favor. Esto es serio.

—¿Quién viene ahora? Les pegaré una paliza a tus primos. Si no lo he hecho antes es por ti, pero haré lo que sea para que nos... ¿Sebas?

—Papá. Mi padre. Mis padres han llegado.

Estoy viendo cómo mi padre ni siquiera ha aparcado. Ha pasado la valla de seguridad, la ha roto y ha volado por los aires, ha tardado cinco segundos en detener el motor del coche.

—Les saludaré con educación. No es como si no me conociera. Bebé, ¿te calmas? Piensa en nuestro aniversario.

—¿Pensar ahora? ¡No! Mi padre se acerca.

Mis hermanas le retienen. Si papá no avanza es porque mamá, Maggie y Jocelyn hacen un buen trabajo. Mis hermanas me apoyan tanto como mis tías, mis primas, mi madre, la abuela... sin ellas no podría haberme escapado de los guardaespaldas ni burlar las cámaras de seguridad y besuquearme con mi chico a escondidas. Maggie estudia con mi prima Rachel, ellas sueñan con hacer un mundo mejor debajo del agua y prohibir mundialmente la pesca. Jocelyn, mi casi, casi melliza, ella se ha graduado un año antes en el instituto y quiere apostar por su carrera musical. Toca el violín, el piano y el arpa como una profesional, soñó durante unos años con salvar a los animales convirtiéndose en veterinaria pero se dio cuenta que sufriría demasiado si ellos sufrían. Actualmente su único gran sueño es que yo me case y tenga bebés, y ella conseguir un puesto en la orquesta filarmónica sin usar el apellido Trumper. Es Jocelyn McGrifo cuando participa ante el jurado de un casting en honor a papá y a su burla con el apellido de Stefan. Deseo que las dos niñas de mis ojos hagan realidad sus sueños, quiero estar con ellas para verlo si consigo que mis padres no lleguen a nosotros.

—Bebé, me preocupa tu...

—¡Tampoco mires a la entrada de la clínica! ¡Mi familia está saliendo!

Oímos cómo suena un petardo. Mi tía Rachel es la primera que grita y se deja la garganta cuando regaña a mis primos pequeños; Justin y Austin. Los gemelos, los gemelos que debieron ser una niña preciosa. ¡Son infantiles, gamberros, degenerados y maleducados! Menos con la abuela, ¡nos tienen a todos hasta los mismísimos! ¡Les odio! ¡No me dejan en paz cuando quiero estar en mi bungalow estudiando, leyendo o con mi novio! Físicamente van encaminados a ser idénticos a mi tío y primo Sebastian, ellos son un poco menos altos, tienen catorce, trece, quince, ¡no lo sé, porque ni me importa ni me importará! Nunca hemos congeniado, Justin es más decente y hasta se puede hablar con él, pero ¿Austin? ¡Sueño con que se compre una isla y se pierda en ella! Le he pillado mirando el culo de mi novio, ¡cómo vuelva a atraparlo de nuevo le chivo a la abuela alguna mierda para que le regañe y golpee su nuca! ¡Soy su favorito, ella me hará caso! El

maldito niño... ¡mirándole el culo a mi novio! ¡Gilipollas! ¡No soy celoso! Pero como vuelva a pillarle babeando con Stefan le ahogo en el agua, y sí, admitiré que tengo ADN Trumper cuando se trata de proteger lo que me pertenece.

—Hola hermanito —mi hermana Maggie se adelanta para abrazarnos a mi novio y a mí. —Hemos quedado en el puerto. Os recomiendo que os vayáis. A papá no le ha sentado bien que un Trumper macho no conduzca su propio coche. Ya le conocéis, chochea el pobre.

—¡Odio conducir! —Contesto indignado. Les he dicho a todos que lo odio, no soy como mis primos que poseen cientos de vehículos a motor. Detesto los coches, prefiero que me lleve un chofer o mi novio, que para eso es mi novio y él sí adora conducir. Quiero que regresemos a nuestra vida para que pueda subirme en la parte trasera de la moto, ¡eso es lo que deseo! Que tan solo seamos mi chico y yo en la carretera.

—¿Bastian, cómo te encuentras?

Mamá lo ha preguntado por cortesía porque venía a saludarnos. Mis tíos Bastian y Nancy se han encontrado con ella y ahora la retienen, tiene un ojo en mi padre que se ocupa de atender a mi hermana Jocelyn. Mi tía Rachel acaba de agarrar la oreja de Austin, ¡jódete, mirón-de-culo-ajeno!

—Hola chicos —tita Rachel nos saluda, Stefan le ha saludado y me ha sentado mal. Sigue siendo la mujer de un Trumper alfa, ellas son peores que mis primas, ellas juegan en otra liga y si mi tío Sebastian interpreta cualquier mierda puede acabar con la vida de mi novio. —¿Qué tal estáis? Nos vamos de paseo.

—Sí, —susurro tragando saliva —sí, lo estamos deseando.

—Eh, ¡cuñado gruñón! Hola.

Papá ha hecho acto de presencia acercándose. ¡Necesito a alguien que le distraiga! Él no habla, él reta a tita Rachel por una milésima de segundo y se enmudece asesinando con los ojos a mi novio. Huh... papá podría arrancarle la cabeza a mi chico sin tocarle, sí.

Me orinaré en los pantalones.

—Tranqui Sebas, yo te cubro. Papi, te superquiero —Maggie se ha enganchado a él, mis hermanas suelen hacerlo cuando quieren conseguir algo. ¡A mí no me funciona! No soy tan alto como mis primos, pero tampoco soy pequeño... y regocijarme en los brazos de papá queda algo infantil. ¡Seguro que culpa a Stefan también!

—Stefan.

Oh. Papá... papá ha pronunciado su nombre marcando territorio, yo soy su territorio. No me sirve que Maggie se enganche a él, no me es suficiente porque sigue retando con la mirada a mi novio.

—Señor Trumper —se han dado la mano. ¡Mi hermana no hace un buen trabajo! ¿Dónde está mi madre? ¿Por qué ella y mis tíos nos miran? ¿Es que mamá no comprende que la necesito ahora? Papá podría noquear a mi novio.

Todavía permanezco pegado al coche. La tapicería ocultará que quiero cagarme de miedo por cómo papá reaccionará si se le cruza un cable.

—¿Cómo tú por aquí?

—Viajé en cuanto supe lo de su hermano, señor.

—Mi hermano, ¿eh?

—Sebas padre, venga, que nos vamos. Todos a nuestros vehículos —mamá finalmente ha escuchado mis plegarias.

Mis tías me guiñan un ojo y las observo por encima del hombro de Stefan; está en tensión imitando a mi padre. Es una relación amor odio. Mis tíos han gruñido en voz alta, los tres, mis tíos y mi padre son como una manada liderada por cualquiera de ellos que morirían si alguno faltara.

Jocelyn se acerca para saludar a Stefan, flexiona un poco sus piernas para darme un beso en la cara y empuja a papá que aún porta a nuestra hermana Maggie. Mamá se despide yéndose al coche, papá lo ha dejado abandonado en la carretera. Mis tías cuchichean saludándome cada tres o cuatro pasos, ellas se sienten realmente emocionadas siempre que me ven con Stefan y ambas se convierten en las típicas tías insoportables que me besuquean delante de él. Mis tíos ni nos han mirado, ellos odian a Stefan, odiarán a todos los Stefan que pasen por mi vida. Lo que necesito es que comprendan que no existirá otro, que este chico es el definitivo porque le amo desde que venía a jugar a mi casa y desde que descubrí que su culo era el más sexy del mundo. Mis primos hablaban de levantarles las faldas a las niñas y yo escribía los poemas de amor más románticos que jamás he escrito, pensando en Stefan, pensando en él y en lo bonito que sería que sintiera lo mismo que yo.

Lo sintió. Stefan lo sintió. Se me declaró cuando fuimos lo suficientemente legales como para que no nos encerraran por chupar nuestras bocas, por meternos mano y por dormir juntos. Tuve que mentir a mis padres organizando fiestas de pijamas con mis amigos cuando yo sólo tenía ojos para uno, mi chico.

—Vamos, —me he sonrojado al recordarnos —te invito a un paseo en barco. Luego, con un poco de suerte, nos libramos de todos y nos encerramos en mi habitación. ¿Te has registrado en otra?

—Tu madre me lo aconsejó, así nos evitábamos problemas con tu padre. Él pensará que cuando anochezca dormiré en una habitación diferente a la tuya, pero lo que no sabe es que me muero de ganas por desnudarte y hacerte el amor hasta la salida del sol. ¿Te parece una buena idea?

—Feliz aniversario.

—Feliz aniversario, bebé.

—¡Tú, jodido hijo de puta!

Mi primo Sebastian ha aparecido de la nada sorprendiéndonos. Ha forzado el cuerpo de mi novio contra el coche y me he quedado paralizado. ¡Nunca me acostumbraré a la violencia!

—Sebastian, —que alguien se lleve a este salvaje —Sebastian, por favor. Huh... suéltale.

—¿Cuáles son tus intenciones con mi primo? ¿Quieres follártelo? ¡Mi tío acaba de sufrir un infarto, cabrón! ¿Cómo se te ocurre?

—¡Te mataré!

Mi primo Bastian se ha entrometido entre mi primo Sebastian y mi novio. Si de pequeño temía a mi tío Bastian, cuando trato con mi primo Bastian me tiemblan las piernas. Será un gran luchador, es un gran luchador, y tiene aptitudes para aplastar a mi novio.

—Chicos —mis padres se han ido ya. Mis tíos conversan en el aparcamiento y a espaldas de nosotros. No, son mis tías las que se encuentran de espaldas. ¡Ellos ven lo que sucede aquí!

—¿Sabes lo que les hacemos a los chicos que quieren joder con nuestra familia? ¡Yo los descuartizo! —Anuncia Sebastian mientras Bastian retiene a mi novio.

—Pues yo les pego una paliza que para eso soy un luchador. Mcgrifo, ¡me has puesto de mal humor!

—Bastian, suelta a Stefan... por... huh... por favor.

—Primito, eres un puto ciego. ¡Este tío te follará y luego pasará de ti! ¿Es que no eres capaz de apreciar el consejo? ¡Mírale, este se folla a gente como él, no a chicos buenos como tú!

—¡Qué nos dejéis en paz! ¡BASTIAN! ¡BASTIAN! Hablo muy en serio.

—¡Yo también hablo en serio! ¡Tú, como te atrevas a hacerle daño a mi primo te juro que te corto por la mitad y me como tus órganos! ¿Me has entendido? ¡Cabrón!

—Bastian, siento que te hayan noqueado en el combate —Stefan se está riendo, yo con él. Esa ha sido muy buena.

Cierro un ojo por el puñetazo que mi primo le acaba de propinar a mi chico, al abrirlo veo a Stefan y Sebastian golpearse mutuamente. Me aparto aguantando las lágrimas, no, yo no sé ni cómo se pelea, meterme sería un suicidio.

—¡DEJA A MI PRIMO, CABRÓN!

—¡Venga campeón, luchas como la mierda! —Bastian se había entrometido otra vez. Mi chico tiene fuerza para enfrentarse a ellos... como hace siempre.

—¿QUÉ HACÉIS?

Mis primas Rachel, Nancy, Nadine y Dulce Bebé corren gritando hacia la pelea. Mis tíos también se unen seguidos de mis tías. La pequeña Nancy está obsesionada con mi primo Bastian y mi tío Bastian, pero ella se está acercando demasiado a la pelea por querer ser abrazada por su hermano; la pueden golpear.

—¡EH, EH, EH!

Todos nos llevamos las manos a las orejas porque los gemelos han puesto petardos debajo del coche y han prendido la mecha explotándolos. ¡MALDITOS MALIGNOS!

—¡EH! ¡VALE! ¡CHICOS!

Mis tíos se encargan de sostener a sus hijos. Mis primas Dulce Bebé y Nadine atienden a mi novio que se tambalea, él sabe pelear y ojala pudiera enseñarme para defenderme de Bastian y Sebastian. ¡Son unos pesados!

—¡Suéltame papá! ¡LE MATARÉ!

—¡Gemelos, pitufina y pitufa, al coche! ¡Y tú, dónde yo te vea!

—¡Tenemos que llamar a una ambulancia! Stefan, ¿te han herido? ¿Te encuentras bien?

—Lo estoy, Señora Trumper.

—Vamos, todos al coche. Aquí no ha pasado nada.

Tito Sebastian se lleva a su familia con él. Golpea a mi primo Sebastian en la nuca, a los gemelos en la cabeza y coge a pitufina en brazos, ¡esa niña es más alta que los gemelos y piensa que es un bebé! Tita Rachel está regañando a Sebastian, me conformo con que se haya retirado el primero, el honor de un Trumper es permanecer el último en el campo de batalla y él ha sido un fracasado. ¡Gilipollas! ¡Y Austin! ¡También es un gilipollas por mirarle el culo a mi novio!

Mi prima Nancy lloriquea apretando el pantalón vaquero de Bastian que presta atención a la bronca en susurros que le gime su padre. Mi primo se flexiona atrapándola en brazos, la mece y besa su carita idéntica a la de tita Nancy.

—Lo siento. Ten por seguro que mi hijo pagará por lo que te ha hecho.

—No se preocupe, Señora Trumper. Entiendo que se encuentre frustrado por casi perder el combate más importante de esta ciudad.

Mis primas, mi tía, mi novio y yo aguantamos la risa. Stefan sabe desenvolverse bien con mi familia, es experto en eso.

—¿Nos vamos al yate ya? La humedad encrespará las puntas de mi pelo como sigamos en este aparcamiento —mi prima Nadine besa mi cara. Odio que todos me traten como un niño.

—Nadine tiene razón, todos al monovolumen.

—Yo. Conduzco. Mi. Coche.

—He dicho que al monovolumen.

Padre e hijo se retan hasta que mi primo cede moviéndose primero, él carga con mi prima pequeña.

Mis primas le siguen después de despedirse de nosotros, mi tía Nancy pregunta como una docena de veces si llama a una ambulancia y el chico que amo le ha respondido otra docena de veces que no es necesario. Ella, entonces hace lo mismo que todas mis primas, mis tías, y hasta mi abuela, esté donde esté; besar mi cara mientras me sonrío, aprieta mis mejillas y repite el beso en mi frente.

Mi tío Bastian me da miedo. Casi que prefiero a los idiotas de mis primos, pero con él no siento que se me paralizan las piernas y acorto distancia con mi chico.

—¿De verdad estás bien?

—No ha sido nada, bebé, —oh, cállate, mi tío fue el campeón de lucha más importante de la historia. Todavía puede asesinarnos si quisiera aunque haya salido de un infarto. —Nada que no conozca.

—Te pido disculpas, —mi tío se entromete. —Intentaré que no suceda de nuevo.

—Sabes que sucederá, —frunzo el ceño a mi tío porque soy incapaz de hacerlo cuando se trata de papá. —Sabes que tu hijo y tus sobrinos siempre le pegarán una paliza a mi novio.

—Sebas...

—¡No, Sebas no! ¡Quiero que aceptéis a mi novio en la familia sin vivir con miedo! ¡No quiero que se repita esto y espero que te encargues de ello! Y... huh... de hablar con mi padre también. Que tenga novio no significa que no le ame, ni que no me apetezca jugar con él al golf o a lo que sea que quiera jugar. ¡Tiene que compartirme! ¿Vale, tito?

—A tus órdenes.

—Porque llamaré a la abuela. Llamaré a la abuela y me obligaréis a mentir, o no, mucho más que eso, me obligaréis a desaparecer y abandonar a la familia Trumper. Tú... huh...

—Bebé...

—Sshh, calla. Tú me necesitas, tito, puedo darte información de tus hijas a cambio de mi seguridad y de la seguridad de mi novio.

—¿Qué? Bebé, hablas demasiado.

—Sshh, un momento. Esto funciona con él.

—Sobrino, no necesitas hacer ningún trato conmigo. Te protegeré, te ayudaré y te amaré.

—Vale, entonces no te contaré los rumores que hay en la universidad de las chicas, ni esa puerta secreta donde entran y salen las amigas especiales de tu hijo y primo Sebastian. También hay chicos.

—¿QUÉ?

—Lo que oyes. Hay chicos en la universidad. ¡No todos son gays, tito Bastian!

—¿Chicos? Es imposible, —alza la barbilla como un Trumper —me ocupo de...

—¡Tito Bastian, espabila! ¡Dulce Bebé no es monja, se acuesta con chicos y es Trumper! ¿Tengo que decirte algo más?

—Bebé, creo que te has cargado a tu tío.

—¡Joder, lo que nos faltaba! Avisa a los de la clínica —mi novio corre hacia el interior de esta.

Tito Bastian se ha desmayado, sus ojos parpadean, traga saliva y su mano aprieta fuerte el pecho. Mentiroso exagerado.

—Eres muy inteligente —susurro a mi tío que sonrío.

—Lo utilizaremos para tu protección. Además, traerlos a todos de vuelta y que se agobien en el hospital también es una buena forma de disfrutar el atardecer.

—Cuidado, disimula, los especialistas saldrán tarde o temprano.

—Ocúpate de que a mis chicas no les ocurra nada.

—Ellas han visto la pelea. A tu hijo, a los gemelos y a primo Sebastian les van a caer una buena. ¿Prometes que me ayudarás?

—Estoy haciendo esto por ti, no me pidas más. Pero no consentiré que ese grifo meta sus manos en tus pantalones. ¡No nos gustan los chicos que tocan a los nuestros!

—Pues ya has colaborado bastante, tito Bastian. Él y yo celebraremos nuestro aniversario en el hotel mientras todos cuiden de ti en el hospital

—¿Qué?

—Que yo no entro en el plan ‘finjo un desmayo para que me hagan pruebas y encerrar a la familia en el hospital’.

—¡Allí, corran! ¡Le ha dado otro infarto! —A mi novio le falta un mundo de aprendizaje para saber cuándo miente un Trumper.

—Stefan, al coche.

—Pero...

—¡Al coche! ¡YA!

—¡Eres un Trumper muy listo, sobrinito!

—Aprendo de los mejores, —sonrío acariciando el pelo de mi tío —protejo lo que es mío y mi novio es mío. Dame al menos cinco horas, ¿de acuerdo? Luego puedes levantar tu culo de la cama.

—¡Ten cuidado y usa protección!

—Lo tendré. Te quiero.

—Yo también te quiero, aunque no me guste tu novio.

La familia de mi tío acude a la zona de los hechos que ya visualizo por la ventana. He guiñado un ojo a Dulce Bebé, ella ya entiende que he tenido que jugar sucio como un Trumper y contesta usando sus dedos para formar un corazón. Imito el mismo gesto sintiendo pena por mi tía que se ha asustado, espero que tito Bastian me ayude a quitármelos de encima aunque sean unas horas.

Es mi noche, es mi primera noche a solas con mi chico sin guardaespaldas, sin vigilancia y sin la compañía de un Trumper. Hay que jugar sucio para conseguir lo que deseo. Le debo una a mi tío Bastian, sin duda, me cae mucho mejor.

—¿Preparado para la celebración de nuestro aniversario?

—¿Qué ha pasado ahí, bebé?

—Eso ha sido yo siendo un Trumper y mi tío siendo un Trumper. Ya lo

comprenderás, es algo inexplicable. Una unión invisible e indestructible. ¿Seguro que quieres que comencemos el aniversario ahora o podemos saltarnos las mierdas y hacer el amor?

—Sin duda, hacer el amor primero y lo que tenga que venir, después. ¿Trato, bebé?

—Trato.

BIBLIOGRAFÍA

Trilogía Neandertal:

Neandertal

Neandertal Cavernícola

Neandertal Eterno

Hermanos Trumper:

Malditamente Sebas

Jodidamente Sebastian

Estos dos últimos son anexos a la trilogía Neandertal, debes leer primero la trilogía

Trilogía El líder:

El líder: Hada

El líder: El imperio

El líder: La huida

Keith

Alter Ego

TODOS MIS LIBROS SON AUTOPUBLICADOS POR DECISIÓN PROPIA EN LA PLATAFORMA DE AMAZON. PODÉIS ADQUIRIRLOS SIEMPRE EN VUESTROS PAÍSES A TRAVÉS DE AMAZON.COM, EN ESPAÑA AMAZON.ES Y EN MEXICO AMAZON.COM.MX. TAMBIÉN ESTÁN DISPONIBLES EN FORMATO PAPEL ADEMÁS DEL DIGITAL DONDE LO PODÉIS LEER EN LA APLICACIÓN AMAZON KINDLE, DISPONIBLE PARA DESCARGAR GRATIS DESDE VUESTROS PLAY STORE HABITUALES APLICABLE A CUALQUIER DISPOSITIVO: KINDLE, TABLETS, MÓVILES Y ORDENADORES.

CONTACTO

MIS REDES SOCIALES OFICIALES

WWW.FACEBOOK.COM/MARYFERREAUTORA

INSTAGRAM: MARYFERRE_

TWITTER: MARYFERREONLINE

No suelo ser activa en mis redes sociales pero siempre os leo desde allí e intento contestar todos los mensajes.

Gracias por seguirme.